

Prismas

Revista de historia intelectual

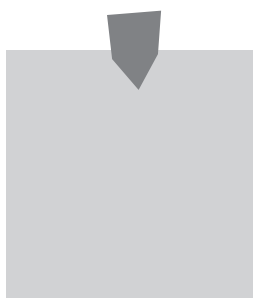
27



2023



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 27 / 2023

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Mg. Alfredo Alfonso

Vicerrectora: Dra. María Alejandra Zinni

Departamento de Ciencias Sociales

Director: Mg. Néstor Daniel González

Vicedirectora: Lic. Cecilia Elizondo

Centro de Historia Intelectual

Director: Jorge Myers

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 27, número 27, 2023

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Anahi Ballent, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Martín Bergel, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Alejandro Blanco, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Laura Ehrlich, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Gabriel Entín, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Flavia Fiorucci, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Adrián Gorelik, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Ricardo Martínez Mazzola, Universidad Nacional de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Jorge Myers, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Elías Palti, Universidad Nacional de Quilmes / Universidad

de Buenos Aires / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editor: Gabriel Entín

Secretaría de redacción: Anahi Ballent, Laura Ehrlich y Flavia Fiorucci

Editores de Reseñas y Fichas: Ximena Espeche, Andrés G. Freijomil y Martina Garategaray

Corresponsalías de Reseñas: Pablo Blitstein

Comité Asesor

Peter Burke, University of Cambridge

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional

de San Martín

Lila Caimari, Universidad de San Andrés / CONICET

Roger Chartier, Collège de France

Stefan Collini, University of Cambridge

Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Iván Jaksic, Stanford University

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Martin Jay, University of California at Berkeley

Claudio Lomnitz, University of Columbia

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

Jose Murilo de Carvalho (1939-2023)

Adolfo Prieto (1928-2016)

Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontifícia Universidade

Católica do Rio de Janeiro

Pierre Rosanvallon, Collège de France

José Saizbón (1937-2008)

Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo /

Princeton University

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ: <<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>>.

Forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde 2010, año desde el cual es publicada en el portal Scielo:

<www.scielo.org>. Además, está indexada en Latindex catálogo 2.0, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI)

y el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ). E integra los siguientes portales y bases de datos: Dialnet, Amelica,

la Biblioteca Saavedra Fajardo y Foro Ibero-ideas. En 2004 *Prismas* obtuvo una Mención en el Concurso “Revistas

de investigación en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Nochteff

Administración de OJS: Ana M. Viñas

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en: <<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>>.

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: <prismas@unq.edu.ar> / página web del Centro de Historia Intelectual: <www.historiaintelectual.com.ar>.

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las “Instrucciones para autores/as”

en la página editorial de *Prismas* en el portal web.

Índice

Artículos

- 11 *Acerca de cosmopolitismo y nacionalismo en la historiografía europea anterior a la Primera Guerra Mundial*, Fernando J. Devoto
- 31 *El problema de la vida activa y la vida contemplativa en los inicios del Renacimiento*, Alejo Perino
- 49 *A la sombra de los caudillos*, Carlos Altamirano
- 69 *Sociabilidad en tiempos bélicos. Asociaciones intelectuales bolivianas durante la guerra del Pacífico (La Paz, 1881-1884)*, Kurmi Soto Velasco
- 89 *El proyecto historiográfico de Martín García Mérou. Sus lecturas de Alberdi, Echeverría y Sarmiento*, Alejandro Romagnoli
- 109 *Tras el rastro de una estética vanguardista católica en Argentina. Cruces entre religión, literatura y arte*, Laura Cabezas

Argumentos

- 133 *La Historia y nuestro presente: de la nación a la tribu*, Hilda Sabato

Dossier

- 143 *40 años de Comunidades imaginadas. Vidas y sobrevidas de un clásico*
- 145 *Presentación. Vidas y sobrevidas de Comunidades imaginadas*, Lila Caimari y Michael Goebel
- 155 *Tres hipótesis sobre Comunidades imaginadas*, Pablo A. Blitstein y Gabriel Entin
- 165 *Reivindicación del paréntesis*, Víctor Goldgel Carballo
- 175 *La sobrevida de una corriente emocional: un seguimiento del largo alcance de Comunidades imaginadas*, William Acree
- 183 *Nacionalismo criollo desacreditado: la problemática recepción de Benedict Anderson entre especialistas de las independencias*, Fidel J. Tavárez
- 193 *Comunidades imaginadas y la crisis del tercermundismo*, Martín Bergel
- 201 *Los mecanismos de la imaginación: medios de comunicación y comunidades políticas después de Anderson*, Arthur Asseraf
- 209 *Comunidades fracturadas: una relectura de Benedict Anderson a través del prisma de las redes sociales*, Aviel Roshwald

Lecturas

- 219 *La correspondencia de Ángel Rama: un mapa de la vida intelectual latinoamericana en tiempos intensos*
- 219 *Cartas en juego. La revolución cubana en el epistolario de Ángel Rama*, Gonzalo Aguilar
- 223 *Ángel Rama: cartas de un editor letrado*, Inés de Torres

Reseñas

- 233 Emilio Bernini, *El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos*, por Román Setton
- 236 Edward Gibbon, *Ensayo sobre el estudio de la literatura y Memorias de mi vida*, por Luis Rupérez
- 240 Juan Manuel Heredia, *Mundología*, por Adrián Bertorello
- 243 Sabina Loriga y Jacques Revel, *Une histoire inquiète. Les historiens et le tournant linguistique*, por Omar Acha
- 246 Enzo Traverso, *Revolución. Una historia intelectual*, por Santiago M. Roggerone
- 249 Bonnie G. Smith, *El género de la historia. Hombres, mujeres y práctica histórica*, por Luciana Anapíos
- 252 Quinn Slobodian, *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, por Pablo Blitstein
- 255 Amín Pérez, *Combattre en sociologues. Pierre Bourdieu et Abdelmalek Sayad dans une guerre de libération (Algérie, 1958-1964)*, por Ezequiel Grisendi
- 258 Ana Claudia Veiga de Castro, *Um Americano na Metrópole Latino-americana: Richard Morse e a Formação de São Paulo*, por Anahi Ballent
- 261 Margarita Fajardo, *The World That Latin America Created. The United Nations Economic Commission for Latin America in the Development Era*, por Joaquín Ladeuix
- 264 Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado, *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960*, por María Vicens
- 267 Silvina Cormick (ed.), *Mujeres intelectuales en América Latina*, por Laura Cabezas
- 270 Benedetta Calandra, *Il corpo del Caribe. Le politiche sulla riproduzione tra Puerto Rico e Stati Uniti (1898-1993)*, por Frédérique Langue
- 272 María Juliana Gandini, *¿Quiénes construyeron el Río de la Plata? Exploradores y conquistadores europeos en el lugar donde se acababa el mundo*, por Carolina Martínez
- 275 Laura Malosetti Costa, *Retratos públicos. Pintura y fotografía en la construcción de imágenes heroicas en América Latina desde el siglo XIX*, por Inés Yujnovsky
- 278 Diego Escolar, *Los indios montoneros. Un desierto rebelde para la nación argentina (Guanacache, siglos XVIII-XX)*, por Lorena B. Rodríguez
- 281 Diego Armus (dir.), *Sanadores, parteras, curanderos y médicas. Las artes de curar en la Argentina moderna*, por María Emilia Martínez
- 284 Isabella Cosse (comp.), *Familias e infancias en la historia contemporánea. Jerarquías de clase, género y edad en Argentina*, por Dora Barrancos

- 288 Leonardo Senkman, *César Tiempo. Los arrabales de un judío errante*, por Luis Roniger
- 291 Luis Escobar, *Francisco Ayala. Exilio español en Argentina y renovación de la sociología latinoamericana*, por Paula Jimena Sosa
- 294 María Teresa Gramuglio, *La construcción de la imagen y otros estudios literarios*, por Judith Podlubne
- 298 Laura Ehrlich, *La reinención del peronismo (1955-1965)*, por Christine Mathias
- 301 Marcelo Casals, *Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar*, por Eugenia Palieraki
- 304 Ana Sánchez Trolliet, *Te devora la ciudad. Itinerarios urbanos y figuraciones espaciales en el rock de Buenos Aires*, por Fedra López Perea

Otras voces, otros ámbitos

- 307 *Presentación*
- 309 M. M. Kalburgi, *Marga: samsodhana prabandhagala samkalana* [Marga: Una colección de artículos de investigación], por Naveen Kanalu
- 312 Amnon Raz-Krakotzkin, *Toda'at Mishnah, Toda'at Mikra. Tsefat ve-ha-tarbut ha-tzionit* [Conciencia de Mishná, conciencia bíblica. Safed y la cultura sionista], por Ron Naiweld

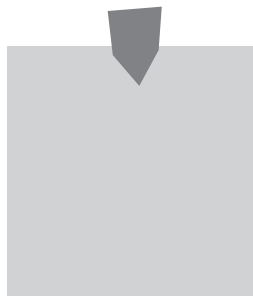
Fichas

- 315 Libros fichados: Ingrid Simson y Guillermo Zermeño Padilla (eds.), *La historiografía en tiempos globales* / Robert Darnton, *Un magno tour literario por Francia. El mundo de los libros en vísperas de la Revolución francesa* / Pascal Ory, *Qu'est-ce qu'une nation? Une histoire mondiale* / Pierre Bourdieu, *Microcosmes. Théorie des champs* / Richard Bourke y Quentin Skinner, *History in the Humanities and Social Sciences* / Gisèle Sapiro, *¿Se puede separar la obra del autor? Censura, cancelación y derecho al error* / A. James McAdams y Anthony P. Monta (eds.), *Global 1968. Cultural revolutions in Europe and Latin America* / Francisco Foot Hardman, *A ideología paulista e os eternos modernistas* / Beatriz Colombi (coord.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* / Mariana Moraes Medina, *Turistas intelectuales: viaje, política y utopía en María Rosa Oliver y Ezequiel Martínez Estrada* / Valeria Snitcofsky, *Historia de las villas en la ciudad de Buenos Aires. De los orígenes hasta nuestros días* / Andrea Matallana, *Nelson Rockefeller y la diplomacia del arte en América Latina* / María Cristina Tortti y Mora González Canosa (dirs.); Juan Alberto Bozza (coord.), *La nueva izquierda en la historia reciente. Debates conceptuales y análisis de experiencias* / Bernd Rother, *Global Social Democracy. Willy Brandt and the Socialist International in Latin America*

Obituarios

- 329 José Murilo de Carvalho (1939-2023), Marcos Luiz Bretas
- 331 Daniel Roche (1935-2023), Andrés G. Freijomil

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 27 / 2023

Acerca de cosmopolitismo y nacionalismo

en la historiografía europea anterior
a la Primera Guerra Mundial*

Fernando J. Devoto

Universidad Nacional de San Martín / Academia Nacional de la Historia Argentina

Ciertamente, se escribe mucho hoy sobre historia global, un posible nombre para una nueva forma de historia cosmopolita, sobre enfoques cruzados o transnacionales y sobre la declinación del Estado-nación y de la historiografía asociada. Aunque estos procesos no tienen fecha de nacimiento, y cualquiera puede recordar estaciones precedentes con otros vocablos pero las mismas ambiciones, la historia llamada global adquirió impulso en el XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Oslo en 2000, a la vez como un síntoma y un programa para los nuevos tiempos, como podrían avalarlo sus prontas secuelas en algunas revistas que han cultivado la aspiración a ser la vanguardia de la innovación, o el caso exasperante del uso como *passe-partout* del término transnacional.¹

Sin embargo, no fue ello lo que me atrajo a proponer una reflexión sobre el problema, ni tampoco el momento, cuando ya se hablaba de *slowbalization*, y ni siquiera las difíciles condiciones de producción de la historiografía global ante una gigantesca acumulación de nuevos conocimientos. Tampoco esta era una temática nueva: ya en 1927, Ernst Troeltsch había señalado que las historias mundiales enfrentaban, con las reglas del juego de la historiografía moderna, la dificultad irresoluble de tener que operar en un plano de superficialidad y padecer enormes falencias documentales, ante el avance de la erudición y de la filología, que hacían imposible un dominio de vastos argumentos.²

Desde luego, hay algo equívoco en la discusión sobre cosmopolitismo y nacionalismo: ¿remite a las formas –la mayor o menor circulación de textos producidos por otras historiografías nacionales– o a los contenidos de estos? La muy bella edición reciente en lengua gallega del libro de 1936 de Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, un ejemplo emblemático

* Este artículo tiene como punto de partida la conferencia magistral que dicté en 2021 al recibir el doctorado *honoris causa* en la Universidad de Santiago de Compostela.

¹ El primero de los tres temas principales del Congreso era “Perspectives on Global History: Concepts and Methodology”, disponible en: <https://www.oslo2000.uio.no/english/prog_mt.htm>. Es interesante observar que la ponencia introductoria remitía, no sin ironía, a una genealogía: Pirenne y Bloch y al Congreso Internacional de Bruselas de 1923. Véase Adriaan Verhulst, “Marc Bloch and Henri Pirenne on Comparative History. A Biographical Note”, en *Revue belge de philologie et d'histoire*, tomo 79, fasc. 2, 2001. Sobre las derivas del Congreso de Oslo véase, a modo de ejemplo, “Une histoire à l'échelle globale”, *Annales HSS*, año 56, n° 1, 2001; y para la puesta en cuestión del Estado-nación, el dossier “Les espaces frontières”, *Annales HSS*, año 58, n° 5, 2003.

² Ernst Troeltsch, *Lo storicismo e i suoi problemi*, Nápoles, Guida editori, 1989, II, pp. 417-419.

del *historismus* alemán, por parte de destacados historiadores de la Universidad de Santiago de Compostela es, desde luego, la reedición de un clásico, pero ¿cómo colocarlo en relación con el debate entre cosmopolitismo y nacionalismo?³

En este artículo quisiera problematizar las relaciones entre nacionalismo y cosmopolitismo ampliando el arco temporal de indagación, aunque siempre concentrándome en algunos pocos historiadores y en algunos momentos, y, a la vez, poner en cuestión las mismas categorías escogidas en la historiografía, sobreentendiendo que no se trata de un estudio exhaustivo (¿quién podría hacerlo?), sino simplemente de algunos apuntes para un diálogo acerca de qué querría decir historiador cosmopolita o nacionalista. ¿Sus sentidos estaban vinculados con el sujeto (sus opciones vitales o ideológicas, el lugar de enunciación elegido, una forma de practicar la historiografía que incluía emplear unos textos y no otros, la forma de su red de relaciones, de malla abierta o cerrada, su grado de movilidad espacial...), o con el objeto (una opción temática, una escala de análisis)?

Ya desde la Antigüedad existía una discusión acerca del problema, concerniente al lugar y el punto de vista del historiador y, como es bien conocido, Luciano de Samosata argumentó, en su breve texto del siglo II d. C. acerca de cómo debía escribirse la historia; que el historiador ideal, además de ser un juez imparcial, independiente y sobrio estilísticamente, era preferible que no tuviese ni rey ni ley ni patria, es decir, que fuese apólida.⁴ Por otra parte, apólidas en diferente modo eran Heródoto, Tucídides y Polibio, por citar a los tres historiadores griegos que dejaron un signo mayor en la historiografía posterior. ¿Ello implicaba que eran cosmopolitas? Sin embargo, Tucídides, desterrado de su ciudad, era siempre igualmente un ateniense, más aún, un patriota ateniense, visto por mucho tiempo como un cultor de la imparcialidad; su fuerza estaba en la credibilidad que tantos le atribuyeron, pero quizás no por su condición de apólida, y no es indiferente que encontrase en el último siglo y medio un eco mayor entre los historiadores nacionalistas, así como Heródoto lo halló entre aquellos con vocación cosmopolita.⁵ Lo que no dice tanto de ellos como de la proyección en ellos de un ideal presente.

Entre iluminismo e idea de nación

Una de las posibles atalayas para explorar el problema puede ser el siglo XVIII, momento de surgimiento de la historiografía moderna, sea que se la piense desde la viquiana conjunción entre filosofía y filología, o en otros términos, no idénticos pero para nuestros propósitos aquí homologables, entre filosofía y anticuaria (finalmente el mismo siglo XVIII contemplaría la transición en sede académica de la erudición a la filología), lo que nos deja en el comienzo de un largo ciclo de un nuevo modo de hacer historia, con el pasaje de la centralidad del testimonio oral a la del documento escrito.

Igualmente importante es que el siglo XVIII aparece como un momento fundante de interpretaciones canónicas que reposan sobre esquemas consolidados en el tiempo, que partirían de

³ Friedrich Meinecke, *A xénese do historicismo*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela-Fundación BBVA, 2023, que incluye un prólogo de Ramón Villares, y cuya traducción fue hecha por H. Fesefeldt y X. M. Núñez Seixas.

⁴ Luciano (de Samosata), *Como debe escribirse la historia*, Madrid, Gredos, 1990, pp. 367-408.

⁵ Dino Piován, *Tucidide in Europa. Storicisti e storiografia greca nell'età dello storicismo*, Milán, Mimesis, 2018, pp. 31-47.

una contraposición entre la Ilustración cosmopolita de aquel siglo y el Romanticismo nacionalista del siglo XIX, y que harían derivar esquemáticamente de esas dos matrices tanto dos formas de aproximación al pasado, como dos concepciones del mundo que perdurarían hasta nuestros días. Dicotomías que irían siempre acompañadas de juicios de valor, y que iban a ser formuladas de muchos modos: civilización vs. barbarie, patriotismo vs. extranjerismo, racionalismo vs. irracionalismo, abstracción vs. realismo, belicismo vs. pacifismo, naturaleza (humana) vs. historia, modernismo vs. posmodernismo, entre tantas otras.⁶ Todo ello acompañado de polémicas acerca del peligro (imaginario, aunque más no fuese) que un tipo u otro de narrativa historiográfica conllevaría y habría conllevado para las sociedades actuales y pasadas.

Es conocido que la antigua palabra “cosmopolita” adquirió una enorme difusión en el siglo XVIII y la palabra “nacionalismo”, aunque tardíamente, comenzó a circular también hacia finales de aquel. La expresión “cosmopolita”, mucho más extendida en los medios letrados, habilita muchas discusiones, por ejemplo, sobre las diferencias entre dos nociones que procedían del griego, la noción antigua apólida, “sin polis” o apátrida, y la noción de cosmopolita, “ciudadano del universo” u “hombre que no es extranjero en ninguna parte”,⁷ más allá de que la primera parece remitir a una pérdida y la segunda a una elección. Por otra parte, como recordó hace muchos años Paul Hazard, cosmopolita se usaba de muchos modos (y entre ellos en los dos sentidos aludidos, con lo que englobaba a apólida) y no necesariamente favorables. A veces era empleado como sinónimo, como decía el Padre Feijoo, de “libres ciudadanos de la república de las letras”, otras como equivalente a “residente” “emigrado” o “exiliado”, pero también era empleado para definir un modo de “pensar y vivir a la francesa”, como decía el príncipe de Ligne, o incluso y de modo aún más estrecho no faltaban aquellos que, pertenecientes a las élites sociales, simplemente confundían Cosmópolis con París.⁸

Comenzar por el siglo XVIII tiene otras posibles ventajas: su par *a priori* contrapuesto o imbricado también puede ser filiado en el siglo XVIII a partir de la nueva popularidad de otra voz antigua: “nación” –y quizás puede defenderse todavía la idea de que es más complejo pensar en términos de pares contrapuestos, que interactúan entre sí, que en torno a cada uno de los elementos aisladamente–. Con todo, si de nación pasamos a nacionalismo, más allá de algún uso aislado, este tendrá que esperar un poco más hasta el momento de tránsito entre los siglos XVIII y XIX, lo que no es extraño, ya que los “ismos” se popularizaron en general a partir de esa época, desde el antecedente pregnante, según Koselleck (y para nuestros propósitos bifronte) de “patriotismo”, tematizado ya a principios del siglo XVIII, y que contenía una pluralidad de sentidos que podían incluir la idea de un “patriotismo universal”, por ejemplo bajo la forma de derechos universales a defender o a imponer a otros como deber ciudadano, o un patriotismo restringido, fuese local o estatal, que iba en sentido contrario, y podía concentrarse

⁶ Desde luego que lo que está en juego por detrás es el lugar de la Ilustración, no como momento histórico sino como garante de un determinado orden de ideas. Véase, por ejemplo, la dicotomía modernos-posmodernos y la idea de amenaza en Jonathan Israel, “John G. A. Pocock and the ‘Language of Enlightenment’ in ‘His Barbarism and Religion’”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 77, n° 1, 2016, pp. 118 y 127.

⁷ Denis Diderot y Jean le Rond D’Alembert, *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres*, París, David Briasson-Durand-Le Breton, 1754, tomo 4, p. 297. Disponible en : <<https://artflsrv04.uchicago.edu/philologic4.7/encyclopedie0922/concordance?q=%22cosmopolite%22>>.

⁸ Paul Hazard, *La pensée européenne au XVIII^e siècle. De Montesquieu à Lessing*, Librairie Arthème Fayard, París, 1979, pp. 247 y 430.

en la figura del soberano.⁹ Casi como una contraposición entre la noción de "ciudadano" y la de "*pater patriae*".¹⁰

La noción de nacionalismo, que iba a reclamar exclusividad, estaba cargada desde el comienzo de prevenciones, o sentidos tendencialmente negativos: del Herder de 1774, que hablaba, en una frase no desprovista sin embargo de alguna ambigüedad en el contexto, sobre el vulgar prejuicio del estrecho nacionalismo, al abate Barruel, que lo definía (asociándolo al patriotismo de la revolución) como un pensamiento que "tomaba por perfección los vicios de su patria" y entre ellos la "hostilidad al extranjero".¹¹ Este último inauguraba una larga oposición a la noción en el pensamiento reaccionario decimonónico.

Si nos detuviéramos en la perspectiva *emic*, o sea de los protagonistas, la contraposición bien podía formularse con las palabras de Herder: "El patriotismo y las luces son los dos polos en torno a los cuales se mueve la entera civilización de las costumbres de la humanidad".¹²

Desde luego que este limitado y tardío uso comparativo de la voz nacionalismo, dice y no dice mucho, ya que puede sostenerse que la experiencia histórica precede su conceptualización. Solo se anota acá que bien podemos percibir el siglo XVIII como el momento de emergencia de una polémica que en algunas dimensiones parece nítida y en otras es mucho menos evidente.

Desde luego parece más visible si se quiere utilizar el conocido texto de Kant, epítome del *Aufklärung*, *Idea para una historia universal con un propósito cosmopolita*, de 1784, en el que ponía como hipótesis la posibilidad de la construcción de una historia *a priori*, que develase por debajo del caótico y absurdo acontecer visible el plan racional de la naturaleza (o de la providencia), orientando la evolución de la especie humana en el sentido del progreso hasta consumir su destino en la tierra. Así, "tal *justificación* de la Naturaleza –o mejor de la *Providencia*– no es un motivo fútil para escoger un determinado punto de vista en la consideración del mundo".¹³ Reflexión que era una polémica contra otro punto de vista, el que había escogido Herder y, desde luego, esa confrontación, que estaba destinada a desarrollarse ulteriormente en escritos sucesivos de ambos contendientes, implicaba muchas cosas, a partir mismo de la idea de razón y de su papel, hasta la existencia o no de verdades absolutas y universales, que no estuvieran ancladas en específicos pueblos y específicas épocas, o de la contraposición de una evolución general unilineal a otra múltiple, derivada del espíritu diferente de cada pueblo.

De todo ello, el elogio al patriotismo de Herder –un pensador pleno de giros, lo que hace difícil toda simplificación– como un instrumento que daba cohesión y ayudaba a alcanzar la plena realización que cada nación lleva en sí misma, y que es diferente de las otras y que, como

⁹ Reinhart Koselleck, "Patriotismus. Gründe und Grenzen eines neuzeitlichen Begriffs", *Begriffsgeschichten Studien zur Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Frankfurt, Suhrkamp, 2006, p. 218.

¹⁰ *Ibid.*, p. 230

¹¹ Cfr. Johann Gottfried Herder, *Auch Eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit*, Riga, Hartknoch, 1774, p. 58, disponible en: <https://www.deutschestextarchiv.de/book/show/herder_philosophie_1774> [trad. esp.: Johann Gottfried Herder, *Filosofía de la historia para la educación de la humanidad*, Sevilla, Espuela de Plata, 2007]; y Abbé Augustin Barruel, *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*, Hamburgo, P. Fauche Libraire, 1803 [1798], tomo 3, pp. 127-128.

¹² Johann G. Herder, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, Berlín, Deutsche Bibliothek, 1914, p. 178. Disponible en: <<https://archive.org/details/ideenzurphilosop00herduoft/page/n7/mode/2up?ref=ol>>.

¹³ Immanuel Kant, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Madrid, Tecnos, 1994. Disponible en: <https://www.academia.edu/33152432/Kant_Ideas_para_una_historia_universal_en_clave_cosmopolita>.

había sostenido en la dicotomía luces-patriotismo, era el principio más alto que los hombres podían poner en práctica para su felicidad y su libertad. Empero, y más allá de todos aquellos esfuerzos por identificar y valorizar la cultura alemana, como en aquel trabajo que reunió en 1773, incluyendo textos de Goethe y Möser, acerca del estilo y el arte alemán, basta leer los títulos de sus obras mayores para observar que Herder aspiraba también a hablarle a la humanidad y que al hacerlo postulaba la multiplicidad de pueblos y sus culturas pero una unidad sustancial del género humano, lo que era posible, según Kant, por el uso imaginativo que hacía de la analogía.¹⁴ Desde luego que mantener unida esa diversidad lo llevaba a una tensión entre el nacionalismo del *volk* y una aspiración cosmopolita, entre la individualidad de cada pueblo y la historia universal. Una vez más, se dirá, volvemos al problema del sentido de la expresión “cosmopolita”.

Que el caso de Herder no fuese el único lo muestra el avance irresistible en Alemania de las propuestas de historias universales, o historias del mundo como objeto y fin de toda historia, que ya había sido un punto de fuerza de los cosmopolitas franceses, un Voltaire o un Montesquieu, aunque ahora en el seno del nuevo clima de ideas, como lo exhiben nombres como los de Schlegel, Schelling, Schiller o Novalis, es decir en el seno del bosque romántico y prerromántico. Con distintas formulaciones, también para estos la historia mundial era la única historia posible y deseable, como marco para hacer inteligibles las historias particulares, como en Schiller o Novalis, o como instrumento, según Schelling, para el único objetivo, que era el “surgimiento progresivo de una constitución cosmopolita”.¹⁵ Y no se aspira a proponer paradojas –a cualquiera le resultan evidentes las distancias entre Kant y Herder, y más aún si asociamos el nombre de Hamman a este último–, sino a sugerir que más allá de las clásicas dicotomías que contraponían la razón iluminista y la sensibilidad romántica (dos plurales, no singulares), en lo que a nosotros interesa, el problema de cosmopolitismo vs. nacionalismo, la cuestión es más compleja. Como en su época observó Dilthey, Alemania en el siglo XVIII parecía estar a mitad de camino entre una universalidad cosmopolita y el particularismo.¹⁶

Complejidad que, sin embargo, no disuelve la dicotomía sino la caricatura de la dicotomía, al postular la idea de que las propiedades del objeto, la opción temática o la escala de análisis no son instrumentos suficientes para pensar nuestro problema, así como tampoco lo es la simple apelación al carácter nacional que, aunque en modo distinto a Herder, había sido un argumento que incluía en primer lugar a Montesquieu, a Voltaire, o incluso al Hume del “De los caracteres nacionales”.¹⁷

Tampoco lo era la mayor o menor movilidad, ya que si se presta atención a las “altas cumbres”, como las llamaba Meinecke, y de las que nos ocupamos aquí, la gran mayoría estaba involucrada en procesos de movilidad espacial, o en intercambios epistolares que iban más allá de las fronteras del propio Estado de origen y de su lengua, y que alentaban esa circulación de las ideas de las que hablaba Franco Venturi, quien apreciaba tanto el cosmopoli-

¹⁴ Immanuel Kant, “Rezensionen der ‘Ideen’”, originalmente en *Allgemeine Literatur-Zeitung* (1785) y aquí como apéndice a Herder, *Ideen*.

¹⁵ Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2010, p. 70.

¹⁶ Wilhelm Dilthey, “El mundo histórico y el siglo XVIII”, en W. Dilthey, *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

¹⁷ David Hume, “Of National Characters”, en D. Hume, *Essays, Moral, Political, and Literary, Part 1 (1741-1777)*, nota 6. Disponible en: <<https://davidhume.org/texts/empl1/>>.

tismo iluminista del siglo XVIII como no apreciaba a la Italia nacional del XIX.¹⁸ Una circulación que pasaba a través de la mediación de un centro y en ese punto la observación, que vimos recogía Hazard, daba cuenta de un hecho: la hegemonía intelectual francesa y del francés, que no era sin embargo un problema de simple influencia o de recepción sino un lugar de paso a través de Francia que era remodulado en atención a los problemas específicos de cada lugar. Desde luego no habría que olvidar a la mayoría de los estudiosos y eruditos que no participaban, o participaban muy tangencialmente, de aquella circulación de las ideas en el ámbito europeo o que eran antagonistas a ella. Entre los otros, nuevamente la movilidad abarcaba tanto a cosmopolitas como a patriotas, a ilustrados como a tradicionalistas, incluyendo todas las gradaciones intermedias.

De ese mundo de filósofos y literatos podemos pasar al ámbito de historiadores para lo cual debemos reiterar algunas precisiones apenas aludidas. Si admitimos la propuesta de Arnaldo Momigliano de definir la historiografía moderna como la confluencia entre la erudición o anticuaria y los esquemas intelectivos de los filósofos ilustrados, el campo se restringe, aun si para algunos de nuestros problemas y para algunos contextos no existían tantas diferencias entre los mayores anticuarios y los *philosophes*.¹⁹

El erudito veronés Scipione Maffei era ciertamente un pensador cosmopolita: había frecuentado a Montesquieu, cuando este visitó Verona, y había estado en París un buen tiempo, donde había encontrado a Luis XV y, más importante, a Voltaire (que no lo estimaba) y con quien mantendría correspondencia, pero también había estado en Inglaterra (donde recibió un doctorado *honoris causa* en Oxford) y en tantos otros lugares, incluyendo Viena, donde lo recibió el Emperador Carlos VI. Su casi coetáneo, el ilustre Ludovico Antonio Muratori, que se desplazaba mucho menos, tuvo sin embargo un contacto intenso personal con Leibnitz, y sus libros fueron traducidos a muchas más lenguas (incluido el castellano). Más allá, el napolitano Pietro Giannone, autor en su tiempo de una muy reconocida *Historia civil del reino de Nápoles*, se movió por toda Europa, aunque en buena medida era el cosmopolitismo del refugiado, que escapaba a las persecuciones católicas yendo de un lugar a otro. Todos eran, en cuanto eruditos, tributarios de, entre otros, esas dos figuras eminentes de la anticuaria que eran los monjes del monasterio de Saint Germain-des-Prés, Jean Mabillon y Bernard de Montfaucon, con los cuales Muratori tuvo contactos, epistolares, con el primero y personales con el segundo, sin que ello fecundase en una nueva historiografía.²⁰

Al otro lado de los Alpes, en Zúrich, entretanto, el patriotismo suizo se expandía en personajes como Johann Jakob Bodmer que, además de historiador de la Confederación Helvética y de Zúrich, fue fundador de la sociedad Helvetische Gesellschaft y creador de una revista histórica con Johann Jakob Breitinger, la *Helvetische Bibliothek*. Sin embargo, ninguno de los dos desconocía lo que ocurría más allá, no solo en Francia sino en Inglaterra, e incluso en su juventud habían fundado un seminario de costumbres a partir del modelo readaptado del pri-

¹⁸ Franco Venturi, "La circolazione delle idee", *Rassegna storica del Risorgimento*, vol. XLI, n° 2-3, 1954.

¹⁹ Arnaldo Momigliano, "Ancient History and the Antiquarian", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 13, n° 3-4 (1950); Arnaldo Momigliano, "Il contributo di Gibbon al metodo storico", en A. Momigliano., *Sui fondamenti di storia antica*, Turín, Einaudi, 1984.

²⁰ Franco Venturi, *Settecento riformatore. Da Muratori a Beccaria*, Turín, Einaudi, 1969; Gian Paolo Romagnani (ed.), *Scipione Maffei nell' Europa del Settecento*, Verona, Consorzio Editori Veneti, 1988, en especial pp. 27-63 y 259-294.

mer *The Spectator*, de Joseph Addison.²¹ En este punto, ambos podían entrar al comienzo en la categoría de un patriotismo con vocación cosmopolita.

Sin embargo, si del antes pasamos al momento de la convergencia entre anticuarios y esquemas filosóficos que organizaban y daban sentido a los materiales eruditos y convertían el coleccionismo en historia –o si se quiere, con Benedetto Croce, la crónica en historia–, Momigliano iba a indicar el nombre de Gibbon como el primer historiador moderno, y es claro que él, que parecía encontrarse más a gusto en Lausanne que en cualquier otro lugar, que había recorrido además buena parte de Europa, era un modelo de historiador cosmopolita, en cualquiera de los muchos sentidos en que esa expresión podía usarse.²² Desde luego que esa elección de Gibbon procedía de otro historiador, Momigliano mismo, cuyo cosmopolitismo originario se acentuó tanto con el exilio como con la guerra y la catástrofe familiar. Sin embargo, podría objetarse, no solo los esquemas ilustrados y su idea de perfeccionamiento o progreso podían dotar de un sentido al material reunido por los eruditos: también podía hacerlo la organización del material en torno a la noción de genio nacional, o en torno a la historia de una específica comunidad estadual. En este punto los nombres de Johann Winckelmann y de Justus Möser deben ser introducidos.

Un primer punto de interés del itinerario de Winckelmann es que antes de dedicarse a la historia del arte y centrarse en las imágenes había hecho estudios de filología –si bien poco sistemáticos–, aprendido bastante de numismática y epigrafía, y leído abundantemente de historia. Su célebre *Historia del arte en la Antigüedad* lleva los signos de su conocimiento y es frecuente su discusión contra atribuciones hechas por Montfaucon y sobre todo por Maffei, entre tantos otros eruditos.²³ Claro está que Winckelmann había leído a los filósofos franceses y desde luego el papel que otorgaba al clima, la libertad política o la educación, como indica en el capítulo III del Libro I, explicaba mucho de su idea de la formación de los caracteres nacionales y de la excepcionalidad de la Grecia clásica. En este sentido y en más de un punto, y no solo en el más obvio (el clima), estaba en deuda con Montesquieu, y en otros puntos con el Voltaire del *Ensayo sobre las costumbres*.

Winckelmann, que detestaba el francés y lo francés (y apreciaba a los suizos), que veía su época como una época de decadencia, que estaba con los antiguos contra los modernos (pero no en su capacidad de comprensión histórica), que defendía una concepción cíclica del tiempo histórico, estaba también relacionado de muchos modos con su tiempo. Por ejemplo, como Gibbon, Winckelmann (que nunca visitó Grecia) prefería residir en un lugar extranjero, en su caso Roma, y no en la Berlín de Federico II, y como él, tenía la voluntad de convertir la anti-cuaria en historia. Sin embargo, en lo que aquí nos interesa, las ideas de nación, genio, gusto y

²¹ Carlo Antoni, “Gli svizzeri e l’idea di nazione”, en C. Antoni, *La lotta contra la ragione*, Florencia, Sansoni, 1968.

²² Momigliano, “Il contributo” (trabajo de 1954 que en este punto es una profundización de “Ancient History and Antiquarians” de 1950). Nótese, por otra parte, que los tiempos actuales colocan varios puntos de discusión sobre la propuesta de Momigliano y, en lo que a nosotros interesa aquí, por ejemplo, en los esfuerzos por encontrar una erudición escondida debajo del ropaje escéptico y escueto de Voltaire, agregando en una nueva edición del *Essai sur les mœurs et l’esprit des nations*, III, vol. 22 des *Œuvres complètes de Voltaire* (Oxford, Voltaire Foundation, 2009), las probables referencias que aquel no habría indicado. Es innecesario señalar lo problemático de esa operación. Cfr., John G. A. Pocock, “Response and Commentary”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 77, n° 1, 2016, que beneficia además a sus lectores con un resumen de las ideas de su monumental *Barbarism and Religion* acerca de las “familias iluministas”, dislocadas nacionalmente, en contraposición con las tesis de Venturi, Berlin y otros acerca de la sustancial unicidad del iluminismo.

²³ Johann J. Winckelmann, *Historia del arte en la Antigüedad*, Madrid, Akal, 2011, *passim*.

estilo nacional, de individualidad irreductible del milagro griego, serían ideas con las cuales Winckelmann proveería otra unidad de sentido a la narración histórica, que le permitiese organizar las conquistas eruditas acerca de cuyo rol autónomo había perdido toda estima. Ya en el comienzo de su historia del arte en la Antigüedad, por lo demás trece años anterior al *Decline and Fall* de Gibbon, se manifiesta contra los eruditos y contra las “simples narraciones”, en defensa de una obra razonada con “sentido histórico”, término usado de modo muy singular. Es claro que aquí Winckelmann proponía pasar de las antigüedades a la historia, y aunque su objeto fuese cosmopolita (o si se prefiere universal, como entonces se lo entendía), y también en buena medida su temperamento, su interpretación histórica, su método si se quiere, no lo era. Era, a su modo, una variación de una historia patriótica o nacional, en el sentido en que exaltaba un caso nacional, único, irrepetible, esencial, por sobre cualquier otro, solo que de un tiempo pasado perfecto e irrepetible. Ciertamente influyó sobre la alta cultura alemana del siglo XIX, favoreciendo esa estrecha identificación con los ideales griegos, pero menos sobre historiadores que pensaban en términos de tiempo lineal y no cíclico, en términos de movimiento y no de atemporalidad.²⁴

Una mejor contraposición la proveería Justus Möser con su *Osnabrückische Geschichte* –a la vez, la historia patria de un pequeño principado en el que había nacido, en el que vivió toda su vida y en el que ocupó los más altos cargos, y una meditación sobre la nación alemana–. Aunque su vida girase en torno a Osnabrück y viajase muy poco, Möser era un personaje muy conocido en los ambientes diplomáticos e intelectuales europeos, sus obras habían sido traducidas a muchísimos idiomas incluidos, por ejemplo, el danés o el húngaro, y era una figura relevante, como Herder o Lessing, de la sociabilidad estiva en Pymont.

De la importancia de Möser puede dar cuenta que cuando Herder organizó el libro *Acerca del estilo y el arte alemán*, en 1773, que sería visto como una especie de manifiesto programático de una nueva generación, además de dos textos suyos y uno de su amigo Goethe, incluyó un texto de Möser sobre la “Deutsche Geschichte”, en el que retomaba las ideas del “Prefacio” a la historia de Osnabrück, pero acentuando el carácter de la necesidad de una historia de Alemania y de la creación de una comunidad nacional.²⁵ Anótese que la recopilación incluía otro texto sobre el arte gótico de un milanés, Paolo Frisi, signo de los intercambios del siglo.

Möser, abogado de formación, y que había sido durante un tiempo *advocatus patriae* de Osnabrück, no tenía la curiosidad del coleccionista y no era en sentido estricto un anticuario, pero sí tenía una muy adecuada formación en diplomática y un amplio conocimiento de la historia de la tradición jurídica, que era, para él, la que aseguraba la continuidad histórica. Ello lo llevará a escribir una historia cuyo actor portante era el pueblo, entendido como los propietarios de tierras –que eran los verdaderos propietarios de la nación– y sus (“nuestros”) derechos, usos y costumbres; y, a la vez, alejada de los príncipes y de los juegos de la alta política. Una historia de un pequeño estado, pensada desde la variedad de la realidad, “caso” por “caso”, y contra la simplificación que imponían las “abstracciones”, las reglas y leyes generales del pensamiento iluminista. Una realidad que podía ser captada no desde la razón, sino desde la “impresión total” que se obtenía desde la intuición “viviente”. Esa historia particular

²⁴ Anthony Grafton, “De Polyhistor en Philologue”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 135, 2000, p. 26.

²⁵ Johann Gottfried von Herder, *Von Deutscher Art und Kunst*, Hamburgo, Bode, 1773. Disponible en: <https://www.deutschestextarchiv.de/book/view/herder_artundkunst_1773>, pp. 165-182 para el texto de Möser.

sustentada en el derecho público y la costumbre podía, sin embargo, creía Möser, contribuir a escribir la historia de Alemania, cuando apareciese un Tito Livio germano, que reuniese las diferentes historias.²⁶

Llegados a este punto, deberíamos dejar ese siglo XVIII, en el que los ejemplos presentados no aspiran a proponer ninguna tipología, sino a argumentar que había muchas más cosas además del cosmopolitismo (y de la Ilustración), y no solo en las “altas cumbres”, y sin pensar el proceso desde los efectos reactivos en el siglo siguiente. Por otra parte, ese cosmopolitismo podía tener muchos límites, más allá de la circulación de intelectuales y de textos, y sobre todo si abandonamos los criterios geográficos para definir “nacional” o “cosmopolita”, que no dicen mucho –como no lo dirían luego para definir “nacionalista”–.

Pongamos solo un ejemplo con sabor a paradoja. Cuando Mme de Staël reproponía a los franceses la cultura alemana, hacía una operación que implicaba muchas cosas, pero entre ellas una crítica a una cultura limitada, en cuanto era de un cosmopolitismo que no escuchaba a las otras. Cuando además criticaba las letras italianas del siglo XVIII, sumergidas, según ella, o en la imitación de los modelos de la Antigüedad pagana, o en géneros poco edificantes (como la ópera) en la propia lengua italiana, definiéndolas arcaicas, y los invitaba a mirar más allá de los Alpes, a emplear las traducciones de las literaturas de otros países para salir de una cultura anquilosada, parecía indicar que el cosmopolitismo estaba adelante y no en el siglo que había terminado.²⁷

Historias nacionales, conflictos interestatales y *Weltgeschichte*

Desde luego que las historias de las viejas y nuevas naciones europeas iban a ocupar un lugar preeminente en la historiografía del siglo XIX, pero no por completo, ya que debían lidiar, más allá de los estudios locales, por lo menos con los estudios de historia antigua, que eran los más prestigiosos, o con nuevas historias universales, o al menos supranacionales.²⁸ Además, a la hora de recordar a los grandes historiadores, encontramos en las “altas cumbres” estudiosos tan dispares, también en relación con nuestro problema, como Guizot y Michelet, Ranke y Burckhardt, Carlyle y Macaulay. Por lo demás, la historia local (no siempre en un implícito cuadro nacional estatal o no estatal) era, como antes o como después, muy predominante. Por ello, si quisiéramos proponer un imaginario momento en el que el nacionalismo se convierte en el signo de los tiempos, podríamos pensar a modo de ejemplo en los deslizamientos de dos

²⁶ Justus Möser, “Vorrede”, en J. Möser, *Osnabrückische Geschichte*, Osnabrück, Schmidischen, 1768. Disponible en: <https://www.deutschestextarchiv.de/book/view/moeser_osnabrueck_1768>. Sobre Möser, Friedrich Meinecke, *A xénese do historicismo*, pp. 433-492, y Jonathan B. Knudsen, *Justus Möser and the German Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, que matiza la idea de su conservadurismo en favor de una lectura como reformador social.

²⁷ Mme de Staël, *De l'Allemagne*, París, Garnier-Flammarion, 1968, 2 vols.; Mme de Staël, “Sulla maniera e la utilità delle traduzioni”, en Mme de Stael, *Biblioteca italiana*, vol. 1, 1816, , disponible en: <http://emeroteca.braidense.it/eva/sfoglia_articolo.php?IDTestata=110&CodScheda=207&CodVolume=2416&CodFascicolo=15832&CodArticolo=298321>.

²⁸ Aunque deba observarse que los estudios sobre historia antigua eran demasiadas veces un territorio en el cual proyectar sin mediaciones las posiciones políticas contemporáneas. Cfr. Pascal Payen, “Conquête et influences culturelles. Écrire l’histoire de l’époque hellénistique au XIX^e siècle (Allemagne, Angleterre, France)”, *Dialogues d’histoire ancienne*, vol. 34, n^o 1, 2008.

grandes estudiosos de historia antigua que decidieron reorientar sus perspectivas y sus intereses temáticos: Fustel de Coulanges y Gustav Droysen.

El caso de Fustel, que había publicado en 1864 *La ciudad antigua*, presenta un itinerario más límpido. La derrota en la guerra franco-prusiana lo llevó a una inmediata polémica acerca de los derechos sobre Alsacia, en una carta dirigida a Mommsen. En ella oponía las apelaciones a “oscuros pasados” (en que el historiador alemán basaba los argumentos raciales y lingüísticos para defender la pertenencia de Alsacia a Alemania), a otros, según Fustel más actuales, que se basaban en el derecho público (la nacionalidad) y en la noción de que la patria es lo que uno ama (el sentimiento) –y todavía pudo complementar esa reflexión, en un artículo periodístico sucesivo, con otra contraposición, entre el antiguo “espíritu de conquista” de los alemanes y el moderno “espíritu de trabajo” francés–.²⁹ Textos que estaban planteados como un debate de principios y no en torno a retratos truculentos de la invasión y los invasores, como en Ernest Lavisse.³⁰

Fustel no abandonó luego el lugar del discurso del estudioso, sino que tendió ya en 1872 a redefinir el papel del historiador, en el conocido texto acerca de la forma de escribir la historia en Francia y Alemania en el que definía el lugar de la historia en su tiempo presente, un tiempo ahora de guerra para el que no servía ya, como en el pasado, la “erudición sin patria”, sino la historia como un arma de guerra como la empleaba el “ejército” de historiadores alemanes, en contraposición con el inerte liberalismo de los historiadores franceses, en pugna contra su pasado o contra otros franceses. Así, el nuevo patriotismo es el que defiende “las fronteras de nuestra conciencia nacional”.³¹ Esa radicalización de su patriotismo fue acompañada por el dejar de lado la historia antigua y concentrarse en la historia medieval con su *Historia de las instituciones de la antigua Francia*, en la que buscaba demostrar la total extrañeza de las invasiones germánicas en las instituciones francesas, derivadas de Roma o, como en el caso de la feudalidad, de un origen romano transformado en un proceso natural posterior. Así, un historiador con vocación científica y con argumento cosmopolita derivaba en un historiador con tendencias patrióticas sobre un argumento nacional.

El itinerario de Gustav Droysen fue más complejo. También él, de linaje patriótico prusiano, comenzó en la historia antigua, con un conjunto de trabajos –del *Alejandro Magno* de 1833 al segundo volumen de la *Historia del helenismo* de 1843– en los cuales daba carta de ciudadanía al helenismo no como declinación de la civilización griega, sino como culminación de un movimiento que generaría una enorme fusión entre oriente y occidente, disolviendo la antinomia griegos-bárbaros. En el prefacio a la primera edición de la *Historia del helenismo* (1836), señaló que el helenismo “había sobrevivido a su (contingente) existencia estatal para continuar viviendo como modelo y como moda, como filosofía y como educación, como ciencia y como superstición”, y el mismo Alejandro había logrado ser el heroico rey que ve más allá

²⁹ Siempre fundamental: François Hartog, *Le XIX^e siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, PUF, 1988. Véase también, Michael Werner, “La nation revisitée en 1870-1871. Visions et redéfinitions de la nation en France pendant le conflit franco-allemand”, *Revue Germanique Internationale*, n° 4, 1995, pp. 181-200. Disponible en: <<https://journals.openedition.org/rgi/525>>.

³⁰ Ernest Lavisse, “L’invasions dans les départements du Nord”, *Revue des Deux Mondes*, septiembre de 1871. Disponible en : <<https://www.revuedesdeuxmondes.fr/article-revue/septembre-1871/>>.

³¹ Numa Denis Fustel de Coulanges, “De la manière d’écrire l’histoire en France et en Allemagne depuis 50 ans” en *Revue des Deux Mondes*, septiembre de 1872. Disponible en: <<https://www.revuedesdeuxmondes.fr/article-revue/la-maniere-decrire-lhistoire-en-france-et-en-allemande/>>.

y supera el patriotismo del mundo macedónico y las restricciones de la mentalidad griega.³² Una historia mirada desde un punto de vista cosmopolita, por detrás de la cual está el problema de los orígenes del cristianismo, y desde ahí, podríamos decir, de la civilización occidental toda. Sin embargo, también él cambió de argumento, para pasar a ocuparse prevalentemente de historia alemana con propósitos reivindicativos (por ejemplo, para defender derechos de algunos Estados territoriales como Schleswig-Holstein), y para escribir una enorme historia de la política prusiana (desde los orígenes hasta Federico II) a partir de 1855 y hasta su muerte en 1884.³³

Los motivos del cambio de argumento son evidentes, y más considerando que Droysen creía que era el presente el que debía orientar el estudio del pasado. Sin embargo, las cosas son un poco más complicadas, ya que la misma historia del helenismo era una reflexión sobre el modo de construir una unidad de la heterogeneidad, que reflejaba la predilección por la unificación en detrimento de la libertad individualista griega, y que subsumía una analogía entre Macedonia y Prusia.³⁴ Con todo, esa predilección era también por su resultado: la civilización helenística, vista como una civilización cosmopolita.³⁵

Que el nacionalista prusiano (pero en el contexto universalista del neohumanismo de tradición herderiana) que era Droysen terminase por elaborar un monumento a una construcción cosmopolita, a contratendencia además del pensamiento histórico alemán sobre Grecia, desde Winckelmann a Boeckh (su maestro), era algo que mostraba una vez más que las dos nociones podían interactuar, que no había un único modelo de cosmopolitismo, o bien que siempre hay una tensión en los grandes historiadores entre ideal político y realización historiográfica. Sea de ello lo que fuere, todavía Droysen pudo dar una segunda edición ahora unitaria de su historia del helenismo (1877-1878), en la cual no solo suprimía el prefacio aludido, sino que acentuaba la dimensión política y en especial la de la política exterior por sobre la dimensión cultural-religiosa, es decir la dimensión nacionalista en detrimento de la cosmopolita.

Desde luego que entre la primera y la segunda edición había pasado mucha agua bajo el puente y, si los conjuntos de creencias que reunimos bajos las etiquetas de nacionalismo e idea romántica de nación pueden ser vistas como tendencias de largo plazo, debe recordarse que lo que iba creciendo a la par era el Estado-nacional, y dentro de él los estudios académicos que suelen llamarse profesionales, en el contexto de emergencias de sociedades de masa. Es así que, como vimos observó ya Fustel, la labor del historiador era ahora la de defender, pero también construir, la “conciencia nacional”. Por lo demás, la estructuración académica imponía, además de una conversión de los historiadores en funcionarios, participar de ámbitos que tenían sus propias lógicas, con relaciones intelectuales mucho más cerradas y jerárquicas y con consensos historiográficos que tendían a recortarse dentro del espacio de los Estados nacionales.

³² Johann Gustav Droysen, “Vorrede”, en J. G. Droysen, *Geschichte des Hellenismus*, Hamburgo, 1836. No habiendo encontrado el texto del prefacio “olvidado” en lengua original para mí legible (o sea, no en letra gótica) he utilizado la traducción (con texto alemán adjunto) de Sonni, *Il testo dimenticato. La Vorrede di Johann Gustav Droysen alla Geschichte des Hellenismus del 1836. Traduzione e lettura storica*, tesi di Laurea, Florencia, 2007.

³³ Arnaldo Momigliano, “Per il centenario dell’ ‘Alessandro Magno’ di J. G. Droysen”, *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1955.

³⁴ Luciano Canfora, “Johann Gustav Droysen, Histoire de l’Hellénisme”, *Anabases*, n° 5, 2007, disponible en: <<https://journals.openedition.org/anabases/3257?lang=it>>; quien, por lo demás, recordó que durante la dominación napoleónica los pensadores alemanes, como por ejemplo Fichte, no se identificaban con Filipo II sino con Demóstenes.

³⁵ Pascal Payen, “Le cosmopolitisme des nations dans l’Histoire de l’Hellénisme de Johann Gustav Droysen”, en C. Avlami, J. Alvar y M. Romero Recio (eds.), *Historiographie de l’antiquité et transferts culturels. Les histoires anciennes dans l’Europe des XVIII^e et XIX^e siècles*, Ámsterdam, Brill, 2010.

Sin embargo, en ese mundo las comunicaciones e intercambios epistolares no habían desaparecido, y tampoco las traducciones (en las que franceses e italianos fueron muy activos); los congresos internacionales de historiadores comenzaban con el nuevo siglo y, además del Grand Tour todavía vigente, la circulación de jóvenes académicos seguía presente hacia los lugares de prestigio, que eran Alemania y Francia. En esa diarquía, Alemania parece haber llevado la mejor parte dentro de la perspectiva profesionalista, ya que se suponía que estaban adelante en la anticuaría (piénsese en Mommsen y la numismática), la filología y la metodología histórica en general. Langlois y Seignobos decían en su conocido manual que lo habían escrito en buena medida porque el de Bernheim no estaba traducido.³⁶

De Lord Acton hasta Gabriel Monod, de Ernest Lavisse a Marc Bloch, a Johan Huizinga, pasando por los italianos Ettore Pais y Amedeo Crivellucci, o los españoles Eduardo de Hinojosa o Ramón Carande (quien por lo demás dejó un expresivo retrato de ese mundo), con sus viajes a Alemania exhibían la importancia del mundo germano.³⁷ Como en 1868 había afirmado Renan, gran admirador de la universidad humboldtiana, en las ciencias históricas y filológicas Alemania producía más conocimientos que todo el resto de Europa reunida; o, por poner otro ejemplo, como señalaba el conocido historiador económico, nacido en Escocia, William Cunningham, ¿por qué no había llegado a Inglaterra la para él tan superior revolución “realista” de la escuela histórica de la economía nacional alemana?³⁸

Ciertamente, los franceses, con ese afán universalista que tematizaba tan bien Durkheim, tenían cartas por jugar, además de la mucho mayor penetración de su historiografía narrativa fuera de Europa, y de las potencialidades futuras que mostraban los intentos interdisciplinarios, por ejemplo, de la *Revue de synthèse historique* que, si no era la revista más sofisticada, seguramente era la más cosmopolita. Sin embargo, la ciencia histórica, en una mirada sobre el occidente europeo, hablaba ahora más en alemán que en francés. Empero, no era el nacionalismo ni el *historismus* alemán lo que atraía; eran las técnicas y los métodos. Es que esa historiografía alemana individualizadora y de temática de historia política era nacionalista de enfoque y de objeto, pero argumentaba desde la “imparcialidad”, los documentos y la filología y, por debajo de ello, como por ejemplo en uno de sus representantes más relevantes y enfáticos, Von Treitschke, con la convicción de que esas ideas derivarían de leyes objetivas que dirigían la evolución histórica.³⁹

Un mundo organizado en torno a nombres como von Treitschke, que enseñaba historia de la Alemania reciente y que era el profesor más popular en Berlín, o a revistas como la *Historische Zeitschrift*.⁴⁰ La lapidación de la *Deutsche Geschichte* de Lamprecht –que aunque

³⁶ Charles V. Langlois-Charles Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, Hachette, 1898, xv-xvi.

³⁷ Ramón Carande, “Recuerdos de la Alemania guillermina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 465, 1989.

³⁸ Ernest Renan, “La Instruction supérieure en France”, en E. Renan, *Questions contemporaines*, París, Michel Lèvy Frères, 1868, p. 84; William Cunningham, “Why Had Roscher so Little Influence in England?”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 5, noviembre de 1894.

³⁹ Sobre la concepción de Von Treitschke, Elías Paltí, “El historicismo como idea y como lenguaje”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 10, 2006, p. 221.

⁴⁰ Sobre von Treitschke, véase el retrato de Élie Halévy, “Les ‘séminaires’ philosophiques et l’état actuel des études de philosophie aux universités de Berlin et de Leipzig”, *Revue internationale de l’enseignement*, tomo 32, 1896. El artículo anotaba además el pequeño número de alumnos del seminario de Wilhelm Dilthey que, sea dicho al pasar, había sido de los primeros en abrirse a una mirada cosmopolita al revertir la imagen del siglo xviii y de la Ilustración como antihistóricos. Una imagen plenamente coincidente en Friedrich Meinecke, *Esperienze (1862-1919)*, Nápoles, Guida, 1971, pp. 83-84 y 102-103.

fuese también un historiador de orientación nacional-conservadora, era más abierto a las influencias extranjeras y el más hostil a la escuela rankeana y al papel que se le otorgaba a la historia política, abogando por una historia que integrase otras ciencias sociales— mostraba los límites tolerados a las disidencias, aunque los argumentos fuesen formalmente dirigidos a sus inexactitudes y sus inconsistencias.⁴¹

Sin embargo, más allá de consensos compartidos, el panorama no era uniforme y había nombres como los de Otto Hintze, que más allá de convicciones políticas en ese tiempo similares a las de sus colegas, hizo el mayor esfuerzo por construir una historia cosmopolita a través de su historia comparada de las instituciones de los países occidentales, y Ernst Bernheim, que era mucho más abierto que los demás, por ejemplo, al esforzarse por dar cuenta en las sucesivas ediciones de su *Lehrbuch* de las reflexiones que formularon y formulaban Comte, Buckle, incluso Marx, Labriola, hasta Simiand, y los debates que surcaban a la revista de Berr.⁴²

Por otra parte, podría preguntarse si la historia nacional y nacionalista tenía o no otras alternativas al menos parciales en Alemania. Una era la *Weltgeschichte*, que iba de Ranke a Eduard Meyer, el gran historiador, que rankeano no era y que había unido en su *Historia de la Antigüedad* el estudio de las culturas orientales y occidentales.

Ranke, se ha sostenido, habría oscilado entre tres perspectivas.⁴³ La primera era la dimensión de una historia universal constituida por los puntos de interacción (y conflicto) entre diferentes naciones-Estado europeas (en las que, en cualquier caso, la unidad de sentido eran o pueblos o naciones). La segunda eran las historias nacionales —Gran Bretaña, Francia y una inacabada sobre Alemania— pensadas las dos primeras en el contexto de la individualización historicista y en su interacción entre la preponderante política exterior y la política interna, y que ciertamente revelaban que Ranke quiso ir, recurrentemente, más allá de estudiar la historia del propio Estado-nación. Esto podría definirse como una vocación cosmopolita en los argumentos, pero siempre con la nación como unidad temática. La referida a Alemania, en cambio, parece haber tenido rasgos claramente etnicistas (el pueblo más antiguo de Europa) y nacionalistas, en el sentido, entre otros, del primado de Alemania en el concierto de las naciones europeas. La tercera, la de su vejez, su inacabada *Weltgeschichte*, obra de la que llegó a publicar la parte desde la Antigüedad hasta la alta Edad media, que aspiraba a reunir en forma unitaria “todos los conocimientos acreditados de todos los tiempos y todas las naciones” —y aquí se iba mucho más allá de la historia política y religiosa—, pero en la que era necesario trazar todas las conexiones entre las naciones para que se pudiese hablar de una historia universal, que para no degenerar en “teoría y especulación” no debe abandonar “el firme suelo de la historia nacional aunque no pueda darse el lujo de quedarse solo ahí”.⁴⁴ Y en esa ambigüedad estaban los alcances y los límites de su historia cosmopolita.

⁴¹ Roger Chickering, *Karl Lamprecht. A German Academic Life (1856-1915)*, Leiden, Brill, 1993, en especial el capítulo 7, pp. 211-252; y Georg Iggers, “Reviewed Work: Karl Lamprecht. A German Academic Life (1856-1915) by Roger Chickering”, *Central European History*, vol. 27, n° 1, 1994.

⁴² Ernst Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie: mit Nachweis der wichtigsten Quellen und Hilfsmittel zum Studium der Geschichte*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1903, en especial I y V, 5.

⁴³ Ernst Schulín, “Ranke’s Universal History and National History”, *Syracuse Scholar (1979-1991)*, vol. 9, n° 1, art. 3, 1988. Disponible en: <<https://surface.syr.edu/suscholar/vol9/iss1/3>>.

⁴⁴ Leopold von Ranke, *Universal History. The Oldest Historical Group of Nations and the Greeks*, Nueva York, Scribner’s Sons, 1884, pp. x-xii. Disponible en: <<https://archive.org/details/universalhistor00rank/page/n5/mode/2up?view=theater>>.

Por otra parte, hacia adentro del Estado nacional, si algo había quedado de Lamprecht en su feudo de Leipzig era su Instituto de Historia Cultural e Universal y el impulso a los estudios regionales “totales”, que le permitieron mantener una presencia en los congresos internacionales,⁴⁵ y que bien pudieron haber sido una inspiración para modelos sucesivos en la historia social, aunque es difícil saber si no eran historias nacionales a escala regional.

Llegados a este punto aparece un nombre que estaba e iba a estar en el centro de la historiografía alemana de entonces y luego: Friedrich Meinecke.⁴⁶ Si hubiese dudas, su autobiografía muestra con claridad una formación universitaria y una red de vínculos académicos estrictamente alemanes, y un acentuado nacionalismo político, cultural e historiográfico conservador, con lo que se dice mucho pero no todo, ya que dentro de esa Alemania, también en plural, aparece en él la polaridad entre los años felices de Estrasburgo (y complementariamente de Friburgo) –y eso significaba la Alemania más “liberal” o cosmopolita– y los años en que transcurrió casi toda su vida: los de la prusiana Berlín. Fuese o no así, Meinecke representaba el punto de llegada del “*historismus*” en la vía regia que pasaba por la enseñanza de algunos de sus profesores, como Droysen y Dilthey, y por su maestro ideal, el ya retirado Ranke.⁴⁷

En 1907, Meinecke publica *Cosmopolitismo y Estado nacional*. Contra lo que su título podría sugerir, es un ejemplo de historia nacional. La génesis del Estado-nación alemán es indagada en el plano de las ideas, en especial las de la tradición romántico-conservadora, y en el plano de la política. El autor descarta tanto la pertinencia de pensar procesos sometidos a leyes universales, válidas para diferentes naciones y Estados, como también la utilización de conceptos autosuficientes, en tanto cada caso es irreductible en su individualidad, y cada concepto está inevitablemente contaminado por su opuesto. Con todo, el proceso narrado está organizado en torno a distintas polaridades, en una suerte de *concordia discors*: cosmopolitismo-nacionalismo, naciones territoriales-naciones culturales, individualidad singular-personalidad colectiva –pero también ella singular (o de Humboldt a Ranke)–, Francia-Alemania, Alemania-Prusia, sufragio universal-sistema electoral de las tres clases, etcétera.

De todo ello quisiéramos retener tres problemas que plantea Meinecke en torno a la relación entre Estado nacional y *Weltgeschichte*. El primero, en la estela de Ranke, es que las conexiones entre diferentes Estados nacionales pueden tanto signar encuentros como rechazarlos. El segundo es que, aun si la historia universal no es más que un entrelazamiento de procesos nacionales y universales, la tarea del historiador es desenredar esos múltiples hilos, porque la divisa del historicismo es la indagación de lo particular, no de lo general. El tercer punto es que, admitiendo la necesidad de un diálogo y aun una armonía entre la idea cosmopolita y la idea nacional, ello tenía para él algo de ilusorio, y era más fácil de postular que de verificar. Sin embargo, el conjunto de la obra de Meinecke sugiere en términos historiográficos, y pese a todo, una tensión entre el nacionalismo en el estudio de la política y el cosmopolitismo en el estudio de las ideas.

Antes de 1914, entonces, ¿no había otra cosa más que el nacionalismo historiográfico alemán, y toda la historiografía alemana podría caer dentro de ese rótulo? Sería como leer el siglo

⁴⁵ Matthias Middell, “Méthodes de l’historiographie culturelle: Karl Lamprecht”, *Revue Germanique Internationale*, n° 10, 1998. Disponible en: <<https://journals.openedition.org/rgi/689?lang=en>>.

⁴⁶ Es interesante confrontar la mirada de un historiador, Ramón Villares, “Prólogo”, en Meinecke, *A xénese y un filósofo*, Fulvio Tessitore, *Introduzione a Meinecke*, Bari, Laterza, 1998.

⁴⁷ Friedrich Meinecke, *Esperienze*, pp. 80-105.

XVIII en una exclusiva clave iluminista-cosmopolita. Consideremos apenas algunos nombres: Lord Acton, antiiluminista pero del que basta recordar su carta a los colaboradores de *The Cambridge Modern History* en 1898,⁴⁸ Benedetto Croce, por entonces antiiluminista y poshegeliano, pero cosmopolita; o Henri Berr y la voluntad de apertura de la *Revue de Synthèse* a la que aludimos. Dos nombres pueden ayudar a complejizar la situación: Henri Pirenne y Johan Huizinga.

Pirenne había tenido una formación cosmopolita ya que aún antes de doctorarse había pasado un año en París (1883-1884) con Gabriel Monod y luego otro año en Alemania, en Berlín y Leipzig, y antes de ello había establecido una correspondencia con Karl Lamprecht, con quien establecería un largo y amistoso vínculo.⁴⁹ Que en 1894 Lamprecht invitase a Pirenne a escribir una *Historia de Bélgica*, en la colección *Geschichte der Europäischen Staaten*, muestra que el diálogo y la colaboración era posible entre dos historiadores que trabajaban sobre cuadros nacionales y compartían los idearios nacionales de sus respectivos países, pero que a la vez mostraban una sintonía hacia un tipo de historia alejada del molde político tradicional. Pirenne también tendría, desde 1908, una correspondencia fluida con Johan Huizinga.⁵⁰ De todos modos, la pregunta es si la multilateralidad que muestra el caso de Pirenne es generalizable y si altera el cuadro que presentamos antes.

Johan Huizinga muestra, en cambio, un perfil intelectualmente muy cosmopolita, pero, hasta donde la correspondencia supérstite pueda ser un espejo de su mundo relacional hasta 1915, combinado con pocos vínculos fuera de la academia holandesa, y aunque él mismo hubiese estudiado en Alemania, casi los únicos corresponsales de nota son el filólogo clásico Hermann Usener y el historiador del derecho Siegfried Rietschel. Si se mira, en cambio, su prolucción inaugural en Leiden de 1905, esta era tributaria de la filosofía crítica de la historia alemana de Rickert a Windelband, por un lado, y de Dilthey a Spranger, por el otro, como instrumentos para el debate antipositivista, para defender el carácter individualizador de la historiografía, para criticar el realismo histórico y otorgar todo su lugar a la imaginación histórica. Sin embargo, esa inclinación no se prolongaba hacia la historiografía alemana, varios de cuyos nombres mayores son criticados por su rigidez conceptual.⁵¹ Una hostilidad que es más expresa hacia la cultura alemana en general en aquella conferencia de 1915 que contraponía los

⁴⁸ “Our scheme requires that nothing shall reveal the country, the religion, or the party to which the writers belong. It is essential not only on the ground that impartiality is the character of legitimate history, but because the work is carried on by men acting together for no other object than the increase of accurate knowledge”. Lord Acton, “Letter to the Contributors to the *Cambridge History*”, en L. Acton, *Lectures on Modern History*, Londres, Macmillan, 1921, Apéndice I. Nótese al margen que la gran mayoría de los colaboradores de la obra era de origen británico.

⁴⁹ Bryce Lyon, “The Letters of Henri Pirenne to Karl Lamprecht (1894-1915)”, *Bulletin de la Commission royale d’Histoire*, tomo CXXXII, 1966, y también las breves observaciones de Pierre Toubert, “Henri Pirenne et l’Allemagne (1914-1923). À propos d’un livre récent”, *Le Moyen Age*, vol. CVII, n° 2, 2001.

⁵⁰ *Inventary of the Correspondence of Johan Huizinga*, Leiden University Libraries Digital Collections. Disponible en: <https://digitalcollections.universiteitleiden.nl/view/item/2139349?solr_nav%5Bid%5D=c7391bf55f7cb3bfe5a&solr_nav%5Bpage%5D=0&solr_nav%5Boffset%5D=2&search=Pirenne>.

⁵¹ Entre ellos no se encontraba Meinecke, hacia el cual tuvo una actitud ambivalente a lo largo de los años, desde el elogio en “The task of Cultural History” (1929) hasta las reticencias hacia él y hacia la *Historische Zeitschrift* en cartas a Pieter Geyl del 11 y 12 de julio de 1933, en *Briefwisseling, Deel II: 1925-1933*, pp. 1044-1045, Huizinga Papers, en *Leiden University Libraries Digital Collections*. Disponible en: <https://digitalcollections.universiteitleiden.nl/view/item/2144084?solr_nav%5Bid%5D=3cb5c662e713d76cb041&solr_nav%5Bpage%5D=0&solr_nav%5Boffset%5D=0&search=Meinecke>. Por su parte, en el mundo de Meinecke y de algunos de sus corresponsales, aunque hay muchas referencias a la historia cultural, el nombre de Huizinga no aparece citado. Gerhard A. Ritter, *German Refugee historians and Friedrich Meinecke. Letters and Documents, 1910-1937*, Leiden-Boston, Brill, 2010, pp. 549-554.

ideales de vida generales cosmopolitas inspirados en la historia y las tradiciones verificadas a los reductivos símbolos nacionalistas, hijos del Romanticismo, que creaba la historiografía alemana. Una historiografía que era mucho más fuerte allí que en Francia o en Inglaterra, por su papel en fortalecer los lazos nacionales.⁵²

Dicho todo esto, debería recordarse que cosmopolitismo y nacionalismo buscaban a menudo protegerse detrás de la erudición o de las apelaciones a la ciencia y a la imparcialidad que pocas veces sobrevivieron durante la Primera Guerra Mundial. A ella, las narrativas históricas habían contribuido mucho o poco, según sea la importancia que les atribuyamos a su influencia en las élites dirigentes y en la opinión pública. La guerra es, de todos modos, un buen punto de observación ya que, si había muchos matices (y uno sería, por ejemplo, entre los que firmaron y los que no el llamado Manifiesto de los 93 profesores alemanes en 1914, entre estos últimos Weber o Meinecke), el apoyo a la causa nacional sería allí casi unánime (pero lo sería también en los otros países beligerantes) o, al menos, no había espacio para disidencias abiertas. Y terminada la guerra, contra lo que se ha dicho, el nacionalismo se hizo más fuerte y no menos, durante unos años, y surgieron exasperadas batallas que no se habían cerrado cuando, por ejemplo en 1923, en el Congreso Internacional de Historiadores de Bruselas, su presidente, Henri Pirenne, al dar la conferencia inaugural, si bien hizo una apología de la historia cosmopolita y una no disimulada crítica a la historia nacionalista, estas encubrían en parte el hecho de que los historiadores alemanes habían sido excluidos del Congreso por su expresa insistencia.⁵³

Llegados hasta aquí podría argumentarse que la idea de las uniformidades y de las etiquetas que esconden las diferencias dentro de un rótulo no es un buen instrumento para percibir una realidad que fue variada ayer, como lo es hoy. Ciertamente, se podría decir, además, que nacionalismo y cosmopolitismo son nociones que en un mismo autor pueden modularse de manera diferente en el tiempo y según el contexto, como vimos en Pirenne y como se podía ver en Meinecke, si se compara el libro aludido antes con *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*,⁵⁴ de 1924 (aunque aquí un lugar importante lo ocupa el clima pesimista posterior a la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial) o con *El historicismo y su génesis*; o en Huizinga entre *El otoño del medioevo* (1919) y el libro sobre la civilización holandesa en el siglo XVII (1941), publicado poco antes de su detención, en el que la necesidad de recordar a la conciencia de sus conciudadanos la grandeza nacional del pasado holandés hace de él un libro individualizador no cosmopolita.⁵⁵

Sin embargo, algo después, el mismo Huizinga, que desconfiaba de las delimitaciones rígidas o incluso precisas (lo que no dejó de serle criticado) y defendía la necesidad de contemplar la variedad de la vida, y que sostuvo que el patriotismo venía de la polis griega y el nacionalismo de la germánica ley sálica, también afirmó que la palabra significaba distintas cosas en

⁵² Johan Huizinga, "Historical Ideas of Life", en J. Huizinga, *Men and Ideas: History, the Middle Ages, the Renaissance. Essays*, Nueva York, Meridian Books, 1959.

⁵³ El argumento era la exclusión de los países no pertenecientes a la Sociedad de las Naciones, lo que excluía también a los historiadores soviéticos. El texto de la conferencia en Henri Pirenne, *De la méthode comparative en histoire*, Bruselas, P. Weissenbruch, 1923, pp. 1-13. Pirenne había dado dos años antes un conocido discurso rectoral en Gante bajo el título "Ce que nous devons désapprendre de l'Allemagne".

⁵⁴ Friedrich Meinecke, *La idea de razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.

⁵⁵ Johan Huizinga, *La civiltà olandese nel Seicento*, Turín, Einaudi, 1967, y las observaciones del "Prefacio" de Delio Cantimori.

distintos idiomas y que podía haber un nacionalismo de otro tipo, como el de aquel que ama además de su nación a otras.⁵⁶ Por otra parte, a la vez que afirmó que los ideales debían ser cosmopolitas, también dijo en 1926, mucho antes de la Segunda Guerra, que “una historia que funciona sin el vivo contacto con la cultura nacional, que no tiene el celoso interés del público culto, no está sobre el buen camino”.⁵⁷ En cierto modo era una imbricación, como también lo era de modo diferente en Meinecke y en otros autores que exploramos.

De todas formas, la dicotomía quizás pueda contextualizarse de otro modo si se distinguen, por una parte, las dimensiones formativas, el universo de experiencias personales e intelectuales y las visiones del mundo de cada historiador y, por otra, la admisión o no de la necesaria existencia de un lugar concreto de pertenencia, que puede ser una nación, una región, un terruño... ¿También la humanidad?

Italo Calvino, que nacionalista no era, escribió al comenzar un breve esbozo de autobiografía: “Una explicación general del mundo y de la historia debe ante todo tener en cuenta como estaba situada nuestra casa”.⁵⁸ ¿Se puede prescindir, en suma, de un *ubi consistam*? □

Bibliografía

Acton, Lord, *Lectures on Modern History*, Londres, Macmillan, 1921.

Annales HSS, año 56, nº1, 2001.

Annales HSS, año 58, nº5, 2003.

Antoni, Carlo, *La lotta contra la ragione*, Florencia, Sansoni, 1968.

Barruel, abbé Augustin, *Mémoires pour servir l'histoire du jacobinisme*, Hamburgo, P. Fauche Libraire, 1803.

Bernheim, Ernst, *Lehrbuch der historischen methode und der geschichtsphilosophie: Mit nachweis der wichtigsten quellen und hilfsmittel zum studium der geschichte*, Leipzig, von Duncker&Humblot, 1903.

Calvino, Italo, *La strada di San Giovanni*, Milán, Mondadori, 2002

Canfora, Luciano, “Johann Gustav Droysen. Histoire de l' *Hellénisme*”, *Anabases*, nº 5, 2007.

Carande, Ramón, “Recuerdos de la Alemania guillermina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº465, 1989.

Cunningham, William, “Why Had Roscher so Little Influence in England?”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 5, noviembre de 1894.

Chickering, Roger, *Karl Lamprecht. A German Academic Life (1856-1915)*, Leiden, Brill, 1993

Dilthey, Wilhelm, “El mundo histórico y el siglo XVIII”, en D. Wilhelm, *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

Diderot, Denis y Jean le Rond D'Alembert, *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres*, París, David Briasson-Durand-Le Breton, 1754, tomo 4.

Droysen, Johann Gustav, *Geschichte des Hellenismus*, Hamburgo, Wissenschaftliche Buchgemeinschaft, 1836.

Fustel de Coulanges, Numa Denis, “De la manière de écrire l'histoire en France et en Allemagne depuis 50 ans”, *Revue des Deux Mondes*, septiembre de 1872.

⁵⁶ Huizinga, “Patriotism and Nationalism in European History”, en J. Huizinga, *Men and Ideas*, p. 154.

⁵⁷ Johan Huizinga, *Verzamelde werken. Deel 7. Geschiedwetenschap. Hedendaagsche cultuur*, Haarlem, Tjeenk Willink & Zoon, 1950, p. 59. Disponible en: <https://www.dbnl.org/tekst/huiz003gesc03_01/>.

⁵⁸ “Una spiegazione generale del mondo e della storia deve innanzitutto tener conto di com'era situata casa nostra”. Italo Calvino, *La strada di San Giovanni*, Milán, Mondadori, 2002, p. 7.

- Grafton, Anthony, "De Polyhistor en Philologue", *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 135, 2000.
- Halévy, Élie, "Les 'séminaires' philosophiques et l'état actuel des études de philosophie aux universités de Berlin et de Leipzig", *Revue internationale de l'enseignement*, tomo 32, 1896.
- Hartog, François, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, Paris, PUF, 1988.
- Hazard, Paul, *La pensée européenne au XVIIIe siècle. De Montesquieu à Lessing*, Paris, Librairie Arthème Fayard, 1979.
- Herder, Johann Gottfried, *Auch Eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit*, Riga, Hartknoch, 1774.
- , *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, Berlín, Deutsche Bibliothek, 1914.
- Huizinga, Johan, *Verzamelde werken. Deel 7. Geschiedwetenschap. Hedendaagsche cultuur*, Haarlem, Tejeenk Willink&Zoon, 1950
- , *Men and Ideas: History, the Middle Ages, the Renaissance; Essays*, Nueva York, Meridian Books, 1959.
- , *La civiltà olandese nel Seicento*, Turín, Einaudi, 1967.
- Hume, David, "Of National Characters", en D. Hume, *Essays, Moral, Political, and Literary, Part 1 (1741, 1777)*, disponible en: <<https://davidhume.org/>>.
- Iggers, Georg, "Reviewed Work: Karl Lamprecht. A German Academic Life (1856-1915) by Roger Chickering", *Central European History*, vol. 27, n° 1, 1994.
- International Committee of Historical Sciences, *19th International Congress of Historical Sciences*, Oslo, 2000.
- Israel, Jonathan, "John G. A. Pocock and the 'Language of Enlightenment' in his *Barbarism and Religion*", *Journal of the History of Ideas*, vol. 77, n° 1, 2016.
- Kant, Immanuel, "Rezension zu Johann Gottfried Herder: Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit", *Allgemeine Literatur-Zeitung*, 1785.
- , *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Madrid, Tecnos, 1994.
- Knudsen, Jonathan B., *Justus Møser and the German Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- Koselleck, Reinhart, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2010.
- , "Patriotismus. Gründe und Grenzen eines neuzeitlichen Begriffs", en R. Koselleck, *Begriffsgeschichten Studien zur Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Frankfurt, Suhrkamp, 2006.
- Langlois, Charles V.- Seignobos, Charles, *Introduction aux études historiques*, Paris, Hachette, 1898.
- Lavissee, Ernest, "L'invasions dans les Départements du Nord", *Revue des Deux Mondes*, septembre de 1871. Disponible en : <<https://www.revuedesdeuxmondes.fr/article-revue/septembre-1871/>>.
- Luciano (de Samosata), *Cómo debe escribirse la historia*, Madrid, Gredos, 1990.
- Lyon, Bryce, "The letters of Henri Pirenne to Karl Lamprecht (1894-1915)", *Bulletin de la Commission royale d'Histoire*, tomo CXXXII, 1966.
- Meinecke, Friedrich, *La idea de razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.
- , *Esperienze (1862-1919)*, Nápoles, Guida, 1971.
- , *A xénese do historicismo*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela-Fundación BBVA, 2023.
- Middell, Matthias, "Méthodes de l'historiographie culturelle: Karl Lamprecht", *Revue Germanique Internationale*, n° 10, 1998.
- Momigliano, Arnaldo, "Ancient History and the Antiquarian", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 13, N° 3-4, 1950.

- , “Per il centenario dell’ ‘Alessandro Magno’ di J. G. Droysen”, en A. Momigliano, *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1955.
- , “Il contributo di Gibbon al metodo storico”, en A. Momigliano, *Sui fondamenti di storia antica*, Turín, Einaudi, 1984.
- Möser, Justus, *Osnabrückische Geschichte*, Osnabrück, Schmidischen, 1768.
- Palti, Elías, “El historicismo como idea y como lenguaje” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 10, 2006.
- Payen, Pascal, “Conquête et influences culturelles. Écrire l’histoire de l’époque hellénistique au XIX^e siècle (Allemagne, Angleterre, France)”, *Dialogues d’histoire ancienne*, vol. 34, n° 1, 2008.
- , “Le cosmopolitisme des nations dans l’*Histoire de l’Hellénisme* de Johann Gustav Droysen”, en C. Avlami, J. Alvar, M. Romero Recio (eds.), *Historiographie de l’antiquité et transferts culturels. Les histoires anciennes dans l’Europe des XVIII^e et XIX^e siècles*, Ámsterdam, Brill, 2010.
- Piovan, Dino, *Tucidide in Europa. Storici e storiografia greca nell’età dello storicismo*, Milán, Mimesis, 2018.
- Pirenne, Henri, *De la méthode comparative en histoire*, Bruxelles, P. Weissenbruch, 1923.
- Pocock, John G. A., “Response and Commentary”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 77, n° 1.
- Ranke, Leopold von, *Universal History. The Oldest Historical Group of Nations and the Greeks*, Nueva York, Scribner’s Sons, 1884.
- Renan, Ernest “La Instruction supérieure en France”, en E. Renan, *Questions contemporaines*, París, Michel Lèvy Frères, 1868.
- Ritter, Gerhard A., *German Refugee Historians and Friedrich Meinecke. Letters and Documents, 1910-1937*, Leiden-Boston, Brill, 2010.
- Romagnani, Gian Paolo (ed.), *Scipione Maffei nell’ Europa del settecento*, Verona, Consorzio Editori Veneti, 1988.
- Schulin, Ernst, “Ranke’s Universal History and National History”, *Syracuse Scholar (1979-1991)*, vol. 9, n° 1, art. 3, 1988.
- Sonni, Emilia, *Il testo dimenticato. La Vorrede di Johann Gustav Droysen alla Geschichte des Hellenismus del 1836. Traduzione e lettura storica*, tesi di Laurea, Florencia, 2007.
- Staël, Madame de, *De l’Allemagne*, París, Garnier-Flammarion, 1968, 2 vols.
- , “Sulla maniera e la utilità delle traduzioni”, *Biblioteca italiana*, n° 1, 1816.
- Tessitore, Fulvio, *Introduzione a Meinecke*, Bari, Laterza, 1998.
- Toubert, Pierre, “Henri Pirenne et l’Allemagne (1914-1923). À propos d’un livre récent”, *Le Moyen Age*, vol. CVII, n° 2, 2001.
- Troeltsch, Ernst, *Lo storicismo e i suoi problemi*, Nápoles, Guida, 1989, 3 vols.
- Verhulst, Adriaan, “Marc Bloch and Henri Pirenne on Comparative History. A Biographical Note”, *Revue belge de philologie et d’histoire*, tomo 79, facs. 2, 2001.
- Venturi, Franco, *Settecento riformatore. Da Muratori a Beccaria*, Turín, Einaudi, 1969.
- , “La circolazione delle idee”, *Rassegna Storica del Risorgimento*, vol. XLI, n° 2-3, 1954.
- Von Herder, Johann Gottfried, *Von Deutscher Art und Kunst*, Hamburg, Bode, 1773.
- Werner, Michael, “La nation revisitée en 1870-1871. Visions et redéfinitions de la nation en France pendant le conflit franco-allemand”, *Revue Germanique Internationale*, n° 4, 1995.
- Winckelmann, Johann J., *Historia del arte en la Antigüedad*, Madrid, Akal, 2011.

Resumen / Abstract

Acerca de cosmopolitismo y nacionalismo en la historiografía europea anterior a la Primera Guerra Mundial

La discusión entre historiadores llamados cosmopolitas e historiadores definidos nacionalistas, o, si se prefiere, entre obras que tendrían una u otra orientación, es un tema recurrente en la historiografía, como lo es la proposición de genealogías largas, como si esa dicotomía se hubiese presentado inmutada a lo largo del tiempo. Esa esquemática y a veces caricatural dualidad ha ido asimismo acompañada de otras dicotomías más generales que las engloban (por ejemplo: iluminismo y romanticismo) y de juicios de valor explícitos o implícitos que en general procedían desde fuera del ámbito de los historiadores, pero influían en ellos. A partir de ese diagnóstico, la propuesta del artículo es reflexionar, por una parte, acerca del empleo ambiguo y polisémico de muchas de las etiquetas utilizadas y, por la otra, elegir dentro de una periodización laxa algunos momentos tópicos, como la segunda mitad del siglo XVIII y la segunda mitad del largo siglo XIX, como territorios para explorar – desde una aproximación atenta a los ejemplos y no exhaustiva– si efectivamente puede defenderse la idea de épocas que tengan alguna uniformidad de enfoques, incluso dentro de contextos nacionales, o si, por el contrario, dentro de cada una de ellas se daba una pluralidad de situaciones que difuminaban la dicotomía nacionalismo-cosmopolitismo historiográfico. Los ejemplos elegidos, que no aspiran a ser representativos sino a aludir a las diferencias, más bien sugieren la presencia, más allá de las perspectivas canónicas, de una coexistencia inestable entre ambos enfoques, en el despliegue temporal y en un mismo autor, o incluso una imbricación entre ambas aproximaciones, en la que podían confundirse en el mismo historiador disimilitudes entre las dimensiones argumentativas o eruditas y la intencionalidad en la intervención pública.

Palabras clave: Historiografía moderna - Cosmopolitismo - Nacionalismo - Conflictos - Coexistencias

Fecha de recepción del original: 18/05/2023
Fecha de aceptación del original: 04/07/2023

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas27.1387>

On cosmopolitanism and nationalism in European historiography before World War I

The discussion between so-called cosmopolitan historians and historians defined as nationalists or, if one prefers, between works that would have one or the other orientation, is a recurring theme in historiography, as is the proposition of long genealogies, as if this dichotomy had been presented unchanged over time. This schematic and sometimes caricatural duality has also been accompanied by other more general dichotomies that encompass them (e. g., illuminism and romanticism) and by explicit or implicit value judgments that generally came from outside the historians' sphere, but influenced them. Based on this diagnosis, the proposal of the article is to reflect on two issues. On the one hand, on the ambiguous and polysemic use of many of the labels used. On the other hand, to choose, within a loose periodization, some topical moments, such as the second half of the eighteenth century and the second half of the long nineteenth century, as territories to explore –from an attentive and non-exhaustive approach to the examples– whether it is possible to defend the idea of epochs that have some uniformity of approaches, even within national contexts, or whether, on the contrary, there was a plurality of situations within each of them that blurred the nationalism-cosmopolitanism historiographical dichotomy. The examples chosen, which do not aspire to be representative but rather to allude to the differences, suggest the presence, beyond the canonical perspectives, of an unstable coexistence between both approaches, in the temporal deployment and in the same author, or even an overlapping of both of them, in which dissimilarities in argumentative or scholarly dimensions and intentionality in public intervention could be confused in the same historian.

Keywords: Modern historiography - Cosmopolitanism - Nationalism – Conflicts - Coexistences

El problema de la vida activa y la vida contemplativa en los inicios del Renacimiento

Alejo Perino*

Universidad de Buenos Aires

Maquiavelo señala en sus *Discursos* un aspecto de la cultura antigua que no había sido elogiado por las generaciones anteriores de intelectuales humanistas. En un pasaje célebre del texto mencionado, afirma que la religión de los antiguos fue superior porque tenía un carácter activo, mientras que el cristianismo había santificado a hombres contemplativos. Este modo de vivir había hecho débil al mundo y lo había convertido en presa fácil para los malvados:

Además, la religión antigua no beatificaba sino a los hombres llenos de gloria mundana, como eran los capitanes de ejércitos y los jefes de las repúblicas. Nuestra religión ha beatificado más a los hombres humildes y contemplativos que a los activos. Además ha puesto el bien sumo en la humildad, en el envejecimiento y el desprecio por las cosas humanas, mientras la otra lo ponía en la grandeza de ánimo, en la fortaleza del cuerpo y en todas las otras cosas aptas a hacer fortísimos a los hombres. Y, si nuestra religión quiere que tú tengas en ti mismo fortaleza, quiere que seas apto para padecer más que para hacer algo fuerte. Este modo de vivir parece entonces que hubiera vuelto débil al mundo, dándolo como presa a los hombres malvados que lo pueden manejar fácilmente.¹

Sin embargo, Maquiavelo deja clara su valoración de la religión algunas páginas antes, cuando en el décimo capítulo del primer libro afirma que los hombres que lideran una religión son dignos de elogio en primer lugar. Luego vienen los fundadores de repúblicas y atrás los militares y literatos. Como se puede observar, no es la religión cristiana en sí misma la que ha hecho débil al mundo, sino su orientación contemplativa. Con esta afirmación, Maquiavelo continúa una discusión iniciada cerca de un siglo antes por los humanistas florentinos, como Coluccio Salutati y Leonardo Bruni, quienes comenzaron a discutir en sus textos la preeminencia

* aleperino@hotmail.com. ORCID: < <https://orcid.org/0000-0002-9479-5013> >

¹ Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Roberto Raschella (ed.), Buenos Aires, Losada, 2003, p. 81.

cia de la vida contemplativa sobre la activa, común durante la Edad Media.² En el presente trabajo se analizarán algunos de esos textos con el objetivo de comprender el significado de los conceptos “vida activa” y “vida contemplativa” y su relevancia en los inicios del Renacimiento.

La historia de dos conceptos

El presente trabajo se enmarca en el campo disciplinar de la historia intelectual. Según Dominick LaCapra, la historia intelectual tiene como objeto el estudio de los “grandes textos”. Esas grandes obras suelen quedar afuera de la historia de las ideas o mentalidades. Pero según LaCapra, es necesario el análisis de los textos para comprender el origen y el efecto real de esas ideas en la historia. Ello es así porque el autor pretende cuestionar la idea de que los “textos menores” solo son sintomáticos de una época y los “grandes textos” solo son críticos.³ Nuestro principal objeto de estudio es la obra de Francesco Petrarca y de Leonardo Bruni, dos de los más importantes intelectuales de los inicios del Renacimiento. Sin embargo, no pretendemos analizarlos como autores desconectados de los debates de su propia época. En efecto, el problema específico que abordaremos, el debate entre la vida activa y la vida contemplativa, tiene una larga tradición antigua y medieval, y no representa solamente un problema filosófico abordado por textos eruditos. Es por ello que también debemos recurrir a la historia conceptual para comprender el desarrollo previo de los conceptos. Reinhart Koselleck ha planteado algunos lineamientos teóricos importantes en esa área.⁴ El autor afirma que los conceptos tienen una estructura temporal interna. Muchos de ellos vienen cargados de significaciones pasadas, pero también pueden tener una proyección a futuro. En ese sentido, Elías Palti plantea que los conceptos, a diferencia de las ideas que pueden devenir en categorías vacías, mantienen un núcleo conceptual inalterado, pero necesariamente se cargan del sentido que les da el contexto.⁵

Sin duda, “vida activa” y “vida contemplativa” cumplen con algunas de esas características. Como veremos, hay un sentido que proviene de los textos clásicos de la filosofía griega, pero resignificado durante la Edad Media y el Renacimiento. Esta resignificación no es solamente una inversión de términos, es decir un pasaje de la vida contemplativa a la activa, como podría pensarse a través de la cita de Maquiavelo, sino una recomposición de la amplitud semántica de cada uno de los conceptos. En ese sentido, la pregunta sobre qué son y qué incluyen la vida activa o la vida contemplativa está siempre latente en los textos y difícilmente aparece

² La obra de Petrarca y de sus continuadores, como Bruni, fue fundamental para establecer la reorganización de los saberes y la difusión de los *studia humanitatis* (poesía, gramática, retórica, historia y filosofía moral). Pero a menudo la obra de estos autores es tratada marginalmente en las historias de la filosofía, porque efectivamente no eran filósofos profesionales, y tampoco se los considera de gran relevancia en las historias de las literaturas nacionales, puesto que escribían la mayor parte de sus obras en latín y no en las lenguas vernáculas. A pesar de ello, la obra de los humanistas resulta representativa de la discusión sobre la vida activa y la vida contemplativa, puesto que muchos de ellos desarrollaron sus actividades bajo el amparo de los poderes laicos como notarios, secretarios o cancilleres de las comunas, por lo que tenían una orientación hacia la vida activa.

³ Dominick LaCapra, “Repensar la historia intelectual y leer textos”, en E. J. Palti (ed.), *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012, pp. 237-293.

⁴ Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012.

⁵ José Elías Palti, “Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje”, *Res publica*, n° 25, 2011.

explicitada. Sobre todo en el caso de “vida contemplativa”, que, como veremos, expresa la unidad de saber letrado y religión. Como esa idea de unidad comienza a entrar en crisis sobre el final del Renacimiento, los mismos conceptos caen en desuso. El mismo Montaigne los rechaza explícitamente.⁶ Ese vínculo tan estrecho entre los términos y la época es lo que los convierte en conceptos, y no en simples categorías.

A continuación presentamos un recorrido histórico sobre los conceptos, que no pretende ser exhaustivo. Su objetivo es relevar a los autores y los textos más citados durante el Renacimiento. Ello explica que nos demoremos más en la tradición latina que en la griega.

De supuesto origen pitagórico, la separación de modos de vida está presente en Platón y Aristóteles. Originalmente se trata de tres géneros de vida, puesto que se incluye la vida voluptuosa. Platón las relaciona con la tripartición del alma en la *República* y las menciona en el *Gorgias* en el contexto de la defensa de la filosofía frente a la retórica.⁷ Aristóteles afirma que la vida activa es superior en la *Política*, pero postula la superioridad de la vida contemplativa en el libro x de la *Ética a Nicómaco*.⁸ Se sabe que las corrientes filosóficas helenísticas tenían diversas opiniones sobre el asunto: el epicureísmo y el cinismo rechazaban la vida activa, mientras que el estoicismo la reivindicaba.⁹ En parte, ello explica el éxito de esta corriente en Roma. El texto latino más citado sobre el tema es *Sobre los deberes* de Cicerón. El *locus classicus* utilizado como argumento a favor de la vida activa recurre al *exemplum* de Hércules. Ya en el libro I Cicerón señala que cada uno debe conocer su propio carácter a la hora de elegir el modo de vida. Así lo hizo Hércules, que en soledad reflexionó sobre qué camino seguir y eligió una vida dedicada a la virtud en lugar de una vida dedicada a los placeres (*Deberes*, I, 118). Más adelante vuelve a mencionar a Hércules, en este caso como ejemplo de la vida activa (*Deberes*, III, 25):

También es más conforme a la naturaleza echar sobre sí los mayores trabajos y molestias por la conservación y la ayuda, si es posible, de toda clase de personas, imitando a aquel famoso Hércules, a quien la opinión de los hombres en reconocimiento de sus beneficios colocó en el número de los dioses, que vivir en la soledad no solo sin ningún tipo de molestias, sino in-

⁶ En su ensayo “De la soledad”, Montaigne afirma: “Prescindamos de la muy prolija comparación de la vida solitaria con la activa” (Michel de Montaigne, *Ensayos*, Buenos Aires, Orbis, 1984, p. 177).

⁷ Para un examen completo del problema en la obra de Platón, véase Robert Joly, *Le Thème philosophique des genres de vie dans l'Antiquité Classique*, Bruselas, Palais des Académies, 1956.

⁸ Véase Viviana Suñol, “La discusión aristotélica sobre los modos de vida. El contraste entre el *bíos theoretikós* en *Ética a Nicómaco* x 7-8 y el *bíos praktikós* en *Política* VII 3”, *Tópicos. Revista de Filosofía*, n° 45, 2003. Pierre Hadot plantea que, a diferencia de Platón, Aristóteles considera que el interés del filósofo por la política debe limitarse a la dirección y al consejo: “Para Aristóteles, en cambio, la actividad del filósofo en la ciudad debe limitarse a formar el juicio de los políticos: por su parte, estos últimos habrán de actuar personalmente, por medio de su legislación, para velar por la virtud moral de los ciudadanos. El filósofo, por su parte, elegirá una vida consagrada a la investigación desinteresada, al estudio y a la contemplación, y, es necesario reconocerlo, independiente de los ajetreos de la vida política” (Pierre Hadot, *¿Qué es la filosofía antigua?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 104). María Isabel Santa Cruz plantea que hay dos concepciones de filósofo: una práctica y la otra contemplativa. El conocimiento práctico es importante para Platón, en la medida en que la búsqueda de saber está unida a la responsabilidad de transmitir valores a la comunidad (María Isabel Santa Cruz, “Cuidar de sí para cuidar de los demás. A propósito del gobierno de la ciudad en la República de Platón”, en S. Magnavacca, M. I. Santa Cruz y L. Soares (eds.), *Conocerse, cuidar de sí, cuidar de otro. Reflexiones antiguas y medievales*, Buenos Aires, Miño y Dávila).

⁹ Véase Alberto Grilli, *Il problema della vita contemplativa nel mondo greco romano*, Milán, Fratelli Bocca, y Thomas Bénatouil y Mauro Bonazzi (eds.), *Theoria, Praxis and the Contemplative Life after Plato and Aristotle*, Leiden-Boston, Brill, 2012.

cluso nadando en todos los placeres, rodeado de todas las riquezas, sobresaliendo incluso por la hermosura y el vigor físico. Por lo cual todos los que están dotados de un ingenio excelso y brillante preferirán con mucho aquella vida a esta. De donde se deduce que el hombre que obedece a la naturaleza no puede perjudicar a otro hombre.¹⁰

Estos pasajes son importantes por dos razones: en primer lugar porque es uno de los pocos textos conservados en el que se afirma la superioridad de la vida activa; y en segundo lugar, porque Cicerón se refiere a estas tendencias como modos de vida que cada uno debe elegir de acuerdo con sus inclinaciones naturales. En la misma línea se encuentra el *Sobre la tranquilidad del ánimo* de Séneca.¹¹

El otro texto fundamental sobre el tema, muy leído y citado durante la Edad Media y el Renacimiento, pertenece a la Antigüedad tardía. Se trata de los *Comentarios al Sueño de Escipión* de Macrobio. Gracias a ese texto se conservaron los pasajes del *Sobre la república* ciceroniano. Macrobio es, luego de Cicerón, Virgilio y Séneca, uno de los autores más citados por Petrarca y Boccaccio. Su teoría de la ficción (*Sueño*, I, 2, 6-21) fue utilizada por los primeros humanistas para realizar una defensa de la poesía. En este caso, nos concentraremos en la teoría de los grados de la virtud, a través de la cual Macrobio armoniza el elogio de las virtudes cívicas heredadas de la tradición romana, y que hemos señalado en *Sobre los deberes*, con el neoplatonismo en boga en su época.¹² En el apartado I, 8, Macrobio comenta aquel pasaje del *Sueño* en el que Cicerón afirma que hay un lugar en el cielo para todos aquellos que han dedicado su vida a la patria. Además, agrega que nada de lo que ocurre en la Tierra le agrada más a Dios que las asociaciones de hombres ligados por el derecho (*Sueño*, III, 1; *República*, VI, 13). Macrobio comenta ese pasaje recurriendo a la teoría de los grados de la virtud, que dice tomar de Plotino, pero que en realidad proviene de la *Sentencia 32* de Porfirio.¹³ El esquema divide a las virtudes en cuatro grupos: “Existen, dice, cuatro géneros de virtudes, de cuatro virtudes cada uno. Las primeras son llamadas virtudes políticas; las segundas, purificadoras; las terceras, virtudes del alma ya purificada; las cuartas, virtudes ejemplares”.¹⁴ De esta manera las tradicionales cuatro virtudes cardinales se multiplican por cuatro. Y para reforzar la idea de que las virtudes políticas hacen al hombre feliz pero que estas no consisten en la más alta felicidad, Macrobio realiza la siguiente aclaración:

Y para demostrar que unos hombres llegan a ser dichosos practicando virtudes en el ocio, y otros practicando virtudes en oficios activos, Cicerón no afirmó de manera rotunda que nada es más grato al Dios supremo “que los Estados”, sino que añadió

¹⁰ Marco Tulio Cicerón, *Sobre los deberes*, J. Guillén (ed.), Madrid, Alianza, p. 176.

¹¹ Véase el siguiente pasaje: “Hay que considerar si tu naturaleza es más apta para la acción o para el estudio ocioso o la contemplación, e inclinarse hacia allí adonde te lleve la fuerza de tu ingenio”. Séneca, “De tranquillitate animi ad Serenum”, en A. Tursi (ed.), *Diálogos I*, Buenos Aires, Losada, 2007, pp. 281-282.

¹² Macrobio vivió en el siglo V d. C. Sobre su teoría de la ficción, véase Julieta Cardigni, “Ficción y ficciones en Macrobio y Marciano Capela”, en L. Pégolo y A. V. Neyra (coords.), *Un milenio de contar historias. Los conceptos de ficcionalización y narración de la Antigüedad al Medioevo*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2016.

¹³ Véase Giovanni Catapano, “Alle origini della dottrina dei gradi di virtù: il trattato 19 di Plotino (Enn., I 2)”, *Medioevo*, n° 31, 2006.

¹⁴ Macrobio, *Comentarios al Sueño de Escipión*, F. Navarro Antolín (ed.), Madrid, Gredos, 2006, p. 198.

“que lo que ocurre en la Tierra”, para marcar la diferencia entre aquellos que comienzan a preparar su camino hacia el cielo a partir de las cosas celestiales mismas, y los gobernantes de ciudades, los cuales se preparan su camino al cielo con sus actos terrenales.¹⁵

C. S. Lewis ha considerado este pasaje como un *tour de force* provocado con la intención de reinterpretar el sistema secular y social de Cicerón en un sistema religioso e individual.¹⁶ Más adelante podremos comprobar que la presencia de esta teoría en *La vida solitaria* de Petrarca es fundamental para comprender la estrategia general de síntesis entre los valores cívicos y la contemplación. Es notorio que la obra de Macrobio plantea un nuevo significado de los modos de vida, que comienza a vincularse cada vez más con pasos espirituales.

Hannah Arendt expuso algunas ideas fundamentales sobre la forma en que estos conceptos fueron reinterpretados durante la Edad Media.¹⁷ Para la autora, las expresiones *vita activa* y *vita contemplativa* difundidas durante la Edad Media no reflejan la oposición clásica entre *bíos theoretikós* y *bíos praktikós*. En la Grecia clásica la vida activa incluía solamente la acción, y no la labor o el trabajo. El *animal laborans*, que produce lo necesario para satisfacer sus necesidades inmediatas, y el *homo faber*, que construye un objeto que perdura, no son necesariamente hombres libres. El hombre se hace libre a través de la acción, es decir la construcción de un mundo propio en diálogo con sus semejantes. *Vita contemplativa* se emparenta más con la *scholé* griega, es decir el ocio; y la *vita activa* con su opuesto, es decir la inquietud. Así se explica la utilización en Roma de los términos *otium* y *negotium* en relación con este tema.¹⁸ En síntesis, el cristianismo concibe un concepto mucho más amplio de vida activa, en la medida en que incluye más actividades dentro de su campo. A la vez, plantea un concepto más acotado de vida contemplativa, porque, como se verá a continuación, se la identifica más con el conocimiento de Dios que con cualquier otra actividad intelectual.

Ahora bien, el cristianismo también produce otros cambios importantes. Al mismo tiempo que conserva una concepción de vida activa y vida contemplativa como modos de vida o *genera vivendi*, establece otros esquemas en los que ambas vidas son pasos espirituales en el camino individual hacia la otra vida. Esta última concepción, presente ya en Agustín, ubica a la vida contemplativa como el paso superior.¹⁹ Esa superioridad se verifica en la interpretación alegórica de la historia de las hermanas Marta y María, en los evangelios de Juan y de Lucas (Lucas 10: 38-42; Juan 12: 1-8); y de Raquel y Lea (Génesis: 30). La primera de ellas, proveniente de la patrística griega (probablemente de Orígenes), se convirtió en el *exemplum* princi-

¹⁵ *Ibid.*, p. 202.

¹⁶ Véase C. S. Lewis, *La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y renacentista*, Barcelona, Península, 1997, p. 58.

¹⁷ Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 2005.

¹⁸ Sobre la utilización de estos términos, véase Brian Vickers, “Leisure and Idleness in the Renaissance: The Ambivalence of Otium”, *Renaissance Studies*, vol. 1, n° 4, 1990. El autor registra la ambigüedad del término *otium*, que por un lado se asociaba con la pereza, pero por otro lado se vinculaba al estudio. De allí la frase *otium negotioso u otium cum dignitate*.

¹⁹ Para la presencia del tema en Agustín, véase Silvia Magnavacca, “Estudio preliminar”, en S. Magnavacca y M. I. Santa Cruz (dirs.), *¿El intelectual o el político? El De vita contemplativa et activa de Cristoforo Landino*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

pal sobre el tema.²⁰ Por otro lado, se comienza a identificar a la vida contemplativa con la vida monástica. En *Sobre la vida contemplativa* de Julianus Pomerius, un autor del siglo VI del que poco y nada se sabe, se plantea que los príncipes de la Iglesia deben seguir la vida contemplativa, sea esta “el conocimiento de las cosas futuras y secretas, sea la liberación de todas las ocupaciones del mundo, sea el estudio de las letras divinas, sea la que ha sido probada como la más perfecta, es decir la visión de Dios”.²¹ Como puede observarse, la vida contemplativa admite varios significados; algunos asociados con actividades relacionadas con la vida monástica, otros con el conocimiento de Dios en la vida perfecta. De allí surgen dos concepciones de vida contemplativa muy claras. Tomás de Aquino se refiere a este problema cuando afirma que hay una contemplación perfecta en la vida futura y una contemplación imperfecta que se da en este mundo (*S. Th.* II-II, q. 180, a. 4). Aunque Tomás afirma que la vida contemplativa es superior, más adelante considera que las órdenes que se dedican a la enseñanza y la predicación son superiores a las que se dedican a la pura contemplación (*S. Th.* II-II, q. 188, a. 6).²² Dante Alighieri también se refiere a la cuestión utilizando la separación entre la contemplación perfecta y la imperfecta:

Y así se hace manifiesto que nuestra beatitud (esta felicidad de la cual se habla) primero la podemos encontrar casi imperfecta en la vida activa, es decir, en las operaciones de las virtudes morales, y luego casi perfecta en la vida contemplativa, es decir, en las operaciones de las intelectuales. Estas dos operaciones son vías expeditas y muy directas que conducen a la suma beatitud, la cual no se puede tener aquí, como aparece claramente por aquello que se ha dicho.²³

A pesar de que esa tendencia contemplativa es notoria, hay algunas líneas de investigación que sostienen que el cristianismo contiene desde la época de Agustín otra visión. Alain de Libera plantea que, frente a esa idea del ascenso paso por paso que observamos en la cita de Dante, hay una idea de conversión que vincula al hombre directamente con Dios, sin mediaciones:

²⁰ El estudio más exhaustivo sobre el tema se encuentra en Giles Constable, “The interpretation of Mary and Martha”, en G. Constable, *Three Studies in Medieval Religious and Social Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. El autor demuestra que la identificación entre María y la teoría, y Marta y la acción se encuentra en Orígenes y Cirilo de Alejandría. Por otro lado, señala que en la patrística solía reivindicarse una vida mixta, mientras que posteriormente, con el auge del monasticismo, se comenzó a identificar a la vida contemplativa con la vida monástica. El máximo exponente de esa tendencia es Pedro Damiani, quien en su *De perfectione monachorum* asocia la vida contemplativa con la vida de los monjes.

²¹ [...] *rerum latentium futurarumque notitia, sive vacatio ab omnibus occupationibus mundi, sive divinarum studium litterarum, sive, quod his probatur esse perfectius, ipsa visio Dei* (Julianus Pomerius, *De vita contemplativa*, P. Drach [ed.], Speyer, 1487, p. 429). La traducción es propia.

²² Sobre el tema de la vida activa y la vida contemplativa en Tomás de Aquino, véase Michael Allen, “The Active and Contemplative life: The Practice of Theology”, en M. Svensson y D. VanDrunen (eds.), *Aquinas Among the Protestants*, Oxford, John Wiley & Sons Ltd, 2018. A pesar de que en general las lecturas escolásticas de Aristóteles reproducen la idea de la superioridad de la vida contemplativa, en línea con el libro X de la *Ética a Nicómaco*, hay un intento de ubicar ambas en un plano de igualdad. Por ejemplo, en el comentario *Super Ethica* de Alberto Magno se distinguen dos tipos de bienes supremos, el cívico y el contemplativo, y dos tipos de felicidades, la *civilis felicitas* y la *contemplativa felicitas*. Véase Anthony Celano, *Aristotle's Ethics and Medieval Philosophy: Moral Goodness and Practical Wisdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, p. 134.

²³ Dante Alighieri, *Convivio*, traducción de Mariano Pérez Carrasco, Buenos Aires, Colihue, 2008, p. 254.

Lo que caracteriza en cierto momento al mundo medieval es la conmoción de fondo que introduce en el universo dionisiano lo que Étienne Gilson ha llamado la “metafísica agustiniana de la conversión”. Dos grandes ideas se enfrentan y se parasitan en la Edad Media, o más bien una parasita a la otra: la conversión parasita a la jerarquía. ¿Qué quiere decir esto? Que Agustín ha introducido, si uno puede hablar así, un virus en la jerarquía, que la ha conmocionado de manera completa para los medievales.²⁴

De Libera observa esa “metafísica de la conversión” en los maestros de artes de París, en Meister Eckhart y en los Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu. Nosotros tendremos ocasión de mostrar cómo la figura de Agustín es central para la conformación de la idea de sujeto que tiene Petrarca.

Al margen de estas últimas observaciones, hay algunas ideas recurrentes que se verifican en la cita de Maquiavelo con la que comenzamos este recorrido: la superioridad de la vida contemplativa sobre la activa, que responde a una concepción de pasos espirituales individuales y no a la clásica de *genera vivendi*; y la asociación entre vida religiosa y vida contemplativa. Veremos cómo los primeros humanistas del Renacimiento reelaboran y discuten estas ideas.

El problema de la vida activa y la vida contemplativa en la obra de Petrarca

Considerado el padre del humanismo, Francesco Petrarca fue uno de los intelectuales más importantes del siglo XIV. Su coronación como poeta laureado en 1341 fue un evento que difundió su nombre por toda Europa. Si bien hoy es más conocido por el *Cancionero*, su obra latina tuvo mayor difusión y relevancia durante su vida. A través de esa obra, defendió la lectura de la poesía, la historia y la filosofía moral paganas, en particular de Tito Livio, Cicerón, Virgilio y Séneca. Además de su labor erudita, tuvo trato con los poderosos más importantes, desde los papas hasta el emperador.²⁵ En su obra no abundan las referencias al problema de los modos de vida, pero hay algunas muy significativas. En la *Fam.* III, 12 a Marco Genovés, Petrarca intenta convencer a Marco de no abandonar la vida activa. Para argumentar a favor de la idea de que la *cura civium* no se opone al amor a Dios, el autor recurre a la cita de Cicerón sobre el cielo para estadistas y a la teoría de los grados de la virtud, por lo que es evidente que sigue a Macrobio. Pero el pasaje más interesante sobre el tema se encuentra en *Sobre el ocio religioso*, un texto que el autor le dedica a su hermano Gerardo, monje en la cartuja de Montrieux:

¿Quién no conoce aquellas tres vías por las que avanza todo el género humano: la del placer, la vida civil y la contemplativa? Las recuerda Aristóteles en la *Ética* de forma explícita, y muchos poetas bajo la cobertura de una nube fabulosa, como en el litigio de las tres diosas, para cuyo examen se eligió a un juez no ignorante, pero sí corruptible, que antepuso a Venus y la vida de placeres a los otros dos. Así hacen todos aquellos que, por la estupidez de los sentidos o por las pasiones del alma, se inclinan a elegir una vida bestial. En todas estas formas de vida, sin

²⁴ Alain De Libera, *La invención del sujeto moderno*, Buenos Aires, Manantial, 2020, p. 24.

²⁵ Sobre la relación de Petrarca con los poderosos, véase Enrico Fenzi, “Política”, en R. Brovia y L. Marcozzi (eds.), *Lessico critico petrarchesco*, Roma, Carocci, 2016. Para un análisis general de su figura e importancia, véase Christopher Celenza, *Petrarch: Everywhere a Wanderer*, Londres, Reaktion Books, 2017.

embargo, y en otras tampoco, es rara o inexistente la mención de Dios. Así cuando unos buscan los placeres, otros, otras cosas, y los que más alto suben, las virtudes. Allí la especulación filosófica, como si hubiese llegado a un término, se detiene.²⁶

Según este pasaje, ni la vida activa ni la vida contemplativa están relacionadas con Dios. Ello es así porque el autor relaciona esos dos conceptos con el aristotelismo y la especulación filosófica. De esa manera, Petrarca arremetía contra el aristotelismo de las universidades de su tiempo. En sus invectivas, desarrolla con más profundidad esas críticas. En la más célebre de ellas, la invectiva *Sobre la ignorancia del autor y la de muchos otros*, discute con cuatro amigos aristotélicos que lo visitan y lo tratan de ignorante. En su defensa, Petrarca plantea críticas contra la filosofía natural, la dialéctica, la aceptación dogmática de la autoridad de Aristóteles, contra un tipo de conocimiento que valora la acumulación y repetición de datos. En definitiva, sostiene que todo ese conocimiento es inútil si no colabora en el progreso moral del hombre:

No es lo mismo saber que amar, ni entender equivale a querer. Él [Aristóteles] nos enseña qué es la virtud, no lo niego; pero su lectura no proporciona (si no es en dosis pequeñísimas) los estímulos e incentivos necesarios para inflamar el espíritu e impulsarlo a amar la virtud y odiar el vicio. Tales estímulos se pueden hallar en nuestros escritores, especialmente en Cicerón, en Séneca y (tal vez esto los sorprenda) en el propio Horacio, cuyo áspero estilo encierra pensamientos muy sabrosos.²⁷

Ahora bien, además de esas críticas, hay otras relacionadas con la irreligiosidad de los aristotélicos. Según Petrarca, la soberbia de los filósofos los ha llevado a creer que lo que ellos ignoran tampoco lo conoce Dios. Además, alude a la teoría de la doble verdad, desarrollada por los aristotélicos radicales en el siglo XIII, al afirmar que en sus disputas sostienen que hablan de una verdad filosófica, por fuera de la religión.²⁸ Se comprende entonces por qué motivo Petrarca rechaza los conceptos de “vida activa” y “vida contemplativa”. Como categorías aristotélicas, resultan insuficientes para comprender la complejidad del alma humana. Por eso, prefiere los conceptos clásicos de *otium* y *negotium*, que utiliza en sus obras más importantes.

En *Sobre la vida solitaria* Petrarca busca un equilibrio entre *otium* y *negotium*. En primer lugar, presenta una oposición entre dos personajes arquetípicos: el *occupatus* y el *solitarius*. El primero se encuentra sometido por la vida en la ciudad, vive preocupado, con miedo y arde por el deseo o se deja consumir por la ira. El *solitarius*, en cambio, vive en paz en los bosques y se encomienda a Dios. Pero luego de esta fuerte oposición inicial, el texto irá tendiendo

²⁶“*Quis preterea non novit illas tres quibus humanum omne genus graditur vias, voluptuosam, civilem, contemplativam, quarum et Aristoteles in Ethicis aperte et multi poetarum sub fabulose nubis involucro meminerunt, in illo scilicet trium litigio dearum, cuius ad examen non ignarus sed corruptibilis arbiter eligitur, qui Venerem veneremque vitam duabus reliquis anteferet, quod omnes faciunt qui ad electionem bestialis vite vel hebetudine sensuum vel animi passionibus inclinantur? In omnibus tamen his sectis, et sique sunt alie, nulla quidem apud illos aut perrara Dei mentio est, sed cum ad voluptatem alii, alii ad aliud, et qui altius assurgunt ad virtutem venerint, gressum ibi philosophica figit inquisitio et velut aprehenso termino conquiescit*” (Francesco Petrarca, *De otio religioso*, G. Galletti [ed.], Florencia, Le Lettere, p. 228). La traducción es propia.

²⁷ Francesco Petrarca, “De la ignorancia del autor y la de muchos otros”, en F. Rico (ed.), *Obras: I. Prosa*, Madrid, Alfaguara, 1978, p. 198.

²⁸ Sobre el aristotelismo radical o averroísmo latino, véanse Francisco Bertelloni, “Introducción” a Alighieri, *Convivio* y Cesare Vasoli, *La filosofía medioeval*, Milán, Giangiacomo Feltrinelli, 1961, pp. 330-338.

puentes entre ambos extremos. A través de la cita de *Sobre los deberes* que incluimos arriba, Petrarca plantea que hay algunos casos de hombres *occupatissimos* que también son *sanctissimos*. Eso permite la inclusión del concepto *otium literatum*, que no se identifica del todo con la vida del *solitarius*. Siguiendo a Cicerón, Petrarca afirma que se deben respetar las tendencias naturales de cada uno: “Solo este principio filosófico sigo: se debe elegir la vida solitaria o la vida urbana o cualquier otra según la propia naturaleza y costumbres, y así cada uno conoce qué es lo suyo”.²⁹

Más adelante, expone la teoría de los grados de la virtud y afirma que es posible que alguno pueda experimentar una parte de las delicias de la vida eterna siguiendo la vida solitaria. Allí incluye una referencia a la *Divina comedia* de Dante: “No me parece imposible que alguno de ellos, borrando todo rastro de barro secular y elevado a ese grado por la misericordia, pero todavía prisionero de la tierra, pueda escuchar y ver en el cielo, en éxtasis, el coro armónico de ángeles y cosas que vuelto en sí no podría contar”.³⁰ Sin embargo, apartándose de esa concepción mística de la soledad, Petrarca afirma que es un pecador, y que su inclinación a la soledad se debe al amor por las letras y a la antipatía por las multitudes:

¿Pero qué puedo saber o qué puedo decir de todas estas cosas yo, desventurado pecador, que arrastro el peso y las cadenas de mis pecados? Yo, que por amor a las letras amo los lugares propicios para el ocio y el estudio, o quizás por una cierta antipatía derivada de la diversidad de costumbres, huyo de las multitudes, y quizás por la conciencia de mi propia vida evito los testimonios que hablan mucho.³¹

Es decir que hay una diferencia entre la soledad como un paso espiritual en el ascenso hacia la vida eterna, y la soledad como tendencia natural hacia el estudio y las letras. En estas palabras de Petrarca se observa un primer intento de secularización de la imagen de sabio, que será mucho más acentuado en la siguiente generación de humanistas. Esa concepción de sabio no se inclina ni por el *otium* ni por el *negotium*, porque precisa del equilibrio entre ambos. Por eso, luego de haber utilizado la expresión *otium literatum*, el autor hablará del *literarum negotium*. Con esas palabras se refiere a la épica y a la historia: la gesta de los grandes hombres. El *África* y *Sobre los hombres ilustres*, los dos grandes proyectos juveniles del autor, pertenecen a esa tendencia, que el autor defiende en su discurso de coronación de 1341.

Esa búsqueda de equilibrio también se observa en los textos latinos más célebres del autor, la *Subida al Monte Ventoso* y el *Secreto*. En ambos textos se destaca la presencia de Agustín como ideal de sabio. En el primero, representa el camino intermedio entre Gerardo, quien

²⁹ “*Hoc unum sumptum a philosophis consilium est michi, secundum quod vel solitariam, vel urbanam vitam, sive aliam quamlibet nature moribusque suis comparans, norit quisque quid suum sit*”. Francesco Petrarca, “De vita solitaria”, en G. Ricci y G. Martellotti (eds.), *Prose*, Milán-Nápoles, R. Ricciardi, 1955, p. 334. La traducción es propia.

³⁰ *Nec incredibile dixerim, posse aliquem ex hoc numero, cui secularis ceni vestigium nullum extet, ad eum gradum misericordia sublevante consurgere, ut adhuc terris inclusus continentes in celis angelorum choros audiat et videat in excessu mentis quod ad se rediens non possit exprimere* (*ibid.*, p. 354). La traducción es propia. La frase final refiere al comienzo del “Parais”o: “*e vidi cose che ridire/ nè sa nè può chi di là su discende*” (Dante Alighieri, *La divina comedia*, en D. Alighieri, *Obras completas de Dante Alighieri*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1965, p. 364).

³¹ “*Sed quid horum omnium scire, quid ve de his loqui possum, peccator infelix et peccati mei pondus ac vincula circumferens, qui vel amore literarum amicum otio et literis locum amo, vel fortasse odio quodam ex dissimilitudine morum orto populum fugio, et fortasse conscientia vite mee multiloquum testem vito?*” (*ibid.*, p. 354). La traducción es propia.

siguió el camino directo hacia la cima, y Francesco, que demora el ascenso. En comparación con su hermano, Petrarca se veía a sí mismo como seguidor del *negotium*. El *Secreto* implica un desafío hermenéutico más elevado y eso se refleja en la diversidad de interpretaciones.³² A pesar de que la figura de Agustín se sitúa por encima de la de Francesco, sobre el final aquel acepta que no se puede vivir sin gloria, y este reconoce que para alcanzar la vida eterna no debe aplazar más su conversión.

Esa necesidad de equilibrio forma parte de una estrategia del humanismo para lograr un acuerdo entre la tradición clásica pagana y el cristianismo. Una de las formas de concebir esa relación sin ofender a las autoridades eclesiásticas era afirmar que los paganos se habían destacado en la elocuencia, mientras que los cristianos los habían superado en sabiduría. Así, es posible comprender la serie de cartas que Petrarca le dedica a Cicerón. En una de ellas, Petrarca critica a Cicerón por no haberse retirado a tiempo de la política, y en otra lo elogia por su obra. A pesar de que la intención del autor fuera buscar un punto de equilibrio, para la nueva generación de humanistas, formada en Florencia a fines del siglo XIV, esa crítica será leída como un rechazo por la vida activa.

Vida activa y vida contemplativa en el humanismo cívico

A mediados del siglo XX, Hans Baron acuñó el concepto “humanismo cívico” para referirse al grupo de intelectuales que continuaron el legado de Petrarca a fines del *Trecento* en Florencia.³³ Para el historiador alemán, Coluccio Salutati y los jóvenes que se formaron en torno a su figura realizaron grandes cambios en el programa humanista. En primer lugar, esta nueva versión del humanismo parecía más inclinada al compromiso cívico y menos interesada por la tranquilidad de los bosques. En segundo lugar, Baron consideraba que esa tendencia era acompañada por una reivindicación del modo de gobierno republicano de Florencia. En tercer lugar, planteaba que esas ideas expresaban el verdadero espíritu del Renacimiento, que venía a desmentir las ideas monárquicas propias de la Edad Media.³⁴ Por último, este nuevo movimiento parecía tener una orientación más laica, y ello podía observarse en un cuestionamiento al monasticismo medieval.

Sin embargo, Salutati era una figura de transición para Baron. Por un lado, fue canciller de Florencia durante muchos años y escribió grandes textos a favor de la vida activa. Pero, por

³² El *Secreto* consiste en un diálogo entre Francesco y Agustín. Algunos autores, como Francisco Rico, han señalado que Francesco se somete a la autoridad de Agustín. Ugo Dotti, por su parte, considera que el texto permanece abierto. Enrico Fenzi, además de acordar con Dotti, considera que el texto tuvo una redacción por etapas, contrariamente a Rico, que plantea que hubo una reelaboración completa en 1353. Véanse Francisco Rico, *Vida u obra de Petrarca. I. Lectura del Secretum*, Padua, Antenore, 1974; Enrico Fenzi, “Introduzione” a Francesco Petrarca, *Secretum*, Milán, Gruppo Ugo Mursia Editore, 1992, y Ugo Dotti, *Vita di Petrarca*, Roma-Bari, Laterza, 2004.

³³ Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance: Civic Humanism and Republican Liberty in an Age of Classicism and Tyranny*, Princeton, Princeton University Press, 1955.

³⁴ Estas últimas ideas fueron muy cuestionadas por Quentin Skinner, quien considera que existió una tradición republicana medieval en la escolástica, en las crónicas de las ciudades y en la obra de los *dictatores*, es decir los maestros de *ars dictaminis*, la retórica medieval. Para un estado de la cuestión completo sobre las tesis de Baron, véanse Ronald Witt, “The Crisis after Forty Years”, *The American Historical Review*, vol. 101, n° 1, 1996, y James Hankins, “The ‘Baron Thesis’ after Forty Years: Some Recent Studies of Leonardo Bruni”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 56, n° 2, 1995.

otro lado, sus creencias religiosas y su republicanismo flexible son considerados como “herencias medievales”. El autor que representa el punto cúlmine del humanismo cívico es Leonardo Bruni, uno de los discípulos de Salutati. Nacido en Arezzo como Petrarca, Bruni estudió griego con Manuel Crisoloras en Florencia. Rápidamente comenzó a traducir a Platón y a Plutarco. A pesar del interés por los clásicos, su traducción más importante fue la homilía *A los jóvenes* de san Basilio, texto que se convirtió en un manifiesto del humanismo.³⁵ Sus dos textos más importantes de la primera década del *Quattrocento* son el *Elogio de la ciudad de Florencia* y los *Diálogos a Pier Paolo Vergerio*. En ambos textos Bruni discute con la tradición heredada de Petrarca y Salutati. En el primero cuestiona la idea de que Florencia fuera fundada por Julio César, tesis sostenida por Salutati. En el segundo texto discute el valor de las *tre corone* florentinas, es decir Dante, Petrarca y Boccaccio. Ambos textos revelan un uso original de los modelos clásicos y expresan una revaloración indudable de los valores cívicos.³⁶

A pesar de ello, no hay un texto en el que Bruni exponga de manera explícita la superioridad de la vida activa sobre la contemplativa. El tema aparece tanto en su biografía de Cicerón como en *Sobre los militares* y en la *Introducción a la filosofía moral*.³⁷ En todos ellos se propone una concepción dinámica del sujeto, según la cual el hombre debe destacarse tanto en la vida activa como en la vida contemplativa. Hasta aquí no parece haber demasiadas diferencias con lo que hemos visto en Petrarca. Sin embargo, hay tres textos que analizaremos a continuación en los que Bruni desarrolla más detenidamente la cuestión.

³⁵ Hay más de trescientos códices que incluyen esa traducción y más de cien ediciones realizadas entre fines del siglo xv y comienzos del xvi. La importancia del texto se debe a que allí Basilio, uno de los Padres de la Iglesia, defiende el estudio de las letras paganas. Véase Teresa Martínez Manzano, “El Pinciano y san Basilio, a propósito de la versión de Bruni de la *Epistula ad adulescentes*”, *Exemplaria Classica*, n° 14, 2010.

³⁶ En el *Elogio*, inspirado en el *Panatenaico* de Elio Aristides, Bruni señala que Florencia es la heredera de Roma. Los florentinos, además de ser valientes en la guerra, se muestran solidarios con todos los italianos que escapan de tiranos. Bruni señala además que Florencia es una ciudad ordenada y armónica, debido al carácter de sus instituciones, que garantizan la igualdad ante la ley. Los *Diálogos* toman el modelo del *De oratore* ciceroniano. A pesar de no tratar explícitamente el tema de las virtudes cívicas, el texto propone un uso de la *disputatio* como intercambio entre personajes públicos y muestra la fuerza persuasiva del discurso político en el elogio paradójico que realiza Niccoli.

³⁷ Sobre Cicerón afirma: “Él, que vivía ocupadísimo en gobernar el Estado que dominaba el mundo, escribió más libros que los filósofos que viven lejos de los asuntos públicos y abocados plenamente al estudio, y por otro lado, tan ocupado como estaba en estudiar y escribir libros, se dedicó más a los asuntos públicos que aquellos que no tenían ningún interés literario” (“*In re publica orbis terrarum moderatrice occupatissimus plura scriberet quam philosophi in otio studioque viventes; et rursus studiis librisque scribendis maxime occupatus, plura negotia obierit, quam ii qui vacui sunt ab omni cura litterarum*”, Leonardo Bruni, *Opere letterarie e politiche di Leonardo Bruni*, P. Viti (ed.), Turín, Unione tipografico-editrice Torinese, 1996, p. 470. La traducción es propia). En *Sobre los militares* confirma que el ciudadano debe cumplir diferentes roles: “De hecho, en un solo y mismo hombre pueden presentarse a menudo varias personas” (“*Possunt enim in unum eundemque hominem plures nonnunquam incidere persone*”, *ibid.*, p. 690. La traducción es propia). En la *Introducción a la filosofía moral* Bruni incluye una de las frases más citadas sobre el tema: “En efecto son muchas las virtudes, como dijimos. Algunas de ellas conducen a la vida ociosa y la contemplación, otras son más aptas a la vida civil. La sabiduría, la ciencia y la inteligencia nutren la contemplativa, la prudencia en cambio domina en toda acción. Tanto una como la otra tienen méritos particulares. La contemplativa es más rara y pertenece a un plano más divino, la activa la supera en la utilidad para la comunidad. Así, tanto en la actividad privada como en la pública, todo aquello que hacemos bien y es digno de elogio, para beneficio nuestro, de la patria o de las personas que queremos, todo proviene de la prudencia y de las virtudes asociadas con ella” (“*Enim vero, cum plures sint virtutes, ut diximus, constat alias ad otiosam vitam in contemplatione repositam, alias ad negotiosam et civilem esse aptiores. Sapientia enim scientia et intelligentia contemplativum alunt, prudentia vero in omni actione dominatur. Utraque sane vita laudes commendationesque proprias habet. Contemplativa quidem divinius plane atque rarior, activa vero in communi utilitate prestantior. Itaque vel in privata vel in publica re quecumque excellenter et cum laude, quecumque pro utilitate aut nostra aut patrie aut hominum nobis carissimorum agimus, ea quidem omnia a prudentia et ab his virtutibus, que sunt cum prudentia copulate, descendunt*”, *ibid.*, p. 238. La traducción es propia).

El primero de ellos es una carta a Tommaso Cambiatiore en la que Bruni defiende el uso de las riquezas. Entre 1419 y 1420 Bruni traduce el *Económico*, texto atribuido a Aristóteles, y se lo dedica a Cosme de Médicis. Tommaso cuestiona el contenido de ese texto y eso motiva la defensa de Bruni. Para argumentar a favor de la idea de que las riquezas son necesarias (aunque, por supuesto, no suficientes) para la felicidad, Bruni recurre a la definición de felicidad de Boecio, sin citarlo: “En efecto, la virtud puede hacer al hombre bueno, pero no es suficiente para hacerlo feliz. De hecho, conviene definirla como la reunión de los bienes”.³⁸

Cerca de veinte años después, Bruni participa de una polémica con el joven humanista veneciano Lauro Quirino. Uno de los temas tocados es la relación entre la vida activa y la vida contemplativa. Aunque desconocemos el contenido de la carta de Quirino, porque no se ha conservado, podemos deducir sus ideas a través de la respuesta de Bruni. Al parecer, el veneciano afirmaba que solo la vida activa conduce a la felicidad. Para llegar a esa conclusión, funda su punto de vista en la definición de felicidad de Boecio, es decir la reunión de los bienes del alma, los bienes del cuerpo, y los bienes externos. Pero los bienes externos son necesarios para la felicidad, pero de ninguna manera suficientes. Por eso Bruni responderá que eso no es posible, puesto que la vida activa es la propiamente humana.³⁹ Entonces, si la vida activa sola condujera a la felicidad, todos los hombres serían felices. Pero los hombres no son felices por la elección de vida, sino por la constancia y el empeño que demuestren en la vía elegida: “Decimos que no son felices ni todos los que siguen la vida contemplativa, ni todos los que siguen la activa”.⁴⁰ Ahora bien, ¿a qué se refiere Bruni con la expresión “vida contemplativa”? Por un lado, vincula la vida activa con lo humano y la vida contemplativa con lo divino; y por otro, señala que ninguna de las dos conduce a la felicidad, porque es necesaria la reunión de todos los bienes. Es decir que lo divino no alcanza para obtener la felicidad. Bruni es consciente de que esta opinión se aparta de la de Aristóteles y por ello hace la siguiente aclaración:

Pero aunque haya sido investigado si la vida activa y política es más apta para la felicidad que la vida ociosa puesta en la contemplación de las cosas, Aristóteles da muchas razones en favor de que la felicidad se manifiesta más en la vida tranquila y ociosa, pero no porque considere que la vida activa impide la felicidad, sino porque la prefiere y la pone por delante, ya que es similar a una vida divina.⁴¹

³⁸ “*Virtus enim bonum quidem virum efficere potest, ad beatum vero faciendum ipsa per se non est satis. Aggregatio enim bonorum existat oportet*”, Leonardo Bruni, *Epistolarum libri VIII*, J. Hankins (ed.), Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, vol. 2, 2007, p. 12. La traducción es propia.

³⁹ “Entonces, tu exposición no es correcta, ni la vida contemplativa es la propia del hombre, sino la activa. En efecto, el hombre no contempla en cuanto hombre, sino que es algo divino y separado. Verdaderamente, practica la justicia, la templanza, la fuerza y las otras virtudes morales en cuanto hombre. Por eso, esa es la vida propia del hombre, que se persigue a través de las virtudes morales” (“*Illa igitur expositio tua non est recta, neque contemplativa propria est hominis vita, sed activa. Non enim, qua homo est, contemplatur, sed qua est divinum aliquid, ac separatum. Justitiam vero, ac temperantiam, et fortitudinem, ceterasque morales virtutes exercet ut homo. Itaque illa est proprie vita hominis, quae per morales virtutes agitur*”, *ibid.*, p. 135. La traducción es propia).

⁴⁰ “*Non enim omnes, qui contemplativam sequuntur vitam, felices dicimus, nec omnes qui activam*” (*ibid.*, p. 137. La traducción es propia).

⁴¹ “*Sed cum quaereretur, utrum activa, et negociosa vita aptior sit ad felicitatem, vel otiosa vita in contemplatione rerum posita, docet Aristoteles multis rationibus in hac vita quieta et ociosa felicitatem magis existere, non quod activam vitam felicitate privet, sed quod hanc praeferat, et anteponat, quasi divinae vitae similioem*” (*ibid.*, p. 137. La traducción es propia).

El tercer texto a considerar es la biografía de Dante y Petrarca que Bruni escribe en 1436. Allí el autor elogia a Dante por destacarse en la vida activa y a Petrarca por su vida contemplativa. A pesar de que el marco general es de equilibrio, es claro que ubica en el primer lugar a Dante, en el segundo a Petrarca, y en un tercer lugar a Boccaccio. Con este último discute Bruni, ya que en su *Tratado en elogio de Dante*, Boccaccio no menciona la participación de Dante en la batalla de Campaldino, y se concentra solo en banalidades. Al igual que Cicerón, Dante pudo combinar el estudio con la *conversazione civile* y el matrimonio. De la misma manera que se elogia al sabio integrado a la sociedad, se rechaza al sabio solitario: “Sobre este punto me gustaría reprender el error de muchos ignorantes que creen que nadie puede estudiar si no se esconde en soledad y en ocio. Yo no vi ninguno de estos disfrazados de sabios y alejados de la conversación civil que sepa tres letras”.⁴² Por otro lado, Bruni considera que Dante se hizo poeta por el esfuerzo en el estudio, y no por inspiración divina, como fue el caso de Francisco de Asís. De esta manera, separaba aquello que Petrarca tendía a pensar de manera conjunta. Además, en línea con su republicanismo, Bruni considera que no es posible destacarse ni en las letras ni en la política bajo un gobierno monárquico.

En este texto es más evidente la defensa de la vida activa que en la carta a Quirino. Pero a pesar de que el autor es el mismo, los textos pertenecen a tradiciones diferentes. Por un lado, tenemos unas biografías en lengua vulgar que contienen un elogio de la vida activa más explícito. Por otro lado, tenemos una *disputatio* escolástica en latín, de marcada tendencia aristotélica, en la que la defensa de la vida activa es más tímida. En principio, ello nos habla de la enorme ambición intelectual de Bruni, que pretendía conciliar el latín clásico con la filosofía aristotélica y el tradicionalismo vernáculo. En ese mapa cultural complejo, la cuestión de la vida activa y la vida contemplativa toma un sentido muy particular, ya que deja al humanismo de Bruni en un terreno incómodo. Por un lado, el rechazo a la pura contemplación de los religiosos y los filósofos escolásticos lo lleva a exaltar la vida activa; pero, por otro, esta vida activa asociada a la conversación civil está atada a la lengua vulgar, que resulta una vía imperfecta para la difusión de las virtudes y en general de la cultura clásica que pretendía restaurar el humanismo.⁴³

Conclusiones: de la síntesis individual al equilibrio social

En primer lugar, es preciso señalar que tanto Petrarca como Bruni intentan reflexionar sobre la cuestión apartándose de las ideas vigentes durante la Edad Media. Petrarca rechaza los conceptos porque no le permiten construir un ideal de “hombre doble”. Pero, por otro lado, *otium* y

⁴² “Nella qual cosa mi giova di riprendere l'errore di molti ignoranti, e quali credono niuno essere studente se non quelli che si nascondono in solitudine et in otio; et io non vidi mai niuno di questi camuffati et rimossi dalla conversazione delli huomini che sapesse tre lettere” (Bruni, *Opere*, p. 541. La traducción es propia).

⁴³ Nos referimos sobre todo a la postura crítica de Bruni respecto del *Decamerón*. En el *Cuento de Seleuco y Antíoco* de 1438, Bruni propone una suerte de corrección de la *novella* de Tancredo, es decir, la primera de la cuarta jornada, en la que un padre celoso provoca el suicidio de su hija. La historia de Seleuco muestra, en cambio, un ejemplo de virtud, en el que un padre cede a su propia mujer para que su hijo viva. En este cuestionamiento al *Decamerón*, Bruni sigue a Petrarca, quien había rescatado solamente el cuento de Griselda al traducirlo al latín. Es evidente que para Bruni era muy importante difundir la filosofía clásica en latín, que tenía una orientación moral mucho más rígida que la cultura vernácula, pero también era necesario adaptar la cultura vernácula a esos postulados, ya que su rol como canciller de Florencia así lo exigía.

negotium se integran en una síntesis en la que el primero manda sobre el segundo. Esto es así porque en Petrarca conviven las concepciones de *genera vivendi* y de pasos espirituales. Bruni descarta por completo esta última concepción. Eso permite justificar una vida dedicada enteramente a la acción. A pesar de ello, el ideal de equilibrio se sostiene en los ejemplos de Cicerón y Dante. Evidentemente, ese ideal era constitutivo del humanismo como tradición intelectual, y será fundamental en la justificación de la formación humanística para los gobernantes durante todo el Renacimiento. Pero hay una serie de argumentos originales que permiten inclinar la balanza hacia la vida activa. En primer lugar, la defensa de las riquezas y del matrimonio, cuestión que aparece en otros textos de la época.⁴⁴ Ambos temas suelen aparecer como argumentos a favor de los sabios laicos y en contra del modo de vida de los monjes.⁴⁵ En segundo lugar, la idea de que la felicidad es la reunión de todos los bienes y que, por lo tanto, la vida contemplativa puede ser insuficiente, resulta sumamente novedosa, ya que tradicionalmente se asocia a la vida contemplativa con la vida religiosa. En tercer lugar, Bruni relaciona la defensa de la vida activa con el elogio del modo de gobierno republicano. Este último punto es importante porque revela dos aspectos ausentes en Petrarca: por un lado, la idea de que la elección de vida y los logros de cada uno dependen de las posibilidades que le brinda la sociedad en la que vive.⁴⁶ En ese sentido, el servicio público es una manera de devolver a la comunidad lo recibido. Por otro lado, eso da lugar a una idea de equilibrio social en el que vida activa y vida contemplativa no necesariamente deben presentarse de forma equilibrada en el individuo, sino que se manifiestan en diferentes individuos. En ese marco, el ideal republicano coincide con un esquema en el que cada uno se destaca en su actividad, y además participa de la administración de lo público.⁴⁷ Al mismo tiempo, la jerarquización de los *studia humanitatis* fue acompañada por un lento proceso de especialización. Como historiador y traductor, Bruni encuentra un campo de conocimiento más específico que Petrarca, para quien la filosofía, la teología y la poesía escondían un mensaje común.

⁴⁴ Ya a fines del *Trecento*, Giovanni dalle Celle había criticado a la secta de los *fraticelli*, que proponían un ideal de pobreza. Más adelante, Lapo da Castiglionchio defiende el uso de las riquezas en su *Las ventajas de la curia* de 1438. Véase Hans Baron, “La riqueza cívica y los nuevos valores del Renacimiento”, en H. Baron, *En busca del humanismo cívico florentino*, México, Fondo de Cultura económica, 1993. El tema del matrimonio aparece en uno de los textos más leídos de la primera mitad del siglo xv, el *Sobre el matrimonio* de Francesco Barbaro, de 1415. La defensa del matrimonio y de las riquezas suelen encontrarse asociadas con elogios de la vida activa.

⁴⁵ Por ejemplo, en *La vida del ignorante* de Pier Candido Decembrio, diálogo en el que el personaje de Candido elige el matrimonio y critica fuertemente la vida religiosa.

⁴⁶ Petrarca también compartió los ideales republicanos, que pueden observarse en primer lugar en la elección de Escipión como héroe de su poema *África*, y en segundo lugar en su inicial apoyo a la revuelta de Cola di Rienzo, del que más tarde se alejó. Sin embargo, con el paso de los años esos ideales fueron mutando a una posición más pragmática. En efecto, cuando en 1353 Petrarca decidió instalarse en la “tiránica” Milán, se ganó el reproche de todos sus amigos florentinos. Sobre el progreso de las ideas políticas en Petrarca, véase Ugo Dotti, *Petrarca cívico: Alle origini dell'intellettuale moderno*, Roma, Donzelli, 2001.

⁴⁷ En *Sobre los militares*, Bruni desarrolla esta idea a partir del ejemplo de Filippo Corsini, quien fuera profesor de derecho civil en el *Studio* florentino, gonfaloniero de justicia y diplomático en numerosas misiones. Bruni utiliza su ejemplo para demostrar que el compromiso cívico no depende de la profesión elegida: “*Neque enim, si medicus tutor pupillis ab amico datus recte tutelam administret, erit propterea medici officium administrare tutelam, sed boni viri*” (*ibid.*, p. 692) (‘Si un médico, elegido por un amigo como tutor de un huérfano, ejerce correctamente la tutela, no lo hará por ser un buen médico, sino por buen hombre’. La traducción es propia). En el mismo texto, Bruni afirma que como miembros de una comunidad mostramos diferentes *personae* según la ocasión. Bruni argumenta a favor de la idea de que el dinamismo del sujeto favorece el equilibrio social, ya que los deberes cívicos se cumplen al margen de la profesión o la actividad privada de cada uno.

Evidentemente, la síntesis petrarquista coincide mucho más con la imagen que tenemos del hombre del Renacimiento. Basta recorrer las páginas del *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico della Mirandola para percibir una conexión entre una concepción más abierta del hombre, que puede contener en sí tanto lo humano como lo divino, y una apertura a diferentes tradiciones filosóficas. Bruni muestra otra cara del humanismo, menos preocupada por integrar las diferentes tendencias internas del hombre, y más orientada a pensar que es posible seguir un género de vida u otro. El verdadero desafío de equilibrio está en que hombres tan diferentes tomen decisiones sobre lo común en el foro.

Como hemos visto, la Edad Media asiste a la aparición de un concepto clave que unifica un conjunto de prácticas. La “vida contemplativa” es una vida dedicada al saber, pero es sobre todo una vida orientada a Dios. A la vez que expresa un estado cercano a lo divino, y por ello superior a cualquier otra actividad, en muchos casos se la relaciona con la vida monástica. Como afirma Koselleck, se trata de “estructuras semánticas y pragmáticas repetitivas” que permiten comprender la experiencia. Sabemos que en la alta Edad Media la figura del laico se identificaba casi plenamente con la del iletrado, y la figura del clérigo con la del letrado. Es por lo tanto natural que se utilizara un solo concepto para referir a lo divino, a las letras y a un modo de vida particular. Esta asociación comienza a quebrarse durante el Renacimiento. Pero, como afirma Koselleck, los cambios en los significados de los conceptos se producen con diferentes ritmos y responden a diferentes lógicas. Petrarca rechaza los conceptos porque no considera que su propio saber humanístico conduzca a la felicidad y porque la separación entre dos modos de vida le parece una esquematización aristotélica. Bruni los retoma, pero en su planteo son notorias las contradicciones: por un lado, afirma que la vida contemplativa es una vida divina y separada de lo humano, pero por otro, plantea que no son felices ni los que siguen la vida activa ni los que siguen la contemplativa. Y aunque durante el Renacimiento se produzca una crisis de los conceptos, también hay, como en muchos otros temas, una continuidad. De hecho, Cristoforo Landino escribirá en 1475 un texto en el que recoge muchos tópicos medievales sobre el tema.

Por eso, consideramos que el presente trabajo ayuda a relativizar algunas esquematizaciones de la historia intelectual que planteaban una correlación entre la Edad Media, el pensamiento monárquico y la vida contemplativa, por un lado, y el Renacimiento, las ideas republicanas y la vida activa, por el otro. Pocock lo sintetiza de esta manera:

Es perfectamente posible establecer un correlato entre el modo de vida preferido de un autor y su adhesión a una forma política. La persona que practica la *vita contemplativa* puede elegir contemplar las jerarquías estables del existir y encontrar su lugar en un orden eterno bajo un monarca que desempeñe en el microcosmos el papel de Dios como garante de ese orden; pero aquel que practica el *vivere civile* se compromete a participar y actuar en una estructura política que haga posible al individuo semejante conducta, lo que aboca, por tanto, a esa ciudadanía a un determinado tipo de “polis” y es por esto por lo que en fechas posteriores el *vivere civile* se convirtió en un término técnico que designaba una constitución cívica construida sobre amplias bases participativas.⁴⁸

⁴⁸ J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2002, p. 141

Skinner demostró que había una tradición republicana durante la Edad Media⁴⁹ y planteos más recientes demuestran que las ideas sobre los modos de gobierno no son tan relevantes como la idea de la virtud de los gobernantes.⁵⁰ Desde otro punto de vista, Witt relaciona la gramática, la poesía y la filología con la vida contemplativa, y la retórica con la vida activa.⁵¹ En pocos de esos planteos se analizan los significados que los propios autores de la época les daban a los conceptos. Lo que podemos observar es que hay desde la época de Petrarca, y antes también, una tensión entre dos formas de comprender la relación entre lo activo y lo contemplativo: una que la piensa como modos de vida, y otra que los considera pasos espirituales. Ya en la obra de Albertano da Brescia aparece la concepción de modos de vida: “Cuando te conviertas a Dios, podrás elegir entre alguna de las dos vidas, la activa o la contemplativa, de las cuales los hombres pensaron muchas cosas y a menudo dudaron sobre cuál elegir”.⁵² En el otro extremo, un contemporáneo de Bruni, como el predicador franciscano Bernardino de Siena identifica la vida activa con el conocimiento de las cosas de este mundo, y la vida contemplativa con el conocimiento de las cosas de Dios.⁵³ Es decir que de ninguna manera hay un acuerdo general sobre el significado de los términos. Desde este punto de vista, una historia conceptual que rastrearía los fundamentos de la secularización moderna debería atender a esas modulaciones, y no tanto a la defensa de la vida activa por sobre la vida contemplativa, que se da en muy pocos textos. En ese sentido, debemos comprender que, si para nosotros la vida activa representa a la vida del político y la vida contemplativa a la vida del intelectual, las asociaciones de la Edad Media y el Renacimiento son muy diferentes. En muchas ocasiones los conceptos se identifican con lo mundano y lo divino, respectivamente. Por eso mismo, a pesar de las diferencias que señalamos en Petrarca y Bruni, ambos forman parte de una misma tendencia que, a través de Séneca y Cicerón, comienza a discutir la idea de la vida contemplativa como un paso superior en el camino hacia Dios. □

Bibliografía

Allen, Michael, “The Active and Contemplative Life: The Practice of Theology”, en M. Svensson y D. VanDrunen (eds.), *Aquinas Among the Protestants*, Oxford, John Wiley & Sons, 2018.

Arendt, Hannah, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 2005.

Baron, Hans, *The Crisis of the Early Italian Renaissance: Civic Humanism and Republican Liberty in an Age of Classicism and Tyranny*, Princeton, Princeton University Press, 1955.

Bertelloni, Francisco, “Introducción” a Dante Alighieri, *Convivio*, Buenos Aires, Colihue, 2008.

⁴⁹ Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

⁵⁰ James Hankins, *Virtue politics: Soulcraft and Statecraft in Renaissance Italy*, Cambridge-Londres, Belknap Press, 2019; Guido Cappelli, “Ad actionem secundum virtutem tendit. La passione, la sapienza e la prudenza: vita activa e vita contemplativa nel pensiero umanistico”, en F. Lisi (ed.), *The Ways of Life in Classical Political Philosophy*, Sankt Augustin, Academia Verlag, 2004.

⁵¹ Ronald Witt, *In the Footsteps of the Ancients: The Origins of Humanism from Lovato to Bruni*, Leiden-Boston, Brill, 2000, p. 11.

⁵² *Conversione ante ad Dominum a te facta, poteris de duabus viis unam eligere, videlicet activam vel contemplativam vitam, de quibus homines multa cogitando pluresque valde dubitant quam eligere velint* (Albertano da Brescia, *De amore et dilectione Dei et proximi et aliarum rerum et de forma vitae*, S. L. Hiltz (ed.), University of Pennsylvania, 1980, p. 297. La traducción es propia.

⁵³ En la prédica xxxi se dedica al tema de la vida activa y la vida contemplativa (Bernardino de Siena, “Predica xxxi”, en Carlo Delcorno (ed.), *Prediche volgari sul campo di Siena. 1427*, Milán, Rusconi, vol. 2, 1989.

- Bénatouïl, Thomas y Mauro Bonazzi (eds.), *Theoria, Praxis and the Contemplative Life after Plato and Aristotle*, Leiden-Boston, Brill, 2012.
- Brescia, Albertano, *De amore et dilectione Dei et proximi et aliarum rerum et de forma vitae*, Sharon Lynne Hiltz (ed.), Pennsylvania, University of Pennsylvania, 1980.
- Cappelli, Guido, “Ad actionem secundum virtutem tendit. La passione, la sapienza e la prudenza: vita activa e vita contemplativa nel pensiero umanistico”, en F. Lisi (ed.), *The Ways of Life in Classical Political Philosophy*, Sankt Augustin, Academia Verlag, 2004.
- Cardigni, Julieta, “Ficción y ficciones en Macrobio y Marciano Capela”, en L. Pégolo y A. V. Neyra (coords.), *Un milenio de contar historias. Los conceptos de ficcionalización y narración de la Antigüedad al Medioevo*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2016.
- Catapano, Giovanni, “Alle origini della dottrina dei gradi di virtù: il trattato 19 di Plotino (Enn., I 2)”, *Medioevo*, n° 31, 2006.
- Celano, Anthony, *Aristotle's Ethics and Medieval Philosophy: Moral Goodness and Practical Wisdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.
- Celenza, Christopher, *Petrarch: Everywhere a Wanderer*, Londres, Reaktion Books, 2017.
- Constable, Giles, “The Interpretation of Mary and Martha”, en G. Constable, *Three Studies in Medieval Religious and Social Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- De Libera, Alain, *La invención del sujeto moderno*, Buenos Aires, Manantial, 2020.
- Dotti, Ugo, *Petrarca civile: Alle origini dell'intellettuale moderno*, Roma, Donzelli, 2001.
- Dotti, Ugo, *Vita di Petrarca*, Roma-Bari, Laterza, 2004.
- Fenzi, Enrico, “Politica”, en R. Brovia y L. Marcozzi (eds.), *Lessico critico petrarchesco*, Roma, Carocci, 2016.
- , “Introduzione”, en F. Petrarca, *Secretum*, Milán, Gruppo Ugo Mursia Editore, 1992.
- Grilli, Alberto, *Il problema della vita contemplativa nel mondo greco romano*, Milán, Fratelli Bocca editori, 1953.
- Hadot, Pierre, *¿Qué es la filosofía antigua?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Hankins, James, “The ‘Baron thesis’ after Forty Years and Some Recent Studies of Leonardo Bruni”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 56, n° 2, 1995.
- Hankins, James, *Virtue Politics: Soulcraft and Statecraft in Renaissance Italy*, Cambridge-Londres, Belknap Press, 2019.
- Joly, Robert, *Le Thème philosophique des genres de vie dans l'Antiquité Classique*, Bruselas, Palais des Académies, 1956.
- Koselleck, Reinhart, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012.
- LaCapra, Dominick, “Repensar la historia intelectual y leer textos”, en E. J. Palti (ed.), *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.
- Lewis, C. S., *La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y renacentista*, Barcelona, Península, 1997.
- Magnavacca, Silvia, “Estudio preliminar”, en S. Magnavacca y M. I. Santa Cruz (dirs.), *¿El intelectual o el político? El De vita contemplativa et activa de Cristoforo Landino*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.
- Martínez Manzano, Teresa, “El Pinciano y san Basilio, a propósito de la versión de Bruni de la *Epistula ad adolescentes*”, *Exemplaria Classica*, n° 14, 2010.
- Palti, Elías José, “Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje”, *Res Publica*, n° 25, 2011.
- Pocock, J. G. A., *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2002.
- Rico, Francisco, *Vida u obra de Petrarca. 1. Lectura del Secretum*, Padua, Antenore, 1974.
- Santa Cruz, María Isabel, “Cuidar de sí para cuidar de los demás. A propósito del gobierno de la ciudad en la República de Platón”, en S. Magnavacca, M. I. Santa Cruz, y L. Soares (eds.), *Conocerse, cuidar de sí, cuidar de otro. Reflexiones antiguas y medievales*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Skinner, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Suñol, Viviana, “La discusión aristotélica sobre los modos de vida. El contraste entre el *bíos theoretikós* en *Ética a Nicómaco* x 7-8 y el *bíos praktikós* en *Política* vii 3”, *Tópicos. Revista de Filosofía*, n° 45, 2003.

Vasoli, Cesare, *La filosofía medioeval*, Milán, Giangiaco Feltrinelli, 1961.

Vickers, Brian, “Leisure and Idleness in the Renaissance: The Ambivalence of Otium”, *Renaissance Studies*, vol. 1, n° 4, 1990.

Witt, Ronald, “The Crisis after Forty Years”, *The American Historical Review*, vol. 101, n° 1, 1996.

—, *In the Footsteps of the Ancients: The Origins of Humanism from Lovato to Bruni*, Leiden-Boston, Brill, 2000.

Resumen / Abstract

El problema de la vida activa y la vida contemplativa en los inicios del Renacimiento

El presente artículo tiene como objetivo realizar un recorrido por los conceptos de “vida activa” y “vida contemplativa” en los primeros humanistas del Renacimiento. Para ello, nos detendremos primero en algunos antecedentes importantes de la Antigüedad, como Cicerón y Macrobio. Luego analizaremos las transformaciones que se producen durante la Edad Media, en particular la tensión entre una concepción de modos de vida o *genera vivendi*, y una concepción jerárquica de pasos espirituales. Finalmente, estudiaremos algunas de las obras de Francesco Petrarca y Leonardo Bruni, dos autores muy importantes que fundaron los principios del humanismo del Renacimiento, y compararemos sus posturas sobre el tema de la vida activa y la vida contemplativa. A partir del análisis de *La vida solitaria* y de otros textos, afirmaremos que Petrarca pretende construir una síntesis entre las concepciones de modos de vida y la de pasos espirituales. A pesar de que Leonardo Bruni comparte el ideal de equilibrio, se aparta de la concepción jerárquica medieval. Para demostrarlo, analizaremos sus *Vidas de Dante y Petrarca* y su *Epístola IX, 2*, a Lauro Quirino.

Palabras clave: Vida activa - Vida contemplativa - Francesco Petrarca - Leonardo Bruni

The question of the active life and the contemplative life in the early Renaissance

The intention of this article is to examine an overview of the concepts of “active life” and “contemplative life” in the first humanists of the Renaissance. For this purpose, we first concentrate on some important antecedents from Antiquity, such as are found in the work of Cicero and Macrobius. In the following section, we analyze the transformations that occurred during the Middle Ages, in particular the increasing tension between a conception of ways of life or *genera vivendi*, and a hierarchical conception of spiritual steps. Finally, we study some of Francesco Petrarca’s and Leonardo Bruni’s works, two important authors who founded the principles of Renaissance humanism in order to compare their opinions about the problem of the active and contemplative life. On the basis of the analysis of the *De vita solitaria* and other texts, we attempt to demonstrate that Petrarca intended to build a synthesis between the conceptions of ways of life and the spiritual steps. Although Leonardo Bruni shared the ideal of balance, he did not adhere to the hierarchical conception. To demonstrate this, we will analyze his *Vite di Dante e Petrarca* and his *Epistle IX, 2* (to Lauro Quirino).

Keywords: Active life - Contemplative life- Petrarch - Leonardo Bruni

Fecha de recepción del original: 2/11/2022

Fecha de aceptación del original: 22/2/2023

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas27.1357>

A la sombra de los caudillos*

Carlos Altamirano

Universidad Nacional de Quilmes

El hombre representativo

El caudillo y la larga vigencia de su ascendiente en la vida pública se hallan entre las imágenes que los iberoamericanos forjaron de sus comarcas y de sus pueblos. Durante mucho tiempo, las élites cultivadas latinoamericanas representaron el territorio que se extendía desde México hasta el Río de la Plata como una tierra de caudillos. En la persistencia de este hecho se creyó ver un carácter colectivo, la señal de lo que en el lenguaje de nuestros días llamaríamos una identidad, sea nacional o hispanoamericana. “La imagen del rebelde señor de las pampas, que ejercía autoridad e influencia casi ilimitada sobre sus huestes e imponía su mandato autoritario en un territorio bajo su control, se acuñó y circuló en la región desde la segunda mitad del siglo XIX”, observa Hilda Sabato.¹ La historiadora va a poner en entredicho la conformidad de esa pintura con las experiencias políticas de América Latina en el siglo XIX, sobre todo por lo que ese retrato no ha dejado ver.

Ahora bien, en este artículo la atención no va a estar puesta en dirimir el punto de la validez histórica o la parcialidad de esa imagen convencional, sino en la literatura que la forjó y la alimentó. En términos más exactos: en un género de esa literatura, el del ensayo.

En español la palabra *caudillo* estaba en curso desde el siglo XIV y designaba al cabecilla de un grupo armado. Sus derivados *caudillaje* y *caudillismo* serían, en cambio, autóctonos de la América hispana. En algunos países, sobre todo en México, el hombre fuerte recibió también el nombre de *cacique*, de origen caribeño, y su régimen el de *caciquismo*, con significado semejante al de caudillo y caudillismo.² La idea del caudillo como “hombre representativo” (cuando no “gran hombre”) porque daba expresión a tradiciones y fuerzas colectivas de la sociedad hispanoamericana fue corriente después de la Independencia, cuando surgieron los problemas relativos al nuevo orden. Continuaría siéndolo, si bien, con el tiempo, el dictamen ne-

* Este título rinde homenaje a otro, el de la célebre novela del escritor mexicano Martín Luis Guzmán, *A la sombra del caudillo*.

¹ Hilda Sabato, *Repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2021, p. 197.

² Guillermo Zermeño Padilla, “Cacique, caciquismo, caudillismo”, en G. Zermeño Padilla, *Historias conceptuales*, México, El Colegio de México, 2017.

gativo del comienzo será atenuado o discutido.³ Pero, como quiera que se lo juzgara –como reflejo de un estado de sociedad, bárbaro o semibárbaro; como legado colonial o producto de la formación racial de los pueblos hispanoamericanos; como creador de orden donde reinaba la anarquía o como expresión de una democracia rudimentaria, pero auténtica–, el caudillo y su permanencia se asociaban con el gobierno del “hombre fuerte” sin sujeción a la ley y con la personalización del poder en la América de habla española.⁴ A menudo la imagen del caudillo se continuaba (y aún se continúa) en la del dictador. Sin embargo, en esas representaciones el caudillo no era simplemente el jefe poderoso, arbitrario y a menudo cruel de un orden autoritario. El caudillo era asimismo un jefe popular.⁵ Las preguntas y las respuestas se encadenaban. ¿Por qué fracasaban los gobiernos ilustrados y se imponían los caudillos? ¿Cuál era el pueblo que daba apoyo a los hombres fuertes? ¿Podía ser parte del pueblo elector que se invocaba en las cartas constitucionales?

El caudillismo se hará materia de un discurso continuo, múltiple en sus formas, que llega hasta nuestros días. Hay una literatura del caudillo. Esta se desplegó en el molde de diferentes géneros: el panfleto y la crónica periodística, la biografía y las memorias, el relato historiográfico, la novela y la poesía. El ensayo fue y sigue siendo uno de esos géneros. En Hispanoamérica, destacaba Alberto Zum Felde al considerar la producción de nuestros países en ese género de discurso, el tema americano resulta una constante. Los escritos consagrados a cuestiones universales, observaba, constituían una especie rara. “Todo el resto, y el resto es la inmensa mayoría, está aplicada a tratar problemas de sociología, de filosofía de la historia, de cultura, de política, propios de la fenomenalidad del Continente”.⁶ En la más reciente *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, de José Miguel Oviedo, no se comprueba otra cosa: el tema americano predomina en tres de los cinco capítulos del libro.

Para seguir la marcha y las variaciones que conoce el tema del caudillo en la literatura ensayística hispanoamericana voy a detenerme en cuatro obras: *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento; *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra; *Las democracias latinas de América*, de Francisco García Calderón, y *Cesarismo democrático*, de Laureano Vallenilla Lanz. En conjunto, esos escritos abarcan un período que se extiende de mediados del siglo XIX a las primeras dos décadas del siglo XX.

³ Para esta acepción, véase la voz “Representativo” en Raymond Williams, *Palabras claves. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000. Sobre la noción del “gran hombre” en la historiografía del siglo XIX, especialmente en la francesa, véase Alice Girard, “Le grand homme et la conception de l’histoire au XX^e siècle”, *Romantisme*, n° 100, 1998.

⁴ Desde Simón Bolívar en adelante se formulará en Hispanoamérica una variada gama de tesis en favor del gobierno fuerte y la personalización del poder. Sobre el caso de Venezuela, véase Elena Plaza, “La idea del gobernante fuerte en la historia de Venezuela (1819-1999)”, *Politeia*, n° 27, enero-diciembre de 2001, Caracas, Universidad Central de Venezuela.

⁵ Sarmiento llamará “tiranías populares” a los gobiernos argentinos de caudillos (Carta de Sarmiento a su nieto [1874], Apéndice de D. F. Sarmiento, *Facundo*, prólogo y notas de Alberto Palcos, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, p. 448).

⁶ Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*, México, Guaranía, 1954, p. 7.

Sarmiento: liberalismo e historicismo romántico

En 1845 aparece en Chile la primera gran pintura literaria del caudillismo sudamericano: *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento. Tras una primera publicación por entregas en forma de folletín de *El Progreso*, periódico que el mismo Sarmiento dirigía en Chile, el texto vio la luz en un volumen que llevaba el largo título de *Civilización y barbarie. Vida de Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*.

Sarmiento pertenecía a la “generación de 1837” no solo por razones de edad, sino también de lecturas e ideología. Con esa denominación se conoce en la historia intelectual y literaria de la Argentina al círculo de jóvenes, universitarios en su mayoría, que en Buenos Aires animó el Salón Literario en 1837, para dar vida después a la Asociación de la Joven Argentina —una sociedad secreta que orientaba el escritor Esteban Echeverría—. Buenos Aires, que había sido el centro animador de la revolución independentista, contaba con una universidad desde 1821 y constituía la sede principal del saber ilustrado en la sección rioplatense de Hispanoamérica. A través de aquel grupo las doctrinas del Romanticismo encontraron eco y aclimatación en el país. Hijo de familia modestísima, Sarmiento había nacido en San Juan, una provincia alejada del foco de Buenos Aires. No obstante, con pocos años de educación escolar, pero ávido de lecturas, conocerá las nuevas ideas del saber romántico algo más tarde. Tras una reyerta con seguidores del gobernador de San Juan se exilió en Chile, donde un artículo afortunado le abrirá las puertas del periodismo y no tardará en hacerse de una reputación en la prensa del país vecino.

Facundo, el libro que lo hará famoso, encerraba una intención política. Tenía en la mira desacreditar a Juan Manuel de Rosas, al régimen que el poderoso jefe rural había establecido en la provincia de Buenos Aires y, más en general, a enjuiciar la hegemonía de los caudillos en la vida política de su país. Pero el autor quería que su crítica fuera más que un panfleto, que el escrito reflejara también doctrina, estudio, meditación, sin renunciar, por otra parte, a los encantos de la escritura literaria. En suma, *Facundo* es un texto mezclado, híbrido, se diría hoy, cuando el análisis cultural le ha quitado al término híbrido su acepción negativa.

La explicación sarmientina de la supremacía de los caudillos remitía a un escenario, el de las extensas llanuras poco pobladas que albergaba el territorio de la futura República Argentina, el “desierto”, y a un proceso histórico que se remontaba al tiempo de la colonización española. Dos sociedades —la de la campaña y la de las ciudades— van a formarse y desarrollarse en el espacio sobre el que se establecerá más tarde el Virreinato del Río de la Plata. En la llanura extensa y poco habitada, en la que durante largo tiempo se cruzaron indios y españoles, se había forjado ya en los años de la Colonia un modo de vida distinto al de los núcleos urbanos. Primitivo, expuesto a la presión inmediata de la naturaleza y al arbitrio de la fuerza, alejado de la ley y de las ideas de la ciudad, el modo de vida de la campaña pastora había engendrado sus costumbres y sus tipos sociales. Era el mundo del gaucho. El saber, las destrezas, así como los valores de los habitantes de este mundo elemental, nos dice Sarmiento, eran los requeridos por las faenas rudimentarias de la estancia ganadera y una vida sometida permanentemente al peligro. Lo que producía nombradía en el llano eran las habilidades estimadas por los gauchos y las pruebas de coraje físico. Este era el ambiente de la *barbarie*, un término que, en el lenguaje ideológico de la época, implicaba tanto una idea como una invectiva. La antítesis del escenario bárbaro es la ciudad: “Allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos

cultos”.⁷ La ciudad era el ámbito de las leyes y de las doctrinas, el núcleo de la *civilización* europea rodeado por la naturaleza americana –la pampa, el desierto–.

Hasta el comienzo del movimiento independentista (1810), indica Sarmiento, coexistieron en el territorio de la futura Argentina estas dos formas de asociación humana. Ambas permanecieron indiferentes una de otra hasta que la Revolución de 1810 las puso en activo contacto. La revolución de la ciudad, impulsada por las ideas europeas –libertad, progreso, gobierno de la ley– movió, a su vez, a la campaña y esta introdujo un elemento extraño, un “tercer elemento”, irreductible a los términos de una oposición entre progresistas y conservadores –el antagonismo propio de la revolución europea en la visión de Sarmiento–. Sobre el fondo de esta imagen de las dos sociedades en presencia, que desde la Revolución ya no se ignoran mutuamente, expone la clave que, a sus ojos, echaba luz sobre las convulsiones argentinas. El movimiento revolucionario activó una doble lucha: la guerra que las ciudades libraron contra el orden español, buscando abrir paso al progreso de la civilización europea, por un lado; por otro, la que emprendieron los caudillos, representantes del espíritu de la campaña, contra las ciudades. El objeto de esta otra guerra no era poner fin a la autoridad española, sino a toda autoridad regular y a todo ordenamiento civil. Para la campaña, la Revolución solo fue la oportunidad para desplegar, en un escenario más vasto que el de la pulpería, los hábitos, las tendencias, todo lo que en su ámbito era hostil al espíritu civilizado de la ciudad.

La campaña acabará por imponerse a las ciudades y el espíritu de la barbarie americana triunfará sobre la civilización. De acuerdo con Sarmiento, el caudillismo constituía una herencia de la crisis que trajo aparejada la independencia, un legado que esta había transferido a la etapa que la sucedió. La narración de la vida de Facundo Quiroga, que ocupa la segunda parte de la obra, se inscribía en ese marco interpretativo. La biografía del caudillo enlazaba en un destino, a la vez singular y representativo, los elementos discontinuos y dispersos de una historia colectiva. En la carrera de Facundo Quiroga (su carácter, su forma de hacer la guerra, su estilo de gobierno), Sarmiento representará los rasgos que consideraba típicos del caudillo: coraje, astucia, arbitrariedad, ascendiente sobre los sectores plebeyos, crueldad. El relato transmitía a la vez reprobación y fascinación por el “personaje histórico”.

La trayectoria de Quiroga concluía con su asesinato en una emboscada cuya preparación y desenlace el escritor evoca con maestría en el capítulo titulado “Barranca Yaco”. En los dos últimos capítulos de su obra, Sarmiento emplea su pluma en la execración de Rosas y su régimen; en vapulear a los viejos unitarios por inoperancia; en el elogio de la generación de 1837, y en la crítica a la actitud de Francia e Inglaterra, que evitan involucrarse en las guerras intestinas sudamericanas y no dan apoyo a aquellos que, en estos países, defendían los principios de la civilización europea. Sarmiento, sin embargo, no desesperaba. Halla que el mal que significaba Rosas había engendrado un bien: le dio unidad a un país invertebrado y enseñó a sus habitantes a obedecer. Los intereses adversos al tirano se multiplicaban, su caída no estaba lejana. Entonces, a orillas del Río de la Plata se abrirían paso la civilización y el progreso: la inmigración europea debía ser uno de sus motores.

Digamos, antes de dejar el libro de Sarmiento, que después del *Facundo* la representación dramática de las relaciones entre la ciudad y el campo ya no abandonaría el pensamiento social y político hispanoamericano. Un libro poderoso, observará Pedro Henríquez Ureña en *Las*

⁷ *Ibid.*, p. 28.

corrientes literarias en la América Hispánica. Facundo, subrayaba, “ha sido la obsesión de muchos lectores cuya preocupación esencial es el problema de las causas y los remedios de los males que ha padecido y padece la América española”.⁸ Desde los comienzos del siglo xx, sin embargo, se abrían paso en la ensayística hispanoamericana otras interpretaciones del caudillo. Este ya no representaba el mal –al menos, no solo el mal–, sino el remedio a males igualmente propios de estos países. Los caudillos, al menos algunos de ellos, ya no eran lo contrario del progreso: lo hacían posible.

Del caudillo de la revuelta al caudillo del orden

Entre 1900 y 1902 se publicó en México una obra colectiva de dos tomos en tres volúmenes (el primer tomo tenía dos volúmenes), *México: su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana*. Se la considera la expresión mayor de la historiografía porfiriana. Como “director literario” figuraba Justo Sierra, quien también hacía su contribución a la obra con dos ensayos –“Historia política” y “La era actual”–. El plan de *México: su evolución...* había sido ideado por Sierra y el Gobierno de Porfirio Díaz se había encargado de su financiación.⁹

Casi cuatro décadas después Alfonso Reyes entresacó de aquella obra los dos capítulos de Sierra y los editó en un volumen bajo el título con el que llega hasta nuestros días: *Evolución política del pueblo mexicano*. Todos los mexicanos veneran y aman la memoria de Justo Sierra, afirmó Reyes en el prólogo de la nueva edición de los ensayos. Situaba a su compatriota en la fila de los que consideraba nombres insignes de la inteligencia hispanoamericana: Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí.

Abogado, poeta y cuentista, periodista, educador, político, historiador y dueño de una excelente prosa, Sierra integró el grupo de los llamados “científicos”, que ejercerá el papel de *intelligentsia* en el poder, sobre todo en las últimas dos décadas del porfiriato. La denominación de “científicos” provenía del reclamo que hizo el grupo desde su ingreso en la vida pública mexicana: que los problemas nacionales y las políticas para resolverlos fueran encarados con criterios científicos o positivos. Hacían suyo el esquema comteano de los tres estadios progresivos recorridos por el espíritu humano en orden al conocimiento –“teológico”, “metafísico” (o abstracto) y “positivo” (o científico)– y juzgaban a sus adversarios, los liberales republicanos o doctrinarios, como políticos y publicistas todavía prisioneros de una concepción metafísica de la vida social. A los ojos de los “científicos”, ese liberalismo abstracto y de raíz jacobina, que fomentaba la agitación política y la revolución constante, podía haber sido apto para la destrucción de un orden, pero no para fundar un orden nuevo, el que requería el mejoramiento y el progreso de la nación mexicana. El diario *La Libertad*, aparecido en enero de 1878 y que al comienzo llevaba como título complementario el de *Periódico Científico y Lite-*

⁸ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1949], p. 136.

⁹ En un ensayo publicado en 1889, “México social y político. Apuntes para un libro”, Sierra había trazado lo que podríamos considerar el boceto de la obra colectiva que aparecería un año más tarde. Recojo este escrito de Justo Sierra, *Ensayos y artículos escogidos*, México, Conaculta, 2014.

rario, fue la tribuna de expresión de esa prédica (poco después lo reemplazarían por el subtítulo de *Periódico liberal-conservador*).¹⁰

Los “científicos” no habrán sido más de cincuenta, calcula Luis González y González, y “los importantes” solo unos veinte. “Fue aquel un equipo de licenciados, tribunos, maestros, periodistas y poetas”.¹¹ Una minoría urbana ilustrada. Algunos de sus miembros provenían de familias pudientes (era el caso de José Yves Limantour o el de Justo Sierra), otros de una clase media modesta. En la historia intelectual mexicana se considera a esta promoción de hombres cultivados la tercera y última generación positivista.

Sierra, observa Álvaro Matute, “era un excelente lector de historia mexicana y universal”.¹² Desde 1877 –y durante varios años– fue profesor de historia en la Escuela Nacional Preparatoria, el instituto de enseñanza media creado en la ciudad de México bajo el Gobierno de Benito Juárez. En ejercicio de esa cátedra redactará entre otros textos para los estudiantes un *Compendio de historia de la Antigüedad*. La voluntad de docencia, uno de los rasgos salientes de su acción pública, alienta también los dos ensayos que componen su *Evolución del pueblo mexicano*. Se trataba, en este caso, de conjugar una síntesis de la historia mexicana con la intención de ofrecer a su pueblo una conciencia de sí mismo. Un objetivo de conocimiento y una intención cívica. Condición de esa conciencia era que el pueblo mexicano, que se había gestado en el cruzamiento de dos grupos raciales –el de los pueblos indígenas y el de los conquistadores europeos–, se aviniera con su pasado. Pero la conciencia nacional en que pensaba debía tramarse con la verdad histórica, una verdad que se desprendiera de los hechos. El precepto lo había fijado ya en el ensayo en que trazó las líneas generales de la obra colectiva que lo tendrá como “director literario” y en la que colaboraría con sus dos estudios históricos. En ese ensayo se lee: “Por respeto a nuestro país y a nuestra dignidad nos hemos creído obligados a ser sinceros, a no ocultar nada, a no engañar a nadie”.¹³

En su *Historia de las historias de la nación mexicana*, Enrique Florescano elogia la labor de Sierra (“una síntesis magistral”), pero inscribe la perspectiva integradora de la historia de México que rige *La evolución política del pueblo mexicano* en un modelo precedente, un “canon” de la historia nacional orientado a reconciliar los diferentes pasados del pueblo mexicano. Esa pauta la había inaugurado *México a través de los siglos*, fruto de una labor colectiva que dirigió el político y escritor liberal Vicente Riva Palacio y que se publicaría en cinco volúmenes entre 1884 y 1889. Esta obra, observa Florescano, “tuvo la virtud de integrar en un discurso que unía la antigüedad prehispánica con el virreinato, y a ambos con la guerra de la Independencia, los primeros años de la República y el movimiento de la Reforma”.¹⁴

Hay que decir, de todos modos, que a Sierra no le interesó únicamente reconciliar al pueblo mexicano y sus élites con sus diferentes pasados, sino reconciliarlo también con su presente, con el México que tenía a su cabeza al caudillo Porfirio Díaz. Ese va a ser el objeto principal del segundo de sus ensayos, “La era actual”, el texto que iba a suscitar mayor empuje en los numerosos lectores que tendrá Sierra, muchos de los cuales han elogiado (o elogian

¹⁰ Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991, p. 66, n. 25.

¹¹ Luis González y González, *Alba y ocaso del porfiriato*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 22.

¹² Álvaro Matute, “Estudio introductorio” a Justo Sierra, *La evolución política del pueblo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 15.

¹³ Justo Sierra, “México social y político. Apuntes para un libro”, en Sierra, *Ensayos*, p. 167.

¹⁴ Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Alfaguara, 2002, p. 353.

actualmente) varios aspectos de la vida pública de su autor, e incluso el primero de los ensayos de *Evolución política del pueblo mexicano*.

Los caudillos y los caciques político-militares ciertamente pululan en el primer ensayo. Dicho con más precisión, en la tercera parte, la que Sierra consagra a la evolución de la entidad política que iba a surgir del proceso independentista puesto en marcha por Hidalgo en 1810. Constituye la sección más larga y más dramática de la narración. Ese tramo, que comienza con la ruptura del lazo de dependencia con España y el establecimiento del breve imperio de Iturbide (1821), se caracteriza por la inestabilidad y los pronunciamientos, las revueltas militares, el enfrentamiento entre facciones políticas rivales y los desgarros de la guerra civil. A lo largo de ese turbulento trayecto los partidos asumieron diferentes nombres (*centralistas* y *federales*, *yorkinos* y *escoceses*, *liberales* y *conservadores*) y operaron como vehículo de una pugna que sería constante entre monárquicos y republicanos. La transición entre gobierno colonial y gobierno propio había sido muy brusca, comenta Sierra al reflexionar sobre aquello que narraba: “Debían pasar años y años antes de que el temblor de la tierra cesase y la República adquiriese asiento por medio de la transformación radical de su modo de ser económico”.¹⁵ El mal estaba en las cosas.

En esa larga etapa de luchas facciosas, militarización y guerras intestinas, con pocos remansos de paz, México perderá gran parte de su territorio a manos de la ambiciosa república del norte, los Estados Unidos, que sacó provecho de las divisiones del vecino. En el relato que Sierra compone de la época, si alguien encarna la figura del caudillo como agente histórico pernicioso, ese hombre es el general Antonio López de Santa Anna, amado por sus tropas e idolatrado por el pueblo. Santa Anna da personificación al caudillo irresponsable, un cabecilla que a lo largo de muchos años entra y sale de escena, pero siempre regresa, a veces con bandera federal, otras como centralista, por lo general vitoreado. Su último avatar fue el de dictador de México en ese desafortunado tiempo. El retrato que hace de él recuerda las descripciones denigrantes que eran proverbiales en las élites culturales hispanoamericanas:

El general Santa Anna era un hombre que tenía la cantidad de inteligencia que se necesita para procurar todo su desarrollo a la facultad compuesta de disimulo, perfidia y perspicacia que se llama “astucia” [...] Vanidoso como un mulato, era sumamente accesible a la adulación, y el incienso lo mareaba y ensobrecía, hasta inflarlo como a un sultán africano; sin principios de ninguna especie, gozando de prestigio inmenso entre la tropa, que lo sentía suyo, ajeno a la ciencia militar, pero capaz de acometer cualquier empresa política o guerrera sin tener para ella más cualidades que las de comunicar su fuego al soldado, arrostrar impávido el peligro y despreciar toda precaución.¹⁶

México conoció dos revoluciones (“dos aceleraciones violentas de su evolución”), interpreta Sierra. La primera llevó a la emancipación de España; la segunda, que nació de un pronunciamiento militar (Ayutla, 1854) contra la dictadura de Santa Anna, conducirá a las leyes de Reforma y a la constitución liberal sancionada a comienzos de 1857. Las leyes reformistas

¹⁵ Justo Sierra, *La evolución política del pueblo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, pp. 202-203.

¹⁶ *Ibid.*, p. 217.

significaban la emancipación de la sociedad colonial que sobrevivía en el México independiente. Pero la hora de la paz no llegaría aún. A la guerra civil que nació de la reacción conservadora contra las leyes de Reforma y la constitución liberal siguió la guerra que desató la intervención militar de Francia en la pugna mexicana. Intromisión francesa con la complicidad del partido conservador. El sueño de restaurar la monarquía, que animaba a los conservadores, se reunió con el sueño de Napoleón III por fundar un vasto imperio “latino” que tendría a Francia como cabeza. La coronación de Maximiliano de Habsburgo como emperador de México y el respaldo de cuerpos militares franceses al monarca ungido reflejaron la alianza de esas dos ilusiones. Después de una guerra de tres años las tropas mexicanas derrotaron a las francesas y Maximiliano fue capturado y fusilado. “Con el Imperio, con la guerra que fue llamada ‘guerra de la segunda independencia’, concluye el gran período de la revolución mexicana, en realidad iniciado en 1810, pero renovado definitivamente en 1857.”¹⁷ Nación mexicana y república se volvieron indisolubles. La figura insigne de la empresa que consagró el triunfo de la república fue Benito Juárez. Sierra admiraba en ese hijo de familia aborigen la perseverancia (una virtud que atribuía a la raza nativa), sus principios liberales y su condición de político pragmático, realista.

El triunfo del partido liberal y la anuencia mayoritaria en cuanto al carácter republicano del régimen político parecían augurar el tiempo en que la era militar cedía paso a la era industrial, para decirlo con las nociones de Spencer que Justo Sierra hacía propias. El partido conservador había desaparecido. La evocación que hace el historiador en “La era actual” nos deja ver, sin embargo, que la labor era enorme y tenía varios frentes. A las urgencias de un país que debía transformar su estructura económica y se hallaba endeudado y sin crédito exterior, se le planteaba al gobernante un problema no menos perentorio: ordenar los cuerpos armados que habían salido victoriosos en la lucha contra la intervención francesa. Para esas tropas y sus oficiales había que establecer un centro de autoridad, empeño que no sería trabajo de un día. En fin, Sierra consigna igualmente el peligro que representaban para la nación mexicana las ambiciones del vecino norteamericano. Los primeros pasos reformadores se dieron bajo el gobierno de Juárez, cuya muerte dejaría trunca la obra iniciada. La nueva era comienza con su muerte, nos dice Sierra. El sucesor de Juárez en la presidencia, Lerdo, prosiguió en el Gobierno la orientación de su antecesor, pero su propósito de ser reelegido desató una revuelta, la Revolución de Tuxtepec (1876), contra esa intención, a la que se condenaba por anticonstitucional. A la cabeza del movimiento se hallaba un caudillo, el general Porfirio Díaz.

Díaz, observa Sierra, era un jefe a la vez temido y popular. Había sido uno de los héroes de la guerra contra los franceses, compitió con Juárez y Lerdo en la liza electoral y en 1871 se opone a la reelección de Juárez. Seis años más tarde triunfó con las armas como abanderado del Plan de Tuxtepec. Poco después será electo presidente. A los ojos de Sierra, el jefe triunfante iba a mostrar durante el largo período en que tendrá el control del poder que el caudillo militar podía convertirse en caudillo político de la nación. “El verdadero deseo del país [...] era el de la paz”. Díaz supo interpretarlo: “Sobre ese sentimiento bien percibido, bien analizado por el jefe de la revolución triunfante, fundó este su autoridad; ese sentimiento coincidía con un propósito tan hondo y tan firme como la aspiración nacional: hacer imposible otra revuelta

¹⁷ *Ibid.*, p. 364.

general”.¹⁸ Dos virtudes de la personalidad política de Porfirio Díaz destaca Sierra: se tomaba su tiempo en meditar sobre los asuntos a zanjar, pero era rápido en la resolución. Se preguntaba el historiador si ese rumiar lento no era una característica del mestizo, dado que Díaz provenía de la “familia mezclada a que pertenecemos la mayoría de los mexicanos”.¹⁹ El prolongado dominio de este caudillo no solo trajo la paz, sino también la transformación económica de México, el progreso que, a fin de cuentas, era lo único que terminaría definitivamente las revueltas constantes y la guerra civil.

¿No era autoritario el régimen de Porfirio Díaz? Sierra no lo niega, lo justifica:

[...] para que el presidente pudiera llevar a cabo la gran tarea que se imponía, se necesitaba una máxima autoridad entre las manos, no solo de autoridad legal, sino de autoridad política que le permitiera asumir la dirección efectiva de los cuerpos políticos; cámaras legisladoras y gobiernos de los estados; de autoridad social, constituyéndose en supremo juez de la sociedad mexicana con el asentimiento general, ese que no se ordena sino que solo puede fluir de la fe de todos en la rectitud a quien confía la facultad de dirimir los conflictos.²⁰

Sierra admite que la personalización del poder y su manifestación en la presidencia vitalicia del caudillo podían recibir los nombres de “dictadura social” o de “cesarismo espontáneo”. Pero lo importante a su juicio es que el de Díaz no era un poder que se elevaba sobre un país que decaía, sino un poder que “se ha elevado en un país que se ha elevado proporcionalmente también, y elevado, no solo en el orden material, sino en el moral, porque ese fenómeno es hijo de la voluntad nacional de salir definitivamente de la anarquía”.²¹ ¿Implicaba este juicio de Sierra la renuncia al proyecto de la república liberal? Valiéndonos de una conocida fórmula de Juan B. Alberdi, podríamos decir que el régimen de Porfirio Díaz representaba para Sierra la “república posible”, y que las transformaciones económicas y sociales que experimentaba México preparaban al país para la “república verdadera”.

Caudillos bienhechores

Del sur de América a México, buena parte de la generación de escritores que surgió a la vida literaria a comienzos del siglo xx fue “arielista”. Habían leído y discutido el *Ariel* (1900), el ensayo del uruguayo José Enrique Rodó, y se habían identificado con su mensaje idealista, un mensaje expresamente destinado a la juventud de la América hispánica. Si bien la autoridad intelectual y moral de Rodó gravitó sobre una amplia franja de los recién llegados, a quien se ha considerado como heredero o discípulo favorito del maestro es al peruano Francisco García Calderón.²² Varios de los temas que García Calderón desarrollará en sus ensayos americanistas estaban ya en *Ariel* (latinismo, crítica de la cultura utilitaria, aceptación más resignada que

¹⁸ *Ibid.*, p. 393.

¹⁹ *Ibid.*, p. 397.

²⁰ *Ibid.*, p. 401.

²¹ *Ibid.*, p. 403.

²² Emir Rodríguez Monegal, “América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 417, marzo de 1985.

entusiasta de la democracia, reprobación de la tendencia a imitar comportamientos y valores de la América del Norte). Pero la labor del escritor peruano no iba a limitarse a la de glosar e ilustrar las ideas del maestro. Él tenía vuelo propio.

Hijo de una familia socialmente acreditada, Francisco García Calderón nació en 1883 en Valparaíso. Era el primogénito y le dieron el mismo nombre que su padre. Este, que era jurista de nota y hombre cultivado, había ejercido la presidencia provisional del Perú durante la guerra del Pacífico. Como consecuencia de esa guerra se hallaba prisionero y confinado en aquella ciudad-puerto chilena. Solo en 1886 la familia pudo regresar a Perú, donde el doctor Francisco García Calderón sería saludado como un héroe. Cuando llegue la hora escolar para los hijos, el padre se preocupará porque ellos reciban la educación más esmerada. Después de pasar por las aulas de un colegio de sacerdotes franceses de reciente creación, el Colegio de la Recoleta, en 1901 el joven Francisco se inscribió en la Universidad de San Marcos, de donde egresaría dos años después con el título de doctor en Letras. A la muerte del padre en 1906, la familia decide radicarse en Francia. Francisco viajará a la meca intelectual que era París con un cargo diplomático que le proveerá la base de su sustento. Para entonces ya contaba con la publicación de un libro, *De Litteris* (1904), que llevaba un laudatorio prólogo de Rodó, y varios artículos que le granjeaban un temprano nombre en el ambiente literario.

En París, donde ha de residir por varias décadas, García Calderón buscará hacer una carrera literaria: escribe artículos y libros (algunos de ellos en francés), sigue cursos, entabla relaciones con hombres de pluma, hispanoamericanos unos, europeos otros. En 1912 comienza a editar en la capital francesa la *Revista de América*, cuya publicación se verá interrumpida por la Gran Guerra.²³ “Diversos signos revelan que la América Latina va a entrar en una nueva etapa saludable”, escribía García Calderón en el editorial en que presentaba la nueva revista. El espíritu del periódico no sería testigo pasivo de ese nuevo curso: “Preparemos, por la unión de los elementos intelectuales, la gloriosa epifanía. Tal es el objeto de esta revista”. Ella se proponía “agrupar a los escritores iberoamericanos, sin parcialidades de cenáculo, sin celos de región, en amplia confraternidad, en tenaz propaganda de cultura”. Habían aceptado ser parte de la empresa las mejores plumas del subcontinente, resalta García Calderón. “Pertenece esta revista a la *élite* intelectual de ultramar.”²⁴

Ese mismo año, el escritor peruano publicará *Las democracias latinas de América*, que apareció originalmente en francés (*Les démocraties latines de l'Amérique*), en la colección que dirigía Gustave Le Bon, Bibliothèque de philosophie scientifique para la editorial Flammarion.²⁵ Le Bon se hallaba en el apogeo de su fama de *savant*, psico-sociólogo de las multitudes, y no aceptó fácilmente incorporar la obra de García Calderón a su colección. Hubo necesidad de mediaciones, entre ellas la de Raymond Poincaré, que era miembro de la Academia Francesa, presidente del Consejo de Ministros (muy pronto será presidente de la República), quien escribirá una elogiosa presentación del libro. Al año siguiente el ensayo de García Cal-

²³ Véase el informado artículo de Margarita Merbilhaá, “Emergencias de la mediación intelectual. La *Revista de América* (París, 1912-1914) y la red de escritores latinoamericanos en Europa a comienzos del siglo xx”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 44, 2015.

²⁴ Francisco García Calderón, “Un acto de fe: La *Revista de América*”, en F. García Calderón, *América y el Perú del novecientos. Antología de textos*, compilación, introducción y notas de Teodoro Hampe Martínez, Lima, Universidad Nacional de San Marcos-COFIDE, 2003, p. 93.

²⁵ Sobre Le Bon y su colección en Flammarion, véase Benoît Marpeau, “Les stratégies de Gustave Le Bon”, *Mille neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, n° 9, 1991.

derón conocía ya una traducción al inglés y otra al alemán.²⁶ La versión en castellano, sin embargo, tardará muchas décadas en llegar. Cabe pensar que esa “élite de ultramar” a la que la *Revista de América* buscaba reunir y expresar era destinataria privilegiada de la obra, una élite para la cual el francés era la lengua de la cultura.

Hay dos Américas, dice García Calderón en su prólogo a *Las democracias latinas de América*, retomando una afirmación de Paul Bourget. La América del Norte, sajona, industrial, de espíritu imperialista, cuya potencia admiraba el mundo. Al sur se extendía otra América, una América de alma latina. Había llegado la hora, declara el escritor peruano, “de estudiar a estos pueblos, su evolución, sus progresos, si no queremos aceptar de rondón y sin discusión, que los Estados Unidos son en América el único foco de civilización y de energía”.²⁷ La cuestión de la raza, sea al referirse al pueblo conquistador o a los pueblos conquistados, a la lucha por la independencia o a las guerras civiles que siguieron a la independencia, como categoría de análisis o como preocupación, es un motivo continuo en el examen de García Calderón. En la sección final de la obra, dedicada a los problemas de las repúblicas hispanoamericanas, el de la raza es uno de ellos: “El indio predomina y las democracias latinas son mestizas o indígenas. La clase dirigente adoptó los usos y costumbres y las leyes de Europa, pero el grueso de la población es quechua, aymara o azteca”.²⁸ Persistente es también la tesis de que en la evolución política de las repúblicas latinas obró igualmente otra pugna, la que oponía una plebe, compuesta sobre todo por mestizos y mulatos, a los de arriba, la oligarquía. Resume esta idea García Calderón en la apertura del capítulo dedicado a la Independencia: “Los criollos instituyeron la nacionalidad; los mestizos crearon luego la democracia contra los oligarcas. Estas son las dos fases de una gran revolución”.²⁹ El antagonismo no había desaparecido todavía, dirá más adelante: “La oligarquía conservadora y la democracia mestiza son tan antagónicas en Uruguay como lo son en Venezuela y México”.³⁰

En esa confluencia de lucha de razas y lucha de clases el autor va a insertar la acción de los caudillos, al menos de los que elige como representativos. A ellos está consagrado el libro II de la obra, *Los caudillos y la democracia*, cuyo argumento central se resumía en las pocas líneas de la introducción: “El espíritu nacional se concentra en los caudillos, jefes absolutos y tiranos bienhechores. Dominan por el valor, el prestigio personal y la audacia agresiva. Se parecen a las democracias que los desafían”.³¹ En el análisis de García Calderón aparecen esquemas que remiten al *Facundo* de Sarmiento, como la antítesis entre la ciudad y el campo –una antítesis que el escritor peruano traduce en la oposición entre la costa y la sierra en el caso de Perú y el de Bolivia–. Algo semejante puede decirse de la contraposición entre el ambiente propio del liberalismo y las ideas nuevas, que es la metrópoli, y el ambiente de las posiciones conservadoras, el de la llanura o el de la serranía. Pero el juicio sobre los caudillos no es el de Sarmiento.

¿Cuáles son los rasgos que resalta García Calderón de esos “tiranos bienhechores”? La mayoría de ellos eran mestizos y, en general, no congeniaban con los doctores (“Aborrecía a

²⁶ Véase la cuidadosa cronología que acompaña a la edición en español de la obra, traducida por Ana María Jullian, *Las democracias latinas en América. La creación de un continente*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

²⁷ *Ibid.*, p. 5.

²⁸ *Ibid.*, p. 196.

²⁹ *Ibid.*, p. 25.

³⁰ *Ibid.*, p. 67.

³¹ *Ibid.*, p. 49.

los letrados, los jueces y los ideólogos”, escribe refiriéndose al venezolano Páez). Pero en el análisis del escritor peruano el papel de esos jefes autocráticos y de poder ilimitado no es el de agentes de la revuelta permanente en las repúblicas hispanoamericanas. Por el contrario, de Páez a Rosas, pasando por Guzmán Blanco y el general Ramón Castilla, la actuación del “hombre fuerte” es la de restaurador del orden. Más todavía: en el ejercicio del gobierno, esos jefes rudos, provistos de una visión política realista y sin afecto por los ideólogos, no solo se mostraron como buenos administradores sino que estimularon el progreso económico. Después de veinte años de revoluciones, escribe al destacar la gestión del general Castilla en el Perú, “su Gobierno inició una nueva etapa de estabilidad administrativa durante la cual se desarrolló el comercio y aumentaron los ingresos ya que nuevas riquezas, el salitre y el guano, transformaban la vida económica del país”.³² ¿Qué dice García Calderón de la acción del caudillo boliviano Andrés Santa Cruz? “Fue como García Moreno y Guzmán Blanco, un civilizador”.³³ La política de Rosas, quien no era mestizo, también es objeto de enaltecimiento: “Gauchos negros lo apoyaron y con la ayuda del pueblo subyugó a las clases dirigentes. Unificó destruyendo los privilegios sociales e invirtiendo el orden en jerarquías en la ciudad aristocrática y unitaria”.³⁴ Este Rosas no era el de Sarmiento, obviamente. Era el caudillo rehabilitado por el historiador argentino Ernesto Quesada en *La época de Rosas* (1899). Porfirio Díaz, en fin, a quien García Calderón menciona no solo al referirse a la experiencia mexicana, integra igualmente el elenco de los grandes caudillos de la América hispana.

En el capítulo “El problema político”, parte final del libro VII, el último en que se divide la obra, el autor vuelve sobre la cuestión de las autocracias en los países que se hallan al sur del Río Bravo. En las democracias latinas lo que cuenta no son las cartas constitucionales, sino el caudillo, que es el eje de la vida política real. La herencia étnica de los pueblos conquistadores como de los conquistados se halla en la base de ese sistema de autoridad. En el caudillo “los caracteres medios de la nación, sus vicios, y sus cualidades están mejor definidos, más acentuados: obedece al instinto y a las ideas fijas; no concibe ideal alguno; es imprescindible y fanático”.³⁵ Y la matriz caudillista lleva al presidencialismo hispanoamericano: “En la persona del presidente de estas democracias reside toda la autoridad que ordinariamente corresponde a los funcionarios públicos [...] Los Congresos le obedecen; interviene en el curso de las elecciones y obtiene las mayorías parlamentarias que le convienen”.³⁶ Los partidos políticos no son partidos de ideas, sino partidos personalistas, es decir, partidos que no se ordenan en torno de programas, sino de caudillos.

Podría decirse que García Calderón describía los rasgos de lo que hoy llamaríamos una cultura política. ¿Se resignaba a los hechos? A medias. Confiaba en los efectos reformadores del desarrollo económico social, en los cambios que acarrearía el pasaje irrevocable de la época militar a la época industrial en los países de la América Latina. Estas transformaciones llevarían a la formación de las clases y los intereses que podían dotar de cimiento a otra vida cívica, la de los países guías de Europa. Algo que veía plasmarse ya en las naciones del sur: Uruguay, Argentina, Chile. Menciona en apoyo de su argumento un escrito del argentino José

³² *Ibid.*, p. 57.

³³ *Ibid.*, p. 62.

³⁴ *Ibid.*, p. 73.

³⁵ *Ibid.*, p. 202.

³⁶ *Ibid.*

Ingenieros, que en las primeras décadas del siglo gozaba de gran prestigio como sociólogo. Ingenieros sostenía que en su país ya estaban gestándose partidos que reflejaban intereses y aspiraciones de clase. Pero no era esa todavía la situación del resto del subcontinente. “Fuera de las naciones australes, no se han formado todavía ni clases ni intereses sociales. Ninguno de los problemas que agitan a Europa (extensión del derecho del sufragio, representación proporcional, autonomía municipal) tienen allí importancia inmediata”. En esas naciones el Estado es el sostén de todo, “especie de providencia social de donde provienen la riqueza, la fuerza y el progreso”. En la América latina, “solo han sido útiles las constituciones que han reforzado el poder central contra la anarquía perpetua”. Mientras tanto, hasta que lleguen los cambios que puedan obrar como sustento de otra vida política, “los tiranos paternales son [...] preferibles a los demagogos”.³⁷ En suma, no había que sucumbir a la agitación de doctrinarios, que no hacía sino estimular la revuelta constante.

El gendarme de ojo avizor

Varios motivos expuestos por Sarmiento en el *Facundo* para explicar el surgimiento y la preeminencia de los caudillos reaparecen en las interpretaciones que sucedieron a esa obra en Hispanoamérica. Pero no era parte del repertorio de claves propuestas por Sarmiento, sin embargo, la visión de una pugna entre el realismo político del caudillo y la mentalidad abstracta y libresca de la minoría docta, entre esos poderosos jefes bárbaros que eran capaces de traer orden (por ende, de hacer posible el progreso) y los tribunos liberales cuyo medio habitual era la prensa y resultaban promotores de la agitación permanente. Este tema se hacía presente ya en el discurso de Justo Sierra y, claramente, según lo hemos visto, en García Calderón. La antinomia aflora también en el ensayo de Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*.

Descendiente de una familia de lustre –entre sus antepasados se hallaban altos funcionarios del régimen colonial y héroes militares de la Independencia–, Vallenilla Lanz había nacido en 1870 en el estado provincial venezolano de Barcelona.³⁸ Su infancia transcurre en un hogar de bibliotecas, lecturas y tertulias cultivadas. La política del país (y las guerras civiles entrelazadas con ella) es parte de la vida que lo rodea y de los percances familiares: con la política se halla ligado su padre, de orientación liberal federalista, como se ligarán después sus hermanos y, por supuesto, él mismo. Tras la terminación de sus estudios secundarios, Laureano Vallenilla Lanz se trasladó a Caracas para ingresar en la Universidad Central de Venezuela, donde se inscribe en la carrera de Ingeniería. Pero no tarda en advertir que no tiene inclinación por los estudios de ingeniería y, tras un corto período de desorden y bohemia, regresa a Barcelona en 1889. Inicia entonces una labor que ya no abandonará –la del periodismo– y una carrera en la que se mantendrá durante buena parte de su trayectoria, la de los puestos en la administración pública, para la cual no solo eran necesarias condiciones, sino también relaciones y tacto.

En 1898 Vallenilla Lanz se radica en Caracas. Allí prosigue el ejercicio del periodismo y se hace parte de la tertulia intelectual que funcionaba en la redacción de la revista *El Cojo*

³⁷ *Ibid.*, p. 206.

³⁸ Seguimos aquí el informado estudio que Nikita Harwich Vallenilla escribió como prólogo a Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

Ilustrado. Publicación quincenal excelentemente editada, *El Cojo Ilustrado*, aparecida algunos años antes, iba a convertirse en vehículo del modernismo literario y escritores de toda Hispanoamérica firmarían en sus columnas.³⁹ También integraban el círculo de amigos de la revista miembros de la inteligencia positivista venezolana.

Hacia 1903 el caudillismo de base regional, forma de hacer política que caracterizó la vida pública de Venezuela durante gran parte del siglo XIX, parece agotado. A la cabeza del Gobierno central se encuentra el general Cipriano Castro, que había derrotado a la revolución llamada “libertadora” en cuyas filas pelearon los dos hermanos de Laureano. Castro era el nuevo hombre fuerte de Venezuela. Una oportuna carta pública del escritor tuvo fortuna: no solo tendrá el efecto de conseguir la libertad de los hermanos detenidos, sino que le valdrá a su autor que el propio jefe de Estado le conceda un cargo consular en Europa. El escritor se establecerá en el Viejo Mundo durante cinco años, primero en París, donde hace cursos y estudios, después en Ámsterdam, finalmente en Santander. Cuando regresa a Venezuela, el general Juan Vicente Gómez se halla en ejercicio de la presidencia de la nación. Vallenilla Lanz se sumará al destacado grupo de pensadores y escritores públicos positivistas que colaborarán con Gómez durante su larga dictadura.⁴⁰

El compromiso político e intelectual de Vallenilla Lanz pesará en el juicio crítico, tanto en el de sus contemporáneos como en la estimación posterior, sobre la obra histórica del escritor, en particular sobre *Cesarismo democrático*. Sería imposible ignorar o pasar por alto los lazos de la acción pública del autor con el régimen de Juan Vicente Gómez. Ocupó diversos cargos durante el Gobierno de Gómez, al que en parte respaldó y justificó en la prensa y en alocuciones. Pero leer *Cesarismo democrático* solo con arreglo a esa perspectiva sería unilateral. Haría no solo del libro de Vallenilla Lanz, sino de la obra de toda la élite positivista venezolana del tiempo de Gómez una suerte de emanación, una especie de epifenómeno del gomecismo.

Vallenilla Lanz ambicionaba pensar el pasado y el presente de la sociedad venezolana de acuerdo con el saber y las categorías conceptuales de su tiempo. La aspiración no era desinteresada: al igual que para Comte, para Vallenilla Lanz se trataba de saber para prever y de prever para actuar. Como otros miembros del ambiente ilustrado de Venezuela (en realidad, de toda Hispanoamérica), identificaba ese saber con los modelos cognitivos que hoy reunimos bajo el término genérico de positivismo. Basarse en hechos y descubrir las leyes de esos hechos constituían criterios básicos de un conocimiento real, no ilusorio, un conocimiento positivo. Observación y razonamiento debían ir de la mano. ¿Quiénes eran los adversarios ideológicos de una empresa intelectual que se propusiera unir la observación científica con la política? La teología, el racionalismo de procedencia iluminista, la metafísica, respondían quienes proponían pensar con criterios positivos. La sociología, que desde las últimas décadas del siglo XIX era ya una disciplina embarcada en la investigación de los fenómenos sociales y que buscaba su identidad a través de orientaciones rivales, era parte del bagaje de Vallenilla Lanz. Al igual que las doctrinas de las razas como factor de la vida histórica.

³⁹ Gerald M. Moser y Hensley C. Woodbridge, “Rubén Darío y *El Cojo Ilustrado*”, *Revista Hispánica Moderna*, años 27 y 28, enero de 1961 y enero de 1962.

⁴⁰ Elías Pino Iturrieta, *Positivismismo y gomecismo*, Caracas, Alfa, 2016.

Cesarismo democrático está compuesto por varios ensayos que se entrelazan y en los que a menudo se vuelve sobre los mismos tópicos y las mismas tesis. La guerra de la Independencia era lo primero a estudiar sin prejuicios, alega en el comienzo de la obra, y dedica el primer ensayo de su libro a liquidar el relato establecido. Después de referir una serie de batallas y combates en los que aparecen criollos y peninsulares de los dos lados del enfrentamiento, extrae la conclusión: “En todo este largo período de cruentísima guerra yo no veo otra cosa que una lucha entre hermanos, una guerra intestina, una contienda civil y por más que lo busco no encuentro el carácter internacional que ha querido darle la leyenda”.⁴¹ ¿Y las batallas contra las tropas españolas? “La lucha entre patriotas y los españoles enviados expresamente de la Península a sostener la guerra no llena sino unas pocas páginas de nuestra historia. Los ejércitos de Morillo no podían de ningún modo enfrentarse, en un territorio y un clima como los nuestros, a aquellas montoneras heroicas, a aquellos formidables llaneros que atravesaban a nado ríos caudalosos cuando los europeos hacían menester puentes”.⁴²

Ahora bien, ¿qué resalta el autor al poner el foco sobre la composición social de los bandos? “Hasta 1815, la inmensa mayoría del pueblo de Venezuela fue realista o godo, es decir, enemiga de los patriotas”; “El pueblo que hostigaba a las tropas patrióticas no era español sino venezolano”.⁴³ ¿A qué ambiente pertenecían los patriotas? Al de las ciudades. La mayoría del pueblo estaba en los llanos. En el análisis de *Cesarismo democrático* reaparece el esquema del *Facundo* de las dos sociedades contrapuestas, la urbana y la rural; también la tesis de la “guerra social”. Pero en Vallenilla Lanz la pugna social tiene más relieve. Con un velo pudoroso, dice, “ha pretendido ocultarse siempre a los ojos de la posteridad este mecanismo íntimo de nuestra revolución, esta guerra social, sin darnos cuenta de la enorme trascendencia que tuvo esa anarquía de los elementos propios del país, tanto en el desarrollo histórico como en la suerte de casi toda América del Sur”.⁴⁴

Para Vallenilla Lanz, la guerra de Independencia fue la primera de las contiendas civiles que se librarían durante largas décadas no solo en Venezuela, sino en toda la América española. El sector que en su país había iniciado el movimiento independentista fue la aristocracia criolla, la clase elevada que disputaba la preeminencia social y política con los funcionarios de la administración colonial española. El baluarte de dicha aristocracia era el Cabildo y su ambiente las ciudades. Caracas y otros núcleos urbanos constituían el medio de circulación de los libros que ingresaban de contrabando por sus puertos, al igual que otras mercancías extranjeras. Así habían llegado al país las noticias de Europa y de las teorías que agitaban el Viejo Continente, principalmente las que procedían de Francia y de su revolución. Teorías, escribe Vallenilla Lanz, “que los criollos adoptaban sin examen y profesaban con entusiasmo; principios abstractos que tenían para estos el atractivo picante y estimulante de la prohibición, bebidos como néctar sabroso a la luz de una bujía, en el silencio profundo de la noche...”.⁴⁵ Ilustrados procedentes de esa minoría urbana, que era la clase que realmente tenía la primacía social –o sea, no los españoles que, por lo general, no eran de “clara prosapia”– proclamarían

⁴¹ Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, en *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 21.

⁴² *Ibid.*, p. 25.

⁴³ *Ibid.*, pp. 21-22.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 23.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 39.

“el dogma de la soberanía popular, llamando al ejercicio de los derechos ciudadanos al mismo pueblo por ellos despreciado”.⁴⁶

La lidia de la independencia no solo había entretejido una guerra civil con una guerra social, sino que esta misma guerra social comprendió también una guerra de razas, una “guerra de colores”. Vallenilla Lanz va a repasar todas las desigualdades y diferencias, tanto las que distanciaban a una clase social de otra, como las que trazaban las líneas que separaban las castas. Quienes en las filas de la aristocracia urbana se entregaron al ensueño del racionalismo abstracto pasaban por alto en sus discursos y en sus proyectos de república todas las distinciones y las jerarquías sociales que habían regido por siglos el orden colonial. El estado de anarquía, igualitarismo, violencia y saqueos que desató el proceso de la independencia se hallaba en el origen del caudillismo y daba razón del papel del caudillo. “Los bandidos no pueden someterse sino a la fuerza bruta, y del seno de aquella inmensa anarquía surgirá por primera vez la clase de los dominadores: los caudillos, los caciques, los jefes de partido”.⁴⁷ También la causa patriota cambió de carácter: si de 1810 a 1814 ella no fue una causa popular, comenzará a contar con el respaldo del pueblo bajo cuando un caudillo surgido de sus filas se ponga a la cabeza de esa causa, el general Antonio Páez. Al igual que Artigas, dice nuestro autor, Páez era el caudillo de un pueblo llanero. Y en la nación incipiente que era su país, Páez llegaría a ser “un verdadero hombre de Estado”.⁴⁸

La turbulenta historia de Venezuela acarreará la elevación de otros jefes autocráticos, pero también representativos –como Páez– e igualmente surgidos de “las entrañas profundas de la revolución”. Cuando “la anarquía, removiendo hasta las más bajas capas sociales, abrió a los más valientes el camino de la ascensión militar y política, acogiéndose instintivamente a la causa que habían proclamado los nobles”. La elección de la causa patriota era la más conveniente para los intereses de estos nuevos hombres fuertes, pues el restablecimiento del régimen colonial hubiera traído como consecuencia el regreso a las categorías subalternas y despreciadas del antiguo régimen. La causa de la patria ofrecía, en cambio, a quienes se apartaban de las filas realistas, la posibilidad de ascender en la escala, de hacer carrera, en primer término, la carrera de las armas.

En todos los tiempos y en todas las sociedades, aun en las más modernas, surge la necesidad del hombre fuerte, observaba Vallenilla Lanz, que citaba en su favor a Hyppolyte Taine: ese “gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira temor y que por temor mantiene la paz”.⁴⁹ Para el historiador-sociólogo venezolano la experiencia de casi toda Hispanoamérica no mostraba otra cosa. El caudillo había sido ese agente de conservación, orden e integración en ejercicio del poder con mano dura. La frase de Taine provenía de *Les Origines de la France contemporaine*, una obra de cabecera de gran parte de las élites cultivadas hispanoamericanas a comienzos del siglo xx. Hay motivos para pensar que la idea del título que Vallenilla Lanz dio a su libro más famoso procedía de Francia. El historiador italiano Arnaldo Momigliano conjetura que el término “cesarismo” se acuñó en Francia en torno de 1850 y que se empleó para referirse a Napoleón I, pero sobre todo a Napoleón III, en comparación expresa o implícita con Julio César, el César por antonomasia. Momi-

⁴⁶ *Ibid.*, p. 38.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 66.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 103.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 94.

gliano cita una definición de cesarismo del diccionario *Littre*: una “dominación de príncipes que alcanzan el gobierno por la democracia, pero investidos de poderes absolutos”.⁵⁰

Algunos temas del *Facundo*, como hemos visto, reaparecen en García Calderón y en Vallenilla Lanz. Pero el juicio general sobre el papel del caudillo ya no es el de Sarmiento; las claves de interpretación son otras. En la literatura hispanoamericana que seguirá en el siglo XX, sea la ensayística, la historiográfica o la de ficción, el tema del caudillismo en la región no desaparecerá. La nueva centuria será la de las grandes novelas de caudillos —*A la sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, *Yo el Supremo*, de Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, las más salientes entre ellas—. No desaparecerá tampoco el debate sobre aquello que expresaba la aparición en las lides políticas del gendarme popular: ¿cuál había sido la función de esos jefes en la historia de cada formación nacional? En algunos países antes, en otros más tarde, se abrirá paso la querrela revisionista contra la narrativa liberal que había predominado en la segunda mitad del siglo XIX. ¿Cómo hablar de Facundo Quiroga o de Juan Manuel de Rosas? El historiador Fernando Devoto señala que aun antes de la Primera Guerra Mundial, estas cuestiones dividían las filas de los historiadores argentinos.⁵¹ El impulso de revisión, hay que decirlo también, no tuvo en aquel tiempo ni tendrá en nuestros días una sola hermenéutica.

En fin, digamos al concluir este recorrido que la cuestión del cesarismo criollo ya no saldrá del campo de las interpretaciones de América Latina. En 1955 el ensayista uruguayo Carlos Real de Azúa hizo el elogio de *Cesarismo democrático*. No elogiaba la doctrina antiliberal, sino el valor historiográfico del libro de Vallenilla Lanz. Es un “espléndido libro de historia”, escribe, de una “historia profunda en la que, tal vez no por primera vez, pero sí de las primeras, se hace una interpretación social y clasista de las luchas de la Independencia”. A juicio de Real de Azúa, sin embargo, la cuestión del caudillo popular no remitía solo al trabajo de comprensión del pasado de nuestros países: el “cesarismo-democrático [...] apunta a una realidad política indiscutible de la que la más reciente historia americana nos da ejemplos numerosos”.⁵² No consigna a qué ejemplos se refiere, pero ¿cómo no pensar que tenía en mente experiencias que años más tarde serían denominadas populistas? Había un ejemplo que no podía ser más próximo, lo sucedido en la vecina orilla. Solo un par de meses antes de que publicara su artículo en *Marcha*, una alianza cívico-militar había derrocado a Perón, iniciando el fin de la Argentina justicialista. No es aventurar demasiado suponer que Perón y el régimen que había gobernado le proporcionaban al intelectual uruguayo la ilustración más reciente de esa reciente historia americana. □

Bibliografía

Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Florescano, Enrique, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Alfaguara, 2002.

⁵⁰ Arnaldo Momigliano, “Per un riesame della storia dell’idea de cesarismo”, *Revista Storica Italiana*, n° 68, 1956, p. 378.

⁵¹ Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 55.

⁵² Carlos Real de Azúa, “La historia del ensayo: el juicio y el lenguaje”, *Marcha*, año 17, n° 791, noviembre de 1955, p. 21

García Calderón, Francisco, “Un acto de fe: La *Revista de América*”, en F. García Calderón, *América y el Perú del novecientos. Antología de textos*, compilación, introducción y notas de Teodoro Hamplé Martínez, Lima, Universidad Nacional de San Marcos-COFIDE, 2003

——, *Las democracias latinas en América. La creación de un continente*, traducción de Ana María Jullian, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

Girard, Alice, “Le grand homme et la conception de l’histoire au xx^e siècle”, *Romantisme*, n° 100, 1998.

González y González, Luis, *Alba y ocaso del porfiriato*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.

Harwich Vallenilla, Nikita, “Prólogo”, en L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1949].

Marpeau, Benoît, “Les stratégies de Gustave Le Bon”, *Mille neuf cent. Revue d’histoire intellectuelle*, n° 9, 1991.

Matute, Álvaro, “Estudio introductorio”, en J. Sierra, *La evolución política del pueblo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

Merbilhaá, Margarita, “Emergencias de la mediación intelectual. La *Revista de América* (París, 1912-1914) y la red de escritores latinoamericanos en Europa a comienzos del siglo XX”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 44, 2015.

Momigliano, Arnaldo, “Per un riesame della storia dell’idea de cesarismo”, *Revista Storica Italiana*, n° 68, 1956.

Moser, Gerald M. y Hensley C. Woodbridge, “Rubén Darío y *El Cojo Ilustrado*”, *Revista Hispánica Moderna*, años 27 y 28, enero de 1961 y enero de 1962.

Pino Iturrieta, Elías, *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Alfa, 2016.

Plaza, Elena, “La idea del gobernante fuerte en la historia de Venezuela (1819-1999)”, *Politeia*, n° 27, enero-diciembre de 2001.

Real de Azúa, Carlos, “La historia del ensayo: el juicio y el lenguaje”, *Marcha*, año 17, n° 791, noviembre de 1955.

Rodríguez Monegal, Emir, “América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 417, marzo de 1985.

Sabato, Hilda, *Repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2021.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, prólogo y notas de Alberto Palcos, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962.

Sierra, Justo, “México social y político. Apuntes para un libro”, en J. Sierra, *Ensayos y artículos escogidos*, México, Conaculta, 2014.

——, *Ensayos y artículos escogidos*, México, Conaculta, 2014.

——, *La evolución política del pueblo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

Vallenilla Lanz, Laureano, *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

Williams, Raymond, *Palabras claves. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

Zermeño Padilla, Guillermo, “Cacique, caciquismo, caudillismo”, en G. Zermeño Padilla, *Historias conceptuales*, México, El Colegio de México, 2017.

Zum Felde, Alberto, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*, México, Guaranía, 1954.

Resumen / Abstract

A la sombra de los caudillos

El foco de este trabajo está colocado sobre las representaciones de un fenómeno que, desde el siglo XIX en adelante, se aceptó como típicamente latinoamericano: el caudillismo. A través de un análisis de la argumentación empleada por cuatro letrados latinoamericanos –Domingo Faustino Sarmiento, Justo Sierra, Francisco García Calderón y Laureano Vallenilla Lanz– acerca de la figura del caudillo y su rol en los nuevos Estados surgidos de la Independencia, se ha buscado demostrar la importancia que en el plano discursivo tuvo el caudillismo, convertido en herramienta teórica para dar cuenta de los problemas de la región y de sus posibles soluciones. Incorporada esa figura a los debates en torno a la identidad latinoamericana, su construcción como tópico formó parte también de la realidad política y social latinoamericana, aun cuando los estudios historiográficos más recientes han coincidido en subrayar las formas en que se alejaba la representación de la realidad concreta de los caudillos de sangre y hueso. Estas son las principales hipótesis que han presidido este trabajo.

Palabras clave: Caudillismo - Identidad latinoamericana - Domingo Faustino Sarmiento - Justo Sierra - Francisco García Calderón - Laureano Vallenilla Lanz

In the Shadow of the Caudillos

This article focusses on the discursive representations of a phenomenon which was considered, from the Nineteenth Century onwards, as typically Latin American: *caudillismo*. It is centered on the arguments developed in reference to that figure and his role in the new States created after Independence by four writers: Domingo Faustino Sarmiento, Justo Sierra, Francisco García Calderón and Laureano Vallenilla Lanz. Through an analysis of their writings, the text has sought to demonstrate the importance of the discussion of *caudillismo* as a discursive, theoretical tool for the analysis of the region's problems and its possible solutions. The incorporation of the figure of *caudillismo* into the debates surrounding Latin American identity, its construction as a topic also formed an integral part of the political and social reality of Latin America, despite the fact that the most recent historiography has tended to coincide in emphasizing the manners in which it differed from the concrete historical reality of actual, living, *caudillos*. These are the chief hypotheses that have guided the research presented in this article.

Keywords: *Caudillismo* - Latin American identity - Domingo Faustino Sarmiento - Justo Sierra - Francisco García Calderón - Laureano Vallenilla Lanz

Fecha de recepción del original: 22/10/2022

Fecha de aceptación del original: 15/12/2022

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas27.1389>

Sociabilidad en tiempos bélicos

*Asociaciones intelectuales bolivianas
durante la guerra del Pacífico (La Paz, 1881-1884)**

Kurmi Soto Velasco**

Universidad Complutense de Madrid

A finales del año 1882, el presidente provisorio del Perú, Lizardo Montero, llegó a La Paz en circunstancias algo oscuras. Acreedor de un poder que era solo considerado legítimo por Bolivia, Montero ostentaba un puesto ambiguo y controversial, mientras que Lima se encontraba ocupada por las tropas chilenas y no reconocía su autoridad.¹ Su arribo fue muy esperado en el país y, meses antes, los periódicos ya comunicaban su presencia con expectativa e incluso sorna: “¿Vendrá? ¿No vendrá? ¿Y, en caso de venir, *traerá algún plan gordo?*”²

La duda sería zanjada un poco más tarde, cuando se supo que se encontraba en la ciudad y que, para celebrarlo, se estaba preparando una espléndida recepción. Desde el 2 de diciembre y durante los cuatro días de su permanencia, el invitado de honor disfrutó de elegantes cenas, recitales de poesía y números musicales. Las secciones de sociales llenaron sus columnas con una actividad agitada: desde un agasajo en Puerto Pérez y una comida en Chililaya, hasta una parada militar a puertas de la ciudad.³ Sin embargo, el plato principal fue la velada literaria ofrecida por la Sociedad Progresista, pues, bajo el pretexto de nombrar a Manuel María del Valle –ministro plenipotenciario del Perú en Bolivia– como miembro honorario, la asociación propuso un abultado programa cultural.⁴

Aunque no se conoció el contenido de las reuniones entre Lizardo Montero y Narciso Campero, entonces presidente de Bolivia, quedaba claro que aquellas veladas fueron el escenario de delicadas charlas en un tenso contexto bélico. Partiendo de aquel episodio, esta investigación se interroga acerca del rol que cumplieron las sociedades intelectuales paceñas durante los años de la guerra del Pacífico. Su centro de interés se sitúa entre 1881 y 1884: un lapso temporal breve, signado por las contiendas bélicas, pero también por la aparición y, sobre todo, la institucionalización de asociaciones intelectuales que dejarían huella, no obstante su

* Este trabajo fue realizado gracias a la beca Slicher van Bath De Jong para jóvenes historiadores del Centre for Latin American Research and Documentation (CEDLA) de Ámsterdam.

** ksoto01@ucm.es. ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-7289-7991>>

¹ Daniel Parodi, *La laguna de los villanos. Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la guerra del Pacífico (1881-1883)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, p. 14.

² *Las Verdades*, 6 de septiembre de 1882; énfasis propio.

³ *El Comercio*, 8 de diciembre de 1882.

⁴ *El Comercio*, 10 de diciembre de 1882.

corta vida. Las siguientes páginas procuran rastrear la formación de estos grupos y sus principales características.

La cuestión ha suscitado escasamente la atención de la crítica especializada, aunque se pueden citar algunos trabajos que sientan las bases para su estudio. Así, Mario Chacón Torres se ha enfocado en Potosí, y Beatriz Rossells, en un conjunto más amplio que incluye Sucre.⁵ En ambos textos, el énfasis recae en la conformación de asociaciones de duración efímera. En contraste, las sociedades geográficas, más longevas y mejor instaladas, continúan siendo analizadas desde inicios del siglo xx hasta la actualidad.⁶

Por su parte, Josep Barnadas ha trazado una breve genealogía de la vida asociativa nacional en su *Diccionario histórico de Bolivia*. En las líneas dedicadas a las sociedades literarias y culturales, él recuerda las principales iniciativas para crear espacios de reflexión común.⁷ Una de las más importantes fue el decreto supremo promulgado el 2 de julio de 1873 por Adolfo Ballivián, presidente vinculado con el arte y la cultura, siendo él mismo músico y poeta ocasional. Mediante aquel documento, su intención fue crear sociedades científicas y literarias en Sucre, La Paz, Cochabamba y Potosí, asegurando la designación de los primeros veinte miembros. Aunque cada una de las sedes era libre de redactar sus estatutos, todas estaban obligadas a comunicarlos al Gobierno, que, a su vez, les destinaría un pequeño estipendio anual. Al parecer, el proyecto quedó en papel. Sin embargo, luego florecerían varias sociedades que cultivarían las ciencias y las letras dentro de la línea planteada por Ballivián.

Esta propuesta apunta a enriquecer aquellos abordajes mediante el uso de documentación diversa, especialmente de prensa y folletería. En efecto, la revisión de periódicos como *El Comercio*, *La Patria* y *La Reforma* o de revistas como *Las Verdades* y *El Álbum del Hogar* nos devuelve la imagen de una enérgica vida cultural. Dentro de este amplio abanico, se encuentran, además, actas de fundación y escritos sueltos que van en ese mismo sentido. Con el objetivo de demostrar la existencia, el funcionamiento y las eventuales proyecciones que pudieron tener las sociedades intelectuales durante los primeros años de la década de 1880, este texto se divide en cuatro partes. La primera se interroga sobre la sociabilidad como categoría analítica para la investigación de la literatura decimonónica boliviana. La segunda busca describir el funcionamiento de estas instituciones a través del modelo de la Sociedad Progresista de La Paz. La tercera se centra en los vínculos que tuvo con la Sociedad de Beneficencia de Señoras durante la guerra. Y la última plantea el surgimiento, dentro de estos espacios, de autores que inauguraron nuevas corrientes de pensamiento.

⁵ Véase Mario Chacón Torres, “Sociedades culturales del siglo xix en Potosí”, *Anales de la Academia Boliviana de la Historia, 1973-1979*, La Paz, Universo, 1980; y Beatriz Rossells, “Las frustraciones de la oligarquía del sur. Cultura e identidad en Chuquisaca del xix”, en: AA. VV., *El siglo XIX. Bolivia y América Latina*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos, 1997.

⁶ Vicente Donoso, “La Sociedad Geográfica de La Paz”, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, La Paz, Gamarra, 1949; Mery Flores, “Sociedad geográfica Potosí”, *Presencia Literaria*, 1972; Manuel Frontaura Argandoña, “Benemérita Sociedad Geográfica de La Paz”, *Presencia Literaria*, 1972; Manuel Frontaura Argandoña “La Sociedad de Historia y Geografía de Cochabamba”, *Presencia Literaria*, 1972; Pilar Mendieta, *Construyendo la Bolivia imaginada. La Sociedad Geográfica de La Paz y la puesta en marcha del proyecto de Estado-nación, 1880-1925*, La Paz, Instituto de Investigaciones Históricas, 2017.

⁷ Josep Barnadas, “Sociedades literarias y culturales”, *Diccionario histórico de Bolivia*, Sucre, Grupo de Estudios Históricos, 2002.

1. Hacia una historia de la sociabilidad literaria en la Bolivia del siglo XIX

La obra de Maurice Agulhon representa el aporte más significativo para la transformación del término “sociabilidad” en un concepto ampliamente aceptado por la historia. Si bien los límites de su empleo pueden tornarse difusos (como el propio Agulhon está dispuesto a aceptar), el autor propone concentrarse específicamente en la vida asociativa y en “la aparición de sociabilidades *voluntarias* [...] cada vez más numerosas y diversificadas, y por otro lado, en el paso del estadio informal [...] al estadio *formal*”.⁸ Por ende, se trata de una categoría que permite estudiar la “densidad de la existencia de las asociaciones constituidas”.⁹

En *El círculo en la Francia burguesa, 1810-1848. Estudio de una mutación de sociabilidad*, Agulhon postula que el salón aristocrático evolucionó y se transformó en el círculo burgués y republicano durante la primera mitad del siglo XIX. A pesar de que el estudio se presenta como una metodología, resulta imposible transponerla, en su totalidad, a otros contextos. Al respecto, Paula Bruno señala que “en América Latina –dadas las características de las sociedades hispanoamericanas– es difícil sostener que surgieron para sustituir a los salones y las tertulias de los tiempos coloniales”.¹⁰

Así, es necesario diferenciar fenómenos propios de la región y que han sido estudiados por investigadores como François-Xavier Guerra y Pilar González Bernaldo de Quirós, por ejemplo. Ambos se han centrado en las formas asociativas del temprano siglo XIX y sus vínculos con los movimientos independentistas. González Bernaldo de Quirós señala los matices propios del término “sociabilidad” en la obra de intelectuales latinoamericanos, pues “la ‘sociabilidad’ de la que habla un Juan Bautista Alberdi, un Francisco Bilbao o un Bartolomé Mitre tiene poco que ver con la definición que de ella pudo dar el propio Agulhon”.¹¹

Ciertamente, en el caso boliviano, el paso de salones (de carácter privado) a círculos intelectuales (públicos y cada vez más especializados) no se confirmó con el tiempo. Ambas formas se superpusieron en vista de la falta de espacios públicos tradicionales y destinados a una concurrencia letrada y, de preferencia, masculina. Basta con saber que, a mediados de 1879, solo dos cafés funcionaban en La Paz.¹² Es más, cuando el español Eloy Perillán Buxó llegó a la ciudad en 1877 y quiso abrir una sala de lectura, se encontró con la reticencia de los lugareños y sus planes fracasaron con tal rapidez que tuvo que partir, endeudado.¹³

Sin embargo, esta fría recepción no parecería indicar una animadversión generalizada hacia las prácticas de sociabilidad intelectual: desde muy temprano, surgieron sociedades, so-

⁸ Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, México, Siglo XXI, 2009 [1977], p. 39; cursivas del original.

⁹ *Ibid.*, p. 36.

¹⁰ Paula Bruno, “Introducción. Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930”, en P. Bruno (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2014, p. 9.

¹¹ Pilar González Bernaldo de Quirós, “La ‘sociabilidad’ y la historia política”, en AA. VV., *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador*, México, Instituto Mora, 2004.

¹² Nicolás Acosta, *Guía del viajero en La Paz. Noticias estadísticas, históricas, locales, religiosas, templos, hoteles, edificios, antigüedades, etc.*, La Paz, Imprenta de la Unión Americana, 1880, p. 63. A ambos se sumó el Café del Comercio, instalado en noviembre de 1881 y regentado por una viuda francesa de apellido Lientaud (*El Comercio*, 13 de noviembre de 1881), también dueña del hotel con ese nombre.

¹³ Kurmi Soto Velasco, “Esbozo de una semblanza: las aventuras de Eloy Perillán Buxó (1848-1889) en La Paz (1877)”, *Estudios Bolivianos*, n° 27, 2017. Disponible en: <https://www.academia.edu/36310695/Esbozo_de_una_semblanza_Las_aventuras_de_Eloy_Perill%C3%A1n_Bux%C3%B3_1848_1889_en_La_Paz_1877>.

bre todo con fines cívico-literarios, en Sucre y en Potosí y su instalación en aquel eje tradicional marcó una tendencia que luego se acentuaría y se extendería al resto del país.¹⁴ La expresión “sociedad literaria” volvía con “frecuencia” y “banalidad” (como diría Agulhon) en los nombres de estas organizaciones. La denominación englobaba principalmente a escritores profesionales y aficionados, ligados a las élites políticas y económicas. Por ejemplo, en *La Aurora Literaria*, el órgano de difusión de la Sociedad Literaria de Sucre durante los primeros años de la década de 1860, escribían figuras de la talla de Manuel María Caballero (director) y María Josefa Mujía, junto con los paceños Félix Reyes Ortiz, Belisario Loza y otras plumas menos conocidas del emergente movimiento romántico. En su acta de reinstalación a principios de 1864, sus redactores se jactaban de que la Sociedad Literaria había mantenido una asombrosa disciplina celebrando reuniones “dos veces por semana” y que había producido numerosas obras.¹⁵ La regularidad de sus publicaciones anuales y mensuales también probaba el compromiso de sus miembros.

Mención aparte merecen las sucursales de la Unión Americana fundadas en distintos puntos de Bolivia. La filial cochabambina, activa desde 1863, demostró un gran gusto por la versificación y contó con la participación de los poetas Néstor Galindo y Benjamín Blanco Unzueta.¹⁶ Las de Sucre y La Paz también fueron instauradas ese mismo año. En el caso de esta última, su imprenta fue fundamental para la publicación de folletos, opúsculos y estatutos, como se puede comprobar con la Asociación 16 de Julio y con la Sociedad de Beneficencia.

Para finales de los años 1870, estas formas de asociación eran comunes en las grandes ciudades y en sus filas solían militar los notables del lugar.¹⁷ Con un pronunciado tinte patriótico, sus concurrentes tenían la costumbre de dedicar sus trabajos a los próceres de la Independencia¹⁸ y demostraron un gran interés por temas históricos.¹⁹ Sin embargo, la aparición, en 1877, del Círculo Literario de La Paz resultaba un hito, al tratarse de una ambiciosa agrupación cuyos intereses también abarcaban las ciencias.

En paralelo, ese mismo año se fundó, en Potosí, la Sociedad Literaria y Científica Cortés. Su instalación fue directamente apoyada por su homóloga paceña y así lo recalca Reyes Ortiz en una carta pública dirigida a Pedro H. Vargas, su presidente.²⁰ Ambas fueron difusoras de corrientes más o menos identificables con el positivismo y con el darwinismo en su vertiente spenceriana, aunque las orientaciones podían variar de acuerdo con cada uno de sus miembros.

¹⁴ Sociedad Literaria de Potosí, *Discurso pronunciado en la Sociedad Literaria de Potosí el 25 de mayo de 1841*, Potosí, Imprenta de la Sociedad Literaria, 1841; Sociedad Católico-Literaria de Sucre, *Instalación de la Sociedad Católico-Literaria de Sucre*, Sucre, Imprenta de Sucre, 1851.

¹⁵ Los Secretarios de la Sociedad [Literaria de Sucre], “Reinstalación de la Sociedad Literaria”, *La Aurora*, n° 1, 1864, p. 13.

¹⁶ Francisco María del Granado, Néstor Galindo, Benjamín Blanco y Donato Vásquez, *La Unión Americana*, Cochabamba, Imprenta de *El Siglo*, 1863.

¹⁷ También se las encuentra en poblaciones medianas como Achacachi, donde se fundó la Sociedad de Amigos del Progreso en 1881 (*La Patria*, 9 de diciembre de 1881).

¹⁸ José Rosendo Gutiérrez, *Memoria histórica sobre la revolución del 16 de julio de 1809*, La Paz, Imprenta de *La Libertad*, 1877.

¹⁹ José Rosendo Gutiérrez, *Revolución del 16 de julio de 1809 y biografía de don Pedro Domingo Murillo. Memoria histórica sobre la revolución del 16 de julio de 1809; memoria histórica leída el 66 aniversario en la sesión pública de inauguración de la Sociedad Literaria de La Paz*, La Paz, Imprenta de *El Ciudadano*, 1878.

²⁰ *La Reforma*, 4 de diciembre de 1877.

En su discurso inaugural, pronunciado el 30 de septiembre de 1877, Vargas propuso una historia de las sociedades intelectuales en el país. Con la ley del 9 de enero de 1827, “se estableció un Instituto Nacional en la capital de la República, que debiera ser el centro de los conocimientos científicos y literarios [...], dividiéndose en seis secciones que abrazaban todos los conocimientos humanos”.²¹ A partir de este núcleo, se buscaba fundar asociaciones similares en las capitales departamentales y dotarlas de “colegios nacionales de ciencias y artes”.²² Sin embargo, Pedro H. Vargas subrayaba que “esas ilusiones lisonjeras se desvanecieron fugaces” y que fueron rápidamente reemplazadas por “el torbellino de las pasiones políticas”.²³ La educación pública quedó entonces relegada a un segundo plano, de ahí la urgencia de establecer una sociedad científico-literaria capaz de abarcar el estudio de la física, la electricidad, la química y la historia natural. Incluso, en un discurso pronunciado a finales de 1877, el fiscal del distrito de Potosí, Manuel María Jordán, volvía sobre los avances científicos en términos religiosos, entendiéndolos como un aporte a la justicia, capaz de devolver “sus derechos naturales al hombre y sus fueros mayestáticos al pueblo”.²⁴

Por ende, en vísperas de la guerra del Pacífico, la cultura letrada boliviana se encontraba en una etapa de florecimiento, como también lo atestiguaba la proliferación de revistas literarias. *El Recreo Literario* (1881) y *La Revista Literaria* (1881) en Sucre, además de *La Revista de Cochabamba* (1877-1878) en Cochabamba y *El Álbum del Hogar* en La Paz (1882-1883) fueron solo unas cuantas muestras de este fenómeno. A estas iniciativas se sumaba un creciente interés por el aymara que daría paso a la fundación de la Sociedad de Aymaristas en 1880, bajo los auspicios de José Rosendo Gutiérrez, con el apoyo de socios como Vicente Ballivián y Roxas, Eloy Salmón, Carlos Bravo, Nicolás Acosta, Isaac Escobari y los hermanos Pinilla.²⁵

Si bien la atmósfera estaba enrarecida, las asociaciones continuaron sus actividades y sirvieron como un espacio de reflexión sobre la situación que estaba atravesando el país. Para el 6 de agosto de 1879, la Sociedad Literaria y Científica Cortés organizó un acto conmemorativo que incluía una conferencia de Demetrio Calvimonte en la que el jurista hacía un repaso de la historia diplomática entre Bolivia y Chile.²⁶ Aunque el público se encontraba agotado tras la larga intervención, se ofrecieron, además, unos cuantos “apreciativos de las evoluciones operadas en el seno de la patria en ocasión de la guerra”.²⁷ Al día siguiente, y antes de la función teatral final, Eduardo Delgado también pronunció unas palabras al respecto.²⁸

²¹ Sociedad Literaria y Científica Cortés, *Potosí. Ensayos científicos y literarios*, Potosí, Tipografía Municipal, 1877, p. 5.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, p. 6.

²⁴ Manuel María Jordán, *Discurso del fiscal del distrito de Potosí, Sr. Manuel Ma. Jordán, acerca de los progresos de la ciencia, en el concurso literario de Potosí y convocado por la Sociedad Cortés*, Potosí, Tipografía Municipal, 1878, p. 5.

²⁵ José Rosendo Gutiérrez, *Borrador de un diccionario español-aymara*, manuscrito inédito, 1880, s/p.

²⁶ Sociedad Literaria y Científica Cortés, *Ensayos científicos y literarios presentados en la Festividad Patriótica del 6 de agosto, organizado por la Sociedad Literaria Cortés y el Consejo Municipal de Potosí*, n° 8, Potosí, Tipografía Nacional, 1879, p. 44.

²⁷ *Ibid.*, p. 94.

²⁸ *Ibid.*, p. 95.

En La Paz, el modelo más evidente de estas dinámicas, junto con la Sociedad El Porvenir,²⁹ fue la Asociación 16 de Julio, establecida a finales de 1881, alrededor de Rosendo Gutiérrez.³⁰ Este escritor, periodista y político siempre fungió como un impulsor de la sociabilidad letrada paceña y su nombre formó parte de numerosas agrupaciones ligadas a la literatura y a las ciencias. De igual manera, mantuvo fructíferas relaciones intelectuales con sus pares, desde pequeños grupos estudiantiles nacidos en el colegio Ayacucho hasta el prestigioso Círculo Literario de La Paz y la Sociedad de Aymaristas.

La Asociación 16 de Julio fue, entonces, una prolongación de estas agrupaciones y, en los estatutos de 1882, se podía apreciar su magnitud: estaba dividida en tres secciones (jurídica, literaria y artística) y tenía una cuarta (científica) en vías de organización. Aparentemente, en sus principios, causó cierto malestar, y la publicación de su nómina y de sus objetivos era la respuesta a “conjeturas absurdas [...] propias del vulgo y de ruines anónimos”.³¹ Su cuerpo directivo también subrayaba con insistencia que su misión era constituirse en “el centro de la vida intelectual y activa” boliviana. Tal idea era reforzada por la destacada plantilla de novelistas, poetas, artísticas, geógrafos y bibliómanos que la componían (cuadro 1).

Cuadro 1. Lista de miembros de las secciones jurídica y literaria de la Asociación 16 de Julio.

Sección jurídica	
Miembros titulares	
	Miranda, Jermán
Señores Andulce, Antonio	Palacios, Jerardo
Bravo, Carlos	Pinilla, Claudio
Cabrera, Casimiro	Pinilla, Macario
Calderón, Celso	Saavedra, Fidel
Calderón, Exequiel	Salcedo, Fidel
Carrasco, Julio	Sanjinés, Carlos Claudio
Carpio, Justiniano del	Valverde, Leonardo
Clavijo, Daniel	Miembros honorarios
Escobari, Macario	Señores Baptista, Mariano
Goitia, José María	García, Pedro
Gourmaud, Enrique	Diez de Medina, Federico
Iraizós, Francisco	Aspiazu, Agustín

²⁹ Esta asociación estuvo encargada de la organización de los festejos del 16 de julio de 1878. En su programa, se enumera a las tres grandes sociedades paceñas: la Sociedad Illimani, la Sociedad El Porvenir y la Asociación 16 de Julio (Sociedad El Porvenir, *Programa para las fiestas públicas preparadas para el 16 de julio de 1878*, La Paz, Imprenta de *El Ciudadano*, 1878, p. 3).

³⁰ *El Comercio*, 5 de diciembre de 1881.

³¹ Asociación 16 de Julio, *Estatutos de la Asociación [16] de Julio con la nómina de sus miembros*, La Paz, Imprenta de la Unión Americana, 1882, p. 1.

Jordán, Simón	Guerra, José Enrique de
Lugones, César	Loayza, Melquíades
Lugones, Celso	Guachalla, Fernando
Mariaca, Manuel B.	Miembro correspondiente
Machicado, José Santos	Cano, Emeterio

Sección literaria	
Miembros titulares	Rodríguez Rocha, Hermógenes
Señores Ampuero, Luis	Pinilla, Claudio
Ascarrunz, David	Santiváñez, Moisés
Ballivián, Manuel Vicente	Salcedo, Fidel
Beltrán, Aurelio	Sotomayor, Andrés
Carrasco, Julio	Villalobos, Rosendo
Eduardo, Isaac	Sánchez, Dámaso
Escobari, Macario	Miembros honorarios
García, Carlos	Señores Alencar, Leonel de
García Lanza, Rafael	García, Pedro
Iraizós, Francisco	Vidal, Eduardo
Martínez, Ángel	Miembros correspondientes
Machicado, José Santos	Señora Gorriti, Juana Manuela
Ochoa, José Vicente	Señores Bustamante, Ricardo
Palacios, Gerardo	Mendoza, José Quintín
Quevedo, Óscar	Salinas Vega, Luis

Fuente: *Estatutos de la Asociación [16] de Julio con la nómina de sus miembros*, La Paz, Imprenta de la Unión Americana, 1882.

La larga lista de miembros, titulares, correspondientes y honorarios probaba la fuerza de su estructura. Cada una de sus partes operaba con relativa independencia y se reunía según su disponibilidad. Asimismo, la repetición de determinados nombres demostraba la multiplicidad de intereses que podían cultivar estos personajes y, también, advertía aspiraciones a largo plazo. De hecho, muchos de ellos, como Rosendo Villalobos y Manuel Vicente Ballivián, fundarían, en 1897, la Sociedad Geográfica de La Paz, estableciendo de esta forma una de las instituciones finiseculares más perdurables y con mayor proyección de aquel entonces.

En los dos discursos que Rosendo Gutiérrez brindó para los festejos del 16 de julio de 1882, él volvía sobre las “sólidas y sanas bases” de la Asociación. A pesar de encontrarse bajo el “peso de la calamidad nacional”, el grupo continuó con tenacidad su labor y produjo “frutos ya bastante sazonados en varios géneros literarios”. Más aún, estos “estudios de crítica histó-

rico-filosófica” se leían y se escuchaban “con general satisfacción” dentro y fuera de Bolivia. Incluso en un contexto adverso, su presidente se felicitaba de la “feliz casualidad” que hacía que los miembros se reunieran con tanta puntualidad y que continuaran sus labores intelectuales bajo la sombra de la guerra.³²

Todos estos indicios revelan una intensa vida asociativa durante la guerra del Pacífico y echan luces sobre las prácticas culturales que marcaron la segunda mitad del siglo XIX. En especial, permiten entender la vida letrada de las ciudades bolivianas, a partir de la década de 1870. De este modo, la categoría histórica de sociabilidad apunta a la identificación de una serie de hábitos ligados al ejercicio de la literatura y al consumo cultural que fueron bastante frecuentes durante aquel periodo y que se materializaron en constantes reuniones y, en algunos casos, inclusive en publicaciones periódicas. Las próximas líneas aluden al caso particular de la Sociedad Progresista y a cómo constituyó un claro ejemplo de las formas asociativas propias de la época.

2. La Sociedad Progresista

Al estallar la contienda contra Chile, el potosino Julio Lucas Jaimes –también conocido como Brocha Gorda– estaba en Lima. Ahí, había gozado de prestigio e influencia, gracias a su papel como redactor del diario limeño *La Patria*. Apresado, fue enviado a San Bernardo, donde permaneció hasta 1882. Su liberación se comenzó a discutir en abril de ese año junto con rumores de tregua³³ y se concretó a principios del mes siguiente. Al anunciarla, los medios paceños no dudaron en caracterizarlo como un “escritor anfibio”, mitad peruano y mitad boliviano, cuya dualidad lo hacía doblemente sospechoso.³⁴ Por lo mismo, su arribo a La Paz no fue fácil y su presencia levantó suspicacias.

Sin embargo, al poco tiempo, Jaimes ya ostentaba una posición central dentro de la sociedad local, sin duda favorecida por su rápida integración en el Gobierno de turno. Tras un breve paso por el ministerio, terminó siendo nombrado director de Estadísticas, cargo que ocuparía durante varios años. Finalmente, la aparición de *Las Verdades*, entre septiembre de 1882 y enero de 1884, lo convertiría en una pieza clave para la literatura y las artes escénicas paceñas.

A su lado, se encontraba su esposa, Carolina Freyre, periodista, poeta y aclamada dramaturga de origen tacneño. Su producción se había concentrado en el esfuerzo de guerra desde 1879 y, sobre todo, en la puesta en escena de obras de teatro con temática patriótica.³⁵ Su trabajo como dramaturga ya le había valido cierta fama y su nombre solía aparecer en la prensa con bastante frecuencia. Al poco tiempo de llegada a La Paz, también comenzó a difundir episodios históricos ambientados en el período independentista. Su prosa, de claro influjo ro-

³² José Rosendo Gutiérrez, *Dos discursos autógrafos de don José Rosendo Gutiérrez pronunciados en la Asociación [16] de Julio*, manuscrito inédito, 1882, s/p.

³³ *La Patria* (La Paz), 12 de abril de 1882.

³⁴ *La Patria* (La Paz), 4 de mayo de 1882.

³⁵ María del Carmen Escala, *El Ángel del hogar y el Ángel de la guerra. El discurso patriótico maternal de Carolina Freyre de Jaimes y su afirmación nacionalista desde el diario La Patria, ad portas de la ocupación de Lima (1844-1880)*, Tesis de licenciatura, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015. Disponible en: <<https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/6399>>.

mántico, recibió muy buenas críticas y fue aplaudida de manera entusiasta por los periódicos, que reprodujeron el cuento “¡Una madre!”.³⁶

Junto con sus hijos –y, especialmente, un muy joven Ricardo Jaimes Freyre–, se organizaron como una “empresa familiar”.³⁷ Fundaron y animaron numerosos periódicos y revistas, en los que escribieron sobre política, economía, arte y literatura. Dentro de este amplio abanico, es necesario resaltar la notable presencia de “espacios frívolos”, como los llama Víctor Goldgel.³⁸ Para este crítico argentino, estas secciones de la prensa se caracterizaron por “una prosa fácil, menor, movida no por una pulsión de informar, ordenar o racionalizar, sino por un deseo de distraer”.³⁹ Estas columnas, de temática heteróclita y fragmentaria, solían tratar, sobre todo, acerca de la vida social y del “buen gusto”. En ellas, los Jaimes Freyre reseñaron gran parte de la actividad cultural paceña durante los años de su estancia en la ciudad y Carolina Freyre se transformó en la principal autoridad en la materia.⁴⁰

Desde los primeros números de *Las Verdades*, el jefe de redacción comenzó a publicitar las reuniones de la Sociedad Progresista, aunque sin vincularse de forma directa como su presidente. Además, la escritora tacneña les dedicó su columna titulada “Mosaico” (un término frecuente para designar los espacios destinados “al bello sexo”), donde también alternaba consideraciones sobre modas y temas de actualidad. Así, a partir de finales de septiembre de 1882, se anunciaron los ensayos de la Sociedad y, un mes después, el estreno de *El barbero de Sevilla*, pieza actuada y dirigida por sus miembros. Sin embargo, el momento más intenso fue a principios de diciembre de 1882, con la llegada de Lizardo Montero a La Paz.

Los grandes rotativos difundieron un resumen muy pormenorizado de las actividades que el mandatario peruano realizó durante su visita y, entre los actos solemnes, resaltaron la conmemoración de la batalla de Tacna.⁴¹ El lunes 4 de ese mes, la legación de su país le ofreció una “espléndida *soirée*” en la casa de Manuel María del Valle, ministro plenipotenciario del Perú en Bolivia. Según reportaron, a este “soberbio festival” asistieron más de cincuenta personas que representaban lo más selecto de la ciudad. La velada literaria fue amenizada, sobre todo, por mujeres, que leyeron sus composiciones y cantaron en coro un número musical. El comité organizador estuvo compuesto por los principales miembros de la Sociedad Progresista: su presidente, Julio Lucas Jaimes; su vicepresidente, Federico Bueno; “las socias fundadoras, señoras Carolina Freire [*sic*] de Jaimes, Natalia Palacios, Amelia Armaza de Vidal; los socios activos, señores Rosendo Villalobos y Moisés Ascarrunz, y los socios honorarios, señores Samuel Oropeza y Rodolfo Soria Galvarro”.⁴²

La publicación de una serie de textos producidos en honor a Simón Bolívar, en julio del año siguiente, probaba que la Sociedad Progresista seguía reuniéndose y continuaba produciendo. En las primeras páginas del opúsculo titulado *Al padre de la patria en el primer centenario de su nacimiento*, se reafirmaba su relevancia y se reproducía la lista de sus miembros.

³⁶ *El Comercio*, 21 de diciembre de 1882.

³⁷ Mauricio Souza, *Lugares comunes del modernismo. Aproximaciones a Ricardo Jaimes Freyre*, La Paz, Plural, 2003, p. 118.

³⁸ Víctor Goldgel, “Caleidoscopios del saber. El deseo de variedad en las letras latinoamericanas del siglo XIX”. *Estudios*, vol. 18, n° 36, 2010, p. 281.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *El Comercio*, 10 de diciembre de 1882.

⁴¹ *El Comercio*, 10 de diciembre de 1882.

⁴² *El Comercio*, 3 de diciembre de 1882.

Aunque las personalidades que gravitaban en torno a ellos eran numerosas, los socios fundadores y activos eran relativamente pocos –es decir, solo Julio Lucas Jaimes, Moisés Ascarrunz e Isaac G. Eduardo (cuadro 2)–.

Cuadro 2. Lista de miembros de la Sociedad Progresista.

Miembros fundadores y activos que la componen	Socios
Señor Julio L. Jaimes (presidente)	Señora Carolina Freyre de Jaimes
” Moisés Ascarrunz (vicepresidente)	” Natalia Palacios
” Isaac G. Eduardo (secretario)	” Amelia A. de Vidal
	Señor Luis Ampuero
” Emilio Armaza	” Daniel Eduardo
” César Ascarrunz	” Julio Jaimes F.
” David Ascarrunz	” Ricardo Jaimes F.
” Federico Bueno (hijo)	” Óscar Quevedo
” Samuel Carabajal	” Miguel Reyes Ortiz
” Alberto Cornejo	” Félix Reyes Ortiz (hijo)
” Eugenio Cueto	” Julio Viaña
” Néstor Cueto	” Rosendo Villalobos

Fuente: *Al padre de la patria en el primer centenario de su nacimiento*, La Paz, Imprenta de *La Razón*, 1883.

Este desequilibrio fue, sin duda, motivo de cierta inestabilidad en la organización. En efecto, en enero de 1883, el directorio propuso a Federico Diez de Medina como su nuevo presidente. Conocido intelectual paceño, Diez de Medina también ejerció como profesor y político. Aunque estuvo vinculado a la Sociedad Progresista en sus inicios, rechazó la oferta de encabezarla en una carta abierta, en la que se excusaba por razones de salud.⁴³

Asimismo, Julio Lucas Jaimes nunca estuvo exento de polémica y *La Patria* de La Paz le dedicó varias líneas hirientes. Durante el período en que estuvo en cautiverio, el periódico reprodujo noticias de diarios peruanos críticos hacia el “cuico Jaimes”.⁴⁴ Una vez en la ciudad, lo acusó de oportunismo, pues, para los redactores, “don Julio Lucas” conocía “mucho el arte de vivir y, para él, todos los medios [eran] buenos”;⁴⁵ llegó a sugerir que el folletín *Morir por la Patria* era un plagio⁴⁶ e incluso lo señaló por falsedad intelectual y censuró su designación

⁴³ *El Comercio*, 17 de enero de 1883.

⁴⁴ *La Patria*, 30 de marzo de 1881; 3 de mayo de 1881.

⁴⁵ *La Patria*, 20 de diciembre de 1882.

⁴⁶ *La Patria*, 22 de febrero de 1883.

como organizador de los festejos para el centenario de Bolívar.⁴⁷ En contraste, otra facción de la prensa local, como *El Comercio*, siempre se mostró benevolente hacia los Jaimes y difundió su obra con entusiasmo a lo largo de los pocos años que estuvieron en La Paz.

Sin embargo, su principal alianza sería con la Sociedad de Beneficencia de Señoras, con quienes cooperaron en un esfuerzo de guerra en el que la literatura y el arte podían jugar un papel fundamental, recolectando dinero para diferentes causas, pero también construyendo imaginarios colectivos. El siguiente punto se centra en el funcionamiento de estas veladas culturales con fines patrios que fueron, en su mayoría, impulsadas por figuras femeninas.

3. La Sociedad de Beneficencia de Señoras

La Sociedad de Beneficencia de Señoras, fundada en 1871, estuvo muy vinculada al quehacer de escritoras como Natalia Palacios y de compositoras como Modesta Sanginés,⁴⁸ y fue impulsada por la hermana de Adolfo Ballivián, Adelaida. En 1871, su primera presidenta accidental, Narcisa Orosa de Prudencio, presentó una memoria en la que daba cuenta de las dificultades que tuvo esta organización en sus comienzos y de las reticencias a las que debió enfrentarse.⁴⁹ Empero, también reconocía la inmensa labor que había realizado en el hospital de mujeres, además de crear espacios de ayuda para los huérfanos y los más necesitados.

La idea de fundarla había surgido en 1859, gracias al obispo José María Fernández de Córdova,⁵⁰ pero, como solía pasar en muchos casos, el proyecto no se concretó sino años más tarde. Aun así, su acción destacó durante las hambrunas de 1878 y, luego, durante la guerra del Pacífico. El compromiso de las mujeres artistas también pasó por la organización de eventos para recaudar fondos. Sanginés ofreció varias presentaciones, coordinadas con otros nombres relevantes del escenario cultural de la ciudad. Así, se dieron cuatro conciertos en favor de los damnificados y prisioneros en Chile, entre finales de 1880 y mediados de 1881. A decir de la historiadora Patricia Montaña Durán, “un total de veintitrés personas actuaron en ellos, entre músicos paceños, extranjeros residentes en La Paz y algunos peruanos visitantes”.⁵¹

La novelista Lindaura Anzoátegui, por entonces primera dama, también participó en la Sociedad de Beneficencia de Señoras y las columnas de sociales alabaron sus intervenciones públicas en 1880 y 1881 como parte de estas veladas filantrópicas. Ella estuvo presente en un acto a favor de los desplazados tacneños que se celebró en el teatro de La Paz y en el que se dio cita una “selecta” y “abundante” concurrencia que aplaudió su actuación.⁵² Tuvo también la oportunidad de lucirse como cantante y pianista en funciones de carácter cívico que se convirtieron en parte íntegra de la vida paceña de aquel entonces.⁵³

⁴⁷ *La Patria*, 14 de marzo de 1883.

⁴⁸ Elsa Paredes de Salazar, *Diccionario biográfico de la mujer boliviana*, La Paz, Isla, 1965, p. 195.

⁴⁹ Narcisa Orosa de Prudencio, *Informe que presenta a la junta general de la Sociedad de Beneficencia la presidenta accidental de ella*, La Paz, Imprenta de la Unión Americana, 1871, p. 2.

⁵⁰ Patricia Montaña Durán, *Modesta Sanginés (1832-1887). Precursora del feminismo*, Tesis de licenciatura, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, 2004, p. 114. Disponible en: <<https://repositorio.umsa.bo/bitstream/handle/123456789/26916/HIS-55.PDF?sequence=1&isAllowed=y>>.

⁵¹ *Ibid.*, p. 117.

⁵² *La Patria*, 25 de octubre de 1880.

⁵³ *La Patria*, 2 de septiembre de 1881.

Las relaciones entre la Sociedad de Beneficencia de Señoras y la Sociedad Progresista se entablaron desde la fundación de esta última. Ya a finales de septiembre de 1882, se anunciaba que ambas estaban planificando ensayos en conjunto. Para preparar la esperada función pública, se realizaron pequeños festejos íntimos “llenos de señoras y señoritas”. En la reseña que ofreció *Las Verdades*, el columnista anónimo –que, a todas luces, era Julio Lucas Jaimes– insistía en el papel que cumplían con evidente optimismo:

Ningún obstáculo se ofrece, ningún sentimiento de emulación o egoísmo turba la marcha satisfactoria de esas asociaciones en que no son de rigor, para llenar la nobilísima tarea, los vínculos de amistad ni la antelada relación de sociedades entre las familias.⁵⁴

Resulta llamativo que el autor afirmase que no era necesario que existieran “vínculos de amistad” ni “antelada relación” con las familias que las componían. De hecho, este fue el contexto perfecto para que ellos se incorporaran a la sociedad paceña y se relacionaran con las familias más importantes de la ciudad. Por ejemplo, los locales que solían utilizar para sus actividades variaban según la necesidad y, en muchos casos, eran provistos por los notables del lugar, que no solo abrían las puertas de sus casas, sino que también ofrecían colaciones. Sin embargo, los espectáculos oficiales se llevaban a cabo en el teatro. En ellos, se combinaban los números musicales con obras o, en su defecto, fragmentos escogidos. En otros casos, propusieron “bazares” callejeros⁵⁵ y subastas en espacios comerciales como el almacén de Otto Richter.⁵⁶

Pero el viaje que hizo Lizardo Montero a La Paz fue, sin duda, el momento culminante para las dos agrupaciones. Luego de la puesta en escena de una obra de Beaumarchais en octubre, la Sociedad Progresista preparó la ya mencionada *soirée* en la legación peruana. Para la ocasión, Carolina Freyre leyó un texto titulado “Al Perú en su desgracia”. Unos meses después, publicaría el drama histórico *Blanca de Silva*, que ya había sido estrenado en Lima el año 1879 y que completaba una trilogía compuesta por *Pizarro* (1877) y *María de Bellido* (1878).⁵⁷ La dedicatoria a Gregorio Pacheco probaba también un vínculo de amistad entablado con las altas esferas del poder.

Y es que todas estas muestras literarias se encontraban en profunda relación con la creación de nexos con los personajes influyentes del lugar. Carolina Freyre insistía en la necesidad de tejer nexos con personajes que formaban parte de las élites locales. En su columna “Mosaico”, se dirigía constantemente a sus “nuevas amigas” y recalca la elegancia y la cultura de las señoras y señoritas de la ciudad.⁵⁸ Las conexiones femeninas fueron importantes a lo largo de su vida y su estadía en La Paz no constituyó una excepción. La concurrencia a la fiesta en la casa de Manuel María del Valle estaba, en su mayoría, compuesta por mujeres, que cantaron, declamaron y tocaron el piano, después de una solemne inauguración oficiada por los Jaimes Freyre.⁵⁹

Dentro de este conjunto, sobresalía Natalia Palacios. Escritora, educadora y periodista, ella siempre permaneció cerca de esta familia, pues estuvo entre los corresponsales de *La*

⁵⁴ *Las Verdades*, 20 de septiembre de 1882.

⁵⁵ *El Comercio*, 12 de julio de 1882.

⁵⁶ *El Comercio*, 24 de enero de 1883.

⁵⁷ Carolina Freyre, *Blanca de Silva*, La Paz, Imprenta de *El Nacional*, 1883.

⁵⁸ *Las Verdades*, 2 de abril de 1883.

⁵⁹ *El Comercio*, 10 de diciembre de 1882.

Broma (1877-1878), una revista satírica editada por Brocha Gorda en Lima en complicidad con autores como Manuel Atanasio Fuentes y Ricardo Palma. Asimismo, fue un miembro importante del Círculo Literario impulsado por José Rosendo Gutiérrez y participó, junto con Claudio Pinilla, en la elaboración de los almanaques de *El Comercio* para 1879. Durante la guerra del Pacífico, continuó sus labores dentro de la Sociedad de Beneficencia de Señoras y publicó poemas de tema cívico. Así, a la llegada de Eliodoro Camacho, le dedicó varios versos en su honor, celebrando su reciente liberación.⁶⁰ Poco tiempo después, sería declarada miembro fundador de la Sociedad Progresista.⁶¹

De esta manera, la sociabilidad literaria se revelaba especialmente relevante en tiempos bélicos: no solo era una actividad benéfica, sino que también confirmaba los lazos de lealtad y simpatía dentro de un determinado núcleo de personas. Por ende, estas sociedades funcionaban, en cierta medida, como los salones del Antiguo Régimen, es decir, dentro de espacios privados, donde las mujeres podían participar e incluso ocupar un rol preponderante. Pero, al mismo tiempo, fungían como asociaciones especializadas, cuyo objetivo principal era el de apoyar el esfuerzo de guerra, tanto de manera económica como simbólica.

La creación de una Sociedad Peruana de Beneficencia ese mismo año de 1882 iba en una dirección similar y, en sus estatutos, se constataba la buena salud de la vida asociativa en La Paz:

El espíritu de asociación progresa entre nosotros. Cada día tenemos que anunciar, ya la formación de un club, ya el establecimiento de una compañía industrial, ya en fin la organización de sociedades de beneficencia, formadas por colonias extranjeras.⁶²

Su presidente, Manuel María del Valle (que también se encontraba a la cabeza de la legación peruana) afirmaba, de esta manera, el carácter heteróclito de las asociaciones paceñas. En una misma rúbrica, se mezclaban clubes, compañías industriales y sociedades de beneficencia. Esta tendencia parecería confirmarse durante la etapa inmediatamente posterior a la guerra del Pacífico. Por eso, la última parte de este trabajo busca mostrar el desarrollo de algunos de estos proyectos en años siguientes, probando una indudable continuidad que podría rastrearse por varias décadas, hasta el naciente siglo xx.

4. Proyecciones de la sociabilidad posbélica

Desde principios de la década de 1870 (e incluso un poco antes, como en el caso de la Sociedad Literaria de Sucre), en Bolivia, comenzaron a institucionalizarse los grupos letrados que cultivaban diversas artes, según sus inclinaciones. Hubo intentos infructuosos desde el Estado, como la ley del 9 de enero de 1827 o el decreto supremo del 2 de julio de 1873, ya señalados. No obstante, surgieron proyectos concretos en espacios íntimos que cumplían “una pluralidad de funciones”, un poco como las asociaciones de la Francia prerrevolucionaria, estudiadas por

⁶⁰ *La Patria*, 10 de mayo de 1882.

⁶¹ *El Comercio*, 3 de diciembre de 1882.

⁶² Sociedad Peruana de Beneficencia, *Estatutos de la Sociedad Peruana de Beneficencia. Establecida bajo la protección del excmo. señor enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en Bolivia, doctor don Manuel María del Valle*, La Paz, Imprenta de la Unión Americana, 1882, p. 1.

Maurice Agulhon.⁶³ En ese sentido, los lugares de reunión solían ser domicilios privados, “donde un dueño o una dueña de casa ricos reciben con regularidad a sus amigos, hombres y mujeres, que forman una sociedad”. Es más, estas asociaciones raras veces se manifestaban en lugares públicos, salvo, por ejemplo, el teatro y los locales de la universidad para las efemérides. Sin duda, tampoco se apoyaban en los escasísimos cafés. Por ejemplo, para 1890, Julio César Valdés no consignaba ninguno en su guía para el viajero, pero, al contrario, subrayaba las labores de algunas agrupaciones especializadas en la sección de imprentas, periódicos y litografías, puesto que varios núcleos como la Sociedad Médica o la Sociedad Geográfica tenían sus propias revistas y llevaban a cabo sus reuniones a puertas cerradas.⁶⁴

Asimismo, entre sus papeles sueltos del año 1884, la Sociedad Geográfica de Sucre dejó una lista de colectivos con fines técnicos, científicos y culturales en distintas ciudades capitales (cuadro 3).

Cuadro 3. Lista de sociedades en Bolivia.

Sociedades	
En La Paz [<i>sic</i>]	Sociedad [Juvenil]
”	Comp[añía] de Bomberos
En Santa Cruz	Sociedad Médico-Quirúrgica 06 de Enero-científica [<i>sic</i>]
En Potosí	Sociedad de Socorros Mutuos
En Tarija	Club 6 de Agosto
”	Biblioteca
En La Paz	Sociedad Literaria 20 de Octubre
”	Sociedad Agrícola Cusillani ⁶⁵
”	” ”

Fuente: Sociedad Geográfica de Sucre, *Artículos de la Sociedad Literaria de La Paz, sobre diversos temas...*, manuscrito inédito, 1884.

Esta enumeración probaba que el término “sociedad” era muy común y que servía para designar a una variedad de grupos, sean eruditos, profesionales o de ocio. Maurice Agulhon anota esta plasticidad semántica y remarca que la “diferencia de funciones nunca es absoluta, la se-

⁶³ Agulhon, *El círculo burgués*, p. 43.

⁶⁴ Julio César Valdés, *La Paz de Ayacucho. Relación histórica, descriptiva y comercial*, La Paz, Imprenta de *El Comercio*, 1890, p. 23.

⁶⁵ Esta sociedad forma parte de las muchas que fueron iniciadas por poderosos hacendados, particularmente en la región de los Yungas. Al respecto, Marta Iruozqui señala la existencia de tres grandes núcleos: la Sociedad de Propietarios de los Yungas, la Compañía Agrícola de Coriguaico y la Compañía de Quinas de Cusillani. Todas estaban íntimamente ligadas al Club de La Paz (Marta Iruozqui, *La armonía de las desigualdades. Élités y conflicto de poder en Bolivia, 1880-1920*. Madrid-Cusco, csic-Centro Fray Bartolomé de las Casas, p. 81, nota 6).

paración nunca es completa”.⁶⁶ Sin embargo, contrariamente al caso que él estudia, en Bolivia no se empleó con tanta frecuencia el vocablo “círculo”, con la notable excepción del Círculo Literario de La Paz, activo durante los últimos años de la década de 1870.

La vida asociativa continuó creciendo en años posteriores a la guerra del Pacífico, puesto que se fundaron varias sociedades, sobre todo literarias y científicas, en todo el país. El primer tomo de la hoja de servicios de Ricardo Mujía revelaba su incorporación a varios grupos instalados en ciudades como La Paz, Sucre y Cochabamba, pero también en poblaciones medianas.⁶⁷ Entre 1882 y 1886, Mujía fue nombrado miembro de la Sociedad Literaria Sucre, de la Sociedad Ayacucho (La Paz), de la Sociedad Cortés (Potosí) y de la Sociedad 6 de Agosto (Cochabamba), pero también estuvo en contacto con el Club de la Independencia, la Sociedad del Progreso (Corocoro) y la Sociedad 14 de Septiembre (Cochabamba).

A pesar de la defunción de un cierto número de personalidades, como Félix Reyes Ortiz (1882) o José Rosendo Gutiérrez (1883), el ímpetu no decayó. Al contrario, poco después de la muerte de este último, se fundó una sociedad con su apellido que continuó con su legado y, en particular, con el cultivo del aymarismo. En 1885, la Sociedad Gutiérrez se encargó de realizar el *Álbum del 16 de julio*, en el que Nicolás Acosta figuraba como presidente. Esta colección, publicada por el Ayuntamiento, reproducía una serie de documentos coleccionados por sus miembros referidos al 16 de julio de 1809 y, en la introducción, Claudio Pinilla reconocía su deuda hacia pensadores y protectores de los archivos como Vicente Ballivián y Roxas, Gabriel René Moreno o Samuel Velasco Flor.⁶⁸

Asimismo, muchos de sus miembros jugarían el papel de informantes científicos. Con motivo de la reunión del 23 de agosto de 1884 de la Sociedad Gutiérrez, José Luis Ruiz presentó una farmacopea aymara a pedido de Alphons Stübel, por el intermediario del comerciante alemán residente en La Paz, Fernando Steiner.⁶⁹ Poco después, personalidades cercanas a la Sociedad de Aymaristas, como Nicolás Acosta, Agustín Aspiazu y Carlos Bravo, también proveerían valiosos datos para las investigaciones de Max Uhle y de Ernst Middendorf, aunque sus aportes fueron “minimizados”⁷⁰ en libros como *Las ruinas de Tiahuanaco en las tierras altas del Antiguo Perú* (1892) y *Die Aymara-Sprache* (1891), ambos publicados en Alemania.

Los aymaristas tuvieron una gran proyección internacional y constituyeron un “grupo de élite”, compuesto, sobre todo, por abogados y curas provenientes de los yungas.⁷¹ Su perdurabilidad se materializó, en 1900, con la creación de la Academia Aymara, liderada por Carlos Bravo e integrada por veintidós miembros. El cambio de nombre también obedecía a una voluntad de formalización y de reconocimiento institucional. A pesar de no llegar a conformar una cátedra de aymara dentro de la universidad, lograron ser dotados de un local propio, facilitado por la Alcaldía,⁷² y sacar un boletín mensual homónimo, que circuló hasta 1901.

⁶⁶ Agulhon, *El círculo burgués*, p. 112.

⁶⁷ Ricardo Mujía, *Hoja de servicios*, volumen 1, manuscrito inédito, 1883-1894.

⁶⁸ Sociedad Gutiérrez, *Álbum del 16 de julio*, La Paz, Imprenta de *La Razón*, 1885, p. iv.

⁶⁹ José Luis Ruiz, “Farmacopea aymara de Bolivia”, *Revista Runa Yachachiy*, 2018 [1884], p. 6. Disponible en: <<http://www.alberdi.de/Farmacop-Bol.Ruiz-Presenta-Alberdi.pdf>>.

⁷⁰ Carmen Beatriz Loza, *Itinerarios de Max Uhle en el Altiplano boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896)*, Berlín, Gebr. Mann, 2004, p. 107. Disponible en: <https://publications.iai.spk-berlin.de/receive/riai_mods_00000216>.

⁷¹ *Ibid.*, p. 109.

⁷² *Ibid.*, p. 112.

Las sociedades intelectuales sirvieron, igualmente, como palestra para nuevas corrientes literarias. Por ejemplo, es de notar que Julio Lucas Jaimes colaboró desde muy temprano con figuras importantes del modernismo boliviano, como Moisés Ascarruz e Isaac G. Eduardo, además de haber sido, por supuesto, el padre del poeta Ricardo Jaimes Freyre. La formación de esta nueva generación estuvo, sin duda, vinculada a su paso por distintos grupos en los que se cultivaban las artes y, sobre todo, la literatura. Así, entre 1882 y 1890, Jaimes Freyre participó en –al menos– ocho sociedades, en La Paz, Sucre y Tacna. Más allá de la Sociedad Progresista y de la Sociedad Sucre, él formó parte de:

[...] la Bohemia Tacneña, desde 1886, la Sociedad Progresista de Tacna (a la que [fue] invitado en junio de 1887), el Centro Científico-Literario, una sucursal de la Unión Ibero-Americana que ayuda a fundar en 1887, la Sociedad 25 de Mayo (una transformación de la Sociedad Sucre) y la Sociedad Filarmónica (que organiza[ba] “veladas literario-musicales”).⁷³

Asimismo, una mirada a *El Heraldo* de 1884 arroja algunas dinámicas asociativas, poco antes del fin de la guerra, en otros puntos urbanos importantes, como la ciudad de Cochabamba. Solo en los dos primeros meses de aquel año, se celebraron reuniones del Club Patriota y del Club Progreso⁷⁴ y comenzó a circular la revista literaria de la Sociedad 14 de Septiembre.⁷⁵

Es así que las últimas décadas del XIX perfilaron el camino para las asociaciones del siguiente siglo. Esa voluntad de organizarse de forma oficial, mediante estatutos y listas de miembros oficiales, supuso una cierta estructura para las reuniones, ya sean de ocio o bien de estudio. Efectivamente, muchas veces, la frontera entre ambas se desvanecía, pero aquello no eximía a sus asistentes de cumplir con ciertas formalidades que, con el tiempo, fomentarían la especialización en secciones, como claramente lo muestra la Asociación 16 de Julio (véase cuadro 1). La emergencia de grupos cada vez más diferenciados daría paso a importantes sociedades científicas como también a nuevos movimientos literarios.

Algunas reflexiones finales

El propósito de este trabajo ha sido estudiar algunas formas de sociabilidad durante la segunda mitad del siglo XIX con énfasis en los años que van de 1881 a 1884. A pesar de esta elección temporal tan limitada, el análisis de este período específico también permite entender una larga historia que atraviesa varias décadas, desde la fundación de la República hasta el siglo XX. De esta forma, se evidencia una indudable continuidad de prácticas ligadas al cultivo de las letras y de las artes, pero también de las ciencias. En efecto, al mismo tiempo que se leían poemas y novelas, se discutían ideas acerca de la física, la química o la medicina. Más todavía, pues las asociaciones también impulsaron el estudio de nuevas ciencias como la arqueología y la lingüística, que tuvieron un espacio muy particular en las veladas de las sociedades aymaristas y, luego, de las sociedades geográficas.

⁷³ Mauricio Souza, *Lugares comunes del modernismo. Aproximaciones a Ricardo Jaimes Freyre*, La Paz, Plural, 2003, p. 113.

⁷⁴ *El Heraldo*, 10 de enero de 1884.

⁷⁵ *El Heraldo*, 13 de febrero de 1884.

Al evidenciar este panorama, también se busca cuestionar algunas teorías sobre la conformación del campo intelectual en Bolivia. Así, por ejemplo, en *El nacimiento del intelectual en Bolivia*, Salvador Romero Pittari sostiene que la primera generación de intelectuales nacionales nació a principios del siglo xx. Su datación se encuentra, en parte, justificada por la “creación en los primeros años del siglo xx, en las principales capitales del país, de cenáculos literarios juveniles”.⁷⁶ Sin embargo, como se ha evidenciado, es necesario replantear esta afirmación y entender la emergencia de una generación de escritores liberales como una prolongación más que como una novedad. Los fenómenos comprobables en el 1900 resultan, en todo caso, una ampliación de las configuraciones asociativas decimonónicas.

Esta idea de continuidad es perceptible, por ejemplo, en el prólogo que Lucas Jaimes escribió para la primera edición de *Celeste* (1905) de Armando Chirveches.⁷⁷ En él, Brocha Gorda “armaba” como caballero al joven escritor y le dedicaba un “espaldarazo” para que fuese a las “lides del ingenio”. Aunque Romero Pittari intuye la existencia de una generación previa, también supone que el inicio del intelectual se da recién con el despunte del nuevo siglo. Sin embargo, los cimientos se establecieron mucho antes y estuvieron sujetos a dilatados procesos de formación. A pesar de varios intentos fallidos y de numerosos proyectos efímeros, las prácticas de sociabilidad se fueron afianzando, institucionalizando y especializando.

El estudio de este fenómeno permite, entonces, echar nuevas luces no solo sobre los escritores, sino también sobre los letrados en un amplio sentido del término. Poetas, novelistas, músicos, lingüistas o archivistas compartieron preocupaciones conjuntas que discutieron en veladas donde el ocio se mezclaba con la investigación y, en algunos casos, incluso con la política. La exploración de los años 1881 a 1884 se conecta, en gran medida, con importantes antecedentes desde los albores republicanos y los pone en relación con iniciativas posteriores que se extienden hasta el siguiente siglo. Esta es, simplemente, una muestra de las posibilidades que podría tener la categoría de sociabilidad para dimensionar la producción intelectual boliviana de antaño. □

Bibliografía

- Agulhon, Maurice, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, México, Siglo XXI, 2009 [1977].
- Barnadas, Josep, *Diccionario histórico de Bolivia*, Sucre, Grupo de Estudios Históricos, 2002.
- Bourdieu, Pierre, *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, París, Seuil, 1992.
- Bruno, Paula, “Introducción. Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930”, en P. Bruno (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2014.
- Chacón Torres, Mario, “Sociedades culturales del siglo xix en Potosí”, *Anales de la Academia Boliviana de la Historia, 1973-1979*, La Paz, Universo, 1980.
- Donoso, Vicente, “La Sociedad Geográfica de La Paz”, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, La Paz, Gamarra, 1949.
- Escala, María del Carmen, *El Ángel del hogar y el Ángel de la guerra. El discurso patriótico maternal de Carolina Freyre de Jaimes y su afirmación nacionalista desde el diario La Patria*, ad portas de la ocupación de Lima (1844-1880), Tesis de licenciatura, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015. Disponible en: <<https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/6399>>.

⁷⁶ Salvador Romero Pittari, *El nacimiento del intelectual en Bolivia*, La Paz, Caraspas, 2009, p. 47.

⁷⁷ Armando Chirveches, *Celeste*, La Paz, Imprenta Artística, 1905.

- Flores, Mery, “Sociedad geográfica Potosí”, *Presencia Literaria*, 1972.
- Frontaura Argandoña, Manuel, “Benemérita Sociedad Geográfica de La Paz”, *Presencia Literaria*, 1972.
- , “La Sociedad de Historia y Geografía de Cochabamba”, *Presencia Literaria*, 1972.
- Goldgel, Víctor, “Caleidoscopios del saber. El deseo de variedad en las letras latinoamericanas del siglo XIX”, *Estudios*, vol. 18, n° 36, 2010. Disponible en: <<https://biblat.unam.mx/hevila/EstudiosRevistadeinvestigacionesliterariasy culturales/2010/vol18/no36/2.pdf>>.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar, “La ‘sociabilidad’ y la historia política”, en AA. VV., *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador*, México, Instituto Mora, 2004.
- Irurzoqui, Marta, *La armonía de las desigualdades. Élite y conflicto de poder en Bolivia, 1880-1920*, Madrid-Cusco, csic-Centro Fray Bartolomé de las Casas, 1994.
- Loza, Carmen Beatriz, *Itinerarios de Max Uhle en el Altiplano boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896)*, Berlín, Gebr. Mann, 2004. Disponible en: <https://publications.iai.spk-berlin.de/receive/riai_mods_00000216>.
- Mendieta, Pilar, *Construyendo la Bolivia imaginada. La Sociedad Geográfica de La Paz y la puesta en marcha del proyecto de Estado-nación, 1880-1925*, La Paz, Instituto de Investigaciones Históricas, 2017.
- Montaño Durán, Patricia, *Modesta Sanginés (1832-1887). Precursora del feminismo*, Tesis de licenciatura, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, 2004. Disponible en: <<https://repositorio.umsa.bo/bitstream/handle/123456789/26916/HIS-55.PDF?sequence=1&isAllowed=y>>.
- Paredes de Salazar, Elsa, *Diccionario biográfico de la mujer boliviana*, La Paz, Isla, 1965.
- Parodi, Daniel, *La laguna de los villanos. Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la guerra del Pacífico (1881-1883)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2011.
- Romero Pittari, Salvador, *El nacimiento del intelectual en Bolivia*, La Paz, Caraspas, 2009.
- Rossells, Beatriz, “Las frustraciones de la oligarquía del sur. Cultura e identidad en Chuquisaca del XIX”, en AA.VV., *El siglo XIX. Bolivia y América Latina*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos, 1997. Disponible en: <<https://books.openedition.org/ifea/7424>>.
- Ruiz, José Luis, “Farmacopea aymara de Bolivia”, *Revista Runa Yachachiy*, 2018 [1884]. Disponible en: <<http://www.alberdi.de/Farmacop-Bol.Ruiz-Presenta-Alberdi.pdf>>.
- Soto Velasco, Kurmi, “Esbozo de una semblanza. Las aventuras de Eloy Perillán Buxó (1848-1889) en La Paz (1877)”, *Estudios Bolivianos*, n° 27, 2017. Disponible en: <https://www.academia.edu/36310695/Esbozo_de_una_ semblanza_Las_aventuras_de_Eloy_Perill%C3%A1n_Bux%C3%B3_1848_1889_en_La_Paz_1877>.
- Souza, Mauricio, *Lugares comunes del modernismo. Aproximaciones a Ricardo Jaimes Freyre*, La Paz, Plural, 2003.

Resumen / Abstract

Sociabilidad en tiempos bélicos. Asociaciones intelectuales bolivianas durante la guerra del Pacífico (La Paz, 1881-1884)

El objetivo de este artículo es analizar la constitución y la permanencia de sociedades intelectuales en La Paz (Bolivia) entre 1881 y 1884. A pesar de que fue un período marcado por la guerra del Pacífico, el contexto bélico no significó un debilitamiento de estas prácticas de sociabilidad, sino que, al contrario, supuso su consolidación.

El trabajo se basa en el estudio de distintas fuentes primarias, con acento en periódicos locales, revistas, folletos y papeles sueltos. Su intención es aportar al mejor conocimiento de la cultura letrada boliviana –y, particularmente, paceña– del siglo XIX. A través de esta propuesta, se pretende demostrar que el ejercicio de las letras tuvo un papel definitivo para las élites a lo largo de este período y que estuvo sujeto a una renovación generacional que prueba su vitalidad.

Palabras clave: Literatura - Historia cultural - Siglo XIX - Sociabilidad - Bolivia - Guerra del Pacífico

Wartime Sociability: Literary Societies in Bolivia during the War of the Pacific (La Paz, 1881-1884)

The aim of this article is to analyze the emergence and prevalence of literary societies in La Paz (Bolivia) between 1881 and 1884. Although it was a period troubled by the War of the Pacific, these social practices didn't decrease. On the contrary, they not only became stronger during this lapse of time but initiated a process of institutional consolidation.

This work is based on a series of primary sources, such as local newspapers, magazines, brochures and other documents. Its purpose is to contribute to the better knowledge of 19th century Bolivian literary culture –especially, from La Paz–. The intention of this study is to demonstrate literature was of fundamental importance for the elites of that period and was subject to a generational renewal that confirmed its vitality.

Keywords

Literature - Cultural History - 19th Century - Sociability - Bolivia - War of the Pacific

Fecha de recepción del original: 20/10/2022

Fecha de aceptación del original: 19/1/2023

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas27.1355>

El proyecto historiográfico de Martín García Mérou

Sus lecturas de Alberdi, Echeverría y Sarmiento

Alejandro Romagnoli*

Universidad de Buenos Aires / CONICET

La figura de Martín García Mérou ha recibido una renovada atención en los últimos años.¹ Aquí nos abocaremos a estudiar una de las zonas menos trabajadas de su obra, el proyecto inconcluso de hacer una historia intelectual a través de las grandes figuras de la generación de 1837. Para hacerlo, atenderemos no solo al material publicado por el autor, ya sea que haya llegado o no a reunirlo en libro, sino también a borradores, cartas personales, y artículos anónimos que por primera vez aquí se le adjudican.

En las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, se verifica un momento fuerte de emergencia de la crítica literaria en la Argentina. Es entonces cuando comienzan a aparecer cada vez más claramente autores que forjan un perfil como críticos. Si con anterioridad la de Juan María Gutiérrez se recortaba como una figura de excepción, para los años de la llamada generación de 1880 los nombres asociados con la crítica comienzan a contarse en mayor medida: Calixto Oyuela, Paul Groussac, Ernesto Quesada, Martín García Mérou, entre otros.

Una de las características distintivas de ese momento de emergencia es, como señaló Pastormerlo,² el hecho de que esa crítica se encuentra orientada hacia la literatura que le era contemporánea.³ Buena parte de la obra de García Mérou se dirige en ese mismo sentido. Sus “Palmetazos”, la sección que firmaba con el seudónimo “Juan Santos” en *El Álbum del Hogar* (1879), estaban dedicados a reseñar los contenidos de la propia revista, o de otras, como *La Ondina del Plata*. De esa orientación hacia la literatura coetánea también resulta un buen ejemplo la serie periodística “La novela en el Plata”, reunida en *Libros y autores* (1886).⁴

* aeromagnoli@gmail.com. ORCID: < <https://orcid.org/0000-0002-2923-9846> >

¹ Véase, por ejemplo, Paula Bruno, *Martín García Mérou. Vida intelectual y diplomática en las Américas*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2018.

² Sergio Pastormerlo, “¿Crítica literaria sin literatura? Sobre el nacimiento de la crítica argentina hacia 1880”, *Iº Congreso Internacional Celehis de Literatura*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2001.

³ De la mano de la progresiva e incipiente constitución de un mercado de bienes simbólicos y culturales, emergen en esos años algunos géneros modernos de la literatura argentina, como la novela o la crítica (sobre la emergencia de la novela, véase Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004).

⁴ Sobre esta serie periodística, véase Alejandro Romagnoli, “La emergencia de la crítica literaria en Argentina y el debate en torno al naturalismo: las lecturas de Martín García Mérou (*cocottes*, Miguel Cané y novela nacional)”, *Cuadernos del CILHA*, n° 36, 2022. Sobre la emergencia de la crítica literaria en las últimas décadas del siglo XIX, véanse –además del trabajo citado de Pastormerlo– Oscar Blanco, “De la protocritica a la institucionalización de la

Sin embargo, es en otra zona de su obra en la que nos detendremos. Se trata, para los últimos años del siglo XIX, de un caso impar, “el único proyecto historiográfico cultural, literario, surgido en el seno de la generación del Ochenta”, según Barcia.⁵ El primer volumen publicado por García Mérou fue el que dedicó a Juan Bautista Alberdi; sostenía el crítico acerca de sus propósitos:

[...] trataremos de reflejar las diversas fases del pensamiento argentino, en la persona de sus grandes representantes, durante el período histórico que empieza en medio de la tiranía de Rosas y termina con la organización definitiva de la República. Las figuras de Echeverría, Mitre, Vicente Fidel López, Sarmiento, Lamas, Gutiérrez, etc., serán analizadas a su turno en el curso de este largo plan, al que hace algún tiempo prestamos una constante y entusiasta dedicación.⁶

Como se ve, y si bien el proyecto quedó –por lo que puede leerse en esta presentación– muy incompleto (solo alcanzó a publicar los estudios de Alberdi y de Echeverría, y algunos capítulos del que estaría dedicado a Sarmiento), pretendía ser una totalidad, un estudio sistemático. En este sentido, podemos ubicarlo en un proceso que, desde las ideas programáticas de Gutiérrez hasta su concreción en Ricardo Rojas, pretendía conformar una historia literaria.⁷ Quizá García Mérou haya emprendido tal empresa motivado por Estanislao Zeballos, quien lo alentó en estos términos en una carta fechada el 24 de junio de 1888:

Yo había soñado, mi querido García Mérou, que Ud., temperamento esencialmente literario, con un estilo vigoroso y ardiente, con una singular preparación (literaria) y un gusto no contaminado, era el indicado para escribir la Historia del movimiento literario del Río de la Plata, cuyo pasado brilla y brillará más, sin duda, que el presente, pero cuyo conjunto ofrece ya mucho terreno a la investigación crítica.⁸

Esta historia del pensamiento o de la literatura argentina –los términos poseen, para el momento en que escribe García Mérou, una amplitud de sentido que permite su equiparación o solapamiento– evidencia los límites de lo que el discurso de la crítica (literaria) imponía por entonces: se trata de un proyecto de índole historiográfica que –se diría– no podía sino quedar inacabado. Por otro lado, en esa tentativa por fundar una historia, García Mérou adjudica –o, al menos, tal cosa pueda ser leída en esas páginas, sostendremos– rasgos diferenciadores, per-

crítica literaria”, en A. Rubione (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. La crisis de las formas*, Buenos Aires, Emecé, 2006, y Alejandro Romagnoli, “La emergencia de la crítica literaria en Argentina: en torno a Pedro Goyena”, *Exlibris*, n° 9, 2020.

⁵ Pedro Luis Barcia, *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde los orígenes hasta 1917*, Buenos Aires, Pasco, 1999, p. 164.

⁶ Martín García Mérou, *Juan Bautista Alberdi (ensayo crítico)*, Buenos Aires, Pablo E. Coni, 1916 [1890], p. 7.

⁷ Sobre “La constitución de la historia literaria argentina”, véase Oscar Blanco (en N. Rosa [ed.], *Políticas de la crítica: historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999).

⁸ García Mérou cita esta carta en *Confidencias literarias* (Buenos Aires, Argos, 1894, pp. 24-25), continuación de *Recuerdos literarios*, obras en clave memorialista en las que cuenta sus experiencias en la vida literaria de Buenos Aires y, también, en otras ciudades sudamericanas, como resultado de sus viajes diplomáticos. Sin embargo, la carta bien puede citarse a propósito del proyecto historiográfico que estamos analizando.

files diversos. Alberdi, Echeverría, Sarmiento, cada uno de ellos viene a ocupar un lugar específico, que el crítico les reserva para intentar garantizarle un origen intelectual a la patria.⁹

Los alcances del carácter nacional de la empresa historiográfica

En la época en que escribe García Mérou, existen distintas representaciones acerca de la posibilidad de una literatura propia y, por tanto, de una historia literaria *nacional*. Acaso el que más claramente haya formulado la distinción que nos interesa es Bartolomé Mitre. En un artículo de 1897 publicado en *La Biblioteca*, negaba la existencia de la “Letras americanas”, pero, como no dejaba de aclarar, lo que afirma pretendía valer también para la literatura argentina:

[...] podría escribirse con alguna más unidad una historia especial de la literatura hispanoamericana, desde sus orígenes hasta nuestros días, que tendría su utilidad y su razón de ser; pero a condición de considerar los productos literarios *no como modelos, sino como hechos*, caracterizando bajo esta faz la época colonial, la de la lucha por su emancipación y la vida independiente y democrática de sus repúblicas, como expresión de la sociabilidad en los tres grandes períodos sucesivos. *Si no un curso de literatura, sería un curso de historia literaria.*¹⁰

Estas dos formas de considerar el asunto (las obras como modelo, las obras como hechos) son una distinción que recorre todos los textos que, por entonces, se planteaban el problema de la existencia de una literatura nacional. Mitre acudía a esta concepción propia del historicismo romántico para negar que hubiera una literatura, aunque no negaba que existiera una historia, que, de literaria, apenas si estaría dada por referirse a libros y autores producidos en cierta geografía.¹¹ En definitiva, lo que faltaba, para Mitre, y que hubiera sido necesario para poder hablar de literatura nacional –y de historia esta vez sí propiamente literaria– es la originalidad: la existencia de una cierta organicidad u homogeneidad, esto es, un cierto “plan racional”.¹²

Es interesante observar un fragmento en que Juan María Gutiérrez se planteó esta cuestión, o, mejor, en que prefirió no plantearla. Sostiene Sarlo:

⁹ Hemos emprendido una lectura minuciosa de las fuentes consultadas. La profusión de algunas citas no debiera inducir al equívoco –y con esto hacemos nuestra la advertencia de Oscar Terán en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 11– de que las fuentes producen sentido por sí solas. Para otros análisis del proyecto de García Mérou, véase Barcia, *Historia de la historiografía literaria argentina*, pp. 151-164, y Bruno, *Martín García Mérou*, pp. 27-29.

¹⁰ Bartolomé Mitre, “Letras americanas”, *La Biblioteca*, año 2, tomo 4, 1897, pp. 67-68; cursivas añadidas. Se trata de una reelaboración de una carta de 1887 dirigida a Miguel M. Ruiz (reproducida en Bartolomé Mitre, *Correspondencia literaria, histórica y política*, tomo 3, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1912, pp. 169-178). Para un análisis de la carta y su contraposición con la concepción de literatura sostenida por Joaquín V. González, véase Diego Chein, *La invención del folklore. Joaquín V. González y la otra modernidad*, Tucumán, Consejo de Investigaciones de la UNT, 2007, pp. 44-50.

¹¹ *Ibid.*, p. 66.

¹² *Ibid.*, p. 68.

[...] Gutiérrez no entra en la polémica sobre la existencia de una literatura nacional tal como se planteó después, y en varias ocasiones. Juan María Gutiérrez parte de la conciencia, y de la creencia de que tal literatura existe y que no solo puede sino que debe ser estudiada.¹³

No es nuestra intención ahora hacer un rastreo exhaustivo, ni mucho menos, de las formas en que estas ideas aparecen en la obra crítica e histórica de Gutiérrez. Pero si nos detenemos ahora en un pasaje que puede ser tomado como representativo, observaríamos que Gutiérrez solo tendría la creencia de una literatura nacional, pero en el segundo sentido definido por Mitre, en la medida en que hablaba de los libros como hechos, no como modelos:

No comenzaremos por examinar si tenemos o no *una* literatura, porque semejante investigación no cabe dentro de los límites que nos hemos trazado. Lo que sí parece que puede sentarse como un hecho es que “no carecemos de literatura”, puesto que nadie puede poner en problema que tanto en la época colonial como en la subsiguiente, nacieron y vivieron en el seno de nuestra sociedad, varios hombres de talento y de estudio que dejaron notorios vestigios de estas calidades, en la tradición o en sus escritos, ya inéditos, ya publicados por la prensa.¹⁴

En ocasiones, al citarse este pasaje, se normaliza la ortografía al punto de hacer perder el sentido original. Porque, en rigor, Gutiérrez no prescinde de la pregunta por si existe una literatura nacional, sino por si existe *una* literatura nacional. Además de las bastardillas, también las comillas, que enmarcan “no carecemos de literatura”, y que suelen eliminarse cuando se cita este pasaje, están marcando un modo específico de entender la literatura. En suma, según nuestra lectura, en este fragmento, Gutiérrez no niega, como Mitre, que exista una literatura propia, definida con rasgos que la hacen única, sino que suspende esa pregunta para abocarse a lo que también a Mitre le parecía posible, y en todo caso útil, el estudio de las obras como hechos, documentos que cabe recoger y estudiar.

La cuestión se “resuelve” en *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Y nos detenemos en el título de esa primera edición: *La literatura argentina*, y no la *Historia de la literatura argentina*, como se llamará posteriormente. Leemos el título original de Rojas, como si dijera: he aquí, finalmente, “la literatura argentina”. Como si ese título primero retomara la disyuntiva de Mitre, y apostara por un “curso de literatura” (en cuanto las obras eran consideradas como modelos), y no “un curso de historia literaria” (en cuanto bajo este rótulo las obras serían consideradas solo como hechos).

Pero regresemos a nuestro autor, García Mérou. En su caso, la declaración en relación con el propósito nacional de su empresa que es posible rastrear se encuentra al comienzo del *Ensayo sobre Echeverría*. En rigor, se limita a citar “las nobles líneas” que Gutiérrez había escrito sobre el tema.¹⁵ Y que son exactamente las mismas líneas a las que nos referimos más arriba. Esto es, García Mérou no teorizó, tampoco arriesgó, un plan para las posibilidades de

¹³ Beatriz Sarlo, *Juan María Gutiérrez: historiador y crítico de nuestra literatura*, Buenos Aires, Escuela, 1967, pp. 78-79.

¹⁴ Juan María Gutiérrez, “Reminiscencias. Literatura antigua americana y especialmente de la República Argentina”, *Revista de Buenos Aires*, tomo 12, año 4, n° 48, abril de 1867, p. 468; cursivas del original.

¹⁵ Martín García Mérou, *Ensayo sobre Echeverría*, Buenos Aires, Peuser, 1894, p. 5.

una historia nacional. Se ciñó, para volver a decirlo con los términos de Mitre, a tomar a la literatura como hecho, y no como modelo.

El exterior de la serie: la defensa de Alberdi y la condena (y defensa) de Sarmiento

En 1886, desde *El Censor*, periódico que fundara el año anterior, Sarmiento publicó una carta de Juan B. Alberdi, de 1866, dirigida a Gregorio Benítez, entonces ministro del Paraguay, con la intención de acusar a su autor (por sus opiniones acerca de la Guerra del Paraguay) de traidor a la patria.¹⁶ En *Sud-América*, se publicaron, como réplica, una serie de artículos en contra de Sarmiento y en defensa de la memoria de Alberdi, fallecido en 1884. Los artículos, anónimos, fueron atribuidos a Paul Groussac,¹⁷ pero, en realidad, publicados en enero de 1886, no fueron escritos por quien había sido el director del diario hasta junio de 1885. Amén de su carácter de director emblemático de la publicación, la apresurada atribución pudo obedecer acaso a cierta semejanza entre el estilo corrosivo de Groussac y el que presentan esas páginas sin firma. Sin firma, pero de las que no caben dudas que fueron escritas por García Mérou. Ante todo, por una razón bien simple: en el fondo del autor del Instituto Bibliográfico “Antonio Zinny” se conservan los recortes del diario, agrupados con una carátula que lleva su firma.¹⁸ El contenido de esos artículos, por otro lado, tiene mucho en común con las tesis que García Mérou sostendrá en *Juan Bautista Alberdi (Ensayo crítico)* (1890), en que defiende a Alberdi de la acusación de traidor y en que critica a Sarmiento, aunque no con el tono acre que es propio de aquella serie aparecida en *Sud-América*.¹⁹ Asimismo, tanto en el ensayo como en la serie periodística, García Mérou cita, para dar cuenta del modo en que Alberdi refuta opiniones de Sarmiento, cartas personales de Alberdi dirigidas a su sobrino, Guillermo Aráoz, y que el crítico obtuvo por parte de Benjamín Aráoz, hermano de Guillermo. Estas cartas también se conservan en el mismo fondo bibliográfico.²⁰

En el ensayo de 1890, García Mérou no dejará de realizar críticas a Sarmiento (recordará que fue el autor de *Las ciento y una* quien trazó “una leyenda infamante hasta sobre la humilde piedra de [...] [la] tumba” de Alberdi)—,²¹ pero no del modo vehemente con que las hacía en 1886. En *Sud-América*, García Mérou se refería a “los delirios de un cerebro enfermo”, al “caso patológico” de Sarmiento, “dominado por pasiones violentas, juguete de su vanidad y egoísmo”.²² La acusación más dura era la de hacer recaer en Sarmiento, y no en Alberdi, la condición de “traidor” a la patria, en especial por defender los derechos de Chile sobre el estrecho de Magallanes.²³ A la luz del desarrollo argumental posterior, podría pensarse que las

¹⁶ Alberdi ya había recibido con anterioridad tal acusación. Se había defendido de ella en *Palabras de un ausente (Obras completas de J. B. Alberdi)*, tomo VII, Buenos Aires, Imprenta de “La Tribuna Nacional”, 1887, pp. 145-148.

¹⁷ Guillermo Gagliardi y Mauricio Meglioli, *Testimonios de un hacedor. Bibliografía sobre Domingo Faustino Sarmiento*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011, p. 130.

¹⁸ Fondo Martín García Mérou del Instituto Bibliográfico “Antonio Zinny”, caja 1, legajo 1885-1886, ff. 73-85.

¹⁹ La serie se conforma por las siguientes entregas: “De ultratumba. Alberdi contra Sarmiento” (12/1/1886); “De ultratumba. El gran traidor” (14/1/1886); “Facundo II. Alberdi contra Sarmiento” (16/1/1886); “Alberdi contra Sarmiento. Golpe de gracia” (19/1/1886).

²⁰ Fondo Martín García Mérou del Instituto Bibliográfico “Antonio Zinny”, caja 2, legajo 1887-1889, ff. 62-95.

²¹ García Mérou, *Juan Bautista Alberdi*, p. 289.

²² Martín García Mérou, “De ultratumba. Alberdi contra Sarmiento”, *Sud-América*, 12 de enero de 1886.

²³ Martín García Mérou, “De ultratumba. El gran traidor”, *Sud-América*, 14 de enero de 1886.

críticas a Sarmiento en esta serie de textos no estarían en rigor particularmente motivadas por una real animadversión hacia el autor del *Facundo*; la vehemencia del rechazo sería la vehemencia que requería su defensa de Alberdi. Hacia la vida y la obra del tucumano existía, según veremos, por parte de García Mérou, una corriente de profunda simpatía. Por lo demás, es imperioso evaluar en todos los casos las circunstancias en las que escribe. Cuando redacte su *Historia de la República Argentina* (material pedagógico producido de acuerdo con el programa de los colegios nacionales), García Mérou omitirá toda clase de críticas y hará primar la exaltación patriótica: allí las figuras de Sarmiento y de Alberdi se yuxtaponen sin solución de continuidad, colaboran para construir del retrato virtuoso de la generación romántica.²⁴

Más allá de las motivaciones sobre las que no se puede sino especular, lo que media por lo pronto entre los artículos de 1886 y el ensayo sobre Alberdi, de 1890, es la relación que García Mérou entabló con Sarmiento en Paraguay, en 1888, cuando García Mérou era diplomático y Sarmiento se trasladó a aquel país en busca de un clima más benigno, que no impediría que muriera en septiembre, bajo la mirada atenta de los médicos, pero también de la diligencia amistosa de quien antes –anónimamente– lo había llamado traidor. Acaso en el fuerte contraste entre estas imágenes, construidas con una diferencia muy acotada de tiempo, resida una de las claves con respecto al lugar problemático que el estudio crítico sobre Sarmiento tuvo en el proyecto de la historia del pensamiento argentino al que estamos atendiendo.

A pesar de que García Mérou nunca publicó el ensayo sobre Sarmiento, sabemos que lo comenzó a escribir durante su estadía como diplomático en Paraguay. En una de las primeras páginas del ensayo sobre Alberdi, publicado en 1890, ya se anunciaba, como obra “en preparación”, el título *Domingo Faustino Sarmiento (Ensayo crítico)*. Y fue ese mismo año en que se publicaron dos de los tres capítulos conservados: en la *Revista Nacional* (t. 12, 1890, pp. 72-79) apareció el primer capítulo, titulado “D. F. Sarmiento”, y en *La Nación*, el 17 de agosto de 1890, el segundo, con el título “*Recuerdos de provincia* (fragmento de un ensayo crítico, inédito, sobre D. F. Sarmiento)”.²⁵

La indagación en la correspondencia de García Mérou nos ha permitido observar que, para el año 1900, el estudio sobre Sarmiento aún permanecía inconcluso. El 15 de noviembre de 1900, Domingo A. Crisci, en representación de la recientemente inaugurada Biblioteca Pública de Bragado, le escribe pidiéndole ejemplares de “sus importantes obras: ‘Sarmiento’ y ‘Notas americanas’”.²⁶ La respuesta de García Mérou, que no envía ninguno de los libros solicitados, es la siguiente: “Remítale a U. *El Brasil intelectual*, última obra que he publicado, para la biblioteca de la ciudad. En cuanto al estudio sobre Sarmiento, aún no está en prensa, pero pienso terminarlo en breve, demorando su envío, por esta causa”.²⁷

A pesar del grado avanzado de escritura del ensayo, según se revela por la carta de García Mérou, nada se encuentra entre los papeles conservados de todo ese material que conformaría el tantas veces anunciado ensayo sobre Sarmiento. No hay ningún rastro en el Archivo General

²⁴ Martín García Mérou, *Historia de la República Argentina*, tomo 2, Buenos Aires, Ángel Estrada y Cía., 1905, pp. 340-342.

²⁵ Un tercer capítulo se publicó posteriormente (“Sarmiento polemista. La campaña en el Ejército Grande”, *La Biblioteca*, año 1, tomo 2, septiembre, 1896).

²⁶ Domingo A. Crisci, carta a Martín García Mérou, fechada el 15 de noviembre de 1900, Archivo General de la Nación, colección Biblioteca Nacional, legajo 545. Con “Notas americanas” se refiere a *Estudios Americanos*.

²⁷ Martín García Mérou, carta a Domingo A. Crisci, fechada el 21 de noviembre de 1900, Archivo General de la Nación, colección Biblioteca Nacional, legajo 552, f. 358.

de la Nación. Y en el Instituto Bibliográfico “Antonio Zinny” solo se conservan los borradores de los tres capítulos publicados.

Juan B. Alberdi: el verdadero pensador

Si Sarmiento fue una figura problemática para García Mérou, lo contrario se puede afirmar de Juan B. Alberdi. Las opiniones vertidas en *Sud-América* y luego en el ensayo crítico son semejantes. Lo defendía en 1886 y lo seguirá defendiendo en 1890. Y la imagen de Alberdi que García Mérou construye en las numerosas páginas de su estudio es también uniforme; no hay mayores tensiones o contradicciones en los juicios desplegados a propósito de los sucesos de la vida y de los episodios de la obra.

En los archivos de García Mérou se conserva una cantidad considerable de material relacionado con su ensayo sobre Alberdi. En una carta del 10 de marzo de 1890, Vicente Fidel López lo elogia en estos términos:

No sería propio que sobre obra de ese género, yo le dijere a V. otra cosa, sino que veo en ella con sumo gusto la prueba de que V. posee con solidez las tres principales calidades que distinguen a los grandes críticos: la observación concentrada en todas las fases de su asunto; la labor persistente para investigarlo; y la benevolencia del criterio: esa noble predisposición que los romanos recomendaban a sus jueces con el sublime axioma: *summum ius summa iniuria*, para prevenirlos contra la malignidad que no pocas veces inspira a los que no elevan lo bastante su criterio para comprender que la justicia no debe separarse jamás de la benevolencia ni aun cuando tenga que ser severa y asertiva.²⁸

Nos interesa detenernos en la tercera cualidad destacada por López, la benevolencia del crítico, que es también mencionada por Julio Bañados Espinosa en un artículo aparecido en *El Comercio* de Lima, aunque con tono de reproche, cuando señala que no debe olvidar “el biógrafo” de Alberdi la necesidad de “tener, junto al incensario, un pequeño cauterio, y a veces bisturí de diestro cirujano”, o cuando añade que García Mérou es “un crítico bondadoso, [que] no se atreve a veces ni a dar un pellizco”.²⁹ Más allá de los modos en que ese estilo se concretiza en los distintos libros de García Mérou, importa destacar que, en el caso del ensayo sobre Alberdi, se ve reforzado por las cualidades con las que se presenta el personaje estudiado a los ojos del

²⁸ Vicente Fidel López, carta a Martín García Mérou fechada el 10 de marzo de 1890, Archivo General de la Nación, colección Biblioteca Nacional, legajo 517, pieza 8284.

²⁹ Julio Bañados Espinosa, “Publicistas argentinos. Martín García Mérou (De *El Comercio* de Lima)”, recorte conservado en el Archivo General de la Nación, legajo 541. Una precisión acerca del término “biógrafo”, utilizado por Julio Bañados Espinosa. Si bien García Mérou reseña la vida de los autores estudiados, no lo hace como su tarea central. Esto puede constatarse cuando remite al lector, para conocer la “vida” de Alberdi, a la “biografía” escrita por Pelliza, o por Bilbao y Reynal O’ Connor, y agrega, apuntando a la índole de su ensayo: “Por lo demás, esta vida, puramente intelectual, está encerrada mejor que en parte alguna, en sus numerosos escritos” (García Mérou, *Juan Bautista Alberdi*, p. 17, nota 1). Por otro lado, tampoco le cabría a la obra de García Mérou el término “bibliografía”. En su *Ensayo sobre Echeverría*, deja sin comentar la colección completa de las obras en prosa porque “Su mención, detallada y cronológica, más que a la crítica, pertenece al dominio de la bibliografía” (García Mérou, *Ensayo sobre Echeverría*, p. 162). Es verdad que en el trabajo sobre Alberdi sigue una exposición cronológica, pero García Mérou pretende ir más allá del breve apunte bibliográfico.

crítico. En la serie de artículos de *Sud-América* la falta de benevolencia se explica por el anonimato. Es solo con la firma, cuando la opinión debe defenderse con el nombre, cuando se le hace necesario matizar las críticas.

A diferencia de los provocadores y desenfadados “Palmetazos” (1879), en la serie de estudios dedicados a los hombres más destacados de la generación romántica García Mérou rehúye —o al menos esa es la imagen que intenta presentar— la disputa: “Nuestro ensayo crítico sobre Alberdi no es un libro de polémica: es una obra de comentario y de análisis. Nos ha guiado al escribirle un espíritu de respetuosa benevolencia y de franca admiración por una de las inteligencias más brillantes y nítidas de nuestra patria.”³⁰ He ahí, de nuevo, la benevolencia de la que hablaba Vicente Fidel López.

La pasión, que suele acompañar la discusión, aparece en el ensayo fuertemente marcada con un signo negativo. Por ejemplo, a propósito de ciertos juicios de Bartolomé Mitre, al que “la pasión” le habría impedido reconocer las virtudes del espíritu de Alberdi.³¹ Alberdi, quien, en cambio, resulta elogiado por “el modo frío y exacto” de sus análisis.³² Del mismo modo aparece caracterizado en contraste con Sarmiento: “[...] en este duelo en que más de una vez se han producido heridas sangrientas, toda la razón está de parte de Alberdi. Su tranquilidad y su sangre fría contrastan con la violencia y el desborde de insultos de su adversario”.³³

No obstante, esa distribución de roles no es siempre nítida. En los artículos de *Sud-América* fue donde García Mérou expresó de manera más clara ese otro perfil de Alberdi: “Él es también apasionado y, al sentirse agredido, devuelve golpe por golpe a sus más encarnizados enemigos”.³⁴ En el ensayo de 1890, en que se lo caracteriza como “el primer polemista de nuestra literatura”, ese desajuste en la dicotomía pasión-frialdad también está presente.³⁵ Puede pensarse en la tensión que se produce entre la presentación de Alberdi como “enemigo de la denigración del ataque envenenado” y la “gota de arsénico” que habría “en el fondo de su sátira”.³⁶

Además de rechazar la polémica, la serie de ensayos de García Mérou sobre los principales hombres de la generación romántica quiere perseguir un “patriótico empeño”.³⁷ En este punto, también existe una suerte de identidad entre el crítico y el criticado, en la medida en que Alberdi es, para García Mérou, un patriota, y en su obra el “ardor de patriotismo” es un “rasgo distintivo que la hace simpática como pocas”.³⁸

Sus errores (aquellos pocos errores de Alberdi que García Mérou reconoce) se refieren precisamente a episodios que podrían afectar esa condición (a tal punto que los adversarios

³⁰ García Mérou, *Juan Bautista Alberdi*, pp. 8-9.

³¹ *Ibid.*, p. 123.

³² *Ibid.*, p. 237.

³³ *Ibid.*, p. 176.

³⁴ Martín García Mérou, “Alberdi contra Sarmiento. Golpe de gracia”, *Sud-América*, 19 de enero de 1886.

³⁵ García Mérou, *Juan Bautista Alberdi*, p. 188.

³⁶ *Ibid.*, p. 9 y 177 respectivamente. Haremos aun otra cita, que, ya no en contrapunto con Sarmiento, contrasta sí la pasión y la frialdad, y que es interesante de recuperar aquí porque muestra que, si las cualidades atribuidas a Alberdi son virtuosas, al mismo tiempo no dejan (en esta ocasión, que no se repite en el ensayo) de tener un costado negativo (producir un texto por momentos poco claro). García Mérou se refiere a *Peregrinación de Luz del Día*: “Esta preocupación de imparcialidad y esta abstención voluntaria de personalismo hacen oscuros algunos de los episodios de *Luz del Día*, pero, en cambio, le da un tono de prescindencia y de elevación filosófica que no es posible dejar de reconocer” (*ibid.*, p. 252).

³⁷ *Ibid.*, p. 8.

³⁸ *Ibid.*, p. 147.

hayan podido –de forma injusta para el crítico– calificarlo de traidor). Uno de ellos (referido a la forma en que la cuestión de la nacionalidad de los ciudadanos extranjeros se había pactado en un tratado con España) constituiría la “única derrota verdadera” de Alberdi como diplomático,³⁹ aunque se trataba, como García Mérou se apresura a apuntar, de una derrota “nacida de un propósito noble”, producto de una “ofuscación momentánea”, lo que la haría “disculpable”.⁴⁰

El otro episodio, esperablemente, es el referido a la guerra del Paraguay, que ya había suscitado la defensa de García Mérou en 1886, desde *Sud-América*. El crítico, dada la importancia del punto, escribe una larga “digresión histórica” con la que busca “plantear los términos del problema antes de examinar las opiniones de Alberdi”.⁴¹ Y, frente a esas opiniones, se mostrará en absoluto desacuerdo. Los juicios de Alberdi le parecerán “inaceptables o inexactos”, algunos de sus párrafos “indisculpables”.⁴² Con lo que discrepa básicamente es con la “defensa de la causa de [Francisco Solano] López” que había llevado adelante Alberdi, pensamiento que habían sostenido asimismo “Adolfo Alsina y todo su partido”.⁴³ Por el contrario, en toda esa “digresión histórica” lo que hace García Mérou es insistir en la “barbarie del Paraguay”, desde el período precolombino, pasando por la Colonia, y hasta López.⁴⁴ Y, no obstante, pese a esta discrepancia de fondo, en todos los casos García Mérou no esgrime sino alguna forma de la disculpa: el “escozor de las heridas aún abiertas”, el “desinterés de su prédica y la sinceridad respetable con que [Alberdi] emitía sus ideas”,⁴⁵ por ejemplo.

Además de su patriotismo, compartido en términos generales con sus compañeros de generación, lo que define a Alberdi en el ensayo de García Mérou es aquello que lo diferencia de las otras figuras que el crítico se proponía estudiar en esta serie de ensayos sobre el pensamiento nacional:

Su pluma está puesta al servicio de la ciencia y de la verdad. No posee la impetuosidad de polemista de Sarmiento; no resaltan en su persona los rasgos vigorosos del caudillo ni el prestigio halagador del tribuno. Mitre, López, Gutiérrez, Lamas señalan otros rumbos en su acción, y envueltos en la ola de los acontecimientos que se suceden en el seno de la patria, le prestan el ardor de sus pasiones y la ayuda generosa de sus fuerzas. Alberdi es, sobre todo y antes que todo, un pensador.⁴⁶

Aparecerán a lo largo de las páginas algunos sinónimos –“filósofo”, “teorizador”–⁴⁷ para expresar la misma idea: que “el interés intelectual lo domina con detrimento y exclusión de los otros intereses”.⁴⁸ Un ejemplo más, entre los más explícitos. Dice sobre Alberdi: “Siempre hay

³⁹ La identificación entre la actuación diplomática de Alberdi y la del propio García Mérou es otro elemento para considerar en relación con la simpatía del crítico hacia el criticado.

⁴⁰ García Mérou, *Juan Bautista Alberdi*, p. 203.

⁴¹ *Ibid.*, p. 217.

⁴² *Ibid.*, pp. 240 y 235 respectivamente.

⁴³ *Ibid.*, pp. 242 y 243 respectivamente.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 235, 217, 218 y 235 respectivamente.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 235 y 242 respectivamente.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 303.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 123.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 82.

en él una preocupación política, moral o científica. Es un *verdadero pensador*, un filósofo, pero no es un lírico”.⁴⁹

Reunidos esos pasajes como los reunimos, parece muy evidente que esa es la forma en que García Mérou conceptualiza a Alberdi; pero lo cierto es, por el contrario, que esos rasgos aparecen dispersos a lo largo de las muchas páginas del ensayo, y que solo el análisis permite conceptualizarlos de este modo. Sin embargo, habiendo inferido los rasgos de patriota y de pensador como los más sobresalientes o decisivos de la opinión crítica de García Mérou sobre Alberdi, podemos, al releer, encontrar un caso particular, específico, en que ya se verificaban, esto es, que ya marcaban una dirección. En su comentario del *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, García Mérou identificaba “dos rasgos fundamentales”: “Por una parte, el amor a la ciencia pura [...]. Por otra, el patriotismo vibrante y puro [...]”.⁵⁰

Convendrá no perder de vista estos ejes que comenzamos a distinguir en el análisis de la primera entrega de esta historia trunca del pensamiento argentino, puesto que persistirán –con variantes significativas– en el modo en que se traman los elementos que conforman las lecturas críticas de García Mérou sobre Echeverría y sobre Sarmiento.

Esteban Echeverría, el verdadero fundador

Si toda la serie de ensayos dedicados a hombres de la generación del 37 busca constituirse como una historia de “las diversas fases del pensamiento argentino”,⁵¹ el volumen dedicado a Echeverría puede entenderse como el intento por dar cuenta de la historia *literaria* argentina. El adjetivo no puede sino seguir teniendo un alcance amplio, pero posee una tendencia hacia la especificación. En ese proceso, Echeverría se define fundamentalmente como un literato (y no un pensador), y su obra, ante todo, por la literatura, en especial la poesía (y no por los escritos doctrinarios).

La particular estructura del libro es ya un claro índice de la operación fundamental que articula este ensayo. A diferencia del dedicado a Alberdi, en el que, tras unos breves apuntes biográficos seguía un orden cronológico en el comentario crítico de las obras, el *Ensayo sobre Echeverría* está dividido en cuatro partes, y solo la tercera y la cuarta están dedicadas a quien da título al libro. En la primera parte se dedica a estudiar “Los modelos del siglo XVIII y las primeras manifestaciones literarias en el Plata” y en la segunda hace una “Ojeada sobre los poetas de la Revolución y de la época de Rivadavia”. Recién la tercera la destina a “La vida de Echeverría y sus ideas políticas y artísticas” y la cuarta al “Análisis de las obras poéticas de Echeverría”.

En una carta del 19 de febrero de 1895, Miguel Cané le critica esa estructura. Aunque no leyó el libro completo, le señala a García Mérou que la primera parte, “excelente en sí misma”,

⁴⁹ *Ibid.*, p. 76; cursivas añadidas. Se trataba de una idea sobre Alberdi que otros autores del período podían fácilmente compartir. La encontramos en el perfil de los “Redactores” de *La Biblioteca* que redactó Paul Groussac: “Como literato de vigor y colorido, es inferior a Sarmiento y acaso a López: a todos aventaja como pensador político” (“Redactores de *La Biblioteca*. Juan Bautista Alberdi”, *La Biblioteca*, año 2, tomo 3, marzo de 1897, p. 483). Groussac será más fiel a su estilo corrosivo en un artículo posterior, en que Alberdi es caracterizado, por el contrario, como un “incurable improvisador”, un “aficionado universal” (“El desarrollo constitucional y las Bases de Alberdi”, *Anales de la Biblioteca*, tomo 2, 1902, p. 232).

⁵⁰ García Mérou, *Juan Bautista Alberdi*, p. 32.

⁵¹ *Ibid.*, p. 7.

le parece “excesiva, en su extensión” y que “una nota ligera hubiera estado más en el tono”.⁵² Ciertamente, puede llamar la atención que solo la mitad del ensayo esté enfocado en Echeverría, pero lo que Cané no advierte es que esto es así por el lugar que Echeverría ocupa, para García Mérou, en la literatura argentina: el lugar del fundador. Pero ¿cuál ha sido, con exactitud, su mérito?

En el ensayo, se verifica una tensión entre la desmitificación y la sacralización. Ya desde los estudios de Juan María Gutiérrez se había venido marcando la calidad despareja de la obra echeverriana, incluso sus graves defectos.⁵³ Pero es con García Mérou que pueden verificarse lecturas que articulan una mirada cuestionadora de algunos valores fundamentales.⁵⁴ Patricio Fontana ha analizado el modo en que las distintas intervenciones de Gutiérrez sobre Echeverría –en especial las “Noticias biográficas...”– intentaron “imponerle a la totalidad de esa obra un sentido homogéneo”.⁵⁵ Ese protocolo de lectura se encarna en la idea del poeta patriota, de alguien que “jamás aplicó su talento a otros objetos que a la patria americana y a la libertad”.⁵⁶

Es ese protocolo de lectura el que comienza a ser cuestionado en el ensayo de García Mérou; allí reside su parte de desmitificación. Vale decir, aquello que el ensayo pone en primer plano es el modo en que el criterio vinculado con el patriotismo de un autor o de una obra se relaciona con el mérito literario de ese autor y de esa obra. Acerca de que Echeverría era un “patriota” no cabía ninguna discusión;⁵⁷ lo que sí está –irresueltamente– problematizado es la búsqueda de un juicio literario que no estuviera plegado por completo a un fin patriótico, empresa desde el comienzo incierta en la medida en que, como lo declaraba en el prefacio de *Alberdi*, toda esta serie de ensayos se hacía con “patriótico empeño”; allí se ubica su parte de sacralización.⁵⁸

⁵² Miguel Cané, carta a Martín García Mérou fechada el 19 de febrero de 1895, Archivo General de la Nación, colección Biblioteca Nacional, legajo 516, pieza 8254/30.

⁵³ Aquí nos limitaremos a recordar el apuntamiento de Gutiérrez acerca de la dificultad de hacer la crítica de la obra echeverriana, puesto que “está en toda ella de tal modo mezclado el oro de buena ley con materias humildes” (“Breves apuntamientos biográficos y críticos sobre don Esteban Echeverría”, en E. Echeverría, *Obras completas de D. Esteban Echeverría*, tomo 5, Buenos Aires, Carlos Casavalle, 1874, p. XLV).

⁵⁴ Recordemos que Juan María Gutiérrez había publicado las *Obras completas de D. Esteban Echeverría*, en cinco tomos, entre 1870 y 1874. Echeverría era considerado el introductor del Romanticismo, aquel que, con *La cautiva* (1837) y su abordaje del desierto –esto es, de la pampa– había iniciado una literatura nacional, propia. Para 1880, por otro lado, *El matadero* iría cobrando un lugar cada vez más protagónico; en ese año, Luis B. Tamini se refirió al relato como un texto precursor del naturalismo. En la antología sobre Echeverría publicada por Rafael Obligado en 1885 para la Biblioteca Económica de Autores Argentinos editada por Pedro Irume y en *América literaria. Producciones selectas en prosa y verso*, de Lagomaggiore (1890), puede advertirse la incipiente centralidad que *La cautiva* y *El matadero* irían adquiriendo como obras representativas del autor.

⁵⁵ Patricio Fontana, “El crítico como hacedor de autores. Juan María Gutiérrez y las *Obras completas* de Esteban Echeverría”, en L. Amor y F. Calvo (comps.), *Historiografías literarias decimonónicas. La modernidad y sus cánones*, Buenos Aires, Eudeba, 2011, p. 181.

⁵⁶ Juan María Gutiérrez, “Noticias biográficas sobre D. Esteban Echeverría”, en E. Echeverría, *Obras completas de D. Esteban Echeverría*, tomo 5, Buenos Aires, Carlos Casavalle, 1874, p. xcvi. Citado por Fontana, “El crítico como hacedor de autores”, p. 182.

⁵⁷ García Mérou, *Ensayo sobre Echeverría*, p. 156.

⁵⁸ En otra ocasión hemos estudiado la lectura de Echeverría por parte de Paul Groussac: la suya tiene un sentido, a diferencia de la de García Mérou, mucho más decididamente desmitificador. Véanse Alejandro Romagnoli, “Esteban Echeverría y la constitución de la literatura nacional en un manuscrito inédito de Paul Groussac”, *Badebec. Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, vol. v, n° 10, 2016; y *El manuscrito inédito de Paul Groussac sobre Esteban Echeverría: emergencia y constitución de la crítica literaria en Argentina*, tesis de maestría, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2018.

La tensión recorre todo el ensayo. Por un lado, García Mérou –tal como sostiene en una página– trata de “no incurrir en un patrioterismo ridículo al tratar asuntos literarios”.⁵⁹ Y puede decirse que, en ocasiones, lo logra, por ejemplo, al dar cuenta, a veces minuciosamente, de las formas en que Echeverría siguió de cerca o plagió obras europeas.⁶⁰ Sin embargo, esa independencia de juicio está contrapesada por un elemento que termina rescatando el honor del autor:

A pesar de todo, sería un error y una injusticia considerarlo un pirata literario, incapaz de engendrar una obra propia y original. Su pensamiento siempre fijo en el suelo de la patria da a todos sus escritos un corte especial, una fisonomía característica que aleja la más remota sospecha de plagio o de imitación.⁶¹

Prestemos ahora atención al siguiente juicio acerca de García Mérou con respecto a las intervenciones de Gutiérrez sobre la obra de Echeverría, en que aparece sintetizada aquella ambivalencia. Tras citar las críticas que mereció *El ángel caído* por parte de Gutiérrez, agrega García Mérou:

A primera vista, estas reservas parecerán alarmantes para los que juzgan a la mayoría de nuestros escritores con un criterio puramente patriótico, sin haber penetrado en la intimidad de sus producciones. Cómo! he ahí el padre de nuestra poesía nacional, el iniciador y el verdadero maestro de toda esa pléyade brillante que llega desde Mármol hasta Ricardo Gutiérrez, Andrade y Guido Spano! ¿Y es a un espíritu de esa talla que se atreve a medir y analizar la crítica en vez de considerarlo impecable e indiscutible? Por nuestra parte, –si la objeción nos fuera hecha– responderíamos que deploramos el celo exagerado de los editores de Echeverría, al dar a luz muchos de sus escritos, que reclamaban una discreta penumbra, y que hoy no resisten al examen más desapasionado y respetuoso.⁶²

Por un lado, García Mérou elogia el juicio de Gutiérrez acerca de *El ángel caído*, no plegado a un criterio únicamente patriótico; por el otro, rechaza la amplitud de editor, que incluyó textos que mejor habría sido no dar a la imprenta. Esa doble valoración de la labor de Gutiérrez persiste en otras páginas y evidencia que se vincula con el modo en que el propio García Mérou lleva adelante su estudio de Echeverría. Dicho de otro modo: García Mérou, como Gutiérrez, oscila entre la poca o la mucha benevolencia, en la búsqueda en todo caso de aquella benevolente justicia de la que hablaba Vicente Fidel López.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 88.

⁶⁰ Tras subrayar una frase del “Peregrinaje de Gualpo” de Echeverría (“Gualpo *se había cansado temprano de todas las cosas del mundo y aún de la esperanza*”), García Mérou agrega la siguiente nota al pie: “Lamartine, en su deliciosa sinfonía de *Le Vallon*, había dicho antes: ‘Mon cœur, lassé de tout, même de l’espérance, / N’ira plus de ses vœux importuner le sort; / Prêtez-moi seulement, vallon de mon enfance, / Un asile d’un jour pour attendre la mort !...’” (*ibid.*, p. 120; cursivas del original). También subraya una frase de “Cartas a un amigo” de Echeverría (“*Eternidad, nada, abismos horrosos del sepulcro para la imaginación del hombre feliz, vosotros me espantáis*”), y luego anota: “La siguiente magnífica estrofa de *Le Lac* de Lamartine acude a nuestra memoria: ‘*Eternité, néant, passé, ombres abîmes. / Que faites-vous des jours que vous engloutissez? / Parlez: nous rendrez-vous ces extases sublimes / Que vous nous ravissez?...*’” (*ibid.*, p. 124; cursivas del original).

⁶¹ *Ibid.*, p. 111.

⁶² *Ibid.*, pp. 173-174.

En la cuarta parte del *Ensayo sobre Echeverría*, anota que Gutiérrez trató a Echeverría con “excesiva benevolencia”, lo que daba una “pobre idea de la imparcialidad del biógrafo”.⁶³ Pocas páginas después, sin embargo, nos encontramos con un García Mérou que escribe –elevando el tono–:

Sin estímulo, sin entusiasmo, desconocido y desdeñado, combatiendo con la ignorancia y con la desnudez, perdido en un mundo que no era el suyo –¿qué mucho que sus poesías truncas, descuidadas e incompletas no sean sino el eco vago del grandioso poema que acariciaba en el fondo del alma y que llevó a la tumba antes de animarlo con el soplo de la vida? ¡Sí, *seamos dulces y benévulos con su memoria!*⁶⁴

No es esa la única oscilación que se registra en la valoración de Echeverría. García Mérou no puede sino señalar la “candorosa imitación” de “todas las peculiaridades de los héroes románticos que le sirven de modelos”, pero, en su afán de rescatar a Echeverría, agrega que “lo verdaderamente extraño e interesante [...] es que el poeta es sincero y original”, puesto que “las evoluciones de su pensamiento lo han conducido a una situación moral tan semejante con la de aquellos, que la compenetración entre ambos ha llegado a ser natural y completa”.⁶⁵ Y, no obstante, más adelante, al ensalzar *Revolución del Sud y Avellaneda*, revela, por contraste, que la copia de modelos foráneos sí habría sido en otras ocasiones un obstáculo para el valor artístico de las obras de Echeverría: “No hay aquí ninguna imitación extranjera, ningún héroe postizo, acaparado por las necesidades de la composición y cubierto con más o menos éxito, entre los pliegues del *poncho*, airosamente llevado por el jinete de la llanura”.⁶⁶

Por supuesto, no son todas vacilaciones las opiniones que aparecen en el ensayo, ni todos los juicios positivos encubren un posible reverso negativo. Hemos ya señalado que, desde su misma estructura, el perfil de Echeverría trabajado por García Mérou no es el de un pensador, como lo era el de Alberdi. Escribe en una nota al pie: “[...] esas producciones [...] carecen de importancia como obra doctrinal”.⁶⁷ El perfil de Echeverría es, para García Mérou, el de un literato, el de un escritor. En ese marco, es importante el reconocimiento que hace del valor de *El matadero*, al que compara con “una tela pintada a la manera de Goya”⁶⁸ y al que asocia con el naturalismo.⁶⁹

Pero ese perfil y esa obra son, ante todo, las de un poeta. De ahí que en las dos primeras partes del libro se dedique a la historia de la poesía, más que a la de la literatura en su conjunto, y que destine la cuarta parte a estudiar, específicamente, las obras poéticas de Echeverría. De todas ellas, *Avellaneda* y *La cautiva* le parecen las “dos obras más originales y hermosas”, “creaciones verdaderamente nacionales”, “inspiradas en el espectáculo de nuestra naturaleza,

⁶³ *Ibid.*, pp. 201-202.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 205; cursivas añadidas.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 118.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 225; cursivas del original.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 151.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 162.

⁶⁹ “Cerrad los ojos después de leer detenidamente los párrafos siguientes, y os parecerá presenciar la escena descrita por el poeta, con un franco naturalismo que transporta la imaginación a los procedimientos de los más altos representantes contemporáneos, de la escuela de Flaubert y de Zola” (*ibid.*, p. 163). (En este punto, la interpretación de García Mérou es deudora de la de Luis B. Tamini [“El naturalismo”, *La Nación*, 9, 12, 13 y 14 de mayo de 1880]).

de nuestras luchas, de nuestra historia”.⁷⁰ Esperablemente, es *La cautiva* la que se ubica en el lugar de privilegio, “el poema nacional por excelencia”.⁷¹

Sin embargo, pese al valor que puede reconocerles a algunas obras *literarias* –frente a otras que le parecen “cantos de escuela de primeras letras”–,⁷² el verdadero valor de Echeverría, para García Mérou, está en su posición en la *historia* (de la literatura). Más que al mérito de páginas como *La cautiva* o *Avellaneda*, Echeverría es alguien que funciona como un punto de articulación: es el “verdadero fundador de la literatura nacional”.⁷³ Lo sintetizará en las conclusiones a través de una cita de Nicolás Avellaneda (“si sus méritos de poeta son grandes, fue mayor aún su acción como precursor”),⁷⁴ lo que evidencia que, en su planteo general, García Mérou no hace sino seguir una opinión extendida, y que en todo caso su mayor originalidad se encuentra en juicios particulares, o en el modo en que avanza –tímidamente– con algunos juicios desmitificadores.

Domingo F. Sarmiento, el verdadero escritor

En 1886, en *Sud-América*, Sarmiento resultaba ser, para García Mérou, el verdadero traidor a la patria, y no Alberdi, según hemos visto. Otro contraste organiza la relación entre Echeverría y Sarmiento. Echeverría era el “verdadero fundador” de la poesía nacional, pero Sarmiento parecería ser el verdadero escritor. Si Echeverría aportaba, amén de su rol de iniciador, unas pocas obras entre muchas sin valor, Sarmiento contribuye a la historia literaria con libros que se imponen por sí mismos, más allá de los argumentos del crítico para resaltar su importancia en el marco de una historia de la literatura nacional.

Sarmiento fue muchas cosas, y el ensayo de García Mérou no deja de atender a su perfil como político, como polemista, etc. Sin embargo, la imagen que diseña el crítico es, ante todo, la de un escritor. Vale decir que, al comentar libros como *Recuerdos de provincia* o *Campaña en el Ejército Grande*, lo que más le interesa evidenciar es, de todas las dimensiones posibles, la del talento literario de Sarmiento.

A partir de *El matadero* (que comparaba a una pintura de Goya), el crítico había señalado la no aprovechada capacidad de Echeverría para “la novela histórica o de costumbres sociales”.⁷⁵ En su comentario de *Recuerdos de provincia* (en que observa el “lujo de detalle” de la “escuela flamenca”), García Mérou también deploraba que Sarmiento (ese “Rubens criollo”) no se hubiera puesto “al servicio de la novela”.⁷⁶ Pero, en este caso, el juicio del

⁷⁰ *Ibid.*, p. 237.

⁷¹ *Ibid.*, p. 247.

⁷² *Ibid.*, p. 204.

⁷³ *Ibid.*, p. 249; cursivas añadidas.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 251.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 163.

⁷⁶ Martín García Mérou, *Sarmiento*, Buenos Aires, Ayacucho, 1944, pp. 63, 49 y 50. La asociación de Sarmiento con la figura del novelista –que podría haber sido– se consolidará en los años siguientes; la reiterarán Leopoldo Lugones (*Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, Otero & Co., 1911, p. 137) y Ricardo Rojas (*Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, tomo v, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1960 [1920], p. 371).

crítico se expande; más que estar en función de valorar una obra en particular, quiere explicar el conjunto de la obra del escritor.

Este talento de Sarmiento habría dado, continúa García Mérou, “largos y fecundos análisis a lo Balzac de la psicología de los tipos elegidos, armonizada con el espectáculo curioso y minuciosamente reproducido del escenario en que actuaron”.⁷⁷ Unas líneas más abajo, insiste con la vinculación con el autor de *La comedia humana* (“[...] se nota el germen de una obra de largo aliento, de un drama psicológico de la amplitud y el alcance del que sirve de base a *Le Père Goriot* o *Eugénie Grandet*”) y con que Sarmiento sería “realista por índole y por naturaleza”.⁷⁸

Los hombres y mujeres retratados en *Recuerdos de provincia* se quedan en la memoria “como una caricatura de Hogarth o una creación bufona del Dickens de las tribulaciones de Pickwick”, ciertos episodios solo pueden compararse con “La sencillez y la belleza de los mejores capítulos de Goldsmith en el *El vicario de Wakefield*”, o poseen el “lirismo sentimental de Woodsworth, la imaginación exuberante de Richter y las tiernas confidencias de Renán”, o están “inspirados por la musa de Lamartine”.⁷⁹ Su manejo de la ironía en *Campaña en el Ejército Grande* es asimilable a la de Swift a propósito de la matanza de niños irlandeses; tiene pasajes que revelan “las más notables dotes shakesperianas”; y “episodios que parecen arrancados a las soberbias descripciones de la vida eslava de las novelas de Henryk Sienkiewicz”.⁸⁰ Las referencias permiten apreciar la importancia que reviste la asimilación de las páginas de Sarmiento a la gran literatura europea. La cita que resulta imposible eludir, sin embargo, es otra: el comentario que le merece a García Mérou que Sarmiento, en el *Facundo*, haya descrito la pampa de la manera en que lo hizo, sin haberla conocido, tal como revelaba en su *Campaña*:

Esta declaración de Sarmiento demuestra cuánto es su mérito literario, y qué admirables facultades de adivinación poseía aquel hombre para presentir así, con una vigorosa penetración de vidente, el alma de los personajes que estudiaba, asociada a un medio que no conocía y que, sin embargo, nadie ha pintado y sentido mejor que él. Esta fabricación de “color local”, hecha de tan eximia manera, recuerda la hermosa mistificación literaria que se llamó *La Guzla* y en que el ingenio de Merimée con cinco o seis palabras ilirias, dos libracos pedantes e insípidos, se asimiló las sensaciones violentas de una raza de primitivos hasta engañar y envolver en sus redes a talentos de la talla de Pushkin y Goethe.⁸¹

Son distintos los modelos de escritores a los que ha venido haciendo referencia García Mérou en su afán de ensalzar el talento de Sarmiento, muchos de los cuales no coinciden con aquella caracterización que el crítico hace acerca de la concepción de su “arte literario”, siempre en la búsqueda de la “acción social”.⁸² Si gusta de postular las novelas “a lo Balzac” que podría haber escrito, se trata solamente de un lugar retórico para ensalzar las virtudes escriturarias de Sarmiento; la particularidad del escritor residía en textos como el *Facundo*, según parece advertir García Mérou en aquella cita: el mérito literario de un texto político.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 50-51.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 52 y 78 respectivamente.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 50, 65 y 66 respectivamente.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 72, 81 y 87 respectivamente.

⁸¹ *Ibid.*, p. 85.

⁸² *Ibid.*, p. 39.

No es posible hacer comentarios concluyentes, puesto que solo tenemos fragmentos de lo que habría sido el ensayo crítico sobre Sarmiento. Debemos conformarnos con lo que ha guardado el archivo, y con lo poco –casi nada– que en los capítulos conservados adelantan de lo que vendría después.⁸³ En lo preservado, lo que hay son fundamentalmente elogios. Como vimos, elogios del talento literario de Sarmiento. Es parte del protocolo de análisis de García Mérou su benevolencia. Por supuesto, hay, en los tres capítulos, reprobaciones, críticas a Sarmiento (y, por contraste, como en los textos anteriores, elogios para Alberdi), pero ahora aparecen más mitigadas.⁸⁴

También aparecen cambiadas de signo algunas cualidades; determinados defectos se vuelven parte de sus virtudes. Su vanidad, esa “fatuidad enfermiza”, se revela, al mismo tiempo, como aquello que lo ha salvado de los “desfallecimientos que enervan y de la anemia moral que mata los impulsos y los arranques primos de la personalidad”.⁸⁵ Y su pasión, aquella frente a la cual el crítico tenía sus reparos en *Alberdi* –y aquí mismo–,⁸⁶ puede también aparecer con signo positivo: “Nunca se eleva a mayor altura que cuando escribe inspirado por el odio”.⁸⁷ Cuando *escribe*: de nuevo, en estas páginas, de lo que se trata, para el crítico, también en este punto, es de Sarmiento como escritor.

Conclusiones

Para los años en que García Mérou escribió estos ensayos sobre Alberdi, Echeverría y Sarmiento, se registraba, como hemos indicado, un proceso de emergencia de la crítica literaria, que tenía como rasgo distintivo el de orientarse fundamentalmente hacia la literatura que le era contemporánea. En tal sentido, el proyecto de historiar el pensamiento argentino era más bien excepcional. Se trataba, por lo demás, de un proyecto muy ambicioso, según se desprendía de la presentación que el crítico ofrecía en el volumen dedicado a Alberdi, tanto más cuando entonces, si bien la crítica estaba en vías de constitución, aún no se había formado como una actividad profesional. García Mérou fue una figura clave en ese proceso de emergencia; tuvo un papel destacado como crítico de las obras literarias que le eran contemporáneas, y, también, en la incipiente historización del pensamiento y de la literatura argentina. Como Juan María Gutiérrez, no partió de un plan orgánico ni propuso una identidad para esa literatura –como haría posterior y fundacionalmente Ricardo Rojas–. Tampoco logró concluir el proyecto que se había propuesto llevar adelante; sin embargo, constituyó un aporte relevante que intervino en los modos en que por entonces eran leídos los autores estudiados. Analizamos el proyecto de

⁸³ En dos pasajes aparecen referencias a otras partes –no conservadas– del ensayo: “La respuesta de Sarmiento y la réplica de Rawson que estudiaremos oportunamente, figuran, con justicia, entre los trabajos más profundos que han escrito nuestros publicistas sobre materia constitucional” (*ibid.*, pp. 31-32); “En el curso de nuestro ensayo tendremos oportunidad de volver sobre esta especialidad del escritor, al ocuparnos de sus biografías, género para el cual desde los *Recuerdos de provincia* declara tener afición, y muestra aptitudes recomendables” (*ibid.*, p. 57).

⁸⁴ Probablemente la crítica más dura a Sarmiento sea la de “retardar el momento histórico de la reorganización argentina” al oponerse intransigentemente a Urquiza (*ibid.*, p. 76). Las causas de esas desavenencias están explicadas por Alberdi “con admirable sagacidad”, apunta García Mérou (*ibid.*, p. 76).

⁸⁵ *Ibid.*, p. 41.

⁸⁶ “Desgraciadamente, muy pronto, la pasión política aparece y nubla la serenidad del juicio de Sarmiento” (*ibid.*, p. 78).

⁸⁷ *Ibid.*, p. 37.

una historia del pensamiento argentino, pero también atendimos a otros materiales conexos: los artículos anónimos de García Mérou, la historia de la República Argentina redactada para ser usada en los colegios nacionales. Las distintas circunstancias de producción implicaron diferencias en ocasiones fundamentales en los protocolos de lectura.

Propusimos leer su caracterización de las figuras de la generación romántica a partir de un esquema contrastante: Alberdi sería el pensador, Echeverría el fundador y Sarmiento el escritor. No es tal el modo en que explícitamente lo plantea García Mérou, pero la lectura minuciosa de los textos, el análisis de sus estructuras y operaciones principales permiten plantear esa organización. A cada uno de ellos el crítico no dejó de imputarles graves errores o defectos (una derrota diplomática, versos plagiados, oposiciones políticas ciegas); no obstante, siempre los disculpó en virtud de aquel “patriótico empeño” que buscaba imprimirle a toda su empresa historiográfica.

Más allá de esas intervenciones de conjunto, buscamos atender a las formas en que las lecturas particulares de Alberdi, Echeverría y Sarmiento que realizó García Mérou dialogaron con otras que se produjeron para esos años. En muchos casos se plegó a las ideas dominantes y en otros logró distinguirse con una propuesta original. Ambas orientaciones pueden advertirse incluso en el abordaje de cada uno de los autores. En relación con Echeverría, por caso, no hizo sino reforzar el consenso crítico acerca del papel fundador de la literatura nacional que tenía *La cautiva*, pero, al mismo tiempo, aunque con reservas, avanzó en un juicio desacralizador que mostraba las deudas del poeta con sus modelos europeos.

El proyecto de historia del pensamiento argentino, tal como lo tenía planeado su autor, quedó trunco y, como decíamos más arriba, casi que era lo esperable, en virtud de la ambición del proyecto, y en virtud también del estado de la historiografía literaria del momento. El propio García Mérou iría, según se desprende de una carta de Francisco Sosa, cambiando de opinión acerca del valor de su trabajo. La misiva, fechada el 10 de noviembre de 1897, interesa especialmente en la medida en que permite asomarse a las valoraciones que el crítico habría tenido sobre algunas de sus obras. Escribe Sosa:

Terminé ya la lectura del libro de U. sobre Echeverría. Sin duda alguna, ese estudio pone en su verdadera luz la figura del poeta, y al propio tiempo confirma el juicio que el autor –como crítico– ha merecido por donde quiera. Permítame U., sí, que le diga, que no porque su *Echeverría* valga tanto como vale, deja su *Alberdi* de ser un modelo de estudios críticos. Creí notar, cuando hablamos, que tiene U. cierta preferencia por *Echeverría*, y con ese motivo releí el *Alberdi*. Encierra muchas bellezas, mucha doctrina, y no desmerece un ápice cuando se le compara con el otro estudio. Lo que, a mi juicio, pasa, es que aparece U. más sobrio en *Echeverría* y a medida que los años transcurren los entusiasmos son menores y aunque amamos las flores de la juventud, preferimos los frutos de la edad madura. Pero el lector, el extraño, encuentra siempre gran encanto en las páginas trazadas por una mano juvenil.⁸⁸

En relación con el ensayo sobre Sarmiento –que se anunciaba en 1890 pero sobre el que García Mérou seguía trabajando diez años más tarde– ya hemos sugerido otro factor que habría incidido de forma específica; nos referimos al cambio de valoración que es posible rastrear en las

⁸⁸ Francisco Sosa, carta a Martín García Mérou, fechada el 10 de diciembre de 1897, fondo Martín García Mérou del Instituto Bibliográfico “Antonio Zinny”, caja 2, legajo 1897, ff. 150-151.

páginas que escribió, desde aquella –en defensa de Alberdi– primera acusación –anónima– de traidor que le dirigió a Sarmiento. A Sarmiento, con quien, como vimos, trabó relación en Paraguay, y de quien, en 1883, pudo leer *Conflicto y armonías de las razas en América*, lo que implica, por otra parte, que este proyecto de historiar el pensamiento argentino no era una obra puramente orientada hacia el pasado, puesto que ese pasado se proyectaba hasta convertirse en el presente, y, además, que no se trataba de una obra en el que las relaciones e intereses personales estuvieran ausentes. Esos eran los alcances y los límites en los que permitía moverse el discurso de la emergente crítica literaria. □

Bibliografía

Barcia, Pedro Luis, *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde los orígenes hasta 1917*, Buenos Aires, Pasco, 1999.

Blanco, Oscar, “La constitución de la historia literaria argentina”, en N. Rosa (ed.), *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

—, “De la protocritica a la institucionalización de la crítica literaria”, en A. Rubione (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. La crisis de las formas*, Buenos Aires, Emecé, 2006.

Bruno, Paula, *Martín García Mérou: vida intelectual y diplomática en las Américas*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2018.

Chein, Diego J., *La invención del folklore. Joaquín V. González y la otra modernidad*, Tucumán, edición del autor financiada por el Consejo de Investigaciones de la UNT, 2007.

Fontana, Patricio, “El crítico como hacedor de autores. Juan María Gutiérrez y las *Obras Completas* de Esteban Echeverría”, en L. Amor y F. Calvo (comps.), *Historiografías literarias decimonónicas. La modernidad y sus cánones*, Buenos Aires, Eudeba, 2011.

Gagliardi, Guillermo R. y Mauricio Meglioli, *Testimonios de un hacedor. Bibliografía sobre Domingo Faustino Sarmiento*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011.

Laera, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Pastormerlo, Sergio, “¿Crítica literaria sin literatura? Sobre el nacimiento de la crítica argentina hacia 1880”, *1º Congreso Internacional Celehis de Literatura*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2001.

Romagnoli, Alejandro, “Esteban Echeverría y la constitución de la literatura nacional en un manuscrito inédito de Paul Groussac”, *Badebec. Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, vol. v, n° 10, 2016.

—, *El manuscrito inédito de Paul Groussac sobre Esteban Echeverría. Emergencia y constitución de la crítica literaria en Argentina*, Tesis de maestría, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2018.

—, “La emergencia de la crítica literaria en Argentina: en torno a Pedro Goyena”, *Exlibris*, n° 9, 2020.

—, “La emergencia de la crítica literaria en Argentina y el debate en torno al naturalismo: las lecturas de Martín García Mérou (*cocottes*, Miguel Cané y novela nacional)”, *Cuadernos del CILHA*, n° 36, 2022.

Sarlo, Beatriz, *Juan María Gutiérrez: historiador y crítico de nuestra literatura*, Buenos Aires, Escuela, 1967.

Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Resumen / Abstract

El proyecto historiográfico de Martín García Mérou: sus lecturas de Alberdi, Echeverría y Sarmiento

El artículo investiga el proyecto de una historia del pensamiento argentino, centrado en las grandes figuras de la generación romántica, que ideó y realizó en parte Martín García Mérou a fines del siglo XIX. El corpus básico, por tanto, está conformado por *Juan Bautista Alberdi (ensayo crítico)* (1890), *Ensayo sobre Echeverría* (1894) y los tres capítulos que alcanzó a publicar del volumen que iba a estar dedicado a Sarmiento (1890- 1896). Sin embargo, un extenso trabajo de archivo ha permitido incorporar otras fuentes, tales como artículos –sin firma– en los que García Mérou defendía a Alberdi y acusaba a Sarmiento de traidor a la patria (*Sud-América*, 1886), y también manuscritos y cartas personales que permiten reconstruir y comprender de mejor modo el proyecto historiográfico. Se sitúa el análisis de estos materiales en el marco de la emergente crítica literaria de fines de siglo, y se plantea que los alcances y los límites de esta historia intelectual responden a ese proceso de emergencia del discurso de la crítica. Asimismo, se estudian cuáles son los objetivos generales que persigue García Mérou y las operaciones específicas con que traza perfiles distintivos con los que busca asegurarle a cada uno de los autores abordados un lugar propio en la historia del pensamiento y de la literatura nacional.

Palabras clave: Historia intelectual - Martín García Mérou - Juan Bautista Alberdi - Esteban Echeverría - Domingo Faustino Sarmiento

Fecha de recepción del original: 4/05/2022

Fecha de aceptación del original: 28/09/2022

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas27.1391>

The historiographical project of Martín García Mérou: his readings of Alberdi, Echeverría and Sarmiento

This article investigates the project for a history of Argentine thought, centered on the great figures of the romantic generation, which Martín García Mérou conceived and partly carried out at the end of the 19th century. The basic corpus, therefore, consists of *Juan Bautista Alberdi (Ensayo crítico)* (1890), *Ensayo sobre Echeverría* (1894) and the three chapters he managed to publish of the volume that was to be devoted to Sarmiento (1890-1896). However, extensive archival work has made it possible to incorporate other sources, such as unsigned articles in which García Mérou defended Alberdi and accused Sarmiento of being a traitor to the fatherland (*Sud-América*, 1886), as well as manuscripts and personal letters that allow us to reconstruct and better understand that historiographical project. The analysis of these materials is situated within the framework of the emerging literary criticism at the end of the century, and it is argued that the scope and limits of this intellectual history respond to the process of the emergence of the discourse of criticism. It also examines the general objectives pursued by García Mérou and the specific operations through which he outlines the distinctive profiles with which he seeks to ensure that each of the authors addressed has his own place in the history of national thought and literature.

Keywords: Intellectual history - Martín García Mérou - Juan Bautista Alberdi - Esteban Echeverría - Domingo Faustino Sarmiento

Tras el rastro de una estética vanguardista católica en Argentina

Cruces entre religión, literatura y arte

Laura Cabezas*

Universidad de Buenos Aires / CONICET

[...] la pintura, y el arte todo, considerado como un “objeto” y no como una vaguedad sentimental, entran fácilmente dentro de las tradicionales normas católicas. (Alguien ha notado ya la equivalencia evidente entre la armonía de las formas y la lógica del dogma).

Alberto Prebisch

Primacía de la forma

Los últimos años de la década del veinte han sido testigos de un aparente oxímoron en pleno contexto modernizador: se trata del acercamiento que se produce entre la religión católica y algunas experiencias de vanguardia como parte del proyecto de revitalización e intelectualización del sentimiento religioso. Desde Europa, especialmente desde París, resuena un nuevo modo de entender la presencia de lo sagrado en el mundo. Se trata de un “renacimiento” católico que vuelve a las fuentes clásicas y medievales, en particular a la filosofía de santo Tomás, como un proyecto de recristianización de Occidente. Dentro de las figuras más importantes del neotomismo o neoescolástica –como Réginald Garrigou-Lagrange, Joseph Mercier, Étienne Gilson o Nikolái Berdiáyev– cobra importancia Jacques Maritain, ya que no solo es el más leído, citado y debatido en América Latina, y especialmente en la Argentina, sino que también es quien establece el vínculo entre el catolicismo intelectual y las manifestaciones del arte moderno.

Su apuesta estética tiende un puente entre los postulados formales o esenciales del tomismo y las búsquedas formales o constructivas del arte y la literatura nuevos. *Arte y escolástica*, de 1920 y con una reedición ampliada en 1927, se convierte en el manual en el que consultar cómo se puede aunar las experimentaciones estéticas audaces del siglo xx con la tradicional doctrina católica. Lejos del revival nostálgico, hay un llamado al presente, desde donde se miran y señalan las supervivencias de lo religioso. Es una redención de la modernidad, que se lleva a cabo mostrando las coincidencias entre religión y vanguardia. Lo que se comparte es la primacía de la *forma*: de un lado, los juegos formales en la literatura y el arte de avanzada que rechazan el realismo documental; del otro, el concepto tomista de “esplendor de

* laura.czas@gmail.com. ORCID:< <https://orcid.org/0000-0002-1260-2901>>

la forma” que da cuenta de la creación divina y su presencia permanente en el mundo. De este modo, en su libro, Maritain alienta la creación de obras integrales y bien proporcionadas que regulen el “amasijo sensual” de la materia: desde Charles Baudelaire hasta Le Corbusier, pasando por Erik Satie o por los cubistas, e incluso el futurismo, se valoran aquellas experimentaciones literarias y artísticas que se guíen por la ley de la armonía matemática, como garantía de la vida misteriosa del espíritu. Por esto, se abre camino para obras modernas que no caigan en la representación, que sean íntegras, proporcionadas y bellas, es decir, “misteriosas” en su sentido ontológico. Su opción es por un arte que sea humano (el dominio del arte es el del hacer) pero que, paradójicamente, se libere de esa humanidad –y se sostenga sobre lo universal–, al proponer un artista-artesano o *artifex* que esté supedito a las reglas y los valores de la obra, que son estrictamente materiales, pero que lo exceden.

Este mecanismo creador fundamentalmente antirrepresentativo y estrictamente formalista, en el que forma es tanto ordenamiento estético como espiritualidad divina, se vuelve convocante para una zona de la juventud vanguardista argentina que estaba transitando el camino del “retorno” al orden. El epígrafe de Alberto Prebisch, al comienzo de este artículo, sintetiza bien este encuentro.¹ En primer lugar, porque quien enuncia es el crítico de arte de la vanguardia en *Criterio*, la revista cultural del catolicismo porteño. En segundo lugar, porque enfatiza muy claramente el rechazo a la sentimentalidad que aún a los jóvenes vanguardistas en su repudio al romanticismo, con el catolicismo revitalizado que valora el intelecto por sobre la emoción religiosa. En tercer lugar, porque la equivalencia que presenta Prebisch, en un paréntesis de explosivo contenido, entre la armonía formal y la lógica del dogma, la verdad revelada e incontestable, expresa la búsqueda conjunta de un ordenamiento y una comprensión del mundo a través de reglas objetivas que desestimen el valor de lo puramente anecdótico y sentimental. Lejos de lo temático, en el caso de la pintura, y de la religión tan solo entendida como simple moral dentro del pensamiento católico, se ubica la armonía formal, que comparte con el dogma la posibilidad de dotar al mundo de un sentido objetivo.

Este artículo se propone indagar en la configuración de una *estética vanguardista católica* que tuvo lugar en el campo cultural argentino entre fines de los años veinte y mediados de la década del cuarenta. Si de un lado el pensamiento católico revitalizado precisó de los representantes de la vanguardia para intelectualizar y modernizar su movimiento, los jóvenes del arte nuevo se interesaron por un lenguaje inmutable que apelaba al orden luego de las experiencias explosivas de las vanguardias. Como hipótesis sostenemos que la importancia que adquirió el neotomismo o neoescolástica como discurso ideológico de la juventud católica laica, y su postulación de una religiosidad intelectual, jerárquica y esencialista, se condijo muy bien con la etapa posrupturista que estaban atravesando ciertos vanguardistas en pos de un arte no representativo, de tinte clásico y ordenado armónicamente. Las nociones de forma, belleza y construcción, especialmente arquitectónica, trazaron los puentes entre el revitalizado catolicismo y las experiencias de vanguardia, dentro de un escenario moderno que acogía de manera anacrónica las supervivencias del pasado.

¹ Alberto Prebisch, “Exposiciones. Fray Guillermo Butler (Amigos del Arte)”, *Criterio*, n° 26, 30 de agosto de 1928, p. 377.

La revitalización del pensamiento católico

En su *Historia del catolicismo en la Argentina, entre el siglo XIX y el XX*, Miranda Lida analiza los “múltiples catolicismos” que se desarrollaron en los años veinte, tomando en cuenta no solo la pertenencia social de sus destinatarios, sino también sus consideraciones culturales, tema relevante en las grandes ciudades en vías de masificación.² Para Lida, el problema que saca a la luz la década del veinte refiere a “la enorme brecha que existía entre el catolicismo culto y el popular”.³ Es por este motivo que una de las primeras batallas librada por algunos jóvenes católicos laicos será arremeter contra un tipo de catolicidad popular, sentimental y teñida de “mal gusto” que se alojaría en las parroquias y en la prensa militante, para así establecer una élite de intelectuales católicos que pusiera en relación el ámbito religioso con las esferas profanas de reflexión contemporánea, como la filosofía, el arte y la literatura, la economía y la política.

Se enfatiza, de este modo, la necesidad de que el catolicismo se proponga como una racionalidad *otra*, que calme los cánticos exaltados y seque los llantos fervorosos, para combatir discursivamente, de igual a igual, con el discurso liberal y en contra del comunismo. Como explica Fortunato Mallimaci, en su enfrentamiento con la modernidad liberal, el catolicismo romano impone su propia racionalidad como una estrategia de aglutinar fuerzas y de posicionarse:

Pío IX, León XIII y Pío X (con sensibilidades diferentes) forman parte del mismo dispositivo. El movimiento católico con sede en Roma y ramificaciones en todos los países de América Latina se pone en marcha en su lucha de largo plazo contra la modernidad liberal y el sujeto burgués. Se condena el *Syllabus* y se propone la *Rerum Novarum*. Este enfrentamiento lo llevará a tomar distancias respecto de todo tipo de “religión encantada” con el fin de posicionarse como “otra racionalidad” y no como una religión más.⁴

Lo que se busca entonces es que el pensamiento católico se posicione como un discurso capaz de intervenir en la escena pública, y en la Argentina esto se manifiesta en la conformación de los Cursos de Cultura Católica (C. C. C.) en Buenos Aires, con sus programas de estudio, sus diversas actividades culturales, sus circulares, sus colecciones de libros y, en especial, su órgano de difusión: la revista *Criterio*. Desde 1917, una “nueva generación” universitaria y católica idea la creación de una institución de “cultura integral” para estudiantes, el Ateneo Social de la Juventud, que tendrá que esperar once años para abrir sus puertas a causa de las dificultades que desata la búsqueda de un margen de autonomía, rechazada por la Conferencia Episcopal en 1921. Desestimado el proyecto del Ateneo, los C. C. C. se fundan al año siguiente, es decir en 1922, por Tomás Casares, César Pico, Samuel Medrano y Atilio Dell’Oro Maini. Estos Cursos surgen como una instancia de formación religiosa, cultural, social y civil para la con-

² Miranda Lida, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 116.

³ *Ibid.*, p. 116.

⁴ Fortunato Mallimaci, “Catolicismo y liberalismo: las etapas del enfrentamiento por la definición de la modernidad religiosa en América Latina”, en J. Bastian (coord.), *La modernidad religiosa. Europa y América Latina en perspectiva comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, s/p.

solidación de un grupo selecto de jóvenes intelectuales católicos. Una fórmula difícil y de posición ambigua, pues como señala José Zanca representa tanto para el liberalismo como para el laicismo “un elemento siempre sospechable de ser retrógrado”.⁵

Estos jóvenes se piensan a sí mismos como protagonistas de un cambio social y espiritual que solo podría conseguirse, como señala Dell’Oro Maini en el discurso de inauguración de los Cursos, a través de la “cristianización” de la conciencia de la sociedad:

Las exigencias de la vida cotidiana desvían a los católicos de su formación esencial, incapacitándolos para el ejercicio de una actuación más positiva y creadora [...] Los jóvenes sentimos la necesidad de reaccionar contra esa influencia. Sin sustraernos en absoluto a las exigencias inmediatas, queremos detenernos con seriedad y firmeza en la exigencia perenne y elemental de aprender a discernir certeramente [...] Sin la absurda vanidad de alcanzar el dominio perfecto de toda la doctrina, debemos perseguir la posesión de tres elementos indispensables al progreso intelectual en que vamos a empeñarnos: un criterio, una armoniosa visión total y el sentimiento agudo de la responsabilidad que entraña nuestra profesión de fe católica. Por eso se inicia esta tentativa con el establecimiento de los tres cursos siguientes: Filosofía, Historia de la Iglesia y Sagradas Escrituras (Nuevo Testamento), que han aceptado dictar, para honor nuestro, los eminentes profesores RR. PP. José Ubach, SJ; Serafín Protin, OAA; y Vicente Sauras, SJ. Hasta ahí se limita nuestro primer paso. No fundamos una nueva institución ni labramos estatutos ni agrupamos adherentes: queremos estudiosos sinceros, militantes decididos.⁶

En efecto, en el programa de estudios para el año 1922 se lee esta confianza en la juventud y su poder renovador, que pretende actuar por fuera de la autoridad de la Iglesia, y se arroja una clara consigna: la necesidad de una militancia católica cultural no partidaria. Así, el objetivo de los C. C. C. se podría resumir en “rearmar la inteligencia católica, crear un espacio propio y de ese modo irrumpir en la vida nacional”.⁷ Orden, jerarquía y disciplina son los valores a imponer en las sociedades occidentales.

Por su parte, como parte del proyecto estrictamente literario y artístico de los Cursos se crea el Convivio. En abril de 1927 Jorge Mayol, director de los C. C. C., le escribe a Samuel Medrano sobre su idea de “atraer y reunir a escritores y artistas que, siendo católicos, se hallan empero alejados de toda actividad militante”.⁸ La invitación a integrar las actividades de los C. C. C. se piensa amplia, y se extiende a jóvenes escritores modernos reticentes, como Ernesto Palacio, Guillermo de Torre o Jorge Luis Borges, con la esperanza de conseguir “un caso Coc-teau argentino”, tal como sugiere perspicazmente Fernando Devoto.⁹ La estrategia es bien simple y no oculta ningún misterio: dada la sensación de páramo religioso-intelectual que se percibía en el ambiente porteño, se invita a sumarse a las discusiones filosóficas y estéticas del

⁵ José Zanca, *Cristianos antifascistas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 32.

⁶ Raúl Rivero de Olázabal, *Por una cultura católica. El compromiso de una generación argentina*, Buenos Aires, Editorial Claretiana, 1986, p. 24.

⁷ Fortunato Mallimaci, “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar”, en AA.VV., *500 años de cristianismo en Argentina*, Buenos Aires, Nueva Tierra, 1992, p. 261.

⁸ José María Medrano, *Los iniciales “Cursos de Cultura Católica” en Buenos Aires*, Buenos Aires, Dunken, 2015, p. 41.

⁹ Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 197.

Convivio a escritores y artistas que habían participado de los movimientos modernos, con la esperanza de tentarlos en su empresa espiritualizadora. Como explica Raúl Rivero de Olázabal, su propósito era entablar con ellos “una relación amistosa por medio de reuniones informales, charlas, conferencias y exposiciones o lecturas que los llevaran insensiblemente a profundizar el contenido y las exigencias de su fe o [...] su inconsciente deseo de la fe”;¹⁰ y demostrarles, como comenta irónicamente Jijena Sánchez, “que los católicos no eran estúpidos sacristanes que se comían velas”.¹¹

César Pico organiza y anima el Convivio, que se sostiene en actividad desde 1927 y hasta 1947, alentando la participación de escritores, artistas, músicos, etc., a través de la organización de conferencias, charlas, muestras de arte y conciertos. Entre los frecuentadores, se puede mencionar a algunos vanguardistas, como Jacobo Fijman, Leopoldo Marechal, Antonio Vallejo y Francisco Luis Bernárdez, pintores como Juan Antonio Spotorno o Juan Antonio Ballester Peña, e intelectuales nacionalistas, como Marcelo Sánchez Sorondo, Mario Amadeo o Felipe Yofre. Estos jóvenes también aparecen en *Criterio*, donde se mezclan con escritores más tradicionales, señores creyentes y sacerdotes. Las tensiones que generan esta convivencia de diferentes generaciones, junto con modos divergentes de entender la expresión pública del ser cristiano, atraviesan los primeros dos años de la publicación, bajo la dirección de Dell’Oro Maini.

En ese corto período, sus páginas albergan poemas de escritores vanguardistas, con notas sobre arte moderno, con grabados e imágenes religiosas a color que circulan desde su portada hasta el interior de sus páginas. Desde el punto de vista estético y gráfico, en la revista se comprueba la “apertura a las ‘nuevas sensibilidades’”, como apunta Diego Mauro en relación con la cuidada austeridad del formato, las tipografías empleadas y la utilización de grabados de impronta formalista, “entre los que sobresalían los de Juan Antonio Spotorno en las portadas y los de Norah Borges, Daniel Marcos Agrelo, José Bonomi, Pompeyo Audivert y Víctor Delhez en los interiores”.¹² Como afirma Lucas Adur, “*Criterio* se presentó en el campo literario como un órgano ‘nuevo y doctrinario’, vanguardista y católico”, y esto funcionó sin mayores conflictos en su primera etapa, del 8 de marzo de 1928 a noviembre de 1929 cuando renuncian su director y los colaboradores más cercanos al ideario moderno.¹³ En su relevo del archivo de Dell’Oro Maini, Devoto menciona que la belicosidad de algunos miembros del grupo, como Ernesto Palacio o César Pico, trajo fuertes enfrentamientos con el Directorio que “no estaba dispuesto a permitir la existencia de una publicación independiente y abierta al mundo laico y a las vanguardias como *Criterio*”.¹⁴ Finalmente, el Directorio le pide la renuncia a Dell’Oro Maini y este lo hace en noviembre de 1929, cuando también se conoce la decisión de que *Criterio* se oriente por los principios de la Acción Católica. Una parte importante de los colabora-

¹⁰ Olázabal, *Por una cultura católica*, p. 107.

¹¹ María Isabel de Ruschi Crespo, *Criterio, un periodismo diferente. Génesis y fundación*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston-Grupo Editor Latinoamericano, 1998, p. 93.

¹² Diego A. Mauro, “Los intelectuales católicos en tiempos revueltos: de Tribuna Universitaria al surgimiento de *Criterio* (1910-1930)”, en M. Lida y M. Fabris (coords.), *La revista Criterio y el siglo XX argentino*, Buenos Aires, Prohistoria, 2019, p. 43.

¹³ Lucas Adur, “*Criterio*: un catolicismo de vanguardia (1928-1929)”, en H. Ehrlicher y N. Riñler-Pipka (eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*, Berlín, Shaker, 2014, p. 123. Disponible en: <<https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/lucas-adur-criterio-un-catolicismo-de-vanguardia-1928-1929>>.

¹⁴ Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo*, p. 202.

dores de *Criterio* fundan otra revista: *Número*, que aparece en enero de 1930 y se publica por un año, bajo la dirección de Julio Fingerit. Es una revista que tiene una casi exclusiva preocupación estética, y que se guía por la herencia legada de la vanguardia *martinfierista* en conexión con una ética cristiana.¹⁵

Tanto en las reuniones de los Cursos de Cultura Católica como en las revistas mencionadas se despliega la filosofía neotomista como discurso oficial del pensamiento católico. Y esta actualización de santo Tomás, que resuena con fuerza desde Europa, es la clave que explica la compatibilidad de lo religioso con las expresiones del arte nuevo. Es que, como se verá en el próximo apartado, la espiritualidad que recubre las prácticas intelectuales de la fe admite, casi sin conflicto, los juegos formales que tienen a la construcción, y no a la representación, como principio ordenador de las prácticas literarias y artísticas.

La eternidad de lo bello

Desde fines del siglo XIX, el renacimiento tomista gana impulso a través de la encíclica *Aeterni Patris. Sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino*, del papa León XIII. En ella se sustenta una visión dicotómica del mundo, la lucha entre la Ciudad Santa y el mundo profano, y la necesidad de que la Iglesia recupere su lugar como “cimiento de una sociedad armónica compuesta por cuerpos intermedios libres del absolutismo del Estado moderno y a la vez resistentes a la ruptura de los vínculos de solidaridad causada por el individualismo filosófico y por el capitalismo”.¹⁶ Pero el neotomismo no solo se propone repensar el lugar de la religión en las sociedades occidentales, sino que también trae un modo “nuevo” de entender el vínculo con lo religioso en términos intelectuales y filosóficos: se enfatiza la importancia del mundo sensible y la posibilidad de conocerlo *metafísicamente* en lo más íntimo y profundo. Así, se diseña un conocimiento que justamente no desdeñe la experiencia material, sino que la tome como acceso a lo universal mediante ciertos grados de abstracción que separen la *forma*, o su esencia, de los objetos concretos.¹⁷

Por este motivo, *realidad* y *realismo* son términos que se repiten en las discusiones teóricas de la intelectualidad católica como un significado en disputa. En la revista *Criterio*, Ernesto Palacio, un exmartinfierista, escribe:

No hay conocimiento posible (y la percepción de la belleza es una de sus formas) sin el humilde sometimiento a la realidad; pero no la miserable de los llamados realistas en arte, limitada a lo puramente sensible, sino la realidad íntegra, las innumerables variedades del ser,

¹⁵ Sobre esta revista, véase Lucas Adur, Laura Cabezas y Felipe Dondo, “Estudio preliminar”, *Revista Número*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 2018.

¹⁶ Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2001, p. 417.

¹⁷ Para el filósofo medieval, las cosas, o mejor los entes, comparten el hecho de *ser* (*esse est commune omnibus*), y estos lo son según su modo propio de ser, es decir, su esencia: “El ser es lo más íntimo de cada cosa y lo que más profundamente las penetra, ya que, según hemos visto, es principio formal de cuanto en ellas hay” (I, q.8, a.1). A diferencia de la existencia, el ser es el fundamento del estar ahí, de la presencia en un espacio y en un tiempo, es el principio primero y “la forma de todas las formas” (I, q.3, a.3c): la permanencia más pura que trasciende todo tipo de contingencia.

corpóreas o incorpóreas. [...] no logramos escapar de la realidad circundante, que nos tiene aferrados por los sentidos y la inteligencia, sino para absorbernos en la contemplación de la Realidad suprema, que nos tironea el alma desde arriba.¹⁸

La cita de raigambre neotomista forma parte de una serie de artículos de Palacio contra la noción de “deshumanización del arte” de José Ortega y Gasset, quien estaba de visita en Buenos Aires en 1928.¹⁹ El escritor argentino se detiene en la contraposición que el filósofo español establece entre realidad “vivida” o humana y realidad “contemplada” o artística y le reprocha el haber asimilado esta última a lo “irreal”. En sus cinco intervenciones tituladas “En el país del arte deshumanizado”, Palacio sigue de cerca el razonamiento de Ortega y su escala de distancias espirituales entre la realidad y los sujetos, a través de la escena del enfermo agonizante y sus acompañantes que esboza el escritor español en su ensayo. Ahí Ortega había planteado cuatro puntos de vista diferentes –la esposa del moribundo, su médico, un periodista y un pintor– frente a una misma realidad, la agonía en su lecho de muerte de un personaje ilustre; y había ubicado a la mujer y al pintor en extremos espirituales, ya que si la primera no contempla la escena, sino que la vive, el pintor por el contrario es indiferente a lo que ocurre allí, su actitud es puramente contemplativa y exterior. Frente a este cuadro, Palacio, impregnado de la lectura de Maritain al que cita varias veces, no solo le recrimina al ensayista el uso de tipologías rígidas, sino que también le adjudica negativamente un idealismo poskantiano que lo llevaría a querer captar mediante ideas la realidad, evadiéndose así del sometimiento al objeto.

¿Qué significa someterse al objeto o a la realidad? Palacio lo responde citando a Tomás de Aquino en latín y a Dionisio Aeropagita; explica que “todo lo que ‘es’, es real, y todo arte resulta, en este sentido, ‘realista’, ya que ‘no puede’ dejar de expresar una realidad, visible o invisible, actual o posible”.²⁰ Por eso, no podría existir la “evasión de la realidad” ni tampoco podrían utilizarse los conceptos de “realidad” e “irrealidad” para fundamentar una teoría estética. En este sentido, el arte no tendría por fin expresar la realidad sensible, en el sentido fotográfico, pero tampoco desfigurar la realidad o expresar una “irrealidad”, como sostiene Ortega y Gasset. Por el contrario, lo único que está al alcance del artista es “descomponer” los objetos en sus elementos “reales” para expresar una armonía también “real”, como se comprueba en los cuadros abstractos de Picasso. Pero esta composición que realiza el artista no puede entenderse si no se cuela en la argumentación la categoría de belleza.

En efecto, lo bello es el fin del arte para Palacio. Y los artistas, “poseídos de Dios”, tienen una tarea: “su misión no consiste, pues, en ‘describir’ las cosas, como diría un teorizador del naturalismo, ni ir ‘contra ellas’, como sostiene Ortega y Gasset en una conclusión que no es

¹⁸ Ernesto Palacio, “En el país del arte deshumanizado. III”, *Criterio*, n° 30, 27 de septiembre de 1928, p. 394.

¹⁹ En ese momento Palacio también participaba del periódico nacionalista *La Nueva República*, de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta. Respecto de Ortega y Gasset, era su segunda visita a Buenos Aires; llegó en agosto de 1928 y se quedó hasta enero del año siguiente. Como explica Tzvi Medin, a diferencia de su primera visita en 1916, ahora el filósofo tiene un nombre consagrado: ya había publicado *España invertebrada*, *El tema de nuestro tiempo* y *La deshumanización del arte*, escribía regularmente en *La Nación* y mantenía asidua correspondencia con intelectuales argentinos, como Victoria Ocampo. Véase Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. En su estadía porteña, dictó una serie de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras sobre “¿Qué es la ciencia, qué es la filosofía?” y en Amigos del Arte sobre “nuestra vida”, anticipando *La rebelión de las masas*.

²⁰ Palacio, “En el país del arte deshumanizado. III”, p. 394.

más que el reverso del mismo error fundamental”.²¹ Lo que el artista debe hacer es perseguir el resplandor que hay en las cosas, ese “elemento inmaterial, una *forma*, la belleza”.²² Al no ser posible evadirse de la realidad, la operación imaginativa entonces solo puede combinar los elementos que esa realidad le proporciona en cierta atmósfera de belleza. Descomponer, componer y construir, tal como lo ejecuta Picasso, guían la consigna por un arte que retorne al orden y, al hacerlo, presente una realidad inventada desde la restricción que impone la materialidad de los objetos para, desde ahí, lograr el salto hacia un más allá del plano de lo estrictamente visible. Es que el artista, a diferencia de las demás criaturas, se presenta como el único que puede descifrar lo que el resto solo percibe en forma imprecisa y confusa: “La belleza está en el mundo como el sonido en las cuerdas del violín; cualquier cosa lo suscita torpemente, pero solo el arco puede elevarlo en notas puras”.²³

Desde esta aristocracia de la creación artística, queda claro que, si la belleza se hace presente en el mundo desde la más pura potencialidad, como el sonido en las cuerdas del violín, las audacias modernas encuentran libertad de acción en tanto logren manifestar la cifra eterna de los objetos. Preocupado por no quedar como un conservador, Palacio, que supo estar en las filas de la vanguardia argentina, aclara:

No somos, gracias a Dios, conservadores. Al discutir ciertas tendencias del pensamiento contemporáneo en su ilustre expositor español, debemos afirmar, aunque esté implícito en todo lo que llevamos escrito, que no se trata de ataques al llamado “arte nuevo” –de cuyas manifestaciones positivas somos entusiastas apologistas– sino a un sistema equivocado de doctrinas que pretenden explicarlo. El arte nuevo es tan válido como el de cualquier otra época, y si presenta caracteres distintos, no hace más que cumplir con una ley eterna de variación que rige a todas las obras humanas. Nuestra afirmación consiste en que no es necesario justificar dichos cambios accidentales con una filosofía de circunstancias, puesto que el arte nuevo es válido, precisamente, no en cuanto se diferencia del tradicional, sino en cuanto es esencialmente idéntico. Su valor depende de la Belleza eterna, multiforme y una.²⁴

En tan solo una frase Palacio sintetiza el mecanismo que hace posible la confluencia entre arte nuevo y catolicismo: la “ley eterna de variación” permite que se impriman sobre lo que permanece (la esencia divina) las experimentaciones modernas (los “accidentes” estéticos) que se presentan como contingencias propias de una época. No se trata de un ideal de belleza a alcanzar, sino de la Belleza como verdad absoluta y forma eterna que sobrevive en los productos de arte a través de los tiempos y que, por esta razón, detenta un vacío de contenido altamente productivo: al igual que el intelectualismo católico que deseaba borrar de contenido sentimental el pensamiento de y sobre lo religioso, aquí en el ámbito del arte y las letras se prioriza la manipulación de las formas por sobre la transmisión de un mensaje transparente que reenvíe sin filtros a la realidad.

Si bien Palacio citaba a Jacques Maritain en su texto, la lectura de *Arte y escolástica* permea toda su teoría estética. En ese libro, Maritain actualizaba las enseñanzas de santo Tomás y

²¹ *Ibid.*, p. 395.

²² Ernesto Palacio, “En el país del arte deshumanizado. IV”, *Criterio*, n° 32, 11 de octubre de 1928, p. 45.

²³ Palacio, “En el país del arte deshumanizado. III”, p. 395.

²⁴ Ernesto Palacio, “En el país del arte deshumanizado. V”, *Criterio*, n° 34, 25 de octubre de 1928, p. 62.

colocaba a la belleza como una categoría formal que no debería materializarse en especificaciones demasiado estrechas:

No hay manera sola, sino mil y diez maneras en que la noción de integridad o perfección o de acabamiento pueden realizarse. La ausencia de cabeza o de brazos es una falta de integridad muy apreciable en una mujer, y muy poco en una estatua, a pesar de la pena que haya sentido M. Ravaissou por no poder completar la Venus de Milo. El más pequeño croquis de Vinci y hasta de Rodin es más acabado que el más cumplido Bouguereau. Y si place a un futurista no hacer más que un solo ojo, o un cuarto de ojo, a la dama que retrata, nadie le discute ese derecho; se le exige tan solo –y aquí está todo el problema–, que este cuarto de ojo sea justamente todo cuanto es menester de ojo a la dicha dama en el caso dado.²⁵

La mención al futurismo es casi sacrílega, pero en el argumento se espiritualiza al participar de las verdades eternas del pensamiento religioso que admite, como afirmaba Palacio, las experiencias cambiantes del arte de vanguardia. La visión escolástica actualizada, además, es evidente: lo bello como valor trascendental que resplandece formalmente en las partes proporcionadas de la materia. Es que la forma la ordena según cánones de medida, congruencia y proporción y, al hacerlo, resplandece en ella como una luz. Como explica G. K. Chesterton en su biografía de santo Tomás, “la Forma es el hecho concreto; es lo que hace que un ladrillo sea ladrillo, que el busto sea un busto, y no la informe y pisoteada arcilla de la que cualquiera de los dos puede estar hecho”.²⁶ Esta supremacía de la *forma*, como puesta en orden, se conectará con la opción por un arte y una literatura que reniegue de las copias realistas de la naturaleza y priorice un acercamiento constructivo a la obra por componer. Por este motivo, lo arquitectónico tendrá un lugar privilegiado en las reflexiones de los escritores y los artistas que alienten esta aproximación anacrónica entre catolicismo y vanguardia.

Lo arquitectónico como lenguaje espiritual

Dentro de la revitalización del catolicismo la idea de construcción reaparece con insistencia en el armado de un arte puramente creador. Desde este punto de vista, Maritain señala, también en *Arte y escolástica*, que, si bien “hay muchas ideas que conservar de Le Corbusier, y de los contactos establecidos por él entre el arte del arquitecto y el del ingeniero”, no se puede reducir todo a una función útil, que decantaría en una “especie de jansenismo estético”.²⁷ Es necesario realzar la importancia de la lógica que desborda el valor de lo útil:

Si ciertas construcciones mecánicas (automóvil, buque, vagón, avión, etc.) son bellas cuando su tipo está bien establecido y todas sus partes estrictamente concebidas según su uso en el todo, es porque la ley de la utilidad recubre y encarna aquí una ley más profunda, la de la ar-

²⁵ Jacques Maritain, *Arte y escolástica*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1945, p. 42.

²⁶ G. K. Chesterton, *Santo Tomás de Aquino*, traducción y notas de J. C. de Pablos, 2014, s/p. Disponible en: <www.chestertonblog.com>.

²⁷ Maritain, *Arte y escolástica*, p. 189.

monía matemática, y más en general, la de la lógica. La lógica es la que hace el valor estético de lo útil, y la lógica desborda lo útil.²⁸

Una lógica –obrero, misteriosa y viviente– se levanta contra el ornamento inútil, que además es feo por ilógico, en pos de alcanzar una estructura que sea, al mismo tiempo, formal y espiritual. Dentro de este ordenamiento, el arte medieval se consagra como horizonte al que retornar anacrónicamente, pues ahí se descubren las condiciones necesarias para fabricar un objeto *razonablemente* construido, sin atender demasiado al “estilo”. Precisamente, son los arquitectos de la Edad Media, según Maritain, quienes enseñan a desdeñar la restauración dentro del estilo. Y por ello, “si se destruía el coro de una iglesia romana por un incendio, lo reconstruían en gótico, sin pensar más”.²⁹

Esta mirada negativa sobre la noción de *estilo* también la expresa Prebisch en sus intervenciones. Desde *Número*, se burla de las distinciones estilísticas que le recuerdan los manuales de Bouvard y Pécuchet, sentenciando que “la arquitectura es antes del ornamento” y a pesar de él.³⁰ Es que la verdadera tradición repudia las formas tradicionales, según Prebisch; y como no hay lugar aquí para la imitación de las obras del pasado, la tarea es simple: “seguir el mismo proceso creativo que las produjo”.³¹ Este razonamiento explica el rechazo a la escuela neogótica, pero, al mismo tiempo, la posibilidad de encontrar la supervivencia esencial del gótico en otros esquemas arquitectónicos, como por ejemplo la ornamentación nórdica. Es que, según el crítico argentino, a los neogóticos se les escapó un detalle para nada menor: el espíritu que animaba esas edificaciones. “No advirtieron suficientemente la naturaleza especial de la lógica gótica, puesta al servicio de una voluntad de expresión de que ellos carecían, *de que su época carecía*. La construcción gótica se apoya en lo racional para conseguir fines suprarracionales”, sentencia Prebisch.³²

En plena modernización urbana, lo espiritual asume el desafío del anacronismo, ese modo de leer el tiempo pasado en “el suelo actual” y construir una memoria a través de los vestigios que se actualizan y resignifican en ese suelo del tiempo del Ahora.³³ La arquitectura como lógica viviente sostiene este acto de supervivencia, ya que desactiva el binomio nuevo/ viejo. En este sentido, el escritor y arquitecto Carlos Mendióroz, también asiduo colaborador de *Número*, afirma:

Arquitectura moderna; Arquitectura viviente: nombres de una cosa más simple: Arquitectura. Siempre fue viviente, actual, la Arquitectura. [...] Hay una preocupación por crear un *estilo*, y quién sabe hasta dónde sea legítima la novedad a toda costa. Las leyes de la proporción no pueden ser novedosas: son eternas porque todo lo proporcionado es bello, y por eso el Parthenon y Notre Dame son tan viejos como nuevos.³⁴

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*, p. 71.

³⁰ Alberto Prebisch, “Pintura”, *Número*, n° 8, agosto de 1930, p. 69.

³¹ *Ibid.*

³² Alberto Prebisch, “El álbum de Villard de Honnecourt”, *Número*, n° 17, mayo de 1931, p. 42.

³³ Georges Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008, p. 163.

³⁴ Carlos Mendióroz, “Arquitectura y novedad”, *Número*, n° 2, febrero de 1930, p. 10. Mendióroz participó tanto de *Criterio* como de *Número*, y era habitué de los C. C. C. En los años treinta, anima la formación de la Corporación de Arquitectos Católicos, que se forma en 1938, a partir de la iniciativa de Tomás D. Casares, director de los Cursos de Cultura Católica, quien estaba interesado en la formación de asociaciones profesionales católicas.

Como se lee en el fragmento, la variable de lo eterno hace estallar el relato sucesivo y lineal entre lo antiguo y lo nuevo, e impone la posibilidad de pensar aquello que sobrevive más allá del tiempo cronológico. Nuevamente lo bello asociado a lo geométrico proporcionado es la clave para incluir lo “viejo” y aceptar lo “nuevo”. Desde esta perspectiva, Mendióroz critica negativamente a la arquitectura religiosa contemporánea, a la que considera lamentable ya que levanta templos “de un sentimentalismo ignorante, cuando no de aspecto wagneriano, o de una frialdad jansenista”.³⁵

La contrapartida la encarna Auguste Perret, quien –como un “buen constructor”– utiliza recursos simples y definitivos, siguiendo la herencia de los góticos. Cristiano y pordiosero son los adjetivos escogidos para definir al arquitecto francés que reviste sus obras de entera pobreza,

una pobreza pródiga y no mezquina. Se ve en tal ambiente nuevo, mas lleno de caridad, la minuciosa vigilancia del artista que ha querido apurar la sobriedad hasta la penitencia. *Era necesaria su obra como un desagravio por todas las catedrales de Luján que andan creciendo por el mundo.*³⁶

Sin muchas vueltas, Mendióroz señala a la Basílica de Luján –del arquitecto Ulrico Curtois– como ejemplo de un rebuscado sentimentalismo, y al hacerlo dialoga y reafirma el rechazo al neogótico también manifestado por Prebisch. Si Luján es lo excesivo en tiempos de pobreza formal, la iglesia de Perret en Montmagny, levantada en honor de santa Teresa de Lisieux es una “obra genial y desnuda [...] el ejemplo más puro de arquitectura que se puede señalar en el planeta desde la aparición del hediondo Renacimiento”.³⁷

Solo habrá que esperar un par de años para que las réplicas de Mendióroz sean escuchadas. Como releva Juan Antonio Lázara, la primera iglesia moderna de la Argentina es la Iglesia de la María Inmaculada, que comienza a edificarse en 1933 “según revolucionarios conceptos de liturgia que predominaban en Europa a partir de las obras de Perret y otros arquitectos que utilizaron el hormigón como estructura visible y como recurso ornamental”.³⁸ Esta obra fue proyectada por la llamada Escuela del Beato Angélico de Milán y proponía el concurso dentro del edificio de artistas contemporáneos en materia de decoración. Para Lázara, si bien en las primeras décadas del siglo se vivió en Buenos Aires un cierto retraso respecto de las tendencias de vanguardia, a partir del xxxii Congreso Eucarístico Internacional en el año 1934 esto se detiene y empieza a aparecer la influencia de las vanguardias integradas a elementos del románico temprano. En sus palabras:

Fue justamente este retroceso hacia el prerrománico lo que le permitió a la arquitectura religiosa argentina tomar impulso para avanzar hacia la vanguardia en una suerte de sincretismo medioevo-racionalismo-expresionismo que quedará como testimonio en la mayoría de los templos existentes, al menos, en la arquidiócesis de Buenos Aires.³⁹

³⁵ Carlos Mendióroz, “Las iglesias de Perret”, *Número*, n° 16, abril de 1931, p. 29.

³⁶ *Ibid.*, p. 32. Cursivas añadidas.

³⁷ *Ibid.*, p. 32.

³⁸ Juan Antonio Lázara, “Del Neogótico al Neorrománico. El reloj de los estilos retrocede hacia una nueva periodización de la historia de la arquitectura religiosa en la Argentina”, en M. M. Checa-Artasu y O. Niglio (eds.), *El neogótico en la arquitectura americana*, Ariccia-Ermes, Servizi editoriali integrati, 2016.

³⁹ Lázara, “Del Neogótico al Neorrománico”, p. 63.

Las reflexiones arquitectónicas realmente ocupan un lugar central en la revista *Número* y son una referencia ineludible para la construcción de una estética vanguardista católica, que experimentará en el año 36, con el cuarto centenario de la ciudad de Buenos Aires, una nueva inflexión en su coincidencia con el hispanismo.⁴⁰ En este sentido, es interesante comparar la ausencia de los jóvenes modernos ligados al catolicismo en el Congreso Eucarístico del 34 con sus apariciones en las celebraciones de la capital argentina, que se recubre de un halo espiritual, moderno y tradicional.⁴¹

Pero esta presencia de la arquitectura no solo se vislumbra en textos teóricos o críticos, sino que también permea las obras de muchos jóvenes escritores y artistas modernos que concurren a los Cursos de Cultura Católica. El artista belga radicado en la Argentina Víctor Delhez es uno de ellos. En efecto, entre mediados de los años cuarenta y comienzos de la década siguiente, realiza una serie de xilografías bajo el título “Arquitectura y nostalgia”. Siguiendo este eje formal y temático, Delhez opta por el trazado geométrico, la superposición de ángulos y el claroscuro para crear imágenes puramente arquitectónicas, sin personajes, vegetación o cielo. El encuadre desde arriba, las perspectivas vertiginosas, la imbricación de recodos y masas edilicias, o la potencia orgánica de la piedra renuevan el gótico sin por eso abandonar la impronta vanguardista (figuras 1, 2, 3 y 4).

Sin dudas, en su trabajo artístico Delhez condensa su propia trayectoria biográfica tal como la expone en su *curriculum vitae* comentado de 1975. Nacido en Amberes, estudia arquitectura en la Academia Real con conocidos profesores, como Van Beurden, Van Dyck, Bilmeyer, Pol de Mont, etc.; se forma por cinco años en dibujo y pintura; obtiene el diploma de topógrafo y trabaja unos meses de dibujante naval en los talleres marítimos Cocqueril de Hoboken. Entre 1918 y 1923 estudia y se recibe de ingeniero en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Lovaina. Por esos mismos años también comienza a publicar caricaturas en la revista *Vlaams Leven* y edita el libro *Diez vlaamse koppen* [Diez cabezas flamencas] en colaboración

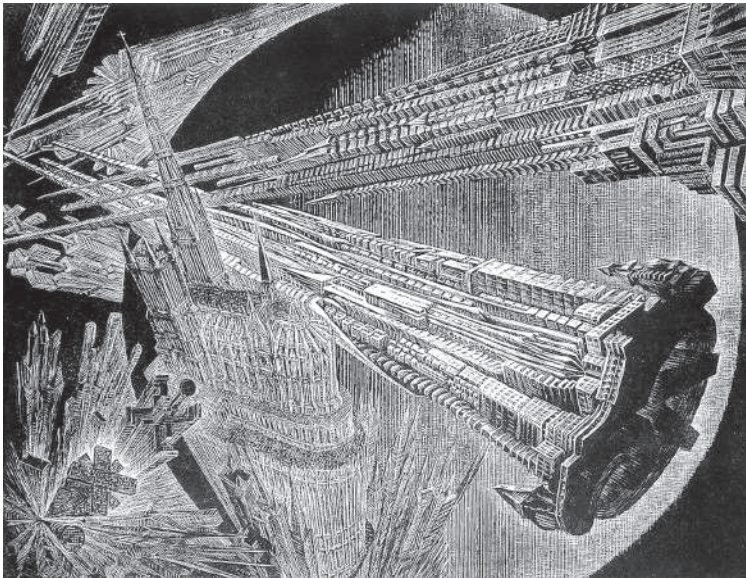


Fig. 1. Víctor Delhez, serie “Arquitectura y nostalgia”, s/f, Fundación Delhez.



Fig. 2. Víctor Delhez, serie "Arquitectura y nostalgia", s/f, Fundación Delhez.



Fig. 3. Víctor Delhez, serie "Arquitectura y nostalgia", s/f, Fundación Delhez.



Fig. 4. Víctor Delhez, serie "Arquitectura y nostalgia", s/f, Fundación Delhez.

con Maurits Lambrechts e introducción del artista abstracto Michel Seuphor. Asimismo, participa de exposiciones individuales y colectivas con dibujos y grabados abstractos y surrealistas. Este derrotero de formación y visibilidad incipiente como artista se interrumpe con el accidente y muerte de sus padres. Frente a la experiencia trágica, Delhez decide viajar a Sudamérica.

De 1926 a 1933 reside en Buenos Aires, desempeñándose como dibujante, arquitecto, constructor, publicista y decorador. Continúa trabajando en obras abstractas, constructivistas, surrealistas y en grabados. Expone algunos dibujos y acuarelas en la galería Sacre du Printemps de París, que luego se trasladan a las oficinas de los *Documents internationaux de l'Esprit nouveau*, de Seuphor, Prampolini y Dermeé, del cual Delhez fue agente sudamericano. En esa misma época realiza, según registra, alrededor de doscientos retratos xilográficos, algunos en camafeos. Finalmente se da a conocer en la escena artística porteña a través de una muestra en Amigos del Arte, en la que había expuesto fotografías surrealistas y abstractas, collages y fotomontajes. Una de estas fotografías acompañará el ensayo de Jorge Luis Borges "Séneca en las orillas" en la revista *Sur*. Pero este esbozo biográfico no estaría completo si no se mencionara, como ya adelantamos, su presencia en las reuniones de los Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires y su colaboración en las revistas que surgen de ese seno, *Criterio* y *Número*.

"Poesía sin palabras, de puras líneas y materia hierática, fraguada en muda sucesión de ritmos", así describe los grabados el intelectual boliviano Fernando Diez de Medina, amigo de Delhez y uno de sus críticos más influyentes.⁴² En una de las cartas que componen la correspondencia mantenida con Diez Medina a lo largo de casi cuarenta años, Víctor Delhez escribe que la nostalgia es motivo de arte a pesar del desprecio que le merece a la "campeonada modernista", que ve en ella una expresión de debilidad, vejez, atraso, inadaptabilidad, incomprensión y fatiga.⁴³ Si bien no niega que en la nostalgia se encuentren estos elementos, ellos estarían transfigurados y enriquecidos por un "hechizo de vida".⁴⁴ Para él, la nostalgia hace que el tiempo cronológico se agriete, y por ello afirma que "echar ideas pasadas por encima de la borda, dándoles espaldas y negándoles, no es signo de fuerza ni de virilidad o vitalidad".⁴⁵ Al contrario, en su visión, "la historia está allí para revelar el hecho de que cualquier desvinculación de lo nuevo con lo viejo hace que lo nuevo deje de serlo y se desplome en una vejez más integral que prematura".⁴⁶

Según Silvia Dolinko, los discursos visuales del grabado en las primeras décadas del siglo xx buscan producir imágenes comprensibles, de modo que sus contenidos narrativos o programáticos resulten fácilmente decodificables.⁴⁷ En el caso de Delhez, sus xilografías pobladas de construcciones abismales y desoladas reniegan de la fe en el progreso y del carácter celebratorio de la vanguardia, pero no de su legado experimental. El rinoceronte edilicio, en este sentido, recuerda el interés que los vanguardistas dieron a los objetos y las investigaciones surrealistas en torno a lo inanimado, al mismo tiempo que muestra otra cara de la modernización al hacerse metáfora de una antigüedad que no puede silenciarse en la ciudad moderna o el arte actual. Un trazo antiguo que supone la supervivencia religiosa en su versión gótica.

⁴² Víctor Delhez y Fernando Diez de Medina, *Cartas escogidas 1935-1973*, La Paz, Rolando Diez de Medina, 1994, p. 80.

⁴³ *Ibid.*, p. 104.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Silvia Dolinko, "Impresiones sociales. Una lectura sobre la tradición del grabado en la Argentina", *Separata*, n° 15, "Crónicas de entreguerras", octubre, 2010, pp. 20-37.

Revolución constructiva

En 1944 Leopoldo Marechal escribe un libro sobre el arquitecto Alejandro Bustillo. Lo primero que menciona es cómo este “revolucionó” la arquitectura de las ciudades, aunque hace un reparo: que a él no le gustaría que usara el verbo “revolucionar” aplicado a las cosas del arte, algo que el propio Marechal comparte y por eso se apresura a decir el sentido que le otorga al término: “No doy a ese verbo su corriente sentido iconoclasta, sino aquel otro, infinitamente más profundo, mediante el cual entendemos que toda revolución no es en última instancia otra cosa que una restitución o una restauración”.⁴⁸ Ya convertido al catolicismo, en el texto Marechal recrea su propio camino al hablar de una fase revolucionaria o “destructiva” en el arte, al que le sigue una constructiva en la cual:

deseando restituir al arte lo auténtico y lo vivo que le faltaba, se formulan cien estéticas aparentemente distintas, que combaten entre sí, que se disputan el mérito de la novedad o la invención y que, en algunos momentos, parecen crear una confusión babélica en el idioma del arte; pero cuando la revolución ha concluido y recoge sus frutos, no es difícil advertir que lo que realmente se ha logrado es devolverle al arte sus principios eternos, su esencia inmutable y su frescura original. Aquella revolución se ha resuelto, al fin, en una simple restitución de valores y en una restauración del arte conforme a la esencia restituida.⁴⁹

Dentro de esta lógica de revolución-restitución, para Marechal, el trabajo arquitectónico de Bustillo –entre sus trabajos, se pueden mencionar el Edificio Volta y el Banco de la Nación Argentina en Buenos Aires, el hotel Llao Llao en Río Negro y casas particulares para escritores, políticos y artistas– no cae en la pura utilidad ni en la retórica del ornamento. Al contrario, la “intuición de la hermosura” de Bustillo le hace ver lo bello en lo inútil y lo útil en lo bello, al mismo tiempo que sabe que “la delimitación de ambas categorías ha sido trazada ya definitivamente por los maestros antiguos, desde Platón a santo Tomás”.⁵⁰ Hacia el final, también menciona a Valéry y su diálogo con Eupalinos para referirse a la equivalencia pitagórica entre disposición musical y construcción escultórica.

Las palabras de Marechal participan de las ideas ya expuestas de Maritain, Palacio o incluso de Delhez; al primero lo cita en reiteradas ocasiones, con los otros comparte las reuniones del Convivio y los Cursos de Cultura Católica. Pero además las citas exponen su propio trabajo literario luego del llamado al orden y la conversión a la religión católica. Activo participante de la vanguardia de los años 20, a fines de esa misma década su perspectiva estética cambia. De la revolución pasa a la restitución y a la necesidad de obras integrales, armónicas y eternas. Esto es particularmente evidente en una crítica de 1929 que escribe para el único número de la revista *Libra* sobre la obra de Elena Cid. Ahí ya se puede percibir la importancia dada a las reglas de composición del cuadro y el uso de técnicas geométricas.

⁴⁸ Leopoldo Marechal, “Alejandro Bustillo”, *Obras completas. Los cuentos y otros escritos*, vol. 5, Buenos Aires, Perfil, 1998, p. 197.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 197-198.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 198.

Sorprendido, señala Marechal que una niña de Cid no podría mover su párpado sin que se derrumbara “el castillo de líneas y colores”,⁵¹ ya que la artista la inmovilizó para siempre. No obstante, aclara, no hay que llorar ese riguroso destino, pues la rodeó “de un mundo que le es fiel como un eco, de un paisaje que le responde y se nutre de su gesto y color”.⁵² Por eso, concluye: “En el fondo, la niña y su mundo son una misma cosa, en la unidad de la esfera o de la estrella”.⁵³ De este modo, en los trabajos plásticos de Cid, Marechal destaca la creación de un mundo armónico e inmóvil en el que no hay fuga posible: la esfera se presenta como la figura privilegiada, casi divina, que transmite la perfección de lo Uno y el Todo. Esa armonía lograda entre la niña y el mundo recuerda, sin duda, la teoría pitagórica de la “armonía de las esferas” que explicaba el Cosmos con una concordancia de proporciones aritméticas y musicales, las cuales –extrapoladas al universo– determinaban que los cuerpos celestes emitían en sus movimientos tonos musicales armoniosos y permanentes. Como advierte Leo Spitzer, en su estudio de semántica histórica sobre el concepto de armonía (*Stimmung*), los pitagóricos no separaron ciencia de mitología y este enfoque “teológico” granjeó luego las simpatías de los cristianos. En efecto, el pitagorismo y su reivindicación de la medida y el orden acompañan de cerca el trazado de un imaginario intelectual religioso.⁵⁴

En los “Tres poemas” que Marechal también publica en *Libra*, y que luego formarían parte de *Odas para el hombre y la mujer* (1929), su primer “llamado al orden” luego de la furia vanguardista de *Días como flechas*, también se imagina material y metafísicamente un universo despojado y jerarquizado en categorías.⁵⁵ Como apunta Pedro Luis Barcia, el abigarrado y variado universo de las formas naturales se reduce a un haz de figuras elementales: mujer, hombre, río, buey, árbol, patria, rosa, etc. De modo tal que, frente a la desmesura del anterior libro, “ahora avanzan el equilibrio, la armonía, la medida, el paso, los cuatro elementos, el ritmo de las estaciones, la dualidad del día. Las palabras ‘arquitectura’, ‘geometría’, ‘construcción’, se afirman en sus versos”.⁵⁶ Y se eligen las formas prosódicas tradicionales: alejandrinos, endecasílabos, heptasílabos. Que la furia vanguardista, o los días como flechas, quedó en pasado se comprueba en “Introducción a las Odas”, el primero de los poemas publicado en *Libra*:

En el día sin lanzas amasé mi canción
 con un barro durable
 Se habían pronunciado las palabras:
 “Toda canción es flecha de destierro”
 Y en el día sin lanzas por encima del hombro
 disparé mi canción.⁵⁷

⁵¹ Leopoldo Marechal, “Dos consideraciones sobre Elena Cid”, *Libra*, n° 1, p. 81.

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ Algo particularmente visible en la elección de la palabra *Número* como nombre de la revista que continúa el espíritu juvenil de *Criterio*.

⁵⁵ Son: “Introducción a las Odas”, “Niña de encabritado corazón” y “Del niño y un pájaro”. Leopoldo Marechal, *Odas para el hombre y la mujer*, XX, *Libra*, 1929.

⁵⁶ Pedro Luis Barcia, “La poesía de Marechal o la plenitud de sentido”, en L. Marechal, *Obras completas. I. La Poesía*, Buenos Aires, Perfil Libros, 1998, xi.

⁵⁷ Leopoldo Marechal, “Tres poemas: Del niño y un pájaro, Niña de encabritado corazón e Introducción a las Odas”, *Libra*, n° 1, 1929, p. 32.

La durabilidad de ese barro, material poético que puede ser moldeado y tomar una forma, se le impone al poeta con sus leyes y reglas propias, bajo la dinámica de una construcción arquitectónica que busca diseñar una obra con proporciones exactas y límites claros. Si bien hay continuidades con el libro anterior, desde *Odas* lo literario no alcanza en sí mismo y va en busca de ese lenguaje primordial con “pies de niño” que trae el eco perdido de lo esencial y eterno de una realidad caída, que tiene por destino la transitoriedad. Como señala Rose Corral: “A pesar de que la poesía de Marechal se alejaría pronto de lo que llamó su ‘furia vanguardista’ [...] que se concentra en el libro de 1926, *Días como flechas*, para tomar otros rumbos con su primer *rappel à l’ordre* y la publicación en 1929 de las *Odas para el hombre y la mujer*, Marechal, al igual que Gironde [...] no forma parte de los que podríamos llamar los ‘arrepentidos’ de la vanguardia”.⁵⁸ En este sentido, las *Odas* repiten temas ya recorridos por el anterior poemario, tales como la necesidad de suspender la transitoriedad temporal, la figura del niño alfarero, la muerte como nacimiento a una realidad superior.

En efecto, el trabajo poético se reviste de una función nítidamente fabricadora en su facultad por producir, no *ex nihilo* sino a partir de una materia preexistente, una criatura nueva. Un “hacer” como artesano que Maritain alentaba en su propuesta teórica. En “Del niño y un pájaro”, por ejemplo, se insiste en la artesanía manual y táctil del barro que, en conexión con el soplo de viento –el espíritu por definición–, recuerda el relato bíblico del Génesis a través de la técnica de la alfarería:

El niño junto al agua
pidió ser Alfarero.
Cerca del río joven lo buscaba su madre:
Lo encontrará su madre con los dedos mojados
El niño amasa el barro, cerca del río joven.
Y entre sus dedos brota,
como de Dios, un pájaro de tierra.⁵⁹

El yo poético torna vivible el mito de origen judeocristiano mediante la lógica de un ritual que involucra la infancia: el niño vive ceremonialmente el mito y, al hacerlo, rompe con el orden usual del espacio y tiempo, para ubicarse en la improbable perfección del tiempo mítico,⁶⁰ que recrea y actualiza la relación de lo creado con el Creador: la obra poética se basta a sí misma y se vuelve *analogon* de la creación divina del universo; pues la analogía “tiene la capacidad de proporcionar los equivalentes narrativos y dramáticos de los diagramas visuales, geométricos”.⁶¹

Así, desde lo háptico se construye un poema recursivo, que combina el heptasílabo encajado con alejandrinos y endecasílabos, siguiendo el ritmo curvo y redondeado del modelado de una vasija o un cántaro. Leyendo el poema en clave de “parábola”,⁶² el niño alfarero espeja la tarea del poeta y ambos comparten la necesidad artesanal de la *mano* como exigencia de la materia, sea para moldear el lenguaje o el barro, con el que producir una forma, en sinto-

⁵⁸ Rose Corral, “Prólogo”, en R. Corral (ed), *Libra*, edición facsimilar, México, El Colegio de México, 2003, p. 86.

⁵⁹ Marechal, “Tres poemas...”, p. 25.

⁶⁰ Como lo define Mircea Eliade en *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, 1991.

⁶¹ Angus Fletcher, *Alegoría. Teoría de un modo simbólico*, Madrid, Akal, 2012, p. 73.

⁶² Graciela Maturo, *Leopoldo Marechal: el camino de la belleza*, Buenos Aires, Biblos, 1999, p. 88.

nía con el interés que las vanguardias expresaron por el arte primitivo. Si de lo que se trata es de poseer el mundo y de partir de lo sensible como portal de acceso a lo sobrenatural, el poeta, para Marechal, al igual que el Dios “ceramista” del primer Libro del Pentateuco que crea a Adán del barro dentro de un imaginario “teo-técnico”,⁶³ se consolida como un demiurgo en cuanto *hacedor*, “alguien que, al nombrar al mundo, le da una forma arquetípica y plena”.⁶⁴ El poeta-alfarero, aquel que “forma”,⁶⁵ le otorga un valor táctil al lenguaje que puede sentir y transformar el universo, para fijarlo icónicamente en el diseño de un objeto poético cerrado que puede recorrerse, ya que tiene contornos estables y límites precisos que impiden cualquier punto de fuga. Alegoría del propio proceso de escritura, el niño y el poeta son los únicos que pueden ver lo que otros no e *imitar* el creacionismo cristiano desde la imbricación entre poesía y arte técnico que se inscriben en la antigua tradición de la alfarería. El poeta como demiurgo –uno de los tópicos que más se repite en el período y que se conecta con el creacionismo de Huidobro– no copia la naturaleza, sino que funda sobre ella sus propias construcciones para deformar y reconstruir lo real. Enrique Foffani, en su análisis del *Heptamerón*, lee este libro como “poema total” que contendría y desplegaría los poemarios anteriores de Marechal, vislumbrándose así cómo el yo poético –pequeño dios– se traduce en varios momentos como el Creador, el Arquitecto o el Alfarero; figuras que toman contacto con la arcilla, ese barro primordial que se vincula con el pecado original.⁶⁶

La representación de Dios, con un compás en la mano que sigue las leyes de la geometría, fue una imagen usual en la cultura medieval, que simbolizaba su función de *cosmocrator* o arquitecto del universo. Dentro de un imaginario estético-espiritual, bosquejado con cimientos católicos, su aporte es fundamental para la construcción de mundos que, en el espacio de la escritura, invita a salir de la mimesis como reproducción de lo real. Las imágenes poéticas participan así de una gran imagen cósmica, son su continuación en el arte, ya que el poeta, lejos de copiar la naturaleza, copia al *Creador* para deformar y reformar el mundo sensible con su fuerza creadora. Y esa producción de nuevos órdenes, suerte de microcosmos, proyectan la sombra del Gran Arquitecto en un macrocosmos eterno: aquel que garantiza la legibilidad del mundo. Es que esa ruptura con la economía de la mimesis, como explica Denis Hollier, define la función ideológica de la arquitectura, en tanto “no produce copias, sino modelos. Se produce a sí misma como modelo. No imita un orden, sino que lo constituye: ya sea del orden del mundo o de la sociedad”.⁶⁷ O del orden de lo literario, podríamos agregar: el espacio cerrado del poema, en símil con el universo cósmico, busca replicar la solidez de una organización arquitectónica en la que resuena nuevamente el ideario neotomista, que Marechal conoce en París, y que se comprueba en la presencia de lo divino como perfección y belleza formal.

⁶³ Peter Sloterdijk, *Esferas 1. Burbujas. Microsferología*, Madrid, Siruela, 2003.

⁶⁴ Diego Bentivegna, “Mimesis, poesía, obra: reappropriaciones dantescas en Pier Paolo Pasolini y Leopoldo Marechal”, en S. Scramim, D. Link e Í. Moriconi (orgs.), *Teoría, poesía, crítica*, Río de Janeiro, 7Letras, 2012, p. 51.

⁶⁵ Significado literal hebreo de alfarero (*yoh-tsér*) sea “formador” o “uno que forma”, tal como aparece en el Antiguo Testamento (Jer 18:4).

⁶⁶ Enrique Foffani, “Bajo el signo de Sophia. La poesía de Leopoldo Marechal en la década del 30”, en C. Hammerschmidt, *Leopoldo Marechal y la fundación de la literatura argentina moderna*, Potsdam-Londres, INOLAS, 2015.

⁶⁷ Denis Hollier, *Against Architecture: The Writings of Georges Bataille*, Cambridge, MIT Press, 1993, p. 34. La traducción me pertenece.

A modo de conclusión

En 1947 el Vaticano, a través de la encíclica del papa Pío XII, “Mediator Dei”, invita a los artistas contemporáneos a colaborar en los actos y sitios litúrgicos. Francia, una vez más, es el país donde más rápidamente se desenvuelve este movimiento de renovación del arte cristiano, en el que se destacan, entre varios ejemplos, las capillas decoradas por Henri Matisse en Verne y por Jean Cocteau en Fontainebleau y Villefranche, la construcción del convento de los dominicos por Le Corbusier en Lyon, el mosaico de Fernand Léger en Notre-Dame de Toute Grâce o los vitraux de Georges Rouault. Este impulso también viaja a través de las fronteras, y en Buenos Aires se conforma la agrupación Mediator Dei, que desde 1952 lleva adelante la tarea de renovar el arte religioso argentino; entre sus realizaciones sobresale la muestra “Arte Sagrado de la Argentina”, realizada en Roma en el año 1961, con obras que van de Fray Guillermo Butler, Juan Antonio (Spotorno), Ballester Peña y Raúl Soldi hasta Juan del Prete, Norah Borges y la artista abstracta Yente. Por su parte, en cuanto a las remodelaciones eclesiásticas en diferentes partes del país, pueden mencionarse los frescos de Soldi en la iglesia de Santa Ana en Glew, los vitrales de Butler en la Basílica de Santo Domingo en Córdoba y los ángeles de Norah Borges en el altar de la Sagrada Eucaristía, ubicada en el barrio de Palermo.

La inclusión de estas obras modernas en los archivos pictóricos de templos, capillas e iglesias no son casos aislados ni tampoco suponen un hecho que pueda sorprender si lo inscribimos en los cruces que trazaron los jóvenes católicos y los vanguardistas en las primeras décadas del siglo xx. Seguir el rastro de este vínculo permite entender los antecedentes que hicieron posible la inclusión de los y las artistas modernos en la Iglesia, pero también su aceptación a modernizar el arte sacro. Las razones no son estáticas y se moldean según los contextos; no obstante, consideramos que la relación intelectual que se produce a fines de los años veinte entre el pensamiento católico de raigambre neotomista y el lenguaje literario y artístico de vanguardia, luego de su momento rupturista, configura tanto un nuevo modo de pensar la religión en la modernidad –por fuera de los mitos de la secularización– como la posibilidad de visibilizar un proyecto estético moderno que tampoco rechazó el rastro de lo divino como juego de formas proporcionadas, armónicas y eternas. De esta manera, entre la forma esencial y las formas constructivas se puede escribir un capítulo de la historia cultural del catolicismo transnacional y la vanguardia argentina. □

Bibliografía

Adur, Lucas, “Criterio: un catolicismo de vanguardia (1928-1929)”, en H. Ehrlicher y N. Ribler-Pipka (eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*, 2014. Disponible en: <<https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/lucas-adur-criterio-un-catolicismo-de-vanguardia-1928-1929>>.

—, Cabezas, Laura y Felipe Dondo, “Estudio Preliminar”, *Revista Número*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 2018.

Barcia, Pedro Luis, “La poesía de Marechal o la plenitud de sentido”, en L. Marechal, *Obras completas. I. La Poesía*, Buenos Aires, Perfil, 1998.

Bentivegna, Diego, “Mímesis, poesía, obra: reapropiaciones dantescas en Pier Paolo Pasolini y Leopoldo Marechal”, en S. Scramim, D. Link e Í. Moriconi (comps.), *Teoría, poesía, crítica*, Río de Janeiro, 7Letras, 2012.

Cabezas, Laura, “Primacía de lo espiritual. Arte e imágenes en la primera etapa de *Criterio*”, *Orbis Tertius*, vol. xxiii, n° 28, e090, diciembre de 2018.

- , “La espiritualización de la vanguardia, o el diseño de una modernidad católica entre París y Buenos Aires”, *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, n° 17, noviembre de 2019.
- Corral, Rose, “Prólogo”, en R. Corral (ed.), *Libra*, edición facsimilar, México, El Colegio de México, 2003.
- Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Di Stéfano, Roberto y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2001.
- Didi-Huberman, Georges, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008.
- Dolinko, Silvia, “Impresiones sociales. Una lectura sobre la tradición del grabado en la Argentina”, *Separata*, n° 15, “Crónicas de entreguerras”, octubre de 2010.
- Eliade, Mircea, *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, 1991.
- Fletcher, Angus, *Alegoría. Teoría de un modo simbólico*, Madrid, Akal, 2012.
- Foffani, Enrique, “Bajo el signo de Sophia. La poesía de Leopoldo Marechal en la década del 30”, en C. Hammerschmidt (comp.), *Leopoldo Marechal y la fundación de la literatura argentina moderna*, Potsdam-Londres, INOLAS, 2015.
- Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- Hollier, Denis, *Against Architecture: The Writings of Georges Bataille*, Cambridge, MIT Press, 1993.
- Lázara, Juan Antonio, “Del Neogótico al Neorrománico. El reloj de los estilos retrocede hacia una nueva periodización de la historia de la arquitectura religiosa en la Argentina”, en M. M. Checa-Artasu y O. Niglio (eds.), *El neogótico en la arquitectura americana*, Ariccia-Ermes, Servizi editoriali integrati, 2016.
- Lida, Miranda, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.
- Mallimaci, Fortunato, “El catolicismo argentino: desde el liberalismo integral a la hegemonía militar”, en AA. vv., *500 años de cristianismo en Argentina*, Buenos Aires, Nueva Tierra, 1992.
- , “Catolicismo y liberalismo: las etapas del enfrentamiento por la definición de la modernidad religiosa en América Latina”, en J.-P. Bastian (coord.), *La modernidad religiosa. Europa y América Latina en perspectiva comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Maturo, Graciela, *Leopoldo Marechal: el camino de la belleza*, Buenos Aires, Biblos, 1999.
- Mauro, Diego A., “Los intelectuales católicos en tiempos revueltos. De Tribuna Universitaria al surgimiento de *Criterio* (1910-1930)”, en M. Lida y M. Fabris (coords.), *La revista Criterio y el siglo XX argentino*, Buenos Aires, Prohistoria, 2019.
- Medrano, José María, *Los iniciales “Cursos de Cultura Católica” en Buenos Aires*, Buenos Aires, Dunker, 2015.
- Medin, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Olázabal, Raúl Rivero de, *Por una cultura católica. El compromiso de una generación argentina*, Buenos Aires, Editorial Claretiana, 1986.
- Ortega y Gasset, José, *La deshumanización del arte*, Madrid, Revista de Occidente, 1958.
- Ruschi Crespo de, María Isabel, *Criterio, un periodismo diferente. Génesis y fundación*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston-Grupo Editor Latinoamericano, 1998.
- Sloterdijk, Peter, *Esferas I. Burbujas. Microsferología*, Madrid, Siruela, 2003.
- Spitzer, Leo, *Ideas clásica y cristiana de la armonía del mundo. Prolegómenos a una interpretación de la palabra Stimmung*, Madrid, Abada, 2008.
- Zanca, José, *Cristianos antifascistas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Resumen / Abstract

Tras el rastro de una estética vanguardista católica en Argentina: cruces entre religión, literatura y arte

Este artículo se propone indagar en la configuración de una *estética vanguardista católica* que tuvo lugar en el campo cultural argentino entre fines de los años veinte y mediados de la década del cuarenta del siglo xx. Si de un lado el pensamiento católico revitalizado precisó de los representantes de la vanguardia para intelectualizar y modernizar su movimiento, los jóvenes del arte nuevo se interesaron por un lenguaje inmutable que apelaba al orden luego de las experiencias explosivas de las vanguardias. El artículo demuestra que la importancia que adquirió el neotomismo o neoescolástica como el discurso ideológico de la juventud católica laica, y su postulación de una religiosidad intelectual, jerárquica y esencialista se condecía muy bien con la etapa posrupturista que estaban atravesando ciertos vanguardistas en pos de un arte no representativo, de tinte clásico y ordenado armónicamente.

Palabras clave: Catolicismo argentino - Vanguardia - Neotomismo - Estética vanguardista católica

Following the trail of an avant-garde Catholic aesthetic in Argentina: intersections between religion, literature and art

This article aims to investigate the configuration of a Catholic avant-garde aesthetic that took place in the Argentine cultural field between the end of the Nineteen-twenties and the mid-Nineteen-forties. If, on the one hand, the revitalized Catholic thought had need of the representatives of the avant-garde in order to intellectualize and modernize its movement, the young people of the new art were interested in an immutable language that appealed to order after the explosive experiences of the avant-garde. As a hypothesis, we seek to demonstrate that the importance that neo-Thomism or Neo-Scholasticism acquired as the ideological discourse of lay Catholic youth, together with its postulation of an intellectual, hierarchical, and essentialist religiosity clearly coincided with the “post-rupturist” stage that certain avant-gardists were going through in pursuit of a non-representative art, characterized by classical overtones and a harmonically ordered execution.

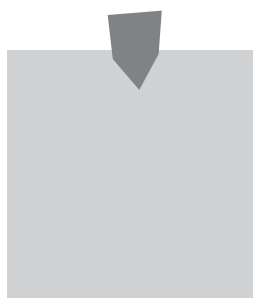
Keywords: Argentinian Catholicism - Avant-garde - Neo Thomism - Catholic avant-garde aesthetics

Fecha de recepción del original: 23/03/2022

Fecha de aceptación del original: 25/09/2022

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas27.1283>

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 27 / 2023

*La Historia y nuestro presente: de la nación a la tribu**

Hilda Sabato

CONICET / PEHESA – Instituto Ravignani – Universidad de Buenos Aires

“El pasado –piensa Nula–, la más inaccesible y remota de las galaxias extinguidas que se empeña en seguir mandándonos, engañoso, su resplandor fosilizado”.

Juan José Saer, *La grande*, 2005.

Viajar a esa galaxia es el sueño del historiador –o al menos de esta historiadora–, que sin embargo solo logra acercarse imaginariamente a ella siguiendo ese “resplandor fosilizado” que llega a través del tiempo. Y lo hace sin poder arrancarse de su anclaje en el presente, que lo retiene con sus cadenas, pero a la vez lo tienta a mirar hacia atrás, lo provoca con sus preguntas que remiten al pasado, donde presumiblemente podrían descubrirse las claves de lo que le toca vivir. Fue esa ilusión, la de entender el presente de la Argentina, la que me impulsó hacia la Historia. Cincuenta años más tarde todavía no lo he logrado... en realidad, ya hace mucho tiempo me di cuenta de que no lo lograría jamás. Descubrí, en cambio, que internarse en el pasado constituye una aventura apasionante, y que hacerlo por la vía de la Historia, esa ciencia que es a la vez oficio y arte, me abría la posibilidad de explorar, desde mi lugar presente, mundos que me son ajenos, para tratar de recuperar, dar sentido e interpretar esa alteridad.

Claro que el pasado no desvela solo a los historiadores sino que, desde diferentes lugares, se recurre a él como cantera para construir relatos, legitimar acciones, fundar genealogías, forjar identidades. Nos distingue, sin embargo, una manera particular de relación con ese pasado, que supone una aspiración de conocimiento a partir de un conjunto de presupuestos, reglas y herramientas cognitivas específicas que definen la Historia como saber. Aunque cambiante e inestable, ese conjunto pauta el trabajo de los historiadores, establece los alcances y los límites de una disciplina que sin embargo parece empujarnos todo el tiempo a desbordarlos, atravesada como está por tensiones, controversias y disputas diversas. Sobre todo, la Historia plantea un problema para el que ha ofrecido diferentes soluciones, siempre tentativas, inestables, cuestionadas: me refiero a las formas de entender la relación entre el pasado al que bus-

* Conferencia dictada en ocasión del otorgamiento del Doctorado Honoris Causa por la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 11 de noviembre de 2022. Será reproducida en la colección *Conversaciones en la biblioteca*, de la misma universidad.

camos dar sentido y el presente desde donde encaramos esa operación de conocimiento, relación que remite a su propia razón de ser.

En lo que sigue, quisiera compartir algunas reflexiones sobre esta cuestión, que no tienen la pretensión de incursionar en la filosofía de la historia –muy alejada de mis posibilidades– sino apenas la de hilvanar algunas observaciones a partir de mi propia experiencia. Esta ocasión, para mí tan especial, me movió a revisar los cambios que se han ido dando a lo largo de las últimas cuatro décadas –que son las centrales de mi propia trayectoria– en las formas privilegiadas de entender la dupla pasado-presente en la práctica de la Historia así como de su relación con las nuevas tendencias de la historiografía. Fueron y siguen siendo tiempos agitados, pues la disciplina ha experimentado cambios importantes en ese terreno a la vez que ha atravesado crisis epistemológicas que han sacudido a la profesión en todas partes, incluyendo la Argentina.

La tormenta de los 80

Como otras áreas del conocimiento, en su largo camino la Historia se rigió por diferentes paradigmas epistemológicos. Su consagración profesional tuvo lugar en el siglo XIX, cuando se sistematizaron las reglas de lo que se consideraba una historia científica. El estudio del pasado humano se ajustó desde entonces a las convenciones que la propia comunidad profesional fue creando y modificando para distinguirla de aproximaciones al pasado hechas desde la literatura, la política o el periodismo, entre otras.

A lo largo del siglo XX la disciplina experimentó importantes cambios, el último de los cuales se inició en la década de 1980, cuando una profunda crisis sacudió las formas vigentes desde hacía varias décadas. En consonancia con transformaciones culturales más amplias, se inauguró entonces la crítica a los llamados grandes relatos sobre el progreso humano, que postulaban un avance inevitable de la humanidad que, según diferentes versiones, llevaba necesariamente hacia la modernización, el desarrollo o la expansión de las fuerzas productivas. La puesta en cuestión de ese presupuesto fuerte para las disciplinas sociales, incluida la Historia, incidió de manera directa en sus prácticas.

Otro núcleo de cuestionamiento se dio en torno al estructuralismo y a las nociones de sujeto, totalidad y determinación social, que habían marcado la disciplina en su proceso de renovación anterior, en las décadas centrales del siglo XX. Por entonces, frente a los tradicionales enfoques de historia institucional y política, se afirmaron nuevas perspectivas que apuntaron a desentrañar los mecanismos profundos de funcionamiento social, radicados en la dimensión material de la vida humana: solo a partir de esas estructuras podía explicarse el devenir de cada sociedad. La Historia se identificó entonces con las ciencias sociales; y en ese marco, en las décadas de 1960 y 1970, la Historia social pasó a ocupar un lugar privilegiado como área innovadora por excelencia, desde la cual parecía posible descifrar las claves de la sociedad en su conjunto. Mi formación inicial transcurrió precisamente por esos carriles, que a partir de los 80 comenzarían a ser cuestionados de manera radical.

Un tercer terreno de turbulencia se dio en torno a la noción de tiempo, tan central para los historiadores. En ese plano, hubo un quiebre en las concepciones más lineales de la temporalidad, que postulaban una continuidad sin fisuras entre pasado, presente y futuro. Al estudiar el pasado, los historiadores aparecían, desde el presente, como mediadores con el futuro. Esta colocación fue particularmente importante en los procesos de construcción y legitimación de

los Estados-nación, en la medida en que la Historia les ofrecía articulaciones hacia atrás que confirmaban su camino hacia adelante. Durante los siglos XIX y XX, la disciplina alcanzó con ello un lugar de privilegio, pues desempeñó un papel clave en la invención de mitos e identidades nacionales. Ese papel se había desdibujado parcialmente hacia la segunda posguerra, pero la Historia siguió influyendo en la constitución de identidades colectivas, ya no solo nacionales sino también de clase. El quiebre de la concepción continua del tiempo resultó, en cambio, decisivo para desplazarla de ese lugar, que en los años siguientes quedó en manos del campo de la memoria social.

Todos estos cambios contribuyeron a poner en crisis las formas de concebir y escribir la Historia que habían mantenido su hegemonía durante varias décadas, y dieron paso a revisiones radicales sobre la naturaleza de la producción historiográfica y las características del conocimiento histórico, así como a un período de controversias y ensayos en diferentes direcciones. Por entonces, la Historia terminó de desgajarse del papel central que había ocupado en la formación y legitimación de las naciones, así como de su pretensión de explicar globalmente el mundo. Se abrieron intensos debates acerca de las relaciones entre Historia y memoria, en los que los cultores de la primera insistían en separar los campos, en distinguir las operaciones de conocimiento histórico de las que respondían a los mandatos de la construcción de memorias. De esta manera, desprendida de sus imperativos teleológicos y de sus obligaciones identitarias, la Historia ganaba autonomía.

El peso del presente

La historiografía argentina no fue ajena a estas tendencias, aunque tuvo sus propias derivas y ritmos. Fue un período de gran expansión al calor de la recuperación de la democracia y de la recomposición de las instituciones de investigación y enseñanza, que abrió espacios para la formación de un campo profesional vigoroso e innovador. En el plano personal, ese fue el momento de mi iniciación como historiadora y marcó profundamente mi labor futura.

En sintonía con lo que ocurrió en otras latitudes, el clima posestructuralista de las décadas del 80 y 90 impulsó a los historiadores locales a revisar los fundamentos de su quehacer. Al mismo tiempo, nos llevó a explorar con nuevas preguntas la llamada “historia nacional”, trabajando a contrapelo de esa fórmula en la interrogación crítica y la deconstrucción de mitos y memorias. En particular, hubo una importante producción destinada a desmontar las visiones canónicas de la nación y a revisar las interpretaciones de la formación de la Argentina. Esa vocación cuestionadora llevó a privilegiar ciertos períodos sobre otros y el largo siglo XIX –período tardocolonial a 1930– cobró centralidad en la agenda. Como resultado de ese movimiento, poco quedó en pie de la imagen previa del siglo XIX como un período de transiciones lineales y progresivas de la sociedad, la economía y las instituciones coloniales del Antiguo Régimen a las del Estado-nación, el capitalismo, la modernidad y la democracia. Se fueron construyendo, en cambio, interpretaciones alternativas que desarmaron esas totalidades y que, sobre todo, implicaron quiebres en las concepciones que suponían una continuidad del tiempo histórico y permitían ir hacia atrás para rastrear procesos que llegaban al presente y se proyectaban al futuro.

Se produjo así un cambio en la relación que los historiadores establecíamos entre pasado y presente, que se distingue de lo que había antes y de lo que vino después. Ese quiebre llevó

eventualmente, como ha planteado el filósofo de la Historia Chris Lorenz, a la disolución total de las coordenadas temporales dentro de las cuales tradicionalmente había transitado la Historia, y abrió un campo de controversias que continúa hasta hoy.¹ Pero en sus inicios, en el terreno más prosaico de la práctica historiográfica, ese quiebre tuvo efectos muy pragmáticos, al menos en la Argentina. Los historiadores pusimos el foco en la necesidad de mediatizar el vínculo entre pasado y presente para evitar que la operación de conocimiento (la investigación histórica) se subordinara sin mediaciones a los mandatos previos del investigador. No se trató de una propuesta original para un problema que desvela a los cultores de la Historia desde siempre, sino de la activación de una convicción que, con distintas formulaciones, ha formado parte de tradiciones seculares de la historiografía. Si el presente inspira las pasiones y pulsiones del historiador y por lo tanto sus preguntas, se trataba de evitar que ellas impusieran *a priori* las respuestas. Suena muy sencillo, pero no lo es, y la discusión sobre lo que se ha dado en llamar “presentismo” tiene sin duda muchas aristas y ha inspirado innumerables reflexiones, que se potenciaron en los últimos años, como veremos más adelante. Entre las exigencias de una Historia que se pretende “objetiva” y desenraizada del presente y las posturas que subordinan el pasado enteramente a sus mandatos se abre una diversidad de caminos posibles para los historiadores.

En la Argentina de finales del siglo xx, la reformulación de la relación entre pasado y presente que acabo de mencionar se desmarcó de las versiones historicistas tradicionales y de los supuestos positivistas de una objetividad deseable, para postular en cambio la posibilidad de explorar esa galaxia que evocaba Saer, una operación de conocimiento moldeada por las percepciones y los sesgos del historiador, pero que aspira a cierto grado de autonomía.² Con el punto de partida y de llegada del presente, el historiador interroga desde su propio lugar y recurre a restos e indicios de un pasado presupuesto siguiendo los protocolos de la disciplina que, aunque fluidos y disputados, lo orientan en el proceso de conocimiento. En palabras de Eric Hobsbawm, ese grande de la historiografía del siglo xx: “La profesión del historiador es inevitablemente política e ideológica, aunque lo que un historiador dice o puede no decir depende estrictamente de reglas y convenciones que requieren pruebas y argumentos...”³

Formulaciones como esta constituían parte del credo historiográfico de las últimas décadas del siglo xx, que abogaba por el ejercicio de un control epistemológico crítico sobre las orientaciones del historiador, que le permitiera interpelar al pasado en sus propios términos, descubrir y dar cuenta de lo que tiene de diferente, de verdaderamente “otro”. Se trataba de contribuir a la construcción de un saber específico, diferente del generado desde otros espacios de intervención sobre el pasado.

¹ Chris Lorenz, “Out of Time? Some Critical Reflections on François Hartog’s Presentism”, en M. Tamm y L. Olivier (eds.), *Rethinking Historical Time: New Approaches to Presentism*, Londres, Bloomsbury, 2019, y “Unstuck in Time: Or, the Sudden Presence of the Past”, en K. Tilmans, F. van Vree y J. Winter (eds.), *Performing the Past: Memory, History, and Identity in Modern Europe*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2010.

² Gabrielle Spiegel, “The Task of the Historian”, *The American Historical Review*, Presidential Address, vol. 114, n° 1, 2009.

³ Eric Hobsbawm, “Cuando la pasión ciega a la Historia”, *Clarín*, 2 de abril del 2000.

La historia en la era identitaria

Pero la historiografía no se queda quieta y el nuevo siglo trajo novedades en las formas de hacer Historia, también en nuestro rincón del mundo. La disciplina sigue creciendo en todas partes, con una amplitud que hace difícil sistematizar su rumbo. La tormenta de los años 80 ha pasado, pero la revolución epistemológica que horadó varios de los pilares sobre los que se erguía la producción anterior no derivó en la imposición de alguna nueva ortodoxia. Una mirada rápida sobre la situación actual del campo muestra segmentación de las miradas, diversidad de temas y enfoques, multiplicidad de lenguajes y estrategias de investigación, aquí y en todas partes. El repertorio de temáticas de indagación experimentó un verdadero estallido y hoy no hay ámbito del quehacer humano que quede descartado de la agenda del historiador. En suma, parece haberse llegado a un consenso inestable de convivencia historiográfica e institucional entre diversas ramas específicas, orientaciones teóricas e inclinaciones temáticas, en un marco general común y compartido.

Sin embargo, esa situación no conforma a todos los cultores de la disciplina y se han hecho varios intentos por definir nuevos territorios historiográficos privilegiados, giros epistemológicos que buscaron replicar el impacto que en su momento tuvo el giro lingüístico pero que no alcanzan la radicalidad de aquel. Quizás el más conocido y exitoso de esos esfuerzos sea el que se resume bajo la etiqueta de “historia global”. No hay una definición precisa del término, que se utiliza genéricamente para hacer referencia a un conjunto de aproximaciones diferentes al pasado –historia mundial, transnacional, *croisée*, entre otras– pero que tienen un denominador común: la crítica a las historias nacionales, que focalizan su mirada dentro de las fronteras de cada país o de otros espacios sociopolíticos específicos, como imperios o ciudades-Estado. Estamos, pues, ante una manera interrogar el pasado que aspira a ampliar los marcos y escalas espaciales y temporales de referencia y ha contribuido a renovar temas y perspectivas. Al mismo tiempo, no ha planteado desafíos epistemológicos fuertes a las orientaciones que fueron surgiendo de la ola posestructuralista y más bien puede pensarse como una manifestación más de su vigencia.

En cambio, en contrapunto con estas perspectivas que apuestan a lo global, ha ido ganando espacios una tendencia que apunta en otra dirección –casi opuesta–: la de contribuir a la construcción y afirmación de identidades particulares. La impugnación de la figura de un sujeto privilegiado portador de la historia universal, que caracterizó la historiografía finisecular, abrió el camino para la diversificación de sujetos protagonistas de distintas historias dignas de ser contadas. Desde entonces, surgió un creciente interés por la identificación y el estudio de sujetos colectivos que habían permanecido al margen del *mainstream* historiográfico o habían quedado subsumidos en las categorías más amplias de nación y clase. De allí la irrupción y multiplicación de trabajos sobre historias de mujeres, pueblos indígenas, afrodescendientes, grupos étnicos y comunidades de inmigrantes, colectivos de género, y sectores subalternos diversos.

Esta tendencia está generando un vasto corpus de investigaciones que buscan iluminar zonas hasta ahora muy poco transitadas del pasado. En la producción reciente es notable la cantidad de tesis, artículos y libros que se orientan en esa dirección, con enfoques sobre lo social que incorporan de manera predominante la dimensión cultural. Esa transformación está en sintonía con un fenómeno político e ideológico contemporáneo, el de las políticas identitarias. En ese marco, y a diferencia de la historia global, plantea desafíos fuertes a las

formas hasta hace poco predominantes de hacer Historia. En primer lugar, esta parece retomar la función identitaria que la había caracterizado en la era de las naciones, ahora para operar en el terreno de la construcción de identidades de grupos sociales específicos. Esta función implica, en segundo lugar, una reformulación de la relación entre pasado y presente, un presente cuyos mandatos políticos e ideológicos adquieren creciente peso en las operaciones de conocimiento.

Voy a ir por partes. Empiezo por una breve referencia a las políticas identitarias que se despliegan en muchas de nuestras sociedades contemporáneas. Se trata de un concepto fluido, inestable y en discusión, que refiere directamente a la cuestión de la identidad. En un ensayo reciente, que tituló elocuentemente *Faut-il universaliser l'histoire? Entre dérives nationalistes et identitaires*, el historiador indio Sanjay Subrahmanyam señala que el término se expandió ampliamente a partir de los años 90 cuando “para grupos particulares en el interior de un sistema político y social, la identidad devino sobre todo una manera de afirmarse en cuanto colectividad...”⁴ La enciclopedia filosófica de Stanford, por su parte, nos dice: “La frase ‘política identitaria’ refiere a una amplia gama de actividades y teorizaciones políticas fundadas en la experiencia compartida de injusticia por miembros de ciertos grupos sociales [...] apuntan a asegurar las libertades [...] de colectivos específicos marginalizados...”⁵

El lugar central que ocupa esta problemática en la agenda política contemporánea ha tenido un impacto muy decisivo en el campo del conocimiento, sobre todo en las áreas relacionadas con las ciencias sociales y las humanidades. El caso que nos ocupa, el de la Historia como disciplina y campo de saber, no ha sido ajeno a este clima de ideas y es esperable que así sea, en la medida en que el presente inspira y alimenta los interrogantes de los historiadores. Al mismo tiempo, la fuerte carga político-ideológica del tema ha incidido para infundir una empatía explícita con los sujetos colectivos en estudio. Ya a principios de este siglo, el historiador mexicano Mauricio Tenorio advertía con ironía: “Un fantasma recorre el mundo intelectual y académico [...]: la identidad [...] Ser crítico, activista o profesor es salvar, descubrir, inventar, reinventar, proteger, escribir, describir o apoyar una o varias identidades, buenas, justas, auténticas y nobles...”⁶ Claro que esta identificación ha contribuido a dinamizar la investigación, generando resultados muy originales. Pero también tiene sus riesgos: cuando la empatía deviene identificación lisa y llana, y se acompaña por el imperativo de reivindicación política, social o cultural, suele inducir a una naturalización de los actores y a esencializar sus identidades, obturando así la posibilidad de interrogación crítica de los procesos en estudio.

En todo caso, y más allá de esos riesgos, la Historia aparece cumpliendo una vez más un rol central en la construcción de memorias e identidades, ya no de la nación o la clase sino de los distintos colectivos ahora en foco. Esa función, que le otorga presencia en las disputas contemporáneas y le devuelve parte de la relevancia social que había alcanzado en la era de las naciones, coarta su autonomía como campo de saber, limita sus posibilidades de encarar operaciones de conocimiento que se desmarquen de las luchas presentes.

⁴ Sanjay Subrahmanyam, *Faut-il universaliser l'histoire? Entre dérives nationalistes et identitaires* [‘¿Debemos universalizar la historia? Entre derivas nacionalistas e identitarias’], París, CNRS, 2020 (traducción propia).

⁵ Cressida Heyes, “Identity Politics”, en E. N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2020. Disponible en: <<https://plato.stanford.edu/archives/fall2020/entries/identity-politics/>> (traducción propia).

⁶ Mauricio Tenorio Trillo *et al.*, “Identidad, nuestra preclara obsesión: un diálogo y algo más”, *Istor*, año 3, n° 11, 2002, p. 19.

El giro presentista

Pero ¿por qué no? ¿Por qué no escribir la Historia explícitamente en función del presente? Una pregunta que hoy muchos se contestan por la afirmativa y que nos lleva otra vez a la relación entre pasado y presente en esta nueva curva de la historiografía, no solamente en la Argentina. Esta cuestión ha activado un concepto un tanto trillado pero que ha adquirido nueva vigencia en los debates recientes, el “presentismo”, término que refiere precisamente al lugar del presente en la labor del historiador. Por cierto que el tema es muy viejo y la Historia ha respondido de muy diferentes formas a la pregunta que encierra, desatando, en estas primeras décadas del siglo XXI, controversias apasionadas que oponen diferentes posiciones en ese sentido. La discusión es todo menos sencilla, pero para ponerla en términos muy esquemáticos diría que estamos frente a una revalorización del compromiso del historiador con su realidad presente que ha llevado a cuestionar el distanciamiento crítico fuerte que sostenían las corrientes predominantes en las décadas anteriores.

Antes de pasar a la escena local, voy a referirme a la polémica en términos más generales con un ejemplo. En mayo de 2002, Lynn Hunt, prestigiosa historiadora de la Revolución francesa que era entonces la presidenta de la institución rectora de la disciplina en los Estados Unidos, la American Historical Association, publicó una nota en *Perspectives*, la revista para sus miembros, titulada “Against Presentism”. Allí manifestaba su preocupación por lo que veía como una propensión renovada a “interpretar el pasado en términos presentistas” y llamaba a recordar “las virtudes de mantener una tensión fructífera entre las preocupaciones actuales y el respeto por el pasado...[como] ingredientes esenciales para la buena Historia”.⁷ En su momento, esta nota no despertó demasiadas reacciones, y debió esperar casi veinte años para volver al candelero. En esta nueva etapa, hace un par de meses, el actual presidente de la Association, James Sweet, especialista en historia del África y de la esclavitud, retomó la nota de Hunt para volver a batir el parche sobre el presentismo en su columna en la misma revista. Allí se lamenta de lo que ve como una generalizada tendencia de la Historia en esa dirección, y se pregunta: “Acaso si no vemos el pasado a través del prisma de los temas contemporáneos de justicia social –raza, género, sexualidad, nacionalismo, capitalismo–, ¿estamos haciendo una Historia menos relevante?”. Luego de mencionar críticamente algunos ejemplos concretos de la subordinación del pasado a las políticas identitarias actuales, finaliza diciendo: “Las preguntas históricas emanan con frecuencia de las preocupaciones presentes, pero el pasado interrumpe, desafía y contradice el presente por vías impredecibles”.⁸ Ahora sí esta intervención provocó reacciones inmediatas y desató furias de todo tipo y por todos los medios, incluyendo las redes sociales, que cayeron sobre Sweet, quien –no obstante haber recibido algunos apoyos– se sintió acorralado y publicó una disculpa por lo que llamó “su provocación”.⁹ Este

⁷ Lynn Hunt, “Against Presentism”, *Perspectives on History*, vol. 40, n° 5, mayo de 2002. Disponible en: <<https://www.historians.org/research-and-publications/perspectives-on-history/may-2002/against-presentism>> (traducción propia).

⁸ James Sweet, “Is History History?”, *Perspectives on History*, vol. 60, n° 6, septiembre de 2022, p. 7. Disponible en: <<https://www.historians.org/research-and-publications/perspectives-on-history/september-2022/is-history-history-identity-politics-and-teleologies-of-the-present>> (traducción propia).

⁹ James Sweet, “Author’s Note”, *Perspectives on History*, vol. 60, n° 6, septiembre de 2022. Disponible en: <<https://www.historians.org/research-and-publications/perspectives-on-history/september-2022/is-history-history-identity-politics-and-teleologies-of-the-present>> (traducción propia).

desenlace desafortunado da muestra de un clima caldeado que llega a la intolerancia frente a posiciones que osan desmarcarse, aun tímidamente, de la ola presentista en boga.

Por cierto que la discusión tiene otras aristas que no puedo traer aquí, pero es muy ilustrativa de las nuevas orientaciones. Más allá de este caso, el “presentismo” ha sido objeto de artículos y libros recientes, que en general parten de críticas duras al historicismo tradicional para hilar más fino en torno a las maneras en que el presente ineludiblemente incide, influye, hasta determina (según algunos) la tarea del historiador. Las visiones difieren en cuanto al grado, pero hay una tendencia muy marcada a resaltar el valor del compromiso militante del historiador con su presente más que a advertir sobre los riesgos de esa relación.

Nuestra propia historiografía está muy en sintonía con esta tendencia. Y si bien el término “presentismo” se usa poco en nuestro medio, la problemática a la que alude está en el centro de la discusión sobre nuestro *métier*. Y aquí vuelvo a mi propia experiencia. Como mencioné antes, en las décadas finales del siglo xx se fue dibujando cierto consenso respecto del vínculo deseable entre pasado y presente. Se partía de afirmar ese vínculo y a la vez problematizarlo, buscando aplicar con rigor los instrumentos de la crítica para no anticipar, torsionar o forzar resultados en función de las inclinaciones y pasiones previas del historiador, que por su parte se reconocían como fuente de interrogantes y pulsiones. En las últimas décadas, en cambio, han surgido otras propuestas que, por el contrario, privilegian el anclaje determinante en el presente. En ese marco, hay un espectro amplio de posicionamientos, que van desde la reivindicación de la Historia como arma militante para las luchas actuales hasta formulaciones que privilegian el compromiso con el presente sin renunciar a la especificidad del trabajo sobre el pasado. Pero todos ellos comparten la crítica a las posiciones previas que se esforzaban por mediatizar ese vínculo.

Este nuevo giro, que podríamos llamar “presentista”, ha influido muy directamente en las orientaciones que ha seguido la investigación en los últimos años. Tanto aquí como en otras latitudes se ha señalado el interés cada vez mayor por el estudio de los pasados recientes, que se conectan con facilidad a las contiendas contemporáneas. Sobre todo, hay una conexión muy evidente con las investigaciones ligadas a las historias de actores colectivos que reivindican su lugar en las sociedades actuales en el marco de las ya citadas políticas identitarias. En este clima, como vimos, la Historia como disciplina parece recuperar su antigua función en la construcción y legitimación de identidades, pero ahora de grupos sociales, étnicos, culturales –las tribus de mi título–, que estaban ausentes o marginalizados en las historias nacionales previas, con los riesgos que ya señalamos: naturalización de los actores y esencialización de sus identidades. En esos casos, que no son la regla pero tampoco una excepción, se recurre al pasado no ya como territorio a conocer sino como cantera para responder a las demandas del día. Al mismo tiempo, la restitución a la Historia de su función legitimadora está experimentando una deriva paradójica. Cuando ya augurábamos el fin de las naciones, vemos en cambio un resurgimiento de las nacionalidades, y en ese movimiento, que en algunos casos se muestra muy agresivo, también la disciplina interviene. Lo vemos en países como Polonia, Rusia o la India, donde los historiadores están bajo presión de los mandatos recientes orientados a legitimar renovados nacionalismos.

Ante estos desarrollos y la revitalización de posturas que entienden que la Historia debe estar al servicio de las demandas contemporáneas, recurro una vez más a Eric Hobsbawm, a quien nadie podría acusar de falta de compromiso social, para recuperar sus palabras de hace más de veinte años: “La Historia requiere distancia, no solamente de las pasiones, emociones,

ideologías y miedos de nuestras propias guerras de religión, sino de las aún más peligrosas tentaciones de la ‘identidad’”.¹⁰ Desde esta perspectiva –que también es la mía–, quizás el mayor desafío para los historiadores consista en soltar amarras de nuestro presente para tratar de entender, dar sentido, interpretar la acción humana a través de los tiempos y crear y recrear visiones de aquella “galaxia extinguida” de Saer, pasados en plural que a su vez alimenten los debates de nuestro propio tiempo. En todo caso, y por suerte, la discusión sigue abierta...

¹⁰ Eric Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*, Nueva York, Pantheon Books, 2002, p. 415 (traducción propia).

Dossier

*40 años de Comunidades imaginadas
Vidas y sobrevidas de un clásico*



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 27 / 2023

El dossier “40 años de *Comunidades imaginadas*. Vidas y sobrevidas de un clásico” ha sido organizado para esta edición de *Prismas* por Lila Caimari y Michael Goebel.

Presentación

Vidas y sobrevidas de Comunidades imaginadas

Lila Caimari y Michael Goebel

Universidad de San Andrés / CONICET

Freie Universität Berlin

Rastrear la trayectoria de un libro como *Comunidades imaginadas*, publicado por primera vez en 1983, pronto se vuelve un ejercicio de *big data*. Ubicado fácilmente entre los cinco libros más exitosos en las ciencias sociales y humanidades del último medio siglo, hasta el momento de su tercera edición en inglés, en 2006, había sido traducido a veintinueve idiomas y publicado en treinta y tres países.¹ En verdad, era difícil establecer estas cifras con exactitud, ya que su autor, Benedict Anderson, había encontrado al menos una versión (coreana) “pirateada”.² Para entonces, la carrera del libro se asemejaba cada vez más a la de su tema, el origen y difusión del nacionalismo en el mundo moderno, igualmente “pirateado” a través del globo, según el mismo Anderson.

Cual efervescente encuentro de ideas, *Comunidades imaginadas* contenía en un gran fresco lo que numerosos estudios habían abordado de manera separada.³ La audacia creativa

del libro, escrito con pluma culta y enérgica, se desplegaba en una trayectoria de aliento inusualmente amplio, un mapa de por sí desestabilizante en donde los más conocidos casos europeos eran puestos en un mismo cuadro junto a ejemplos latinoamericanos, asiáticos y africanos. Este recorrido se organizaba en torno a un argumento fuerte: en todas partes y con cronologías diversas –se afirmaba– los orígenes de las identidades nacionales eran relativamente recientes, y se vinculaban a la impronta del “capitalismo impreso” o “capitalismo de imprenta” (tales fueron las dos traducciones más frecuentes de la expresión *print capitalism*, un concepto desarrollado a partir de la lectura de Walter Benjamin). En esta visión, el nacionalismo moderno era el resultado de la intersección explosiva entre un sistema económico y una tecnología de diseminación cultural. Aquí y allá, el capitalismo de imprenta habría producido un nuevo tipo de temporalidad –homogénea, vacía y secular, medida por el reloj y el calendario– particularmente apta para la identificación solidaria transversal, y por ende, para la emergencia de comunidades *imaginadas* de maneras radicalmente diversas de sus precedentes dinásticos o religiosos.⁴ Este fenómeno requería de

¹ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, tercera edición, Londres, Verso, 2006, p. 207. La primera versión en castellano data de 1993: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

² Anderson, *Imagined communities*, p. 213.

³ Manu Goswami, “Benedict Anderson, *Imagined Communities* (1983)”, *Public Culture*, vol. 32, n° 2, 2020, p. 442.

⁴ La condensación de este argumento en Anderson, *Imagined Communities*, cap. II.

abordajes muy distintos de los que eran habituales para estudiar expresiones políticas como el fascismo y el liberalismo, pues necesitaba de herramientas de la antropología, los estudios literarios, o la historia cultural.

Este gran argumento era luego puesto a trabajar en contextos históricos y geográficos extraordinariamente diversos, en un despliegue que iba de la América hispana en vísperas de sus revoluciones de independencia a la Europa decimonónica y sus nacionalismos populares, de las grandes expansiones imperiales a los movimientos independentistas en Asia y África. En cada escala aparecían temas adicionales, que agregaban densidad a esta visión de la construcción nacional. Gran peso explicativo era acordado a las lenguas vernáculas, un elemento aglutinante muy resaltado en las interpretaciones, incluso sobre factores tan establecidos como la raza. Si el aliento generoso y el amplio espíritu de concepción reservaba a este libro un lugar descollante en discusiones futuras sobre el nacionalismo, no menos decisiva en ese derrotero era la eficacia de su ejecución, pues el hallazgo de expresiones como “comunidad imaginada” o “capitalismo de imprenta” acompañaba muchas comparaciones inspiradas, capaces de desnaturalizar instantáneamente y con pulso humorístico fenómenos familiares al lector.

Con todos sus méritos y originalidades, no es menos evidente que el éxito que le aguardaba a *Comunidades imaginadas* debía mucho a algunos datos del contexto de publicación, pues momento y lugar de origen eran por demás propicios para su posterior carrera global. Como es sabido, un libro académico escrito en inglés tiene por regla un alcance geográfico más extendido que aquellos nacidos en otros idiomas. Y Gran Bretaña era entonces –y quizás hasta el día de hoy– el epicentro de estudios sobre el nacionalismo. Los programas de seminarios sobre el tema siguen superpoblados de textos publicados allí en los tempranos años ochenta, como lo muestra la

presencia, junto con Anderson, de autores como Eric Hobsbawm, Ernest Gellner y Anthony Smith. Los integrantes de este *milieu* multiplicaban las reverberaciones de sus ideas a través de discusiones públicas entre sí.

También incidían los cambios tectónicos en las humanidades y ciencias sociales ocurridos durante los años ochenta y noventa, que allanaron el camino para ideas de identidad nacional arraigadas en lo cultural, nutriéndose de este libro y retroalimentando sus argumentos. Vale recordar en este punto que *Comunidades imaginadas* se presentaba como una polémica contra la incapacidad del marxismo estérilmente materialista para comprender un fenómeno como el nacionalismo, habitualmente descartado como mera falsa conciencia. No es difícil percibir allí el eco de discusiones más amplias que orientaban la atención de tantos historiadores (sociales o económicos) hacia variables culturales, manteniendo el compromiso con las bases materiales. En los albores de aquel “giro cultural”, el énfasis simultáneo en el mundo simbólico y las apoyaturas concretas de la lectura como base explicativa de un fenómeno hasta entonces considerado en términos más estrictamente políticos no podía sino encontrar terreno propicio. Por lo demás, el interés en los modos de imaginación impulsados por el capitalismo de imprenta, el lugar estelar acordado a la prensa y a la novela como vehículos, y la plausibilidad emocional que esta explicación prestaba a las naciones, se adaptaban bien al movimiento hacia la literatura por parte de otras disciplinas humanísticas, muy propio también de aquel momento. Particularmente incitante era la atención prestada al papel de las ficciones (literarias, periodísticas, burocráticas) en el perdurable apego de estas identidades, que abriría una verdadera compuerta de análisis y discusiones.⁵ Muy

⁵ Sobre las implicancias del planteo de *Comunidades imaginadas* para el análisis de la ficción literaria, y de la

pronto, *Comunidades imaginadas* se convirtió en una referencia ineludible no solo para historiadores, sociólogos y politólogos, sino también para quienes eran sensibles a los giros paradigmáticos del momento, que tocaban a la mayoría de los académicos de muchos países.

Mientras este camino iba multiplicando sus zonas de contacto y rendimiento, comenzaban a acumularse síntomas de otro tipo, lecturas que aquí y allá identificaban dimensiones vulnerables—e incluso fallidas—contenidas en la manifiesta grandeza de *Comunidades imaginadas*. La dispar trayectoria que los años siguientes reservaron a algunos elementos de esta gran visión son un testimonio del interés y también de las objeciones opuestas al despliegue argumental de Anderson. La reacción sería temprana en algunos casos, y se extendería con la segunda edición ampliada y corregida, publicada en 1991 como una especie de relanzamiento de aliento más internacional. Provino de rincones diversos, a menudo movilizadas por especialistas en los casos nacionales evocados para ilustrar el argumento general. Tenían una dimensión correctiva previsible: ajustar la interpretación de un ejemplo particular, reclamar mayor atención a contextos específicos, a historiografías regionales, traer contraejemplos que erosionaban el argumento. En algunos pocos casos, esas miradas localizadas en los campos discretos de *expertise* también podían abrir objeciones más generales al conjunto.

Ya en 1986, Partha Chatterjee formulaba una profunda crítica a la propuesta de Anderson. Su principal argumento era que los nacio-

nalismos del tercer mundo no debían interpretarse únicamente en su “carácter profundamente ‘modular’”, como copias posteriores de modelos establecidos en América y Europa. A su juicio, ese ejercicio no era compatible con la evidencia del contexto bengalí que mejor conocía, y que ponía sobre el tapete las insoslayables particularidades del nacionalismo en contexto colonial.⁶ Su lectura objetaba también la noción clave de “tiempo homogéneo y vacío”, concepción que consideraba propia de una utopía capitalista, y muy discutible en sus manifestaciones particulares. Esa noción unificadora de la temporalidad era condición explícita del argumento de *Comunidades imaginadas*, como hemos visto, pues en su interior podían albergarse aquellas afinidades de larga distancia que hacían posibles identidades transversales de gran escala entre personas que no se conocían—el fenómeno de lectura simultánea del mismo diario en puntos alejados entre sí representaba aquí el ejemplo más emblemático—. Dicha visión era una proyección sin bases en la realidad, insistía Chatterjee, pues pasaba por alto no solamente manifestaciones culturales de otro tipo en la génesis del sentido identitario (su ejemplo era el teatro), sino también evidentes asincronías en el marco de las naciones, cuya historia efectiva transcurría en disparidad de temporalidades, y cuyo análisis no podía sino considerarse en tiempos y espacios heterogéneos.⁷

Por cierto, este diagnóstico refería sobre todo al capítulo VII de *Comunidades imaginadas*, sobre la “última oleada” de nacionalismos en Asia y en África, soslayando el largo

novela en particular: Jonathan Culler, “Anderson and the Novel”, y Andrew Parker, “Bogeyman: Benedict Anderson’s ‘Derivative’ Discourse”, ambos incluidos en el dossier “Grounds of Comparison: Around the Work of Benedict Anderson”, *Diacritics*, vol. 29, n° 4, 1999; Joep Leerssen, “Community and Imagination: Anderson and Literary Studies”, en John Breuilly (ed.), “Benedict Anderson’s *Imagined Communities*: A Symposium”, *Nations and Nationalism*, vol. 22, n° 4, 2016.

⁶ Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Tokio, Zed Books, 1986, p. 21. Una versión en castellano de estos argumentos en Partha Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008; especialmente “La nación en tiempo heterogéneo”, “Comunidad imaginada: ¿por quién?” y “La utopía de Anderson”.

⁷ Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo*, p. 62.

análisis sobre Hispanoamérica, que evidentemente no formaba parte de la definición implícita del “tercer mundo” de Chatterjee. Anderson deploraba la escasa atención de estas lecturas iniciales al escenario latinoamericano: “en muchas de las noticias de *Comunidades imaginadas* [...] este provincianismo eurocéntrico permanece impávido, y [...] el decisivo capítulo sobre las Américas como originadoras pasaba casi enteramente inadvertido”. Ante esto, el prefacio a la segunda edición enfatizaba su voluntad de incluir en el cuadro los orígenes del nacionalismo del Nuevo Mundo, ya que “había tenido la sensación de que un provincianismo inconsciente había influido y deformado las teorías sobre el tema”.⁸

Contra esa persistente indiferencia, Anderson redoblaba la apuesta, y renombraba el capítulo hispanoamericano “Pioneros criollos”. Como observa Fidel Tavárez en su contribución a este dossier, esa solución “instantánea” no dejó de tener efecto, aunque no fuese exactamente el buscado. De hecho, se preparaba el terreno para uno de los núcleos de impugnación más severos: luego de pasar desapercibida en los años ochenta, la idea de los “pioneros criollos” generó una avalancha de comentarios de historiadores latinoamericanistas. Y en ese repentino movimiento de atención, concentrado en los años 1990 y tempranos 2000, casi todos se permitían disentir, más o menos estentóreamente. Como el mismo Anderson admitió en varias ocasiones, era “incapaz de leer español en 1983”,⁹ lo cual derivó en una dependencia excesiva de bibliografía en lengua inglesa, sobre todo de la obra de John Lynch. Este límite debilitaba fatalmente su audaz argumento en relación con el vínculo entre las independencias hispanoamericanas y el temprano despertar de un nacionalismo hispanoamericano. La mayor atención prestada en esta edición a la compara-

ción con el Brasil de algún modo empeoraba el asunto. Pues si el caso brasileño ilustraba una independencia sin mucho nacionalismo, se comprendía mejor que antes que ese ingrediente tampoco era una condición tan necesaria para las independencias hispanoamericanas.

Con la traducción al castellano, en 1993, el argumento fue sometido a la lectura de un grupo mayor de especialistas. Entre los más terminantes estaba José Carlos Chiaramonte, quien acusó a Anderson de ligero descuido en afirmaciones sobre áreas que conocía poco, y sometió a particular escrutinio la concepción (a su juicio insostenible) de un nacionalismo previo a las revoluciones hispanoamericanas de independencia. Tal noción pasaba por alto que la identidad nacional era del todo ajena a los americanos de entonces, y que el nacionalismo “fue mucho más tardío, en la medida en que su aparición es fruto y no causa del proceso de Independencia”.¹⁰ Claudio Lomnitz resumiría así las múltiples refutaciones del argumento de los “pioneros criollos”: “la fecha temprana de los movimientos independentistas [...] no resultaba tanto de la fuerza de sentimientos nacionalistas en la región como de la decadencia de España en el foro europeo”.¹¹ Este diagnóstico era parte de un análisis de conjunto, que además de cuestionar la explicación de las independencias hispanoamericanas, ofrecía argumentos críticos en relación con otras premisas de *Comunidades imaginadas*, nacidas del conocimiento del caso mexicano. Así, la preeminencia de la len-

¹⁰ José Carlos Chiaramonte, “Acerca de *Comunidades imaginadas* de Benedict Anderson”, en J. C. Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, p. 164.

¹¹ Claudio Lomnitz, “Nationalism as a Practical System: Benedict Anderson’s Theory of Nationalism from the Vantage Point of Spanish America”, en M. A. Centeno y F. López-Alves (eds.), *The Other Mirror: Grand Theory Through the Lens of Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2001, p. 348.

⁸ Anderson, *Comunidades imaginadas*, pp. 13-14.

⁹ *Ibid.*, p. 13.

gua sobre la raza como factor identitario era puesta en duda, como lo era la noción sacrificial del nacionalismo, o incluso el momento de emergencia del “tiempo vacío” en el mundo hispanoamericano, que Lomnitz situaba antes de la crisis del Imperio español. Tampoco parecía evidente a este lector la horizontalidad de una comunidad imaginada forjada en la lectura. La complejidad del fenómeno hacía difícil las generalizaciones, insistía, y cada caso requería de “descripción densa”.¹²

Este debate, que tanto marcó la trayectoria del libro en nuestra región, es muy diverso del que el libro suscitaba en otras partes del mundo. En su análisis de la perdurable huella de *Comunidades imaginadas* en los estudios del nacionalismo en el Sudeste Asiático —una región mucho mejor conocida por Anderson: su área de especialidad, su lugar de residencia en repetidas ocasiones, y su foco de compromiso político y personal de largo plazo—,¹³ John Sidel ha mostrado que lejos de verse refutadas, sus hipótesis centrales se han visto allí consolidadas, y sus intuiciones desarrolladas en mayor detalle por estudios ulteriores sobre los orígenes del nacionalismo y de la prensa regional. Esa huella es diversa en sus énfasis, además. Por caso, la singular atención prestada al vínculo entre capitalismo impreso, aparatos educativos y lenguas vernáculas como origen de la identidad nacional, soslayado en tantos análisis, se ha visto sometida a un examen más pormenorizado. En líneas más generales, el espectro abierto a casos tan diversos y el aliento comparatista del planteo global impulsaron una nueva ola de estudios sobre el lugar del cosmopolitismo en los orígenes del nacionalismo en el Sudeste Asiático.¹⁴

Mientras tanto, la cadena de reacciones adversas parecía anunciar el fracaso de *Comunidades imaginadas* en las humanidades latinoamericanas, y un curso divergente en relación con su versión inglesa. Si es posible adivinar una influencia más atenuada que la de aquella deslumbrante performance, también es cierto que la mayor parte de esas impugnaciones estaba circunscripta al vapuleado capítulo sobre los pioneros criollos. Acaso por eso mismo, una vez saldada esa discusión, fue evidente que aun cuando Anderson se había equivocado en relación con las independencias latinoamericanas, su argumento mantenía interés para pensar otros problemas, incluyendo la posterior formación de identidades nacionales en la región. Más importante: la voluntad de apertura de una avenida para la discusión amplia sobre el nacionalismo tenía valor por sí misma, y su fuerza expansiva excedía en mucho la validez de las conclusiones parciales de esta operación. Tal era el perspicaz balance de Tulio Halperin Donghi, quien apenas se detenía a considerar el valor de la propuesta sobre las independencias, pero destacaba aun así la productividad de la noción de comunidad imaginada y, sobre todo, la apuesta al comparatismo, cuya validez consideraba del todo independiente de los errores parciales, tan abundantemente desmentidos por los especialistas. “En historia, como en otras disciplinas —observaba— encontrar las preguntas correctas es tan importante como encontrar las respuestas. Y Anderson ha encontrado una manera nueva de formular las preguntas básicas sobre la nación y el nacionalismo”.¹⁵

¹² *Ibid.*, pp. 351-353.

¹³ Benedict Anderson, *Una vida más allá de las fronteras*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2020 [2016].

¹⁴ John T. Sidel, “Axial Twist: The Impact of *Imagined Communities* on the study of nationalism in Southeast

Asia”, en Breuilly (ed.), “Benedict Anderson’s *Imagined Communities*”.

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, “Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State”, en S. Castro Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin-America*, Washington-Baltimore, W. Wilson Center-Johns Hopkins University Press, 2004, p. 33.

La pervivencia y la geografía de *Comunidades imaginadas* tienden a confirmar que la vida de este portentoso libro era relativamente independiente de las validaciones parciales. Con razón William Acree observa en este dossier que el libro “ha pervivido más que la mayoría de los libros sobre nacionalismo y los estudios de corte académico en general”. En comparación con otros estudios académicos, es llamativo que la atracción de la obra no parece haber disminuido desde su primera publicación. Es al menos lo que sugiere el Google Ngram de “imagined communities”, herramienta que permite visualizar el porcentual de frecuencia de uso de dicha expresión en el tiempo. A juzgar por este indicador, la evocación aumentó sostenidamente a partir de la segunda edición, en 1991, llegando a su auge en el año 2016. La línea es más despareja en castellano, pero permite observar que la expresión no adquirió difusión masiva hasta bien entrados los 2000, y su pico (más bajo que el de la versión inglesa) data asimismo de 2016.¹⁶ Algo similar sucedería con otras traducciones, de las cuales hasta el momento de la segunda edición había solo tres, al japonés, al alemán y al serbocroata. Esta última sin duda se ensamblaba con el auge del interés académico y público despertado por la disolución violenta de Yugoslavia y la fragmentación de la Unión Soviética que conllevaron una nueva ola de fundaciones de Estados nacionales. El propio Anderson vislumbró este evidente motivo para el éxito del libro cuando escribió en el prefacio a la segunda edición:

habiendo seguido las explosiones nacionalistas que destruyeron los vastos reinos políglotas y poliétnicos que fueron goberna-

dos desde Viena, Londres, Constantinopla, París y Madrid, no pude ver que la fila continuaba al menos hasta Moscú. Resulta una consolación melancólica observar que la historia parece estar confirmando la ‘lógica’ de *Comunidades imaginadas* mejor que su propio autor.¹⁷

La invasión rusa en Ucrania en febrero de 2022 ha renovado esta confirmación, si aún hacía falta.

Con todo, la larga curva del uso de la expresión que da título al libro durante más de tres décadas –desde los años noventa hasta al menos 2016– desmiente que su éxito haya sido función de constelaciones geopolíticas momentáneas o de la economía global de la atención periodística. El ritmo no parece responder ni a confirmaciones específicas del poder del imaginario nacionalista ni a confrontaciones bélicas en particular: va simplemente aumentando, para alcanzar una especie de altiplano alrededor del 2005. En un simposio sobre *Comunidades imaginadas* en 2016, John Breuilly contó 64.000 citas en Google Scholar.¹⁸ Pero entre esa fecha y febrero de 2023 encontramos otras 31.000. El significado de estas cifras es incierto, sin duda, y bien podría ser testimonio de un uso crecientemente superficial del libro en el que la contracara de su éxito sería el vaciamiento de su significado –máxime si observamos que el aumento absoluto de los últimos años no se refleja en el uso porcentual registrado por el Ngram, y que probablemente se explica o por el aumento de publicaciones académicas en general, o por la ampliación de cobertura de Google Scholar–. Aun así, es claro que la difusión del libro estuvo lejos de disminuir con el tiempo.

¹⁶ Véase <https://books.google.com/ngrams/graph?content=imagined+communities&year_start=1980&year_end=2019&corpus=en-2019&smoothing=0>.

¹⁷ Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 11.

¹⁸ Breuilly, “Benedict Anderson’s *Imagined Communities*”, p. 2.

Si todo indica que la vigencia de *Comunidades imaginadas* se mantuvo mucho más allá de su recepción inicial y de los vaivenes de la política internacional, ¿qué tipo de lecturas admitió una vez sedimentadas las discusiones iniciales, a medida que esa permanencia le permitía pasar del estatus de *best seller* al de “clásico”? No faltan, por cierto, elementos que autorizan este término en los sentidos más consagrados: el libro que no solamente se mantiene presente sino que carga con las lecturas previas suscitando a la vez otras nuevas; el que tiene capacidad de generar en cada ciclo “un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima”; el “que nunca termina de decir lo que quiere decir”; el que creemos conocer de oídas “y tanto más nuevos, inesperados, inéditos nos resultan al leerlos de verdad”.¹⁹ Con la perspectiva que aportan cuatro décadas de distancia en relación con la edición inicial, este dossier se apoya en la evidencia del diálogo de *Comunidades imaginadas* con obras concebidas más tarde, y con lectores distantes de los climas que marcaron tanto su génesis como su recepción inicial. Los ensayos que siguen podrían encuadrarse, así, en una lectura “de segunda generación”, con las marcas y el espectro de diálogos de otro tiempo.

Esa colocación permite, por ejemplo, volver sobre aquellas críticas, incorporadas hoy al utillaje de lectura y a la vez factibles de devenir ellas mismas objeto de análisis sobre los contextos de recepción de la propuesta de Anderson. Tal es el ejercicio de Fidel Tavárez en su contribución sobre la reacción de historiadores latinoamericanistas al capítulo dedicado a los “pioneros criollos”. Además de sintetizar los argumentos de esa crítica, tal reacción queda situada en el marco de un giro

¹⁹ Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, México, Tusquets, 1992, pp. 7-14.

decisivo en los paradigmas historiográficos en torno al origen de las revoluciones de independencia, que permite comprender mejor lo que se jugaba en esta discusión.

La lectura a cuatro décadas de distancia también pone de relieve las zonas de contacto que *Comunidades imaginadas* ha mantenido con campos de estudio desarrollados después de su publicación. Y ninguna de estas “afinidades anticipadas” es más evidente que la que emparenta a esta obra con la historia global, entre otros motivos, porque pronto fue evidente que el capitalismo de imprenta bien podía ser concebido como la base material de lazos de solidaridad *otros* que el nacionalismo. El mismo Anderson se adelantó a plantear el potencial de esta deriva, en verdad. En *Bajo tres banderas* (2005), volvía sobre su énfasis en el vínculo entre las formas de la circulación cultural e informativa y las identidades colectivas, para iluminar los efectos de esta posibilidad en el desarrollo del anarquismo finisecular, asentado en redes políglotas internacionales y cosmopolitas, muy por fuera de los marcos nacionales (y en contra de ellos).²⁰ El nacionalismo —decía en una adenda a la tercera edición de *Comunidades imaginadas*— existía en “matrimonio indivorciable” con el internacionalismo.²¹ No sorprende, entonces, que la obra se integrara en el campo emergente de la historia global mucho más que otros estudios del nacionalismo. Si no llegó a ser una referencia canónica en este ámbito, es porque desde los años 90 el tema del nacionalismo estaba siendo desplazado por las recurrentes demandas de “ir más allá” de las naciones y el Estado-nación.²² Pero in-

²⁰ Benedict Anderson, *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial*, Madrid, Akal, 2008 [2005].

²¹ Anderson, *Imagined Communities* (tercera edición, 2006), p. 207.

²² Axel Körner, “Beyond Nation States: New Perspectives on the Habsburg Empire”, *European History Quarterly*, vol. 48, n° 3, 2018.

cluso en este marco adverso al objeto principal del libro, esa presencia se reveló singularmente resistente a tal marginalización.

Tributarios de las perspectivas de la historia global que tanto han iluminado los modos de circulación de los imaginarios nacionales, Gabriel Entin y Pablo Blitstein proponen tres hipótesis de lectura que dan cuenta de la vigencia de *Comunidades imaginadas*, poniendo la obra en diálogo con corrientes historiográficas posteriores –los estudios poscoloniales, los estudios subalternos y la historia conectada, entre otros–. Con esta lente, revisan la problemática relación entre capitalismo de imprenta y nacionalismo, y la noción de nacionalismo “modular” como principio de difusión del fenómeno. A cuarenta años del origen, su evaluación crítica de estos argumentos confirma lo que el mejor conocimiento de casos específicos distribuidos en un espectro muy amplio –China y América Latina son sus escenarios– permite seguir corrigiendo de aquel modelo, un ejercicio que a la vez ilustra lo que los más refinados estudios recientes de circulación de ideas aún comparten con la visión de Anderson.

En otras zonas asociadas al gran cauce de la historia global, algunas intuiciones formuladas en *Comunidades imaginadas* han sido objeto de estudios pormenorizados y específicos. Una dimensión que ha mantenido particular vigencia remite al peso atribuido a la prensa –apuesta enfatizada y expandida en *Bajo tres banderas*– que permitía vaticinar un derrotero ulterior en la historia cultural de las comunicaciones. Así fue. En la introducción a su libro sobre el sistema informativo francés en Argelia (2019), por ejemplo, Arthur Asseraf retomaba naturalmente el diálogo con lo que ya era un clásico, haciendo foco en el peso atribuido a los medios de comunicación –el diario en particular, y su capacidad para crear identidades y experiencias del tiempo–, para someterlo al test de un estudio más mati-

zado de la circulación y las apropiaciones de la información en situación colonial.²³ En su contribución a este dossier, Asseraf retoma aquellas hipótesis sobre el vínculo entre información, comunicación e identidad, a la luz de los considerables avances de este campo. Su propuesta invoca nociones más precisas y diferenciadas de audiencia, distinciones entre efectos posibles según medios diferentes, y comunidades solidarias de tenor diverso, entre otros ejercicios de ajuste y refinamiento.

Una relectura más actual aún de la hipótesis del vínculo entre capitalismo de imprenta e identidad solidaria permite a Aviel Roshwald pensar los efectos de las tecnologías de la comunicación en plazos más largos. Nacida de preocupaciones y debates aún en curso sobre el efecto de las redes sociales en las subjetividades, su comparación pone de relieve lo que en retrospectiva aparece como un sesgo fundamentalmente optimista subyacente a aquella visión. Pues si Anderson encontraba que el vínculo identitario nacido de la práctica de la lectura entre personas distantes podía ser lo suficientemente fuerte y perdurable para construir una nación, es porque creía que ese efecto subjetivo podía sostenerse por encima de las mil contradicciones que deparaba la vida cotidiana. Esa expectativa, argumenta Roshwald, resulta insostenible en la era de la frustración, el fracaso económico, y la consecuente disyunción violenta entre la vida en línea y la vida real. Por el contrario: todo sugeriría que las intensas identidades allí cultivadas operan erosionando los grades marcos de pertenencia nacionales, vinculados a operaciones simbólicas propias del siglo XIX.

El sedimento de vertientes tributarias de la historia global también permite ver con claridad otro rasgo fundamental en la génesis de *Comunidades imaginadas* que fuera sosla-

²³ Arthur Asseraf, *Electric News in Colonial Algeria*, Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 7-9.

yado en su momento, a saber: el explícito encuadre de la intervención de Anderson en el marco de las guerras poscoloniales del Sudeste Asiático. Es Martín Bergel quien explora esta dimensión, inspirado en la (mucho más reciente) historia del Tercer Mundo y el tercermundismo. Ese proyecto “global, ubicuo e hiperconectado” no podía sino ejercer su influencia sobre la figura de Anderson, se argumenta, formado en las instituciones británicas de élite en época de derrumbe del imperio, y conocedor de primera mano de ese mundo hoy desaparecido.

La capacidad de supervivencia de *Comunidades imaginadas* a las impugnaciones y grandes cambios de la historiografía es el tema de William Acree, quien atribuye un peso sustantivo a la detección de la base emocional del nacionalismo, y la relación de esa carga con las narrativas identitarias a lo largo del tiempo. Su análisis, que denota una sensibilidad muy actual en torno al lugar de las narrativas y de la emoción como elementos explicativos de la historia, extiende la pregunta al lugar de esta obra en una cultura estudiantil que ha cambiado mucho en las últimas décadas. Su punto de observación es, justamente, el aula de clase, y la variación de las reacciones de los jóvenes lectores a las incitaciones de la noción misma de comunidad imaginada.

Vigencia de largo plazo y resistencia a la crítica son atributos de *Comunidades imaginadas* que también interesan a Víctor Goldgel Carballo. Para dar cuenta de ellos, atiende a los mecanismos expositivos desplegados a lo largo de una obra de semejante aliento. Su análisis llama la atención sobre el recurso andersoniano al paréntesis, entendido tanto como una opción utilizada en la construcción de su narrativa, como un método más amplio de selección de elementos argumentales. Abordado en niveles diferentes, el paréntesis es identificado como una clave que ha permitido salvar la propuesta más allá del efecto olímpico de sus grandes afirmaciones, permitiéndole absorber las críticas recibidas a lo largo del camino.

Para ilustrar esta capacidad, Goldgel Carballo retoma el gran argumento sobre prensa e identidad nacional a propósito del caso de Ambrosio Echemendía, un cubano esclavizado autor de poemas nacionalistas publicados en la prensa de la isla.

De la crítica historiográfica inscrita en campos específicos al ejercicio en tiempo presente; de la relectura inspirada en las corrientes actuales de la disciplina al examen de los recursos narrativos que guardan el secreto de su longevidad: la diversidad de reacciones que suscita *Comunidades imaginadas* a cuarenta años de su publicación puede ser pensada tanto con relación a sus vulnerabilidades como a su diálogo vital con corrientes profundas de la historiografía que la sucedió. Quizás la combinación no sea tan paradójica, en verdad. Los libros que dejan marca no son por fuerza los más perfectos. A menudo son aquellos que irradian una visión clara, y guardan en su bagaje suficientes elementos para hacer un viaje largo. Libros cuya eficacia inspira otros libros, porque despiertan impugnaciones, o porque en su paso vertiginoso también han plantado intuiciones que valen exploración. El falible *Comunidades imaginadas* estaba dotado de la audacia generosa que mueve la rueda. □

Bibliografía citada

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

—, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, tercera edición, Londres, Verso, 2006.

—, *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anti-colonial*, Madrid, Akal, 2008 [2005].

—, *Una vida más allá de las fronteras*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2020 [2016].

Asseraf, Arthur, *Electric News in Colonial Algeria*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

- Breuilly, John (ed.), "Benedict Anderson's *Imagined Communities*: A Symposium", *Nations and Nationalism*, vol. 22, n° 4, 2016.
- Calvino, Italo, *Por qué leer los clásicos*, México, Tusquets, 1992.
- Chatterjee, Partha, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse?*, Tokio, Zed Books, 1986.
- , *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Chiaromonte, José Carlos, *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- Culler, Jonathan, "Anderson and the Novel", *Diacritics*, vol. 29, n° 4, 1999.
- Goswami, Manu, "Benedict Anderson, *Imagined Communities* (1983)", *Public Culture*, vol. 32, n° 2, 2020.
- Halperin Donghi, Tulio, "Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State", en S. Castro Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin-America*, Washington-Baltimore, W. Wilson Center-Johns Hopkins University Press, 2004.
- Körner, Axel, "Beyond Nation States: New Perspectives on the Habsburg Empire", *European History Quarterly*, vol. 48, n° 3, 2018.
- Lomnitz, Claudio, "Nationalism as a Practical System: Benedict Anderson's Theory of Nationalism from the Vantage Point of Spanish America", en M. A. Centeno y F. López-Alves (eds.), *The Other Mirror: Grand Theory Through the Lens of Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- Parker, Andrew, "Bogeyman: Benedict Anderson's 'Derivative' Discourse", *Diacritics*, vol. 29, n° 4, 1999.

Tres hipótesis sobre Comunidades imaginadas

Pablo A. Blitstein y Gabriel Entin

École des Hautes Études en Sciences Sociales

CONICET / Universidad Nacional de Quilmes /
Universidad de Chile*

Publicado en 1983, *Comunidades imaginadas* promovió hace cuarenta años la conformación de un campo de estudio interdisciplinario sobre el nacionalismo. A pesar de que autores como Anthony Smith, Eric Hobsbawm, Ernest Gellner y Elie Kedourie habían explorado sus orígenes desde las décadas del 60 y 70, fue a partir del libro de Benedict Anderson que el nacionalismo adquirió forma como objeto específico de investigación académica. Desde entonces, el nacionalismo se volvió un tema de estudio de dimensiones globales. Este nuevo campo interpelaba no solo a la historia, sino también a la antropología, la literatura y la ciencia política, las disciplinas con las que Anderson o bien se había formado o bien dialogaba desde su posición como profesor en Estudios Internacionales en la Universidad de Cornell (1967-2002). Especialista del Sudeste Asiático, supo combinar en *Comunidades imaginadas* (a partir de aquí *CI*) interrogantes disciplinarios con estudios de área, logrando interpelar a públicos muy diferentes.¹

A pesar de las múltiples críticas que el libro recibió desde su publicación, tanto por sus argumentos sobre el nacionalismo como por sus análisis de ejemplos históricos, en este ensayo nos proponemos indagar su vigencia historiográfica. Para ello, proponemos tres hipótesis que la explicarían.

En primer lugar, la eficacia de las categorías analíticas movilizadas por Anderson (principalmente “comunidades imaginadas” y “capitalismo de imprenta”). Si es verdad que el autor construye una imagen un tanto anacrónica y reduccionista de la historia del nacionalismo, la eficacia simplificadora de sus categorías permite pensar el fenómeno de modo global. Esta operación historiográfica pudo así atraer a un público amplio que, a partir de la disolución de la Unión Soviética en 1991, estaba ávido por reflexionar sobre la nación y las identidades nacionales más allá de Europa occidental.²

* Texto desarrollado en el marco del proyecto Fondecyt n° 11191108.

¹ Benedict Anderson, *Una vida más allá de las fronteras*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2020 [2016].

² Para un balance de la historiografía reciente sobre el nacionalismo, en particular en relación con la historia global, véase Michael Goebel (coord.), Cemil Aydin *et al.*, “Rethinking Nationalism”, *The American Historical Review*, vol. 127, n° 1, 2022. Para una síntesis del lugar de *CI* en la historiografía sobre el nacionalismo, Clément Thibaud, “1983: Benedict Anderson dévoile le fondement fictionnel des nations”, en Cyril Lemieux (dir.), *Pour les sciences sociales. 101 livres*, Paris, Éditions de l'EHESS, 2017.

En segundo lugar, la convergencia de *CI* con el desarrollo de la historia global. Además del impulso inicial que recibió de parte de círculos intelectuales de la izquierda británica (por ejemplo, la de los marxistas de la *New Left*), el éxito internacional del libro pareciera relacionarse con la importancia creciente de la historia global y conectada a partir de los 90.³ Lejos de un nacionalismo metodológico que hace de las naciones unidades naturales y evidentes del análisis histórico, *CI* sitúa la historia del nacionalismo en una espacialidad planetaria definida por la materialidad y la geografía de las conexiones intelectuales y políticas. El libro une de este modo la historia intelectual del nacionalismo con métodos y enfoques desarrollados posteriormente por la historia global y conectada.

Nuestra tercera hipótesis sobre la vigencia historiográfica de *CI* se basa en las tensiones mismas de los argumentos de Anderson respecto de la historicidad del nacionalismo. Si por un lado afirma que la nación y el nacionalismo tienen un carácter modular y pueden “ser trasplantados”⁴ a diferentes territorios, sus análisis muestran también que los nacionalismos no pueden reducirse a un tipo-ideal esencialista desligado de sus usos en contextos políticos y sociales específicos. Dicho de otro modo, más que la asociación de los nacionalismos a una reproducción de comunidades “imaginadas” o “artefactos culturales”,⁵ el desarrollo expositivo de Anderson invita a explorar las interco-

nexiones globales entre élites intelectuales. Sin anular la especificidad de las coyunturas regionales e históricas, estas interconexiones vuelven posible un uso simultáneo de la idea de “nación” en espacios geográficos diversos. De esta forma, la apuesta historiográfica de Anderson se revela más útil que las definiciones sobre las que se basa, y desafía a sostener una actitud crítica frente a sus propias tesis.

1. Eficacia y límites del capitalismo de imprenta

Una de las tesis más exitosas de *CI* consiste en afirmar que la existencia del nacionalismo se relaciona con el desarrollo del capitalismo de imprenta.⁶ Para Anderson, la categoría “capitalismo de imprenta” no se refiere a la técnica de los tipos móviles, sino a la rapidez de la producción y a la proliferación de periódicos y libros: su capacidad para la generación de una conciencia nacional se explicaría por la disponibilidad masiva de textos escritos en lenguas vernáculas. Este hecho habría permitido crear un espacio de comunicación compartido por millones de lectores.⁷

El capitalismo de imprenta se convirtió en una categoría eficaz que relaciona la difusión de escritos impresos en una misma lengua con el surgimiento del nacionalismo en distintas partes del mundo. Dado que la generación de una unidad nacional dependía en muchos casos de la unidad lingüística, y que esta unidad lingüística exigía la proliferación y circulación de objetos textuales homogéneos, el capitalismo de imprenta se volvió, según afirma Anderson, un arma poderosa para la generalización del nacionalismo ya sea a través de la difusión de textos en una lengua oficial o de

³ En su posfacio de 2006, Anderson explica la historia de las traducciones de su libro que, publicado en más de treinta países y treinta lenguas, lo volvieron uno de los más citados en las ciencias sociales; véase: <<https://blogs.lse.ac.uk/impactofsocialsciences/2016/05/12/what-are-the-most-cited-publications-in-the-social-sciences-according-to-google-scholar/>>.

⁴ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 21. A partir de aquí *CI*.

⁵ Para Anderson las comunidades son imaginadas porque aun si los miembros de una nación nunca se conocerán, comparten “la imagen de su comunión” (*CI*, p. 23).

⁶ Anderson, *CI*, cap. 3 (“El origen de la conciencia nacional”), pp. 63-76.

⁷ *Ibid.*, p. 68.

traducciones. En Francia, por ejemplo, las reformas propuestas luego de la revolución de 1789 incluían la destrucción de los dialectos locales (*patois*), y eso obligaba a los revolucionarios a traducir decretos oficiales en las diferentes lenguas del hexágono.⁸ En el Río de la Plata, tras la Revolución de 1810, Manuel Belgrano imprimía y difundía las traducciones de sus proclamas en español al guaraní y aymara, explicando los nuevos principios republicanos basados en la soberanía popular.⁹ Y en la China de fines del siglo de XIX y principios del XX, tanto monarquistas como republicanos veían en la diversidad lingüística un obstáculo a sus proyectos educativos y políticos.¹⁰

Sin embargo, es difícil sostener la hipótesis de que el capitalismo de imprenta conduce a una nación moderna tal como la define Anderson, es decir, a una comunidad imaginada cuyas fronteras son las de otra nación y cuya soberanía reside en sí misma. Por lo menos desde el siglo VII existía la imprenta en China y la cantidad de textos impresos entre los siglos X y XVII superaba ampliamente a los de Europa occidental. La imprenta xilográfica china (más adecuada al tipo de escritura en caracteres que los tipos móviles, también presentes en el este asiático desde el siglo XI) permitió la divulgación de textos de un modo desconocido en el resto del mundo.¹¹ Junto con la movilidad social creada por el sistema de concursos del Imperio chino, la cantidad de lectores en sus distintas regiones se multiplicó en pocos siglos.

Pero esta proliferación no significó necesariamente la posibilidad de una nación. Más allá de las discusiones sobre la emergencia de la nación en China —algunos sostienen su existencia desde el siglo X, otros que recién en el siglo XIX puede hablarse de nación—¹² y de que la intensa actividad de la imprenta china hizo surgir nuevas “comunidades imaginadas”, lo cierto es que no todas correspondieron a naciones modernas entendidas como comunidades soberanas, limitadas en el espacio¹³ y “capaz de ser conscientemente” deseadas.¹⁴ Dicho de otra forma, es problemática la relación que Anderson establece entre la difusión de lenguas impresas¹⁵ y la conciencia nacional.¹⁶ Si el capitalismo de imprenta permite la multiplicación de lectores de una misma lengua, esto no lleva necesariamente a implantar, como señala el autor, “el embrión de la comunidad nacionalmente imaginada”.¹⁷

Una de las hipótesis fundamentales de Anderson consiste en afirmar que los Estados americanos surgidos entre fines del siglo XVIII y principios del XIX (en América del Norte y en Hispanoamérica) constituyen los primeros ejemplos de nacionalismos modernos y representan modelos para el resto del mundo.¹⁸ Ahora bien, Anderson construye para Hispanoamérica una lectura simplificada y teleológica de la revolución y de la emergencia de las comunidades imaginadas.¹⁹ Simplificada,

⁸ Véase, por ejemplo, Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976, p. 72.

⁹ Capucine Boidin, “Textos de la modernidad política en guaraní (1810-1813)”, *CORPUS. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 2014, vol. 4, n° 2 [en línea].

¹⁰ Elisabeth Kaske, *The Politics of Language in Chinese Education, 1895-1919*, Leiden-Boston, Brill, 2008, capítulo 2 (pp. 77-159).

¹¹ Cynthia Brokaw, “On the History of the Book in China”, en C. Brokaw y K.-W. Chou (eds.), *Printing and Book Culture in Late Imperial China*, Berkeley, University of California Press, pp. 3-14.

¹² Ge Zhaoguang, *Zhaizi Zhongguo. Chongjian youguan “Zhongguo” de lishi lunshu*, Beijing, Zhonghua shuju, 2011; Nicolas Tackett, *The Origins of the Chinese Nation. Song China and the Forging of an East Asian World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

¹³ Véase Prasenjit Duara, *Rescuing History from the Nation. Questioning Narratives of Modern China*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, pp. 53-54.

¹⁴ Anderson, *CI*, p. 102.

¹⁵ Difusión posible a través de la interacción entre la contingencia o fatalidad de la historia, el capitalismo y la tecnología (*ibid.*, pp. 71-74).

¹⁶ *Ibid.*, p. 72.

¹⁷ *Ibid.*, p. 73.

¹⁸ *Ibid.*, cap. IV (“Los pioneros criollos”), pp. 71-101.

¹⁹ Véase el artículo de Fidel Tavárez en este dossier.

porque Anderson no solo unifica como parte de un mismo proceso dos dinámicas diferentes en Hispanoamérica (la nación y el nacionalismo), sino porque también considera la revolución como una lucha por la liberación nacional de criollos contra españoles, una afirmación criticada hace ya veinte años por anacrónica y ahistórica.²⁰ Teleológica, porque Anderson considera las nacionalidades consolidadas a fines del siglo XIX no como una consecuencia sino como el origen de revoluciones nacionales. El capitalismo de imprenta habría creado a fines del siglo XVIII “un mundo imaginado de lectores locales” que funcionaría como “embrión” de una comunidad de criollos que ya se sabe nacional.²¹ Pero esta interpretación se vuelve válida solo aceptando dos presupuestos problemáticos: por un lado, la relevancia de periódicos en poblaciones donde este tipo de publicaciones era escasa y una ínfima parte de la población accedía a ellos; por el otro, la creencia de que los criollos constituían un grupo social evidente con una conciencia e identidad propias.

2. Comunidades imaginadas e historia global

Entre otros objetivos, Anderson se proponía dos operaciones con *CI*. En primer lugar, oponerse al eurocentrismo de otros estudios teóri-

cos sobre los orígenes del nacionalismo, en particular los de Smith, Hobsbawm y Gellner, y poner de relieve las experiencias del Sudeste Asiático y de Hispanoamérica. En segundo lugar, criticar a los Estados Unidos, tanto por su política imperialista en América Latina, Asia y África como por el provincialismo de su perspectiva histórica sobre el mundo. Como sugiere en su posfacio de la edición de 2006, su intención era “deseuropeizar” la historia de la nación, arrebatarla de una Europa occidental acostumbrada a asumirse como el origen de la modernidad política,²² y situarla en una región, América, y en particular Hispanoamérica, por lo general considerada una derivación periférica e imperfecta de la cultura europea. Desde esta perspectiva, la relevancia del capítulo “Los pioneros criollos” no radica tanto en su análisis de las revoluciones americanas como en su idea de que el continente marcó como ningún otro la historia del nacionalismo moderno. América le permite a Anderson mostrar la comunidad imaginada como encarnación social y política de lo que en la Europa posrevolucionaria aún era una vaga ilusión. Es su punto de partida para disociar la historia del nacionalismo de la historia europea.²³

El estudio sobre los orígenes y difusión del nacionalismo le permitía a Anderson abarcar varios espacios y períodos, y desarrollar a través de un estilo ameno problemas cuyo interés trascendían una disciplina específica: el imperialismo, el colonialismo, la historia, la memoria, la identidad, la lengua, la tecnología, etc. A partir de la caída de la Unión Soviética y de la formación de nuevos Estados,

²⁰ François-Xavier Guerra, “Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”, en J. Ch. Chasteen y S. Castro-Klarén (ed.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2003; Tulio Halperin Donghi, “Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State”, en *ibid.*

²¹ Anderson, *CI*, pp. 60, 75 y 98. Véase la crítica de Elías Palti a la concepción genealógica de la nación en Anderson a partir de su comprensión de la temporalidad (*La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 45-46).

²² Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (edición revisada), Londres, Verso, 2006, 209-210.

²³ Benedict Anderson, “We Study Empires as we do Dinosaurs: Nations, Nationalism, and Empire in a Critical Perspective, Interview with Benedict Anderson” (entrevista realizada por Alexander Semyonov y Sergei Glebov), *Ab Imperio*, n° 3, 2003, p. 61.

la nación recuperaba un cierto protagonismo, y *CI* supo aprovechar esa coyuntura: se trataba no solo de tomar al nacionalismo como fuerza histórica de pleno derecho, sino también de combinar materialismo e interés por el discurso y la imaginación desde una perspectiva global y comparativa. Siguiendo las pistas de un nacionalismo que se desplazaba por el mundo, y se revelaba con un rostro diferente en cada una de sus encarnaciones, el autor construía su narración situando la historia de los nacionalismos en regiones consideradas periféricas, y relacionándola con objetos originales para su estudio (primero con los periódicos y luego, en la segunda edición de 1991, con censos, mapas y museos).

Si se observa el libro a la luz de los desarrollos posteriores del campo historiográfico, desde los estudios subalternos hasta la historia global y conectada, puede afirmarse que *CI* anticipaba un giro historiográfico. Ciertamente, la historia del nacionalismo no era nueva, como tampoco lo era su estudio desde una perspectiva mundial. Pero Anderson indaga un problema más vasto que el de la llamada cuestión nacional: el de la producción y circulación de un imaginario, y de cómo este imaginario modifica a las sociedades. *CI* no trata de interrogarse sobre la existencia o no de las naciones, sobre su falsedad o realidad, sobre el derecho o no a la autodeterminación (temas típicos de las discusiones marxistas sobre la cuestión nacional), sino de identificar la espacialidad concreta de los intercambios políticos e intelectuales.

En lugar de deducir la trayectoria del nacionalismo a partir de su nacimiento en Europa, y de recortar de modo arbitrario el territorio de su objeto de estudio, Anderson localiza las diferentes instancias en que el nacionalismo se habría manifestado en la historia moderna, y a partir de ellas explica su desarrollo. Al extender las geografías del nacionalismo desde América a Asia, y atribuirle un peso comparable a cada experiencia nacio-

nalista, muestra la importancia de los nacionalismos no europeos en la historia contemporánea y en el orden nacional actual, y sugiere que la historia del nacionalismo se vuelve incomprensible sin los nacionalismos americanos, africanos y asiáticos. Este es un presupuesto compartido por los estudios poscoloniales y subalternos, la historia global, la historia conectada o los estudios transculturales, aun si las bases epistemológicas de estas perspectivas son diferentes y en algunos casos contradictorias. En oposición abierta a los principales teóricos del nacionalismo, *CI* abría en la década de los 80 la posibilidad de concebir que ideas en apariencia “europeas” (comenzando por la de nacionalismo) debían su origen y desarrollo político, social y cultural a historias no europeas. Esta tesis sería un elemento fundamental en el desarrollo posterior de la historia global y conectada.

3. Contradicciones del nacionalismo modular

En varios aspectos, *CI* anticipó la exploración de conexiones sociales y espaciales desarrollada más tarde por una parte de la historia global y conectada.²⁴ Sebastian Conrad considera este libro como un estudio pionero de las “conexiones y transferencias” para el análisis de las naciones y los nacionalismos: desde su publicación, el nacionalismo ya no es un “efecto de la modernización socio-económica explicable en términos puramente endógenos”, sino que resulta de una “difusión” mun-

²⁴ Existe una diversidad de corrientes que se identifican con la historia global. En este caso nos referimos a un tipo específico de historia global que les presta particular atención a las conexiones para delimitar la escala espacial del objeto de estudio. Véase, por ejemplo, el número consagrado a la historia global e historias conectadas de *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, suplemento, n° 54, 4bis, 2007.

dial del módulo nacional.²⁵ Sin embargo, un aspecto metodológico de *CI* no termina de convencer a Conrad: la cuestión de la “modularidad” del nacionalismo y del desequilibrio en el análisis de los múltiples usos de la nación. En efecto, si bien *CI* estudia cómo las comunidades imaginadas de las naciones se constituyeron en Europa y en América como “módulos” transferibles (“con grados variables de autoconciencia”), el resto del mundo aparece como un simple receptor.²⁶

Pero las críticas al enfoque “modular” de Anderson explicitan una tensión ya existente en *CI*. En los casos abordados, el nacionalismo aparece no tanto como un módulo en desplazamiento, sino como una serie de “discursos nacionales” en conflicto desde América hasta Asia, movilizados por los actores según experiencias, objetivos y contextos diversos. Si la idea de modularidad le permite a Anderson comparar diversas coyunturas políticas y culturales como parte de una misma dinámica de la historia del nacionalismo, su análisis de las trayectorias lingüísticas, sociales y políticas de los actores de cada región revelan al nacionalismo como una experiencia plural e irreductible a módulos predeterminados. Los nacionalismos comparten un cierto aire de familia porque, por un lado, surgieron en un marco de expansión, transforma-

ción o caída de los imperios y del colonialismo y, por el otro, porque existen conexiones entre referencias y temas en los discursos sobre la nación.

La historia común del nacionalismo depende de los usos situados de actores a partir de experiencias y expectativas en muchos casos previas a su surgimiento. En el este asiático, por ejemplo, el repertorio conceptual de la “nación” no modificó por sí solo las instituciones, sino que proveyó herramientas suplementarias a actores que contaban ya con discursos y proyectos políticos preexistentes ligados a la constitución de la organización imperial. Por ejemplo, cuando las élites de la China de los Qing (1636-1912) se familiarizaron con los diversos discursos nacionalistas entre mediados y fines del siglo XIX, no solo ya habían lanzado reformas políticas para resolver problemas estructurales del Imperio, sino que lo habían hecho sobre la base de sus propias tradiciones políticas. En este contexto, sus usos de la nación eran variables, desde traducciones puramente fonéticas a identificaciones con palabras de uso corriente (por ejemplo, *guo*, referida a la unidad política) y con sus propias referencias confucianas o legistas sobre el Imperio.²⁷

²⁵ Sebastian Conrad, *What is Global History?*, Princeton, Princeton University Press, 2016, pp. 80-81 [trad. esp. de Gonzalo García: *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*, Barcelona, Crítica, 2017].

²⁶ *Ibid.*, p. 81; Anderson, *CI*, p. 21. La crítica a la transferibilidad de los módulos para el análisis del nacionalismo había sido desarrollada desde los estudios subalternos por Partha Chatterjee (*Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse*, Londres, Zed Books, 1986, pp. 19-22). A pesar de su crítica, es evidente la simpatía de Chatterjee con la tesis de que el nacionalismo debe en gran parte su historia a desarrollos extraeuropeos. Sobre la capacidad heurística de la idea del nacionalismo modular de Anderson, véase Manu Goswami, “Rethinking the Modular Nation Form: Toward a Socio-historical Conception of Nationalism”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 44, n° 4, 2002.

²⁷ De hecho, las reformas “modernistas” en el este asiático no siempre siguieron directamente la inspiración europea, y a veces ni siquiera buscaron una inspiración “moderna”. Las reformas de Meiji en Japón son un buen ejemplo. Anderson ve en estas reformas la llegada del módulo “nacionalismo oficial” al Japón (*CI*, pp. 138-139). Sin embargo, cuando el emperador Meiji reorganizó el consejo de Estado (el *Daijō kan*) como parte de una reforma general de centralización del poder político y de supresión de los poderes “feudales” ligados al *shogunato*, su inspiración no provenía solo de las construcciones estatales europeas, sino también del código Taihō de 701, que estaba basado a su vez en el código “chino” de Tang. Vale la pena recordar que, a diferencia del Japón, la administración china tenía desde el siglo III a. C. un grado de centralización administrativa mucho mayor que el de muchas otras entidades políticas del mundo, con una administración territorial en dependencia directa de la corona y, desde el siglo VII, contaba con un cuerpo de administradores elegidos por concurso. Sobre la “modernidad” de la China imperial (III a. C.-1912),

El resultado fue la producción, entre fines del siglo XIX y principios del XX, de una serie de discursos nacionalistas novedosos, relacionados tanto con la “nación” como con otros discursos políticos del este asiático.

En Hispanoamérica a fines del siglo XVIII, la nación podía significar muchas cosas: el lugar de nacimiento de habitantes de una región, provincia o reino; grupos étnicos (como los indígenas) o castas y, desde el derecho natural y de gentes, cuerpos políticos bajo un mismo gobierno y leyes.²⁸ En ningún caso los sentidos étnicos o políticos de la nación referían a una comunidad política imaginada “inherentemente, limitada y soberana” cuyos miembros compartían una conciencia nacional.²⁹ Los “criollos” a los que se refiere Anderson eran españoles americanos que podían ver a la monarquía hispánica como la nación a la que pertenecían, o también podían considerar jurisdicciones territoriales de la monarquía en América (provincias o reinos integrados jurídicamente a la Corona de Castilla) como sus naciones.³⁰ Más que una identidad

nacional, había múltiples identificaciones superpuestas (como la de español y americano) que hasta las revoluciones no eran necesariamente contradictorias. Son las revoluciones que harían, de aquellos españoles americanos, americanos en lucha contra los españoles. No solo no existiría una nación de criollos, sino que la historia de las naciones en Hispanoamérica estaría atravesada no por un “compañerismo profundo”,³¹ sino por múltiples formas de guerra entre americanos (además de la lucha contra invasiones extranjeras al continente).

Estos ejemplos no invalidan todas las tesis de Anderson, pero revelan un problema fundamental: en la historia de la construcción de la nación y del nacionalismo no hubo reemplazo de un “módulo prenatal” por uno “nacional”, sino usos selectivos de recursos intelectuales disponibles y no limitados a los “discursos nacionales”. Desde esta perspectiva, puede pensarse de otra forma la historia de la nación y del nacionalismo de los últimos dos siglos. El aire de familia entre los modos de construcción nacional no remite ni a la proliferación paralela de procesos endógenos similares ni a la simple difusión modular de un tipo-ideal. Por el contrario, este aire de familia estaría dado por coyunturas análogas y por la interconexión sincrónica, asimétrica y creciente entre élites de diferentes regiones del planeta desde el inicio del siglo XIX. Desde aquel momento, la nación provee recursos conceptuales tanto para generar nuevas formas de cohesión política (ya sea por medio del consenso o por medio de la imposición) como para redefinir la organización social y política del mundo contemporáneo. Y pudo también servir para consolidar la domi-

véase Alexander Woodside, *Lost Modernities. China, Vietnam, Korea, and the Hazards of World History*, Cambridge, Harvard University Press, 2006. Sobre la inspiración “china” Meiji, véase Oka Yoshitake, *Meiji seiji shi*, Tokyo, Iwanami shoten, 2019, vol. 1, pp. 154-155. Sobre las definiciones y usos plurales de nación en China, Wang Fansen, “Wan Qing de zhengzhi gainian yu ‘Xin shixue’”, en *Zhongguo jindai sixiang yu xueshu de xipu*, Taipei, Lianjing, 2003; Marc Matten, “China is the China of the Chinese: The Concept of Nation and its Impact on Political Thinking in Modern China”, *Oriens Extremus*, n° 51, 2012.

²⁸ Fabio Wasserman, “El concepto de nación y las transformaciones del orden político en Iberoamérica, 1750-1850”, en J. Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

²⁹ Anderson, *CI*, p. 23.

³⁰ Los primeros constitucionalistas españoles comienzan a fines del siglo XVIII a equiparar la monarquía compuesta a España como nación unitaria, donde estaba integrada América, pero cuya historia sería exclusivamente europea. Véase José María Portillo Valdés, *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitu-*

cional en España, 1780-1812, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000; y *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispánica*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

³¹ Anderson, *CI*, p. 25.

nación sobre un territorio, como en los nacionalismos franceses y británicos, para deshacerse de la dominación de una potencia colonial, como en las luchas anticoloniales en América, Asia y África, o para buscar separarse de una unidad política existente creando una nueva, como en las reivindicaciones independentistas en Europa o Asia.

La virtud de *CI* reside en que permite dimensionar la complejidad de estas dinámicas a escala global. Ciertamente, al reducir las diferencias entre nacionalismos a variaciones de módulos nacionales, el libro corre el mismo riesgo que cualquier otra perspectiva difusionista sobre la historia: olvidar que las diferencias no son accidentales, sino consubstanciales a las construcciones políticas. No obstante, a pesar de sus contradicciones, los análisis de Anderson permiten leer entre líneas la nación como un fenómeno contingente y plural. En este sentido, su libro abre la posibilidad de comprender la pequeña parte que la idea de nación ocupa en la larga historia de las comunidades imaginadas.. □

Bibliografía citada

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1983].

—, “We Study Empires as we do Dinosaurs: Nations, Nationalism, and Empire in a Critical Perspective, Interview with Benedict Anderson” (entrevista realizada por Alexander Semyonov y Sergei Glebov), *Ab Imperio*, n° 3, 2003.

—, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (edición revisada), Londres, Verso, 2006.

—, *Una vida más allá de las fronteras*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2020 [2016].

Boidin, Capucine, “Textos de la modernidad política en guaraní (1810-1813)”, *CORPUS. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 2014, vol. 4, n° 2. Disponible en: <<https://journals.openedition.org/corpusarchivos/1322>>.

Brokaw, Cynthia, “On the History of the Book in China”, en C. Brokaw y K.-W. Chou (eds.), *Printing and*

Book Culture in Late Imperial China, Berkeley, University of California Press.

Chatterjee, Partha, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse*, Londres, Zed Books, 1986.

Conrad, Sebastian, *What is Global History?*, Princeton, Princeton University Press, 2016 [trad. esp. de Gonzalo García: *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*, Barcelona, Crítica, 2017].

Duara, Prasenjit, *Rescuing History from the Nation. Questioning Narratives of Modern China*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.

Ge, Zhaoguang, *Zhaizi Zhongguo. Chongjian youguan “Zhongguo” de lishi lunshu*, Beijing, Zhonghua shuju, 2011.

Guerra, François-Xavier, “Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”, en S. Castro-Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2003.

Goebel, Michael (coord.), Cemil Aydin et al., “Rethinking Nationalism”, *The American Historical Review*, vol. 127, n° 1, 2022.

Goswami, Manu, “Rethinking the Modular Nation Form: Toward a Sociohistorical Conception of Nationalism”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 44, n° 4, octubre de 2002.

Halperin Donghi, Tulio, “Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State”, en S. Castro-Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2003.

Kaske, Elisabeth, *The Politics of Language in Chinese Education, 1895-1919*, Leiden-Boston, Brill, 2008.

Matten, Marc, “China is the China of the Chinese: The Concept of Nation and its Impact on Political Thinking in modern China”, *Oriens Extremus*, n° 51, 2012.

Oka, Yoshitake, *Meiji seiji shi*, Tokyo, Iwanami shoten, 2019.

Palti, Elías, *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Portillo Valdés, José María, *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.

—, *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispánica*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

Tackett, Nicolas, *The Origins of the Chinese Nation. Song China and the Forging of an East Asian World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

Thibaud, Clément, “1983: Benedict Anderson dévoile le fondement fictionnel des nations”, en C. Lemieux (dir.), *Pour les sciences sociales. 101 livres*, París, Éditions de l’EHESS, 2017.

Wang, Fansen, *Zhongguo jindai sixiang yu xueshu de xipu*, Taipei, Lianjing, 2003.

Wasserman, Fabio, “El concepto de nación y las transformaciones del orden político en Iberoamérica, 1750-

1850”, en J. Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

Weber, Eugen, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976.

Woodside, Alexandre, *Lost Modernities. China, Vietnam, Korea, and the Hazards of World History*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.

Resumen/Abstract

Tres hipótesis sobre *Comunidades imaginadas*

Publicado en 1983, *Comunidades imaginadas* promovió hace cuarenta años la conformación de un campo de estudio interdisciplinario sobre las naciones y el nacionalismo. A pesar de las múltiples críticas que el libro recibió desde su publicación, en este ensayo nos proponemos indagar su vigencia historiográfica. Para ello, proponemos tres hipótesis que la explicarían. En primer lugar, la eficacia de las categorías analíticas movilizadas por Anderson (principalmente “comunidades imaginadas” y “capitalismo de imprenta”). En segundo lugar, la convergencia de *Comunidades imaginadas* con el desarrollo de la historia global y conectada. En tercer lugar, a pesar de que Anderson reduce el nacionalismo a módulos transferibles de un lugar a otro, la distancia entre su propuesta metodológica y su análisis de casos permite pensar los discursos nacionales a partir de la pluralidad de experiencias, objetivos y contextos de los actores.

Palabras clave: Anderson - Historia global - *Comunidades imaginadas* - Nacionalismo

Three hypotheses on *Imagined Communities*

Published in 1983, *Imagined Communities* promoted forty years ago the formation of an interdisciplinary field of study on nations and nationalism. Despite the numerous criticisms that the book has received since its publication, both for its arguments about nationalism and for its analysis of historical examples, in this essay we propose to investigate its historiographical relevance. To this end, we propose three hypotheses that would explain it. First, the efficacy of the analytical categories mobilized by Anderson (mainly “imagined communities” and “print capitalism”). Second, the convergence of *Imagined Communities* with the development of global and connected history. Third, although Anderson reduces nationalism to transferable modules from one place to another, the distance between his methodological proposal and his case analysis shows that national discourses are based on the plurality of experiences, objectives and contexts of the actors.

Keywords: Anderson - Global history - *Imagined Communities* - Nationalism

Reivindicación del paréntesis

Víctor Goldgel Carballo

University of Wisconsin-Madison

En *Comunidades imaginadas*, se dijo ya muchas veces, Benedict Anderson se equivocó en casi todo.¹ Repetirlo, creo, ayuda a reconocer la enormidad del libro y a precisar su carácter de gran relato. Inspirado en Erich Auerbach, que en su *Mímesis* había recorrido casi tres milenios de literatura, y en Walter Benjamin, que llamaba a interrumpir el tiempo lineal de la historia con un mesiánico tiempo-ahora, Anderson analizó el origen de las comunidades modernas que llamamos naciones remontándose a los sistemas monárquicos y las sagradas escrituras. Hacer tamaño recorrido le habría resultado imposible sin poner muchas cosas entre paréntesis. De ahí mi propuesta en este ensayo: considerar que la clave para seguir aprendiendo de

Comunidades imaginadas está en sus paréntesis, elementos fundamentales pero hasta ahora desatendidos de su escritura.

Poner entre paréntesis significa dos cosas muy diferentes y hasta contradictorias. Con aliento benjaminiano, Anderson argumenta que la prensa periódica y las novelas están en la base de la producción de ese tiempo “homogéneo” y “vacío”, el de relojes y calendarios, dentro del cual emerge la conciencia de simultaneidad característica de toda nación moderna. Dicha conciencia, sugiere, genera un efecto simbólico de pertenencia: hace posible que una determinada persona se imagine, mientras lee el diario o una novela, que participa de un “nosotros” nacional, concebible y hasta perceptible a pesar de que las personas que lo componen son demasiadas como para alguna vez conocerse entre sí. Pero al enfocarse en la comunidad imaginada y los procesos de homogenización del tiempo, Anderson, como los nacionalismos, pone entre paréntesis el carácter desigual y heterogéneo de toda sociedad.

Se podría argumentar que los conflictos internos de las naciones están implícitos en su análisis, que trata justamente de entender por qué millones de personas pueden sentirse partícipes de una misma comunidad nacional a pesar del racismo, el sexismo o las diferencias de clase. Pero dejar implícito y ocultar pue-

¹ Según Tulio Halperin Donghi, Anderson “hace una contribución al tema que es bastante independiente de la validez de sus conclusiones específicas. No debería entonces ser una sorpresa el encontrar a tantos entre los admirados y agradecidos lectores de Anderson reconociendo con pesar que en sus áreas de especialización se equivocó en casi todo” (“Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State”, en S. Castro-Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2003, p. 33). En el mismo libro, François-Xavier Guerra sostiene: “prácticamente cada paso de su argumento es falso” (“Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”, p. 5) [traducciones mías del inglés].

den ser dos caras de la misma moneda. Poner entre paréntesis, en otras palabras, significa a veces posponer, minimizar, marginalizar. Mary Louise Pratt fue una de las primeras críticas en observarlo, en un ensayo de 1987 en el que sugería reemplazar la noción androcéntrica e idealizante de “comunidades lingüísticas” por una “lingüística de contacto”. En un mundo de flujos transnacionales y de comunidades internamente diversas, observaba Pratt, imaginar la nación como un universo social “homogéneo y unificado” es bastante absurdo. La explicación que proponía era afectiva: la “nostalgia por la totalidad” y el “enorme consuelo mental” que aquella imagen de unidad produce. Algunos años después, Julio Ramos destacaría que Anderson pasó por alto la “agonística subyacente” en sociedades organizadas en torno a la diferencia racial. Por la misma época Florencia Mallon se distanciaba explícitamente de *Comunidades imaginadas* al examinar el nacionalismo “desde abajo”, o más allá de los parámetros burgueses.²

A pesar de estos rechazos y críticas, el libro se volvió un clásico. Reconociéndose víctima de su éxito, en el epílogo a la edición de 2006 Anderson se lamentaba de los “vampiros de la banalidad” que reducen *Comunidades imaginadas* a su título.³ La queja tiene algo de elitismo y hasta de mala fe, porque esa banalización, en todo caso, se debe a la facilidad con la que se puede entender el concepto central de la obra, y esa facilidad, a su

vez, es un producto de su apuesta básica: cruzar la selva de lo heterogéneo y lo multicausal a fuerza de un relato simple y bastante teleológico, aunque también lleno de variados y coloridos ejemplos. Como los nacionalismos, *Comunidades imaginadas* se basa en generalizaciones extremas. Como los nacionalismos, logra hacer del azar destino y de lo contingente algo necesario. Los periódicos y las novelas, dice Anderson, por ejemplo, fueron los medios técnicos que permitieron imaginar la nación, y esto ocurrió en primer lugar en América. Objetar que en las naciones americanas prácticamente no hubo periódicos o novelas antes de las independencias jamás será suficiente para sepultar su *ben trovato* argumento. Citando solo tres fuentes, y para colmo en inglés y de tres autores nacidos en Europa (Jean Franco, *An Introduction to Spanish-American Literature*, de 1969; John Lynch, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*, de 1973; y Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, de 1948), Anderson abarca toda la historia moderna hispanoamericana y se vuelve referencia obligada desde México hasta la Argentina. ¿Puede haber prueba más elocuente de lo poco que importan las pruebas? Incluso el hecho de que *Comunidades imaginadas* le haya otorgado a América la cucarda de Gran Pionera en el desarrollo de los nacionalismos modernos parecería ser menos relevante para explicar su éxito que el encanto de la simplificación.

Quizás otra de las razones detrás del éxito de libro sea el haber puesto entre paréntesis el giro académico hacia la interseccionalidad, lo posicional y lo subalterno. Como dejaron claro las críticas a la segunda ola feminista, o las dirigidas al modelo de esfera pública de Jürgen Habermas, para mucha gente (me incluyo) es obvio que identificar contrapúblicos o destacar la historia de los feminismos anti-racistas es más lúcido que hacer de cuenta que lo público o el feminismo han sido siempre una sola cosa (blanca-hetero-cis-etc.) La

² Mary Louise Pratt, “Linguistic Utopias”, en N. Fabb, D. Attridge et al. (eds.), *The Linguistics of Writing: Arguments between Language and Literature*, Nueva York, Methuen, 1987, pp. 57 y 64; Julio Ramos, *Paradojas de la letra*, Caracas, eXcultura, 1996, p. 31; Florencia Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995, p. 5.

³ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, tercera edición, Londres, Verso, 2006, p. 211.

eficacia de este tipo de críticas, sin embargo, es complementaria a la de *Comunidades imaginadas*. Desde un ángulo, se destacan las diferencias de poder. Desde otro, el poder de obviar diferencias propio del nacionalismo. Anderson subrayó lo más básico, lo más importante: la tendencia humana a esencializar lo socialmente construido. Las naciones son un invento, arbitrarias, recientes y todo lo que se quiera, pero lo importante, observa él, atento al sentido común, es que producen un vínculo afectivo capaz de hacer olvidar todo esto y hasta de sobreponerse a sus conflictos internos. Poner entre paréntesis, en el sentido de hacer olvidar provisionalmente: he ahí uno de los grandes poderes del nacionalismo.

Poner entre paréntesis, sin embargo, también tiene otro sentido. Incluso las naciones más aislacionistas, señala Anderson, admiten “el principio de *naturalización* (¡maravillosa palabra!), por mucho que puedan dificultarla”.⁴ En esa frase no caben la erudición y la capacidad analítica de Anderson, pero sí el ímpetu de su principal argumento: la maravilla de que podamos creer lo increíble, olvidar lo más evidente. La frase es, además, una de las tantas en las que Anderson usa el paréntesis como signo gráfico. En el capítulo “Las raíces culturales”, por ejemplo, abre paréntesis más de cuarenta y cinco veces, sin contar los que usa para indicar fechas. Al hacerlo, nos enfrenta constantemente al segundo y paradójico sentido del paréntesis: la irrupción de una voz y un nivel narrativo que le recuerdan al lector que lo que venía leyendo no es toda la historia; que aquello que había quedado afuera en realidad está presente.

En el capítulo sobre pioneros criollos, Anderson se refiere al decreto de 1821 en el que San Martín declara: “En adelante no se deno-

minarán los aborígenes *indios* o *naturales*: ellos son hijos y ciudadanos del Perú, y con el nombre de *peruanos* deben ser conocidos”.⁵ De inmediato, Anderson comenta, entre paréntesis: “(Podríamos añadir: a pesar de que el capitalismo impreso no había llegado todavía a estos analfabetos)”.⁶ La metalepsis (el cambio súbito de nivel narrativo que produce el paréntesis) pone de relieve el carácter construido de su relato y nos transporta a una dimensión tan familiar como extraña: un futuro desde el cual, retrospectivamente, incluso los más antiguos habitantes del territorio habrían sido peruanos. Como el “adelante” de San Martín, los saltos de nivel narrativo le permiten a Anderson reconocer y superar lo que contradice sus argumentos. Al contarnos una historia muy simple (Perú existe y sus habitantes se consideran peruanos) nos invita a olvidar todas las otras historias (por ejemplo, que en el Perú de hoy viven más de cinco millones de personas que también se autoidentifican como indígenas y hablan casi cincuenta lenguas diferentes).

Si *Comunidades imaginadas* sigue vigente, esto tal vez se deba a que sus buenos lectores también son capaces de poner entre paréntesis muchos de los problemas del libro, en el doble sentido de obviarlos y destacarlos. Por ejemplo, ha sido posible demostrar que el mercado de textos impresos fue parte de un engranaje social mucho más amplio en el que las redes clientelistas e instituciones como la Iglesia podían tener tanto o más peso que el capitalismo, como hizo recientemente Corinna Zeltsman al enfocarse en el siglo XIX mexicano; o analizar los modos en que lo nacional fue sobre todo imaginado por fuera de la imprenta y la escritura, como hizo Marial

⁴ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 205. Las citas de Anderson en castellano corresponden a esta edición.

⁵ Cito el decreto tal como aparece en la *Colección documental de la Independencia del Perú*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario, vol. 13, n° 2, 1976, p. 364.

⁶ Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 50.

Iglesias Utset al enfocarse en las “ceremonias patrióticas” de Cuba en un contexto en el cual el 70% de la población era analfabeta; o pensar el nacionalismo como un elemento más en un conjunto de formas de imaginación política que incluía también los vínculos transnacionales de la diáspora africana, el sueño de una Confederación Antillana, los activismos indígenas capaces de producir reformas constitucionales que reconocen una realidad plurinacional, etc.⁷ Se podría incluso poner entre paréntesis una de las hipótesis centrales de Anderson, según la cual la lectura de periódicos y novelas habría estado en el origen de las naciones, y destacar la importancia de la escasez o incluso la inexistencia de textos impresos para producir una comunidad imaginada: las discusiones sobre la necesidad de fundar una revista, la desesperación a la hora de juntar fondos, los lamentos por el alto precio del papel, los llamados a que alguien por favor escriba una novela nacional, etcétera.

No pretendo enumerar todos los sentidos del paréntesis, pero en este punto me veo obligado a reconocer uno más: dar ejemplos. Efectivamente, a la hora de escribir es bastante común abrir un paréntesis y ofrecer ejemplos después de hacer alguna afirmación de índole general. Ahora bien, la fuerza de los ejemplos reside en su singularidad, o en el hecho de que no solo ilustran lo general sino que además pueden excederlo y hasta contradecirlo. Esto se vincula con la relación paradójica que la academia estableció con *Comunidades imaginadas* desde un comienzo, y que Halpe-

rin Donghi sintetizó al señalar que los admiradores del libro no pueden sino confesar que en sus respectivas áreas de especialización Anderson “se equivocó en casi todo” (véase nota 1). El relato general de Anderson, dicho de otra manera, produce una admiración que es inmune al hecho de que los casos particulares lo contradigan.

Para elucidar esta paradoja, en las páginas que quedan voy a enfocarme en un ejemplo muy singular: un poeta nacido y esclavizado en Cuba a mediados del siglo XIX. Aunque Anderson le dedica bastantes páginas del libro a Filipinas, Cuba brilla por su ausencia. Y aunque hace varias referencias a la esclavitud y el racismo, su enfoque en las élites criollas deja pendiente la tarea de entender qué podía significar el nacionalismo para una persona esclavizada. En las antípodas del San Martín de Anderson, que había declarado peruanos a aborígenes analfabetos, este poeta se declaró a sí mismo cubano a través de la escritura. Y lo hizo en un contexto muy diferente: colonia española hasta 1898, Cuba fue un lugar donde la nación se imaginó por un largo tiempo antes de adquirir su propio Estado. El poeta en cuestión y su patria están muy lejos de ser representativos de los grupos sociales y las regiones analizados por Anderson. Si algo representan es, justamente, las innumerables particularidades que *Comunidades imaginadas* debió poner entre paréntesis para elevarse a la categoría de gran relato académico. Lo que propongo, entonces, es dejarnos orientar por las paradojas del paréntesis (de lo que, al ser puesto de lado, queda puesto en el centro, y de lo que, al ser puesto como ejemplo, excede y hasta contradice lo que debería ilustrar) para considerar que todo aquello que Anderson dejó afuera puede ser el núcleo de la futura vigencia de su libro, y que su esquema general puede revalorizarse con cada nuevo caso particular que lo exceda y lo contradiga.

La principal razón por la cual la ruptura de Cuba con España se postergó hasta finales de

⁷ Corinna Zeltsman, *Ink Under the Fingernails: Printing Politics in Nineteenth-Century Mexico*, Oakland, University of California Press, 2022, p. 154; Marial Utset, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba 1898-1902*, La Habana, Ediciones Unión, 2003, p. 219; Frederick Cooper, *Colonialism in Question. Theory, Knowledge, History*, Berkeley, University of California Press, 2005, p. 53; Yolanda Martínez-San Miguel, “Spanish Caribbean Literature: A Heuristic for Colonial Caribbean Studies”, *Small Axe*, vol. 20, n° 3, p. 71.

siglo fue la esclavitud, abolida en 1886: el miedo a que una revolución política derivase en una social, o en una “guerra de razas” como la haitiana, mantuvo a raya las tendencias independentistas de la élite. Como la primera guerra de independencia se inicia recién en 1868, voy a referirme a los años inmediatamente anteriores, cuando la antítesis entre nación cubana y esclavitud era todavía la norma; cuando, dicho de otra manera, imaginar un futuro nacional implicaba antes que nada buscar una solución a esa antítesis aparentemente irresoluble. Es en ese momento, en 1865, que un joven esclavizado de 22 años, Ambrosio Echemendía, publica en la ciudad de Trinidad un libro de poemas titulado *Murmurios del Táyaba*.⁸ Lo firma con un anagrama, *Máximo Hero de Neiba*, que exhibe su ingenio y complace el de sus lectores a la vez que participa de una tradición de anonimato fingido que le permite exhibir también su prudencia. Como había pasado tres décadas antes con el autor de la única autobiografía escrita por un esclavo en castellano, Juan Francisco Manzano, Echemendía establece una alianza desigual con un sector de la élite liberal para circular como poeta, publicar y, finalmente, comprar su libertad. Antes de recopilarlos en su libro de 1865, Echemendía había publicado poemas en varios periódicos, como *El Correo* de Trinidad, *El Telégrafo* de Cienfuegos y *El Fanal* de Puerto Príncipe (hoy Camagüey).⁹ Como el de Manzano, se trata de un caso atípico, que sin embargo revela el modo en que muchas

personas podían sacarle provecho a las jerarquías y conflictos consustanciales al desarrollo de una comunidad nacional.

El nacionalismo cubano es perceptible a lo largo de toda la campaña para manumitir a Echemendía, y en particular en los poemas del libro *Murmurios del Táyaba*, publicado varios meses antes de su liberación. El Táyaba del título es una referencia al río que pasa por Trinidad. Echemendía era trinitario (su dueño lo llevó luego a Cienfuegos), y fue ahí donde se editó la obra, pero el patriotismo restringido que exhibe en poemas como “A Trinidad” (“Salve! salve mi solar paterno / donde el TAYABA undoso alegre gira, / Hermosa TRINIDAD, búcaro eterno”) se amplía en otros que abarcan toda la isla. “Vivo orgulloso de mis patrios lares”, dice en “A Cuba”, y proclama su lealtad de manera categórica: “Patria feliz, idolatrada CUBA, / Tú, después de mi Dios, mi amor primero”.¹⁰ A este poema le siguen, en este orden, “A mi señor”, “A la religión” y otro de los varios “A mi señor”. Echemendía enhebra patriotismo, religión y fidelidad a amos, protectores y patricios para acercarse a la libertad por la vía tradicional de la sumisión. Ser mulato (o sea, menos negro), haber aprendido a escribir y cultivar vínculos por dentro y por fuera de la familia de su dueño lo ayudaron a conseguir el apoyo de un grupo de cubanos y cubanas que, aun inclinándose hacia el liberalismo, difícilmente se hubiese solidarizado de manera pública con una persona recién traída de África o (como indico más abajo) con una mujer obligada a amamantar a hijos ajenos.

La lealtad de Echemendía no era solamente una imposición, un privilegio y una estrategia, sino también, desde el punto de vista de la nación imaginada, una virtud patriótica, relativa tanto a su patrón como a sus padrinos y a las redes en las que se movían. A la hora de

⁸ Ambrosio Echemendía, *Murmurios del Táyaba. Poesías por Máximo Hero de Neiba*, Trinidad, Oficina Tipográfica de Rafael Orizondo, 1865.

⁹ Yansert Fraga León, “El discurso emancipatorio en la expresión de poetas esclavos en el siglo XIX cubano. El trinitario Ambrosio Echemendía”, Trabajo de diploma, Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, 2004, p. 20. Véase también la introducción a Echemendía en *Poesía completa* (edición, estudio introductorio y apéndices documentales de Amauri Gutiérrez Coto), Leiden, Almenara, 2019.

¹⁰ Echemendía, *Murmurios del Táyaba*, pp. 21-22.

desplegar esa virtud, la prensa periódica cumplió un rol importante, y el poeta hace esto explícito de varias maneras. Por ejemplo, dedica uno de sus sonetos al periódico *El Fanal*, de Puerto Príncipe, y en el primer terceto anuncia su objetivo:

Al publicar mis pobres concepciones
Manumitirme solamente espero,
Por eso ruego abiertas *suscripciones*

Como otros pocos poetas esclavizados (Manzano, Juan Antonio Frías, Néstor Cepeda, Manuel Roblejo, Amalia Gutiérrez), Echemendía se vincula al nacionalismo de la élite criolla abolicionista sin esconder su interés, que era emanciparse, ni el de ella, que era mostrarse magnánima y avanzar hacia una Cuba posesclavista.

Tan importante como el dedicado a *El Fanal* es el poema que Echemendía dedica al director de *El Siglo*. Este diario, fundado en 1863 por criollos reformistas, se publicaba en La Habana y había empezado a propugnar un abolicionismo gradual. Con el fin de la Guerra de Secesión y de la esclavitud en los Estados Unidos, por un lado, y el ocaso del comercio clandestino de esclavos en Cuba, por el otro, *El Siglo* empezaba a imaginar una nación basada en el trabajo asalariado y una ciudadanía capaz de incorporar a la población afrodescendiente. En ese contexto, ventilar en letras de molde el caso de un esclavo que componía sonetos era una forma de refutar el argumento colonial-proesclavista según el cual el salvajismo, la ignorancia y, en síntesis, la inferioridad “racial” de la población esclavizada hacían imposible su integración a la vida civilizada.

En términos doctrinarios, *El Siglo* estaba alineado con la revista bisemanal *La América. Crónica Hispano-Americana*, que se venía publicando en Madrid desde 1857. Su dueño y director, Eduardo Asquerino, visitó Cuba al poco tiempo de la publicación de los *Murmurios*. La élite liberal cubana le organizó un

banquete de cien cubiertos en el que la campaña de liberación de Echemendía tuvo su punto culminante. Cuando los invitados empezaban a irse, José Manuel Mestre, simpatizante del abolicionismo y temprano traductor de la novela de Harriet B. Stowe *Uncle Tom's Cabin* (*Taita Tomás*, le puso de título), expresó “con voz vibrante” (cito a su biógrafo) que la celebración de los ideales liberales que los convocaban “debía coronarse con una demostración”. Acto seguido pasó a recoger con un sombrero donaciones para Echemendía.¹¹

Al ponerlo patas para arriba, ejemplos como el de Echemendía revitalizan el análisis de Anderson. Al escribir sobre el rol de la prensa, por ejemplo, Anderson enfatiza la importancia del anonimato, o el hecho de que los lectores no se conocen entre sí. Quienes se encontraban con Echemendía al leer el periódico, sin embargo, se encontraban al mismo tiempo con una imagen de su nación en la que conocerse era indispensable: las redes de amistad y patronazgo, el intercambio de textos mano a mano, las tertulias en las que se los leía, los banquetes para recaudar dinero, etc. Para Anderson, el desinterés es “la esencia de la nación”;¹² el nacionalismo de Echemendía es abiertamente interesado. Anderson destaca que la prensa periódica es efímera; los diarios de Cuba, sin embargo, reproducían los poemas de Echemendía publicados en otros diarios, y no faltó quien los recortase para preservarlos. Según Anderson, el tiempo de los periódicos es vacío y homogéneo, mientras que la campaña de liberación de Echemendía nos remite sobre todo a esa otra experiencia del tiempo que Anderson describe como perimida y explica citando a Auerbach: cuando se interpreta el sacrificio de Isaac como “prefiguración del sacrificio de Cristo”, señala Auerbach, “se es-

¹¹ José Ignacio Rodríguez, *Vida del Doctor José Manuel Mestre*, La Habana, Imprenta Avisador comercial, 1909, pp. 70-71.

¹² Anderson, *Comunidades imaginadas*, pp. 202-203.

tablece una conexión entre dos acontecimientos que ni temporal ni causalmente se hallan enlazados”, pero que están “unidos verticalmente con la Divina Providencia”.¹³ El tiempo vacío y homogéneo descrito por Benjamin, sostiene Anderson, tomó el lugar de esta noción providencialista. ¿Pero por qué no podrían coexistir? En enero de 1866, el corresponsal en Cuba de la *Revista Hispano Americana* de Madrid observaba lo siguiente: “Viva feliz el bardo de Cienfuegos [Echemendía, que ya no estaba en Trinidad], hoy emancipado merced al patriotismo de nuestros conciudadanos; y que sean sus cantos para nosotros el bálsamo que calme nuestro dolor, al acordarnos del malogrado Plácido!”.¹⁴ Plácido, el poeta pardo nacido libre que se había convertido en mártir anticolonial luego de ser fusilado en 1844, era así puesto en un mismo plano que Echemendía. Como iba a pasar después con José Martí, Plácido empezaba a resucitar cada vez que la patria lo requería. ¿No nos invita el mismo Anderson, al insistir a lo largo de su libro en la figura de quien muere por la patria, a pensar que esa simultaneidad providencial tal vez sea tan central en la historia de los nacionalismos como la del tiempo vacío y homogéneo?

“Interrumpir el curso del mundo, esta fue la más profunda voluntad de Baudelaire”, observaba Walter Benjamin, refiriéndose a un poeta francés contemporáneo de Echemendía.¹⁵ La cita destaca el tiempo-ahora: la posibilidad de interrumpir, mesiánicamente, revo-

lucionariamente, el horror del mal llamado progreso. Dejando a este Benjamin de lado, Anderson destaca la capacidad de los nacionalismos de hacer olvidar este horror. El caso de Echemendía puede ser leído desde esas dos posiciones, y por eso permite percibir tanto lo que Anderson destaca como lo que excluye: apuntalamiento de un sentido de pertenencia y un *statu quo* nacional (un esclavo que, al cantarle a Cuba, sirve a los intereses de la élite que lo explota) e interrupción del mundo (un joven que, eludiendo el yugo de la esclavitud, se educa, publica poesía y refuta el supremacismo blanco).

El ejemplar de los *Murmurios* que se conserva en la Biblioteca Nacional de Cuba tiene pegado un recorte del periódico *El Siglo*: un soneto de Echemendía publicado en un periódico de Cienfuegos y dedicado al Damují, el río navegable que atraviesa dicha ciudad. Las aguas del río, escribe el poeta, bañaban antes unas pobres casas, hasta que

El *Progreso* escuchó tu murmurio,
Y en tus incultas márgenes hojosas
Brotó *Cienfuegos*! [...]

De inmediato se pregunta si el progreso vendrá también a enaltecerlo a él, y promete:

Si es cierto, *Damují* ¡ay! en mi lira,
Al mudar cual tus linfas, a otro estado...
Te promete cantar quien hoy suspira!¹⁶

La lógica es transaccional, y si Echemendía floreció como Cienfuegos, lo hizo dentro de los márgenes de la ley y los intereses de cierto sector de la élite; o sea, en un mundo no tan grande como el mundo. Su libertad, para él, fue sin duda un progreso. Pero ¿y todas las demás personas esclavizadas? En la misma

¹³ Cito de la versión en castellano: Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011 [1950], p. 76.

¹⁴ “Política Ultramarina. Correo de las Antillas”, *Revista Hispano-Americana. Política, Económica, Científica, Literaria y Artística*, tomo IV, entrega 5, año III, n° 27, Madrid, 12 de enero de 1866, p. 187.

¹⁵ Walter Benjamin, *El París de Baudelaire*, traducción de Mariana Dimópulos, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2012, p. 257.

¹⁶ Agradezco a Carlos Venegas por su ayuda fotografiando este recorte.

página de *El Siglo* donde se publica el poema, a la derecha, y entre los típicos anuncios de alquiler, alguien ofrece “una nodriza a leche entera, a 8 días de parida, muy abundante, robusta, fina, amable y decente: color pardo, 18 años de edad y jamás ha estado ni con un dolor de cabeza. La hija, que la llevará al acodo, no toma más que leche de vaca con una mamadera”.¹⁷ Siguiendo a Anderson, cabría decir que Echemendía, la nodriza y la persona que la alquilaba eran o iban a ser pronto parte de la misma comunidad imaginada. Siguiendo al Benjamin mesiánico (el que Anderson posterga con realismo), cabría decir que esa comunidad era un horror, y que someterse a las normas de la élite y cantarle a la patria, como hacía Echemendía, era una forma de convalidarlo. Pero si, siguiendo la lógica paradójica del paréntesis, pudiésemos pensar esa contradicción como la coexistencia de dos niveles narrativos, cada uno capaz de irrumpir en el otro, sería posible suponer que aquellas personas que estaban excluidas del relato nacional, como la nodriza, se hacían ya percibir como ausencia en las páginas de los periódicos, a la vez que tomaban nota del fervor nacionalista para imaginarse a sí mismas como parte de comunidades muy diferentes. □

Bibliografía citada

- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- , *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, tercera edición, Londres, Verso, 2006.
- Auerbach, Erich, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011 [1950].
- Benjamin, Walter, *El París de Baudelaire*, traducción de Mariana Dimópulos, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2012.
- Castro-Klarén, Sara y John Charles Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2003.
- Cooper, Frederick, *Colonialism in Question. Theory, Knowledge, History*, Berkeley, University of California Press, 2005.
- Echemendía, Ambrosio, *Murmurios del Táyaba. Poesías por Máximo Hero de Neiba*, Trinidad, Oficina Tipográfica de Rafael Orizondo, 1865.
- , *Poesía completa*, Edición, estudio introductorio y apéndices documentales de Amauri Gutiérrez Coto, Leiden, Almenara, 2019.
- Fraga León, Yansert, “El discurso emancipatorio en la expresión de poetas esclavos en el siglo XIX cubano. El trinitario Ambrosio Echemendía”, Trabajo de diploma, Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, 2004.
- Guerra, François-Xavier, “Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”, en S. Castro Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2003.
- Halperin Donhi, Tulio, “Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State”, en S. Castro-Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2003.
- Mallon, Florencia, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995 [trad. esp. de Lilyán de la Vega: *Campeño y nación. La formación de México y Perú poscoloniales*, México, CIESAS, 2003].
- Martínez-San Miguel, Yolanda, “Spanish Caribbean Literature: A Heuristic for Colonial Caribbean Studies”, *Small Axe*, vol. 20, n° 3.
- Pratt, Mary Louise, “Linguistic Utopias”, en N. Fabb, D. Attridge et al. (eds.), *The Linguistics of Writing: Arguments between Language and Literature*, Nueva York, Methuen, 1987.
- Ramos, Julio, *Paradojas de la letra*, Caracas, eXcultura, 1996.
- Rodríguez, José Ignacio, *Vida del Doctor José Manuel Mestre*, La Habana, Imprenta Avisador Comercial, 1909.
- Utset, Marial, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba 1898-1902*, La Habana, Ediciones Unión, 2003.
- Zeltsman, Corinna, *Ink Under the Fingernails: Printing Politics in Nineteenth-Century Mexico*, Oakland, University of California Press, 2022.

¹⁷ *El Siglo*, 8 de septiembre de 1865, p. 3.

Resumen/Abstract

Reivindicación del paréntesis

Comunidades imaginadas, de Benedict Anderson, se volvió un clásico al mismo tiempo que era criticado por poner entre paréntesis categorías como género y raza; por minimizar, marginalizar o invisibilizar las diferencias internas que caracterizan a toda nación. Cuando atendemos al uso constante del signo gráfico paréntesis a lo largo del libro, sin embargo, la escritura de Anderson revela un segundo y muy contrario sentido de la acción de poner entre paréntesis: la irrupción de una voz y un nivel narrativo que le recuerdan al lector que lo que venía leyendo no es toda la historia, o que aquello que había quedado afuera en realidad está presente. ¿Cómo usar el paréntesis para pensar la relación entre lo minimizado y lo que irrumpe? ¿Cómo conciliar los argumentos generales de *Comunidades imaginadas* con las particularidades históricas que los contradicen? Al analizar el caso de Ambrosio Echemendía, un poeta esclavizado en Cuba a mediados del siglo XIX, y el de una nodriza puesta en alquiler a la derecha de uno de los poemas de Echemendía en un periódico de La Habana, este artículo sugiere que el futuro de *Comunidades imaginadas* (y, por extensión, de los grandes relatos académicos) dependerá en parte de la posibilidad de considerar que todo aquello que el libro minimizó está en el núcleo mismo de su vigencia.

Palabras clave: Paréntesis - Invisibilización - Esclavitud - Raza - Cuba - *Comunidades imaginadas*

In defense of the parenthesis

Imagined Communities, by Benedict Anderson, became a classic as it was criticized for “putting into brackets” categories such as gender and race; for minimizing, marginalizing, or invisibilizing the internal differences characteristic of any nation. When we pay attention to the constant use of parentheses in the book, however, Anderson’s writing reveals a second and very opposed meaning of the action of putting into brackets: the sudden emergence of a voice and a narrative level that remind readers that what they had been reading was not the whole story; that something that had been left out is actually present. How may parentheses help one think the relationship between what is minimized and what suddenly emerges? How to reconcile the general arguments of *Imagined Communities* with the historical particularities that contradict them? Analyzing the cases of Ambrosio Echemendía, an enslaved Cuban poet of the mid-19th century, and of a wetnurse who was offered for rent to the right of one of Echemendía’s poems in a Havana newspaper, this article suggests that the future of *Imagined Communities* (and, by extension, of other grand scholarly narratives) will depend in part on the possibility of considering that everything that the book minimized lies at the very core of its validity.

Keywords: Parenthesis - Invisibilization - Slavery - Race - Cuba - *Imagined Communities*

*La sobrevida de una corriente emocional: un seguimiento del largo alcance de Comunidades imaginadas**

William Acree

Washington University - St. Louis

Son pocos los autores que logran captar la esencia de su argumento en un título de manera tan efectiva como lo hizo Benedict Anderson hace cuarenta años. Y son pocos los libros que generan la energía gravitacional suficiente para mantenerse en el centro de la conversación durante décadas. El talento interpretativo de *Comunidades imaginadas* le debe mucho a la notable amplitud global del libro y a su combinación de puntos de anclaje tales como el capitalismo de imprenta, el nacionalismo lingüístico y la importancia de imaginar conexiones políticas, aspectos todos que se desplazan bien a través del tiempo y la geografía.

Sin embargo, la persistencia del libro de Anderson proviene de su capacidad para captar la base emocional del nacionalismo y vincular esa carga emocional con las narrativas a lo largo del tiempo, así como con la identidad social. Estos lazos entre ideología, identidad y narrativa facilitan la comprensión por parte de los lectores de la durabilidad del nacionalismo como fuerza social, cultural, política y económica tanto en el Sudeste Asiático como en América Latina o en Europa. Son también la razón por la cual *Comunidades imaginadas* ha pervivido más que la mayoría de los demás libros sobre nacionalismo y los estudios de

corte académico, y el motivo por el cual esto se ha comprobado a escala global.

Otros libros han canalizado similares elementos notables de las identidades colectivas y el nacionalismo, tales como la invención y el mantenimiento de tradiciones (piénsese en Hobsbawm y Adamovsky), etnia y religión (Smith, Chamosa y Applebaum), la política cotidiana (Salvatore, Sabato y Joseph) o los medios impresos y los íconos de la cultura popular (Acree, Alonso, Zeltzman y Alabarces) para promover debates tanto al interior de América Latina como más allá de ella.¹

¹ Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Nueva York, Cambridge University Press, 1983; Ezequiel Adamovsky, *El gaucho indómito: de Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019; Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Nueva York, Blackwell, 1986; Oscar Chamosa, *The Argentine Folklore Movement: Sugar Elites, Criollo Workers, and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1955*, Tucson, University of Arizona Press, 2010; Nancy P. Applebaum, *Mapping the Country of Regions: The Chorographic Commission of Nineteenth-Century Colombia*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2016; Nancy P. Applebaum, Anne S. Macpherson y Karin Alejandra Rosemblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2003; Ricardo Salvatore, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018 [2003]; Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*. Buenos Aires,

* Traducción para *Prismas* de María Inés Castagnino.

Además, se ha escrito mucho sobre aquello que *Comunidades imaginadas* omitió al evaluar el poder del nacionalismo, desde el rol de las mujeres o del campesinado en dar forma a una identidad comunitaria (véase Mallon) hasta la fuerza política que ejercen los trabajadores en la definición de los mecanismos de la ideología (por ejemplo, el populismo en Argentina y Brasil) y la teorización de la multiplicidad y la naturaleza multivalente de los nacionalismos (Lomnitz).² Pese a las contribuciones de este conjunto de estudios, lo que queda claro es que el libro de Anderson fue y sigue siendo *el* punto de referencia para el estudio de la identidad colectiva, sirviendo unas veces como trampolín para nuevas investigaciones, y otras, como modelo a criticar. En pocas palabras, *Comunidades imaginadas* marcó un antes y un después en nuestra comprensión de las relaciones entre identidad y

nacionalismo en el mundo entero y en cómo empleamos la imaginación y la emoción para comprender las identidades políticas y el sentido de pertenencia.

Aquí quiero esbozar el largo alcance de *Comunidades imaginadas*, entrelazando algunas de mis experiencias como estudiante y académico con mis observaciones sobre el modo en que mis propios estudiantes han encarado el nacionalismo a lo largo de los últimos quince años o más. En suma, aunque la identidad colectiva y el nacionalismo en la historia cultural han tenido sus altibajos como puntos focales en las últimas décadas, la resiliencia de la corriente emocional que Anderson aprovechó no corre riesgo de desaparecer a la brevedad.

Mi primer contacto con *Comunidades imaginadas* fue como estudiante de posgrado en los Estados Unidos a fines de la década de 1990. En más de la mitad de mis cursos, el concepto de “comunidad imaginada” era mencionado con regularidad, aun cuando el libro de Anderson no figurara en la lista de lectura. Para ese entonces, el título aparentemente ubicuo del libro se había convertido en punto de referencia estándar para quienes estudiaban la historia de los libros, América Latina y el nacionalismo desde la mayoría de los puntos de vista disciplinares. El concepto involucraba uno de los componentes más escurridizos de la identidad colectiva: el rol de la imaginación en hacer que la gente no solo se sienta parte de un grupo, sino que actúe sobre la base de esos sentimientos también.

Los ejemplos de comportamientos impulsados por la imaginación abundaban en los estudios latinoamericanos. En los estudios literarios y culturales, los lectores de narrativas nacionales, que datan a menudo del siglo XIX (el siglo de constitución de las naciones), buscaban identificar las manifestaciones de emoción como expresiones de nacionalismo en funcionamiento, o el potencial de creación identitaria que puede tener la lectura. De este

1862-1880, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; Hilda Sabato, *Repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2021 [2018]; Gilbert Joseph y Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994; William Acree, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Buenos Aires, Prometeo, 2013 [2011]; William Acree, *Fronteras en escena. La construcción de la cultura popular moderna en la Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Prometeo, 2021 [2019]; Paula Alonso (ed.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004; Corina Zeltsman, *Ink Under the Finger Nails: Printing Politics in Nineteenth-Century Mexico*, Berkeley, University of California Press, 2021; Pablo Alabarces, *Fútbol y patria*, segunda edición, Buenos Aires, Prometeo, 2007 [2002]; Pablo Alabarces, *Pospopulares. las culturas populares después de la hibridación*, Bielefeld, Bielefeld University Press, 2021.

² Florencia E. Mallon, *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México, CIESAS, 2003 [1995]; Claudio Lomnitz, “Nationalism as a Practical System: Benedict Anderson’s Theory of Nationalism from the Vantage Point of Spanish America”, en M. A. Centeno and F. López-Alvez (eds.), *The Other Mirror: Grand Theory through the Lens of Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

modo, la historia que cuenta *El zarco*, de Ignacio Altamirano, sobre un bandolero de ojos azules cuyo plan de hacerse rico mediante el robo no puede contra el amor de una mujer mestiza y un hombre de ascendencia indígena, apuntaba a la corriente emocional de la etnicidad como rasgo del nacionalismo mexicano emergente. De manera similar, las aventuras de capa y espada de Juan Moreira en la Argentina, que se publicaron originalmente por entregas en el periódico *La Patria Argentina*, también apelaban a la formación de una identidad comunitaria en un momento de transformación demográfica. En este caso, un gaucho bueno que perdió el rumbo busca redimir su honor frente a un Estado corrupto. Esta historia se convirtió en una pantomima circense, una obra hablada que fue puesta en escena en los teatros más célebres de la región, una ópera, una marca de cigarrillos, una referencia constante en los clubes gauchescos y una película. En otras palabras, resonó a través del tiempo, a través de los públicos, alimentándose de su atractivo emocional y de su capacidad para conjurar la imaginación comunitaria antes de que Anderson diera con el término propiamente dicho. En los círculos de estudio de la historia de América Latina, los pasquines, las marchas militares y las conexiones entre identidad cultural y proyectos de Estado, desde el Chile de Francisco Bilbao al México de Porfirio Díaz y la Argentina de Julio Roca, adquirieron nuevo sentido y prominencia interpretativa cuando se los vio desde la perspectiva del análisis de Anderson.

A principios de la década del 2000, yo, al igual que muchos colegas, me sentía cautivado (aun cuando no convencido) por la exploración de Anderson sobre los pioneros criollos y la difusión del nacionalismo a través de los medios impresos. Indagué en los periódicos de la era independentista de América Latina (décadas de 1810 a 1830), estudié de cerca la propaganda impresa más prolífica de las guerras civiles en el Río de la Plata a lo

largo de varias décadas a mediados de siglo, y luego me adentré en la “lectura cotidiana”, fundamental en las escuelas primarias públicas de Argentina y Uruguay establecidas a fines del siglo XIX, las cuales pusieron a ambos países en camino a convertirse en los más alfabetizados de América Latina. Al igual que muchos de los autores que participaron del proyecto *Beyond Imagined Communities*, un conjunto de excelentes apreciaciones sobre el impacto de Anderson en el vigésimo aniversario de la publicación del libro coordinado por Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen, lo que vi fue que, mientras que la línea de tiempo y los detalles de lo que Anderson describe como ejemplos de capitalismo de imprenta estaban significativamente desviados, el marco elaborado por él para ligar la difusión del nacionalismo a la tecnología de impresión y a las formas de comunicación masiva, así como el rol de la imaginación en el consumo de dichos medios, seguían siendo efectivos. Los estudios que desafiaron o ampliaron los argumentos de Anderson sobre el nacionalismo en América Latina proveyeron el grano necesario. Esa labor ayudó a comprender mejor el desarrollo de la cultura impresa a lo largo del tiempo, el rol del creciente número de lectores en el cultivo y la imaginación de identidades políticas, y la intersección de las culturas escrita, visual y auditiva en los sentimientos nacionalistas. Aun así, la *imaginación* y su fuerza como piedra de toque emocional para la identidad colectiva seguía estando en el centro de la producción académica subsiguiente, aun cuando muchos de los huecos en la argumentación de Anderson se habían ido completando.

Para principios de la década de 2010, entonces, *Comunidades imaginadas* había influido en muchas líneas de investigación que a menudo partían de ese libro para demostrar lo que le había faltado, pero que en última instancia eran parte de la órbita del libro. No obstante, después de más de dos décadas de in-

tenso escrutinio, el foco sobre *Comunidades imaginadas*, al menos entre los académicos con base en los Estados Unidos, pareció comenzar a menguar. Las historias culturales de la identidad colectiva en América Latina publicadas en la década del 2010 ya no tenían a Anderson como su marco teórico o su punto de partida por defecto. Tradiciones, artesanías, deportes (el fútbol y el béisbol), la música y el baile, el teatro popular, el patrimonio cultural, por no seguir enumerando, todo ello ofreció caminos para comprender mejor la formación de identidades a distintas escalas, en las que el nacionalismo pudo o no haber jugado un rol. Los estudios sobre estas prácticas sociales no tenían por qué involucrar a Anderson, y a menudo no lo hicieron, a pesar de cierto interés adicional en torno a la edición revisada del libro que se publicó en 2006. No obstante, la imaginación y las comunidades nunca estaban muy lejos de estas otras áreas de interés.

Percibí un arco similar en las aulas desde principios de la década del 2000 hasta el presente, lo cual quizás no sea sorprendente. Durante la primera década del siglo, *Comunidades imaginadas* siguió siendo un rasgo común en la currícula de los cursos sobre estudios latinoamericanos en los Estados Unidos, tanto a nivel de grado como de posgrado. El nacionalismo y la identidad colectiva eran temas centrales de estas clases también, cuando no eran sus pilares orientadores generales. Nombres de cursos tales como “El período nacional de América Latina”, “América Latina del imperio a las naciones” y las variantes en torno a “Raza y nación en América Latina” son solo ejemplos del interés compartido entre profesores y estudiantes por involucrarse de manera sostenida con el nacionalismo y el alcance de los argumentos de Anderson. En los cursos que dicté durante aquellos años, los estudiantes estaban ansiosos por estudiar la formación de identidades en distintas escalas, desde las comunidades locales hasta las naciones. Algo de ese entusiasmo se alineaba

con las conversaciones geopolíticas globales contemporáneas en torno a los Estados nacionales (sus historias y futuros). Sin duda, algo del interés provenía de las corrientes académicas que prestaban renovada atención a la América Latina del siglo XIX, incluyendo la acumulación de producción académica con miras a las celebraciones bicentenarias, los debates en torno a los “héroes nacionales”, o los “textos / figuras / momentos fundacionales” y el significado de la ciudadanía.

Para los estudiantes de grado, el carácter residencial que define gran parte de la experiencia universitaria en los Estados Unidos se presta especialmente bien para pensar acerca de la identidad grupal, las “tradiciones” nacidas de la necesidad, y cuán crucial es la imaginación en ambos casos. Los estudiantes que se mudan a un campus donde vivir y estudiar experimentan la formación de identidad a menudo en períodos de tiempo muy condensados (un puñado de horas o el transcurso de unos pocos días), aprendiendo las canciones del área residencial en la que viven y de la universidad en la que estudian, vistiendo los colores de ambas para los eventos que marcan el comienzo del año académico y sumando prendas con el logo de su universidad a su guardarropa. Así, durante los primeros días en que los estudiantes de primer año llegan al campus, reciben remeras, bufandas, gorros u otros accesorios representativos del edificio en el que viven, notablemente distintos de las remeras, bufandas, etc., que tienen los estudiantes de otros edificios. De modo similar, la comunidad de cada edificio puede tener su mascota, sus lemas o cantos de aliento que los nuevos miembros aprenden rápidamente, autovisualizándose como la nueva encarnación de una identidad grupal específica. La lógica detrás de esas canciones o de la vestimenta codificada por color es clara: son marcadores de comunidad que facilitan la conexión con otros (conocidos o imaginados), y como tales son adoptados.

No obstante, no es la racionalización de estas actividades lo más sobresaliente; más bien lo es el vínculo emocional que generan, tan efectivo para unir a un grupo de extraños en este nuevo espacio compartido. Experiencias tales están en diálogo directo con las conversaciones en clase acerca de la identidad colectiva y el nacionalismo. Los estudiantes de posgrado, por su parte, no tienen la misma experiencia residencial. Es decir, aun si viven en el campus universitario, su experiencia difiere significativamente de la experiencia residencial de los estudiantes de grado, pues la vida del estudiante de posgrado es mucho más independiente, con menos actividades de construcción comunitaria. No obstante, los estudiantes de posgrado a menudo desarrollan una identidad grupal asociada a la carrera y la universidad donde completaron su formación. Es una identidad comunitaria más intelectual que surgida del lugar. Además, en los cursos al nivel de posgrado, las tendencias en materia académica, incluyendo la atención sostenida sobre el nacionalismo, dan forma al contenido de los cursos aún más que en los cursos de grado.

Durante los últimos diez años, a grandes rasgos, la alineación entre el interés de los estudiantes en el nacionalismo como una de las formas más potentes de identidad social y el contenido de los cursos se ha vuelto divergente. Nuevamente, las tendencias académicas han adoptado otras direcciones, aun cuando la identidad colectiva y la formación de Estados siguen siendo aspectos centrales. Los estudios alimentarios y las relaciones entre cocina e identidad han capturado la atención estudiantil en las clases. Han florecido los cursos sobre Afrolatinoamérica. Deporte y sociedad en las Américas también han ganado mayor tracción, en parte como resultado de la creciente popularidad del fútbol en los Estados Unidos. Los estudios sobre la mujer, el género y la sexualidad se han convertido, de manera similar, en áreas críticas para el estu-

dio de la identidad grupal, el poder y el Estado. La lista continúa, pero el punto es que *Comunidades imaginadas* y la creación de naciones a mediados del siglo XIX ya no parecen estar al frente de estas conversaciones más recientes. De hecho, en un curso de grado que dicté sobre la cultura popular en América Latina durante el semestre de otoño de 2022, quise hacer referencia a Anderson en una de las clases. Pregunté a mis estudiantes cuántos habían leído *Comunidades imaginadas* en otros cursos u oído hablar del concepto. Quizás no tan sorprendentemente, nadie lo conocía: fue la primera vez en casi veinte años que ni uno solo de mis estudiantes pudo decir algo sobre el concepto de Anderson. ¿Acaso el largo alcance del libro estaba llegando a un punto de inflexión?

Sin embargo, ni bien resumí la idea de imaginar comunidades y el trasfondo emocional de las identidades colectivas, mis estudiantes se mostraron ansiosos por participar en una conversación con base en esos lineamientos y también en hacer conexiones con el nacionalismo. Aun cuando los contenidos de los cursos y las listas de lectura han “pasado a otra cosa” después de considerar el nacionalismo con la intensidad y a la escala de las décadas de 1990 y 2000, hay un interés subyacente por el nacionalismo en los estudiantes que sigue siendo fuerte. ¿Por qué? Precisamente porque el poder de la emoción que vengo destacando como esencia de *Comunidades imaginadas* es también central en la pertenencia a una comunidad y el desarrollo de una identidad; es decir, cosas que los estudiantes universitarios anhelan explorar y experimentar.

Ahora que consideramos el cuadragésimo aniversario de la primera edición del libro, la nación continúa siendo la forma de organización política más poderosa del mundo, que aún evoca no solo las emociones más feroces y extremas, sino también las formas más elaboradas de imaginación. Y si bien la identidad nacional no siempre es la forma de identidad

colectiva que tiene más influencia sobre una comunidad, el valor de comprender la base emocional de las narrativas y la ideología tan efectivamente como lo hizo Anderson es tan fuerte como siempre. En otras palabras, no parece que el largo alcance de *Comunidades imaginadas* vaya a limitarse pronto. En todo el mundo, las historias sobre la identidad individual y colectiva, especialmente las historias sobre orígenes, son más efectivas cuando aprovechan la emoción y vinculan el sentimiento con el comportamiento individual o colectivo. El marco de Anderson para comprender “los orígenes y la expansión del nacionalismo” sigue proporcionando una perspectiva crítica para el modo en que pensamos sobre las historias de origen y cómo las comunidades se visualizan a sí mismas y su lugar en el mundo. Ya se trate de la historia de origen de un político municipal o de un candidato a presidente, un héroe popular o un mito comunitario, la narrativa histórica de una nación o su panorama literario, el rol de la imaginación en evocar una conexión emocional con la historia contada y con otras personas por medio de esa historia es fundamental para que la historia resuene. Las emociones (y una cuidadosa evaluación de los públicos) alimentan lo que dichas historias de origen incluyen u omiten, y están en la intersección de los canales de distribución de esas historias y cómo son recibidas.

Por supuesto, los estudiosos de América Latina y otras áreas seguirán avanzando hacia un conocimiento más completo y complejo de las identidades colectivas a través del tiempo. Pero la circulación emocional de imaginar lazos sociales y la centralidad de la imaginación para la identidad social probablemente sigan dando forma a cómo comprendemos la ideología y la nación. De modo que el largo alcance de *Comunidades imaginadas* está listo para extenderse. □

Bibliografía citada

Acree, Jr. William G., *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Buenos Aires, Prometeo, 2013 [2011].

—, *Fronteras en escena. La construcción de la cultura popular moderna en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Prometeo, 2021 [2019].

Adamovsky, Ezequiel, *El gaucho indómito: de Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

Alabarces, Pablo, *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, segunda edición, Buenos Aires, Prometeo, 2007 [2002].

—, *Pospopulares. Las culturas populares después de la hibridación*, Bielefeld, Bielefeld University Press, 2021.

Alonso, Paula (ed.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Nueva York, Verso, 2006.

Applebaum, Nancy P., *Mapping the Country of Regions: The Chorographic Commission of Nineteenth-Century Colombia*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2016.

Applebaum, Nancy P., Anne S. Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2003.

Chamosa, Oscar, *The Argentine Folklore Movement: Sugar Elites, Criollo Workers, and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1955*, Tucson, University of Arizona Press, 2010.

Castro-Klarén, Sara, y John Charles Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003.

Conway, Christopher B., *Nineteenth-Century Spanish America: A Cultural History*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2015.

Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Nueva York, Cambridge University Press, 1983 [trad. esp. de Omar Rodríguez: *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002].

Joseph, Gilbert y Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994.

Lomnitz, Claudio, "Nationalism as a Practical System: Benedict Anderson's Theory of Nationalism from the Vantage Point of Spanish America", en M. A. Centeno y F. López-Alvez (eds.), *The Other Mirror: Grand Theory through the Lens of Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

Mallon, Florencia E., *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México, CIESAS, 2003 [1995].

Sabato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

—, *Repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2021 [2018].

Salvatore, Ricardo D., *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018 [2003].

Smith, Anthony D., *The Ethnic Origins of Nations*, Nueva York, Blackwell, 1986.

Zeltsman, Corinna, *Ink Under the Finger Nails: Printing Politics in Nineteenth-Century Mexico*, Berkeley, University of California Press, 2021.

Resumen/Abstract

La sobrevida de una corriente emocional: un seguimiento del largo alcance de *Comunidades Imaginadas*

Son pocos los autores que logran captar la esencia de su argumento en un título de manera tan efectiva como lo hizo Benedict Anderson hace cuarenta años. Y son pocos los libros que generan la energía gravitacional suficiente para mantenerse en el centro de la conversación durante décadas. El talento interpretativo de *Comunidades imaginadas* le debe mucho a la notable amplitud global del libro y a su combinación de puntos de anclaje tales como el capitalismo de imprenta, el nacionalismo lingüístico y la importancia de imaginar conexiones políticas. Aun así, otros libros sobre el nacionalismo han canalizado elementos notables similares, tales como la invención y el mantenimiento de tradiciones, etnia y religión, o la política cotidiana, los medios impresos y los íconos de la cultura popular a través del tiempo, para promover debates en torno a la identidad colectiva tanto al interior de América Latina como más allá de ella. Sin embargo, la persistencia del libro de Anderson proviene de algo que los otros hacen en mucha menor medida: captar la base emocional del nacionalismo y vincular esa carga emocional con las narrativas a lo largo del tiempo, así como con la identidad social. Estos lazos entre ideología, identidad y narrativa facilitan la comprensión por parte de los lectores de la durabilidad del nacionalismo como fuerza social, cultural, política y económica. Son también la razón por la cual *Comunidades imaginadas* ha pervivido más que la mayoría de los demás libros sobre nacionalismo y los estudios de corte académico, y el motivo por el cual esto se ha comprobado a escala global. En este artículo quiero esbozar el largo alcance de *Comunidades imaginadas*, entrelazando algunas de mis experiencias como estudiante y académico con mis observaciones sobre el modo en que mis propios estudiantes han encarado el nacionalismo a lo largo de los últimos quince años. En suma, aunque la identidad colectiva y el nacionalismo en la historia cultural han tenido sus altibajos como puntos focales en las últimas décadas, la resiliencia de esa corriente emocional que Anderson aprovechó no corre riesgo de desaparecer a la brevedad.

Palabras clave: Narrativas - Resiliencia - Carga emocional - Identidad - Comunidad

The Afterlife of an Emotional Current: Following *Imagined Communities*'s Long Reach

Few authors manage to capture the core of their argument in a title so effectively as Benedict Anderson did forty years ago. And few books generate the gravitational energy that keeps them at the center of conversations for decades. The interpretive gift of *Imagined Communities* owes much to the book's remarkable global scope and blend of anchor points such as print capitalism, linguistic nationalism, and the significance of imagining political connections. Still, other books on nationalism have channeled similarly salient elements like the inventions and maintenance of tradition, ethnicity and religion, or everyday politics, print media and popular culture icons through the ages to advance debates around collective identity both within and beyond Latin America. The staying power of Anderson's book, though, comes from something these others do to a much lesser extent: capture the emotional underpinning of nationalism and link that emotional charge to storytelling through time as well as to social identity. Those bonds between ideology, identity, and narrative make it easy for readers to understand the durability of nationalism as a social, cultural, political, and economic force. They are also why *Imagined Communities* has outlived the shelf life of most every other book on nationalism and most studies with an academic bent, period, and why this has been true on a global scale. Here I want to follow a sketch of the long reach of *Imagined Communities*, weaving together some of my experiences as a student and scholar, with the ways I have observed my own students engaging nationalism over the past fifteen years. In short, though collective identity and nationalism in cultural history have had their ups and downs as focal points over the past decades, the afterlife of the emotional current Anderson tapped into is not going away anytime soon.

Keywords: Storytelling - Afterlife - Emotional charge - Identity - Community

Nacionalismo criollo desacreditado

La problemática recepción de Benedict Anderson entre especialistas de las independencias

Fidel J. Tavárez

Queens College, City University of New York

Introducción

La publicación del célebre libro de Benedict Anderson, *Imagined Communities* (1983), parecía, en primera instancia, augurar una recepción entusiasta entre especialistas de las revoluciones de independencia hispanoamericanas. La razón es simple. Mientras que la mayoría de los grandes historiadores de aquel momento localizaban los orígenes del nacionalismo moderno en Europa, en especial la Revolución francesa, Anderson hacía hincapié en las independencias hispanoamericanas, las cuales, a su manera de ver, reunían con más exactitud los elementos básicos de los nacionalismos modernos, es decir, las comunidades imaginadas. Inesperadamente, y a pesar de que Anderson centraba la historia hispanoamericana en su análisis, *Imagined Communities* generó mucha menos aprobación de la esperada, al menos entre historiadores de las independencias.

Tal débil acogida, incluso después de la publicación de la segunda edición en 1991, se debió en gran medida a que los planteamientos sobre la conciencia criolla del historiador a quien Anderson más citaba, John Lynch, estaban cuestionándose por otros historiadores como Tulio Halperin Donghi, François-Xavier

Guerra y Jaime E. Rodríguez.¹ Justo cuando *Imagined Communities* parecía tomar auge, algunos historiadores revisionistas comenzaban a apuntar que las independencias hispanoamericanas poco tenían que ver con aquella desilusión criolla a la que Lynch se refería; fueron, más bien, un producto de la quiebra del Antiguo Régimen que generó la invasión napoleónica de 1808, cuyo desenlace comenzó por un proceso de modernización política fallido en toda la monarquía. Las independencias, como bien sugería Rodríguez, no fueron procesos anticoloniales, ya que aquellos supuestos “pioneros criollos” nunca dejaron de ser españoles, aunque a veces se adjetivaban como americanos.²

En este artículo volveremos sobre la recepción que tuvo Anderson entre historiadores de

¹ John Lynch, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*, Nueva York, W.W. Norton and Company, 1973; Jaime Rodríguez, *The Emergence of Spanish America: Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism, 1808-1832*, Berkeley, University of California Press, 1975; Tulio Halperin Donghi, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985; François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, MAFRE, 1992.

² Jaime Rodríguez, *The Independence of Spanish America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

las revoluciones hispánicas. En especial nos centraremos en la recepción que tuvo *Imagined Communities* entre latinoamericanistas del mundo angloparlante, aunque sin dejar de lado las conversaciones transversales que se dieron con aquellos radicados en América Latina y en Europa. Como hemos indicado, la recepción fue un tanto reticente, por no decir negativa. No obstante, la importancia del trabajo era reconocida incluso entre quienes criticaban sus planteamientos. Si bien sus conclusiones empíricas dejaban mucho que desear, la identificación de las naciones modernas como “comunidades imaginadas” daría mucha tela para cortar entre quienes trabajaban los nacionalismos decimonónicos hispanoamericanos.

La idea del nacionalismo criollo

El planteamiento de Anderson en cuanto al nacionalismo moderno giraba en torno a unas cuantas premisas básicas: 1) que se basaba en “comunidades imaginadas” en las cuales los miembros se identificaban uno con el otro aun sin haberse conocido; 2) que eran comunidades limitadas, ya que ni el nacionalista más ambicioso aspiraba a unificar la humanidad bajo una sola nación; 3) que dichas comunidades modernas se pensaban soberanas en contraposición con las ideologías de derecho divino que las antecedían; y 4) que se basaba, en principio al menos, en un sentir de camaradería horizontal que, además de esconder desigualdades objetivas, constituía el ímpetu a la guerra y a la disposición de los ciudadanos a morir por sus respectivas naciones.³ Dada esta definición del nacionalismo moderno, Anderson proponía que sus orígenes no se encontraban en Europa, como muchos de los grandes historiadores del siglo pasado habían pro-

puesto, sino en la América hispánica, donde la creación de nuevos Estados-naciones tras la independencia de España durante las primeras décadas del siglo XIX dio lugar al primer experimento masivo de construcción de comunidades imaginadas modernas.

Ahora bien, no es que Anderson argumentara que las primeras comunidades se imaginaron con las revoluciones hispánicas de independencia. Al contrario, admitía que toda comunidad tiene algo de imaginado. Las grandes comunidades que precedieron al nacionalismo moderno eran religiosas e imperiales, pero tenían fundamentos distintos, ya que se anclaban en textos sagrados de supuesta veracidad incuestionable, la idea del derecho divino de los que gobernaban, y una noción del tiempo en la que la historia y la cosmología estaban íntimamente entrelazadas.⁴ Hubo que esperar a que estos tres fundamentos básicos de las comunidades premodernas se desmontaran durante la Ilustración para que pudieran emerger nuevas formas de imaginarlas. Además del desmontaje intelectual del derecho divino y la cosmología-historia a través de la secularización del tiempo, tal vez el proceso más importante que influyó en la emergencia de las modernas comunidades imaginadas fue la expansión del “capitalismo impreso”, una combinación explosiva que tuvo el efecto de estandarizar los idiomas europeos y permitir imaginarios más amplios que los que caracterizaban la fragmentación política de la Europa medieval.⁵

Es aquí donde los “pioneros criollos” entraban en juego en su análisis, ya que fue en la Hispanoamérica revolucionaria donde la emergencia de nuevos Estados-naciones tuvo lugar de una manera deliberada y significativa. Aunque nunca lo explicó con detalle, no cabe duda de que Anderson tenía en cuenta

³ Benedict Anderson, *Imagined Communities*, edición revisada, Londres, Verso, 2006, pp. 6-7.

⁴ *Ibid.*, p. 36.

⁵ *Ibid.*, p. 46.

que semejantes procesos se habían puesto en marcha durante la revolución de las trece colonias norteamericanas y la Revolución francesa, si bien no parece que la Revolución haitiana entrara en su análisis. Aun así, estaba convencido de que el caso hispanoamericano no solo fue más significativo que el norteamericano y el francés, sino que había provisto al mundo verdaderos modelos de Estados-naciones, o comunidades imaginadas de camaradería horizontal, donde la soberanía residía en la nación. Por este motivo, la mayoría de las nuevas naciones hispanoamericanas se constituyeron en repúblicas, y no en imperios absolutos basados en el derecho divino. Con dicho armazón argumentativo, Anderson dejaba claro que, a su manera de ver y a diferencia de la historiografía tradicional eurocéntrica, el verdadero origen de las “comunidades imaginadas” modernas se encontraba en la Hispanoamérica revolucionaria durante las primeras décadas del siglo XIX.⁶

Si bien Anderson introdujo una manera nueva de relacionar las independencias hispanoamericanas con planteos teóricos sobre el nacionalismo moderno, sus ideas no eran del todo innovadoras, ya que se basaban en el trabajo de John Lynch, cuyo libro definió por mucho tiempo la manera en la cual se explicaban los procesos de independencia.⁷ Para entender los planteos sobre el patriotismo criollo habría que comenzar con sus argumentos sobre las reformas borbónicas. Para Lynch, dichas reformas representaron no solo una nueva forma de gobernar a la francesa como resultado de la llegada de los Borbones a la monarquía hispánica en 1700, sino también un gran cambio para las colonias españolas en América, que a raíz de la decadencia española

del siglo XVII lograron adquirir un gran nivel de autonomía política y económica. En razón de dicha autonomía, las élites criollas se convirtieron en actores políticos con un alto nivel de poder en la toma de decisiones locales, aunque en principio estuviesen subordinados al virrey, al Consejo de Indias y a la Corona. Dicha autonomía, sin embargo, sufrió grandes cambios con las reformas borbónicas, cuya meta, según Lynch, fue la centralización del Imperio y la subordinación de las élites criollas a la Corona.⁸ Una tesis semejante venía desarrollando el reconocido y prolífico historiador inglés David Brading, a quien Anderson parece no haber leído.⁹ Lo que resulta importante para nuestro análisis es que Lynch llegaría a la conclusión de que las reformas borbónicas representaron una “segunda conquista” de América, expresión que adoptarán muchos historiadores en adelante.¹⁰

Lógicamente, Lynch planteaba que las reformas borbónicas fueron recibidas con recelo entre las élites criollas, quienes vieron su poder reducido. Fue entonces cuando los criollos comenzaron a utilizar el gentilicio “americanos” con más frecuencia y cuando desarrollaron una conciencia de sí en contraposición a la identidad española. Este recelo y acumulación de agravios dio lugar a una especie de protonacionalismo, que luego se convertiría en el motor de arranque durante los movimientos de independencia.¹¹ Además del ya mencionado protonacionalismo, Lynch también reconocía la invasión napoleónica de la península ibérica en 1808 como un elemento precipitador. Este evento representó un momento de oportuni-

⁶ *Ibid.*, pp. 47-65.

⁷ Lynch, *The Spanish American Revolutions*. Además de Lynch, Anderson a menudo citaba una vieja biografía de Simón Bolívar: Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1948.

⁸ Lynch, *The Spanish American Revolutions*, pp. 2-7.

⁹ David Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971; David Brading, “Bourbon Spain and Its American Empire”, en L. Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

¹⁰ Lynch, *The Spanish American Revolutions*, p. 16.

¹¹ *Ibid.*, p. 23.

dad para las élites criollas, las cuales, según Lynch, no querían ser gobernadas ni por Napoleón, ni por los liberales españoles ni por la Corona. Y aunque la identidad americana le era común a la mayoría de las élites criollas, los territorios hispanoamericanos se fragmentarían en muchas repúblicas independientes, porque incluso en el período colonial había bastantes riñas entre las distintas unidades territoriales americanas. En la práctica y en la vida diaria, los criollos eran mexicanos, peruanos, venezolanos o chilenos, razón por la cual nunca se pretendió crear una sola república hispanoamericana. De ahí que el recelo general de los criollos acabaría por convertirse en una gama de distintos nacionalismos locales.¹²

Los planteos de Anderson sobre los pioneros criollos mucho tenían que ver con el importante argumento de Lynch, a quien citaba frecuentemente. En primera instancia, Anderson también estaba convencido de que los primeros nacionalismos hispanoamericanos fueron cuestión de élites criollas, y no de clases medias y mucho menos de indígenas, africanos y castas. Fue por ello, según Anderson citando a Lynch, que la Corona española pudo reclutar a indígenas en Quito y a afrodescendientes en Venezuela, lo que a su vez aseguró el regreso, aunque de manera pasajera, de las fuerzas realistas en los mencionados territorios entre 1814 y 1816.¹³ No obstante, dichos movimientos no tardarían en convertirse en movimientos de independencia nacionales. En última instancia, las élites criollas se vieron obligadas a incluir a las masas, ya fueran indígenas, mestizas o afrodescendientes, como miembros de las naciones que estaban creando, aunque en la práctica dicha inclusión fuera a menudo ignorada. En este punto radicaba el enigma. En palabras de Anderson:

¿Por qué fueron precisamente las comunidades *criollas* las que concibieron en época tan temprana la idea de su nacionalidad, *mucho antes que la mayor parte de Europa*? ¿Por qué produjeron tales provincias coloniales, que de ordinario albergaban grandes poblaciones de oprimidos que no hablaban español, criollos que conscientemente redefinían a estas poblaciones como connacionales? ¿Y a España, a la que estaban ligados en tantos sentidos, como a un enemigo extranjero? ¿Por qué el Imperio hispanoamericano, que había persistido tranquilamente durante casi tres siglos, se fragmentó de repente en 18 Estados distintos?¹⁴

La respuesta de Anderson tenía varios componentes. Primero, y apoyándose nuevamente en el trabajo de Lynch, proponía que casi todas las nuevas repúblicas hispanoamericanas tenían antecedentes como unidades administrativas en el período colonial.¹⁵ No obstante, insistía en que ninguna por sí misma tenía la capacidad para crear patrias a las cuales futuros ciudadanos se sintiesen conectados.¹⁶ Aquí llegamos entonces al segundo punto, que giraba en torno a la idea de que los criollos, a diferencia de los peninsulares, tuvieron poca circulación dentro de los territorios del Imperio, lo cual se debió al afán de la metrópolis de mantenerlos subordinados. Finalmente, el elemento quizá más importante del planteo de Anderson era la idea de la proliferación del llamado “capitalismo impreso” en las colonias americanas. Aunque la imprenta existía en las ciudades de México y Lima desde muy temprano en el período colonial,

¹² *Ibid.*, pp. 24-27.

¹³ Anderson, *Imagined Communities*, p. 49.

¹⁴ *Ibid.*, p. 50 (trad. de Eduardo L. Suárez en: Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 81).

¹⁵ *Ibid.*, p. 52.

¹⁶ *Ibid.*, p. 53.

estaba a cargo de la Corona. Fue solo en el siglo XVIII cuando se crearon nuevas imprentas locales, dando lugar a un sinnúmero de publicaciones periódicas. He aquí el eje central de la propuesta de Anderson, pues terminaba el capítulo sobre los pioneros criollos ratificando el importante papel que jugaron aquellas publicaciones criollas y locales, las cuales crearon una comunidad imaginada local que se impuso sobre la identidad general de “españoles americanos”.¹⁷

La historia revisionista y la fría recepción de Anderson

La mala acogida que tuvo el argumento de Anderson se debió principalmente al hecho de que justo cuando su libro ganaba atención se estaba llevando a cabo un cambio paradigmático en la manera de interpretar el momento fundacional de las repúblicas hispanoamericanas. A pesar de que historiadores como Tulio Halperin Donghi y Jaime Rodríguez habían sido pioneros en el revisionismo histórico de las revoluciones, el momento clave tuvo lugar en 1992 con la publicación del célebre libro de François-Xavier Guerra *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*.¹⁸ Guerra partía de una premisa básica: la revolución política ocurrida tanto en la España peninsular como en Hispanoamérica después de la invasión napoleónica de 1808 debía estudiarse en conjunto, cosa que no era común entre los historiadores de aquel momento. Apuntaba que aquella crisis de 1808 que dejó a la Monarquía Hispánica acéfala fue “un proceso único que comienza con la irrupción de la modernidad en una Monarquía del Antiguo

Régimen, y va a desembocar en la desintegración de ese conjunto político en múltiples Estados soberanos, uno de los cuales será la España actual”.¹⁹ Para Guerra, las revoluciones hispánicas poco tenían que ver con nacionalismos o comunidades imaginadas y mucho con la irrupción de la modernidad política, entendida como la quiebra de la monarquía del Antiguo Régimen y el surgimiento de nuevos imaginarios políticos, como la idea de soberanía nacional.²⁰

Apenas cuatro años después, Jaime Rodríguez publicaba su *magnum opus* en castellano, *La independencia de la América española*, trabajo que se publicaría en inglés en 1998.²¹ De manera provocadora, y en directa oposición a perspectivas nacionalistas, Rodríguez planteaba que las independencias hispanoamericanas no fueron movimientos anticoloniales.²² Al igual que Guerra, Rodríguez insistía en que el ocaso del Imperio se debió a la revolución liberal fallida que ocurrió entre 1808 y 1814. Según Rodríguez, la mayoría de las élites criollas se pensaban españolas, y estaban totalmente comprometidas con el proyecto liberal iniciado durante las crisis de 1808. Más que por la emergencia de nacionalismos anticoloniales, el Imperio colapsó solo cuando la reforma imperial que se llevó a cabo en el contexto de una grave crisis fracasó en ganar legitimidad, en especial por la cuestión de autonomía política y representación americana en las Cortes.²³ A pesar del experimento inaudito ensayado en Cádiz, fue solo después de que las demandas autonomistas de los criollos fracasaron que la opción de independencia apareció como la más viable para las élites criollas, aunque siempre de ma-

¹⁷ *Ibid.*, pp. 61-65.

¹⁸ Rodríguez, *The Emergence of Spanish America*; Halperin Donghi, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*.

¹⁹ Guerra, *Modernidad e independencias*, p. 12.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Rodríguez, *The Independence of Spanish America*.

²² *Ibid.*, p. 1.

²³ *Ibid.*, pp. 75-106.

nera ambivalente.²⁴ Esta perspectiva, en conjunto con un sinnúmero de otras contribuciones, representaron un verdadero revisionismo que, de manera contundente, echaba a un lado al nacionalismo anticolonial como explicación a las independencias hispanoamericanas, en contradicción directa tanto con las historias patrias como con la perspectiva de Lynch sobre el patriotismo criollo.²⁵

Tomando en consideración el consenso creciente en torno a esta perspectiva, no debería sorprender que el trabajo de Anderson haya tenido escasa impronta entre los estudiosos de las independencias. No obstante, en el año 2003, se publicaría un volumen en el que se trataba de manera explícita y coordinada la utilidad del concepto andersoniano de “comunidades imaginadas” para la historia decimonónica hispanoamericana: *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Editado por Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen, el libro nació de un congreso multidisciplinar celebrado en el año 2000. Ya en la segunda página de la Introducción, Chasteen dejaba claro los límites del modelo andersoniano para América Latina, si bien concedía que el planteo podía tener utilidad para los estudiosos de la literatura.

Tomados en conjunto, los ensayos aquí reunidos proveen escaso apoyo a las afirmaciones de Anderson sobre América Latina, a menos que esas afirmaciones sean sustancialmente cualificadas. Todos los histo-

riadores presentes en la reunión estuvieron de acuerdo en ese punto. Los estudiosos de la literatura, por su lado, sugirieron persuasivamente que las interpretaciones generales de Anderson –su amplia búsqueda histórica de los contornos imaginativos y, en particular, el poder afectivo del nacionalismo moderno– proveen valiosos aportes para América Latina.²⁶

A pesar de la aparente brecha entre críticos literarios e historiadores, el desacuerdo era menos incisivo de lo que parecía. La cuestión era que, por lo menos durante el momento de crisis a partir de 1808, el nacionalismo que Anderson imponía en el proceso independentista hispanoamericano no parecía encajar con la evidencia empírica, lo cual no significa que el modelo andersoniano fuera inútil para un período posterior.

El primer historiador de la colección era nada menos que Guerra, cuyo trabajo sobre las revoluciones hispánicas había cuestionado, como hemos visto, las historias patrias y nacionalistas de la independencia. Desde las primeras páginas de su capítulo, afirmaba tajantemente que “El argumento de Anderson da por sentado que antes de 1808 Hispanoamérica se había dividido tranquila e informalmente en comunidades nacionales que aspiraban a la independencia –una premisa por demás problemática”.²⁷ La razón por la cual tal planteo le resultaba problemático era simple. Si en realidad existían naciones con intenciones independentistas antes de 1808,

²⁴ *Ibid.*, pp. 169-237.

²⁵ José M. Portillo Valdés, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons Historia, 2006; Jeremy Adelman, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton, Princeton University Press, 2006; Brian Hamnett, *The End of Iberian Rule on the American Continent, 1770-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

²⁶ Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003, p. x (la traducción de las citas provenientes de este libro son de los editores del dossier).

²⁷ Francois-Xavier Guerra, “Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”, en Castro-Klarén y Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities*, p. 4.

¿por qué no se produjeron movimientos independentistas justo después de la invasión napoleónica? Más crucial aún: si las élites criollas ya eran nacionalistas, ¿cómo se explica la gran lealtad que mostraron los criollos durante la crisis que dejó a la monarquía acéfala? En cuanto a las causas que Anderson aducía para explicar el supuesto nacionalismo hispanoamericano, ni los funcionarios criollos eran tan sedentarios ni los periódicos fueron tan decisivos como suponía. Guerra descalificaba la primera causa disculpando a Anderson, ya que en 1983 existían pocos estudios prosopográficos sobre los funcionarios criollos.²⁸ Pero la segunda causa vinculada al papel de los periódicos coloniales (el “capitalismo impreso”) debía contemplarse con más detenimiento, razón por la cual centraba el capítulo en dicho tema.

A pesar de reconocer los límites de la historiografía en la cual Anderson se apoyaba, Guerra no dejaba de ser tajante: el problema del planteamiento de Anderson era que “prácticamente cada paso del argumento es falso”.²⁹ Nunca hubo una proliferación masiva de periódicos en Hispanoamérica como en los Estados Unidos. De hecho, en la gran mayoría de los territorios hispanoamericanos la imprenta llegó solo después de 1808, lo cual hacía difícil sostener el papel decisivo que Anderson le atribuía.³⁰ Tampoco eran estas empresas rentables, como suponía Anderson. Muchas desaparecieron precisamente por problemas económicos a causa de la falta de suscriptores.³¹ Guerra agregaba que la íntima relación entre cultura escrita e identidad que Anderson daba por supuesta era difícil de sostener en una sociedad esencialmente barroca, en la que las imágenes y los rituales nunca dejaron de jugar un papel importantísimo en

la construcción de la identidad.³² Y si bien la imprenta y la palabra escrita proliferaron en Hispanoamérica una vez iniciada la crisis de 1808, su contenido se vinculaba más con la necesidad de defender al invasor francés que con identidades nacionales.³³ En última instancia, lo que se evidenciaba en aquel momento de crisis y proliferación de escritos impresos no eran identidades nacionales, sino la desintegración de una identidad y de una monarquía con siglos de existencia.³⁴

En el siguiente capítulo, Halperin Donghi ofrecía su crítica de *Imagined Communities* a través del caso argentino. Tan tajante como Guerra, aunque quizás un poco más cortés, Halperin Donghi escribía que “hay muy poco en el marco analítico de Anderson que pueda ser aplicado con provecho a Hispanoamérica, más allá de su caracterización de las naciones como “comunidades imaginadas”.³⁵ Al igual que Guerra, Halperin Donghi tomaba como punto de partida la crisis imperial iniciada con la invasión napoleónica, argumentando que el descubrimiento de la nación española como actor político no comenzaba con un deseo de crear un Estado propio, como suele ocurrir con los nacionalismos modernos, sino con un intento de salvaguardar a la nación española de un invasor a través de la construcción de una nueva legitimidad basada en la soberanía nacional, que no regía.³⁶ Ahora

²⁸ *Ibid.*, p. 5.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*, p. 6.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, pp. 7-9. En el siglo XVIII, se comienza a dar más importancia a la cultura escrita y a la imprenta, pero dicha importancia se mantuvo circunscrita a comunidades ilustradas, para quienes la palabra escrita era un vehículo para transmitir ideas útiles. Por ello la libertad de imprenta nunca fue la prioridad. Para las élites intelectuales de aquel momento, las masas “ignorantes” poco tenían que contribuir al debate ilustrado de la mejora y el progreso. Guerra, “Forms of Communication”, pp. 10-11.

³³ *Ibid.*, p. 13.

³⁴ *Ibid.*, p. 31.

³⁵ Tulio Halperin Donghi, “Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State”, en Castro-Klarén y Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities*, p. 34.

³⁶ *Ibid.*, p. 36.

bien, a la vez que se construía aquel proyecto de imperio-nación en Cádiz, algunos proyectos revolucionarios hispanoamericanos ya proponían un futuro sistema político abierto, “que llevara a la natural reestructuración o la total destrucción del sistema imperial español”.³⁷ Tal fue el caso de la revolución bonaerense del 25 mayo de 1810, que tuvo contrapartes en Quito, Caracas, Bogotá y Santiago de Chile.³⁸ Aunque la ruptura con el Imperio no se hubiera planteado formalmente, no hay duda de que el horizonte que abría aquella Revolución de Mayo incluía la posibilidad de una ruptura, un planteamiento que se diferenciaba tanto de los argumentos de Guerra como del revisionismo de historiadores como Rodríguez.

Aun reconociendo la clara diferencia entre los argumentos de Halperin Donghi y aquellos de los mencionados revisionistas, no hay duda de que el célebre historiador argentino coincidía en que no había nación argentina en aquel primer momento revolucionario. Y es que, si bien se abría la posibilidad a una futura independencia, todavía no quedaban muy bien definidas la nación y la patria que supuestamente se estaban defendiendo. ¿Se trataba solo de la ciudad de Buenos Aires?, ¿del Virreinato del Río de la Plata?, ¿del Imperio inca? Es más, tan poca operatividad tenía la idea de la nación argentina, que los líderes de Mayo contemplaron la reincorporación al Imperio, propuesta que terminó fracasando solo por la intransigencia del rey Fernando VII.³⁹ Desmontada así la importancia del nacionalismo durante la Revolución de Mayo, Halperin Donghi procedía a explicar que si bien existió una “comunidad imaginada” durante el momento revolucionario, no fue una comunidad nacionalista, sino la comunidad del par-

tido o la facción.⁴⁰ Por ello, el “capitalismo impreso” que tanto preocupaba a Anderson no se utilizó en aquel primer momento revolucionario como mecanismo creador de nación. Más bien, se desplegó como mecanismo propagandístico de facciones políticas. Aunque el capítulo de Halperin Donghi tenía muchas otras vertientes complejas en torno al gobierno de Juan Manuel de Rosas, al final dejaba claro que el nacionalismo argentino a la manera en que Anderson lo definía fue un fenómeno de la segunda mitad del siglo.⁴¹

Conclusión

A pesar de que Benedict Anderson hacía hincapié en la importancia de la Hispanoamérica revolucionaria para entender la emergencia del nacionalismo moderno, los planteamientos de *Imagined Communities* tuvieron muy poco consenso entre historiadores de las independencias hispanoamericanas, aun entre aquellos que estaban radicados en el mundo anglosajón. La razón que explica esta poca entusiasta acogida remite al hecho de que la publicación del libro, en especial la segunda edición de 1991, coincidió con un cambio historiográfico en el cual la independencia dejaba de entenderse a través de un foco nacionalista, y pasaba a estudiarse como la eclosión de una crisis imperial hispana que solo luego se tornó independentista, y siempre de manera ambivalente. Era justo en aquel momento también cuando comenzaban a cuestionarse los planteamientos del importante libro de John Lynch, que proponía que las independencias hispanoamericanas fueron el resultado del desarrollo de identidades criollas anticoloniales, cuya causa habría que localizar en la “segunda conquista” que se llevó a cabo

³⁷ *Ibid.*, p. 37.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*, p. 43.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 45.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 52-53.

con las reformas borbónicas. En suma, y a pesar de que su trabajo era sin duda innovador, Anderson había utilizado una bibliografía que ya era obsoleta.

No obstante, quizá la mayor contribución de *Imagined Communities* no hayan sido sus argumentos sobre los pioneros criollos, sino las preguntas y nuevas perspectivas que abría. Como reconocía Halperin Donghi, “en historia, como en cualquier otra disciplina, encontrar las preguntas correctas es tan importante como llegar a las respuestas correctas”. Es más, continuaba: “*Comunidades Imaginadas* de Anderson es el tipo de libro que, poniendo sistemáticamente en acción la perspectiva comparativa de la historia más frecuentemente recomendada que practicada, hace una contribución a su tema que es independiente de la validez de sus conclusiones específicas”.⁴² Más concretamente, proponía Halperin, “al observar la nación como una especie del género ‘comunidad imaginada’, hace de su emergencia un momento en la historia de ese género, en el que la nación supera a las dos “comunidades imaginadas” previas –a saber, la comunidad religiosa y el reino dinástico– haciendo uso de los instrumentos surgidos en paralelo por el triunfo del “capitalismo de imprenta”.⁴³ Con dicho juicio concordaban los críticos literarios que colaboraron en el ya mencionado libro *Beyond Imagined Communities*, quienes utilizaron el término “comunidades imaginadas” para explicar procesos de construcción nacional que tuvieron lugar en un período posterior a las revoluciones. Quizá por ello, también, el trabajo de Anderson tenga resonancia hasta el día de hoy, cuarenta años después de la publicación del trabajo original. □

⁴² *Ibid.*, p. 33.

⁴³ *Ibid.*

Bibliografía citada

Adelman, Jeremy, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton, Princeton University Press, 2006.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983.

—, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

—, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres, Verso, 2006.

Brading, David, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971 [trad. esp. de Roberto Gómez Ciriza: *Mineiros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015].

—, “Bourbon Spain and Its American Empire”, en L. Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

Castro-Klarén, Sara y John Charles Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003.

Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, MAPFRE, 1992

—, “Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”, en S. Castro-Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond imagined communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003.

Halperin Donghi, Tulio, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985.

—, “Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State”, en S. Castro-Klarén y J. Ch. Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003.

Hamnett, Brian, *The End of Iberian Rule on the American Continent, 1770-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

Lynch, John, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*, Nueva York, W.W. Norton and Company, 1973 [trad. esp. de Javier Alfaya y Barbara McShane: *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1976].

Masur, Gerhard, *Simón Bolívar*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1948 [trad. esp. de Pedro Martín de la Cámara: *Simón Bolívar*, México, Grijalbo, 1960].

Portillo Valdés, José M., *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons Historia, 2006.

Rodríguez, Jaime E., *The emergence of Spanish America: Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism, 1808-*

1832, Berkeley, University of California Press, 1975 [trad. esp. de Roberto Gómez Ciriza: *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980].

—, *The Independence of Spanish America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998 [trad. esp.: *La independencia de la América española*, México, El Colegio de México, 1996].

Resumen/Abstract

Nacionalismo criollo desacreditado: la problemática recepción de Benedict Anderson entre especialistas de las independencias

Con la publicación de la segunda edición de *Imagined Communities* en 1991, Benedict Anderson escribió un prefacio en el cual dejaba muy claro cuál había sido una de sus principales metas en el trabajo original de 1983, a saber, localizar los orígenes del nacionalismo moderno en Hispanoamérica durante las revoluciones de independencia, cuando unos “pioneros criollos” intentaron crear nuevas naciones en las postrimerías del colosal Imperio hispano. Dado el papel protagónico que Anderson asignaba a la Hispanoamérica revolucionaria, era de esperar que su trabajo se convirtiera en lectura obligatoria para quienes se dedicaban a estudiar las independencias de esa región. Sin embargo, el libro tuvo una acogida reticente entre historiadores de las revoluciones, incluso en el mundo anglosajón, donde era muy conocido. ¿A qué se debió esta recepción tan fría? Este texto propone que la razón principal radica en que Anderson desarrolló sus argumentos sobre la base del trabajo de John Lynch, cuyos supuestos eran cuestionados de manera fundamental por un conjunto de historiadores revisionistas. Al final de cuentas, aunque innovador, el trabajo adolecía de obsolescencia historiográfica.

Palabras Claves: Benedict Anderson - Comunidades imaginadas - Independencia - Nacionalismo - Pioneros criollos

Creole nationalism discredited: the problematic reception of Benedict Anderson among independence specialists

With the publication of the second edition of *Imagined Communities* in 1991, Benedict Anderson wrote a preface in which he made one of the main goals of the original 1983 book very clear. He underlined that his aim had been to localize the origins of modern nationalism in Spanish America during the revolutions of independence, when “creole pioneers” attempted to create new nations in the aftermath of the colossal Spanish Empire. In light of the key role that Anderson attributed to revolutionary Spanish America, it was only to be expected that his work would become obligatory reading for those committed to studying the region’s independence processes. However, the book met a reluctant reception among the historians of these revolutions, even in the Anglo-American world, where it was well known. What explains such a cold reception? This article suggests that the main reason was that Anderson developed his arguments on the basis of the John Lynch’s work, whose assumptions were being fundamentally questioned by a number of revisionist historians. All told, its innovations notwithstanding, the book suffered from a historiographic obsolescence.

Keywords: Benedict Anderson - Imagined communities - Independence - Nationalism - Creole pioneers

Comunidades imaginadas y la crisis del tercermundismo

Martín Bergel

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, de Benedict Anderson, es consabidamente uno de los libros de mayor impacto surgido del campo de las humanidades en el último medio siglo. Su ubicación al inicio del ciclo más fructífero de estudios sobre un asunto de tanto relieve como la morfología histórica de las naciones y los nacionalismos, y el hecho mismo de avanzar una definición y una serie de incisivas hipótesis sobre el fenómeno, le aseguraron ese sitio de privilegio. Y, sin embargo, mientras algunas de sus formulaciones —empezando por la propia noción de “comunidad imaginada”— han gozado de singular fortuna y han sido objeto multiplicado de usos y abusos, el propio lugar de artefacto intelectual del ensayo no ha merecido demasiadas interrogaciones. En este breve artículo me propongo ubicar a *Comunidades imaginadas* en un contexto intelectual y político singular, al que se vinculan tanto la propia trayectoria de Anderson como su célebre ensayo: el de la crisis del tercermundismo como imaginario global.

El ejercicio de historia intelectual que propongo no debiera resultar sorprendente, si se atiende al tenor de las palabras con que el libro se inicia: “Quizás sin que lo notemos mucho todavía, vivimos una transformación fundamental en la historia del marxismo y de los movimientos marxistas. Sus señales más visi-

bles son las guerras recientes entre Vietnam, Camboya y China”, comenzaba afirmando Anderson. Y de inmediato: “estas guerras tienen una importancia histórica mundial porque son las primeras que ocurren entre regímenes de independencia y credenciales revolucionarias innegables”.¹ Ocho años después, en 1991, el prólogo a la segunda edición que desde entonces abre el volumen insistía en ubicar en “los conflictos armados de 1978-1979 en Indochina [...] el motivo directo del texto original de *Comunidades imaginadas*”.² No obstante, da la impresión de que la mayoría de los lectores del libro pasó por alto esos señalamientos, o los leyó como referencias carentes de importancia. Incluso más, como advertía Michael Goebel en el obituario de Anderson publicado años atrás en esta misma revista, su fama como teórico del fenómeno nacionalista a menudo condujo a olvidar su ubicación y su prolongado itinerario académico como especialista en el sudeste asiático.³ En este texto me propongo tomar seriamente esas observaciones iniciales y colocarlas en relación con

¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1983], p. 17.

² *Ibid.*, p. 11. El destacado es mío.

³ Michael Goebel, “Benedict Anderson (1936-2015)”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 20, 2016, p. 388.

dos fenómenos intelectuales recientes, que permiten leerlas de modo renovado: la publicación de *Una vida más allá de las fronteras*, las memorias de Anderson editadas en inglés en 2016 y en castellano cuatro años después;⁴ y el actual auge del Tercer Mundo como problema historiográfico –abordado ahora no como categoría metahistórica o geopolítica, como “objetividad”, sino como poderoso significativo histórico pasible de ser reconstruido, desde perspectivas de historia intelectual, cultural o política, en sus múltiples usos, conexiones y derivas–.⁵

⁴ Benedict Anderson, *Una vida más allá de las fronteras*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2020 [2016].
⁵ Limitándonos a los libros y compilaciones, dentro de este campo de estudios en pleno despliegue (que, aunque en parte se solapa, a la vez se distingue expresamente de la historiografía sobre la Guerra Fría) pueden mencionarse a Vijay Prashad, *The Darker Nations. A People's History of the Third World*, Nueva York, The New Press, 2007; Cemil Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia. Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asiatic Thought*, Nueva York, Columbia University Press, 2007; Erez Manela, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2007; Christopher Lee (ed.), *Making a World after Empire: The Bandung Moment and Its Political Afterlives*, Athens, Ohio University Press, 2010; Michael Goebel, *Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015; Martín Bergel, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2015; Christoph Kalter, *The Discovery of the Third World. Decolonization and the Rise of the New Left in France, 1950-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016; Jeffrey Byrne, *Mecca of Revolution: Algeria, Decolonization, and the Third World Order*, Nueva York, Oxford University Press, 2016; Luis Eslava, Michael Fakhri y Vasuki Nesiiah (eds.), *Bandung, Global History and International Law: Critical Past and Pending Futures*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017; Michele Louro, *Comrades against Imperialism. Nehru, India and Interwar Internationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018; Tim Harper, *Underground Asia. Global Revolutionaries and the Assault on Empire*, Londres, Penguin, 2021; Joseph Parrot y Mark Atwood Lawrence (eds.), *The Tricontinental Revolution. Third World Radicalism and the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2022; Jeremy Adelman y Gyan

Las guerras internacionales de 1978-1979 que Anderson ubicaba en el origen de *Comunidades imaginadas* no solo estuvieron protagonizadas por regímenes marxistas, sino por naciones que poco antes habían encarnado parte de las expectativas depositadas en el llamado Tercer Mundo. En la introducción al más reciente de los libros que integran el corpus bibliográfico recién citado, Jeremy Adelman y Gyan Prakash insisten en destacar la potencia política y cultural de los imaginarios del ciclo histórico de los tercermundismos. Abonado por “pensamientos y prácticas creativas de emancipación de escritores, artistas, intelectuales y activistas [...] el Tercer Mundo fue una invención al servicio de pensar un orden mundial diferente, uno que fuera moral, equitativo, inclusivo, posiblemente un globalismo alternativo antes de la globalización”.⁶ En la conocida fórmula acuñada por Vijay Prashad, el tercer mundo “no fue un lugar. Fue un proyecto”.⁷ Y ese proyecto –global, ubicuo, hiperconectado– no redujo su influjo a actores de los tres continentes que se asociaban a su nombre. También involucró a espacios y sujetos en los Estados Unidos y en los países de Europa occidental.⁸

Prakash (eds.), *Inventing the Third World. In Search of Freedom for the Postwar Global South*, Londres, Bloomsbury Academic, 2023. Y la lista puede extenderse.

⁶ Jeremy Adelman y Gyan Prakash, “Imagining the Third World: Genealogies of Alternative Global Histories”, en J. Adelman y G. Prakash, *Inventing the Third World*, p. 18. La traducción es mía.

⁷ Prashad, *The Darker Nations*, p. xv.

⁸ En su documentado libro *The Discovery of the Third World*, Christoph Kalter relea la emergencia de la nueva izquierda francesa (incluido Mayo del 68) a la luz de la centralidad de los referentes y narrativas tercermundistas. Para el caso de un intelectual/artista europeo particular, véase el reciente libro de Diego Bentivegna y Lucia Faienza (eds.), *Pier Paolo Pasolini y el tercer mundo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2022. En un registro distinto, en *Anti-Imperial Metropolis* Goebel mostró como la París de entreguerras ya había sido un espacio de experiencia de gran relevancia en la emergencia y circulación de redes e imaginarios anticoloniales y antiimperialistas a escala transcontinental.

Tal es el caso de Benedict Anderson, cuya autobiografía permite observar la trayectoria de un intelectual que, educado en instituciones británicas de élite, y que posteriormente desarrolla su carrera académica en los Estados Unidos, participa también de una sensibilidad política afín al tercermundismo. Por empezar, el autor identifica en la crisis del canal de Suez de 1956, y en especial en un episodio en la Universidad de Cambridge (donde estudiaba la licenciatura) en el que “una banda de matones estudiantiles ingleses de gran porte” agrede a un grupo de estudiantes asiáticos que se manifestaba a favor de la causa egipcia, una de las experiencias que más marcaron su conciencia política. “Nunca había estado tan enojado en mi vida. Me topaba por primera vez con el racismo y el imperialismo ingleses [...] Esta fue, sin duda, una de las razones que más adelante suscitaron mi atracción por el marxismo y el nacionalismo anticolonial no europeo”, escribe Anderson.⁹ Pocos años después, tras un período de incertidumbre vocacional cruza el Atlántico para asentarse en la Universidad de Cornell, y más precisamente en el Programa de Estudios del Sudeste Asiático que acababa de crearse. Allí recibe el influjo decisivo del profesor George Kahin, a quien sigue en sus perspectivas académicas y políticas. Especialista en Indonesia y partidario abierto de los procesos de descolonización entonces en curso, Kahin fue quizás el primer académico occidental en dedicar un ensayo a la célebre Conferencia de Bandung de 1955, a la que asistió como observador.¹⁰ Bajo su influjo, y el de todo el Programa de Cornell, Anderson

viaja a inicios de los 60 a Indonesia, elabora su tesis de doctorado, e inicia una prolongada relación académico-afectiva con la región, que incluye el aprendizaje de varias de sus lenguas, la realización de numerosas investigaciones, y un estrecho vínculo que llega incluso hasta el momento de su propia muerte, ocurrida en Java a fines de 2015.

Las múltiples peripecias y amistades intelectuales y políticas de Anderson en distintos países del sudeste asiático conforman una de las zonas más atractivas de su libro, e ilustran cabalmente el despliegue de “una vida más allá de las fronteras” (referida en algunas ocasiones a lo largo del texto en términos de “aventura”, una palabra infrecuente en el relato de las biografías académicas).¹¹ Las experiencias de Anderson como investigador, sobre todo en Indonesia, lo movilizan emocional y políticamente, y lo llevan a asumirse –según narra retrospectivamente– como “una suerte de nacionalista indonesio”.¹² Pero aunque allí mismo asocia el contexto del que nace *Comunidades imaginadas* al ámbito intelectual británico –sobre todo el de la *New Left Review*, al que se vincula desde los años 70 a través de su hermano Perry–,¹³ las derivas de los países asiáticos con los que se había involucrado afectivamente impactaron también en su factura. Como sugería recientemente Richard Drayton en el dossier “Rethinking Nationalism” coordinado también por Michael Goe-

⁹ Anderson, *Una vida*, p. 33.

¹⁰ George Kahin, *The Asian-African Conference, Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca, University of Cornell Press, 1955. Su tesis doctoral *Nationalism and Revolution in Indonesia*, publicada tres años antes en la misma editorial, es considerada una obra clásica en los estudios sobre ese país.

¹¹ El cruce de fronteras es, en ese sentido, multidireccional: si el libro se origina, según cuenta Anderson, en una idea de una editora del Japón que le propone elaborar un ensayo autobiográfico que sirviera para ilustrar a los lectores de ese país acerca de la cultura académica estadounidense en la que había forjado su itinerario, en reversa, las andanzas que rodearon el trabajo de campo del autor en Indonesia, Tailandia o Filipinas ofrecen postales de la vida en esos países en plena transformación que a los ojos curiosos de académicos europeos, estadounidenses o latinoamericanos resultan también instructivas y atrapantes.

¹² Anderson, *Una vida*, pp. 123-124.

¹³ *Ibid.*, pp. 129-136.

bel, el trauma del sanguinario golpe de Estado de 1965 del general Suharto en Indonesia –que trajo aparejado para Anderson la imposibilidad de volver al país hasta su caída, más de treinta años después– no pudo sino afectar su concepción de la naturaleza y de la historia del nacionalismo¹⁴ (y, por tratarse del país de Sukarno y de la Conferencia de Bandung, también su visión del Tercer Mundo).

Ese es el otro contexto que, en conjunción con el impacto de las guerras de 1978-1979 mencionado al inicio, enmarca el origen de *Comunidades imaginadas*, y la desilusión respecto de la era del nacionalismo anticolonial que allí se trasunta. Ese ánimo se refleja, en el relato histórico que se ofrece en el libro, a través del establecimiento de una continuidad y una discontinuidad altamente significativas. En el primer caso, al ubicar al nacionalismo tercermundista como una configuración que replicaba los rasgos esenciales del nacionalismo *tout court*, Anderson se ubicaba en la vereda de enfrente del principio que moldeó el imaginario político de las izquierdas al menos desde el *dictum* de Lenin según el cual “una distinción debe necesariamente hacerse entre el nacionalismo de una nación oprimida y el de una nación opresora”.¹⁵ En *Comunidades imaginadas* el nacionalismo poscolonial en Asia y en África no es más que una “última oleada” construida sobre la base de “más de un siglo y medio de experiencia humana y tres modelos anteriores de nacionalismo”.¹⁶

¹⁴ Richard Drayton, “The Poetics of Anticolonial Nationalism”, *The American Historical Review*, vol. 127, n° 1, p. 361.

¹⁵ Vladimir I. Lenin, *Collected Works*, vol. 36, p. 36, cit. en Elías Paltí, “El enfoque genealógico de la nación y sus descontentos. El dilema hobsbawmiano”, en E. Paltí, *Aporías, tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley*, Buenos Aires, Alianza, 2001, p. 201.

¹⁶ Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 191. “La última oleada” es el título del capítulo de cierre del recorrido histórico de los nacionalismos. Evidenciando la indistinción que lo separa del principio leninista, Anderson considera dentro de esa ola tanto al nacionalismo de

La tesis continuista de Anderson sobre el nacionalismo como forma modular de la modernidad exportable, pirateable y adaptable detecta por igual modalidades populares y otras que llama “oficiales” (de homogeneización desde el Estado) tanto en la Europa del siglo XIX como en los nuevos países independientes asiáticos y africanos.¹⁷ Como es conocido, esa perspectiva marcada por la indistinción fue objeto de críticas.¹⁸ Pero esas objeciones pasan por alto el fondo antropológico y teórico-formalista del enfoque de Anderson, así como su propósito de pensar la nación como artefacto cultural (según señala, del orden de otros fenómenos como el parentesco o la religión), un esfuerzo equiparable a aproximaciones como las de Étienne Balibar a la hora de caracterizar al *homo nationalis*.¹⁹

los nuevos países de Asia y África, como el de Suiza (pp. 192-197).

¹⁷ *Ibid.*, pp. 197-199.

¹⁸ Por ejemplo, de Partha Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

¹⁹ Étienne Balibar, “*Homo nationalis*. Boceto antropológico de la forma nación”, en É. Balibar, *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?*, Madrid, Tecnos, 2003. Señalo de paso que si en *Comunidades imaginadas* Anderson hilvana una perspectiva teórica sobre el nacionalismo que se destaca por su originalidad y persuasión, avanza menos de lo que promete al inicio (“También trataré de explicar por qué estos artefactos culturales particulares han generado apegos tan profundos”, p. 22) en claves que echen luz sobre el poderío y la intensidad evidenciados por las identidades nacionales en ciertas circunstancias –en particular las guerras, que como se vio están en el origen del libro–. Quizás una nueva ola de estudios sobre los nacionalismos pueda sacar provecho de una imbricación mayor con las preocupaciones del *affective turn*, como han hecho ya algunos trabajos –por caso, Andreas Stynen, Maarten Van Ginderachter y Xosé M. Núñez Seixas (eds.), *Emotions and Everyday Nationalism in Modern European History*, Londres, Routledge, 2020–. No obstante, probablemente la literatura y las artes continúen evocando de manera más penetrante la profundidad de las emociones nacionales (pienso por ejemplo en el fascinante retrato de tintes oníricos con que Stefan Zweig reconstruye el arrebato con que las personas comunes se entusiasman con sus respectivas naciones al inicio de la Guerra del 14 en su autobiografía *El mundo de ayer*).

En un plano menos general, el libro de 1983 presentaba una discontinuidad que anticipaba una de las perspectivas centrales de la nueva historiografía del tercermundismo como imaginario histórico y como praxis político-cultural. Según Anderson, una vez llegados al poder, los líderes revolucionarios actuaban como “señores feudales” en cuanto al diseño y la implementación de políticas de nacionalismo oficial (y mencionaba como ejemplos nada menos que a Mao y a Tito). “De este acomodo –continuaba– proviene invariablemente ese maquiavelismo ‘estatal’ que constituye un aspecto tan notable de los regímenes posrevolucionarios en contraste con los movimientos nacionalistas revolucionarios”.²⁰ Esa cisura entre esos dos momentos que observaba Anderson se reencuentra por ejemplo en el reciente estudio de Jeffrey Byrne sobre Argelia como “meca de la revolución”, un espacio efervescente de cruce y alimentación de redes transnacionales tercermundistas que desde el golpe de Estado del coronel Boumédiène, en 1965, se cierra sobre sí privilegiando una vía nacional-autoritaria y Estadocéntrica.²¹ Y hacia atrás, es una distinción que subyace también a un conjunto de trabajos que se remontan a la primera mitad del siglo xx y sobre todo al mundo de entreguerras, para exhumar allí prácticas e imaginarios internacionalistas que informaban el accionar de intelectuales y movimientos anticoloniales y antiimperialistas (un fenómeno que no solo condujo a establecer una periodización más extensa del tercermundismo, sino que encontró en esas décadas previas a su surgimiento “oficial” algunos de sus impulsos más creativos y ambiciosos por reconfigurar al mundo como un todo).²² Todavía en los

años 50 intelectuales y activistas imaginaban un mundo poscolonial que no descansara en la afirmación de Estados-nación singulares, mientras que alternativamente a las cumbres de los grandes líderes se sucedían encuentros de “otros Bandungs” desarrollados desde el llano que también impulsaban vías utópicas.²³ Veinticinco años después, *Comunidades imaginadas* nacía ofreciendo un eco del desasimiento de esas ilusiones.

En definitiva, si en relación con su periodización la nueva historiografía sobre el tercermundismo como fenómeno global ha avanzado en un consenso cada vez mayor sobre su emergencia a la salida de la Primera Guerra Mundial, el momento y sobre todo las causas de su ocaso permanecen aún en penumbras a la espera de nuevas exploraciones.²⁴ Tampoco resulta evidente cómo caracterizar las sobrevividas del “tercer mundo” una vez que el proyecto utópico que evocaba se ha deshecho, y cuando su subsistencia residual proyecta sin embargo sombras que mantienen cierta eficacia en el diseño de alineamientos culturales y políticos (piénsese, por ejemplo, en los posicionamientos “campistas” ante fenómenos diversos como el ascenso de China como potencia global o los atentados contra el semanario *Charlie Hebdo* en París). Mientras tanto, una relectura de *Comunidades imaginadas* como síntoma indicativo de la crisis del tercermundismo a fines de los años 70 puede relanzar la pregunta que planea sobre su his-

²⁰ Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 225.

²¹ Byrne, *Mecca of Revolution*.

²² Véanse, entre otros, Aydin, *The Politics of Antiwesternism*; Manu Goswami, “Imaginary Futures and Colonial Internationalisms”, *American Historical Review*, vol.

117, n° 5, 2012; Louro, *Comrades against Imperialism*; Adelman y Prakash, “Imagining the Third World”; Harper, *Underground Asia*.

²³ Frederick Cooper, *Citizenship between Empire and Nation: Remaking France and French Africa, 1945-1960*, Princeton, Princeton University Press, 2014; Su Lin Lewis y Carolien Stolte, “Other Bandungs: Afro-Asia Internationalisms in the Early Cold War”, *Journal of World History*, vol. 30, n° 1-2, 2019.

²⁴ Srirupa Roy, “The Death of the Third World Revisited. Curative Democracy and World-Making in Late 1970s India”, en Adelman y Prakash, *Inventing the Third World*.

toria refulgente: ¿en ese compuesto aparentemente virtuoso de nacionalismos internacionales que yacía a su base, era inevitable el predominio por momentos abrasador del primero de sus polos? □

Bibliografía citada

- Adelman, Jeremy y Gyan Prakash (eds.), *Inventing the Third World. In Search of Freedom for the Postwar Global South*, Londres, Bloomsbury Academic, 2023.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1983].
- , *Una vida más allá de las fronteras*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2020 [2016].
- Aydin, Cemil, *The Politics of Anti-Westernism in Asia. Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asiatic Thought*, Nueva York, Columbia University Press, 2007.
- Balibar, Étienne, “Homo nationalis. Boceto antropológico de la forma nación”, en É. Balibar, *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?*, Madrid, Tecnos, 2003 [2001].
- Bentivegna, Diego y Lucia Faienza (eds.), *Pier Paolo Pasolini y el tercer mundo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2022.
- Bergel, Martín, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2015.
- Byrne, Jeffrey, *Mecca of Revolution: Algeria, Decolonization, and the Third World Order*, Nueva York, Oxford University Press, 2016.
- Chatterjee, Partha, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Cooper, Frederick, *Citizenship between Empire and Nation: Remaking France and French Africa, 1945-1960*, Princeton, Princeton University Press, 2014.
- Drayton, Richard, “The Poetics of Anticolonial Nationalism”, *The American Historical Review*, vol. 127, n° 1.
- Eslava, Luis, Michael Fakhri y Vasuki Nesiah (eds.), *Bandung, Global History and International Law: Critical Past and Pending Futures*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.
- Goebel, Michael, *Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.
- , “Benedict Anderson (1936-2015)”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 20, 2016.
- Goswami, Manu, “Imaginary Futures and Colonial Internationalisms”, *American Historical Review*, vol. 117, n° 5, 2012.
- Harper, Tim, *Underground Asia. Global Revolutionaries and the Assault on Empire*, Londres, Penguin, 2021.
- Kahin, George, *The Asian-African Conference, Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca, University of Cornell Press, 1955.
- Kalter, Cristoph, *The Discovery of the Third World. Decolonization and the Rise of the New Left in France, 1950-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.
- Lee, Christopher (ed.), *Making a World after Empire: The Bandung Moment and Its Political Afterlives*, Athens, Ohio University Press, 2010.
- Lewis, Su Lin y Carolien Stolte, “Other Bandungs: Afro-Asia Internationalisms in the Early Cold War”, *Journal of World History*, vol. 30, n° 1-2, 2019.
- Louro, Michele, *Comrades against Imperialism. Nehru, India and Interwar Internationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.
- Manela, Erez, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- Palti, Elías, “El enfoque genealógico de la nación y sus descontentos. El dilema hobsbawmiano”, en E. Palti, *Aporías, tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley*, Buenos Aires, Alianza, 2001.
- Parrot, Joseph y Mark Atwood Lawrence (eds.), *The Tricontinental Revolution. Third World Radicalism and the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2022.
- Prashad, Vijay, *The Darker Nations. A People's History of the Third World*, Nueva York, The New Press, 2007 [trad. esp. de Albino Santos Mosquera: *Las naciones oscuras. Una historia del Tercer Mundo*, Barcelona, Península, 2012].
- Roy, Srirupa, “The Death of the Third World Revisited. Curative Democracy and World-Making in Late 1970s India”, en J. Adelman y G. Prakash (eds.), *Inventing the Third World. In Search of Freedom for the Postwar Global South*, Londres, Bloomsbury Academic, 2023.
- Stynen, Andreas, Maarten Van Ginderachter y Xosé M. Núñez Seixas (eds.), *Emotions and Everyday Nationalism in Modern European History*, Londres, Routledge, 2020.

Resumen/Abstract

Comunidades imaginadas y la crisis del tercermundismo

El artículo propone una aproximación en clave de historia intelectual a *Comunidades imaginadas*, ubicando el ensayo en un contexto político-intelectual específico: el de la crisis de los imaginarios tercermundistas a fines de los años setenta. Para eso se sirve de referencias que el propio libro dispone, empezando por los señalamientos que Anderson ofrece en su inicio en relación con el significado de las guerras internacionales entre países del sudeste asiático en ese período, en combinación con trazos de su propia autobiografía y con el campo de investigaciones recientes sobre la historia de los tercermundismos. La conjetura del texto es que a través de la trayectoria de Anderson, y en particular en *Comunidades imaginadas*, es posible leer la crisis de la utopía tercermundista (entendida como campo virtuoso de articulación entre internacionalismo y nacionalismos populares).

Palabras clave: Benedict Anderson - Tercermundismos - Nacionalismo - Internacionalismo - Guerras internacionales

Imagined Communities and the Crisis of Third Worldism

The article proposes an intellectual history approach to *Imagined Communities*, placing the book in a specific political-intellectual context: that of the crisis of Third World imaginaries at the end of the 1970s. To this end, the article uses the references provided by the book itself, starting with Anderson's opening remarks on the significance of the international wars between Southeast Asian countries in that period, in combination with traces of his own autobiography and with the field of recent research on the history of Third Worldism. The argument of the article is that through Anderson's trajectory, and in particular in *Imagined Communities*, it is possible to read the crisis of the Third World utopia (understood as a field of articulation between internationalism and popular nationalisms).

Keywords: Benedict Anderson - Third worldisms - Nationalism - Internationalism - International wars

Los mecanismos de la imaginación: medios de comunicación y comunidades políticas después de Anderson

Arthur Asseraf

University of Cambridge

Un hombre desayuna leyendo el periódico, solo con su café. Imagina a todos los demás hombres haciendo lo mismo, aunque no los conozca. De este ritual moderno, esta “ceremonia masiva extraordinaria”, nace una comunidad nueva, la nación.¹ Esta imagen, sencilla y fuerte, se ha vuelto una evidencia después de *Comunidades imaginadas*.

Anderson no fue el primero en identificar el vínculo entre el periódico y la nación. Antes de él, otros habían establecido la importancia de la prensa vernácula como condición del desarrollo del nacionalismo.² Pero su innovación radicó en ver la imaginación causada por el periódico no solo como una *causa* del nacionalismo sino como el nacionalismo mismo. Con Anderson, el nacionalismo es definido como una operación imaginativa que se arraiga en los medios de comunicación.

Sin embargo, cuarenta años después, el argumento de Anderson parece demasiado am-

plio para ser útil. Su descripción de la “imaginación”, innovadora en los debates sobre el nacionalismo, oculta en verdad muchos mecanismos diferentes que pueden producir comunidades políticas distintas. Mientras que muchos han intentado crear tipologías del nacionalismo, aquí intentaremos sugerir una tipología de esos mecanismos de la imaginación para matizar la hipótesis de Anderson. De ahí, veremos cómo la noción de comunidad imaginada no nos permite entender diferencias muy importantes entre diversos mecanismos sociales del nacionalismo.

Para empezar, hay que notar que Anderson tenía una visión bastante restringida del nacionalismo como fenómeno social. Es significativo que para describir al hombre leyendo el periódico utiliza el pronombre masculino sin ambigüedad. No aparecen mujeres en su libro. No se sabe si debemos suponer que no leían periódicos, o que no fueron nacionalistas, o las dos cosas: aquí la nación es cosa de varones. Tampoco aparece el nacionalismo de esa gran parte de la humanidad que no sabía leer. El análisis se limita a describir el pensamiento de los líderes de movimientos nacionalistas, y no el nacionalismo como experiencia social de manera más amplia, a pesar de que una de las características de la categoría “nación” sea precisamente su amplitud. La nación, como comunidad horizontal, puede ser imaginada

¹ Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 2006, pp. 34-35.

² Por ejemplo, Gabriel Tarde, *L'opinion Et La Foule*, París, Ulan Press, 2012 [1901], pp. 81-82; o Marshall McLuhan, *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto, University of Toronto Press, 1962, p. 261. Para más detalles sobre la historia de esta teoría, véase Arthur Asseraf, *Electric News in Colonial Algeria*, Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 6-10.

como trascendiendo diferencias de fronteras de clase, género, edad y raza, un rasgo que a su vez produce muchos problemas analíticos.

Considerado en un ambiente social más amplio, un medio de comunicación puede producir tipos de comunidades muy diversas. Si observamos un ejemplo central para el argumento de Anderson, el periódico, sabemos que jugó un papel mucho más complejo que el de producir comunidades nacionales paralelas e impermeables.

No caben dudas de que el periódico es una gran máquina de generación de comunidades de lectores. Como afirman Derek Peterson, Emma Hunter y Stephanie Newell, “los diarios impulsan movimientos políticos poniendo eventos dispares juntos, en la misma página, y creando la apariencia de que todos actúan al unísono. Hacen que gente desconectada se sienta compañera de ruta”.³ Pero esas comunidades pueden ser de diverso tipo, no solo nacionales. Muchos periódicos, por ejemplo, convocan a un público limitado a una ciudad. Entrenan a sus lectores a manejar la ciudad, a verla como un todo orgánico y a verse como distintos del mundo rural que los rodea. Las noticias del resto del mundo en los periódicos de Buenos Aires de principios del siglo xx, por ejemplo, como ha mostrado Lila Caimari, daban la impresión de un archipiélago de ciudades dispersas en el mundo, con noticias de Moscú o Beijing, pero relativamente menos de vastas zonas del interior de la Argentina.⁴ El lector del periódico podía imaginar su per-

tenencia a una comunidad de hombres cultivados con bigotes leyendo periódicos en otras ciudades alrededor del mundo, pero esa comunidad no puede ser descrita como nacional.

También nacieron con la prensa nuevas comunidades imaginarias globales, como ocurrió con la prensa comunista o feminista. Anderson mismo reconoció ese problema más tarde: “También debía tomar en serio la realidad de que muy poca gente alguna vez haya sido solo nacionalista”. Exploró esa idea en *Under Three Flags*, donde examinó la intersección entre el nacionalismo filipino y el anarquismo transnacional.⁵ Así pues, él mismo reconoció que la capacidad de los periódicos para producir imaginarios políticos no se limitaba al nacionalismo, y podía combinarse con otras comunidades de escalas diferentes.

El periódico pudo también generar comunidades sin territorio mucho más amplias que la nación, por ejemplo comunidades religiosas globales. Anderson supone que el periódico tiene un efecto de secularización, siguiendo la vieja idea europea de que la prensa de Gutenberg eliminó el poder de la Iglesia. Pero para tomar un ejemplo, la revista *Al Manar*, publicada por Rashid Rida en El Cairo a partir de 1898, funcionó como un lugar de encuentro para hombres preocupados por la situación global del islam. Escrita en árabe, podía ser leída por todos los hombres que tenían una educación religiosa, incluyendo a lectores que escribían desde Indonesia hasta Rusia con preguntas o comentarios. Una comunidad global y horizontal de musulmanes se articuló en torno a esta revista, y así el periódico actualizó y modificó formas de intercambio y de-

³ Derek Peterson, Emma Hunter and Stephanie Newell (eds.), *African Print Cultures: Newspapers and their Publics in the Twentieth Century*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2016, p. 18 [traducción de los editores del dossier].

⁴ Lila Caimari, *Cities and News*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021. Para algunos ejemplos, véase Julia Guarneri, *Newsprint Metropolis: City Papers and the Making of Modern Americans*, Chicago, University of Chicago Press, 2017; Peter Fritzsche, *Reading Berlin 1900*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.

⁵ Benedict Anderson, “Frameworks of Comparison”, *London Review of Books*, vol. 38, n° 2, 21 de enero de 2016, pp. 15-18 [trad. de los editores del dossier]; *Under Three Flags: Anarchism and the Anti-colonial Imagination*, Londres, Verso, 2005. Para otro ejemplo ver Ilham Khuri-Makdisi, *The Eastern Mediterranean and the Making of Global Radicalism*, Berkeley, University of California Press, 2013.

bate religioso que ya existían, sin hacerlas desaparecer.⁶ A pesar de que escribió algunos años después de la Revolución iraní, Anderson seguía suponiendo que la modernización haría desaparecer las identidades religiosas.

Un problema adicional, más espinoso aún, tampoco había sido considerado por Anderson: el mismo ejemplar de prensa podía producir imaginarios distintos, pues en muchísimos casos la lectura de periódicos no ocurría a solas. Quienes no sabían leer tenían que escuchar a una persona leyendo en voz alta, en un café, una plaza o en el salón. Quienes sabían leer, pero no podían pagárselo, compartían las páginas frágiles pero preciosas en una biblioteca pública o un club.

Esos modos de lectura han sido analizados con mayor refinamiento en los años posteriores a la publicación de *Comunidades imaginadas*, ante la evidencia de que podían formar sus propias comunidades. Por ejemplo, en Argelia, bajo la colonización francesa, la producción de periódicos estaba completamente dominada por la minoría europea. La mayoría de la población los consumía de manera indirecta, ya que muchos no sabían leer ni entendían el francés. El mismo periódico podía ser leído de manera individual por un europeo con su desayuno por la mañana, como lo imaginaba Anderson, pero también en un café en voz alta traducido en árabe o en tamazight para un público colonizado. Esos espacios generaban comunidades de interpretación distintas. La misma noticia de un periódico fran-

cés, reinterpretada por esa comunidad, tomaba un sentido inverso, y podía ser entendida como señal de insurrección. Muchos movimientos políticos de argelinos bajo el período colonial empezaron no con sus propios periódicos sino con periódicos franceses, leídos colectivamente.⁷ Eso no es una especificidad colonial, lo mismo podía ocurrir en contextos rurales u obreros europeos donde el alfabetismo limitado promovía formas de lectura colectiva.⁸ Así pues, según los contextos, el periódico no creó una sola comunidad horizontal, sino que fortaleció diferencias entre comunidades de interpretación.

Esos modos diversos de lectura valen también para el mismo lector *dentro* de un medio de comunicación. El concepto de imaginación conlleva procesos distintos, que pueden transcurrir en contacto con elementos dispares al interior del mismo periódico, como noticias o fragmentos de ficción. Muchas novelas famosas del siglo XIX salieron primero en serie en diarios, al pie de páginas cargadas de noticias diplomáticas. Los lectores no leían noticias como leían los folletines, y leer el periódico entero suponía navegar tipos de imaginación diferentes, ajustándose según los tipos de artículos.⁹ Más complejo aún, cada uno de los artículos tenía su temporalidad propia. Una noticia podía referir a un evento de ayer, y otra a un terremoto ocurrido dos semanas antes, si la información llegaba por barco. Debajo de todo aquello, un fragmento de novela histórica animaba al lector a imaginarse en la Edad Media.¹⁰

⁶ Jajat Burhanudin, “Aspiring for Islamic Reform: Southeast Asian Requests for Fatwās in al-Manār”, *Islamic Law and Society*, vol. 12, n° 1, 2005; Mona Abaza, “Southeast Asia and the Middle East: Al-Manar and Islamic Modernity”, en C. Guillot, D. Lombard y R. Ptak (eds.), *From the Mediterranean to the China Sea: Miscellaneous Notes*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1998; Roy Bar Sadeh, “Between Cairo and the Volga-Urals: Al-Manar and Islamic Modernism, 1905–17”, *Kritika*, vol. 21, n° 3, 2020; James Gelvin and Nile Green (eds.), *Global Muslims in the Age of Steam and Print*, Berkeley, University of California Press, 2013.

⁷ Asseraf, *Electric News*, capítulo 2.

⁸ Por ejemplo en Francia, Judith Lyon-Caen, “Lecteurs et lectures: les usages de la presse au XIX^e siècle”, en D. Kalifa et al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, Nouveau Monde, 2011.

⁹ Kalifa et al., *La civilisation du journal* (véase especialmente el artículo de Sarah Mombert, “Presse et fiction”).

¹⁰ Para ejemplos de las múltiples temporalidades inscriptas en los periódicos, véase Isabel Hofmeyr, *Gandhi's*

Anderson describió el periódico como un tipo de ficción, poniéndolo al mismo nivel que la novela en su capacidad de generar la nación,¹¹ soslayando la complejidad de las relaciones que tejía con sus lectores. Hoy sabemos que en la relación dinámica entre el periódico y la novela, o dentro de un mismo periódico entre la noticia y la ficción, se elaboraron normas múltiples de imaginación para los lectores.¹² Así, cuando Anderson puso al mismo nivel el periódico y la novela como fuentes del nacionalismo, evitó la relación compleja y mutuamente constitutiva de esas dos formas culturales.

Observemos un ejemplo preciso. Para ilustrar la importancia de la novela en el nacionalismo, Anderson toma una obra indonesia de Marco Kartodikromo, *Mata Gelap*, en la que un personaje lee un periódico. Eso es “un periódico incorporado en la ficción” nos dice Anderson.¹³ Él lo analiza como si todos esos tipos de escritura modernista se fortalecieran mutuamente, creando un solo mundo imaginario de la nación. Pero describir la lectura de un periódico dentro de una novela no es lo mismo que leerlo directamente. Esta re-mediación (*re-mediation*) produce un efecto de distancia de la experiencia diaria de la lectura, y desarrolla por tanto una relación más crítica con ese tipo de lectura.¹⁴ Lo mismo se desprende del otro ejemplo que toma Anderson, *Noli me tangere* de José Rizal, considerada

como la primera novela filipina, publicada en 1887. Empieza así:

A fines de Octubre, don Santiago de los Santos, conocido popularmente con el nombre de “Capitán Tiago”, daba una cena, que, sin embargo de haberla anunciado aquella tarde tan sólo, contra su costumbre, era ya el tema de todas las conversaciones en Binondo, en otros arrabales y hasta en Intramuros. Capitán Tiago pasaba entonces por el hombre más ramboso, y sabíase que su casa, como su país, no cerraba las puertas á nadie, como no fuese al comercio ó á toda idea nueva ó atrevida.

Como una sacudida eléctrica corrió la noticia en el mundo de los parásitos, moscas ó colados que Dios crió en su infinita bondad, y tan cariñosamente multiplica en Manila.¹⁵

Rizal describe un tipo de temporalidad de la noticia oral, que corre “como una sacudida eléctrica”, inmediata y excitante. Pero dramatiza esta sensación dentro de un texto que tiene una temporalidad completamente diferente, su novela, un relato tranquilo, lejos de la tormenta de los hechos. Para leer *Noli me tangere*, la lectora debe imaginar otro modo de temporalidad, y notar la diferencia entre este ánimo eléctrico y su propia situación de lectura calma. La novela no repite el efecto de la noticia, sino que produce una distancia con esa experiencia.

El enfoque de Anderson, que pone varios medios de comunicación al mismo nivel, tampoco nos permite entender cómo tecnologías diversas pudieron crear nacionalismos distintos. Un ejemplo importantísimo es la radio, que solo es mencionada en una nota:

Printing Press: Experiments in Slow Reading, Cambridge, Harvard University Press, 2013; Caimari, *Cities and News*, pp. 51-53; Amelia Bonea, *The News of Empire: Telegraphy, Journalism, and the Politics of Reporting in Colonial India c.1830-1900*, Oxford, Oxford University Press, 2016.

¹¹ Anderson, *Imagined Communities*, pp. 34-35.

¹² Kalifa et al., *La civilisation du journal*; Guillaume Pinson, *L'imaginaire médiatique: histoire et fiction du journal au XIX^e siècle*, París, Garnier, 2012.

¹³ Anderson, *Imagined Communities*, pp. 32-33.

¹⁴ Jay David Bolter y Richard Grusin, *Remediation: Understanding New Media*, Cambridge, MIT Press, 1999.

¹⁵ José Rizal, *Noli me tangere: novela Tagala*, Barcelona, Maucci, 1902 [1887], p.15.

Inventada apenas en 1895, la radio permitió que se hiciera a un lado a la imprenta y se creara una representación oral de la comunidad imaginada en la que apenas penetraba la página impresa. Su papel en la revolución vietnamita y en la indonesia, y en general, en los nacionalismos de mediados del siglo xx, ha sido muy subestimado y poco estudiado.¹⁶

Cabe suponer que Anderson no había leído la *Sociología de una revolución* de Frantz Fanon, publicado más de veinte años antes que *Comunidades imaginadas*. En un ensayo famoso sobre el papel de la radio en la Revolución argelina contra el colonialismo francés, Fanon decía que la debilidad de la señal de la voz de la Revolución había favorecido la emergencia de una comunidad política argelina.¹⁷ Las personas aglomeradas alrededor de la radio tenían que compensar las palabras perdidas e improvisar su sentido, volviéndose agentes activos de la Revolución y no simplemente escuchas pasivos. De tal modo, la especificidad de este medio generaba un nacionalismo distinto, participativo y revolucionario. ¿Será el nacionalismo que nace oyendo la radio el mismo que nace leyendo el periódico?

La radio dio a la palabra nación una profundidad social que nunca había tenido antes, cruzando fronteras de género y edad. No es una coincidencia que las décadas de mediados del siglo xx, cuando la radio llegó a su nivel de popularidad máximo en muchas regiones del mundo, vieran también el desarrollo de una forma de política de masas concentrada en la voz de un hombre carismático, que llegaba a todos los hogares de la nación. Un

mitín de Franco, Nasser o Perón se oía en todas las casas al mismo tiempo.

De hecho, la radio posee un poder muy significativo en la experiencia del nacionalismo, que no tiene la prensa: la sincronía. El ritual diario del hombre leyendo el periódico no tiene la misma fuerza que la simultaneidad del medio radiofónico en vivo, que inauguró un tipo de experiencia común de alta potencia. Por ejemplo, el fútbol como expresión del nacionalismo es imposible sin la radio. En una cita famosa, Eric Hobsbawm aplicó el concepto de Anderson al deporte, diciendo que “La comunidad imaginada de millones de seres parece más real bajo la forma de un equipo de once personas cuyo nombre conocemos”. Pero es significativo que a continuación relaciona esa idea con una experiencia tecnológica:

Este autor recuerda que escuchó nerviosamente la retransmisión por radio del primer partido internacional de fútbol entre Inglaterra y Austria, jugado en Viena en 1929, en casa de unos amigos que le prometieron que se vengarían de él si Inglaterra vencía a Austria, cosa que parecía muy probable.¹⁸

Esa colosal metonimia (once hombres para millones) solo es posible con la radio coordinando las acciones locales sobre un césped con otras en un salón.

La misma reflexión se podría continuar con la televisión, que siguió esta innovación y fue sincronizando todavía más las experiencias mediáticas. Pero no es mi intención subrayar aquí el papel único de la radio e insinuar que podemos sustituir la prensa por la radio como fuente real del nacionalismo, lo cual constitui-

¹⁶ Anderson, *Imagined Communities*, nota en p. 54 [trad. esp. de Eduardo L. Suárez: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2021, pp. 93-94].

¹⁷ Frantz Fanon, “Aquí la voz de Argelia...”, en F. Fanon, *Sociología de una revolución*, México, Era, 1968 [1959].

¹⁸ Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1998 [1990], p. 153.

ría un tipo de determinismo tecnológico.¹⁹ Quiero más bien llamar la atención sobre la especificidad del tipo de comunidad que hace posible la sincronización de la radio.

¿Será la imaginación del espectador de un partido de fútbol que imagina simultáneamente su equipo nacional la misma que la del lector de una novela imaginando a los parásitos manileños? Lo dudo. Donde Anderson enfatizó las similitudes entre esos mecanismos, podemos también ver muchas diferencias, diferencias de comunidades mediadas o inmediatas, de tipo de imaginación, y de temporalidad, por nombrar solo algunas. La ecuación simplísima periódico-lector-nación oculta una gama de fenómenos distintos. La verdad es que la nación, y todas las otras comunidades, se imaginan de muchas maneras que no son siempre coincidentes. Anderson abordó el problema del origen de la nación y de ahí llegó al periódico. Pero también podría pensarse en la dirección opuesta, partiendo de los medios de comunicación. Formulada de esa manera, la pregunta parece más intrigante que la planteada por Anderson: ¿cómo es que todos los mecanismos pueden terminar en una sola categoría, la nación? Acaso la magia del concepto de nación yaza en su amplitud, en su capacidad de ocultar la multiplicidad de mecanismos de imaginación que utilizamos cada día, con medios diferentes. □

Bibliografía citada

Abaza, Mona, "Southeast Asia and the Middle East: Al-Manar and Islamic Modernity", en C. Guillot, D. Lombard y R. Ptak (eds.), *From the Mediterranean to the China Sea: Miscellaneous Notes*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1998.

Anderson, Benedict, *Under Three Flags: Anarchism and the Anti-colonial Imagination*, Londres, Verso, 2005 [trad. esp. de Cristina Piña Aldao: *Bajo tres banderas*].

¹⁹ Lisa Gitelman, *Always Already New: Media, History, and the Data of Culture*, MIT Press, 2008.

Anarquismo e imaginación anticolonial, Madrid Akal, 2008].

—, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 2006 [1983].

—, 'Frameworks of Comparison', *London Review of Books*, vol. 38, n° 2, 21 de enero de 2016.

—, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 2021 [1983].

Asseraf, Arthur, *Electric News in Colonial Algeria*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

Bar Sadeh, Roy, "Between Cairo and the Volga-Urals: Al-Manar and Islamic Modernism, 1905-17", *Kritika*, vol. 21, n° 3, 2020.

Bolter, Jay David y Richard Grusin, *Remediation: Understanding New Media*, Cambridge, MIT Press, 1999.

Bonea, Amelia, *The News of Empire: Telegraphy, Journalism, and the Politics of Reporting in Colonial India c. 1830-1900*, Oxford, Oxford University Press, 2016.

Burhanudin, Jajat, "Aspiring for Islamic Reform: Southeast Asian Requests for Fatwās in al-Manār", *Islamic Law and Society*, vol. 12, n° 1, 2005.

Caimari, Lila, *Cities and News*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021.

Fanon, Frantz, "Aquí la voz de Argelia...", en F. Fanon, *Sociología de una revolución*, México, Era, 1968 [1959].

Fritzsche, Peter, *Reading Berlin 1900*, Cambridge, Harvard University Press, 1996).

Gelvin, James y Nile Green (eds.), *Global Muslims in the Age of Steam and Print*, Berkeley, University of California Press, 2013.

Guarneri, Julia, *Newsprint Metropolis: City Papers and the Making of Modern Americans*, Chicago, University of Chicago Press, 2017.

Hobsbawm, Eric, *Nacionales y nacionalismos desde 1780*, traducción de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1998 [1990].

Hofmeyr, Isabel, *Gandhi's Printing Press: Experiments in Slow Reading*, Cambridge, Harvard University Press, 2013.

Kalifa, Dominique et al. (dirs.), *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, Nouveau Monde, 2011.

Khuri-Makdisi, Ilham, *The Eastern Mediterranean and the Making of Global Radicalism*, Berkeley, University of California Press, 2013.

Lyon-Caen, Judith, "Lecteurs et lectures: les usages de

la presse au XIX^e siècle”, en Kalifa *et al.* (dirs.), *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, Nouveau Monde, 2011.

McLuhan, Marshall, *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto, 1962.

Peterson, Derek, Emma Hunter y Stephanie Newell (eds.), *African Print Cultures: Newspapers and their*

Publics in the Twentieth Century, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2016.

Pinson, Guillaume, *L’imaginaire médiatique: histoire et fiction du journal au XIX^e siècle*, París, Garnier, 2012.

Rizal, José, *Noli me tangere: novela Tagala*, Barcelona, Maucci, 1902 [1887].

Tarde, Gabriel, *L’opinion et la foule*, París, Ulan Press, 2012 [1901].

Resumen/Abstract

Los mecanismos de la imaginación: medios de comunicación y comunidades políticas después de Anderson

Cuarenta años después de la primera publicación de *Comunidades imaginadas*, el énfasis de Benedict Anderson en los medios de comunicación como raíz de las comunidades políticas mantiene su vigencia. No obstante, su análisis del vínculo entre medios de comunicación y nación solo puede servir como punto de partida. Sugerimos aquí que la descripción de la “imaginación” propuesta por Anderson en *Comunidades imaginadas* es demasiado amplia, ya que comprende varias experiencias diferentes. Atendiendo a modos de lectura diversos, modos de imaginación variados, y cambios tecnológicos como la llegada de la radio, en un ambiente social más amplio, podemos constatar diferencias en los mecanismos de imaginación. La noción de comunidad imaginada solo puede servir como un punto de partida para entender relaciones mucho más complejas entre un medio y una comunidad política. En vez de intentar usar los medios de comunicación para explicar el problema de la nación, las investigaciones recientes los ponen en el centro del análisis como un problema en sí.

Palabras clave: Medios de comunicación - Nacionalismo - Anderson - Periódico - Radio

The mechanisms of imagination: media and political communities after Anderson

Forty years later after the first publication of *Imagined Communities*, Benedict Anderson’s emphasis on media as the foundation of political communities remains relevant. However, his analysis of the link between media and nation can only act as a starting point. The present article suggests that the description of “imagination” given by Anderson in *Imagined Communities* is too vast, as it includes a range of different experiences. Paying attention to different modes of reading and imagination, to technological changes like the arrival of the radio, and to a wider social environment, we can notice important differences in the mechanisms of imagination. The concept of an imagined community can only be used as a starting point to understand the much more complex relationships between a medium and a political community. Instead of using media to understand the problem of the nation, more recent research has placed media at the core of the analysis, as the very research problem itself.

Keywords: Media - Nationalism - Anderson - Newspaper - Radio

Comunidades fracturadas

Una relectura de Benedict Anderson a través del prisma de las redes sociales ***

Aviel Roshwald

Georgetown University

Después de su llamativo título, el aspecto de *Comunidades imaginadas* que ha tenido un impacto más duradero, cuarenta años más tarde, es el argumento de Benedict Anderson sobre la conexión entre el capitalismo de imprenta y la cristalización de formas modernas de identidad nacional en gran parte del mundo. En Europa, entre otras regiones, la posibilidad y el incentivo de la producción en masa asociados a la introducción de la imprenta contribuyeron, junto con otra serie de factores, a promover la estandarización de diversas lenguas vernáculas. La red transnacional de élites que escribían y leían latín, que era escasa en términos demográficos pero muy extendida en términos geográficos, se vio gradualmente superada por el ascenso de una tecnología que permitía que las publicaciones llegaran a un público mucho más amplio dentro de los límites de una comunidad lingüística particular. Anderson reconocía todos los abusos y la capacidad destructiva que pueden asociarse al nacionalismo. Pero, inspirado quizás por el temprano optimismo li-

gado a los movimientos anticoloniales pos 1945, en última instancia veía el nacionalismo popular como algo lleno de potencial positivo en virtud de su capacidad para crear una esfera pública amplia, aunque limitada, con un íntimo sentido de pertenencia y obligación mutua en un mundo donde la modernización estaba erosionando las formas comunitarias tradicionales. Según sus propias palabras: “En una época en que es tan común que los intelectuales progresistas, cosmopolitas (¿sobre todo en Europa?) insistan en el carácter casi patológico del nacionalismo, su fundamento en el temor y el odio a los otros, y sus afinidades con el racismo, convendrá recordar que las naciones inspiran amor, y a menudo un amor profundamente abnegado”.¹

Por supuesto, el lenguaje no es fuente suficiente –o siquiera necesaria– de identidad na-

* Traducción para *Prismas* de María Inés Castagnino.

** Agradezco a Tim Richard Wilson por haber inspirado esta reflexión con comentarios que hizo hace unos años, especulando acerca de la posible comparación entre el impacto sociopolítico de la actual revolución de la información y el de la imprenta. También agradezco mucho a Jordan Sand por su considerada devolución sobre un primer esbozo de este ensayo.

¹ Anderson veía como las manifestaciones más peligrosas del nacionalismo a aquellas asociadas con su cooptación por parte del Estado, lo que él denominaba “nacionalismo oficial”. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 2006, cap. 6. También sostenía que el racismo, conceptual y funcionalmente, es un fenómeno muy distinto, basado, según él, en ideas de clase más que de nación. *Ibid.*, pp. 148-150. [N. de la T.: la cita en español del texto de Anderson proviene de la traducción de Eduardo L. Suárez: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993].

cional, y el argumento general de Anderson abarca mucho más que su aguda percepción sobre el capitalismo de imprenta. Pero claramente el cultivo y la diseminación de una lengua vernácula estandarizada constituye un aspecto vital de muchos proyectos nacionalistas hoy en día, y, más allá de que el sistema económico prevalente sea capitalista o no, la imprenta (junto con la educación pública masiva)² ha sido un instrumento indispensable en estos emprendimientos.

Durante el siglo xx, la aparición de otros tipos de medios masivos posiblemente haya reforzado algunos de estos patrones. Aun cuando el ascenso de la radio y la televisión redujeron la influencia de la palabra impresa, estos nuevos vectores de comunicación eran en muchos sentidos aún más explícitamente nacionales en su organización y contenido. Las redes de difusión fueron principalmente constituidas y habilitadas por autoridades nacionales, incluso cuando su público incluía a sujetos colonizados en imperios de ultramar u oyentes extranjeros. Series televisivas estadounidenses o británicas tales como *Dallas* o *El show de Monty Python* podían gozar de un atractivo global, pero estaban marcadas de manera indeleble en la comprensión pública como artefactos o representaciones de culturas nacionales particulares. Mientras que mucha de la programación informativa era ostensiblemente global en cuanto a su cobertura, tendía a seguir el esquema que Michael Billig ha señalado en los periódicos: estaba dispuesta en segmentos o programas separados dedicados a lo local, lo nacional y lo internacional respectivamente, y de este modo reflejaba y confirmaba a la vez presupuestos no cuestionados sobre la categórica particulari-

dad de lo nacional.³ Y cuando la BBC o Voice of America transmitían de manera multilingüe al mundo entero, lo hacían como las “voces” de sus respectivos países de origen.

Pero en la tercera década del siglo xxi, nos encontramos de lleno en una nueva revolución informativa. Si el juego se llamaba capitalismo de imprenta en siglos anteriores, esta es la era del capitalismo de vigilancia: un modelo económico basado en los nóveles vectores interconectados de la difusión de información y las técnicas de recolección de datos.⁴ El libro, el periódico e incluso el noticiero de la noche están quedando al margen por las plataformas de *streaming* y las redes sociales. ¿Qué impacto pueden tener estas formas novedosas de (des)información sobre la construcción social de identidades culturales y políticas?

Es demasiado temprano en este proceso para que podamos tener una clara perspectiva histórica sobre el asunto. Pero no es demasiado temprano para empezar a hacer preguntas y poner en circulación ideas. La hipótesis que aquí se propone, y que se hace eco de mucho de lo que se ha dicho y escrito en años recientes, es que las redes sociales van en contra de las tendencias a la integración y asimilación nacionales asociadas a las eras de dominio de la imprenta y los medios de comunicación. Para Anderson, la imaginación de comunidades nacionales surgía de “una interacción semifortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción y de relaciones productivas (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana”.⁵ Lo que presenciamos hoy es la convergencia del capitalismo de vigi-

² Con respecto al monopolio de la educación pública como característica definitoria del moderno Estado-nación, véase Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Ithaca, Cornell University Press, 1983.

³ Michael Billig, *Banal Nationalism*, Londres, Sage Publications, 1995, cap. 5.

⁴ Shoshana Zuboff, *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*, Nueva York, Public Affairs, 2019.

⁵ Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 70.

lancia y las redes sociales con la fatalidad de la diversidad temperamental humana. El efecto es la acentuación y radicalización de las divisiones ideológicas y culturales dentro de y entre naciones. Hasta la experiencia andersoniana del desplazamiento conjunto como nación a lo largo del tiempo se ve desafiada por la capacidad de hacer correr el flujo de información y entretenimiento independientemente de toda programación estandarizada (como la del periódico cotidiano o el noticiero de la noche). Ernest Renan invocó famosamente la idea de un plebiscito cotidiano como metáfora de que la nación está enraizada en y depende de una conciencia pública sostenida.⁶ Hoy, el plebiscito diario ya no es una metáfora; se ha convertido en una experiencia virtual hueca en cuanto a sustancia, pero psicológicamente poderosa, ofrecida por plataformas que dan a cientos de miles de personas la ilusión de estar contribuyendo en forma directa a debates y discusiones nacionales y transnacionales.⁷ Sin embargo, estos flujos de sentimiento y opinión aparentemente horizontales tienen lugar de hecho dentro de redes aisladas que, más que facilitarlos, socavan los genuinos procesos deliberativos. Pueden funcionar como vectores para la propagación de puntos de vista extremos bajo la apariencia de ser espacios de conversación democratizada.⁸

⁶ Ernest Renan, "What is a Nation?" [1882], en S. J. Woolf (ed.), *Nationalism in Europe, 1815 to the Present: A Reader*, Nueva York, Routledge, 1995.

⁷ Paolo Gerbaudo captura esta idea con la frase "un like, un voto". Paolo Gerbaudo, "Populism 2.0. Social Media Activism, the Generic Internet User and Interactive Direct Democracy", en D. Trotter y Ch. Fuchs (eds.), *Social Media, Politics and the State*, Nueva York, Routledge, 2014.

⁸ "Pese a sostener que facilitan la comunicación recíproca, las redes sociales son usadas principalmente por los actores políticos como una plataforma de difusión más, no como un ámbito dialógico". Robert Schertzer y Eric Taylor Woods, *The New Nationalism in America and Beyond: The Deep Roots of Ethnic Nationalism in the Digital Age*, Nueva York, Oxford University Press, 2022, p. 47.

Schertzer y Woods argumentan que la resonancia popular de formas de nacionalismo desgastadas, excluyentes e intolerantes es más fundamental en el ascenso global de la extrema derecha que la novedad de las redes sociales como tecnología de comunicación.⁹ Pero sin duda hay algo particular en la propensión al aislamiento que generan las redes por las que se propagan estos mensajes. Esto realza su capacidad para partir comunidades nacionales contiguas en islas de (des)información que se excluyen mutuamente, cada una de las cuales imagina que constituye la "auténtica" nación entera. El astillamiento sociopolítico que estas redes tienden a producir o exacerbar, con el resultante encogimiento de la imaginación comunitaria, es lo que puede volver su impacto cualitativamente diferente del de tecnologías de difusión más antiguas, aun cuando el contenido de los mensajes no sea nuevo en sí mismo. Los seguidores de mensajes extremistas, incluidos aquellos de la extrema derecha, pueden estar más dispuestos a llevar a cabo acciones violentas en pos de sus fantasías políticas a raíz de la ilusión de que la cámara de eco de sus redes sociales captura las voces de una mayoría nacional suprimida cuya falta de poder político acorde a su número tiene que deberse a una conspiración extraña.

Para Anderson, la comunidad imaginada de la nación, constituida y mediada por medios tales como los periódicos y la novela, podía dotar a millones de personas que jamás llegarían a conocerse entre sí en carne y hueso de un sentimiento de conexión mutua y de destino compartido. En la práctica, hay un límite en cuanto a lo que el sentimiento de nación común y los rasgos utópicos de las visiones nacionalistas pueden hacer para compensar, por no hablar de aliviar, la pesada rutina de la existencia cotidiana para muchos,

⁹ *Ibid.*

o para enfrentar las desigualdades sociales. Hoy en día, bien puede ser más frustrante aún para la gente la disyunción entre la constante afirmación mutua que experimentan en sus fragmentadas comunidades en línea y su incapacidad para lograr lo que se proponen en las esferas política y económica y en sus existencias fuera de línea. Como mucho se teme, puede que esto esté contribuyendo a la inclinación popular a cuestionar la legitimidad de las políticas electorales y la aceptabilidad de los consensos políticos. Puede que el mito de la nación como un todo mayor que la suma de sus partes se divorcie cada vez más de la experiencia vital de la gente, y esto conduzca o bien a la alienación con respecto a la idea misma de nación común o a concepciones radicalmente excluyentes de esta, así como a movimientos que aspiren a trasladar sus concepciones radicalmente reduccionistas y distorsionadas del mundo a la realidad mediante acciones directas. Entre las manifestaciones recientes de tal mentalidad se encuentran la difusión e influencia política de la estafalaria teoría conspirativa QAnon, la insurrección del 6 de enero de 2021 en Washington D. C., los acontecimientos similares que convulsionaron la capital de Brasil en enero de 2023, y las actividades y demandas de ciertas corrientes dentro del movimiento de los chalecos amarillos en Francia entre 2018 y 2020, por nombrar solo algunos casos bien conocidos.

Alternativamente, la autodeterminación en la matriz cultural de las redes sociales puede adquirir el significado puramente autorreferencial y a menudo apolítico de ganar más seguidores en Instagram, Twitter o TikTok, y quizás alcanzar algún día el exaltado estatus de “*influencer*” sociocultural y comercial. La programación de entretenimiento en los medios de comunicación tradicionales se rediseña en un esfuerzo por retener público en este entorno transformado. Por ejemplo, los resultados finales de las competencias de ta-

lento a menudo se dejan en manos del voto de “la nación”. Puede que estos formatos ostensiblemente interactivos hayan tenido su origen o anticipo en la época de apogeo del entretenimiento mediático (por ejemplo, en la tradición de los programas de temas musicales a pedido del público en la radio popular), pero parecen haberse afianzado en la era actual. A veces parece que solo en el contexto de los plebiscitos estacionales sobre quién ganará el concurso televisivo *La Voz* sobrevive la nación como comunidad de imaginación compartida.¹⁰

Así como el impacto del capitalismo de imprenta, según lo entendía Anderson, se daba en función de su convergencia con transformaciones económicas, culturales y geopolíticas más amplias, del mismo modo la fractura de las comunidades nacionales por las redes sociales no sucede en el vacío. Obviamente está conectada con la globalización y sus desconectados, que incluyen temores y odios movilizados por la inmigración, así como frustraciones y resentimientos ligados a la desigualdad cada vez mayor en los ingresos. Puede que la derecha mundial niegue la urgencia de desafíos tales como el cambio climático y la propagación de enfermedades, pero se alimenta de las consecuencias de la inacción con respecto a estas crisis crónicas y a largo plazo, así como de la hostilidad a las exigencias de sacrificio individual necesario para contenerlas. En un círculo vicioso, cuanto menos efectivas son las naciones-Estado y la “comunidad internacional” en convencer a la gente de aceptar las medidas necesarias para encarar amenazas planetarias complejas, más posible es que las consecuencias de la inacción (tales como el crecimiento de las tasas de migración) impulsen a la gente a los brazos de partidos políticos y líderes cuya promesa de remedio para todos

¹⁰ Aviel Roshwald, “The Daily Plebiscite as Twenty-first-century Reality?”, *Ethnopolitics*, vol. 14, nº 5, 2015.

los problemas es adoptar formas extremas, intolerantes y violentas de nacionalismo étnico y racial.

Aún si las personas se retiran de la esfera de lo nacional inclusivo hacia el falso confort de las microcomunidades virtuales, se sustentan e inspiran entre sí mediante las conexiones transnacionales tan fácilmente disponibles por medio de internet. Jóvenes amargamente aislados, obsesionados con la violencia, que buscan la autodeterminación individual declarándole la guerra a la sociedad, miran en línea los espantosos asesinatos en masa cometidos por otros como ellos antes de proceder a transmitir sus propias masacres por medio de la red social de su elección. Los autoritarios y neofascistas estadounidenses cultivan el contacto ultramarino con movimientos y regímenes de pensamiento similar. En mayo de 2022, el Comité de Acción Política Conservadora (Conservative Political Action Committee, CPAC) optó por hacer su conferencia anual en Budapest, donde el régimen de derecha húngaro recibió a sus *fans* estadounidenses con los brazos abiertos. El mismísimo Viktor Orbán dio el discurso de apertura. Las normas que convencionalmente han definido los límites de lo patrióticamente aceptable son desafiadas de manera abierta por las mismas fuerzas de derecha que pretenden tener el monopolio del patriotismo. En 2015, el candidato a presidente Donald Trump cuestionó la credibilidad del senador John McCain como héroe estadounidense burlándose de él por haber sido tomado prisionero por los norvietnamitas. Luego se dirigió abiertamente a un régimen extranjero hostil para que “hackeara” los servidores de correo electrónico de su rival electoral. Nada de esto pareció ofender a sus seguidores, cuya actitud era aparentemente “mejor Putin que Hillary”, para parafrasear el eslogan de la derecha francesa en 1936 contra el Frente Popular: “Mejor Hitler que Blum.”

Como nos recuerda el ejemplo de entre guerras, el internacionalismo fascista no es un

fenómeno novel.¹¹ Pero las tecnologías de la comunicación de hoy lo vuelven más fácil de cultivar que nunca. En épocas previas, la radicalización y/o fragmentación de las identidades nacionales y el relajamiento de los vínculos patrióticos por la polarización de facciones tendía a asociarse con grandes catástrofes históricas globales tales como las guerras mundiales y el colapso económico global. En el siglo XXI, puede que los cambios de paradigma en el ecosistema de la comunicación masiva contribuyan a la fragilidad de las comunidades nacionales imaginadas, cuya fractura en clubes de validación mutua mundialmente interconectados deje a las sociedades más vulnerables ante el impacto de crisis planetarias tales como el calentamiento global y la pandemia.

Ahora que he esbozado esta escena tentativa, oscuramente pesimista, acerca de cómo los elementos del enfoque de Anderson podrían adaptarse al análisis de nuestra experiencia contemporánea, concluiré con un contraargumento. Una rápida mirada a los siglos XVI al XVIII en Europa nos recuerda que la imprenta al principio generó tanta división dentro de las sociedades como la integración nacional que fomentó.¹² Como señala el mismo Anderson, la Reforma y la Contrarreforma no podrían haber adoptado la forma que tuvieron de haber estado ausente la imprenta, y los choques entre estos movimientos religiosos transnacionales contribuyeron a un despliegue caleidoscópico de guerras tanto civiles como internacionales que desgarraron

¹¹ Federico Finchelstein, *Transatlantic Fascism: Ideology, Violence, and the Sacred in Argentina and Italy, 1919-1945*, Durham, Duke University Press, 2010; Benjamin G. Martin, *The Nazi-Fascist New Order for European Culture*, Cambridge, Harvard University Press, 2016; Andrea Mammoné, *Transnational Neofascism in France and Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

¹² Gracias nuevamente a Tim Wilson por resaltar este punto.

gran parte de Europa durante siglos.¹³ La obra de Anderson tiende a resaltar ciertas formas particulares que la palabra impresa adoptó: notablemente, el periódico y la novela. Pero el panfleto y el libelo, especialmente cuando se los publicaba en forma anónima o con pseudónimo, se prestaban a todo tipo de propósitos polémicos asociados a causas tanto progresistas como reaccionarias, y a la consolidación de la sociedad civil tanto como a su colapso en la violencia masiva o la guerra civil. En ese aspecto, libros, periódicos y diarios jugaron papeles cruciales en articular e inspirar planteos identitarios que competían entre sí (algunos nacionales, otros étnicos, religiosos, internacionalistas y/o de base clasista) y concepciones diversas de nación común (algunas relativamente inclusivas, otras radicalmente exclusivas). Como se ha dicho anteriormente, el rol de las corrientes internacionales y transnacionales de afinidad ideológica –no solo por parte de la izquierda sino también de la extrema derecha– tampoco es una innovación de la época actual.

En suma, la dinámica del capitalismo de imprenta se manifestó de maneras más diversas que lo que sugiere a primera vista su vínculo con la consolidación de las identidades nacionales. Quizás, a la inversa, eventualmente descubramos que las redes sociales (y otros nuevos modos de comunicación e interacción que aún no anticipamos) pueden evolucionar de modo tal que contribuyan a la propagación de intercambios significativos entre ciudadanos –de la nación y del mundo– tanto como a la fractura de las sociedades en sectas de gente que opina lo mismo en guerra entre sí. El camino por delante se presenta oscuro en estos momentos. Pero la existencia de ese camino es algo para lo cual la corriente de optimismo en la comunidad nacional imaginada de Benedict Anderson nos puede inspirar esperanza. □

Bibliografía citada

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

—, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 2006.

Billig, Michael, *Banal Nationalism*, Londres, Sage Publications, 1995 [trad. esp. de Ricardo García Pérez: *Nacionalismo banal*, Madrid, Capitan Swing, 2014].

Gellner, Ernest, *Nations and Nationalism*, Ithaca, Cornell University Press, 1983 [trad. esp. de Javier Setó Melis: *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza, 1988].

Finchelstein, Federico, *Transatlantic Fascism: Ideology, Violence, and the Sacred in Argentina and Italy, 1919-1945*, Durham, Duke University Press, 2010 [trad. esp. de María Julia de Ruschi: *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010].

Gerbaudo, Paolo, “Populism 2.0. Social Media Activism, the Generic Internet User and Interactive Direct Democracy”, en D. Trotter y Ch. Fuchs (eds.), *Social Media, Politics and the State*, Nueva York, Routledge, 2014.

Mammone, Andrea, *Transnational Neofascism in France and Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

Martin, Benjamin G., *The Nazi-Fascist New Order for European Culture*, Cambridge, Harvard University Press, 2016.

Renan, Ernest, “What is a Nation?” [1882], en S. J. Woolf (ed.), *Nationalism in Europe, 1815 to the Present: A Reader*, Nueva York, Routledge, 1995.

Roshwald, Aviel, “The Daily Plebiscite as Twenty-first-century Reality?”, *Ethnopolitics*, vol. 14, n° 5, 2015.

Schertzer, Robert y Eric Taylor Woods, *The New Nationalism in America and Beyond: The Deep Roots of Ethnic Nationalism in the Digital Age*, Nueva York, Oxford University Press, 2022.

Zuboff, Shoshana, *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*, Nueva York, Public Affairs, 2019.

¹³ Anderson, *Imagined Communities*, pp. 39-40.

Resumen/abstract

Comunidades fracturadas: una relectura de Benedict Anderson a través del prisma de las redes sociales

Para Benedict Anderson, la comunidad imaginada de la nación podía dotar a millones de personas que jamás llegarían a conocerse entre sí en carne y hueso de un sentimiento de conexión mutua y destino compartido. No obstante, en la práctica, hay un límite en cuanto a lo que el sentimiento de nación común y los rasgos utópicos de las visiones nacionalistas pueden hacer para compensar, por no hablar de aliviar, la pesada rutina de la existencia cotidiana para muchos, o para enfrentar las desigualdades sociales. Hoy en día, en la era del capitalismo de vigilancia, bien puede ser más frustrante aún para la gente la disyunción entre la constante afirmación mutua que experimentan en sus fragmentadas comunidades en línea y su incapacidad para lograr lo que quieren en las esferas política y económica y en sus existencias fuera de línea. Puede que esto esté contribuyendo a la inclinación popular a cuestionar la legitimidad de las políticas electorales y la aceptabilidad de los consensos políticos. Puede que el mito de la nación como un todo mayor que la suma de sus partes se divorcie cada vez más de la experiencia vital de la gente, y esto conduzca o bien a una alienación con respecto a la idea misma de nación compartida o a concepciones radicalmente excluyentes de la misma.

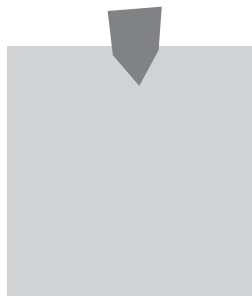
Palabras clave: Comunidades imaginadas - Capitalismo de imprenta - Redes sociales - Polarización política - Capitalismo de vigilancia

Fractured communities: a re-reading of Benedict Anderson through the prism of social networks

For Benedict Anderson, the imagined community of the nation could give millions of people who would never know one another in person a sense of mutual connection and shared fate. Yet in practice, the sentiment of common nationhood and the utopian qualities of nationalist visions could only go so far in compensating for, let alone alleviating, the grind of most people's daily existence, or in addressing social inequalities. Today, in the age of surveillance capitalism, people may be left all the more frustrated at the disjuncture between the constant mutual affirmation they experience in their fragmented online communities and their inability to have their way in the political and economic spheres and in their offline existences. This may be contributing to people's inclination to question the legitimacy of electoral politics and the acceptability of political compromise. The myth of the nation as a whole that is greater than its parts may become ever more divorced from people's lived experience, leading either to alienation from the very idea of nationhood or to radically exclusionary conceptions of it.

Keywords: Imagined communities - Print capitalism - Social media - Political polarization - Surveillance capitalism

Lecturas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 27 / 2023

La correspondencia de Ángel Rama: un mapa de la vida intelectual latinoamericana en tiempos intensos

A propósito de Ángel Rama, *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*, Montevideo, Estuario, 2022 (edición a cargo de Amparo Rama y Rosario Peyrou, con textos introductorios de Peyrou y Beatriz Sarlo).

La aparición de la correspondencia de Ángel Rama (Montevideo 1926 - Madrid, 1983) implica un hecho trascendental para la historia intelectual latinoamericana: el acceso a la cantera de opiniones, proyectos, dilemas, discusiones y confidencias de una de las figuras que más activamente buscó tejer una trama continental de pensamiento en décadas clave de la segunda mitad del siglo XX –y cuyo profuso epistolario no fue nada accesorio en ese empeño–. *Prismas* agradece a Gonzalo Aguilar y María Inés de Torres, lectores atentos de Rama, su valiosa colaboración para internarnos en este libro imposible de abarcar en una reseña tradicional.

Cartas en juego. La revolución cubana en el epistolario de Ángel Rama

Gonzalo Aguilar
Universidad Nacional de San Martín /
Universidad de Buenos Aires

La publicación de epistolarios presenta un desafío y un terreno fértil para la historia de los intelectuales. Si la figura del intelectual se forja básicamente en la escena pública, las cartas revelan la vida privada e íntima y una serie de opiniones que todavía no pasaron por el tamiz de lo decible, antes de volcarse a un terreno (el de las circunstancias históricas y políticas) que a menudo exige reformulaciones, ajustes y adaptaciones. En las cartas personales suelen regir las confidencias, las consultas sigilosas y las complicidades, aunque también las

discusiones y disidencias que muchas veces se prefiere mantener lejos de la arena pública. Nadie que escriba cartas supone la mirada entrometida de los lectores futuros: es como si, al adentrarse en los epistolarios, uno fuera espía de un laboratorio secreto y asistiera a los experimentos en los que se preparan los productos que finalmente se entregarán, después de una sutil metamorfosis, al escrutinio público. La compilación de la correspondencia que Ángel Rama escribió entre 1944 y 1983, titulada *Una vida en cartas*, permite atestiguar los avatares de la cultura latinoamericana durante buena parte del siglo XX, tanto por la dimensión intelectual del autor como por las diferentes ciudades y lugares por los que pasó en su errancia permanente (Montevideo, Caracas, San Juan de Puerto Rico, Stanford, París, Maryland), las diversas situaciones en las que le tocó participar (surgimiento de revistas culturales, proyectos editoriales, la Revolución cubana, el *boom* de la literatura latinoamericana, dictaduras militares, políticas migratorias estadounidenses) y los interlocutores con los que se carteó: entre los más de noventa destinatarios, Idea Vilariño y Jorge Guillén, Mario Vargas Llosa y Roberto Fernández Retamar, Antonio Candido y Darcy Ribeiro, Jean Franco y Saúl Sosnowski, además, por supuesto, de las cartas con Marta Traba, su pareja durante muchos años.

El título de uno de sus textos, “La riesgosa navegación del escritor exiliado”, describe bien la propia situación de Rama, situación que si bien le permitió tener una visión continental de la literatura y la cultura que pocos tuvieron (algo que se plasma en la Biblioteca Ayacucho que funda en Caracas y sobre la que hay muchísimas cartas) también lo llevó a una angustiante situación migratoria: después de quedar indocumentado en 1976 cuando la dictadura militar de su país le niega el pasaporte, debió enfrentar una de sus experiencias más traumáticas, cuando el gobierno estadounidense le niega la visa para dar clases, poco antes de su

muerte en un accidente aéreo en el aeropuerto de Barajas, en Madrid, en 1983.

La edición de *Una vida en cartas* fue realizada por Amparo Rama junto con Rosario Peyrou, quien escribió uno de los textos introductorios (el otro es de Beatriz Sarlo). Se trata de una selección muy exhaustiva acompañada de un excelente aparato crítico y que, si bien obviamente no ha podido recopilar la totalidad de la correspondencia, da una buena idea de la trayectoria y la personalidad de Rama. En una carta a Idea Vilariño del 24 de octubre de 1976, el propio Rama se refiere a lo que significa para él escribir cartas. Le comenta allí: “Contigo voy a celebrar haber llegado al medio millar de cartas de la editorial en lo que va del año y eso quizás te explique por qué, contra todos mis conocidos hábitos epistolares, no he sido un buen corresponsal privado en este tiempo. Escribo entre tres y cinco cartas diarias, algunas muy extensas, sobre diversos aspectos del trabajo editorial, lo cual agota mis posibilidades epistolares. Hasta el punto de que a veces me siento como desagrado por la tarea”. Sean impulsadas por trabajo o por afectos, las cartas continúan, de una manera desviada, lo que fue una de las pasiones dominantes del crítico: la conversación intelectual. Las cartas son “el mejor sistema de llenar el tiempo que te queda libre cuando estás deseando charlar con alguien” (29/4/1944) o, en otro momento, “las cartas no sirven de mucho, son pedazos, chispas de una conversación” (7/4/1966). Pese a esta deficiencia del género (“la vía epistolar no es la más precisa”, 24/12/1967; “aunque todo esto no sea para explicar por carta”, 27/3/1965), es el único espacio que alguien que viaja por diversos lugares (sobre todo a partir de 1969) encuentra para constituir redes intelectuales y afectivas que lo acompañan en la discusión latinoamericana.

Uno de los acontecimientos que mejor permite calibrar la alquimia entre lo público y lo privado en las cartas es la Revolución cubana. La laguna existente entre 1955 y 1962, período del que no se conservan cartas, no permite evaluar las primeras reacciones que aparecen, de un modo desviado, en la correspondencia que mantiene en 1963 con Ezequiel Martínez Estrada por la edición de su libro sobre Nicolás Guillén en Arca. Pero en los años posteriores, ya aparecen los hitos que marcan su relación con Cuba: la reunión con Fidel Castro en la Biblioteca Nacional en 1967, su disgusto por el giro de

1968 con la invasión soviética a Checoslovaquia y el caso Padilla, la relación distanciada durante la década del setenta (sobre todo después de la prisión a Heberto Padilla y Belkis Cuza Malé en 1971) y el nuevo capítulo que se abre con la ascensión de Reagan y el giro conservador que encuentra a Rama en los Estados Unidos enfrentando la negativa del servicio de migraciones a entregarle la visa y en polémica con los exiliados cubanos.

Aunque la crisis de Rama con la Revolución cubana se produce con el caso Padilla, ya antes hay indicios de que percibe un peligro que el entusiasmo deja en segundo plano: son “los malos pensamientos” que asoman, como le dice a Haydée Santamaría en una carta del 11 de mayo de 1964 en la que también afirma: “Cuba me supera”. En 1965, el realismo socialista es todavía una broma (“que los jurados elijan grandes novelas del realismo socialista como *Somnia Malenkov heroína soviética*”), pero el hecho de que incluya esa posibilidad en una carta enviada a todo el plantel de *Casa* en medio de loas a la situación cubana habla de que la percibe como una amenaza latente (15/1/1965). Las primeras desavenencias vienen, llamativamente, de la persecución a los homosexuales. Rama reacciona como otros intelectuales y artistas activistas (“soy un activista”, s/f, p. 203) con el consabido “no es el momento” (27/3/1965), pero tiene la valentía de plantear el problema en la reunión con Fidel Castro en la Biblioteca Nacional, cuando denuncia frente a la plana mayor de la burocracia cultural cubana la existencia de las UMAP (Unidad Militar de Ayuda a la Producción; véase la carta del 28/5/1974). Pero la crítica nunca deja de tener un lugar secundario, como lo muestran sus objeciones a la invitación a Allen Ginsberg a visitar Cuba y el escándalo por homosexualidad y drogas que desató (“era previsible”, 27/3/1965), así como cuando unos años después, en una carta a Jean Franco, critica la “mariquería” de Juan Goytisolo para quien “la libertad y el progresismo se reducen al *gay liberation*” (28/7/1977). Rama se mantendrá hasta el final fiel a los debates de la modernidad ilustrada y de la política en términos clásicos, y si bien comprende los conflictos de la diversidad sexual, no los considera suficientes para romper con Cuba. La crítica de Rama a la política cultural transita por tres niveles: el elocuente de las cartas, el de la reserva de sus

posiciones en la arena pública y, finalmente, uno elusivo, pero no por eso menos poderoso: la publicación de las obras de Reinaldo Arenas y de Norberto Fuentes en Arca, la editorial que dirigía en Montevideo.

La ruptura o la discreta toma de distancia (ya que el gran problema es hasta qué punto hacer públicas o estridentes sus desavenencias) llega con la prisión a Heberto Padilla y Belkis Cuza Malé que, como dice en la carta del 5 de abril de 1971, “eriza la piel más coriácea” y configura “una de las mascaradas intelectuales más indignas y despreciables a que nos hayamos enfrentado” (carta a Jorge Ruffinelli, 16/5/1971). A eso se suma la posición de Cuba frente a la intervención soviética en Checoslovaquia y, entonces, metafóricamente hablando, Rama comienza a hacer las valijas. La carta clave es la que le escribe a Haydée Santamaría el 27 de mayo de 1971. Pese a que Rama la define como una “carta abierta”, en el prólogo Peyrou nos informa que “finalmente nunca fue enviada ni publicada” (p. 25). Para Rama, 1967 es el último año en el que hubo una “concepción abierta de la cultura” de la singular “experiencia socialista cubana”. Rama percibe un desplazamiento del “debate científico”, que alude a la confrontación de argumentos, al “insulto *ad hominem*” que alienta la persecución y la paranoia y a poner en un segundo plano el debate de ideas. Beatriz Sarlo define a Rama como un latinoamericano antiimperialista al que podría aplicársele el calificativo de “socialdemócrata” (p. 34); sin embargo, no sabemos si él hubiese adherido a las socialdemocracias de los años ochenta haciendo un pasaje desde lo que, en las cartas, define como una “*democracia socialista*” (27/5/1971, cursivas del original). Tal vez haya que ir a *Las máscaras democráticas del modernismo*, su libro póstumo, para ver las direcciones inesperadas que se abrían en su trayectoria intelectual. Durante los setenta, Rama mantiene la disidencia con la Revolución cubana en términos que prefiere no hacer estridentes, elaborando en una esfera más íntima su frustración ya que, como le escribe a Jorge Edwards, se “trata de asuntos que me han tocado mucho, que incluso he tratado de olvidar o ahogar adentro” (28/5/1974).

En ese momento crítico, Rama tiene dos destinatarios privilegiados: Roberto Fernández Retamar, quien entonces dirigía la revista de Casa de las Américas, y Mario Vargas Llosa, que pertenecía al Comité de Redacción y con quien

Rama establece una alianza para entender lo que estaba pasando (sobre todo cuando el escritor peruano asiste a reuniones de la revista a las que Rama no puede ir porque no obtiene el permiso para viajar desde Puerto Rico, como se lee en la carta del 12 de noviembre de 1970). Con Fernández Retamar establece una relación epistolar a partir de su designación como director de la revista de Casa de las Américas, cargo que en un principio se había pensado para David Viñas, pero que varios no alentaron (el propio Rama, que lo va a defender enfáticamente cuando se enfrenta a Borges por sus declaraciones durante la dictadura de 1976, va a decir que Viñas “tiene problemas con el género humano”, 27/3/1965). El nombramiento de Retamar es saludado por las “coincidencias en arte y en política”, por el “fervor común” y en contra de los “cubanos exiliados que en su diarucho nos tiran la mierda habitual” (cartas de 27/3/1965 y 10/3/1971). Pero las cartas toman cada vez un cariz más diplomático y como Rama percibe que Fernández Retamar no es víctima de la política oficial cubana, sino más bien uno de sus promotores, sospecha que el “debate científico” que intenta establecer nunca tendrá lugar. Ya en una carta de 1974, le cuenta a Jorge Edwards de su encuentro con Fernández Retamar en un congreso en Montreal con una descripción lapidaria: “Tan magro, mal vestido, ya canoso con barbita rusa”. En ese diminutivo y en el adjetivo despectivo se sintetizan los miedos del crítico uruguayo al autoritarismo de izquierda.

Con Vargas Llosa, en cambio, Rama encuentra un interlocutor ideal con el que puede disentir en un plano de franqueza. “Me muerdo de aburrimiento –le escribe– desde que no mantenemos polémicas tempestuosas” (22/3/1976). Pese a que tenían concepciones muy diferentes de la literatura (Rama escribió objeciones feroces contra *Historia de un deicidio*, el libro de Vargas Llosa sobre García Márquez), hacían ambos una defensa de la libertad de expresión que, por más que los haya impulsado a caminos distintos, los enfrentó a ambos con el Gobierno cubano a partir del clima represivo que comenzó a vivirse sobre todo a partir de 1968. Los dos pertenecían al Comité Editorial de la revista de Casa de las Américas y también compartían la pasión por Arguedas, en un momento en que Vargas Llosa escribía diversos homenajes y prefacios y Rama iniciaba la investigación que culminaría en *Transculturación*

narrativa en América Latina (1982). Son dieciséis cartas, entre 1967 y 1982, que muestran la fidelidad a ese debate en el que lo que se pone en juego son las ideas.

Pese a que su decepción crece a lo largo de la década de 1970, la estrategia de Rama es lo que podría llamarse una tercera vía, un intento de establecer una disidencia desde adentro, a diferencia del camino que toma Vargas Llosa, que rompe públicamente con la Revolución. Y Rama encuentra esa vía en la figura de Norberto Fuentes, escritor que había declarado que se consideraba “un hijo de la Revolución” y que es involucrado contra su voluntad en el *affaire* Padilla. De hecho, Rama publica *Condenados de condado* (1968) cuando nadie quería hacerlo, ni dentro ni fuera de la isla. Su texto crítico “Norberto Fuentes: el narrador en la tormenta revolucionaria” trata de reinstalar un debate que se queda sin escenario: porque a los críticos e instituciones de Cuba no les interesa revisar su posición y porque para quienes habían adherido anteriormente la Revolución cubana deja de ser la referencia fundamental.

A principios de los años ochenta se produce una serie de transformaciones que van a afectar todavía más el modo en que Rama piensa su intervención intelectual. Las elecciones en los Estados Unidos en las que triunfa Ronald Reagan son el 4 de noviembre de 1980 y tres días después Rama le escribe a Idea Vilariño: “Creo mucho menos que antes en los seres humanos, los siento lejanos y poco estimables en general” (7/11/1980). Las posiciones del “debate científico” se hacen imposibles. Con las dictaduras en los países latinoamericanos, la frustración de la promesa cubana y la consolidación del conservadurismo en los Estados Unidos, el “insulto *ad hominem*” comienza a ser la norma para juzgar las ideas. Las acusaciones absurdas que le hacen para negarle la visa (básicamente ser comunista) rigen los debates de la escena pública y reciben apoyos insólitos como el de Reinaldo Arenas, a quien Rama no solo había defendido publicándolo

cuando era censurado en Cuba, sino que lo había avalado con una carta para la obtención de la Beca Guggenheim. En las cartas con Arenas y en las referencias que les hace a otros destinatarios, puede observarse cómo Rama percibe que el “derecho a la libertad de opinión y expresión” (p. 783) debe lidiar con un “ambiente emocional” (30/11/1981) que hace difícil sostener la objetividad progresista. Es más, Rama por momentos se burla de ese deslizamiento (por ejemplo, cuando comenta que se entera por el “rimbaldiano Arenas” de que Desnoes es agente de la inteligencia cubana, 18/3/1982) pero en otras ocasiones también admite la irritación que puede producir su postura de “mantener una línea coherente, independiente y sensata” (carta a Reinaldo Arenas 30/11/1981). En una comunicación que le envía a Luis Harss poco después, menciona el “estado paranoico” de Arenas y sus “delirios” y concluye así: “Han vivido muy traumáticas experiencias y necesitan un tiempo largo para descargar los trastornos espirituales que padecieron” (1/12/1981). La experiencia de Rama no es menos traumática, pero su formación ilustrada en la ciudad letrada lo lleva permanentemente a separar las desgracias personales de la escena pública, que imagina como un lugar de confrontación de argumentos y opiniones. Rama muere en un accidente en noviembre de 1983 y en las últimas cartas, como en las que envía a Saúl Sosnowski, se percibe esta preocupación por los modos de argumentación demenciales y por lo que llama “selectividad culpable” (20/8/1982), por la que un hecho desencadena las consecuencias más insólitas (por ejemplo, haber viajado a la Unión Soviética se considera una adhesión al comunismo). *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983* puede ser leído como la historia obstinada de un intelectual que hace todo lo posible para mantener la separación entre el debate de ideas y las cuestiones personales, y también como el testimonio de cómo esa separación se hace imposible a medida que avanza el siglo. □

Ángel Rama: cartas de un editor letrado

Inés de Torres
Universidad de la República

La década de 1990 fue el momento en que la obra del crítico cultural uruguayo Ángel Rama alcanzó el mayor grado de atención de la academia, concentrada fundamentalmente en la discusión de sus obras tardías *Transculturación narrativa en América Latina* (1982) y, muy en especial, *La ciudad letrada* (publicada en 1984, poco después de su muerte). Como ocurre con frecuencia, fue el interés que despertó su circulación en la academia estadounidense el que inició la onda expansiva que llevaría a revistas, instituciones y congresos en los Estados Unidos y América Latina a discutir estos textos que resultaron provocadores para el campo de la crítica cultural. Más allá del interés intrínseco de la obra de Rama, hubo una serie de circunstancias que favorecieron su circulación en ese contexto particular. Una de ellas fue la cercanía cronológica de la publicación de *La ciudad letrada*, en 1984, y la de *Imagined Communities* de Benedict Anderson, en 1983. Esta cercanía hizo que, desde los departamentos de literaturas hispanoamericanas de las universidades estadounidenses, estos textos fueran leídos muchas veces en sintonía. Era la década del estudio de los nacionalismos, del retorno a las literaturas del siglo XIX como momento fundacional de los imaginarios nacionales, y de la crítica a los discursos homogeneizantes y excluyentes que legitimaron la creación del Estado-nación. Era también, y no es casual, el momento de auge del neoliberalismo.

Pero la contribución de Ángel Rama a la crítica cultural latinoamericana no se reduce a estas dos obras que acapararon la atención en los noventa. Criado en un hogar de pequeños comerciantes inmigrantes gallegos, en donde –según sus propias palabras– el único libro que había era la Biblia que su madre tenía en la mesa de luz, Rama contrajo tempranamente la fiebre por la lectura a través de Carlos, su hermano mayor que, obligado por la poliomielitis a pasar la niñez tumbado en una cama, convirtió su dormitorio en un desborde de libros. En su juventud frecuentó las aulas universitarias, como alumno y como catedrático, pero fue fundamentalmente un autodidacta apasionado.

Integró, junto con Carlos Maggi, Ida Vitale, Idea Vilariño, Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal, José Pedro Díaz, Mario Benedetti y Amanda Berenguer, entre otros, la llamada “generación del 45” o “generación crítica” en su país. A partir de 1970, comenzó una vida errante que lo llevaría, entre otros motivos por circunstancias políticas, a vivir en varios países y a recorrer como conferencista, panelista o profesor invitado buena parte de Latinoamérica, Europa y, en menor grado, los Estados Unidos. En 1970 se trasladó a Puerto Rico, donde dictó clases en la Universidad de Río Piedras. Entre 1972 y 1978 trabajó en la Universidad Central de Venezuela; en 1979 fue convocado como profesor visitante en la Universidad de Maryland, la que en 1981 lo designó profesor titular de Literatura Latinoamericana. Sin embargo, en julio de 1982, el servicio de inmigración estadounidense le negó la renovación de la visa, por lo que a comienzos de 1983 se trasladó a París, con apoyo de una Beca Guggenheim. No era la primera vez que un gobierno le impedía el ingreso o la permanencia en un país: tuvo problemas con el visado en Puerto Rico, Venezuela, México y Colombia, originados en una combinatoria de nacionalismos y clima de la Guerra Fría en la cual pesaba su pasado de fuerte adhesión a la Revolución cubana. El 27 de noviembre de ese año murió en un accidente de aviación, junto con otros artistas e intelectuales, como su esposa, la escritora y crítica de arte Marta Traba, y los escritores Manuel Scorza y Jorge Ibarguengoitia, cuando se dirigían a un congreso en Bogotá.

Se proyectó al periodismo cultural a través de *Marcha*, cuyas páginas literarias Rama dirigió por más de una década, y continuó esta práctica a lo largo de toda su vida. La bibliografía primaria hecha poco después de su muerte por Álvaro Barros Lemes rescata alrededor de mil quinientos trabajos, entre artículos, reseñas, ensayos y notas de prensa, publicados a lo largo y ancho del continente. Fue crítico literario primero y después crítico cultural. Entre sus obras más destacadas, además de las mencionadas al inicio, se encuentran *Rubén Darío y el modernismo* (Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970); *Los gauchipolíticos rioplatenses. Literatura y sociedad* (Buenos Aires, CaliCanto, 1976); *La generación crítica (1939-1969)* (Montevideo, Arca, 1972), o *La novela en América Latina*.

Panoramas 1920-980 (Bogotá, Procultura, 1982). Último, pero no menos importante, es la actividad de Rama como editor, que comienza formalmente con la fundación en Montevideo de la Editorial Arca en 1962 junto con su hermano Germán y su amigo José Pedro Díaz, y que tiene su punto más alto en la organización y la dirección de la Biblioteca Ayacucho, fundada por un decreto del presidente venezolano Carlos Andrés Pérez en 1974, a partir de un proyecto de Rama. La Biblioteca Ayacucho se propuso recuperar y divulgar los textos clave de la literatura y la cultura del continente, algunos olvidados, a través de ediciones prologadas por especialistas. A la muerte de Rama en 1983, se habían publicado más de cien volúmenes en menos de diez años. La Ayacucho terminó convirtiéndose en un acto de refundación del canon de la literatura latinoamericana y caribeña.

La reciente publicación del voluminoso tomo *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983* amplía el corpus de sus escrituras de corte autobiográfico (las “escrituras del yo” o periautográficas, como han sido llamadas) que se inició con su *Diario. 1974-1983* (Montevideo, Trilce, 2001) y continuó con la publicación de la correspondencia de Rama con Berta y Darcy Ribeyro, y con Antonio Cándido.¹

El volumen de casi novecientas páginas fue editado por su hija, la arquitecta Amparo Rama, quien junto con Rosario Peyrou realizó la selección y notas del epistolario, precedido de textos introductorios, a cargo de la propia Peyrou y de Beatriz Sarlo. Se trata de cartas escritas por Rama, es decir, lo que tradicionalmente se conoce como “correspondencia activa”, a más de cuarenta interlocutores en su casi totalidad latinoamericanos.

Si, como sostiene Gonzalo Aguilar, la necesidad de escribir un diario no aparece en Rama como algo imperioso, sino como un ejercicio discontinuado en el tiempo, la necesidad de escribir cartas, de comunicarse con interlocutores ausentes a través de la palabra escrita, aparece en este torrente de cartas como una exigencia casi impostergable, que va

modulando su tono y su ritmo de acuerdo con los interlocutores y los momentos de su relación con ellos y de la tumultuosa realidad política de América Latina entre las décadas de los sesenta y los ochenta, que es cuando se concentra el mayor volumen de correspondencia.

Como toda correspondencia de una figura pública, una de las cosas que añade su publicación es mostrar el “detrás de escena” de su trabajo, un aspecto fundamental para analizar su trayectoria intelectual, que debe ser considerada, como en la de todo intelectual, tanto a la luz de sus proyectos cumplidos como de los que quedaron solo en papel. Tal vez uno de los aspectos que resulta de mayor interés es comprobar, una vez más, que Rama no era solo un intelectual *tout court*, sino claramente lo que hoy llamaríamos un “gestor cultural”, vinculado fundamental aunque no exclusivamente con el mundo editorial, punto en el cual me interesa concentrarme.

Aun cuando el corpus publicado es solo una selección de las cartas del archivo, podemos a través de ellas tener un primer panorama de las redes editoriales que Rama fue construyendo a lo largo de su carrera. En efecto, este volumen de correspondencia confirma una vez más que el aporte de Rama a la historia intelectual no se limitó a su rol como crítico, ensayista o periodista cultural, sino que abarcó también y de modo decisivo su contribución a la historia de la edición en América Latina, aún antes de la Biblioteca Ayacucho. Su trabajo “El *boom* en perspectiva”, que conoció varias versiones y que se originó en una ponencia presentada en octubre de 1979 en el Wilson Center con el provocador título de “Informe logístico (anti-boom) sobre las armas, las estrategias y el campo de batalla de la nueva narrativa hispanoamericana”, es, entre otras tantas cosas, un diagnóstico sobre el mercado editorial latinoamericano, sus actores, estrategias y su relación con el mercado español, que mediante el análisis de un conjunto de nombres, cifras y montos termina configurando un mapa primario de los circuitos de producción y distribución editorial en América Latina.

Además de Uruguay (donde buena parte de la correspondencia se refiere de un modo directo o indirecto a aspectos relacionados con Arca), se puede observar a lo largo del volumen cuáles fueron los focos de interés editorial en el continente a los que Rama se acercó, o trató de acercarse, y las redes que terminó construyendo.

¹ Véanse *Diálogos latino-americanos. Correspondência entre Ángel Rama, Berta e Darcy Ribeiro*, organización, estudios y notas de H. Ribeiro Coelho y P. Rocca, San Pablo, Global Editora, 2015; y *Un proyecto latinoamericano. Antonio Cándido & Ángel Rama, correspondencia*, edición, prólogo y notas de P. Rocca, Montevideo, Estuario Editora, 2016.

Los interlocutores cubanos: revolución y después

Como todo intelectual de su tiempo, su trayectoria estuvo marcada por la Revolución cubana. Hasta el caso Padilla (cuando en 1971 el Gobierno cubano detuvo al escritor Heberto Padilla acusado de “actividades subversivas”), que significó su ruptura con el régimen cubano y por lo tanto el alejamiento de la redacción de la revista de Casa de las Américas, Rama mantiene correspondencia constante con Fernández Retamar, Haydée Santamaría y Marcia Leiseca. Con Fernández Retamar se siente unido por una fuerte amistad e, inicialmente, también por la admiración a la Revolución cubana y la tarea de *Casa*, y trabaja de manera infatigable para que la revista pueda superar los escollos que le impiden circular por el continente. En 1965, le escribe: “Soy un activista, como sabes muy bien. Desde aquí hago todo lo que puedo. La revista de la Casa comienza a circular en librerías; los Concursos de la Casa tienen en *Marcha* un portavoz efectivo, he montado una editorial para movilizar a los escritores en una acción cultural militante; pero todo eso no es suficiente”. La misma preocupación le expresa a Marcia Leiseca: “Ninguna librería en Buenos Aires parece dispuesta a correr el riesgo de encargarse de recibir y distribuir la revista *Casa*” (p. 167). A Haydée Santamaría le informa acerca de las redes que está armando para impulsar la circulación de la revista: en Lima, Salazar Bondy se compromete a hacerla circular; en Buenos Aires, ha conseguido a un grupo de estudiantes universitarios que se compromete a distribuirla en pequeñas cantidades; en Chile, Carlos Orellana de la Librería Universitaria considera que es mejor continuar con el sistema de pequeños envíos postales. Así como acepta con entusiasmo militante viajar a la isla, integrar el Consejo de Redacción de *Casa* o los jurados de sus premios, el caso Padilla, al igual que para una parte importante de la intelectualidad latinoamericana, produce una ruptura insalvable. En la carta a su amigo Fernández Retamar del 5 de abril de 1971, le expresa los motivos por los cuales es imposible que siga apoyando el proyecto cubano ante “un hecho sin justificación que aviva las naturales inquietudes de quienes no hace tanto, apenas dos años, vieron en Checoslovaquia destituir a decenas de escritores y encarcelarlos” (p. 339). En el volumen también

se publica el borrador de una carta no enviada a Haydée Santamaría en la que, con igual afecto e igual dureza, le trasmite su posición frente a la Revolución (p. 346).

El Río de la Plata entre dos orillas

La vinculación con la Argentina es importante desde un principio, como lo demuestra la correspondencia con amigos y colegas como Saúl Sosnowski, Noé Jitrik, Beatriz Sarlo, Adolfo Prieto, Tulio Halperin Donghi, entre otros. El problema de la circulación de las publicaciones respectivas entre los dos países es una permanente preocupación para Rama. Ya antes de Arca, cuando fundó con otros tres socios la revista *Clinamen*, tiene el propósito no solo de que sea vendida en Buenos Aires, sino que consiga allí avisadores, según le confiesa en carta a su socio Manuel Claps, argentino radicado en Montevideo desde la niñez, pero que en ese momento realizaba estudios de filosofía en la Universidad de Buenos Aires. La llegada de *Marcha* a Buenos Aires es otra de sus preocupaciones. En 1964 se queja de que la revista todavía no ha podido ingresar a la capital porteña, pero poco más de un año más tarde le dice a José Emilio Pacheco que están vendiendo “más de diez mil ejemplares, o sea más que todas las revistas juntas de Argentina” (p. 193). Aun cuando haya evidente exageración en la cifra, lo cierto es que, como señala Beatriz Sarlo en el prólogo, el nombre de Ángel era inseparable del de *Marcha*, aquella “revista que los porteños de Buenos Aires íbamos a comprar, sin falta, los miércoles después del mediodía a los kioscos de la calle Corrientes”.

Si bien hay muchas alusiones a Cortázar y a Borges, no hay ningún intercambio específico con ellos en este epistolario. Son más frecuentes las cartas a Ezequiel Martínez Estrada durante los dos años anteriores a la muerte del argentino, cuando Rama le escribe para pedirle una colaboración para *Marcha*, al tiempo que se compromete a enviarle los materiales de interés para el “proyectado estudio sobre Artigas” acerca del cual Martínez Estrada parece haberlo informado. En una carta siguiente, del 25 de mayo de 1963, le escribe en su nombre y en el de la Casa de la Cultura Artigas-Martí, invitándolo a dar una serie de conferencias para su inauguración, algo que no se llega a concretar,

aparentemente por motivos de salud del argentino. En una carta posterior, Rama le pide “sus originales sobre (Nicolás) Guillén” para inaugurar una colección americana, que se publicaría a través de un acuerdo de coproducción con la Casa de las Américas.²

En 1967 le escribe a Jaime Rest pidiéndole sugerencias, “como indicación de fuentes y de tamaño”, para crear en Arca “una colección de textos no muy extensos con materiales útiles y encantadores de esos que uno pesquisa por el mundo con deleite [...]. Algo así como los Cuadernos de la Quimera”, aludiendo a la colección dirigida en Emecé por Eduardo Mallea en 1944 (p. 229).

Orfila Reynal es un interlocutor importante para Rama. En 1966, le responde una carta en la que el editor argentino radicado en México le proponía formar parte de un libro colectivo en el que podrían participar Seymour Menton, Rodríguez Monegal, Fernández Retamar y el propio Rama, sobre la actividad intervencionista de los Estados Unidos en la cultura hispanoamericana. Rama acepta la propuesta, a pesar de que confiesa que no sabe si será posible reunir a los participantes “dada la aspereza de la polémica”, pero a su vez aprovecha para hacerle a Orfila Reynal una propuesta: “Hacer algo semejante a la filial argentina de Siglo XXI”. Y agrega: “Estoy tratando de interesar a varios colegas para promover un intento editorial de tipo universitario. Y en él puede haber una vinculación con su editorial o el establecimiento de relaciones estables entre los profesores uruguayos y los que se agrupan en su editorial”. Casi diez años más tarde, en otra carta, le cuenta al mismo Orfila del interés de algunos amigos “en la posibilidad de abrir una entidad Siglo XXI en Venezuela” (p. 483).

Conviene recordar que además Rama había sido cofundador de la editorial argentina Galerna. En 1965, cuando García Márquez todavía no había llegado todavía a ser un escritor de renombre, Rama publicó en Arca *La hojarasca*, su primera novela. En un fragmento de una nota publicada en México, recogido por Peyrou en el prólogo, Rama recuerda que como el público uruguayo no se había interesado mucho en el libro y Arca no tenía capacidad para proyectarlo

al continente, se les ocurrió otra solución: “[...] nos asociamos con un joven editor argentino que había hecho su aprendizaje con Jorge Álvarez y fundamos a medias la editorial Galerna” (p. 12). El joven editor era Guillermo Schavelzon y Rama participó en la empresa, una vez más, junto con su hermano Germán y su amigo José Pedro Díaz. Por lo visto el proyecto no cumplió enteramente con sus expectativas, ya que en los setenta entró en negociaciones para vender la parte uruguaya de Galerna, aunque sin grandes esperanzas, según le confiesa a su amigo José Pedro Díaz.³ Finalmente y en contra de todo pronóstico, el 3 de agosto de 1973 Rama le escribió a Tito Finkelberg para anunciarle que su hermano Germán había acordado con Schavelzon la venta de su parte de Galerna por mil quinientos dólares pagaderos en diez cuotas mensuales, y que el editor argentino les ofrecía la compra de sus respectivas partes a él y a José Pedro Díaz en las mismas condiciones.

El intercambio con editores, escritores y críticos argentinos era constante, y también lo eran los emprendimientos conjuntos. El Centro Editor de América Latina (CEAL), que de la mano de Boris Spivacow había creado la exitosa serie de fascículos Capítulo. La Historia de la Literatura Argentina, acordó con Carlos Real de Azúa, Carlos Maggi y Carlos Martínez Moreno la publicación de Capítulo Oriental, que entre 1968 y 1969 publicó cuarenta y cinco fascículos (en varios de los cuales participó Rama). Un poco después, entre 1968 y 1970, Rama, desde Arca y junto con Editores Reunidos, crea una colección similar en cuanto al formato, pero no limitada a la literatura sino abarcando también otras disciplinas: la Enciclopedia Uruguaya. Según afirma su hija Amparo, y recoge en el prólogo Peyrou, la Enciclopedia Uruguaya fue un ensayo de la Biblioteca Ayacucho. Se podrían remontar los antecedentes hasta incluso más atrás, cuando en 1951 Rama fue designado investigador y

² Finalmente, el libro fue publicado póstumamente, en 1966, por Arca, con el título *La poesía afrocaribena de Nicolás Guillén*.

³ “Cuando pasé por Buenos Aires conversé con Finkelberg del asunto de la venta de Galerna. No tengo ahora mucha esperanza, aunque él me anunció que empezaría una campaña para tratar de forzarlo a nuestro socio a que comprara. Pero la verdad, luego de la quiebra estruendosa de Álvarez, luego del cierre de Codex con un quebranto de quince millones y de la convocatoria de Spivacow y de los retrasos en pagos por Sudamericana, si hay algo improbable en Buenos Aires, es la venta de una participación editorial” (carta del 30 de agosto de 1970. Archivo Ángel Rama).

director de la colección Clásicos Uruguayos, un emprendimiento cultural del Estado de Uruguay que buscaba publicar textos “que contribuyeran a estimular el sentimiento nacional” y difundirlos en ediciones a precios populares.

México: tan cerca y tan lejos

México, la otra capital de la industria editorial hispanoamericana, no podía serle ajena a Rama, pero con este país la relación fue totalmente diferente. Rama conocía y valoraba la literatura mexicana y también el mercado editorial, en el cual sabía que *Marcha* podría tener un buen público lector. En carta del 25 de abril de 1965 a José Emilio Pacheco, le expone sus planes para que *Marcha* llegue a venderse en México. Pero hay en el volumen dos cartas dirigidas a Octavio Paz que marcan en cierto modo el tono de la relación, que pudo haber influido en la virtual imposibilidad de ingreso de Rama o de sus emprendimientos editoriales a México. En la primera, se defiende de un reproche aparecido en la revista *Plural* a raíz de la publicación en inglés de una antología de la literatura latinoamericana para la cual a Rama se le había encargado un prólogo. La crítica refería a la escasa representatividad de la literatura mexicana en dicha antología. A pesar de no haber estado Rama a cargo de la selección de textos, aprovecha la oportunidad para formularle a Paz “algunas precisiones, casi, se podría decir, en previsión de futuro”. Manifiesta su enorme interés por la literatura mexicana, destaca su labor como crítico y promotor de muchos de sus valores, pero el punto central era denunciar la prohibición de ingreso al país que pesaba sobre su persona, desde el momento en que cada vez que solicitaba un visado, aunque fuera de turista, se lo negaban. La segunda carta apunta más directamente a la figura de Paz, y el tono es aún más ríspido. Rama había remitido dos artículos consecutivos a la revista *Plural*, editada por Paz, y ambos habían sido rechazados sin explicaciones plausibles. Además, se queja de los términos agraviantes con los que lo había tratado Kazuya Sakai, el editor argentino que trabajaba junto con Paz en la revista. La conclusión de la carta parece aludir a una virtual “ruptura de relaciones”, ya que, según manifiesta, no estaba dispuesto “a sufrir ningún nuevo destrato”. Es obvio que un desencuentro con uno de los

máximos referentes de la cultura mexicana del momento estaba lejos de facilitar el ingreso de Rama al país. Ello no impidió que Rama siguiera defendiendo la necesidad de una mayor representatividad de la literatura mexicana en reuniones y publicaciones. Invitado a participar en el Congreso de Escritores de Lengua Española en Madrid en 1979, sugiere que se le preste “mayor atención” a México, y a continuación menciona al crítico José Luis Martínez, en aquel momento director del Fondo de Cultura Económica, al poeta José Emilio Pacheco, y a Tomás Segovia “representando a los españoles que se integraron a América a consecuencia de la guerra civil” (p. 597). A su vez, propone como invitados de honor a dos editores: Gonzalo Losada y Arnaldo Orfila Reynal, de editorial Losada y Siglo XXI respectivamente, “en honor por la tarea que han cumplido en la difusión de las letras americanas y españolas”. En 1973, fue autorizado a entrar a México e invitado junto con Marta Traba a integrar una serie de mesas redondas en la televisión. En carta a su amigo Rafael Gutiérrez Girardot confiesa que esa escapada solo le ha servido para comprobar “que el caos y el nuevorrquismo”, del que ya se venía quejando en Caracas, estaban también presentes en la capital azteca: mesas e invitados cancelados o postergados y la constatación de que lo que se suponía que iba a ser un encuentro de actores culturales termina siendo “una monstruosa reunión de economistas famosos (Rostow, Myrdal, Urquidí, Colin Clark)”. Y concluye: “Nada peor que cuando los empresarios deciden hacer cultura” (p. 440).

Brasil, “el enorme desconocido”

Desde el punto de vista editorial, Brasil se presenta aún más inaccesible que México para Rama, en especial por los problemas de la traducción. Su gran socio para intentar romper las barreras culturales es Antonio Candido, a quien quiere como amigo y admira como intelectual, como puede verse en las múltiples referencias a su persona en cartas a otros interlocutores. En carta del 11 de diciembre de 1967, Rama pone al día a Candido sobre sus intentos de crear una cátedra de literatura brasileña en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, algo que finalmente no llegó a concretarse. En septiembre de 1971 se refiere a la

posibilidad de un encuentro continental que reuniera a críticos, investigadores y profesores. Y agrega: “Como pasa siempre en esos casos, Brasil es el enorme desconocido”. Lo invita a participar, pero también le pide nombres que representen “otras líneas críticas” en el país. Rama admira la revista *Argumento*, fundada por Candido, quien le envía ejemplares en 1973; además, siente mucha afinidad con él y al mismo tiempo le reconoce cierto magisterio intelectual. En carta del 8 de noviembre de 1973 le escribe: “Me produce cierto asombro comprobar cómo caminamos por sendas paralelas, que creo se deben a perspectivas críticas similares” (p. 431). Y más adelante, refiriéndose a la necesidad de reunir un equipo de trabajo latinoamericano: “[...] a pesar de que tienes pocos años más que yo, es a ti a quien correspondería poner en marcha ese equipo y con una finalidad concreta e inmediata: re-escribir la Historia de la Literatura Latinoamericana, eso que nunca se hizo y que estamos obligados a hacer nosotros. ¡Ojalá nos dé tiempo el Señor!”. En 1974, cuando le escribe para agradecerle lo bien que lo han pasado con su compañera Marta Traba en San Pablo, le cuenta que ya se ha puesto en campaña para que hispanoamericanos remitan artículos a *Argumento* (ha hablado con José Emilio Pacheco y con Carlos Monsiváis), y le confirma con alegría que ya ha recibido en Caracas su primer envío de libros brasileños a través de un librero amigo de él, “con lo cual pasará a ser tan sabio como tú en letras brasileñas”; “(ya ves los peligros del aprendizaje de brujo en ciernes)”, bromea (p. 442).

Otro de sus interlocutores frecuentes y amigos es Darcy Ribeiro, quien vivió en Montevideo durante su exilio después del golpe de Estado en Brasil en 1964, y con quien Rama siempre mantuvo amistad (además, Ribeiro fue un interlocutor permanente para la Biblioteca Ayacucho).

España de cerca y de lejos

En cuanto a sus relaciones editoriales con España, si bien no se publica ninguna carta dirigida a Carlos Barral, su figura resulta clave para entender en particular el fenómeno denominado *boom*, terminología a la cual Rama siempre se opuso. El escritor Carlos Barral (1928-1989), heredero de una empresa familiar fundada por sus padres y dedicada en un

principio a textos juveniles, relanza la editorial en 1955 asociándose con Víctor Seix e inaugurando el prestigioso premio Biblioteca Breve. Poeta frustrado, sostiene algunos (aunque publicó no solo poemarios sino también textos en prosa, incluidas sus memorias), Barral, a quien le gustaba presumir de su vocación marinera y aventurera, era un integrante de la *gauche divine* de la Barcelona de la época. En carta a Ugné Karvelis, editora de Gallimard (y pareja entonces de uno de los protagonistas del *boom*, Julio Cortázar), Rama se despacha nuevamente contra el fenómeno y expresa de modo despectivo la tesis que luego expondrá en *El boom en perspectiva*: este fenómeno es, “desgraciadamente”, “un juego de señoritos al estilo de Carlos Barral” (p. 401).

La posición de Rama en relación con el *boom* es conocida y muy diferente de lo que opinaban algunos de sus protagonistas escritores, como Vargas Llosa, que consideraba el fenómeno como un momento de eclosión de la publicación de algunos escritores hispanoamericanos, casi como si se tratara de un “accidente histórico”; Cortázar, que explicaba el crecimiento súbito del público lector con una búsqueda de “identidad” del pueblo latinoamericano; o Donoso, que trataba de explicarlo a través de una conjunción de elementos estéticos y vagamente generacionales. Rama, en cambio, definía al *boom* como un fenómeno fundamentalmente editorial, que analizó en detalle. Es por eso que *El boom en perspectiva* debe leerse, entre otras cosas, como uno de los primeros textos dedicados explícitamente a radiografiar el panorama editorial hispanoamericano en la primera mitad del siglo XX, y que ubica al *boom* en el comienzo de la internacionalización editorial con el surgimiento de las multinacionales del libro. La correspondencia da cuenta de su posición, y la mención a Carlos Barral dista mucho de ser casual, como tampoco lo es la despectiva calificación de “señorito”. Tal vez en una simplificación conceptual pero conveniente a su argumento, Rama distingue el rol pionero de lo que llama las editoriales “culturales” en Hispanoamérica (Losada, Emecé, Sudamericana, Compañía General Fabril Editora, Jorge Álvarez, La Flor, Galerna, Fondo de Cultura Económica, ERA, Joaquín Mortiz, Nascimento, Zigzag, Alfa, Arca, Monte Ávila), que en los años 1960 comenzaron a apostar por los autores latinoamericanos en una reconversión de sus

catálogos –ocupados hasta ese momento mayormente por europeos–, impulsándolos a través de la publicación de sus obras y la creación de premios. Rama rescata la importancia de algunas figuras clave dentro de este movimiento editorial, como las de Orfila Reynal o Boris Spivacow. Por supuesto el movimiento incluyó –y de un modo protagónico– a España, y más concretamente a Barcelona, a través de Seix Barral, Anagrama y Lumen. La figura de Carlos Barral estuvo presente en lo que para Rama fue (si no el primero) uno de los primeros encuentros sobre la industria editorial en Hispanoamérica: el Coloquio del Libro organizado en Caracas por Monte Ávila en julio de 1972, al que señaló como clave en el llamado *boom*. Para Rama, este fenómeno significó “una coordinación de esfuerzos con las editoriales europeas en una suerte de *pool* dentro del cual Seix Barral procuró exitosamente representar no solo a España sino a todo el orbe de la lengua española” (*El boom...*, p. 279). Rama, ese “gallego testarudo”, como le gustaba definirse, veía en Barral a un señorito que, en un gesto que bien podría tacharse de neocolonial, en buena medida se había aprovechado del esfuerzo de estas editoriales culturales latinoamericanas que habían apostado en primer lugar por muchos escritores desconocidos, para que luego llegara Barral, eligiera con cierto grado de arbitrariedad o amiguismo a un puñado de ellos, y los proyectara creando el *boom*, vendiendo al mercado hispanoamericano sus propios “productos”.

¿Cuál ha sido la importancia de Ángel Rama para la historia intelectual? En primer lugar, fue el constructor de una de las versiones de Latinoamérica más influyentes de su época. Elaborada sobre la base de un conocimiento enciclopédico, como pocos tenían, de la producción literaria antigua y contemporánea de América Latina, sumó a ello importantes dispositivos teóricos que le permitieron arrojar al campo académico de su época hipótesis altamente productivas en su momento, aun

cuando eventualmente hayan sido superadas: desde un marxismo temprano hasta los análisis de las relaciones entre poder y cultura elaborados por Foucault. Una de las cumbres de ese esfuerzo fue *Transculturación narrativa en América Latina* (1982), que supo integrar la teoría formulada por el cubano Fernando Ortiz a un trabajo sobre la especificidad que define la práctica literaria en un continente culturalmente plural, donde conviven y se solapan varias lenguas. La teoría de Ortiz aplicada a la narrativa del peruano José María Arguedas produjo una visión renovada de la problemática central del mestizaje cultural, subrayando no solo los condicionamientos que le imponía a la creación cultural sino también las vastas posibilidades que le abría.

Recorrer las páginas de *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983* constituye un aporte de sumo interés en muchos sentidos. Desde el punto de vista de la construcción de una biografía intelectual, es un mapa de la conformación de redes entre los países latinoamericanos en un período clave de la historia política; un mapa armado bajo la convicción de que Brasil debía indudablemente formar parte de la unidad continental a la que se apostaba en ese tiempo de utopías. También es un registro minucioso de lo que eran las múltiples pautas de sociabilidad del campo intelectual en esas décadas: el desplazamiento constante de escritores y críticos para formar parte de los rituales consagratorios de congresos, seminarios, debates, cursillos, jurados, participaciones en volúmenes colectivos, creación de revistas, colecciones o series que a nivel nacional difundieron producciones literarias menos conocidas, y a nivel latinoamericano intentaron refundar un canon. Finalmente (y esta es la lectura que he tratado de enfatizar), este volumen de correspondencia nos deja en claro que no menos importante que su labor como crítico cultural fue el lugar que Rama ocupó como gestor cultural, editor y analista de la industria editorial en el momento clave en que esta empezó a globalizarse. □

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 27 / 2023

Emilio Bernini,
El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos,
Buenos Aires, Las cuarenta, 2021, 352 páginas.

El método Rousseau es un libro inmenso. No por la extensión del significante, 350 páginas muy apretadas de ideas, sino por la amplitud de la cuestión: Rousseau, un tema en sí infinito, pero, además, en relación con la época clásica francesa, el siglo de Luis XIV y también el mundo contemporáneo a Rousseau de las letras, de la pedagogía, de la filosofía y de la política. Rousseau es indagado en las diferentes especificidades de las discusiones en las que participa. (En el marco de uno de los períodos más ricos de la historia de Francia, en el que encontramos figuras como Corneille, Racine, Molière, Perrault, Boileau, La Fontaine).

Salta primero a la vista la formulación antiintuitiva del título: *El método Rousseau*, es decir, Rousseau como método, su “dinamismo de los conceptos”. Y la comprensión de ese dinamismo requiere una lectura lenta, detenida, para comprender un sistema de pensamiento y de escritura –dos procesos indisolubles en Rousseau, tal una de las tesis del libro– que se caracteriza por no ser sistemático o, mejor dicho, por no ser sistemático en un sentido clásico: su sistematicidad radica en su variabilidad, su inestabilidad, su carácter contingente (respecto de las intervenciones puntuales, las discusiones en las se insertan los textos, los géneros discursivos seleccionados, etcétera).

En ese sentido, el libro conjuga dos abordajes complementarios: uno sintético y otro analítico. El primero indaga el uso de los conceptos de manera abarcadora en la obra de Rousseau y en diálogo y discusión con las lecturas de la sistematicidad o falta de sistematicidad de Rousseau en el uso de los conceptos. Y termina por formular una tesis mayor respecto del carácter asistemático del sistema de Rousseau o, lo que es lo mismo, sobre el sistema Rousseau basado en la idea de “desencaje”. Por otro lado, el tratamiento analítico despliega una serie de tesis menores respecto de esa tesis mayor. Estas tesis menores están vinculadas con los ámbitos centrales en los que se insertan los textos y constituyen indagaciones minuciosas del modo en que toman parte de los diferentes debates.

El libro tiene, así, dos públicos bien diferenciados y complementarios. Los especialistas en Rousseau, en historia de la modernidad, en filosofía moderna, en los debates pedagógicos o políticos –por ejemplo, estudiosos del contractualismo y la razón de Estado– y un segundo grupo mucho más amplio y constituido por todos aquellos a los que ciertas obras de Rousseau, ciertos temas de la modernidad, ciertas discusiones –sean estéticas o filosófico-políticas o pedagógicas– nos

interesan de manera más general o lateral respecto de nuestras actividades, es decir, lectores curiosos por ciertas obras y discusiones de una época en la cual, en diversos aspectos y sentidos –no en todos–, Rousseau está en el centro. Me incluyo por completo en este grupo y con esto considero declaradas mis limitaciones.

Por cuestión de brevedad, voy a detenerme solo en dos cuestiones: resumir la tesis mayor y exponer brevemente dos de las tesis menores.

El abordaje sintético o “la querrela de las interpretaciones”

El libro sigue aquí la idea de Althusser de “desfase” o “desencaje” teórico. Pero si bien Althusser plantea esta idea como una suerte de complemento que aparece ante el fracaso en el orden del pensamiento filosófico, como lo otro de ese pensamiento, el libro da vuelta esa idea y plantea que, en ese desfase, en ese desencaje, en ese abordaje de cuestiones filosóficas en textos de carácter “literario” o únicamente no filosóficos, reside, por el contrario, una “crítica implícita de los grandes sistemas metafísicos” (p. 21). El libro hace extensiva esa crítica a los filósofos empiristas franceses del siglo XVIII y estudia la

ficción, los textos “literarios” como “partes [...] de un sistema filosófico que no articula sistemas conceptuales, sino que elabora sus conceptos en los diversos marcos textuales en los que estos se formulan” (p. 21). Así, por ejemplo, entiende el proyecto pedagógico del *Emilio* como la postulación de la educación del sujeto como un todo, en contra del *Contrato social*, en el que el sujeto solo debe formarse como ciudadano, una parte de ese todo. Así, el *Emilio* toma una perspectiva – sostiene el libro– que opone el individuo al Estado (p. 21). El concepto de Althusser de *décalage* –que él esgrime para abordar el *Contrato social*– se utiliza para indagar la relación misma entre los textos. Es decir, el *desfasaje* se concibe como un modo de vínculo textual y, en particular, como un modo de desarticular las así llamadas “contradicciones” entre los textos.

El sistema en Rousseau es presentado, entonces, como una “articulación de las desarticulaciones” en cuanto una nota distintiva de su pensamiento y de un modo sistemático del pensamiento que articula esas diferencias o desarticulaciones en una nueva totalidad. Por otro lado, hay otra nota fundamental de este abordaje metodológico: la atención que se presta a los géneros de la edad clásica (el discurso, la carta, el ensayo, la novela epistolar y la novela de aventuras, y en menor medida, el diálogo) “en el campo heterónimo de la filosofía y de las *belles lettres*” (p. 36). Por último –aunque esto no agota en absoluto las tesis del abordaje sistemático, sintético–, Bernini hace énfasis en la

“*deslocalización* de los conceptos” que supone el cruce de los campos del saber (p. 43). Hay en Rousseau una “formulación del pensamiento” a partir de la toma de distancia de la tradición que conllevan los conceptos (p. 43). El libro aborda la “filosofía de Rousseau como *metodología*, como *trabajo* del concepto, como *proceso* de formulación, de *revisión*, y de *reelaboración* constante de las proposiciones” (p. 44).

Esta tesis mayor en relación con el “trabajo de Rousseau con los conceptos” o, si se quiere, “la metodología de Rousseau” o “el método Rousseau” o el “dinamismo de los conceptos” se despliega en las tesis menores que se desarrollan respecto de siete debates o discusiones o complejos temáticos: la “formación clásica de Rousseau y cómo se posiciona Rousseau respecto de esa querella”; “la cuestión del Origen en Rousseau”, en que se abordan fundamentalmente el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* y el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*; la “genealogía del sentimiento”; “la buena mimesis”, “retórica y elocuencia de las pasiones”, “los escritos de sí” y “la invención de un lenguaje nuevo”.

La querella de antiguos y modernos

Aquí se estudia el *Discurso sobre las ciencias y las artes* y se examina una serie de operaciones realizadas por el primer *Discurso* que permiten situarlo dentro de la tradición de la larga controversia de la

Querella de antiguos y modernos. Hay en este apartado, según entiendo, un elemento fundamental para todo el libro, acaso el aspecto más productivo de todos. La toma de posición discursiva es una toma de posición a partir de un modo de lectura. Esto es lo constitutivo de la situación de enunciación. Se trata del modo de leer, dentro de la Querella, la Antigüedad grecolatina en términos políticos y morales en una relación inescindible de la razón de Estado de la monarquía francesa. En ese texto, Rousseau se apropia y reformula la pregunta de la Academia de Dijon y desarma el vínculo supuesto, establecido por la academia, de la regeneración conjunta de las ciencias, las artes y las costumbres. Frente a esa suposición de un progreso como un todo, Rousseau distingue la evolución de las ciencias y las artes de la evolución de las costumbres y así desarrolla la tesis del efecto perjudicial en las costumbres a partir del desarrollo de las ciencias y las artes. Rousseau disloca el presupuesto de progreso conjunto para luego invertirlo (p. 57). Se opone así a la idea difundida en la época respecto del renacimiento de las ciencias, las artes y las costumbres.

Rousseau considera, en efecto, el vínculo conjunto de las primeras y las segundas, pero se opone a la idea generalizada de un progreso conjunto de las tres. La pregunta de la Academia presupone así un regeneramiento, un restablecimiento moral como un elemento dado de ese

período histórico. Y esto es lo que deconstruye Rousseau, el supuesto del progreso conjunto: “Rousseau opera, pues, deconstruyendo, el *topos* en el que se basa, no por medio de una oposición del conjunto que enlaza las ciencias, las artes y la moral, sino negando la afirmación de que su progreso es paralelo. El conjunto artes, ciencias y moral sigue siendo necesario para sostener su tesis, es decir, la postulación de la proporcionalidad inversa entre el crecimiento y el desarrollo de las ciencias y las artes, por un lado, y la degradación creciente de las costumbres y la pérdida de la virtud” (p. 57). Se estudia aquí cómo Rousseau formula “en sentido nomológico aquello mismo que es negado como ley en el segundo *Discurso*” (p. 61).

Así, la tesis nomológica de la proporcionalidad inversa y la historia de la humanidad considerada como historia natural de la corrupción moral se atribuye, en el marco de una argumentación rigurosa, al ámbito en el que se inscribe el primer *Discurso*, y no ya a una etapa previa, radical, del pensamiento de Rousseau (p. 61). Es el seguimiento del discurso académico y el carácter histórico del *restablecimiento* lo que hace que la argumentación se dirija en ese sentido, para aceptar las normas y convenciones dentro de las cuales se plantea el debate y a la vez subvertir por completo la *doxa* contemporánea. Por otra parte, ya la reconstrucción minuciosa de la estructura argumental del discurso es una belleza. Señalo

únicamente que parte del análisis muestra de qué modo cambia la metodología de la argumentación a mitad de camino, utilizando una metodología inductiva en la primera parte, para pasar a los “razonamientos” en la segunda. Se dejan de lado los ejemplos históricos para considerar las ciencias y las artes como derivaciones de lo que más adelante llamará el “amor propio” (p. 62). En la segunda parte, las ciencias y las artes se deben ya al “orgullo humano”, fuente de todos los vicios, una vez que se ha apartado de la constatación a través del *exempla* de la evolución histórica de la corrupción.

La buena mimesis

La ficción, también llamada en una parte del libro la “buena mimesis”, es considerada desde una perspectiva que distingue seis grados diversos de ficción: 1) como exposición de un método pedagógico, 2) en sí misma como método de enseñanza, es decir, como lecciones; 3) la ficción novelesca como insumo para la formación del imaginario del alumno; 4) como narración de la pasión amorosa y a la vez como educación de la pasión amorosa; 5) como una concepción de la mujer y de la representación de la mujer, y 6) como el aprendizaje de una ética del desapego. La práctica de la ficción es a la vez una crítica al espíritu de sistema y de la pedagogía empirista.

En fin, es un libro demasiado abarcador para dar

cuenta de él, incluso para presentar un rápido panorama. Antes que agotar al lector con un catálogo de temas y tesis, prefiero arriesgar una hipótesis: el abordaje es aquel que Borges señala en “El escritor argentino y la tradición”. Es esa actitud de libertad frente a la disponibilidad y la tradición de la cultura universal. Desde un lugar perdido en el extremo sur, se escribe un libro por completo subversivo y original sobre el centro de la cultura moderna. Y ese abordaje no sigue las lecturas canónicas, es una lectura desde el margen. Ese modo de leer situado en el margen de la cultura tradicional permite una perspectiva privilegiada y distanciada de ese fenómeno central de la tradición humanista universal.

Es también en gran medida la idea del Aleph que encontramos en Borges. En un lugar perdido de Buenos Aires, se puede acceder a la totalidad de la cultura de una época, que es lo que presenta este libro, un Aleph. El libro logra poner orden, sentido y coherencia a la totalidad de un mundo infinito. Por eso, por más que trabaje con el “desacoplamiento” o “desencaje” o incluso “deconstrucción”, no hay nada de posmoderno en el libro, pues la idea de “totalidad”, la voluntad de reconstrucción y de reconfiguración de una totalidad están allí.

Román Setton
CONICET / Universidad
de Buenos Aires/
Universidad del Cine

Edward Gibbon,

Ensayo sobre el estudio de la literatura, edición y traducción de Antonio Lastra, Barcelona, Ediciones del Subsuelo, 2022, 141 páginas.

Memorias de mi vida, edición e introducción de Antonio Lastra, Madrid, Cátedra, 2022, 447 páginas.

Según afirmó en 1871 el filólogo alemán Jacob Bernays, “Gibbon, Lessing y Kant son los tres hombres del siglo XVIII que serán inmortales”.¹ Hoy, esta sentencia parece no haber perdido vigencia: la obra de Edward Gibbon sigue tan viva como siempre. Pese a que su monumental *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1789), en el que estudia un milenio y medio de historia del Imperio romano, es un clásico indiscutible, su corpus no se detiene allí.² En este sentido, si las *Memorias de mi vida* (1776-1788) representan un trabajo que resulta esclarecedor para comprender mejor su época y, sobre todo, el propio *Decline and Fall*, el *Ensayo sobre el estudio de la literatura* (1759) se presenta como un verdadero comentario historiográfico que ofrece las

bases de su filosofía: todo un hito en nuestra lengua, además, puesto que es la primera vez que se traduce al castellano. Antonio Lastra, profesor de la Universidad de Valencia, editor y traductor de ambas ediciones, es uno de los principales expertos en Gibbon en España. Cabe agregar que una eventual traducción científica del *Decline and Fall* corregiría las imperfecciones de las opciones disponibles actualmente en castellano: recordemos que el público solo cuenta en nuestra lengua, por fuera de algunas eventuales antologías, con la obsoleta y casi ininteligible traducción de José Mor de Fuentes (1842-1847), con una modernización de esa misma traducción que no resuelve sus problemas, y con el reciente trabajo a cargo de José Sánchez de León Menduïña para la editorial Atalanta (2012-2017), edición en dos volúmenes que, sorprendentemente, no sigue un serio procedimiento crítico pues, entre otras cosas, llega a omitir casi todas las notas a pie de página del autor inglés, notas que, como se sabe, son esenciales e inescindibles para comprender su trabajo como historiador.³

Por lo pronto, la joven editorial catalana Ediciones del Subsuelo ha tenido el buen tino de publicar la primera traducción al español del *Ensayo sobre el estudio de la literatura*. La obra cuenta con todas las notas originales de Gibbon junto con las añadidas por Lastra, lo cual permite contextualizar a personajes poco conocidos en nuestra época. También se han traducido todas las citas que Gibbon recupera, en su gran mayoría, de los poetas latinos. Al final del *Ensayo*, encontramos, además, varios capítulos inéditos, con claras indicaciones sobre el lugar que deberían ocupar en el corpus de la obra, así como aquellos pasajes que acabaron sustituyéndolos. Para este verdadero trabajo de

traducida del inglés de la reciente edición de H. H. Milman con todas las notas del autor y las de aquel y Guizot por Don José Mor de Fuentes, Barcelona, Imprenta de Antonio Bergnes y Compañía, 1842-1847. Esta edición fue reimpresa en ocho volúmenes por Ediciones Turner de Madrid en 1984 y en cuatro volúmenes en 2006, pero bajo el título *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, tras una revisión y actualización al castellano moderno por Luis Alberto Romero. En el segundo caso, cf. Edward Gibbon. *Decadencia y caída del Imperio Romano*, prólogo y traducción de José Sánchez de León Menduïña, Girona, Atalanta, 2012-2017.

¹ Jacob Bernays, “La obra histórica de Edward Gibbon. Un ensayo de valoración”, *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales* (Sevilla), traducción realizada por la Escuela de Traductores de la Torre del Virrey, vol. xxiv, nº 51, 2022 [1871].

² Hasta la fecha, la mejor edición en inglés de la obra sigue siendo la editada por David Womersley en tres volúmenes: Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Allen Lane-The Penguin Press, 1994.

³ Cf. Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*,

investigación, Lastra ha construido un enorme aparato crítico que contempló la consulta de las numerosas ediciones anteriores de la obra, tanto en francés como en inglés, otros escritos del autor (tales como su correspondencia o sus diarios), la literatura posterior que ha indagado en profundidad la figura gibboniana (en particular, el influyente *Barbarism and Religion* de John Pocock), las traducciones previas al español de las *Memorias* (la primera, publicada en 1949 en la legendaria colección Austral de Espasa-Calpe y, luego, una moderna publicada por Alba en 2003) y, desde luego, todas y cada una de las ediciones del *Decline and Fall*.⁴ Recordemos que Gibbon culmina el *Ensayo* mientras se encuentra en Lausana, Suiza, ciudad a la que su padre lo había enviado para revertir la decisión del joven escolar de convertirse al catolicismo (religión que le cerraba todas las puertas en la anglicana Inglaterra). Su objetivo principal consistía en justificar el valor del legado grecorromano y defender a los “Antiguos” de algunas posiciones ilustradas – defendidas, entre otros, por Voltaire y Diderot –, quienes consideraban que los clásicos tenían poco que enseñar al presente. Para Gibbon, no había que intentar conocer mejor a los Antiguos de lo que ellos

⁴ Cf. Edward Gibbon, *Autobiografía*, traducción de Antonio Dorta, Madrid, Escapa-Calpe, colección Austral, 1949, y Edward Gibbon, *Memorias de mi vida*, traducción de Néstor Fraile, Rafael Gómez-Cabrero, Andrea Montero y Josep Marco, Barcelona, Alba Editorial, 2003.

mismos ya se conocían – aspiración que parte de una base errada–, sino, por el contrario, familiarizarse con su época a través de un estudio diligente, demostración que siguió escrupulosamente en el *Decline and Fall*. Por otra parte, en el aviso al lector, Gibbon apuntaba que con esta obra “le gustaría conocerse” (p. 35), frente a lo cual podríamos considerar el *Ensayo* como un paso importante en la formación de su filosofía, una base sobre la cual el lector puede acceder a varios asuntos que también se proyectan en la escritura del *Decline and Fall*. Su primera línea, sin ir más lejos, nos da una clave importante para comprender su prosa: “La historia de los imperios es la de la miseria de los hombres. La historia de las ciencias es la de su grandeza y felicidad. Si mil consideraciones deben hacer precioso este último género de estudio a los ojos del filósofo, esta reflexión lo hará querido a todo amante de la humanidad” (p. 39). Teniendo por delante este pasaje, se dilucida que la posterior composición de su historia imperial tendrá un perenne matiz irónico. Asimismo, el anclaje del *Ensayo* en su propio presente permite comprender su defensa del legado grecolatino. En este sentido, las obras clásicas no son, como habrían pensado un Voltaire o un Diderot, “anticuadas”, sino que forman parte de los problemas de todos los tiempos: desechar siglos de pensamiento por el mero hecho de que no tratan problemas contemporáneos es, para el autor, un notable error. En el *Ensayo*, Gibbon califica a Tácito como un “historiador

filósofo”, una categoría que también extiende a Montesquieu y a sí mismo, y es por ello que señala: “Aunque los filósofos no sean siempre historiadores, sería deseable al menos que los historiadores fueran filósofos” (p. 96), es decir, que el historiador no debe ser un simple analista, sino que su propia filosofía debe formar parte inescindible de su trabajo. Sin embargo, un autor que plasma su juicio en un escrito histórico no se convierte automáticamente en un historiador filósofo: un escrito histórico de esta naturaleza, impulsado por intereses personales o políticos caería en los vicios del panfleto o del mero comentario. Por el contrario, un historiador filósofo es, esencialmente, una persona libre que no tiene obligaciones con nadie más, salvo consigo mismo y con el amor al conocimiento. Pero también debía ser una persona con una formación portentosa, para lo cual se necesitaba una memoria privilegiada, una pasión incombustible por la lectura y, desde luego, mucho tiempo libre. Es, precisamente, en sus *Memorias* donde veremos esa acumulación de requisitos en toda su expansión.

Por su parte, la editorial Cátedra ha incluido la primera traducción íntegra de las *Memorias* de Gibbon al castellano en su amplia colección Letras Universales, tras lo cual le aseguro un claro puesto entre los clásicos. Durante varias generaciones, los notables procesos de creación y redacción de las *Memorias* han provocado algunos problemas a la hora de editar la autobiografía del historiador londinense. Ya era

hora de que el público hispanoparlante, luego de más de dos siglos de la primera edición de las *Memorias* (realizada en 1796 por el albacea literario de Gibbon, lord Sheffield) y tras más de setenta años desde la primera traducción a nuestra lengua hecha por Antonio Dorta en 1949 (quien se limitaba a traducir la versión de Sheffield), tenga por fin acceso a esta obra de forma íntegra. Y lo hacen antes, incluso, que los lectores ingleses puesto que la edición de Lastra es la primera que reúne una serie de insumos materiales que incluye el uso de los manuscritos del autor, lo cual le ha permitido añadir, en muchos pasajes, información sobre anotaciones o tachaduras que provienen directamente de la pluma de Gibbon y que dan al lector una información única sobre su proceso de escritura. Por otra parte, las *Memorias* presentan algunas características poco usuales: no se trata de un relato lineal con un principio y un final definidos como tales, sino seis esbozos que comienzan y acaban en lugares diferentes tras una narración con más o menos detalle de los acontecimientos que comparten, en varias ocasiones, pasajes repetidos. Hay otra peculiaridad que se vincula con lord Sheffield. A la muerte del historiador, este se había hecho cargo de sus escritos, entre los cuales se encontraban los bocetos de las *Memorias*, pero, al editarlos, suprimió muchos pasajes con el objetivo de mantener para la posteridad una imagen de Gibbon como perfecto caballero inglés, tal como él mismo había procurado sostener en vida. Es por ello

que han sido varias las generaciones de lectores que no pudieron disfrutar de los momentos más irónicos (ni tampoco de los más sinceros) que incluían sus *Memorias*. Esta nueva edición en castellano restituye todos esos pasajes. Asimismo, las condiciones de producción de las *Memorias* tampoco fueron de lo más habituales: una salud muy frágil durante su niñez obligó a Gibbon a pasar largos períodos convaleciente, tiempo que destinaba a una lectura que no tardaría en conformar una respetable base erudita de estricta diligencia. Cabe recordar, además, que procedía de una familia rica que le permitió contar con los recursos necesarios para suplir sus necesidades literarias y no tenía que preocuparse por administrar la enorme hacienda familiar ni rendir cuenta de títulos y posesiones. Como el mismo Gibbon señala en un pasaje suprimido por lord Sheffield: “pocos libros de mérito e importancia se han compuesto en una buhardilla o en un palacio” (p. 332).

Si bien cada pequeño detalle de la trayectoria vital de Gibbon ayudó a su eventual devenir como historiador de Roma, vale recordar, finalmente, dos momentos decisivos: su destierro a Lausana y su viaje a Italia. A los dieciséis años, Gibbon, por entonces estudiante en el Colegio de la Magdalena de la Universidad de Oxford, abjuró del protestantismo y se convirtió con toda convicción al catolicismo, un acontecimiento que, por aquel tiempo, era de lo más singular. Sin embargo, nunca se trató de una decisión tomada a la

ligera: su interés por la presencia de la religión en la sociedad europea sería algo que siempre lo acompañaría. El propio Pocock llegó a decir que, en el fondo, Gibbon era un “güelfo”. En todo caso, su padre decidió enviar a su rebelde hijo a Lausana, Suiza, donde un ministro calvinista, Pavillard, trabajaría para revertir la decisión del joven. De manera que, desde los dieciséis hasta los veintidós años, Gibbon vivió en un territorio donde se hablaba una lengua que no comprendía: el francés. No obstante, logró aclimatarse a la situación hasta confesar en sus *Memorias* que había dejado de ser inglés: pensaba, escribía y hablaba en lengua francesa. Esta es, precisamente, la época en que compuso el *Ensayo* y cuando también se produjo una circunstancia clave en su formación: al “dejar de ser” inglés, como apunta en las propias *Memorias*, había perdido todos los prejuicios de su patria, hecho que permitió su conversión a una especie de cosmopolita. Por su parte, el viaje a Italia es otro de los momentos más destacados de su vida, en particular, por su simbolismo. En el año 1764, partió desde Lausana hacia el sur, cruzó los Alpes y visitó, a lo largo de varios meses, algunas de las ciudades más destacadas de la península itálica. Se detuvo en Roma y allí describió el poético (aunque ficticio) momento en el que apareció en su cabeza por primera vez el plan que acabaría convirtiéndose en el trabajo de su vida: “Fue el quince de octubre, al atardecer, cuando me senté a meditar en el Capitolio, mientras los

frailes descalzos cantaban sus letanías en el Templo de Júpiter, cuando concebí el primer pensamiento de mi historia”. Si bien la filiación intelectual de estas *Memorias* es, ante todo, literaria, no obstante, resulta difícil dotarlas de suficiente autonomía: se trata de un trabajo que, en realidad, funciona mejor como

introducción, incluso como preparación, para una posterior lectura del *Decline and Fall*. Con todo, hasta que no contemos con una buena traducción al castellano de esta última obra, deberíamos conformarnos con su original inglés cuya claridad es inclusive superior a la de cualquier otro texto de la

misma época escrito en nuestra propia lengua. Después de todo, Gibbon había “dejado de ser inglés” y, por lo tanto, no escribía para ingleses, sino para todo el mundo.

Luis Rupérez
Universidad de Valencia

Juan Manuel Heredia,
Mundología. Jakob von Uexküll, aventuras inactuales de un personaje conceptual,
Buenos Aires, Cactus, 2022, 224 páginas.

Mundología es un libro que se mueve entre dos registros discursivos diferentes. Por un lado, se trata de un texto que se esfuerza por difundir, aclarar, explicar y hacer accesible los conceptos centrales de la reflexión filosófica de Von Uexküll, situándolos en el marco histórico de su nacimiento, en la recepción que hicieron sus contemporáneos y en la huella que dejó su pensamiento en disciplinas como la cibernética, la biosemiótica y la filosofía de la biología. En este sentido se trata claramente de un libro de divulgación. Este género discursivo admite diversos grados de elaboración que se distinguen por el lector modelo al que están dirigidos. La divulgación puede asumir las distintas estrategias discursivas de los medios de comunicación masiva; o puede orientarse a un lector que, si bien no es un especialista en la materia, tiene curiosidad, desea informarse sobre la filosofía, y sobre el saber en general. Un ejemplo ilustrativo de este último son las biografías intelectuales de Rüdiger Safranski.

Mundología se sitúa, a mi juicio, dentro de este segundo modelo de divulgación filosófica. Pero lo hace con un sello estilístico propio, con un registro lingüístico que hace de él un libro cuyas coordenadas enunciativas son las de la actualidad. Habla el lenguaje de Buenos Aires del 2023. Cito

algunos ejemplos: “El prestigio ganado con sus investigaciones fisiológicas y con su libro de 1909 no es suficiente para el *establishment* académico. Aunque se vista de seda, vitalista queda” (p. 26). Para describir la desilusión que Von Uexküll siente cuando recibe un premio consuelo, Heredia elige darle a este suceso una tensión narrativa: “Mordiéndose los dientes, Von Uexküll escribe una carta a las autoridades” (p. 27). Uno de los pasajes más logrados desde el punto de vista estilístico es aquel en el que establece una identificación entre Von Uexküll y su objeto de estudio: “La idea de *Umwelt* cae como un fruto maduro, le otorga notoriedad a un animal diminuto que habrá de succionarle la sangre hasta del día de hoy: la garrapata” (p. 36). Este fragmento puede considerarse como una variación temática de una afirmación que Juan José Saer hace en *El río sin orillas* cuando dice que “los especialistas en escorpiones no son forzosamente venenosos”.¹ No sería el caso de Von Uexküll de acuerdo con el autor de *Mundología*. El especialista en garrapatas terminó siendo devorado por su objeto de investigación.

¹ Juan José Saer, *El río sin orillas*, Buenos Aires, Planeta, 2003, p. 131.

El otro género discursivo en el que bascula *Mundología* es el del artículo académico especializado. El libro ofrece al investigador un trabajo analítico muy refinado de interpretación textual de los textos de Von Uexküll y sus comentaristas. Este registro textual aparece principalmente en las notas al pie y en una bibliografía exhaustiva que le permite al académico rastrear la argumentación e intervenir en la discusión.

Pero el texto no solo es un ejercicio elegante de hibridación estilística. También y fundamentalmente es un trabajo que hace circular ideas, argumentos, problemas filosóficos de relevancia actual. Querría detenerme en dos temas que me parecieron muy importantes. Uno que está tratado explícitamente, a saber, la relación entre Von Uexküll y Heidegger. Y el otro que está sugerido, pero no tratado de manera temática: el vínculo entre Von Uexküll y Yuri Lotman.

La relación con Heidegger tiene, a mi juicio, dos aspectos. En primer lugar, el libro expone la apropiación e interpretación que Heidegger hace del concepto de *Umwelt* (mundo circundante) no solo en *Ser y tiempo* sino también en el marco del curso de 1923-1930 *Conceptos fundamentales de metafísica*. Sin entrar en todos los detalles de la argumentación, la tesis

principal de Heidegger, a diferencia de Uexküll, es que solo el hombre tiene mundo. Esto significa que solo el hombre instituye un espacio de sentido, una totalidad de significaciones. En *Ser y tiempo*, Heidegger es aún más enfático: fuera del hombre, del *Dasein*, no hay sentido. Esta mirada clásica del filósofo alemán es quizás la diferencia más nítida con Von Uexküll para quien la vida misma es significativa. La diferencia entre el mundo circundante de los animales y el mundo de los humanos es solo de grado, no hay una diferencia cualitativa (p. 95). Ambos se presentan como espacios semióticos.

A pesar de esta divergencia, creo que hay un aspecto del pensamiento de Von Uexküll que guarda una semejanza muy clara con el de Heidegger. Me refiero a la noción de *Bauplan* (plan de construcción) y *Planmäßigkeit* (conformidad a plan). El autor de *Mundología*, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Pedagógica Nacional, Juan Manuel Heredia, dice: “Con aire platónico, Uexküll (1930/1944: 9-10) plantea que la idea de *Bauplan* no encuentra su modelo en las ciencias empíricas sino en las formales y, particularmente, en la trigonometría” (p. 64).

El plan de construcción es la forma o estructura que constituye a un ser viviente. Se trata de “sistemas de relaciones de carácter metafenoménico” (p. 63) a las que el biólogo accede por medio de la intuición y que requieren una explicación que está por fuera de la causalidad eficiente o de la causalidad final. Dicho de

manera positiva: la conformidad a un plan de la vida exige una explicación fenomenológica. Heredia califica esta manera de comprender la vida como un estructuralismo vitalista. Una de las consecuencias más interesantes de esta postura es la atribución de una mirada a los animales. Los animales no son mecanismos de relojería, sino sujetos que poseen una mirada que puede entrelazarse significativamente con la mirada humana.

En Heidegger hay también una relación muy estrecha entre Platón, el plan de construcción (*Bauplan*) y la mirada. Uno de los términos que Platón usa para designar la esencia es Eidos. Entre las distintas traducciones que Heidegger hace al alemán se encuentra frecuentemente la de plan de construcción y la de esencia. Para el filósofo no tenemos una percepción directa de la realidad, sino que siempre está anticipada por una estructura, por el plan de construcción o, dicho de otra manera, por la esencia. Cuando entramos a una casa, por ejemplo, no percibimos la casa como tal, sino las paredes, las puertas o cada una de las habitaciones. La interpretación de la puerta en cuanto puerta solo es posible porque anticipamos el Eidos de la casa, su plan de construcción o su esencia. Esto tiene como consecuencia que nuestra percepción del mundo esté interpretada previamente por estas anticipaciones de sentido. Von Uexküll expande esta relación entre plan de construcción y percepción por fuera del espacio de sentido humano y lo traslada al mundo animal.

El segundo tema que quiero mencionar es la relación entre Von Uexküll y Lotman. Heredia insinúa este vínculo cuando en dos ocasiones usa explícitamente el término lotmaniano de semiosfera para describir el mundo circundante y lo fundamenta mediante la referencia bibliográfica a las investigaciones de Kalevi Kull, especialista destacado en la semiótica cultural de Lotman. A mi juicio, hay un lugar donde se puede ver claramente la relación entre ambos pensadores, a saber, en el vínculo entre el concepto de círculo funcional de Von Uexküll y la noción de texto artístico de Lotman.

El círculo funcional describe el modo en que el viviente interacciona con el exterior. No se trata de una relación mecánica en la que el viviente reacciona siempre de la misma manera ante un mundo que se presenta como un conjunto de estímulos rígidos. Por el contrario, la realidad exterior es significativa para el viviente, comparece como un plexo de signos. Por este motivo, Heredia afirma que “a nivel individual, y en particular en los mamíferos y animales ‘superiores’, el sujeto puede engendrar en su devenir nuevos círculos funcionales (es decir, nuevas reglas de articulación entre esquemas e impulsos, entre percepciones y acciones)” (p. 77). Esta caracterización dinámica del círculo funcional da lugar a lo que se podría llamar la creatividad animal.

Es en este preciso aspecto que se puede establecer una relación con el concepto de texto artístico de Lotman. El arte es un texto que, a

diferencia de otros, posibilita la generación de nuevos mensajes que no pueden ser anticipados por algún tipo de regla mecánica. Instituyen sentido cada vez que se ponen en contacto con algún lector. Del mismo modo, se puede afirmar que el círculo funcional de Uexküll se comporta semióticamente como un texto artístico. Su *Umwelt* es verdaderamente una semiosfera.

Estos dos temas a los que recién hice referencia son solo una muestra pequeña de una constelación de conceptos, problemas y tesis que *Mundología* ofrece a un lector. El mundo de *Mundología* es mucho más vasto y rico que estos dos ejemplos. Por eso, estoy convencido de que *Mundología* se va a convertir en una referencia necesaria para cualquier investigación

que se centre no solo en el pensamiento de Von Uexküll, sino también en los orígenes de la antropología filosófica alemana, la biosemiótica y la filosofía de la biología.

Adrián Bertorello
CONICET / Universidad
de Buenos Aires

Sabina Loriga y Jacques Revel,
Une histoire inquiète. Les historiens et le tournant linguistique,
París, Éditions de l'ÉHESS/Gallimard/Éditions du Seuil, 2022, 392 páginas.

El libro de Sabina Loriga y Jacques Revel se propone reconstruir las eficacias del “giro lingüístico” en la práctica historiográfica, cuyos efectos se verificaron principalmente en la escena angloparlante. El punto de partida del análisis es el sentido común de lo que podríamos denominar la epistemología espontánea de la historiografía consolidada a fines del siglo XIX: los conocimientos históricos son positivos y acumulativos. De acuerdo con una cita temprana de *Una historia inquieta* (p. 9), en la primera versión de la *Cambridge Modern History* (1896) lord Acton confiaba en que el futuro proporcionaría una “historia definitiva”, solo momentáneamente inacabada.

Ocho décadas más tarde, cuando debían haberse cumplido gran parte de los sueños de Acton, el escenario era muy otro. La idea de progreso en el conocimiento histórico era socavada por un creciente relativismo sobre las distintas maneras de llevar adelante la tarea historiadora, por una crisis epistemológica que cuestionaba el programa cientificista decimonónico y por una corrosión de la ontología más o menos consensuada respecto de la existencia de una realidad previa a las narraciones que la refieren, y que un uso inteligente de las fuentes permitiría conocer así no fuera, como anhelaba Acton, definitivamente. Desde luego, sería sensato preguntarse

por el alcance concreto de esas crisis. Tengo la impresión de que para amplias y quizás *mayoritarias* zonas de la profesión tales preocupaciones fueron injustificadas (y no descartaría que *todavía hoy* las evalúen ociosas).

El libro está dividido en tres partes. La primera lleva el título de “Críticas de la modernidad”. Los dos capítulos que la componen bosquejan el programa “posmoderno” y reconocen una “pérdida de la inocencia” de alcance cultural mayor al de la sola historiografía. Conceptos como *ciencia, objetividad, verdad, progreso* dejan de ser obvios. El cambio de época perceptible a fines de la década de 1970 involucra un movimiento histórico más amplio en el que se conjugan desacuerdos en la historia, en la filosofía de la historia, pero también fenómenos ligados a las fracturas generacionales, a novedades en la demografía del mundo universitario, y a cambios en el escenario ideológico. Lo “posmoderno” es problemático y sus sentidos, además de inciertos, son múltiples y cambiantes.

El segundo capítulo, “La pérdida de la inocencia”, parte del asesinato de J. F. Kennedy y la proliferación de conjeturas, tesis conspirativas y representaciones narrativas e imágenes, que condujeron a “un sentimiento general de incertidumbre, una creciente

dificultad de definir qué es verdadero y qué es falso, una ‘pérdida de objetividad’” (p. 83). La historia no permaneció intacta ante dicho acaecer. Al archivo de novedades se añadieron las secuelas psíquicas y culturales de la guerra en Vietnam. Las consecuencias de esa guerra habrían ocasionado una “crisis profunda de la concepción realista”, “de la posibilidad de aprehender el mundo empírico a través del lenguaje” (p. 101). Observado desde otro ángulo, el fenómeno generó un desdibujamiento de la frontera entre relato histórico y relato ficcional.

El tercer capítulo, con el título de “¿Cuál giro lingüístico?”, se nutre de la problematización desplegada en un Forum de la *American Historical Review* en 2012 y de una selectiva secuencia de textos. Varias autobiografías de quienes fueron jóvenes historiadores durante los primeros años setenta testimonian el paulatino pero ostensible avance del giro lingüístico (*A Crooked Line*, la memoria intelectual de Geoff Eley, es al respecto ejemplar). Un momento significativo es detectado en el coloquio sobre historia intelectual convocado en la Universidad de Cornell por Dominick LaCapra en 1980. El giro lingüístico, sin embargo, no surgió entero como Palas Atenea de la cabeza de Zeus. Si Hayden White participó del evento, la complejidad del

momento se revela en que quien puso en palabras el espíritu del encuentro, Martin Jay (“¿Debe la historia intelectual adoptar un giro lingüístico?”), manifestó ciertas reservas al respecto.

Revel y Loriga reponen la intrincada serie de usos y sentidos de la expresión “giro lingüístico” desde aproximadamente 1950. Dos orígenes pueden ser reconocidos: la filosofía analítica anglosajona y la lingüística saussuriana, sin desmedro de los sucesivos tránsitos disciplinares, la inflación de reinterpretaciones y los desplazamientos a lo largo de las décadas. El foco se direcciona hacia la recepción por parte de una nueva generación historiográfica, entre los cuales se destacan Gareth Stedman Jones, Joan W. Scott, Gabrielle Spiegel y Keith Baker, para quienes, con matices en modo alguno intrascendentes, el *discurso* conquista una creciente autonomía en sus concepciones de lo histórico.

Los tres capítulos siguientes son los menos historiográficos del volumen. Por razones de espacio aquí los mencionaré rápidamente. El capítulo cuarto, “La gran teoría”, sigue las peripecias de la French Theory en los Estados Unidos, con el foco puesto en los escritos de Jacques Derrida. El capítulo quinto, “Referencias cruzadas: una transferencia cultural”, continúa el tópico del precedente, pero presta más atención a las recepciones norteamericanas de Michel Foucault. El capítulo sexto reconstruye la emergencia de los Studies en que se verificaron los efectos más sustantivos de la French

Theory: de los Cultural Studies a los Subaltern Studies, pasando por una amplia gama de innovaciones ligadas a diversas utilizaciones de algunos temas del giro lingüístico, pero no solo de él.

La tercera parte del volumen, “El debate de los historiadores”, es el decisivo del libro. Comienza con el capítulo séptimo dedicado a “Hayden White y la escritura de la historia”. La reconstrucción es matizada. El itinerario de White propuesto permite distinguir varios momentos, en los que el enfoque estructuralista de *Metahistoria*, conmovido en los ensayos de *Trópicos del discurso*, no permanece incólume en *El contenido de la forma* ni en *Realismo figural* (se prescinde del último gran texto de White, *El pasado práctico*). Revel y Loriga despejan algunas discusiones mal planteadas al destacar que White no abogó por un determinismo lingüístico radical: su tesis fue más bien que los eventos particulares, a su entender caóticos, no proporcionan los criterios de las narrativas de conjunto ni los de sus opciones éticas e ideológicas, las cuales son impuestas por el trabajo constructivo del historiador.

La lectura de White no es apologética. Largas páginas son dedicadas a restituir los arduos debates que encontraron su epicentro en el coloquio organizado por Saul Friedländer en 1990 en la Universidad de California: “El nazismo y la ‘solución final’: probando los límites de la representación”. Tampoco se olvida la crítica a White formulada por Arnaldo Momigliano en varios artículos

de comienzos de la década de 1980. Del mismo modo se repone el reproche dirigido a White tanto por “desrealizar” la historia en el plano teórico (Pierre Vidal-Naquet), como por sustraer la dimensión del trabajo con las fuentes y las pruebas en el plano de la práctica histórica (Carlo Ginzburg), carencias que a juicio de sus adversarios lo conducirían, *volens volens*, a derivas relativistas radicales. El capítulo concluye con la respuesta ensayada por White ante las críticas a través de la noción de *voz media* (de acuerdo con una sugerencia de Roland Barthes, un uso del lenguaje ajeno a las oposiciones clásicas del realismo), que incluso teóricos afines hallan insatisfactoria.

El capítulo octavo, “La historia social en cuestión”, describe los debates acontecidos en esa especialidad historiográfica durante el tramo final del siglo pasado. Si hasta principios de la década de 1970 el sentimiento general en la historia social era optimista, hacia fines de ese decenio comenzaron a percibirse disensos. El giro lingüístico, sugieren Revel y Loriga, jugó un rol importante, aunque paulatino, en ese cambio de humor historiográfico. Los recuerdos de William Sewell en *Logics of History*, cuya trayectoria tiene parecidos de familia con la de Eley, sirven como hilo conductor demostrativo de las dudas crecientes ante el determinismo atribuido a la historia social. La formación de identidades, y entre ellas las políticas, ya no podía reducirse a otras instancias sociales más fundamentales. Debía trazarse

en el campo del discurso, en los usos del lenguaje. Ese convencimiento caracterizó los recorridos de historiadores como Lynn Hunt, Stedman Jones, J. W. Scott, Allan Megill, Eley y Sewell, entre otros.

Los temperamentos, sin embargo, no fueron siempre los mismos. Stedman Jones nunca se propuso reducir el campo de lo histórico a lo lingüístico, como puede advertirse (otra vez, con matices) en Patrick Joyce y en algunos textos de J. Scott. Loriga y Revel señalan que en Joyce no se trata tanto de eliminar la historia social como de proponer otro tipo de historia social. Se preguntan si con sus premisas ello es posible, sin arriesgar una respuesta terminante. Pero la vacilación misma es reveladora. Los debates emergen como discusiones con sentido y ya no en términos de, por un lado, una historiografía conservadora y, por otro, teóricos radicalmente relativistas finalmente incompatibles con todo proyecto historiográfico. Este último lugar quizás pueda atribuirse a abogados del posmodernismo como Alan Munslow y Keith Jenkins (o a lectores acrílicos de White como Hans Kellner), según se explica en el capítulo noveno. Mas se trataría de un sector delimitado.

Con el título de “Paisaje después de la batalla”, el capítulo décimo recapitula y concluye el libro. En este segmento final se rehuye de diagnósticos aproximativos de validez a lo sumo parcial, para ensayar, en cambio, un balance reflexivo luego de tantos debates por momentos efusivos. Estremecida la complacencia en la historia profesional respecto de sus premisas epistemológicas

y de las teorías sociales implícitas en su quehacer cotidiano, las opciones del giro lingüístico están lejos de ser por ello siempre consistentes y convincentes. El señalamiento de las incertidumbres en conceptos como realidad, objetividad y verdad, si conmueven el sueño dogmático de un conocimiento sin mediaciones y definitivo, habilitan múltiples posibilidades. Así las cosas, es problemático disolver la realidad en favor de construcciones lingüísticas endógenas. Reconocida la relevancia de las prácticas discursivas para la experiencia histórica y para la actividad historiográfica, solo un *nuevo reduccionismo* podría sostener que *todo* es lenguaje. A propósito de la objetividad, los autores se resisten a elegir entre dos opciones: *o bien* los hechos hablan por sí mismos, *o bien* resultan de interpretaciones. Esas son posturas “a menudo caricaturizadas” y es viable elaborar, en consonancia con lo defendido por Peter Novick en *Ese noble sueño*, toda una variedad de conceptos de objetividad (p. 347). Por último, respecto de la verdad, Revel y Loriga sostienen que su disolución en beneficio de la retórica es propia de “una franja extrema y a menudo militante” del giro lingüístico (p. 352).

Con una noción de verdad más frágil pero no derrotista ni escéptica, Loriga y Revel cierran su obra con un llamado a reconocer que la tarea historiadora es inacabable. No es particularmente traumático renunciar a una coincidencia de los escritos históricos con el pasado. Sobre esa inadecuación, la historia “puede fundar su

proyecto de *conocimiento*” (p. 369, yo énfasis).

Una historia inquieta logra desplegar una comprensión del giro lingüístico distante de las recepciones usualmente unívocas y terminantes. Su referente es múltiple, cambiante y él mismo está saturado de divergencias. Mas también muestra que la actitud historiadora no fue solo reactiva. En suma, nos encontramos con un argumento complejo y matizado de la relación a veces tormentosa entre historia práctica y giro lingüístico.

Es plausible que, por eso mismo, el libro esté destinado a hallar una recepción incómoda. Temo que, para los partidarios de las versiones más reduccionistas del giro lingüístico, *Una historia inquieta* encarne la quimera invariable de un compromiso entre innovación y tradición, entre representación y conocimiento. En cambio, para la historiografía practicante que confía en el acceso al pasado gracias al trabajo crítico con las fuentes será interpretado como una concesión a tesis inexorablemente escépticas. Es imposible adivinarlo, pero tal vez ese lugar incómodo constituya una intemperie donde Revel y Loriga descubren un refugio para la historia como saber precario. Quizás su carácter interminable revele la fuerza secreta de una milenaria fascinación suscitada por ese reino misterioso que es el pasado.

Omar Acha
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Enzo Traverso,
Revolución. Una historia intelectual,
traducción de Horacio Pons,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, 644 páginas.

En una época de guerras, crisis y revueltas globales como la que actualmente nos toca en suerte, el fenómeno de los levantamientos revolucionarios que estremecieron y marcaron el ritmo del trágico siglo XX parecería concitar una creciente y renovada atención. Eso, al menos, es lo que revela una atenta lectura de *Revolución. Una historia intelectual*, último libro del historiador italiano y catedrático de la Universidad Cornell, Enzo Traverso. Publicado originalmente en inglés en el año 2021 por Verso Books, este trabajo representa un notable intento de aproximación historiográfico-intelectual al fenómeno cultural, social, político y artístico de la revolución moderna. El autor, de hecho, no vacila en afirmar que esta peculiar y enmarañada noción, emparentada como está con las voces latinas *revolutio* y *revolvere* y cuya acepción astronómica original remite a la rotación de los planetas alrededor del sol, constituye el objeto *stricto sensu* de su investigación.

Inspirado en igual medida por León Trotski y Walter Benjamin –dos autores de las vertientes oriental y occidental del marxismo respectivamente, que, además, en 1940 tendrían una fatídica suerte parecida–, Traverso define bien de entrada el tipo de revoluciones que tuvieron lugar más o menos a

partir de 1789 como “experiencias vivas que cambian sobre la marcha y, en la mayoría de los casos, ignoran sus resultados debido al mero hecho de que su dinámica es impredecible” (p. 42). Lo distintivo de la propuesta del historiador italiano, sin embargo, no estriba en el tenor de esta muy general definición de matriz trotsko-benjaminiana –en la que, dicho sea de paso, una obra como *Historia de la Revolución rusa* y un proyecto inconcluso como el *Libro de los pasajes* se arremolinan hasta el punto de confundirse– sino más bien en el procedimiento metodológico que acto seguido es anunciado con bombos y platillos. A esta altura, la tensión que existe entre la Escila trotskista y el caribdis benjaminiano se resuelve claramente por el lado del segundo de los monstruos mitológicos aludidos, pues la “metodología” del libro gira en torno al “concepto de ‘imagen dialéctica’, que aprehende al mismo tiempo ‘una fuente histórica y su interpretación’” (p. 49).

Traverso, en efecto, se acerca a “las revoluciones de los siglos XIX y XX” apelando al “ensamblaje de imágenes dialécticas” (p. 50). En este gesto hay algo cuando menos polémico, pues el autor acaba haciendo con el procedimiento referido precisamente lo contrario a lo que, al fin y al

cabo, para su creador entrañaba la composición de tales imágenes dialécticas; esto es, por supuesto, un denodado esfuerzo por *leer en lo no escrito*. No es una exageración afirmar que, en su afán de hacer epistemológicamente legible a Benjamin y completar un tipo fragmentario de filosofía que, como alguna vez deslizará Theodor W. Adorno, *quedó en fragmento*, Traverso incurre en una suerte de simplificación e instrumentalización de la obra del pensador berlinés –en aquel además tan propio de los estudios de la memoria, vale decir, que hace de esa obra un marco metodológico o una caja de herramientas listas para el uso–. Por lo demás, y si es que realmente existe algo así como *un método benjaminiano*, en el libro aquí reseñado este es llevado hasta el paroxismo. El trazado y montaje de imágenes dialécticas queda reducido a la literalidad propia de la inserción de ilustraciones en el cuerpo de un texto. Y constituye toda una paradoja: la reconstrucción lineal vuelve convencional aquello que no lo es y que se buscaba evitar. Aunque se trata de un recurso del que Traverso se ha valido ya con elegancia en otros trabajos, surge la tentación de evocar la correspondencia de Adorno y Benjamin y exigir a aquel lo que el primero de los filósofos alemanes alguna vez había pedido al último: *un más de dialéctica*.

Ahora bien, si la empresa dialéctica de la Universidad Cornell no destaca especialmente por la definición del objeto que reclama como suyo, o por la metodología que asegura utilizar, hay que reconocer que sí lo hace por el objetivo que formula e intenta cumplir; a saber: “la elaboración crítica del pasado” –un trabajar o lidiar con (y a través de) él para contribuir así a la preservación del “significado de una experiencia histórica” (p. 56). Es probablemente aquí, en la formulación e intento del cumplimiento de este noble objetivo, que quienes lean la obra de Traverso habrán de recordar lo dicho y hecho en otro libro reciente del autor, de 2016, en el que propuso examinar de forma deliberada la dimensión eminentemente melancólica de la cultura de izquierdas del siglo xx. Es una imagen que también remite a Benjamin y a la lectura de la obra del escritor Erich Kästner por él alguna vez propuesta. Me refiero, desde ya, a *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, trabajo de cuyas reflexiones *Revolución*, a decir del propio Traverso, es una continuación. El abordaje de *Revolución* recuerda el célebre escrito freudiano de 1917, y en un sentido que es prácticamente literal: el estado afectivo de la melancolía da paso aquí no a la oscuridad propia de la depresión sino al intento de poner en marcha un verdadero “trabajo de duelo” (p. 56) –trabajo que, en cuanto que tal implica la disposición a tolerar la imposibilidad última del mismo y, por añadidura, un aprendizaje a vivir con la pérdida–.

Como sea, las imágenes dialécticas a las que recurre el historiador italiano en el marco de su análisis del fenómeno revolucionario son concretas y específicas. En efecto: habla de, y se concentra en, “locomotoras, estatuas, columnas, barricadas, banderas, sitios, pinturas, carteles, fechas, vidas singulares, etc.” (p. 51). A algunas de ellas les dedica un capítulo completo de los seis que componen el libro, y a otras un lugar que no por secundario, o si se quiere marginal o poco protagonista, deja de ser importante.

Respecto de los supuestos e implicancias de lo que es planteado por Traverso, resulta idiosincrático el tratamiento efectuado en torno a la temática de las locomotoras. Se tendrá presente la célebre frase de Karl Marx, aparecida por vez primera en *Las luchas de clases en Francia*, de acuerdo con la cual las revoluciones serían las locomotoras de la historia universal. El autor italiano da realmente en el clavo cuando afirma que esta es tan solo un capítulo de una historia marxista más amplia, y aún abierta, atravesada por una tensión irresoluble entre el positivismo y la dialéctica, el determinismo y el constructivismo, el prometeísmo y el romanticismo, etc. A este respecto, el gran contrapunto vuelve a ser provisto por Benjamin, quien alguna vez sugirió que, más que ser las locomotoras de la historia, las revoluciones implicaban la activación del freno de emergencia del tren que es propulsado por dichas locomotoras. “La historia”, argumenta Traverso, “corre

hacia la catástrofe. Ese es su *telos* secreto. La revolución no es una locomotora rugiente que lleva a la civilización hacia adelante; es más bien una acción consciente para detener la trágica carrera de ese tren antes de que llegue a su destino” (p. 119).

Revolución, desde ya, concede un importante espacio al análisis pormenorizado y el tratamiento cuidadoso de muchísimas otras temáticas. Y, a decir verdad, está bien aludir a ellas de ese modo, pues, en rigor, se trata de temáticas antes que de *imágenes dialécticas*. Cabría decir, en este sentido, que las páginas que Traverso dedica a la experiencia corporal de la revolución se encuentran entre las mejores que se hayan escrito sobre el tema. Lo propio vale, en un punto, para los distintos conceptos, símbolos y reinos de la memoria examinados, lo que es ensayado en torno a la figura del intelectual revolucionario y lo que se plantea en relación con los significantes *libertad* y *liberación*. Ahora bien, probablemente por ser lo que dispone de mayor autonomía relativa respecto del proyecto integral del libro, lo más interesante es el planteo a propósito del comunismo y sus posibles historizaciones. A continuación, y para terminar con esta reseña, unos brevísimos apuntes.

Según Traverso, “historizar el comunismo significa inscribirlo en una ‘gigantesca aventura’ tan antigua como el propio capitalismo” (p. 546). Esto quiere decir, claro está, tener en cuenta toda la ambigüedad y polisemia intrínsecas al término en cuestión, considerar su trayectoria histórica a nivel

global y admitir, por consiguiente, que no hay (ni podría haber) algo así como un comunismo a secas sino más bien todo un “mosaico de comunismos” (p. 549). Este generoso gesto de nominación permite distinguir, cuando menos, cuatro grandes formas de esta realidad conceptual: “el comunismo como *revolución*; el comunismo como *régimen*; el comunismo como *anticolonialismo* y [...] el comunismo como una variante de la *socialdemocracia*” (p. 549).

A lo largo del último capítulo de su libro, Traverso analiza, con la maestría y erudición que caracterizan sus intervenciones, cada una de las formas más o menos puras del

comunismo mencionadas. En todo momento, la premisa de la indagación es que aquellas se encuentran interrelacionadas, y no resultan por ende necesariamente opuestas. Lo que decanta del análisis, sin embargo, no es una enseñanza definitiva o un conjunto de reflexiones edificantes. En parte, por ser el producto de una empresa de investigación que ante todo se pretende benjaminiana, la obra, de hecho, no concluye o finaliza. El epílogo con el que cuenta, de apenas dos páginas de extensión, no corresponde al libro en cuanto tal sino, únicamente, al sexto y último capítulo. Y, ciertamente, no deja de llamar la atención del lector que el retrato que se ofrezca en

esta (in)conclusión sobre los posibles futuros que se yerguen ante la contemporaneidad no sea para nada lúgubre o sombrío. A este respecto, las palabras de características mesiánicas con las que Enzo Traverso decide (no-)finalizar su trabajo –“las revoluciones no pueden programarse: siempre vienen cuando menos se las espera” (p. 606)– resultan absolutamente elocuentes. Ellas dejan la puerta abierta a la disposición del recomienzo como en verdad pocas podrían hacerlo.

Santiago M. Roggerone
Universidad Nacional de
Quilmes / CONICET

Bonnie G. Smith,

El género de la historia. Hombres, mujeres y práctica histórica, traducción de María Teresa D’Meza y Rodrigo Molina-Zavalía, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2021, 394 páginas.

La edición en español del libro de Bonnie G. Smith por la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes es un hecho para celebrar. La colección de géneros, dirigida por Dora Barrancos, comienza con este texto, un clásico de referencia en historia y ciencias sociales para reflexionar sobre la relación entre los géneros en los procesos de profesionalización y sobre las complejas experiencias de la condición humana.¹ Con la cuidadosa traducción de María Teresa D’Meza y Rodrigo Molina Zavalía, llega esta obra publicada por primera vez en 1998. Bonnie G. Smith es una historiadora y activista estadounidense reconocida por sus aportes a la historia y la historiografía de las mujeres, cuya ausencia en la formación de las carreras de grado es tan sorprendente como sintomática. Profesora emérita del Departamento de Historia de Rutgers University, es autora, entre otras obras, de *Ladies of the Leisure Class. The Bourgeoises of Northern France in the Nineteenth Century*, en 1981, *The Making*

¹ Lynn Hunt, sostiene que los historiadores se han mantenido alejados de una serie de preguntas y que “sabemos muy poco sobre la historia de la condición humana como conjunto de experiencias”. En Lynn Hunt, *La invención de los derechos humanos*, Barcelona, Tusquets, 2009, p.32.

of the West. Peoples and Cultures. A Concise History, en coautoría con Lynn Hunt, Thomas R. Martin, y Barbara H. Rosenwein, en 2010, *Women’s Studies: The Basics*, en 2013 y *World in the Making: A Global History*, en 2018.

Desde la primera página introduce la pregunta por el género en la historiografía occidental. Lo hace retomando a Lucien Febvre, uno de los fundadores de la revista *Annales* y referencia ineludible de la historia social, que en la década de 1940 se preguntaba si era posible pensar y sentir de determinada manera en cualquier período histórico. En el fragmento citado Febvre defiende “no tomar partido”, porque en la historia no hay otra cosa que historia.² La propuesta de la autora es tomar distancia del discurso de la profesión sobre sí misma para evidenciar de qué modo se consolidó el divorcio entre hombres y mujeres en este proceso. Las mujeres –y junto

² Entre 1938 y 1941 Marc Bloch y Lucien Febvre mantuvieron acaloradas discusiones como consecuencia de la aplicación de las leyes de Núremberg en Francia. El origen judío de Bloch se convirtió en un problema para ocupar cargos públicos, y en más de una ocasión Febvre le recomendó renunciar y alejarse. Una reconstrucción de esta correspondencia se encuentra en Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

con ellas diversos temas, enfoques, preguntas y formas narrativas– estuvieron siempre presentes en la historia. La autora se pregunta cómo fue posible que sus logros como historiadoras no hallaran plena influencia y dignidad en la academia. La brillante reconstrucción del pasado amateur de la historia, un pasado de la profesión escrito y experimentado por mujeres, permite comprender otros divorcios que han marcado profundamente de la historiografía. La narrativa histórica es una de ellas. El texto enriquece y amplía las preguntas y reflexiones sobre el enorme abanico de diversidad y las redes autorales con las que se escribe la historia y es un llamado urgente a revisar programas y jerarquías a la hora de formarnos y formar en historia y ciencias sociales.

Las pretensiones de universalidad con las que se validó el discurso científico de la historia en la segunda parte del siglo XIX fueron acompañadas por una alta valoración de los hombres y la concomitante desvaloración de las mujeres. Bonnie G. Smith se interroga, indaga, analiza cómo ocurrió este proceso. Reconstruye la historia amateur escrita durante los primeros sesenta años del convulsionado y violento siglo XIX. Es allí donde encuentra la relación de las mujeres con la historia, un

vínculo opacado por la profesionalización de la disciplina y por la historiografía feminista que tampoco reconoció estos aportes. En esta historia amateur escrita por mujeres había narrativas diversas, exaltación de los sentimientos, emociones, cuerpos, experiencias traumáticas, sexo, drogas y una variedad de temas que fueron considerados superficiales, bajos, chapuceros y banales en la profesionalización generizada de la disciplina. El trabajo de las amateurs y su relación con el desarrollo intelectual y político de las mujeres, sostiene Smith, fue eliminado para contar un relato de logros del profesionalismo centrados en la búsqueda científica de la verdad en espacios académicos reconocidos por pares masculinos, en los que el archivo y la lógica del seminario primaron sobre otras formas posibles de construir la profesión.

Los dos primeros capítulos, “La ruta narcótica hacia el pasado” y “El nacimiento de las amateurs”, reconstruyen las trayectorias de las mujeres escritoras e historiadoras que quedaron fuera del canon y a las que se les achacó una escritura tibia que, aun en la recuperación desde la crítica literaria, dejaba afuera el trabajo concreto de su escritura y sus condiciones de producción. La historiografía de 1800-1860 no puede escribirse sin tener en cuenta la agitación política del momento, en un mundo en el que se estaban consolidando los privilegios masculinos y las desventajas femeninas. La historia amateur consiste en algo bastante extraordinario

—sostiene Smith—, y narra con una pluma maravillosa y una cantidad de referencias y materiales diversos la experiencia de mujeres muy diferentes con el mercado, la escritura, los materiales, sus vínculos y sus redes. Las obras publicadas de las historiadoras a menudo sirvieron de contranarrativa o refugio de sus violentas y tumultuosas vivencias, experiencias signadas por la pobreza, el adulterio, los hijos extramatrimoniales, el abandono y el abuso. Vidas moldeadas por el doble contexto de un discurso sobre los derechos y la igualdad de otros, por un lado, y por una legislación que esclavizaba, empobrecía y saqueaba a las mujeres, por otro.

Vidas extraordinarias, como la de Sarah Taylor Austin, historiadora y traductora de Leopold von Ranke, Daniel Stern y Blaze de Bury, se entran en el hilo argumental de Bonnie Smith. Pocas de estas estudiosas reconocieron su conexión con la historia como parte de un ardiente impulso vocacional. Más bien la historia llegó después, como elemento del desarrollo de una figura femenina en una red de relaciones complejas. La escritura histórica y la adopción de nuevas identidades iban de la mano. Cambiaban de clase, de nombre, jugaban con el género y su trabajo se volvió un medio donde se moldeaba una identidad de género ambivalente. “El conocimiento amateur era una red, un conjunto enmarañado de materiales asombrosamente dispares que la mayoría de estas escritoras se esforzaba en mantener dentro de un entorno

que no solo menospreciaba el trabajo femenino, sino que también se las ingeniaba para impedir cualquier labor intelectual que las mujeres aspirasen a realizar. Las amateurs se acercaron al pasado pues desde una posición ambigua: a la vez política, social y económicamente definidas como *mujeres*, con toda la expoliación que esa categoría implicaba; no obstante, vivían como escritoras que generaban dinero y sufrían la marginación de la cultura de la feminidad apropiada” (p. 119).

Los capítulos tres, cuatro y cinco indagan en el periodo de profesionalización, el mundo de los varones de la profesión. La pregunta que articula estos capítulos es por qué sabemos tan poco de los mecanismos, espacios y redes a través de los que se profesionalizó la historia. En este proceso, el hogar, el matrimonio y el sexo han aportado materiales claves y cruciales para generar la historiografía. Su análisis sobre el maltrato físico y las humillaciones en la formación de las primeras generaciones de historiadores varones en las escuelas de élite nos permite pensar en la articulación entre masculinidad, lenguajes gramaticales y profesionalización. “Las peleas en los parques de la ciudad y la competencia entre varones en clase por los premios y las calificaciones fueron los momentos significativos y conmovedores de autodefinición a partir de los cuales se construía la sensibilidad histórica” (p. 140). Smith reconstruye en estos capítulos el modo en que la escritura de la historia se involucró en la domesticidad, la

familia y la sexualidad. A través del tratamiento magistral de documentos diversos, ilumina y complementa los primeros dos capítulos, porque la etapa en que las mujeres desestimaron su propia producción fue esencial en la creación de la figura del historiador autónomo.

Una multiplicidad de experiencias –entre las que destacan el caso de Michelet y su segunda esposa Athénaïs Mialaret o las descripciones sensuales de Leopold von Ranke sobre el archivo– le permiten demostrar que, si bien los estándares profesionales invocaban la impersonalidad y el profesionalismo, la profesión se desarrolló como un campo cargado de afectos y fantasías humanas. El archivo como objeto emocional, el fetichismo, el amor y el deseo heterosexual son apartados a los que se debe volver para repensar la investigación histórica y sus implicancias a la luz de nuevas preguntas. Durante el último tercio del siglo XIX “la historia”, como la “ciencia” de los hechos, consolidó su posición junto con el establecimiento del Estado-nación moderno. El vínculo fue tanto institucional como personal, profesional y

emocional. El relato sobre la nación, la preeminencia del Estado, en el centro de la emoción narrativa, implicó suprimir a las mujeres.

Los capítulos seis, siete y ocho indagan un período cronológico posterior a la profesionalización y se centran en las tensiones entre lo que llama el alto amateurismo, una segunda ola de escritoras amateurs socialmente diversas, y las industrias culturales. La inadecuación, la incomodidad, pero también las experiencias concretas de estas mujeres, la primera cohorte de consumadas profesionales, habitan con experiencias que las acercaban a las amateurs, como la necesidad de ganar dinero. Feminizadas y sexualizadas, estas mujeres, entre las que incluye a Anna J. Cooper, la primera mujer afroamericana en recibir su doctorado, llaman la atención por cómo se visten, por los colores que usan, porque bailan, fuman y se maquillan. Su trabajo no deshizo las jerarquías de género que operaban en la profesión, no alteró los patrones masculinos de la historia, pero añadió nuevos temas y elementos. Este grupo de historiadoras profesionales, –“cuya *feminidad* no podía

pasarse por alto, [...] marcó la erupción de la modernidad histórica, que impulsó la profesión hacia sus encarnaciones recientes y no menos generizadas” (p. 340).

La irrupción de nuevos temas como las dinámicas de raza, género y etnia enriqueció las investigaciones académicas, pero –sostiene Smith– ocurrió que el perfil generizado de la ciencia histórica y la preeminencia de la autoría intelectual masculina se refugió en la historiografía. Aún queda mucho por avanzar para desarmar autorías, espacios de poder, abusos y traumas. *El género de la historia. Hombres, mujeres y práctica histórica* resulta imprescindible para comprender los profundos significados de haber construido una profesión excluyendo a las mujeres de su ejercicio profesional. Un libro clave para seguir complejizando las dimensiones sobre el feminismo, la historia y la política y para defender la naturaleza dialógica, múltiple e intensa de la escritura del pasado.

Luciana Anapios
CONICET / Universidad
Nacional de San Martín

Quinn Slobodian,
Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo,
traducción de Paula Zumalacárregui,
Madrid, Capitán Swing, 2021, 448 páginas.

Pocos “-ismos” han sido tan elásticos, tan camaleónicos, tan escurridizos como el “liberalismo”. En nombre de principios liberales, muchos se han declarado socialistas, como John Stuart Mill y Léon Walras.¹ Otros han podido simpatizar con Mussolini, como Ludwig von Mises, o sostenido teorías racistas; otros han apoyado dictaduras o partidos-Estado, como algunos liberales chilenos y chinos; y muchos de ellos se han mostrado defensores entusiastas de un liberalismo autoritario inspirado en Carl Schmitt.² Toda ideología puede convertirse en su contraria, pero el liberalismo se ha prestado más fácilmente que otros a la contradicción.

La traducción española de *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, de Quinn Slobodian, ofrece al lector

hispanoparlante una ocasión para explorar una de las mutaciones más significativas del liberalismo en el siglo XX: se trata de lo que Slobodian define como la “escuela de Ginebra” del neoliberalismo. Eran miembros de esta escuela grandes figuras como Friedrich von Hayek y Ludwig von Mises, pero también personajes menos conocidos como Gottfried Haberler y Wilhelm Röpke. A diferencia de otras “escuelas” neoliberales, como la de Chicago (Milton Friedman) o la de Freiburg (Walter Eucken, Franz Böhm), la escuela de Ginebra se caracteriza por una particularidad: la idea de que debe existir una “constitución económica” a escala global. La “constitución económica” ya era impulsada desde los años 30 por el ordoliberalismo de la escuela de Freiburg. Para Walter Eucken, principal exponente del ordoliberalismo, el mercado no podía protegerse por sí solo de la intervención estatal, sino que demandaba una serie de instituciones capaces de mantenerlo en funcionamiento. Como lo señalaba en 1983 un discípulo de Hayek, “El punto de partida común de la teoría económica neoliberal es la idea de que, en cualquier economía de mercado que funcione como es debido, es necesario complementar la ‘mano invisible’ de la competencia con la ‘mano

visible’ del derecho” (pp. 25-26). El “neo” de este liberalismo –acuñado por el ordoliberal alemán Alexander Rüstow– provenía de esta idea. Pero la escuela neoliberal de Ginebra le agregaba una especificidad: para sus miembros, esta constitución económica no podía ser nacional, sino global.

El libro de Slobodian explora la historia de la escuela ginebrina desde sus primeros proyectos de un federalismo mundial en los años 1930 a la fundación la Organización Mundial del Comercio en los años 1990. Los primeros neoliberales comenzaron su revisión del liberalismo clásico a partir de una constatación compartida: frente al sufragio universal, el socialismo y las luchas sindicales, que ponían en riesgo el mercado y la propiedad privada, era necesario abandonar el *laissez faire* ingenuo y recurrir a la intervención del Estado. Las posiciones de un Ludwig von Mises en la “Viena roja” de los años 1920 son emblemáticas de cómo, sin ser fascista, Von Mises consideró que el carácter represivo del fascismo se justificaba por el peligro que representaban el socialismo y el bolchevismo. Esta idea aparecerá varias décadas después en el modo en que Hayek y otros liberales defendieron la llamada “dictadura liberal” de Pinochet (p. 416).

¹ Jean Pierre Potier, “Le socialisme de Léon Walras”, *L'économie politique*, vol. 3, n° 51, 2011; Alessandro Stanziani, *Rules of Exchange*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

² Charlotte Kroll, *Carl Schmitt in China. Liberalismus- und Rechtsstaatsdiskurse, 1989-2018*, tesis doctoral, Universidad de Heidelberg, 2021; Renato Cristi, *La tiranía del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile*. Santiago, Lom Ediciones, 2021. Sobre la elasticidad conceptual del liberalismo, véase Jörn Leonhardt, *Liberalismus. Zur historischen Semantik eines europäischen Deutungsmusters*, Múnich, Oldenbourg, 2001.

La organización obrera no era el único objeto de preocupación para los fundadores de la escuela ginebrina. Slobodian pone también de relieve un aspecto descuidado de esta historia: el rol que tuvo la disolución de los imperios, tanto europeos como coloniales. Las nuevas fronteras nacionales auguraban una proliferación de las “barreras” tarifarias ya erigidas en las antiguas metrópolis. Frente a esta amenaza, las posiciones puramente negativas de un principio –supresión de las tarifas– se transmutaron en planes más concretos de organización institucional (p. 52).³ A fines de los años 1930, en el Coloquio Lippman, las posiciones ya tenían más consistencia: el objetivo era abandonar “la falacia del *laissez faire*” y concentrarse en las condiciones necesarias para hacer existir un mercado global amenazado por el proteccionismo (p. 122). El coloquio llevaba el nombre de un periodista, Walter Lippman, cuyo libro *An Inquiry into the Principles of the Good Society* proveía la clave de la reforma neoliberal: un mercado mundial regido por instituciones adecuadas y un estado de derecho (p. 122). Los participantes del coloquio –Rüstow, Hayek, Von Mises y Röpke, entre otros– mostraban sin tapujos sus diferencias, pero todos coincidían en dos puntos capitales: no solo internacionalismo de mercado, sino también desconfianza

³ Para un Von Mises, la Belle époque había sido la era dorada: “Antes de la primera guerra estábamos a punto de realizar el sueño de una sociedad ecuménica”, decía en 1922.

sistemática hacia los datos y modelos macroeconómicos (p. 123). Las conclusiones del coloquio prefiguraban la agenda liberal de los años a venir.

El rechazo de la macroeconomía tendría en efecto un rol central en las ideas de estos neoliberales. Hayek fue el mayor exponente de la idea de que la economía es incognoscible, que los precios y los datos macroeconómicos no permiten entender la realidad de la economía, y que la única manera de intervenir en el mercado sin destruirlo es a través de reglas. Esas reglas no pueden estar libradas al voto, a los parlamentos, a los ejecutivos; tienen que ser reglas comunes a la mayor parte del globo, de modo que toda ruptura de la regla implique la destrucción de la economía nacional. En palabras de Slobodian, el proyecto de la escuela de Ginebra estaba focalizado en declarar la invisibilidad de la economía mundial. En definitiva: “Su programa consistía en diseñar las instituciones adecuadas para aprisionar la economía mundial sin describirla” (p. 134). En el fondo, el objetivo era mantener separados el espacio de la soberanía y el espacio de la propiedad privada. Lectores entusiastas de Carl Schmitt, varios neoliberales lo ponían en los términos de *El Nomos de la Tierra*: el *dominium* y el *imperium* deben ser impermeables el uno al otro (p. 29).⁴

Los proyectos de “constitución económica” se manifestaron de diferentes

⁴ Carl Schmitt, *Der Nomos der Erde*, Berlín, Duncker und Humblot, 1974, p. 17.

maneras. Algunos neoliberales, como Röpke, los combinaron con teorías culturalistas o cuasi racistas, y vieron en el *apartheid* sudafricano o el segregacionismo norteamericano la base social de una constitución económica al abrigo de las masas negras. Otros, como Haberler, se aliaron con representantes del tercer mundo para luchar contra los subsidios agrícolas de Europa y Estados Unidos – aunque, en el momento de redactar un informe para el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), Haberler parece haberse sentido aliviado cuando supo que Raúl Prebisch no estaría en el comité–. Otros se implicaron en la construcción de la Comunidad Económica Europea y, a pesar de las críticas de sus correligionarios, aplicaron una versión pragmática de la doctrina neoliberal: Europa guardaría hacia afuera ciertas medidas proteccionistas, pero tendría mecanismos institucionales para garantizar hacia adentro la libre competencia (p. 301).

La tesis del libro es que los neoliberales buscaban “aprisionar (*encase*) la economía mundial”. En discusión con la idea de que el liberalismo habría “desencastrado” el mercado de la sociedad –la famosa hipótesis de Karl Polanyi–, Slobodian muestra que los neoliberales de la escuela de Ginebra pasaron más de medio siglo buscando instituciones para encastrar el mercado. Desde sus primeros proyectos de federación, en que las soberanías nacionales serían limitadas por las reglas

jurídicas del mercado internacional, hasta su participación directa o indirecta en el diseño de la GATT, de la Comunidad Económica Europea y de la Organización Mundial del Comercio, los neoliberales ginebrinos dedicaron su tiempo a pensar mecanismos de regulación a escala global, y contribuyeron sin duda a homogenizar las reglas jurídicas que hoy impiden a los Estados nacionales intervenir en ciertos aspectos del mercado mundial. Según Slobodian, el “globalismo” de la escuela de Ginebra no consistió en un desencastamiento, sino en un “aprisionar”; no en el *laissez faire*, sino en mecanismos jurídicos globales para proteger la existencia del mercado tal como ellos lo imaginaban.

Ahora bien, si el neoliberalismo representa una novedad con respecto al liberalismo clásico, ¿cuán alejados están de sus predecesores? El libro quizás exagera el “neo” neoliberal: si la voluntad explícita de organizar el mercado podía ser novedosa, quizá no lo era tanto su propósito de homogenizar las reglas jurídicas a una escala mundial. Paradójicamente, cuando se explora la historia de la *bête noire* del neoliberalismo, el Estado nacional, nos encontraremos con un fenómeno análogo al que describe Slobodian. La extensión del Estado-nación como forma jurídica y política ha sido en gran parte un producto “globalista” de los liberales decimonónicos.

Es sabido que la idea de soberanía nacional fue en parte impuesta en el siglo XIX por tratados de inspiración liberal.

Por ejemplo, antes de firmar sus tratados con el Imperio británico y otras potencias coloniales, el Imperio Qing, el Japón de Tokugawa o la Corea de Choson ya intercambiaban sus bienes con sus futuros “socios” comerciales, pero sus criterios de soberanía y su visión del orden mundial eran diferentes. En el caso del Imperio Qing, las autoridades no consideraban a otros Estados como sus pares; la Corea de Choson era formalmente un Estado vasallo del Imperio Qing; y el Japón de Tokugawa tenía un emperador con soberanía simbólica, por un lado, y por el otro un shogun que dominaba una multitud de señores, cada uno con dominios relativamente autónomos. Ninguno se pensaba como un Estado-nación entre otros. Cuando las potencias coloniales les exigieron por las armas que firmaran esos tratados y que se comportaran hacia el exterior como una persona legal obligada a honrar sus contratos, todos ellos tuvieron que adoptar las ficciones jurídicas de las élites liberales europeas, en especial del Imperio británico. La “diplomacia de la cañonera” los obligó a comportarse como Estados-nación.⁵ A partir de ese momento, la situación empezó a revertirse para algunos de ellos: ya familiarizados con los principios de la nación y de la

⁵ En lengua occidental, véase sobre este tema Maria Adele Carrai, *Sovereignty in China: A Genealogy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019; Watanabe Hiroshi, *A History of Japanese Political Thought, 1600-1901*, Tokio, International House of Japan, pp. 333-351; Kirk Larsen, *Tradition, Treaties and Trade: Qing imperialism and Choson Korea, 1850-1910*, Cambridge, Harvard University Press, 2008.

soberanía –constantemente violados por las potencias que los impusieron–, empezaron a usarlos tanto contra sus vecinos como contra el antiguo opresor.

No debería sorprendernos que la generalización jurídico-política de la nación soberana haya sido en gran parte impulsada por las élites liberales decimonónicas. A fin de cuentas, la organización en Estados-nación conserva una impronta liberal, dado que la llamada “sociedad mundial” es una colección de individuos-naciones jurídicamente iguales los unos a los otros (y desiguales en la práctica). Si el neoliberalismo del siglo XX se sintió obligado a repensar las reglas mundiales y a debilitar las soberanías nacionales, es porque el liberalismo del siglo XIX ya no podía controlar las fuerzas sociales que había conjurado, y porque ese mismo idioma que los viejos liberales habían contribuido a imponer –el idioma de la soberanía nacional– ahora se usaba para formular proyectos alternativos. En este sentido, como parece sugerir Slobodian, el “neo” de los neoliberales no pasa tanto por el globalismo en sí, sino quizá por sus nuevos modos de intervención en instituciones globales. Y como lo muestra claramente su libro, también en este aspecto los neoliberales se mantienen fieles a sus predecesores: con vaivenes similares a los del tratado y la cañonera, han contribuido a crear un mundo que hoy, una vez más, se les escapa de las manos.

Pablo Blitstein
École des Hautes Études en
Sciences Sociales

Amín Pérez,

Combattre en sociologues. Pierre Bourdieu et Abdelmalek Sayad dans une guerre de libération (Algérie, 1958-1964),

Marsella, Agone, Collection L'Ordre des choses, 2022, 368 páginas.

El vínculo entre Pierre Bourdieu y Argelia ha sido remarcado en numerosas ocasiones. Sin embargo, menos frecuentes han sido las exploraciones sistemáticas en torno a las conexiones entre Bourdieu y Abdelmalek Sayad durante la guerra de liberación, relación indispensable para comprender los derroteros de los dos intelectuales y sus opciones disciplinares en perspectiva. El libro de Amín Pérez ofrece una recolocación de la experiencia argelina en la formación política e intelectual de ambos, reponiendo la historia social del “compromiso”, noción que anudó conocimiento social y acción política en el contexto de la violencia colonial. La pregunta por la inestable frontera entre ciencia y política que recorre el trabajo de Pérez es analizada a partir de las posiciones de los agentes y las dinámicas propias del universo de la guerra de liberación argelina, que aparece menos como un trasfondo general que como una esfera de sentidos que interpeló las reflexiones académicas orientadas por un horizonte de conflictos profundos. Así las cosas, la producción sociológica de Sayad y de Bourdieu es inscripta en una secuencia históricamente situada y se presenta como el resultado de determinadas afinidades ideológicas, relaciones sociales

y opciones políticas. Amín Pérez, profesor del Departamento de Sociología de la Université du Québec à Montréal, brinda en este libro, basado en la tesis doctoral, un impresionante trabajo en los respectivos *fonds d'archives* de Pierre Bourdieu y Abdelmalek Sayad, además de valiosas entrevistas y una detallada revisión bibliográfica. Se organiza en seis capítulos agrupados en dos partes: “La sociologie comme émancipation” y “La libération par la connaissance”.

La opción de Pérez de prospectar las trayectorias de Sayad y Bourdieu a partir de las conexiones entre ambos intelectuales resulta especialmente atractiva en tanto que dicha aproximación parece sortear la “ilusión” de recomposición total del recorrido vital, concentrando la mirada en un “momento” intenso de sus biografías. Así, Pérez revisa las trayectorias de Bourdieu y de Sayad hasta 1958, atendiendo a los entornos familiares y escolares donde cada uno forjó su visión del mundo y su sensibilidad ante las desigualdades. A continuación, se describe el escenario de la Universidad de Argel que reunió a ambos intelectuales cuya “distancia social”, sin embargo, los aproximó, al compartir experiencias de “desarraigo” de sus respectivos mundos

sociales. Tras la publicación de *Sociologie de l'Algérie*, Bourdieu se aproximó a la realidad militante de Sayad, con quien compartía la necesidad de “comprender los mecanismos de dominación que estructuran la vida de las masas argelinas”, movilizando recursos científicos que sostuvieran el “*engagement politique*”. La emergencia de una “sociología de la revolución colonial”, sostiene Pérez, provino de la traducción de los respectivos posicionamientos políticos en indagaciones científicas. La génesis de ese “saber subversivo” es restituida a través de la indagación en la configuración familiar de Sayad, la centralidad del compromiso político de su padre y los ámbitos de sociabilidad juvenil en los primeros años cincuenta para comprender la formación de un “*métier militant*”, a la vez contestatario de la dominación francesa y crítico de algunas prácticas de la dirigencia nacionalista. Asimismo, Pérez nos presenta el origen social y el traumático derrotero formativo de Bourdieu, sujetos a un “desplazamiento social” equivalente al de Sayad, que modelaron su “inconformismo” con las ortodoxias universitarias y políticas parisinas, desde el existencialismo sartreano al marxismo dogmático.

En uno y otro caso, la guerra en Argelia fue decisiva en la

reorientación de sus trayectorias. Las circunstancias bélicas interrumpieron el posible pasaje de Sayad por la universidad en Francia y demoró la tesis en filosofía que Bourdieu planificó. Estas bifurcaciones respecto de los caminos originales colocaron a ambos en un escenario donde la violencia represiva del Estado colonial radicalizó la politización de Sayad y sus intervenciones desde el “Comité étudiant d’action laïque et démocratique”, además que propulsó a Bourdieu, enviado a realizar su servicio militar de dos años en una Argelia en ebullición, a reorientar sus estudios de una tesis en filosofía bajo la dirección de Georges Canguilhem hacia la etnología y la sociología, mientras que promovía intervenciones públicas de denuncia con el apoyo de antiguos compañeros “*normaliens*” como Jacques Derrida.

Para Bourdieu y para Sayad, el conocimiento específico devino herramienta decisiva para el develamiento de las relaciones de dominación y vía necesaria para la emancipación social. Pérez recompone los contornos de las investigaciones dispuestas por ambos intelectuales con especial énfasis en el trabajo de campo etnográfico como forma privilegiada de aproximación a la realidad de las poblaciones más castigadas por el capitalismo europeo. Así, la “sociología del orden colonial” tomó el apoyo de algunas figuras claves del mundo cultural y político argelino como Himoud Brahimi o Mouloud Feraoun para profundizar en el análisis de los efectos estructurales de los desplazamientos forzados por la

dominación colonial sobre el orden social tradicional, discutiendo interpretaciones culturalistas como las de Germaine Tillion. La apuesta de Bourdieu por el estudio sistemático de las condiciones sociales en Argelia como base de la “emancipación política” lo llevaron a participar de discusiones teóricas en torno al concepto de “subdesarrollo” o a rebatir perspectivas psicológicas sobre la situación argelina, en tanto que “hacer sociología se había convertido en una forma de hacer política de otro modo”. Esta religación de las ciencias sociales y la acción política como punto de partida para la crítica abierta a la dominación francesa y a la comprensión de la opción revolucionaria del Frente de Liberación tomó por base la investigación empírica que Sayad orientó gracias a su profundo conocimiento de las poblaciones campesinas. Pero, como muestra Pérez, el posicionamiento que el militante argelino sostuvo ante las posturas “conservadoras”, como las del tunecino Albert Memmi, prolongaron la necesidad política de un conocimiento de las condiciones sociales necesarias para una revolución anticolonial.

En el capítulo 4, Pérez se detiene en la práctica de investigación social en el territorio que llevan a cabo Bourdieu y Sayad en el marco del “Plan Constantine”, organizado por el Gobierno francés para la “integración” de la población argelina. A partir de la elaboración de encuestas a comunidades urbanas y rurales y del registro de las condiciones habitacionales bajo la

orientación técnica de la Association algérienne pour la Recherche démographique, économique et sociale (Ardès) a lo largo de 1959 y 1960, Bourdieu y Sayad practicaron una sociología que articuló la política con la ciencia además de “sacar a la luz las causas del sufrimiento social que observaban”. Resulta especialmente interesante la reconstrucción que Pérez elabora del “impacto” de la experiencia etnográfica en ambos intelectuales y su aproximación a los ritos, las prácticas económicas y las secuelas del proceso de industrialización y reconversión de los campesinos en trabajadores bajo un nuevo régimen de exploración. La inmersión de Bourdieu, Sayad y equipo en “las trincheras etnográficas” supuso un tipo particular de trabajo de observación y registro “en caliente”, durante el desarrollo de los conflictos armados, situación que abonaría reflexiones sobre el estatuto del etnógrafo en el contexto de dominación colonial y de la validez de los datos allí construidos.

Contra el reclamo objetivista de “distanciamiento” para la práctica sociológica, Sayad y Bourdieu repusieron su apuesta de una investigación social comprometida, atenta a la práctica de los agentes y la dinámica política. La revisión de la antropología estructuralista de Claude Lévi-Strauss y de las polémicas etnológicas sobre las sociedades “sin historia” permitieron a ambos investigadores repensar una ciencia social “en la historia”. Al modo de la “mirada

distanciada” de *Tristes trópicos*, el tránsito de Bourdieu por la Cabília argelina le ofreció un ángulo reflexivo para pensar su punto de partida en el Béarn rural, la experiencia del impacto del capitalismo en una sociedad tradicional. De este modo, el objeto de estudio que Sayad y Bourdieu tenían ante sí se valió de la relectura de los clásicos de las ciencias sociales, de la revisión de las propias experiencias afectivas y formativas y de la insatisfacción con la práctica sociológica imperante. El proceso del desarraigo del campesinado, su conflictiva adaptación al medio de vida urbano y la desarticulación de las relaciones de solidaridad rural ocasionados por el Estado colonial son partes del cuadro de análisis bourdieusiano que recupera sistemáticamente la sociología del poder de Max Weber para evidenciar la dominación y la persistencia de cierto *ethos* “precapitalista” bajo la lógica del capitalismo. Los resultados de la pesquisa fueron apareciendo en diversas publicaciones afines al reclamo anticolonial, como *Études méditerranéennes* de Jean Lacouture, a la vez que algunos editores les propusieron planes de libros sobre la temática, que aparecieron luego de la independencia: *Travail et travailleurs en Algérie* (1963) y *Le Déracinement* (1964).

Las investigaciones realizadas por Sayad y

Bourdieu, sostiene Pérez, buscaron explicar la realidad social argelina y dar sustento a una “sociología de la revolución” cuyo alcance podría recuperarse en las luchas de liberación en otras latitudes. En este sentido, los ejemplos de Jawaharlal Nehru o de Fidel Castro sirvieron para interrogarse sobre otras experiencias de revuelta social. Sin embargo, Bourdieu y Sayad no fueron ajenos a la obra de Frantz Fanon para pensar los cambios desarrollados durante la guerra y el surgimiento de una “conciencia política”, aunque no compartieran el diagnóstico sobre las condiciones que harían posible una revolución socialista. Al respecto, ambos investigadores también presentaron su crítica a la orientación “mesiánica” que algunos líderes revolucionarios imaginaban para la Argelia independiente. Por ello, Sayad y Bourdieu pensaban que el objeto de la insurrección podía equivocar los objetivos si no se identificaban “condiciones efectivas de dominación” y se entregaba la organización a una “reacción apasionada”. La utopía racional de los sociólogos se enfrentaba a un límite: la dinámica de las fuerzas revolucionarias.

Finalmente, Pérez muestra la inserción de Bourdieu y de Sayad en el medio académico metropolitano con el cierre de la guerra, cuyas investigaciones sobre Argelia fueron celebradas por importantes revistas como

Annales, Études rurales o *L’Homme*. La marca indeleble de la experiencia argelina en ambos intelectuales modeló, en grados diversos, las prácticas sociológicas balizadas por el horizonte del “saber comprometido” y empíricamente sólido. La síntesis fue producir una ciencia social de combate contra el poder. En cualquier caso, para Bourdieu y Sayad su sociología no solo buscaba el develamiento de las estructuras del poder sino que, como Pérez subraya, suponía un horizonte pedagógico, una voluntad de transmisión de los resultados de esas pesquisas como herramienta de emancipación social.

Pérez ofrece un libro ambicioso en su objeto y con un especial cuidado en los fundamentos metodológicos de la pesquisa. La opción por explorar la sociogénesis de dos figuras intelectuales de la envergadura de Pierre Bourdieu y Abdelmalek Sayad a partir de la restitución del “momento argelino” que unió a ambos constituye un aporte valioso para la historia de las ciencias sociales, además de una invitación a la reflexión sugerente sobre las relaciones entre apuesta intelectual y dinámica política.

Ezequiel Grisendi
Universidad Nacional
de Córdoba

Ana Cláudia Veiga de Castro,
Um Americano na Metrópole Latino-americana: Richard Morse e a Formação de São Paulo,
San Pablo, Editora da Universidade de São Paulo (EDUSP), 2021, 398 páginas.

Esta obra, cuya perspectiva de análisis articula instrumentos de historia urbana, de historia intelectual y de historia cultural, toma por objeto la producción del historiador estadounidense Richard M. Morse (1922-2001) sobre San Pablo, que comprende una serie de textos entre los cuales se destaca, por su consagración en el campo y su amplia circulación, el libro *Formação Histórica de São Paulo: De Comunidade à Metrópole*, publicado en 1970 en la colección Corpo e Alma do Brasil, dirigida por Fernando Henrique Cardoso. Se trata de un trabajo de referencia para la historia urbana paulista pero también de un hito relevante para el campo disciplinar a nivel latinoamericano. El análisis histórico emprendido por Morse a partir de preguntas dictadas por su presente –la excepcionalidad de una metrópolis industrial latinoamericana viviendo un crecimiento urbano veloz en el siglo XX, extremadamente acelerado a partir de los años 1930– se desarrolló en una doble perspectiva, articulando ensayismo y objetividad científica. Se caracterizó por apelar a una gran variedad de fuentes, dentro de las cuales asignó un lugar protagónico a las provistas por el campo de la cultura. Sobre la base de tal aproximación a una historia urbana cultural y consagrado como texto clásico sobre la ciudad –constata Ana Veiga de

Castro–, el libro se transformó en una obra de referencia cuya vigencia perdura hasta el presente. Investidos de ese carácter, los contenidos del libro no solo no fueron cuestionados, sino que tampoco fueron indagados de manera sistemática como objetos de estudio. Tal indagación es la tarea que Castro asigna a su trabajo; los desarrollos que la autora elabora y las conclusiones a las que arriba justifican el interés que despierta este libro, cuyos alcances superan la historia urbana.

San Pablo constituyó un tema privilegiado de la intensa y productiva relación de Morse con América Latina, y la forma variable en que planteó la relación entre ciudad y región fue una de las tensiones que acompañaron toda su trayectoria intelectual. Como decíamos, el libro de 1970 es la obra más conocida dentro de las reflexiones mucho más amplias elaboradas por Morse. En efecto, se trata de una reedición revisada del libro de 1954 *De Comunidade à Metrópole: A Biografia de São Paulo*, que a su vez era una reelaboración de la tesis de doctorado finalizada en 1952 en la Universidad de Columbia bajo la dirección del antropólogo y latinoamericanista Frank Tannenbaum. Había estado también precedida por una serie de artículos académicos y por

su tesis de maestría para la Universidad de Princeton, centrada en la fundación de la ciudad y su período colonial (*São Paulo: The Early Years*, 1947, inédita). El libro de Castro analiza este conjunto de manera minuciosa y sutil, rastreando en el tiempo el proceso de configuración de esa extensa reflexión, contrastando los distintos episodios de un desarrollo de más de veinte años para identificar en su interior continuidades y desplazamientos. Al mismo tiempo, indaga en las cambiantes condiciones materiales y en los estímulos intelectuales que incidieron en la construcción del pensamiento de Morse sobre la ciudad (estadounidenses, paulistas, brasileños o latinoamericanos según lo que datos y preguntas demanden). Identificando primero los indicios de cambios en las propias obras, la autora se ocupa más tarde de explicar sus sentidos recuperando aspectos pertinentes de los variables contextos históricos atravesados por la trayectoria del autor. El análisis articula así distintos puntos de vista, describiendo un movimiento constante de acercamiento y alejamiento de los textos de estudio hacia sus contextos. Ese movimiento también contribuye a construir tramas complejas capaces de identificar los distintos sentidos en que circularon actores e ideas entre centros y periferias.

Los inicios del vínculo entre Morse y San Pablo fueron previos a su tesis de maestría. El interés del historiador por la ciudad se remonta a su viaje de 1941, cuando era estudiante de grado de Historia en Princeton y recorrió distintos países latinoamericanos. El contexto de la guerra exigía que los viajes de estudio abandonaran las tradicionales sedes europeas como destinos, mientras que las políticas estadounidenses propiciaban intercambios académicos con América Latina. El abordaje de este tema ilustra otro de los aspectos potentes del libro de Castro, que consiste en el análisis de las decisiones y elecciones de la figura intelectual en su vinculación con tramas políticas, culturales o intelectuales más amplias, considerando la mediación de las estructuras académicas en el impacto sobre los actores que participan de ellas. De esta manera, en lo referente a la constitución del campo de los Latin American Studies, Morse es presentado como parte de una “generación intermedia” protagonista del interés estadounidense por Brasil y América Latina. En tal carácter, el itinerario del historiador participaba de dos momentos: el primero, más “vocacional” o “romántico”, iniciado a principios del siglo xx, y el segundo, “completamente institucionalizado en 1959”, sostenido por las políticas estadounidenses dirigidas a la región durante la guerra, ampliadas en la posguerra y en el período de la Guerra Fría. Como en otros aspectos de su trayectoria académica e institucional, Morse respondía a ubicaciones particulares

definidas por el libro como puntos de cruce que lo llevaban a participar de universos distintos. Esa colocación intelectual, que es condicionante a la vez que estímulo para la elaboración de sus ideas, proporciona claves para entender su obra y sus posiciones en debates sobre la ciudad y la cultura latinoamericanas.

Otro cruce central en su trayectoria se registra cuando su formación académica estadounidense toma contacto con el medio intelectual paulista al realizar sus investigaciones de campo en la ciudad a fines de los años 1940. En efecto, Morse encontró allí una universidad de formación reciente –la Universidad de San Pablo, creada en 1934–, donde las ciencias sociales atravesaban un proceso de consolidación protagonizado por una constelación de jóvenes figuras locales, dentro de las cuales destacamos, entre muchos otros, a Florestan Fernandes y Antônio Cândido. Los registros de este vínculo y el rico intercambio derivado que el libro de Castro rastrea son numerosos. Pensemos simplemente en los cambios de los títulos de sus obras: de “biografía” de una ciudad (1954), manteniendo la aproximación clásica de las historias urbanas de los años en que el historiador se educaba, cambiaba a la “formación” de ese mismo fenómeno urbano (1970), adoptando la nueva terminología proporcionada por las ciencias sociales.

El análisis de los complejos vínculos entre historia y ciencias sociales que Castro registra en el trabajo de Morse constituye otro aspecto central

del libro. Como hemos afirmado, él formulaba preguntas a la historia desde su presente: el excepcional surgimiento de una metrópolis industrial en América Latina. En este caso, un producto urbano típico del capitalismo, planteaba Morse, no se había generado a partir de las condiciones imperantes en los Estados Unidos o en Europa, identificadas por referentes clásicos de las ciencias sociales. En efecto, en América Latina no fue la cultura protestante la que impulsó la formación metropolitana, sino que ella encontró su ámbito de desarrollo en la tradición católica. ¿Cómo podía explicarse esta doble particularidad paulista? La obra de Castro sigue la construcción del pensamiento de Morse, que a propósito de esa pregunta postula una tesis que mantiene a lo largo del tiempo: un particular *ethos* paulista, generado y arraigado en la historia de la ciudad desde sus inicios, habría sido la condición de posibilidad para la transformación protagonizada por la ciudad, de aldea colonial a metrópolis moderna. Esta valorización del rol de la cultura en las transformaciones materiales y la voluntad analítica de comprender esa cultura como totalidad distanciaban a Morse de las ciencias sociales, las cuales, atravesando sus propios procesos de consolidación disciplinar, impulsaban procesos de especialización, acompañados por la fragmentación del conocimiento que ellos producen. En otras palabras, compartía preocupaciones y no pocas veces conceptos con las

ciencias sociales, pero no sus objetivos ni sus medios de acción. La historia y el estudio de la cultura, sobre todo de la literatura –materia a la que prestaba atención desde sus años formativos en Princeton, siguiendo los inicios del New Criticism norteamericano, estimulada luego en sede brasileña por el diálogo con Cándido–, son aspectos desarrollados extensamente por el libro de Castro. También repara en particular en la historia de la arquitectura, ya que Morse se acercó a ella interesado en la cultura material como fuente histórica, adoptando claves interpretativas provistas por el intenso debate arquitectónico paulista y brasileño de los años 1940 y 1950.

El contenido del último capítulo del libro –estructurado en tres partes–, “Da Comunidade à Metrópole: Um Debate na América Latina”, resulta particularmente iluminador por el material empírico que estudia y por la reflexión conceptual que propone. Eso lo convierte, en nuestra opinión, en el corazón de la obra. En efecto, el libro retoma y rearticula allí cuestiones presentadas anteriormente, alrededor de dos conceptos fundamentales de la obra de Morse y de la sociología urbana de la época. Trayectoria de los conceptos en

distintos contextos, uso que el historiador hizo de ellos a lo largo del tiempo, sentidos que adquirieron en la forma cambiante en que interpretó la relación entre San Pablo y los desarrollos urbanos en América Latina son temas que se articulan en el análisis, explicando cambios introducidos por Morse en la edición final de 1970 de sus reflexiones. En esa obra, la ciudad ha dejado definitivamente de ser un caso brasileño para inspirar un programa de estudios sobre ciudades latinoamericanas como el que proponía como director de Latin American Studies en la Universidad de Yale.

Cabe destacar, finalmente, que no es este el primer libro en el cual la autora ensaya una aproximación a la historia intelectual y cultural a través del vínculo entre una figura y la ciudad moderna; nos referimos a su *A São Paulo de Menotti del Picchia: arquitetura, arte e cidade nas crônicas de um modernista* (San Pablo, Alameda Editorial, 2008). Esta concatenación de miradas afines sobre artistas e intelectuales y ciudad debe incluir también el prefacio al libro que nos ocupa, preparado por Adrián Gorelik y que opera como una sugerente presentación de la figura y su trayectoria, sobre todo para un público latinoamericano.

Recordemos también que el libro se originó en una tesis de doctorado que lo tuvo como director (junto con Ana Lanna). El libro de Castro se emparenta con la reciente obra de Gorelik *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2022): son dos obras en diálogo, buenos compañeros impulsando un abordaje del pensamiento sobre la ciudad que desborda los límites de la historia urbana para comprenderlo dentro de la historia intelectual de la región. Sin embargo, la obra de Gorelik construye un marco extendido, mientras que el abordaje elegido por Castro –una entrada más monográfica a la vez que una aproximación particularmente sensible hacia su objeto de estudio– le permite desarrollar una notable profundidad de análisis, capaz de aportar miradas y conclusiones originales sobre temas compartidos. Un libro complejo, riquísimo e iluminador de muchos más temas que los comprendidos por la historia urbana, cuyas preguntas merecen ser retomadas por otras indagaciones.

Anahi Ballent
Universidad Nacional
de Quilmes

Margarita Fajardo,

The World that Latin America Created. The United Nations Economic Commission for Latin America in the Development Era,

Cambridge, Harvard University Press, 2022, 297 páginas.

Una primera aproximación a *The World that Latin America Created*, el primer libro de la historiadora colombiana Margarita Fajardo, publicado por Harvard University Press en 2022, podría consistir en afirmar que se trata de una historia intelectual de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL). Sería, sin embargo, una caracterización incompleta: aunque la primera parte del libro persigue prolijamente los orígenes de la institución en la segunda posguerra y presenta una narrativa de su evolución hasta comienzos de los años 1960, luego se dispara en direcciones novedosas. Al hacerlo, el centro de gravedad se aleja progresivamente de la vida institucional de la CEPAL y de sus grandes protagonistas (los más destacados, el argentino Raúl Prebisch y el brasileño Celso Furtado), y se acerca a la constelación intelectual de la teoría de la dependencia.

Cepalinos y *dependentistas*, de hecho, son dos categorías centrales para el libro. En la presentación de Fajardo, los *cepalinos* (Prebisch, Furtado y otros actores centrales para la institución en los años 1950) se distinguen ideológicamente por un diagnóstico originario de la desigualdad entre centro y periferia, pero además por una confianza en las posibilidades de la cooperación internacional

y por un optimismo acerca de la factibilidad de las reformas económicas. Siguiendo a Fajardo, los *dependentistas* (André Gunder Frank, Fernando Henrique Cardoso, Theotônio dos Santos, Enzo Faletto), en cambio, generacional e institucionalmente diferenciados de aquel otro grupo de actores, fagocitan la categoría relacional centro-periferia pero la instrumentan en otras direcciones, principalmente a partir de un cuestionamiento profundo de los otros pilares *cepalinos* (la reforma y la cooperación).

Si *cepalinos* y *dependentistas* son dos nociones que ordenan la aproximación de Fajardo y le permiten designar dos redes intelectuales a un tiempo asociadas y distintivas, otra categoría central del libro es la de *worldmaking* (traducible, acaso con menos elegancia, como *creación de mundos*). En ese sentido, el libro forma parte de una subvariedad del a veces difuso giro global en la producción historiográfica que se ocupa de la historia de los imaginarios globales, y particularmente de aquellos concebidos en los márgenes del orden internacional. Así, *Worldmaking after Empire*, por ejemplo, que se ocupa de las dimensiones internacionalistas (de la *creación de mundos*) del anticolonialismo con un énfasis

en el “Atlántico negro”, es un obvio *partenaire* para el libro de Fajardo.¹

Sin embargo, ese no es, por supuesto, el único contexto historiográfico en el que *The World that Latin America Created* se inserta. Otro marco de referencia importante es un grupo de libros publicados en la última década que comparten un interés por la historia económica internacional de América Latina y una sensibilidad a fenómenos históricos transnacionales e internacionales, y que son parte de un esfuerzo por reflexionar – históricamente e historiográficamente – acerca del lugar de la región en la historia global. Podemos mencionar tres intervenciones importantes en esta línea. En primer lugar, *Forgotten Foundations of Bretton Woods*, un argumento sobre la importancia y la influencia de tradiciones latinoamericanas acerca del desarrollo en la configuración de la arquitectura institucional de la economía internacional.² En segundo lugar, *Revolution in*

¹ Adom Getachew, *Worldmaking after Empire: The Rise and Fall of Self-Determination*, Princeton, Princeton University Press, 2019.

² Eric Helleiner, *Forgotten Foundations of Bretton Woods: International Development and the Making of the Postwar Order*, Ithaca, Cornell University Press, 2014.

Development, que se encadena con la línea argumental de Helleiner con un estudio acerca de la diplomacia del desarrollo de México en el siglo XX, en un arco narrativo que comienza con la Revolución y la escena interamericana de entreguerras y termina con el tercermundismo económico de los años 1970.³ Y, en tercer lugar, *Sorting Out the Mixed Economy*, que argumenta que el giro neoliberal del último cuarto siglo XX en las Américas no es una simple reversión o rechazo del proyecto desarrollista de mediados de siglo, sino que es, en cambio, una formación parasítica que rechaza pero también selecciona instrumentos estatales de la “economía mixta”.⁴

The World that Latin America Created participa de un juego de reflejos y refracciones con las líneas centrales de esa literatura, a partir de los tres argumentos centrales que despliega. En primer lugar, y en consonancia con una tendencia ya a estas alturas sólida, el libro de Fajardo busca contribuir a la escritura de una historia global más amplia e inclusiva. Fajardo cuenta la historia de la formación de una institución global en América Latina, que participa de modo activo de un momento –la segunda posguerra– particularmente

fértil en cuanto a imaginarios globales, y que produce un mundo específicamente latinoamericano a partir de una crítica a la desigualdad económica internacional. Esa visión del mundo se ancla de forma institucional en la CEPAL y se capilariza, luego, en burocracias de la región y en instituciones académicas. Hacia fines de la década de 1950, incluso, como muestra la autora en uno de los descubrimientos archivísticos de mayor envergadura, el Fondo Monetario Internacional se percibía a la defensiva, y buscaba retomar terreno, frente a la hegemonía ideológica *cepalina* en América Latina. El momento hegemónico de la CEPAL es efímero, como mostrará Fajardo, pero su sola constatación demuestra la influencia de iniciativas periféricas en la gobernanza económica internacional del siglo XX.

El segundo argumento importante de la historiadora colombiana, por su parte, busca imprimirle matices al primero, a partir de una reflexión acerca de las escalas en la escritura de la historia global. Fajardo llama a esto una “desmitificación” y una “desfechitización” (p. 211) del giro global en la literatura reciente, y lo que busca es prestar atención a las diferencias entre la producción de imaginarios globales, por un lado, y sus horizontes de instrumentalización, por el otro. El activismo político *cepalino* y *dependentista*, dice Fajardo, no tenía como escenario principal el globo, sino más específicamente América Latina, y aún más determinados países: centro-periferia, dice, fue una categoría

instrumentalizada localmente. Se trata de una reflexión interesante, implícitamente fundamentada en distintos tramos del libro que cubren la participación en iniciativas políticas domésticas y regionales por parte de *cepalinos* y *dependentistas*. Sin embargo, *The World that Latin America Created* no es, en última instancia, un libro acerca de la relación entre economía y política, o acerca de la historia de la política económica latinoamericana. Se ocupa, parcialmente, de esos problemas, pero es sobre todo un libro acerca de la historia del campo intelectual latinoamericano, acerca de la configuración y la reconfiguración de clivajes intelectuales, acerca de la construcción de hegemonías y de sus derrumbes; es ahí donde se encuentran los momentos de mayor sutileza y filo analítico de Fajardo, y es a partir de ese lente que se puede reconstruir el hilo argumental del libro.

The World that Latin America Created cuenta, primero, el surgimiento de una institución global del Sur, la CEPAL, que produce un imaginario global latinoamericano y se afirma institucionalmente en la región (capítulo 1). Esa constelación de ideas, institucionalmente anclada, pone en marcha diversos proyectos en la región (de planificación en Brasil; de integración a escala latinoamericana), y alcanza una posición de hegemonía en el campo intelectual hacia fines de los años 1950 (capítulo 2). En ese contexto, una incipiente discusión intelectual acerca de las causas de la inflación (estructuralista vs.

³ Christy Thornton, *Revolution in Development: Mexico and the Governance of the Global Economy*, Berkeley, University of California Press, 2021.

⁴ Amy C. Offner, *Sorting Out the Mixed Economy: The Rise and Fall of Welfare and Developmental States in the Americas*, Princeton, Princeton University Press, 2019.

“monetarista”) contribuye decisivamente a definir y radicalizar un clivaje ideológico-institucional entre la CEPAL y el FMI, entre saber local y saber extranjero, entre ortodoxia y heterodoxia, que no era obvio ni estaba prefigurado a comienzos de la década de 1950 (capítulo 3). Ese momento de predominio intelectual *cepalino* es efímero: una breve participación en los momentos iniciales de la Revolución cubana, seguida de una gran apuesta por su reverso, la Alianza para el Progreso, desplaza a la CEPAL de su posición en la vanguardia intelectual latinoamericana y le causa una pérdida de legitimidad entre sectores de izquierda (capítulo 4). Ese es el contexto de fermentación de diversas críticas al proyecto *cepalino*, articuladas en sus versiones más influyentes por André Gunder Frank y Fernando Henrique Cardoso, quienes critican a los *cepalinos* la ingenua suposición de un capitalismo flexible y cooperativo y la falta de conciencia acerca de las variables políticas y sociales que obstaculizan la reforma (capítulo 5). Esos son los

orígenes de la teoría de la dependencia, una tradición polisémica y vibrante, que tiene con el proyecto *cepalino* una relación a un tiempo de vindicación y de rechazo, que se institucionaliza primero en Brasil y luego en Chile, y que estalla en una multiplicidad de proyectos políticos, tanto radicales (la *vía chilena al socialismo*, el tercermundismo radicalizado impulsado por Cuba) como centristas (el tercermundismo dialoguista impulsado por Prebisch, la oposición democrática a la dictadura brasileña liderada por Cardoso y el CEBRAP).

Todo eso nos lleva al tercer, y más potente, argumento articulado por Fajardo, según el cual el *dependentismo* es una respuesta crítica a la decadencia del proyecto de desarrollo *cepalino*. Los conflictos que ponen en marcha la declinación de la CEPAL son en buena parte intestinos: antes que la ofensiva de los Chicago Boys, el proyecto *cepalino* de desarrollo es víctima de fuego amigo. Ese argumento tiene implicancias importantes sobre la manera en que la literatura ha concebido las cronologías de la historia del pensamiento económico, en

particular, y del capitalismo, en general. Aquí Fajardo une armas con el mencionado libro de Offner para renovar las interpretaciones del giro neoliberal del último cuarto del siglo XX: Offner sostenía que el régimen neoliberal no es un movimiento externo proveniente del Norte que triunfa y se impone sobre el proyecto desarrollista, sino que es una transformación parasítica que escarda alguno de los elementos de la economía mixta al mismo tiempo que refuerza otros. El aporte de Fajardo corre por líneas similares, en la medida en que sostiene que la decadencia de los *cepalinos* es en buena parte independiente de la avanzada neoliberal. De esta manera, *The World that Latin America Created* ofrece sus aportes más valiosos no para la escritura de una historia global más amplia e inclusiva sino para la escritura de una historia del pensamiento económico latinoamericano más sofisticada.

Joaquín Ladeuix
Universidad Torcuato
Di Tella / Universidad
de San Andrés

Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado,
Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960,
Rosario, Prohistoria, 2021, 168 páginas.

Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960 asume el desafío crítico de cartografiar un territorio no solo poco explorado, sino también liminal. A los interrogantes que suscita un campo de estudios todavía en formación, como el de la llamada “nueva historia cultural de la diplomacia”, se suman los retos de indagar una zona marcada por la escasez archivística, como la de los primeros servicios exteriores latinoamericanos, y la porosidad que siempre incita la historia de las mujeres. Por estos motivos, precisamente, el mapa que diseña el libro es liminal: se trata de encontrar en la intersección de estas tres directrices aquello invisible para la historiografía tradicional. Cómo reconstruir la trama de esos vínculos, cómo pensar el lugar de esas mujeres en un mundo que por lo general les destinaba roles informales, qué fuentes abordar, cómo rastrear sus vidas itinerantes son las preguntas centrales de un libro que construye su objeto de estudio a medida que avanza en sus disquisiciones.

Organizado a partir de un estudio preliminar y tres capítulos concentrados principalmente en Argentina y Chile, el libro traza un arco temporal que muestra el apogeo y la crisis de un mundo organizado alrededor de la fe en la modernidad y el concepto de

Estado-nación. La profesionalización de la carrera diplomática, el acceso de figuras de clases medias y proletarias a esos espacios tradicionalmente de élite, así como la participación progresiva de las mujeres en la vida pública de sus países son las coordenadas centrales de un itinerario que se inicia a mediados del siglo XIX y cierra con la segunda posguerra. Para abordar las problemáticas nucleares de esa zona a cartografiar, la estrategia principal será el estudio de caso: rescatar aquellas trayectorias intelectuales de mujeres que cifran en sus experiencias y testimonios los trazos principales de ese mundo liminal.

La complejidad de este desafío es expuesta en el estudio preliminar a cargo de Paula Bruno. La autora mapea este campo de estudios en expansión, identificando sus antecedentes más cercanos. Los trabajos que abordan las vivencias y los modos de vida en los entornos diplomáticos (la ya mencionada “nueva historia cultural de la diplomacia”), por un lado, y las investigaciones enfocadas en la relación de las mujeres con el mundo de la diplomacia y la política, por otro, convergen en un nuevo territorio que intenta aprehender los dobleces e intermitencias de la labor diplomática femenina. El problema de la agencia femenina, el entrecruzamiento entre lo público y lo privado, el

protagonismo de la experiencia y las prácticas a la hora de abordar estas trayectorias, así como las dinámicas de exclusión e inclusión constituyen, según Bruno, las cuatro tendencias principales del “giro de género” que percibe en este incipiente campo disciplinar (p. 14). Ante ese panorama, la autora propone la noción de *embajadoras culturales* para pensar los roles y posiciones que ocuparon las mujeres latinoamericanas en ese entramado, en tanto “oficiaron como articuladoras de relaciones y lazos de afinidad en el mundo diplomático; fueron percibidas como figuras con potencial para mediar en la esfera política; generaron imágenes, información y novedades que circularon en distintos escenarios a escala internacional” (p. 15). El objetivo de estos trabajos será explorar “las posibilidades y oportunidades que estas mujeres tuvieron en distintos contextos”, así como “los costos y los límites” que también supuso su participación en estos ámbitos (p. 15). Es decir, analizar cómo estas mujeres fueron entretejiendo su propia trama de influencias y vínculos internacionales en los intersticios de ese mundo de poder, operando “dentro y fuera de la ideología de género”, como diría Teresa de Lauretis.¹

¹ Teresa de Lauretis, “Preface”, en T. de Lauretis, *Technologies of Gender*:

Las argentinas protagonizan el primer capítulo, “Eduarda Mansilla, Guillermina Oliveira Cézar y Ángela Oliveira Cézar. Entre ámbitos diplomáticos y circuitos transnacionales”, enfocado en las trayectorias de Eduarda Mansilla y las hermanas Guillermina Oliveira Cézar y Ángela Oliveira Cézar. Paula Bruno analiza cómo estas mujeres vinculadas con la actividad diplomática de distintas formas y en diferentes épocas cuestionan en su propio hacer los límites entre lo privado, lo íntimo y lo público en un mundo donde las políticas de amistad y las relaciones de parentesco apuntalan la conformación de un Estado en construcción. Los destinos oficiales de sus maridos, en el caso de Mansilla y Guillermina Oliveira Cézar, y la eclosión del asociativismo pacifista en plena antesala de la Primera Guerra Mundial en el de Ángela modelan sus experiencias de “mundo ampliado” que, como destaca Bruno, las lleva a convertirse en “figuras cosmopolitas y articuladoras de ideas, usos y hábitos”, inmersas en aquella “sociedad civil transnacional con demandas compartidas” que se consolida en las últimas décadas del siglo XIX (p. 28). Pero ¿cómo reconstruir estas trayectorias marcadas por la itinerancia, la informalidad y la falta de fuentes? La prensa asoma aquí como una herramienta indispensable: escondidas en páginas olvidadas y dispersas de diarios estadounidenses, franceses,

Essays on Theory, Film, and Fiction,
Bloomington-Indianápolis, Indiana
University Press, 1987, p. ix.

argentinos, españoles, la impronta de estas embajadoras culturales adquiere otra relevancia cuando esas piezas se articulan y dialogan entre sí. De hecho, el notable rastreo realizado por Bruno visibiliza hasta qué punto la prensa de la época estaba sumamente interesada en ellas (desde todo punto de vista: sus cuerpos, sus escritos, sus dichos, sus actividades) y muestra los contrastes entre esta atención y los obstáculos que a menudo encontraron dentro de sus círculos íntimos, como revela la correspondencia de Ángela Oliveira Cézar con su cuñado y Julio Argentino Roca en torno al emplazamiento del Cristo Redentor en la cordillera de los Andes. Vida pública y vida privada se solapan en estas trayectorias cruzadas de oportunidades –una carrera literaria en el caso de Mansilla, la posibilidad de reinventarse lejos de los rumores maliciosos en el de Guillermina, el reconocimiento internacional en el de Ángela– y decepciones, en un ambiente donde el peso de la tradición y los pruritos de clase tensionan las ambiciones y gestos modernos de estas figuras.

Varias de las problemáticas apuntadas por Bruno volverán a aparecer en el segundo capítulo de *Embajadoras culturales*, “Carmen Bascuñán, Emilia Herrera y Amanda Labarca. Entre vínculos familiares, mediaciones y responsabilidades internacionales”, a cargo de Marina Alvarado y enfocado en tres figuras chilenas: Carmen Bascuñán, Emilia Herrera y Amanda Labarca. Alvarado analiza los distintos roles que desempeñaron estas tres

mujeres –como damas diplomáticas, mediadoras informales y profesionales de carrera– a través de un recorrido que muestra el pasaje de un mundo regido por la lógica de la “intradiplomacia” a otro signado por la profesionalización (p. 98). Al igual que en los casos de Mansilla y de Guillermina Oliveira Cézar, la vida de Carmen Bascuñán como esposa del escritor y diplomático Alberto Blest Gana implica asomarse al ambiente de la sociabilidad decimonónica, con sus códigos de civilidad, sus alianzas matrimoniales y el juego novedoso de la exposición mediática. Este panorama se complementa con el acercamiento a la figura de Herrera, recordada protectora de exiliados argentinos en Chile y hábil tejedora de amistades transcordilleranas, cuya intervención informal durante el conflicto fronterizo entre ambos países en 1902 se analiza en detalle. El arco propuesto por Alvarado cierra con un acercamiento a la carrera de Amanda Labarca. Tanto por su extracción social como por su formación educativa y su desarrollo profesional, Labarca encarna una nueva etapa en la historia diplomática de Chile entrazada en la modernización y el panamericanismo. De este modo, Alvarado despliega una historia que, como ella misma señala, discute con quienes ven en la figura de Gabriela Mistral “un caso aislado y excepcional” y procura llenar “cierto vacío en lo que respecta al estudio de las trayectorias de mujeres chilenas involucradas directamente en labores diplomáticas” (p. 123).

Estas observaciones de Alvarado funcionan en más de un sentido como la puerta de entrada al capítulo que cierra el libro, “Gabriela Mistral, Palma Guillén y Concha Romero. Entre amistades, redes intelectuales y organismos de cooperación”, ya que Alexandra Pita se adentra en ese mundo signado por la profesionalización y el panamericanismo y analiza la carrera de Mistral como el núcleo organizador de una genealogía de mujeres transhumantes vinculadas con la vida diplomática y las asociaciones de cooperación internacional que se extienden a uno y otro lado del Atlántico durante el período de entreguerras. Al igual que Labarca, las trayectorias de Mistral y las mexicanas Palma Guillén Sánchez y Concha Romero se presentan como manifestaciones emergentes de ese fenómeno arduo y paulatino que implica la integración de las mujeres al mundo profesional y la disputa por espacios de poder. Sobre todo, en el caso de mujeres solteras, de clases medias y proletarias, como gran

parte de los perfiles abordados en este capítulo. Y esta nueva impronta implicó también un cambio abrupto en los atractivos y obstáculos que estas mujeres encontraron en la vida diplomática: el dinero, la competencia desigual, la conformación del *entre nos* femenino y el uso de la influencia para mover las redes del poder se imponen como las nuevas coordenadas necesarias para disputar cargos y posiciones en un mundo en proceso de transformación. Gracias a la preservación de la correspondencia de Mistral, Pita se sumerge en las intimidades de ese mundo y analiza en detalle los dobleces de la vida pública y la vida privada de estas mujeres, evidenciando, como destaca la investigadora, hasta qué punto “en la vida diplomática lo personal no queda afuera de lo político” (p. 158).

A través de todas estas vidas itinerantes, Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado delinean un universo maleable, transnacional y transcontinental, donde lo público, lo íntimo y lo privado borran las fronteras

disciplinarias e invitan a descubrir en los intersticios de las historias nacionales nuevas zonas a indagar y nuevas protagonistas. Y en este proceso *Embajadoras culturales* expone no solo sus hallazgos sobre ese mundo sino también cómo construirlo: tanto por el diálogo que establece con el campo de los estudios literarios (sobre todo, a partir de escritoras como Mansilla y Mistral) como por el modo en que las autoras indagan en la prensa de cada época, el libro se alimenta de otras disciplinas y materiales para volver tangible una trama dispersa e ignorada por los registros oficiales. Qué investigar y cómo investigarlo se convierten en las dos claves que impulsan la pregunta por las mujeres en el mundo de la diplomacia latinoamericana. Son los vectores de un mapa inicial, los mojones fundamentales de un territorio en pleno proceso de construcción.

María Vicens
CONICET / Universidad
de Buenos Aires

Silvina Cormick (ed.),
Mujeres intelectuales en América Latina,
Buenos Aires, Editorial SB, 2022, 292 páginas.

En una conferencia pronunciada en 1935, Victoria Ocampo advertía que en toda conversación entre hombres y mujeres siempre había un momento en que el hombre pedía no ser interrumpido para comenzar un monólogo, sin sentir la necesidad del intercambio con ese ser semejante y sin embargo distinto a él: la mujer. Pero a pesar de esta falta de escucha, muchas –como la propia Ocampo– siguieron hablando, escribiendo e interviniendo en el espacio público a lo largo del siglo xx. Y de esto da testimonio, sin dudas, el libro colectivo *Mujeres intelectuales en América Latina*, editado por Silvina Cormick y compuesto por doce trabajos firmados por especialistas que se ocuparon de analizar la actuación de diferentes mujeres –escritoras, artistas, profesionales y militantes– en la vida pública de América Latina entre finales del siglo xix y mediados del xx, a través de los aportes de diversas perspectivas, como la historia intelectual, la historia y sociología de los intelectuales y la historia de las mujeres, los estudios de género y los feminismos. De este modo, las y los lectores se enfrentarán a un volumen que reúne poderosos estudios que transitan y revisan la trayectoria y el rol de las mujeres más importantes de la cultura latinoamericana en el cruce entre pensamiento,

clase y género.

Estableciendo un diálogo con el clásico libro de Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, Cormick plantea en la Introducción que se buscó estudiar a las mujeres protagonistas de cada capítulo en su condición de intelectuales –una intelectualidad extendida que sin embargo nunca se termina de (re)definir–, en función de no solo conocer sus ideas, sino también sus actuaciones y posiciones, las actividades y asociaciones que llevaron a cabo y los debates que dieron en el ámbito social, cultural y político de la región. Un proyecto que buscó repensar la historia de las élites culturales latinoamericanas en diversas instancias –conversaciones entre colegas, congresos y jornadas académicas– hasta llegar finalmente a la publicación en forma de libro. Me resulta importante señalar el acierto de no pensar los discursos de estas mujeres separadamente de sus prácticas y de las redes intelectuales que tejen, permitiendo en consecuencia que el volumen se construya desde una concepción antiesencialista del género. En otras palabras, no se asiste a una simple sucesión aislada de casos de mujeres o, lo que es lo mismo, a una sumatoria de nombres excepcionales, ni tampoco se concentra en describir los obstáculos que ellas encontraron. Al contrario,

bajo la premisa de que los campos intelectuales son espacios constituidos siempre en forma conjunta por varones y mujeres, se inscribió a las mujeres estudiadas en la historia intelectual de América Latina, sin olvidar que muchas veces fueron relegadas a ocupar lugares subordinados. Oírlas, como quería Victoria Ocampo, para así explorar cómo idearon estrategias y dieron batalla en pos de ser reconocidas y hacerse un lugar (con o sin éxito) en el espacio público del continente, a pesar de los mecanismos de exclusión y marginación que las confinaban a la privacidad del hogar y la vida doméstica.

Si bien los capítulos se organizan cronológicamente, es posible trazar tres grandes ejes temático-conceptuales que impulsan otro itinerario posible de lectura. Son ejes que se cruzan y se solapan entre sí, aunque también funcionan de forma separada. El primer eje se detiene en el vínculo entre mujeres y profesionalización. Acá encontramos el estudio de Flavia Fiorucci sobre Cecilia Grierson que recupera la figura de la “primera médica argentina” y la relación conflictiva entre su condición de maestra, de médica y de feminista. Es interesante cómo la autora reconstruye el “*ser y saber como maestra*” en algunos de los escritos relevantes de Grierson y, al mismo tiempo, muestra que la docencia no era considerada por

ella un trabajo emancipador en cuanto se asimilaba al rol materno. Una paradoja que impregnó su feminismo y que, según Fiorucci, supuso la afirmación de roles tradicionales, pero también la defensa de espacios laborales para las mujeres más allá de las fronteras de la domesticidad. Por su parte, Inés de Torres nos presenta a Paulina Luisi quien, también maestra, buscó posicionarse como profesional universitaria de la medicina –la primera en Uruguay– enfrentando la lucha contra la prostitución y la trata de blancas a partir de los postulados del higienismo. A través de la creación de la revista *Acción Femenina*, Torres analiza la construcción de una “*institucionalidad feminista en clave internacionalista*” que cimentó el liderazgo de Luisi y su posterior alejamiento de la revista y del Consejo Nacional de Mujeres a causa de las tensiones políticas con las demás integrantes.

El segundo eje refiere a mujeres y literatura y/o artes plásticas. Dennis Arias Mora se detiene en el derrotero de Carmen Lyra, escritora de novelas sociales y cuentos infantiles y militante comunista desde los años treinta. El capítulo nos muestra cómo el universo narrativo de la escritora se trasladó al mundo político de la intelectual en forma de metáfora: escritores, nombres de personajes y obras de la literatura mundial ingresaron en su léxico para dar cuenta de las figuras políticas y personalidades conocidas en su presente, e incluso sus personajes se adentraron en el mundo de la política electoral. Del mismo modo, Gabriela

Cano en su capítulo dedicado a Amalia de Castillo Ledón también manifiesta la importancia de relevar la formación y experiencia literaria y artística de la autora mexicana en su desenvolvimiento político y diplomático, en especial en lo concerniente a la soltura escénica que jugó a favor de su desempeño público. Por su parte, el trabajo de Silvina Cormick sobre Gabriela Mistral se concentra en la construcción de su trayectoria intelectual como representante y expresión del continente latinoamericano. Dividido en dos partes, el capítulo rastrea la constitución como intelectual pública de Mistral a través de la imagen de la “maestra-poeta” que le permitió preservar su vida privada y, luego, la internacionalización de su figura, a partir del viaje a México en 1922, cuando se consolida como funcionaria y diplomática, destacándose dos experiencias: la parisina (su trabajo en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual y el diseño y ejecución de la Colección de Clásicos Iberoamericanos) y la neoyorquina, donde discutió las relaciones interamericanas con intelectuales e instituciones panamericanistas y les disputó la representación de América Latina a los académicos hispanistas. Este conjunto de prácticas permitió que se la identificara con lo que Cormick llama la “conciencia de América Latina”, que moldea un relato compuesto de literatura, música, costumbres y folclore combinado tanto con la herencia indígena como con una perspectiva femenina y feminista que rescata voces y figuras de mujeres americanas.

Sobre esto último, queda por pensar si el feminismo mistraliano no se relacionaría también con el lesbianismo como elección sexual disidente y forma de vida no hegemónica. El capítulo firmado por Dina Comisarenco Mirkin estudia una figura controversial, Nahui Olin, con el objetivo de ir contra la imagen cristalizada de la artista y escritora que exalta su belleza, sus romances y escándalos. Por el contrario, Dina se propone estudiar sus pinturas y poesías de los años veinte y treinta para devolverle a Nahui Olin un lugar dentro de la historia cultural de México, prestando particular atención a sus vínculos con el movimiento muralista. Rafael Rojas escoge como protagonista de su capítulo a Mirta Aguirre, poeta y ensayista cubana que se exilió en México en los años treinta, donde se acercó al feminismo social. Rojas examina los trabajos de crítica literaria y de política, en especial el estudio sobre sor Juana Inés de la Cruz publicado en 1975, en el cual la escritora saca a sor Juana de la corriente mística del siglo XVI y hace una lectura materialista que la enfrenta con Octavio Paz, Henríquez Ureña y Lezama Lima. Finalmente, Maria Alice Rezende de Carvalho sigue el paso de Zélia Gattai que pasa de ser la “mujer de” Jorge Amado a convertirse en una autora reconocida de autobiografías. A partir de ese pasaje, el capítulo explora la relación conflictiva de Zélia con los feminismos de la época y la apuesta por la crítica académica, y no por el mercado (a diferencia de su esposo), como signo de legitimación literaria.

En tercer lugar, se propone el eje mujeres y militancia. Cecilia

Macón indaga en la figura de María Rosa Oliver el vínculo entre corporalidad-discapacidad, ejercicio de la reflexión y acción política. A partir de las teorías contemporáneas sobre el afecto, Macón lee un “sentimiento de injusticia” que Oliver encarnó y reprodujo cuando impugnaba con sus acciones el capacitismo y otros mecanismos de opresión, a la vez que fue este sentimiento el que permitió enlazar el orden afectivo con la idea de emancipación y diversos modos de agenciamiento. Contemporánea a Oliver, Nydia Lamarque es estudiada por Laura Prado Acosta, quien reconstruye su perfil intelectual a través de la encrucijada que vivió la autora entre sostener un estilo polemista y, al mismo tiempo, ampararse en dos sistemas de ideas, el Partido Comunista, en primer lugar, y luego la Iglesia católica. No obstante, la lectura atenta de Prado Acosta demuestra que esta encrucijada se sostuvo gracias al interés que la autora siempre depositó en las figuras del héroe o la heroína como redentores de la humanidad: Rosa Luxemburgo, Lenin, Jesús y María, el personaje de *La cautiva* de Esteban Echeverría. Por último, el capítulo de Jorge Myers sigue el singular itinerario militante de Blanca Luz Brum, que pasó por el mariateguismo en los años veinte, la militancia en el Partido Comunista en Uruguay y México en los treinta y el peronismo en la Argentina de los cincuenta hasta la democracia cristiana en el Chile de los sesenta y el apoyo final a la dictadura de Augusto Pinochet. Con rigor, se reconstruye la primera parte de esta trayectoria tan disímil ideológicamente pero tan rica en

su accionar, que avanza de la mano de sus parejas, pero las excede por su impronta y propia producción compuesta de poesía, periodismo y ensayismo. El texto cautiva al transitar por la vida y escritura de Brum que permite también recorrer diversas e importantes empresas culturales latinoamericanas del siglo xx, como la revista *Amauta*, la propia revista de Brum, *Guerrilla*, el movimiento muralista y la escena porteña con *Crítica* y el vínculo –intelectual y sexual– que mantuvo con Natalio Botana y Salvadora Onrubia. Es importante señalar que el capítulo cierra con una reflexión aguda acerca las mujeres en entreguerras y la nueva modalidad en la función intelectual que se les presentó: la de ser gestoras culturales que dirigían, fijaban una posición y contribuían con su producción cultural a una emancipación que abarcaba diversos aspectos de su vida, como la posibilidad de escoger sus parejas y vivir relaciones sentimentales y sexuales.

El libro cierra con un capítulo que se recorta del resto, firmado por Heloisa Pontes, quien asume el desafío, que ella califica de “experimento sociológico”, de comparar a la brasileña Gilda de Mello e Souza y a la argentina Victoria Ocampo en los términos de dos mujeres que eligieron el ensayo como modalidad privilegiada de expresión y, al hacerlo, permitieron abrir otras zonas en la comprensión de las condiciones de producción del ensayismo latinoamericano. Con gran sensibilidad, el texto expone las dificultades que cada una tuvo en sus ámbitos culturales. Del lado de Gilda, se pinta el vínculo afectivo e

intelectual con Mário de Andrade, sus primeras incursiones en la ficción y su decisión de abandonarla para escribir “como hombre”, es decir, desde el campo científico de la sociología. Sin embargo, como aclara Pontes, su tesis doctoral sobre la moda en el siglo xix, concebida como un ensayo de sociología estética, fue considerado fútil, como “cosa de mujeres”, opinión que acompañaba el predominio masculino dentro y fuera de la universidad. Esta elección por un estilo propio de ensayismo la conecta con Ocampo, quien con su primer libro *De Francesca a Beatrice* también apostó por ese género tan público para una mujer en los años veinte, cuando la poesía en francés era lo que correspondía por su género y clase. Con sus diferencias personales, sociales y geográficas, Heloisa Pontes apunta que ambas se rebelaron en contra de los recursos expresivos usuales para las mujeres de la época, afirmándose como intelectuales en el plano de las ideas y del pensamiento, aun cuando Gilda no haya tenido la misma proyección de la que gozó Victoria. Gran acierto que este trabajo concluya el volumen, ya que condensa la propuesta por visibilizar los modos en que las mujeres debieron lidiar con los dispositivos sexistas del campo cultural latinoamericano y, al mismo tiempo, idear estrategias para hacerse escuchar en el espacio público, con más o menos éxito.

Laura Cabezas
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Benedetta Calandra,

Il corpo del Caribe. Le politiche sulla riproduzione tra Puerto Rico e Stati Uniti (1898-1993),

Verona, Ombre Corte, 2020, 286 páginas.

Especialista de historia contemporánea de América Latina, y de un tiempo presente enfocado desde la Guerra Fría especialmente en su vertiente cultural, Benedetta Calandra aborda en este libro un capítulo poco explorado de las relaciones interamericanas: el tema del control de la población en Puerto Rico desde el año de 1898, cuando la isla quedó bajo soberanía estadounidense. En el largo lapso que transcurre desde esa fecha se va conformando en efecto un “microcosmos políticamente ambiguo”. Puerto Rico se convertiría en un observatorio social privilegiado de las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, habida cuenta del estatuto semicolonial de un territorio en adelante sometido a los propósitos “modernizadores” de ese país, y a los imperativos de seguridad nacional, en particular durante la Guerra Fría. En semejante contexto destaca la lucha contra el comunismo, pero también contra la pobreza en un territorio de oscilante identidad, entre latina y WASP. También habría que mencionar la presencia en los mismos Estados Unidos, como fue el caso en la región de Nueva York. En ese aspecto, Calandra recuerda que este estudio se originó precisamente en un seminario que versaba sobre la Guerra Fría cultural entre “ambas Américas”, y que a

partir de allí le interesó estudiar el papel de las mujeres ante la difusión e imposición de prácticas anticonceptivas provenientes de los Estados Unidos.

Partiendo de un conocimiento exhaustivo sobre el período, tanto en los Estados Unidos como en la isla, y centrándose en determinadas etapas de esta política más que voluntarista, el libro analiza la naturaleza de los actores inmersos en un intenso debate que sobrepasa la esfera de lo público y de lo privado. Lo que está en tela de juicio es la esterilización de las puertorriqueñas emigradas, mayormente residentes en la periferia de Nueva York, y los experimentos sobre la píldora anticonceptiva en los años cincuenta antes de que se comercializara en 1960. En el primer caso, además, la práctica se difundió también en los demás países latinoamericanos gracias a la colaboración de agencias estadounidenses, incluso desde el año 1937. En el segundo, los experimentos estaban relacionados con una incipiente planificación familiar, y encontraron en Puerto Rico un verdadero terreno de experimentaciones, que no dejaron de encender el debate público sobre este capítulo de las relaciones entre la isla, en cuanto laboratorio de prácticas impuestas desde arriba (en un territorio caracterizado por su

fuerte dinámica demográfica, y con una débil frontera entre *agency* y *constraint*), y los Estados Unidos. Fue entonces cuando varias activistas, incluso estadounidenses, se abocaron a defender los derechos a la salud reproductiva de las mujeres, en particular de las puertorriqueñas.

Desde este punto de vista, las fuentes manejadas desempeñan un papel clave, al tratarse, como señala ya el primer capítulo y de forma más detallada al final del libro, tanto de archivos de instituciones públicas de Puerto Rico y Nueva York y/o correspondencias privadas y testimonios, como de documentos de diversa índole (fundamentalmente jurídica o hemerográfica/audiovisual). Este primer capítulo insiste en la complejidad del caso y en la relevancia de un tema político por esencia, ubicándose en una perspectiva cronológica que busca subrayar la muy activa presencia estadounidense en toda América Latina a raíz de la Guerra Fría. También explica la elección de Puerto Rico como espacio de indagación, un lugar privilegiado tanto en lo que a relaciones interamericanas se refiere como así también respecto del “sentimiento anti-*yankee*” que se venía difundiendo en esas décadas, en la isla y en la comunidad puertorriqueña asentada en los Estados Unidos. Este capítulo constituye asimismo un imprescindible balance

historiográfico sobre planificación familiar en América Latina, sus actores –actores subalternos incluidos– y los derechos individuales al respecto. Se privilegia una perspectiva plural de las ciencias sociales, y abre el debate acerca del eugenismo subyacente en ciertas disposiciones y propuestas drásticas inspiradas del *containment* prevaleciente en un mundo bipolar.

En los tres capítulos siguientes, la autora se adentra en el recorrido biográfico de tres mujeres involucradas en la planificación familiar en la isla: dos activistas estadounidenses, Margaret Sanger y Katharine Dexter McCormick, y la médica puertorriqueña Helen Rodríguez Trias. Sanger fue pionera de la planificación familiar y del control de la natalidad entre los años veinte y sesenta, apoyada por la Asociación por el Bienestar de la Familia, beneficiada con fondos privados desde los Estados Unidos. Por su parte, Dexter McCormick fue una millonaria filantrópica y activista feminista. En los años cincuenta apoyó los experimentos del Dr. Pincus, al financiar investigaciones médicas en la isla.

El último capítulo, redactado sobre la base del archivo de la médica militante puertorriqueña Rodríguez Trias, retoma y sintetiza a la vez la problemática fundamental que recorre el conjunto del libro: la esterilización (forzada) de las mujeres puertorriqueñas en regiones de mayor emigración como Nueva York. En contacto con la comunidad *neorican* de Brooklyn y del Bronx, esta

pediatra y activista se dedicó a defender el derecho a la salud reproductiva. Hay que recordar que el Committee to End Sterilization Abuses (CESA) se crea en 1974, en un momento en que culmina entonces una intensa reflexión acerca del cuerpo de la mujer, la sexualidad y la reproducción. En 1993 llegó sin embargo el reconocimiento, en la medida en que Helen Rodríguez Trias fue nombrada presidenta de la American Public Health Association, siendo la primera mujer de origen hispano en desempeñar ese cargo.

El libro muestra cómo el espacio en el que se desempeña Rodríguez Trias, desde la mitad de los años sesenta hasta el final de los ochenta, fue producto de una efervescencia político-cultural en la que se involucraron varios grupos feministas estadounidenses, especialmente desde la ciudad de Nueva York. Se trató de una época de denuncias con respecto a las “esterilizaciones raciales” impuestas por ese “paternalismo benévolo”, de tal forma que la libertad reproductiva se convirtió en un campo de batalla. El archivo de esta médica puertorriqueña también trae a colación la controvertida cuestión del libre consentimiento y de la coerción a la hora de imponer prácticas anticonceptivas (*public policy*), al ser la “operación” –tal como era conocido el procedimiento– un abuso derivado de una relación asimétrica de poder, en una suerte de extensión de abusos coloniales reiteradamente denunciados, ajena a cualquier proceso de negociación y por lo tanto a la voluntad de las interesadas. Para

1976, se considera que más de ocho millones de personas habían sido esterilizadas.

Este libro no es por lo tanto un recuento de un proceso controvertido; es por el contrario un acercamiento matizado y argumentado a la vez de la condición social de la mujer en un contexto semicolonial, y de las denuncias de las activistas sobre el particular. Se inserta en una historia social y cultural, dialogando asimismo con la historia de la ciencia, o la historia del género. Por ello, no cabe la menor duda de que abre no pocos interrogantes, y más cuando se ha ido configurando, tal como la autora señala, una nueva frontera historiográfica sobre el tema, alrededor del caso particular que constituyó precisamente Puerto Rico. Además, el debate que se desató en los medios de comunicación y las formas de resistencia que asomaron ante la misión civilizadora y modernizadora impulsada desde los Estados Unidos no se pueden enfocar haciendo caso omiso del “Sur global”, y más cuando se trata de definición “intercultural” (*cross-cultural*) de los derechos reproductivos en una perspectiva “racializada”. Sobre esta cuestión, necesariamente inconclusa, atestigua la exhaustiva bibliografía manejada a lo largo de este libro de interés para la historia cultural y social de las Américas, no solo para el período estudiado sino hasta nuestros días.

Frédérique Langue
CNRS - Institut d'Histoire
du Temps Présent

María Juliana Gandini,
¿Quiénes construyeron el Río de la Plata? Exploradores y conquistadores europeos en el lugar donde se acababa el mundo,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2022, 262 páginas.

María Juliana Gandini articula con pericia, en este libro, tres campos de estudio poco frecuentados en relación con la historia del descubrimiento, exploración y conquista del Río de la Plata. La obra obtuvo el primer premio de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia (ASAIH) a la mejor tesis de doctorado; en ella convergen la historia cultural y de las representaciones, la historiografía desarrollada a propósito del contacto entre europeos y no europeos en la primera modernidad y lo que podríamos denominar una más conocida historia de la exploración y conquista rioplatense, cuyas fuentes y relato Gandini revisita y revisa. En línea con los planteos de Anthony Pagden sobre la primacía de la *autopsia* en el contexto de la expansión transoceánica europea, la autora aborda uno de los mayores problemas epistemológicos enfrentados por los viajeros temprano-modernos: los mecanismos de validación de lo visto y oído desplegados por los súbditos de la monarquía católica en el contexto del descubrimiento, exploración y conquista del Río de la Plata.¹ Si la pregunta es cómo la

experiencia de exploradores y conquistadores fue traducida, transmitida y validada ante un público europeo ávido de noticias de ultramar, la respuesta necesariamente contempla las múltiples formas en que las agencias y saberes de las sociedades nativas intervinieron en la construcción de representaciones sobre la región.

En las tres partes en las que se divide el libro, Gandini reconstruye las operaciones intelectuales de las que se valieron los primeros testigos europeos para traducir a potenciales lectores sus experiencias sobre el terreno (pp. 12, 232). Para ello, desentrama no solo el proceso de exploración y conquista del Río de la Plata, sino también los mecanismos empleados para hacer creer aquella otredad geográfica y cultural. El “*setting*” de esta particular experiencia europea en ultramar es descrito en la primera parte. Allí se narran el avance ibérico en el sur de la América meridional y, más específicamente, la exploración del territorio rioplatense desde el “descubrimiento” del Mar Dulce por Juan Díaz de Solís en 1516 hasta la expulsión del segundo adelantado del Río de la Plata, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en 1545.² En la

segunda y la tercera partes del libro, Gandini examina tanto los mecanismos que permitieron dar forma a un conjunto de representaciones sobre el Río de la Plata y sus sucesivas transformaciones cuanto las “representaciones construidas sobre las sociedades nativas rioplatenses y su lugar en la etnografía temprano-moderna”, que aborda a partir de la noción de traducción cultural (p. 225). La autora demuestra que, al margen de su integración en el repertorio de alteridades geográficas y etnográficas de una Europa en expansión, las representaciones construidas tuvieron finalidades estratégicas, entre las que se destacó el objetivo de avanzar en la conquista de territorios potencialmente ricos en metales preciosos y la no menos importante supervivencia en un área del globo desconocida por los viajeros del siglo XVI (p. 181).

Las tensiones entre las experiencias sobre el terreno de los primeros exploradores europeos y los saberes heredados de las tradiciones clásica y bíblica –a los que la autora se aproxima a través de

Mendoza en enero de 1536 y la cristalización del topónimo “Río de la Plata” en la cosmografía de Alonso de Santa Cruz hacia 1537. Sobre la extensión del área geográfica estudiada, véanse las páginas 14 y 71.

¹ Anthony Pagden, *European Encounters with the New World. From Renaissance to Romanticism*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1993.

² Actúan como un punto de inflexión del periodo analizado la llegada de Pedro de

las categorías de “*mental sets*” de Ernst Gombrich y de “etnografías implícitas” de Stuart Schwartz— son estudiados en relación con las expectativas que impulsaron la conquista del territorio pero también sus fracasos.³ En lo que refiere a estos últimos, el libro demuestra cómo las variaciones toponímicas del “río sin orillas”, cuya actual denominación se consolidó hacia 1530 (p. 13), expresaron las cambiantes representaciones e identidades asignadas a aquella parte del “nuevo mundo” al tiempo que el fluctuante interés que concitó en la monarquía católica un área marginal en relación con las regiones mesoamericana y andina.

En principio, Gandini nos recuerda que las operaciones intelectuales de creación de sentido que estudia ocurrieron en el marco de procesos históricos y contextos materiales determinados, tal como la incorporación de la región platina a los territorios bajo posesión de la monarquía católica en la primera mitad del siglo XVI. En otras palabras, más allá de la autonomía que las representaciones del Río de la Plata cobraron en el largo plazo, el desafío de producir y validar información fidedigna que enfrentaron los agentes coloniales, funcionarios y cosmógrafos del rey respondió

³ Ernst H. Gombrich, *Art and Illusion: A Study in the Psychology of Pictorial Representation*, Nueva York, Pantheon Books, 1960. Stuart B. Schwartz (ed.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting, and Reflecting on the Encounters between Europeans and other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1994.

a necesidades concretas. La creación de testimonios verosímiles para ser incluidos como material probatorio en expedientes judiciales (pp. 88, 90), la producción de informaciones precisas sobre el terreno y sus habitantes a fin de garantizar alianzas exitosas en futuras exploraciones de la región y la búsqueda de la promoción personal a través de relaciones de mérito que probaran el servicio al rey fueron solo algunas de ellas.

Entre sus muchos aciertos, son tres los principales aportes de esta nueva historia del “río sin orillas”.⁴ Se destaca, en primer lugar, la forma en que Gandini relaciona la conquista y exploración del Río de la Plata con “el problema de la comunicabilidad de las novedades antropológicas y geográficas de ultramar” (p. 22). La importancia creciente del testigo ocular para describir las novedades americanas que fueran funcionales al Imperio es comprendida como parte de las transformaciones epistémicas de la temprana modernidad.⁵ Al examinar en las fuentes las formas de

⁴ La expresión literaria, que alterna con otras equivalencias del Río de la Plata, evoca la experiencia de los primeros exploradores europeos pero, en el lector contemporáneo, remite indudablemente al “verano” y al “otoño” del célebre ensayo de Juan José Saer. Por su parte, el escritor santafesino tituló su obra inspirándose en la “Primera carta del padre Cayetano Cattaneo, de la Compañía de Jesús, a su hermano José, de Módena”, escrita en Buenos Aires el 18 de 1729. Juan José Saer, *El río sin orillas. Tratado imaginario*, Buenos Aires, Seix Barral, 2021 [1991], p. 100.

⁵ En este punto, Gandini retoma los planteos de Arendt Bredecke, *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-, 2016.

comunicar las especificidades de la región platina, la autora no solo constata el “papel de lo empírico” en la conformación de un nuevo saber sobre el mundo sino también su ubicuidad. Aunque producidos durante la conquista de un área marginal del Imperio español, los documentos estudiados dan cuenta de un proceso central en la historia del conocimiento.

Su segunda gran contribución es la lectura desde las perspectivas abiertas por la historia cultural de un *corpus* conformado por relaciones, mapas, informes, memoriales, historias, cosmografías, cartas relatorias, probanzas de mérito y expedientes judiciales (pp. 28-30). Este acervo documental, cuya importancia reconoce en relación con la conformación de una historia nacional entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, es reexaminado a partir de nuevas categorías de análisis. Gandini postula la centralidad del registro judicial como fuente de información geográfica, etnográfica y económica de la región explorada (p. 89). A partir de la noción de “cosmografía judicial”, cuya aplicabilidad a otros espacios de conquista resultaría interesante evaluar, se detiene en los tipos textuales en los que se volcaron los testimonios de la primera conquista del Río de la Plata. Al respecto, señala que fue a partir de las descripciones del espacio geográfico y humano presentes en las deposiciones judiciales del período que se conformaron las primeras representaciones de la región. Hacia 1529, por ejemplo, en su condición de testigo del derrotero de Rodrigo de Acuña, un supernumerario

de nombre Francisco Dávila se refirió al río de Solís como “río de la Plata” (p. 52). Si bien el uso del topónimo se consolidaría varios años después, su aparición en el testimonio de Dávila evidencia la influencia de este tipo textual en la construcción de una identidad para la región. De igual modo, fue en las declaraciones judiciales que españoles y portugueses formularon sus representaciones de las prácticas antropofágicas nativas (p. 160).

Un tercer aporte y consecuencia deseada de visitar las fuentes vinculadas con la historia del Río de la Plata es la constatación de la agencia indígena en la conformación de una imagen sobre el territorio. Gandini destaca el papel que desempeñaron querandíes, tupíes, guaraníes, chaná-timbúes, agaces, payaguás y guaicurúes en la conformación de una sociedad mestiza y dinámica como fue la del litoral platense y sus zonas aledañas en la primera mitad del siglo XVI (p. 52). En línea con los aportes de Alida Metcalf, la autora centra su atención en los *go-between*s o intermediarios (i.e. lenguas bilingües del castellano y de alguna lengua nativa), que produjeron e hicieron circular en “espacios de

contacto novedosos” información y representaciones específicas sobre la región y sus habitantes (p. 166).⁶ Su participación e itinerarios son develados directa o indirectamente en los testimonios judiciales que analiza y a los que dedica especial atención en la sección titulada “Lo que saben *feitores*, naufragos y cautivos” (pp. 92-105). En las sociedades mestizas estudiadas, son traductores culturales los *degradados* y *lançados* (reos y voluntarios que por distintos motivos conviven durante algún tiempo entre las sociedades nativas de las costas de Brasil), capitanes, *feitores*, cautivos, lenguaraces y naufragos. También lo son los tripulantes de las armadas y, en última instancia, los cartógrafos. Gandini constata que la convivencia entre nativos de la costa brasileña y naufragos portugueses y españoles influyó en el viaje de Sebastián Caboto. Asimismo, comprueba que naufragos de expediciones pasadas se sumaron a la empresa de Pedro de Mendoza: “todos resultarían figuras de gran importancia en la expedición, al

convertirse en traductores y negociadores que permitieron establecer comunicación y vínculos con las sociedades guaraníes del Paraguay, resultado de su convivencia con los carijós de la costa brasileña” (p. 67). En el mismo sentido, adjudica un papel preponderante a los nativos, quienes, en definitiva, “mejor conocían los secretos de la tierra” (p. 105). Gonzalo chané, por ejemplo, confirma la muerte de Juan de Ayolas y garantiza, en consecuencia, el liderazgo de Domingo de Irala (p. 77).

A través de una prosa ágil y erudita, en su primer libro María Juliana Gandini también deviene una traductora de mundos. Acaso una *go-between* entre la historia cultural, la historia moderna y una tradición historiográfica centrada en procesos propios del espacio rioplatense, la autora construye un itinerario de investigación que transita con la soltura de quien conoce sus fuentes y conecta con debates ineludibles en el estudio de la expansión transoceánica europea de la primera modernidad.

Carolina Martínez
CONICET / Universidad
Nacional de San Martín

⁶ Alida Metcalf, *Go-between and the Colonization of Brazil, 1500-1600*, Austin, University of Texas Press, 2005.

Laura MaloSETTI Costa,

Retratos públicos. Pintura y fotografía en la construcción de imágenes heroicas en América Latina desde el siglo XIX,

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, 326 páginas.

Retratos públicos nos ofrece nuevamente una fascinante y contundente investigación de Laura MaloSETTI Costa. La consagrada especialista en historia, teoría y crítica del arte argentino y latinoamericano reúne en este libro un conjunto de trabajos, algunos ya publicados con anterioridad pero revisados para esta ocasión, y varios casos nuevos acerca de la circulación espacial y temporal de imágenes de reconocidas figuras latinoamericanas. Cada uno de los nueve capítulos del libro está centrado en una o dos figuras heroicas sudamericanas entre finales del siglo XVIII y mediados del XX. De los once personajes analizados, ocho corresponden a los héroes libertadores de la primera mitad del siglo XIX; Mansilla se ubica hacia el final de ese siglo mientras que Evita y el Che corresponden al siguiente. De todos modos, aquellos héroes de las revoluciones e independencias se analizan a través de una periodización de largo plazo en la que sus retratos vuelven a reproducirse para homenajearlos. Y, claro está, el momento de mayor fulgor es a finales del siglo XIX, en el proceso de consolidación de los Estados nacionales. La etapa de oro de la retratística heroica es cuando los gobernantes que lograban avanzar en la centralización política conmemoraban el

supuesto origen y se mostraban como en el espejo de su propio poder. Allí se para MaloSETTI para rastrear los retratos de los héroes de la emancipación y mostrar los cambios a lo largo del siglo XIX: todo un relato de cómo se *aggiorna* un héroe a lo largo del tiempo. En el marco de las actuales tendencias de los estudios visuales, no solo observa el momento de producción sino, sobre todo, de circulación y recepción de las imágenes. Un aporte central de MaloSETTI es poner de relieve la circulación de las imágenes en diálogo con la historia global. Las regiones latinoamericanas que abarca son los actuales Venezuela, Colombia, Ecuador, Chile, Bolivia y Perú, además del Río de la Plata y sus vínculos con Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, entre otros países.

MaloSETTI explica, en la Introducción, que los retratos se utilizaron para la identificación y el control, pero además continúan teniendo funciones afectivas, no solo en el ámbito individual sino también en la dimensión pública. Por lo tanto, le interesa en este libro abordar el valor del retrato como soporte de memoria afectiva, idealización o arma de ridiculización. ¿Podemos considerar sin imágenes las mentalidades o una más novedosa historia intelectual, o, para ajustarnos a este caso, excluyendo retratos? A pesar de

las actuales perspectivas, más receptivas a la importancia de las imágenes en la historia, todavía solemos separar los análisis realizados con fuentes textuales de aquellos que utilizan fuentes visuales. Esto genera ciertas deformaciones respecto de nuestra comprensión del pasado ya que, para los contemporáneos a los acontecimientos, las imágenes generaban conocimiento y eran mecanismos de memoria y aficción que no estaban separados de las esferas del pensamiento intelectual. Para ejemplificar con los retratos, un personaje público se conocía tanto por sus acciones y escritos como por sus aspectos simbólicos y visuales. Por lo tanto, sería muy auspicioso que la historia amplíe con mayor rigor la consideración de la cuestión visual como una parte sustancial de las ideas y lenguajes ideológicos, de las obras de pensamiento y de las producciones simbólicas. Este es el caso de las investigaciones, sugestivas y cautivadoras de MaloSETTI. En este libro, el contundente abordaje de las imágenes se realiza a través de una reconstrucción histórica que recupera una trama no solo visual sino también discursiva y más amplia. Como afirma MaloSETTI, “en nuestra cultura hay una sostenida identificación del retrato con las ideas y acciones del retratado,

arraigada en las formas de vincularse con esos artefactos: parecen los documentos más precisos, exactos en sus detalles e imprescindibles para conocer a un personaje” (p. 13). Pero su trabajo va aún más allá. En el marco de las actuales tendencias de los estudios visuales indaga acerca de lo que se ha denominado la vida de las imágenes. No alcanza estudiar el momento de producción de una obra, porque las obras perduran en el tiempo y a través de esa circulación temporal adquieren nuevos significados y apropiaciones. Podemos hacer un paralelismo con la historia conceptual, que ha mostrado cómo los conceptos van cambiando de significado a lo largo del tiempo.

En un trabajo pionero, el historiador del arte y director del Instituto Warburg, Fritz Saxl, llamó a su libro *La vida de las imágenes. Estudios iconográficos sobre el arte occidental*, en el que estudió ejemplos medievales a lo largo de los siglos. Actualmente algunas perspectivas de los estudios visuales han retomado ese término para presentar nuevas perspectivas que buscan salir de un tiempo único, lineal y universal –dominante en las teorías positivistas y muy presentes todavía– para adentrarse en una temporalidad múltiple y heterónoma. De allí que, en vez de analizar solamente el período de producción de las imágenes, las intenciones de quienes las hicieron y el contexto en que se produjeron, se ha pasado a analizar cómo las imágenes son interpretadas a lo largo del tiempo, dando prioridad a los cambios de la recepción en

diversos momentos históricos. Así, se ha puesto de relieve cómo pueden aparecer no solo interpretaciones polisémicas sino también opuestas y contradictorias. Una fotografía o una pintura perduran a lo largo del tiempo y nuevos observadores las admiran o repelen según sus propios modos de comprensión atravesados históricamente por los intereses y representaciones de su presente. Hace unos años, el filósofo e historiador del arte Georges Didi-Huberman señaló en su bello libro *Ante el tiempo* (2006) que una imagen nos enfrenta a un extraordinario montaje de tiempos heterogéneos. En este estudio, muestra cómo en la obra de Fra Angélico, el pintor renacentista del siglo xv, aparecen combinaciones de pensamientos separados por grandes brechas de tiempo, como las de Alberto el Grande junto al teólogo y místico bizantino Pseudo Dionisio Areopagita, o Tomás de Aquino con Alberto Magno y Jacques de Voragine con san Agustín. También Keith Moxley, en *El tiempo de lo visual* (2016), ha desarrollado estas visiones al afirmar que, como ocurre con otros fragmentos del pasado, las obras de arte no pueden mantenerse acorraladas asumiendo que pertenecen a períodos y lugares distintos del presente. Y el de Malosetti es un eximio trabajo que se inserta y dialoga con estas perspectivas. No se limita a entender el significado de los retratos públicos en un horizonte histórico particular (aunque lo haga con gran maestría) sino que reconoce sus roles en períodos posteriores. Esto se observa con gran

precisión en el elocuente análisis de la imagen de Juana Azurduy que muestra cómo se pasó de un retrato casi desconocido, con rasgos masculinizados y avejentados, a una patricia argentina que inauguró la pluma de Juana Manuela Gorriti, quien la había conocido de niña en Salta; hasta convertirse en una elegante y combativa amazona a caballo en los años 1920 y luego en guerrillera heroica de la emancipación americana a fines de la década de 1960 e inmortalizada en la voz de Mercedes Sosa. A partir de allí pasó a ser una joven heroína contemporánea con cabellos sueltos muy distintos al recogido del siglo xix, pero con medallas y charreteras como rasgos de continuidad con su primer retrato.

Según Malosetti, su libro “analiza el momento en que la invención de la fotografía desafió las reglas del género sin llegar a desplazar la pregnancia de las grandes pinturas al óleo” (p. 263). Así, en vez de considerar una visión tradicional que planteaba que la fotografía desplazó a la pintura de su rol en la retratística, observa los usos complementarios de ambas tecnologías y materialidades. El caso de Evita es paradigmático al respecto ya que, bien entrado el siglo xx, algunos de los retratos que más se difundieron son cuadros al óleo, pero que conviven en la memoria social junto con fotos bien conocidas e icónicas. O el paradójico caso de Lucio Mansilla, quien solamente quiso tomarse fotografías en un momento en que sus colegas solían retratarse por los pintores que formaban parte de un mismo

movimiento intelectual, como Eduardo Sívori, Eduardo Schiaffino, entre otros. Malosetti señala que “en tanto documentos del pasado, las imágenes ocupan un sitio extraordinario precisamente por su polisemia; en esos objetos se concentra una cantidad enorme de hebras del tejido histórico. Porque la imagen tiene que ver con el mundo del sentido y también con el de la suspensión de la racionalidad en la emoción” (p. 17).

Efectivamente, comprender la emocionalidad puede ser un aporte fundamental para la historia intelectual. Es necesario reponer la integridad social y cultural que, como historiadores, solemos separar por cuestiones analíticas, y no muchas veces volvemos a tejer. De todos modos, podemos agregar que, a través del análisis de Horst Bredekamp, *Teoría del acto icónico* (2017), construimos conocimiento con las imágenes. Al verlas

comprendemos aspectos que no percibimos sin ellas. Una vez más, Malosetti nos deleita con un excelente libro que nos da un panorama muy completo de la retratística pública en América Latina, su circulación a lo largo de dos siglos y los modos de indagación histórica.

Inés Yujnovsky
Universidad Nacional
de San Martín

Diego Escolar,

Los indios montoneros. Un desierto rebelde para la nación argentina (Guanacache, siglos XVIII-XX),

Buenos Aires, Prometeo, 2021, 274 páginas.

El libro de Diego Escolar retoma muchos de los temas y perspectivas planteados hace ya veinte años en su investigación doctoral, fundamentalmente la tesis de que la denominada emergencia indígena huarpe –que había comenzado a acelerarse desde mediados de la década de 1990– se apoyaba, en realidad, en una muy larga historia de luchas. Esta nueva obra de Escolar, planteada desde el marco de la antropología histórica, reconfirma aquella tesis a partir de la riqueza de datos etnográficos recogidos durante más de dos décadas en el trabajo de campo, pero ahora, primordialmente, también desde los datos provenientes de archivo con los cuales ha ido nutriendo su investigación en un verdadero y poco común trabajo interdisciplinario. Así, el autor reconstruye una historia –la de los laguneros huarpes de Guanacache– que hila desde el fin de la colonia hasta 1940, abordando diversos temas como la permanente lucha por sus tierras y por el agua, las estrategias de negociación y resistencias, el rol de determinadas figuras de autoridad étnica y, sobre todo, la dimensión política de sus proyectos y acciones, así como las distintas corrientes historiográficas desde las cuales se interpretaron estos procesos.

Los tópicos recorridos a lo largo del libro (una introducción, siete capítulos y un epílogo) son todos de relevancia y nos permiten adentrarnos en la historia (o en otra historia) de Cuyo e, incluso, comparar procesos con otras regiones. En tal sentido, no solo hay semejanzas con algunos casos conocidos de las denominadas provincias argentinas de colonización antigua (como Tucumán, por ejemplo), sino también de lugares más lejanos como Perú o Bolivia.¹ Por lo tanto, en el libro de Escolar hay un material muy rico que, junto con otros casos del país, nos permite

¹ Me refiero, por ejemplo, a las similitudes que pueden plantearse entre el concepto de “republicanos andinos” pensado para el caso peruano (Mark Thurner, *Republicanos andinos*, Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas, 2006) y el de “indios criollos” de Escolar. Asimismo, pueden establecerse vínculos con el trabajo de Frank Salomon sobre la reproducción que hacen los huachichiranos de los documentos coloniales, cuyo análisis remite directamente al de Escolar en relación con la Merced Real de los laguneros (Frank Salomon, “Una etnohistoria poco étnica. Nociones de lo autóctono en una comunidad campesina peruana”. *Desacatos* [en línea], n° 7, 2001) así como al de Tristan Platt referido al archivo indígena de los Carbajal (Tristán Platt, *Defendiendo el techo fiscal: curacas, ayllus y sindicatos en el Gran Ayllu Macha, Norte de Potosí, Bolivia, 1930-1994*, La Paz, Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional, Vicepresidencia del Estado, 2018), entre otros.

reintegrar a la Argentina, esa Argentina imaginada blanca y europeizada, a una historia latinoamericana más marrón (categoría política reciente que tiene potencial para repensarnos). De ese haz de temas/problemas, y en pos de la economía de este texto, destacaré solo tres que son los que me parecen más relevantes.

En primer lugar, el problema de la continuidad-discontinuidad. A lo largo del libro la principal preocupación de Escolar es mostrar ciertas continuidades: las indígenas, laguneras, huarpes. Así, por ejemplo, observa y analiza la continuidad en la lucha por la tierra. Se detallan los reclamos territoriales que hicieron los laguneros desde fines de la colonia y avanzada la república e insiste en las miradas invisibilizadoras de la etnohistoria cuyana sobre estos temas. Estos procesos de disputas territoriales fueron sostenidos sobre la base de una serie de fuertes liderazgos que desde el siglo XVIII se fueron renovando y reconfigurando al calor de cada coyuntura histórica. Pero en el libro es posible observar también otras continuidades: representaciones de los laguneros como malévolos, delincuentes, pobres, vagos, flojos, que se sostienen desde la colonia hasta el presente y que están asociadas a su carácter indígena. O bien, su contracara; reiteradamente se

insiste en que “ya no son pueblo...”, “ya no son indios”, y estas imágenes aparecen desde fines de la colonia y se replican en diferentes momentos, especialmente en la historiografía cuyana en el marco de lo que el autor ha llamado las “narrativas de extinción”. Otra continuidad es la representación de las lagunas como un espacio corrompido y amenazante tanto en la Colonia como en el siglo XIX (montoneras), una zona de pobreza absoluta. Esta imagen es discutida por Escolar caracterizando las actividades agrícolas, ganaderas, arrieriles y de pesca que allí se desarrollaron. Según el autor, se trata de una zona que fue desertificada, primero imaginariamente y, luego, ya a través de acciones concretas en la década de 1930, como la captación de aguas y su desvío para el riego agrícola en el marco de la reorientación productiva vitivinícola de Mendoza.

La visibilidad de todas esas continuidades planteadas por Escolar nos permite pensar también en las discontinuidades y abordarlas desde otra perspectiva. Algo que en el presente es más difícil de plantear porque, dadas las circunstancias, podrían utilizarse como vector de deslegitimación de reclamos y derechos. Una pregunta pertinente es cómo incorporar a nuestros análisis las discontinuidades, fragmentaciones, esos cortes abruptos o forzados que tuvieron que atravesar muchos pueblos indígenas. Por ejemplo, Escolar muestra la persistencia de los mismos apellidos y linajes entre los siglos XVIII y XX (incluso hasta la actualidad),

pero esa continuidad tiene su contracara discontinua, cuando luego de la muerte del líder Santos Guayama en 1879, de manera obligada y para salvar el pellejo, muchos cambiaron sus apellidos indígenas por españoles para evitar la represión. Así pues, el libro pone el foco en las continuidades, pero nos da pistas acerca de cómo pensar y presentar las discontinuidades y reevaluar esos procesos de manera más compleja.

En segundo lugar, aunque en vinculación con el problema de las continuidades, me interesa resaltar la cuestión de los archivos, y de los archivos huarpe en especial, cuya preservación –entre otras cosas– permitió sostener permanencias y que pudieran ser rastreadas hasta hoy. Sin dudas, el denominado “giro archivístico” de las últimas décadas y el “momento archivos” (como dice Lila Caimari)² que actualmente atravesamos puso el foco sobre este tema. Dicha corriente impulsó no solo a buscar nuevos papeles sino a releer los que ya se conocían y a revisar prácticas disciplinares e impulsar reflexiones metodológicas al respecto. En el caso de las historias relativas a pueblos indígenas, además, fueron los procesos de reemergencia étnica los que hicieron tambalear todas nuestras estanterías y certezas y buscar otras explicaciones. Estos dos movimientos, anudados en una notable sensibilidad etnográfica, lo llevan a Escolar a relevar otros

² Lila Caimari, “El momento archivos”, *Población y Sociedad*, Vol. 27, n.2, 2020.

documentos y archivos. Al respecto, el trabajo que hace con los archivos oficiales que se entreceran con los archivos huarpe, en sentido restringido, y con su propio archivo de investigador que, a su vez, seguramente alimenta el archivo huarpe ampliado, constituye uno de los aspectos más interesantes y potentes del libro, desde donde es posible repensar la historia con una perspectiva indígena, dar cuenta de silenciamientos, clandestinidades, injusticias y explicar la supuesta paradoja de ver aparecer indígenas considerados extintos.

Sobre el tema de los archivos, cabe apuntar dos cuestiones más. Por un lado, me interesa señalar que el “archivo huarpe” ofrece una clave más que será interesante profundizar a futuro: el rol de las mujeres en los procesos de lucha laguneros. La foto de Rosa Guaquinchay de la década de 1930 sosteniendo la carpeta con los papeles de ese archivo huarpe (p. 238) es una pista que, sin duda, vale la pena seguir junto con la de otras tantas mujeres que se mencionan en el texto. Por otro lado, resulta interesante la relación que se plantea al final del libro entre salamanca y archivo. Escolar se pregunta en el Epílogo, en un apartado que se llama “El retorno de las salamancas”, cómo, a pesar de todo, los laguneros mantuvieron memorias, conocimientos, modos de interpretación indígenas. Encuentra una respuesta a partir de su trabajo etnográfico, en la famosa salamanca, “esa escuela de los indios”, que, aunque muchas veces se ha olvidado cómo convocar, está ahí pues, pese a

todo, mantuvo su capacidad de persistir clandestinamente. La salamanca sería, entonces, la metáfora que representa la experiencia de reconstrucción y transmisión del pasado de los laguneros y es lo que ha ocurrido, dice el autor, con el archivo huarpe. En sus propias palabras: “en la medida en que fue mantenido misteriosamente posible y en ocasiones materializado por la operación de historiadores, magos o líderes políticos laguneros, esos mismos documentos, sitios, artefactos, relatos, gestos y prácticas culturales pudieron ser también dislocados y reincorporados en un corpus que permite releer su historia colectiva, y en parte de la nación, como indígena o indígena criolla” (p. 271).

En tercer lugar, quisiera destacar un último tema del libro, el referido a la trama racista que es posible visualizar a lo largo del tiempo. El autor da apertura a la obra a través de una analogía con el cine mudo. Dice: “La identidad nacional argentina se proyecta como una película muda, en alta velocidad y escasa definición” (p. 13). Agrega que, en esa película, hay figuras borrosas, opacas que, inclusive, salen de cuadro. Si el libro de Escolar fuera una película, sería, por supuesto, una película de mejor calidad que se sumerge y narra –de manera personal y

compleja– una (otra) historia de los laguneros huarpes, de Cuyo y, por supuesto, de la Argentina. Su trama, la que sostiene la narración, es la del racismo, aquel sobre el cual se construyó nuestra nación, el mito de la Argentina blanca –como escribió hace ya muchos años Mónica Quijada³ que tuvo efectos diversos a lo largo del país. En el caso de los laguneros, expresándose, concretamente, en conflictos por el agua y la tierra. El tema del racismo (resultado de la colonialidad persistente)⁴ está presente a lo largo de todo el libro, pero se observa muy de modo muy claro en los últimos capítulos: el relativo al análisis del documento colonial conocido como Merced Real, desacreditado por las élites mendocinas como inauténtico o falso por su “escritura aborígen degenerada” que, como dice Escolar, es una impugnación moral, de clase y étnica a la

³ Mónica Quijada, “De mitos nacionales, definiciones cívicas y clasificaciones grupales. Los indígenas en la construcción nacional argentina, siglos XIX a XX”, en W. Ansaldi (coord.), *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*, Buenos Aires, Ariel, 2004.

⁴ Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en E. Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.

vez. Y, especialmente, en el capítulo en el que se analiza la disputa por el agua entre laguneros e inmigrantes a principios del siglo XX, considerando también el rol del Estado. Allí, es otra foto la que resume este tema del racismo, la de un indio surreal que, a caballo y ataviado al estilo de las películas de vaqueros norteamericanas, desfila en primer plano en la primera fiesta de la vendimia en 1936, expulsando o sacando de cuadro, como dice el autor, “la aboriginalidad de los mendocinos” (p. 239).

En síntesis, este libro –escrito elegantemente y fruto de una investigación de muy largo aliento– tiene muchas virtudes. Entre ellas, no solo aporta nuevos datos a la historia de Cuyo, sino que, fundamentalmente, pone en primer plano la “fragilidad empírica de la nación blanca” (p. 30) y nos da herramientas sólidas para discutir ideas retrógradas –pero bien actuales– sobre los pueblos indígenas. En ese sentido, no me resta más que recomendar la lectura de esta obra, esperando que se difunda en muchos ámbitos y rincones del país.

Lorena B. Rodríguez
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Diego Armus (dir.),

Sanadores, parteras, curanderos y médicas. Las artes de curar en la Argentina moderna, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, 370 páginas.

Este es el último libro dirigido por Diego Armus, en el cual se propone dar una mirada general de los procesos de hibridación en la Argentina entre el campo médico, las formas alternativas de curar y el rol del Estado. Asimismo, brinda un panorama complejo sobre las tensiones existentes entre la biomedicina y las formas alternativas de encontrar potenciales tratamientos y posibles curas en diversos lugares de la Argentina en un marco temporal que se inicia entre fines del siglo XIX y culmina en el siglo XXI.

La Introducción y el Epílogo de Diego Armus son piezas fundamentales para la puesta conceptual del libro y la articulación de los catorce capítulos que reúne. Allí se pone en tensión y se complejiza la relación entre los médicos y los curanderos como actores que se suelen presentar sin relaciones entre ellos. La idea de que existen zonas grises en la atención de la salud y que sus vínculos son menos opuestos de lo que se supone recorrerá todo el libro. Mariana Bordes trabaja el concepto de profesionales híbridos en “Carmen y Mónica: terapeutas orientalistas en hospitales públicos de la Ciudad de Buenos Aires”. A través de entrevistas a dos reflexólogas podales, analiza cómo insertan su trabajo dentro de hospitales públicos. Ambas reflexólogas intercambian saberes con los profesionales del hospital, a su

vez que realizan tareas necesarias para este. Bordes se pregunta si la inclusión de estas terapias alternativas está vinculada con una mirada más holística del paciente, o si es parte de las carencias formativas del personal y de las demandas cada vez más complejas de los pacientes en torno al cuidado y la atención.

En línea con esta idea María Silvia Di Liscia, en “Teresita y Ana: el empacho, los médicos y las curadoras entre los siglos XIX y XXI”, señala que la curación del empacho, que refiere a dolencias digestivas en la infancia, es un terreno de disputa y de acuerdos. Dado que esta enfermedad infantil resultaba difícil de tratar, los médicos llegaron a consultar a curanderas, e incluso a considerar eficaz su tratamiento y potencial cura por medio de los polvos de buche de ñandú. Según la autora, la práctica de llevar a los niños empachados a curanderas persiste en la actualidad. La continuidad de prácticas alternativas en el tiempo resulta, a su vez, uno de los ejes centrales del libro, ya que se postula que el proceso de medicalización y la llegada de la salud pública no fueron procesos inmediatos ni totales. En este sentido, en el Epílogo Armus sostiene que a partir de las ciencias sociales se tiende a sobrestimar los procesos de cambio frente a los de continuidad en las terapéuticas

y cuestiona el énfasis otorgado al Estado, frente a otros actores, en el intento de buscar tratamientos alternativos a los tradicionales.

La aparición del cuerpo médico como brazo estatal vino acompañada también por la persecución a aquellas prácticas que se entendían por fuera de sus límites, lo cual no implica, de ninguna manera, que las formas alternativas de curar hayan dejado de existir. Un ejemplo de la tensión entre los galenos y las prácticas de los sectores populares se encuentra en el artículo “Juan Pablo Quinteros, un espiritista en Santa Fe a fines del siglo XIX” de José Ignacio Allevi. La pugna se da entre el espiritista, quien reclama su derecho a la libertad religiosa para ejercer, y el Honorable Consejo de Higiene, cuyos miembros lo apreciaban hasta que las autoridades cambiaron y la relación se tornó hostil por cuestiones más personales que políticas.

Mirta Fleitas, en “Curanderos de Jujuy en la primera mitad del siglo XX”, relata que en 1939 se produjeron manifestaciones frente al palacio de la gobernación para reclamar que el curandero Manos Santas regresara a la ciudad. Este suceso le sirve a Fleitas para contextualizar el precario sistema sanitario de Jujuy que por entonces no podía satisfacer las necesidades

de salud de la población debido a la escasez de personal y de hospitales.

Otra situación en línea con la reflejada en Jujuy y Santa Fe es la de “Jaime Press, un armonizador popular que conmocionó a Carlos Paz a comienzos de la década de 1960” de Adrián Carbonetti y María Laura Rodríguez. En el capítulo se trabaja la historia de un muy carismático armonizador popular que fue perseguido por ejercicio ilegal de la medicina. Jaime Press buscó defenderse alegando que si las actividades que realizaba no eran dañinas para la salud de las personas no habría ningún motivo para negárselas. El armonizador obtuvo apoyo popular y de la prensa local; no obstante, el fiscal solicitó que abandonara la ciudad, pero sus prácticas continuaron en una localidad cercana.

No se debe perder de vista que las personas enfermas tomarán y dejarán los tratamientos en función de sus deseos, sus expectativas o sus posibilidades de sostenerlos a lo largo del tiempo. Esto es relevante para pensar una historia de la salud que incluya las voces de los enfermos y pacientes. Las complejidades alrededor de esta cuestión son claves en “Entre la biomedicina y la homeopatía: la doctora Alicia y los doctores Fernando y Antonio a fines del siglo xx y comienzos del xxi” de Betina Freidin. Es importante señalar que en la Argentina para contar con la titulación en homeopatía, primero se deben obtener las credenciales de médico, por lo que los médicos derivan a otros profesionales a aquellos pacientes con patologías que quedan por fuera de lo que

ellos entienden que pueden realizar con el método homeopático, así como piden estudios o dan medicación alopática. Lo que resulta relevante en este caso es que son los pacientes los que en muchos casos quieren evitar otra medicina que no sea la homeopática.

Siguiendo esta línea, un nodo teórico del libro es el lugar de los enfermos/pacientes como sujetos que buscan tratamientos curativos o de rehabilitación por fuera de los marcos de la medicina tradicional. Por ejemplo, en “El padre Ignacio, un cura sanador a principios del siglo xxi”, Ana Lucía Olmos Álvarez analiza cómo el sacerdote Ignacio recibe a los fieles que se acercan a buscar una potencial cura de una dolencia con diagnóstico certificado por un médico. Para Olmos Álvarez las prácticas de Ignacio sugieren una alianza entre tratamientos, ya que coexiste el diagnóstico médico con las curaciones brindadas por aquel.

Es relevante señalar que los cambios en la relación entre la sociedad, el medioambiente, la enfermedad y la cultura, y cómo la biomedicina y las políticas sanitarias pueden o no responder de manera efectiva, se modifican según los momentos y las circunstancias. Diego Armus, en “Jesús Pueyo, el ‘moderno Pasteur argentino’ y su vacuna contra la tuberculosis”, plantea que en coyunturas de incertidumbre biomédica encontrar una potencial cura, tal como la de la vacuna de Pueyo, puede adquirir relevancia pública, hasta el punto que los mismos enfermos solicitaban a las autoridades sanitarias que se les

permitiera aplicársela, sin pruebas científicas suficientes de su efectividad.

Otro ejemplo en el que surgen cambios en las formas alternativas de curar impulsadas en momentos específicos, esta vez culturales, es en el capítulo de Nicolás Viotti “Daniel Alegre y el holismo terapéutico en Buenos Aires: de la contracultura a las terapias alternativas”. Allí se analizan los cambios culturales de Buenos Aires siguiendo los escritos sobre salud de Alegre, que comienza desde una mirada crítica a la idea de la enfermedad en el marco del capitalismo a principios de los años 1970, y luego cambia a las terapias chinas tradicionales, durante los años 1980.

Otro eje posible a lo largo del texto es el vínculo entre las prácticas alternativas de curar, la prensa y el mercado. La disputa por cobrar los servicios aparece en algunos casos como algo que diferencia a los curanderos de los médicos, pero al llegar el siglo xx, curar está vinculado a cobrar y, por lo tanto, a la necesidad de publicitarse. Esta cuestión será particularmente trabajada en el capítulo “Alberto Díaz de la Quintana, un hipnotizador, inventor y publicista en Buenos Aires a fines del siglo xix” de Mauro Vallejo, donde el hipnotizador crea sus propios órganos de prensa. La práctica de la hipnosis es sancionada por la corporación médica y por lo tanto Quintana debe revalidar su título de médico (ya que había estudiado en España). El hipnotizador desapueba el examen, pero hay médicos en Buenos Aires que siguen alquilándole sus consultorios, dejando en claro, para Vallejo,

que son las lógicas de mercado las que priman.

Hay otras situaciones en las que los sujetos harán uso de los medios masivos de comunicación, tales como el de María Dolores Rivero y Paula Sedran en “Fernando Asuero, un trigeminador milagroso de la década de 1930”. Allí se relata la historia de un otorrinolaringólogo español quien dice ser capaz de curar una larga serie de dolencias tocando el nervio trigémino. El trigeminador utilizará la revista *Caras y Caretas*, un seminario con gran circulación, para difundir su método. Su popularidad se extenderá hacia la música y el teatro. La repercusión de su personaje lleva a Fernando Asuero a convertirse en una personalidad pública. Asuero no es el único curador que aparecerá en la cultura popular, y en el capítulo de Juan Bubello “Crítica, burla y ridiculización de los sanadores populares en el cine argentino de mediados del siglo xx: ‘El Hermano José y El Curandero’” se analiza cómo por medio de películas aparece el conflicto entre médicos y curanderos. Si bien en estos films, los curanderos aparecen estigmatizados y se muestran los esfuerzos en erradicar las

prácticas alternativas de curar, también queda en evidencia cómo estas se sostienen a través del tiempo.

Una dimensión que no aparece tematizada de manera directa, pero que sí tiene lugar en varios de los capítulos, es la desigualdad de género en el área de salud. Daniela Edelvis Testa, en “Una pediatra en misión de fe: el hada Gwendolyn y la poliomielitis”, analiza las búsquedas terapéuticas de la pediatra (una mujer cristiana). Ella encuentra un método para tratar la polio que requirió un inmenso trabajo por parte de las enfermeras. Testa plantea, entonces, el vínculo entre el acceso a mano de obra barata por parte de las mujeres y la creencia de que ellas son más “aptas” y “esmeradas” para el cuidar y atender a la infancia desvalida.

El libro también trabaja el vínculo entre las mujeres, las formas alternativas de curar y los feminismos. Karina Felitti, en “VerOna, una joven bruja feminista en tiempos de la marea verde”, narra su historia de vida, en particular cómo ella incorpora la danza, y su lugar como mujer entre los activismos menstruales, los encuentros entre mujeres y el

acompañamiento de partos y abortos desde el lugar de *doula*.

En síntesis, *Sanadores, parteras, curanderos y médicas. Las artes de curar en la Argentina moderna* sugiere un recorrido histórico y antropológico integral que aporta los conceptos claves de “hibridación” y “zona gris” para pensar los procesos de salud, enfermedad, curación, espiritualidad y medicina de maneras complejas y siempre en tensión. La propuesta de considerar estudios de caso resulta particularmente exitosa ya que permite cubrir una cantidad interesante de procesos, pudiendo encontrar en ellos situaciones de continuidad alrededor de los complicados vínculos entre la medicina tradicional y las diversas formas alternativas de curar, así como da cuenta de un gran acervo documental, como revistas profesionales, películas, legajos judiciales, entrevistas, entre otros, lo cual le da una solidez empírica para sostener conceptos que se articulan a lo largo del libro.

María Emilia Martínez
Universidad Nacional
de La Plata

Isabella Cosse (comp.),
Familias e infancias en la historia contemporánea. Jerarquías de clase, género y edad en Argentina,
Villa María, EDUVIM, 368 páginas.

Estamos frente a un producto académico singular. Este libro tiene como objeto el análisis histórico de las composiciones familiares y de las infancias en nuestro medio, con detenimiento en ciclos más recientes. Se trata de ocho trabajos compilados por la solvencia de Isabella Cosse, entre ellos la Introducción, realizada por ella misma y que articula las contribuciones, pero que sobre todo revela la profundidad de las reflexiones en orden al sólido aparato conceptual que las ha guiado, a la rigurosidad de las fuentes y su tratamiento. Estos tópicos han sido cuestión de un abordaje incremental en las ciencias sociales y humanas en diversos *locus*, con enorme renovación a raíz de las nuevas percepciones, especialmente – aunque no de modo exclusivo – por la severa incisión de la perspectiva de género.

De la antigua matriz de preocupaciones centralmente demográficas, el prisma de observación ha girado hacia las mallas complejas que dejan muy atrás las percepciones de la antigua institución familiar. Los análisis más recientes abrevan en la pluralidad de los vínculos, en las constituciones polimórficas que abdican de la homogeneidad. A la vez que auscultan ángulos que justamente, porque conciernen a cambios socioculturales y también jurídicos en materia de

conyugalidad, de maternidad y en general de parentalidad, posibilitan una mudanza de óptica con relación a “la familia” del pasado. Ya se sabe que el verdadero tiempo histórico es el presente pues incita a interrogantes contrastantes con las épocas anteriores. Los sacudones epistémicos, sobre todo los provenientes de las canteras feministas, han remozado los problemas y las interpretaciones, y han hecho mucho más sofisticados los términos conceptuales.

Los trabajos aquí reunidos surgen del Grupo de Investigación Histórica Familias e Infancias en la Argentina Contemporánea que tiene sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y ha contado con fondos de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. El resultado de la saga es de enorme calidad, entre otras cosas por el análisis situado que interpreta con más audacia el contexto suculto de presiones que intentan la hegemonía. Como señala Cosse en el artículo introductorio, no puede segregarse a las relaciones familiares de las expresiones condicionantes de género, clase, étnicas, pero ocurre algo extremadamente dinámico: si las familias son

creadas por esas dimensiones, a su vez las crean. Subraya que las configuraciones familiares no son pasivas, aunque estén sometidas a tensiones, a conflictos con los escenarios de propulsión subordinante que provienen del propio Estado, de los intereses que esté representando, de los sistemas de gobernanza orientados según ideologías. Tengo la impresión de que el Estado moderno inventó una forma utópica de familia nuclear que solo tuvo vigencia en la abstracción del Código Civil. Ciertamente modelado preceptivo de la conyugalidad se advierte en la primera codificación civil y respondió a un conjunto de factores en los que se revelan dominantes las ideaciones, valores y propósitos burgueses, con una notable vuelta de tuerca patriarcal.

Cosse asegura que el diseño de la familia ordenada, armónica y feliz (la utopía del derecho privado) fue una noción clave en el diseño de las políticas públicas, esto es, de las intervenciones del Estado, que intentó que esta célula básica estuviera preservada de las transformaciones socioeconómicas, de la vorágine de los estremecimientos, de las tensiones. Sin embargo, estas arreciaron, y no puede dejar de pensarse que el empeño estatal fue una tentativa vana, pues se asistió a una diáspora de las formas familiares, aunque, lejos

de los presagios de mediados del siglo pasado que anunciaban el fin de la familia, los vínculos de familiaridad se afianzaron pese a que desde luego se abdicó en alguna medida de la consanguinidad. Cosse anticipa en la Introducción que los textos reunidos han desafiado por lo menos tres hipótesis. En primer lugar, la de la conflictividad: la intervención de las políticas públicas que a menudo, contradiciendo su desiderátum de preservar, han sido la oportunidad de fisuras, de averías. La segunda refiere a la gravitación del Estado y las políticas públicas, pero en tensión y a menudo en disputa abierta con las constelaciones familiares. Y la tercera tiene como referencia central a los medios de comunicación, transmisores de, según la expresión de Cosse, “raseros de normatividad”, cuya importancia ha sido creciente pues se han incrementado las condiciones de posibilidad de crear atmósferas, y casi siempre –según no pocas posiciones–, las corporaciones han venido arrogándose la “opinión pública”.

Ingreseemos a los abordajes que componen este libro. Claudia Freidenarj hace un excelente empleo de un conjunto de imágenes fotográficas referidas a niñas y niños en la bisagra de los siglos, pero sobre todo en los primeros años del xx. Como la autora analiza, el fotógrafo (pues entonces era una función casi excluyentemente masculina) resulta el primer condensador de sentidos; el intérprete central del escenario, aunque solo se limite a la selección de determinadas

escenas. Esas fotografías permiten la prolongación del análisis semiológico, las instrucciones que devienen para delimitar posición social y contextos. Tal como dice la autora, fueron capaces de exhibir lo que ocurría especialmente con los juegos habituales, y también lo que debía ser prescripto, sobre todo tratándose de infancias. Esto es, de individuos a formar, a regular, a normalizar. Un aspecto central de la sinergia de exhibir imágenes y educar al mismo tiempo se halla en los juegos que corresponden a los niños varones y los que son propios de las niñas, que se conjugaban con los que correspondían a las niñas de los segmentos bien posicionados vs. los que se practicaban entre las clases populares. La autora, en todo caso, se ocupa de las fotografías presentadas en público por los medios gráficos de la época, devotos de las demarcaciones de género y clase, y prestos a la formación de sensibilidades y orientaciones.

Paula Bontempo realiza con mucha habilidad un análisis de las derivas organizativas sociales de la célebre revista *Billiken* que hegemonizó las publicaciones destinadas a la infancia. Aunque la publicación ha sido objeto de diversas indagaciones, en este caso el foco está en lo que sugiero denominar la *función indexada de la educación cívica* que deseaba cumplir el semanario más popular que hubo en el país, pues la enorme mayoría de los hogares lo consumía, y no pocos de extracción obrera. No deja de sorprender la expansión de las asociaciones

gestadas en torno a la publicación que se denominaron Comités (¿podría haber alguna asimilación a las organizaciones partidarias que así se denominaban, dado que también había un sistema de afiliaciones a la iniciativa?). La autora vuelve sobre algunos aspectos de la revista, como la sección “Vida Infantil”, tan adherida a la comunicación edificante para la formación del carácter, pero especialmente se adentra en las actividades culturales que se desarrollaron en esos comités en muy diversos lugares del país. Los comités fueron una posibilidad de sociabilidad activa entre las familias de una comunidad, con notas seguramente excluyentes para algunos grupos sociales. Una contribución significativa es el papel protagónico de las mujeres en esa peculiar organización –cuyo declive se inicia en 1925 cuando ya faltan los recursos de la empresa editorial–, pues si hubo un aspecto de inexcusable legitimidad para el desempeño femenino, ese fue el campo pedagógico.

Leandro Stagno revela aspectos poco conocidos sobre las tensiones y los conflictos abiertos con el orden por parte de jóvenes habitantes de La Plata en la década 1930. Se desprende que se trataba muchas veces de contiendas entrañadas en la racionalidad violenta inculcada a la formación masculina. La osadía temeraria llegaba hasta la portación de armas de fuego, con desenlaces dramáticos algunas veces. La mayoría de esos adolescentes varones analizados por el autor habían desertado de la escuela, y su inserción laboral se hallaba

entre las categorías menos calificadas. Podría ser muy interesante seguir algunas de esas biografías de adolescentes socialmente segregados en la década siguiente, cuando nuestro país vivió cambios determinantes que incumbieron especialmente a las clases plebeyas.

Justamente, Mariela Leo aborda la circunstancia de la maternidad demandadora de asistencia en condiciones extremas de estar forzada a asilar criaturas, que incluyen las mutaciones del período peronista. El Estado de los años 1920 a 1940 exhibió decisiones judiciales estremecedoras en materia de “arrancamiento” – como dice una colega española– de las niñas de familias de calidad impropia, con averías morales, tantas veces asignadas y agigantadas por la situación de pobreza extrema. La autora hace un excelente examen de algunas experiencias en que las propias madres resultaron solicitantes de asilo de niños y niñas, debido a las imposibilidades de dar una crianza segura. Subraya el estilo subordinado que debían emplear madres y familiares para establecer intercambio con los aparatos de la beneficencia. Leo refiere las circunstancias cambiantes del primer peronismo cuando las madres afectadas pudieron manifestar, y hasta de modo directo mediante cartas a Evita, las situaciones que atravesaban, los problemas de malos tratos que sufrían sus hijos en los lugares de asilo, y reclamaban control por parte del Estado. La autora percibe un cambio significativo con cierta forma de empoderamiento que asiste a las maternidades demandantes,

viabilizada por “la integración al cuerpo de la nación” que hizo posible la política social del peronismo.

Agostina Gentilli desarrolla un aspecto muy poco tratado de la Córdoba de los años 1960. Se refiere a las valoraciones en el ámbito del sistema judicial en la resolución de las adopciones, de acuerdo a la primera ley de 1948 y las modificaciones de 1971. Analiza una muestra de 85 solicitudes de guarda con el objetivo de adopción entre 1957 y 1974, ciclo en que se cambió la denominada *adopción simple*, que era ciertamente precaria, a la *adopción plena* que tornaba irrevocable el vínculo filial. En Córdoba se creó la Secretaría de Prevención como órgano intermediario, pero no deja de llamar la atención que el Estado, hacia 1957, no poseía un registro de adoptantes y que casi el 50% de las decisiones sobre esta cuestión estaban en manos de los progenitores u otros familiares. Por otra parte, eran moneda corriente las inscripciones registrales falsas debido a los arreglos por fuera del circuito judicial, que todavía subsisten. Los cambios hacia un mayor control se establecieron en 1972, con una dependencia formal, el Equipo Técnico a cargo de la Dirección General de Menores. El análisis de Gentilli repara en que, finalmente, el sistema legal de adopción tomaba decisiones maleables, no había un filtro severo sobre las calidades sociales y personales presentadas por quienes deseaban adoptar niñas y niños, y que esta porosidad permitió afirmar la institucionalización del proceso, que siguió

conviviendo con modalidades marginales para tornarse madres/padres de una criatura.

Isabella Cosse completa su participación en este libro con una investigación que alarga los sentidos reivindicativos de la organización Montoneros en la coyuntura de los primeros años 1970. Está en foco la dramática bisagra 1973/1974 cuando se descomponen gravemente los vínculos con el Gral. Perón, cuyo regreso había sido uno de los motores del accionar de esa conformación. En el repertorio de las dimensiones clave de la radicalidad transformadora que la ocupó, tienen un lugar singular la infancia y la adolescencia. Cosse repasa el largo significado otorgado a la niñez en las posiciones próximas a las clases trabajadoras, pues en ella se cifraba el porvenir venturoso de una sociedad más justa. La infancia daba sentido a las urgencias transformadoras en las que se habían empeñado las fuerzas ideológicas y políticas que aspiraban a la igualdad humana. Una reedición de tales aspiraciones pudieron ser las conocidas políticas a favor de la infancia desvalida tramitadas por el peronismo, y en la perspectiva de quienes adhirieron a Montoneros también hubo una clara adhesión a ese cauce, que puede seguirse en el diario *Noticias* y luego en *Tendencia*. En estas publicaciones de la organización aparecen numerosos materiales, con no pocas huellas fotográficas, acerca de la condición de niñas, niños y adolescentes de los sectores populares, transidos de una ardiente defensa del estatuto de sus derechos. Cosse

refiere la ausencia de análisis más complejos en los “casos” de los que se ocuparon esos medios, y no le escapa que en la fase 1974, bajo el tercer Gobierno de Perón, cuyo ministro de Bienestar Social era el denostado José López Rega, sobran los motivos para enrostrar la absoluta falta de compromiso de esa cartera –y del gobierno peronista–, con la infancia y adolescencia de las mayorías populares representadas por los “cabecitas negras”. La autora pone en evidencia una serie de aspectos, pero subraya la trama anudada de “lo político, lo sensible y lo afectivo” que inexorablemente está presente en la consideración de los sujetos del ciclo de la infancia.

Como último texto del libro, Karin Grammatico nos recuerda diversos aspectos –poco abordados– de la campaña realizada por las organizaciones feministas para conseguir la patria potestad compartida en plena dictadura militar. Es especialmente interesante el movimiento y los riesgos por readquirir un derecho que había sido dos veces anulado, cuando

se extinguió la Constitución de 1949 que preveía que la potestad recaía en ambos progenitores, y luego, en 1975 cuando la ley sancionada sobre la corresponsabilidad parental fue vetada por María Estela Martínez de Perón. Quien esto escribe fue dramáticamente afectada por la ley que daba al padre absoluta potestad, pues al momento en que solicitó la venia correspondiente para salir al exilio con sus hijitas, en 1976, le fue denegada. En la reconstrucción de Grammatico acerca de la Unión Feminista Argentina (UFA), del Movimiento de Liberación Femenina y del Frente de Lucha de la Mujer, vuelve sobre el dispositivo de *concientización* que en la época se disponían a desarrollar entre las mujeres. La feroz dictadura obligó a un repliegue de las activistas, pero no dejó de haber manifestaciones esporádicas. Como dice Grammatico, si por un lado la dictadura presentaba algunos flancos, el miedo impedía que las personas firmaran el petitorio. Se debe sobre todo a la difusión en algunos medios,

pero especialmente a la publicación feminista *Persona*, el aumento notable de firmantes de la propuesta, que fue finalmente presentada. Pero es bien sabido que no prosperó, entre otras cosas, por el apego exacerbado a las ideas conservadoras del régimen dictatorial que tornaba inadmisibles abdicar de la autoridad masculina en la institución familiar.

Este libro contiene un compendio de investigaciones rigurosas y originales sobre intersecciones gravitantes en las disímiles experiencias de los lazos familiares y la infancia en la historia de nuestro país. Se trata de una historiografía indispensable para comprender la complejidad de los vínculos según contextos mutantes, porque en verdad va más allá del ordenamiento familiar y el estatuto de la niñez y la adolescencia. Permite comprender a la sociedad argentina en su conjunto.

Dora Barrancos
CONICET

Leonardo Senkman,
César Tiempo. Los arrabales de un judío errante,
Buenos Aires, Leviatán, 2021, 380 páginas.

El historiador de las ideas y crítico cultural Leonardo Senkman ha elaborado en este libro un retrato intelectual comprensivo de César Tiempo (1906-1980), centrándose sobre facetas escasamente abordadas de su creación literaria, ensayística y periodística. Nacido bajo el nombre de Israel Zeitlin, llegó a la Argentina a la edad de nueve meses, con sus padres huyendo de una ola de antisemitismo en su Ucrania natal. Hijo de inmigrantes, pasó su infancia en los barrios de Villa Crespo y San Cristóbal en la ciudad de Buenos Aires, donde concurrió a una escuela hebrea y a la Escuela Nacional de Artes.

Aún adolescente, Zeitlin enviaba cuentos y poemas de temas judaicos a varios periódicos argentinos, algunos de los cuales fueron publicados tempranamente. Cuando solo tenía veinte años, en 1926, su primera obra *Versos de una...* fue altamente elogiada, aunque su autor permaneció incógnito, habiéndolo publicado con heterónimo femenino. Se trataba de un libro de poemas líricos que supuestamente reflejaban la vida y experiencia marginal de una prostituta judía-ucraniana inmigrada a la Argentina de nombre Clara Beter. En aquellos años, no era inverosímil que los lectores imaginaran a una inmigrante judía trabajando en “la profesión más antigua del mundo”, ya que las mujeres

judías no habían escapado al trato de blancas, como bien lo ha registrado la historiografía moderna para el caso de la organización de proxenetas judíos Tzvi Migdal que funcionó en la Argentina y en otros países sudamericanos a principios del siglo xx.

Zeitlin pronto sumó un tercer nombre al adoptar el heterónimo de César Tiempo, un nombre que jugaba con el significado que denotaba su apellido paterno, ya que *Zeit* en alemán e yiddish significa “tiempo” y *lin* apuntaba al verbo cesar. El nombre elegido tenía un sonido altamente porteño que le permitió asumir una identidad vernácula que no sería cuestionada por los oídos argentinos y que finalmente eclipsaría al nombre de pila y el apellido de nacimiento. Al principio, César Tiempo empleó el heterónimo en forma paralela al nombre Israel Zeitlin y luego fue descartando progresivamente el de nacimiento a favor del heterónimo mientras dirigía publicaciones culturales y recibía reconocimientos y premios literarios.

Su *Libro para la pausa del sábado* (1930), obra firmada con su nuevo heterónimo, fue consagrado con el Primer Premio Municipal de Poesía. Ya en 1927, Cesar Tiempo organizó junto con Pedro Juan Vignale una antología de la poesía argentina actual, en la que incluyó a poetas de vanguardia del quinquenio,

como Jorge Luis Borges, Raúl González Tuñón, Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo y otros. Pronto incursionó en múltiples géneros literarios y artísticos, desde notas periodísticas hasta entrevistas, adaptaciones de guiones de teatro, radio y aun cine. A fines de la década de 1940, los círculos intelectuales llegaron a considerarlo un argentino de cepa, a pesar de que se había naturalizado en edad adulta. César Tiempo era admirado incluso por escritores nacionalistas católicos como Leonardo Castellani, con quien entabló una amistad duradera. A principios de la década de 1950, el gobierno peronista lo designó director del suplemento cultural de *La Prensa*, el periódico conservador expropiado por la Confederación General del Trabajo, a pesar de no estar afiliado al Justicialismo y de no haber expresado apoyo a ciertos aspectos del programa de gobierno.

Senkman ha compuesto una semblanza fascinante y a la vez desconcertante de César Tiempo, basándose en cientos de fuentes y documentos privados del escritor disponibles en el Archivo de Colecciones Privadas de la Biblioteca Nacional, además de otras fuentes poco transitadas por la crítica. El resultado es un retrato íntimo de Cesar Tiempo como un creador polifacético que incursionó en géneros literarios y artísticos múltiples sin que

ello perjudicara su renombre. Fue poeta, ensayista, periodista, editor, dramaturgo y guionista, y a lo largo de medio siglo –desde la década de 1920 hasta fines de la década de 1970– jugó un importante papel, por momentos clave, en círculos intelectuales, debates ideológicos y proyectos de innovación cultural en Argentina.

A diferencia de otros escritores judíos contemporáneos, Tiempo mantuvo una trayectoria pública que expresaba con orgullo sus raíces culturales judías y su ciudadanía argentina. Así lo hizo desde su bohemia poética y compromiso social con los poetas de Boedo, durante sus funciones públicas en los gobiernos peronistas hasta su participación en la Academia Porteña del Lunfardo.

Registrar la vida de una figura intelectual que exploró vertientes tan diversas y que no puede ser catalogado de forma simple ha sido un desafío que pocos analistas asumieron hasta ahora, lo cual acentúa la importancia del presente libro. En él, Senkman no se limita a presentar la creación literaria de César Tiempo, sino que incursiona en forma paralela en su posicionamiento cultural y político, no carente de sorpresas e interrogantes.

Por un lado, a lo largo de las 380 páginas del libro, la imagen de Tiempo emerge como un firme creyente en la democracia republicana, un intelectual judeo-argentino que bregó por la igualdad de derechos para todas las minorías y que no dudó en expresarse públicamente y posicionarse claramente en su revista *Columna* frente a los desafíos políticos de la Argentina y

Europa, antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Al crecer como judío argentino en las décadas de 1920 y 1930, César Tiempo cobró conciencia de las amenazas que representaban tanto el fascismo criollo como el estalinismo. Así, en 1935 salió al cruce frontal para criticar duramente al nacionalista católico Gustavo Martínez Zuviría, entonces director de la Biblioteca Nacional y quien, bajo el seudónimo de Hugo Wast, era uno de los escritores más populares en las décadas de 1920 a 1940, cuyos libros se publicaban en numerosas ediciones, a pesar –o tal vez justamente a raíz– del contenido racista y antisemita del *best seller Kahal-Oro*. Al mismo tiempo, hizo muy consciente que mientras el nazismo atacaba a los judíos bajo premisas racistas, el estalinismo los atacaba bajo falsas acusaciones de traición ideológica. En este sentido, Senkman reflexiona sobre una polémica que sostuvo con el entonces presidente comunista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) que le reprochaba que antepusiera su pertenencia étnica cultural a su posición antifascista. Después del pacto Ribbentrop-Mólotov, el escritor se unió a los antifascistas democráticos contra la alianza de las fuerzas leales al estalinismo y la Alemania nazi hasta junio de 1941, sin temor a entrar en un polémico intercambio con quien dirigía la organización de acuerdo con los dictados del Comitern comunista.

Según Senkman, César Tiempo fue un pensador liberal orgulloso de su herencia judía y

su identidad argentina, y rechazó la posición de aquellos nacionalistas que exhortaban a los inmigrantes e hijos de inmigrantes a asimilarse al seno de la sociedad descartando las identidades étnicas. Creyendo en un sistema republicano que fuese respetuoso de las diferencias culturales, Tiempo tradujo y realizó entrevistas con intelectuales antifascistas y liberales. En la revista literaria *Columna*, que fundó en 1937 y dirigió durante seis años, difundió el pensamiento de figuras de la cultura de ambas Américas y Europa. En forma consciente, no se limitó a publicar voces de creadores nacidos en la Argentina, sino que intentó dar a conocer las voces y opiniones de importantes intelectuales extranjeros como Stefan Zweig, Waldo Frank o bien de figuras argentinas que –tal como era su propio caso– habían nacido en el exterior: Alberto Gerchunoff, José Portogalo y Enrique Espinoza. Al presentarlas al público argentino, su intención era claramente abrir el horizonte de sus lectores a un pensamiento liberal amplio, opuesto a interpretaciones restrictivas y xenofóbicas de la cultura nacional.

César Tiempo se convirtió en un destacado empresario cultural y mediador de ideas, una figura fascinante que abordó la cuestión de cómo ampliar el horizonte cultural del público lector argentino a través de una búsqueda de conexiones entre la cultura intelectual elevada y la cultura popular, entre la cultura nacional y el saber universal. Entre otras iniciativas, Tiempo fue cofundador de la editorial argentino-uruguaya Sociedad Amigos del Libro Rioplatense que publicó decenas de títulos

de autores de ambos países. Entre otras asociaciones, fue secretario de la Sociedad Argentina de Escritores, miembro de la Sociedad de Autores de la Argentina y de la Sociedad de Autores y Compositores de Música y miembro titular de la Academia Porteña del Lunfardo. Consagrado como escritor, incursionó también en la radio y la cinematografía, escribiendo guiones propios, adaptando obras de autores nacionales y traduciendo textos de autores extranjeros.

Su labor de avanzada generó la admiración de muchos, aunque también la animosidad de quienes deseaban que la Argentina se convirtiera en una nación en donde las identidades y alteridades “extranjeras” desaparecieran. Respecto de ello, César Tiempo se preguntaba retóricamente: “¿Cómo se puede hablar de una Argentina exclusivamente para argentinos [nativos]? ¿Aquí, donde los fundadores de la nacionalidad, los que nos dieron lengua, civilización y libertad eran en su mayoría extranjeros e hijos de extranjeros?”.

El libro contiene una introducción, nueve capítulos, dos epílogos y una coda. En la Introducción, Senkman desarrolla una discusión teórica sobre los usos de los tres *nomes de plume*, incluido aquel femenino y marginal, el de una prostituta inmigrante judía; y desarrolla la idea de la importancia del cruce de géneros operado en la obra de Cesar Tiempo y la proyección de un bagaje transcultural en su escritura. El capítulo 1 detalla la transición de los nombres de Israel Zeitlin y Clara Beter al de

César Tiempo, el poeta y director en los comienzos de *Claridad*, la revista del grupo literario Boedo. El capítulo 2 revista aquellas obras que sugieren la integración de temas judíos en una amalgama criolla como *Sabadomingo* y su alter ego teatral, *Pan Criollo*, que proyectaba la interacción de una familia judeo-argentina y una familia italo-argentina, y lo consagró como un elogiado autor nacional en la década de 1930.

Los dos capítulos siguientes están dedicados a su antifascismo, reflejado en entrevistas que Tiempo realizó y publicó con intelectuales antifascistas tanto en revistas como en sus libros *Protagonistas* (1954) y *Capturas recomendadas* (1978). El capítulo 5 es el más extenso del libro y aborda un tema poco investigado: las relaciones de intelectuales nacionalistas, peronistas y judíos cuya obra fue publicada o discutida en el suplemento cultural de *La Prensa* que Tiempo dirigía en la década de 1950. El autor también ofrece su interpretación acerca de por qué esta figura solía publicar artículos periodísticos en distintos medios y luego los convertía en libros.

El capítulo 6 compara críticamente sendos prefacios de Jorge Luis Borges y de César Tiempo en libros del poeta, novelista, ensayista, hebraísta y traductor español Rafael Cansinos Assens, mientras que el siguiente capítulo describe el papel olvidado de Tiempo como editor de Cansinos Assens en la Argentina y como autor. El capítulo 8 trata sobre su experiencia como dramaturgo y guionista y durante su exilio

voluntario en Bruselas durante 1961-1965; un capítulo de la vida y obra del escritor casi no estudiado.

El último capítulo sigue a César Tiempo como poeta judío y miembro titular de la Academia Argentina del Lunfardo en clave comparativa con otro intelectual y poeta judío argentino, León Benarós. Muy significativamente, Senkman recuerda el responso poético con el que sus contertulios de la Academia despidieron a Tiempo y el silencio absoluto por parte de las instituciones culturales y comunitarias judías que se distanciaron por razones políticas del gran poeta de *Sábado Pleno*. El texto se cierra con una exhaustiva lista bibliográfica de las obras, prólogos, traducciones, notas y entrevistas de César Tiempo, así como una bibliografía actualizada sobre su obra.

El libro reconstruye en detalle el campo cultural argentino entre las décadas de 1920 y 1970, describiendo las redes intelectuales, sus alianzas y desencuentros, amistades y enemistades. Como tal, su importancia radica no solo en la biografía intelectual de César Tiempo, su obra multifacética y posicionamiento político. El libro se convierte asimismo en un recorrido imprescindible para quienes trabajan y se interesan en el entramado de los escenarios culturales argentinos a lo largo de la mayor parte del siglo xx.

Luis Roniger
Wake Forest University /
Universidad Hebrea
de Jerusalem

Luis Escobar,

Francisco Ayala. Exilio español en Argentina y renovación de la sociología latinoamericana, Rosario, Prohistoria, 2022, 208 páginas.

En este libro, el historiador Luis Escobar (profesor de la Universidad Nacional de Entre Ríos e investigador del Centro de Investigaciones Sociales y Políticas) realiza un importante aporte a los estudios sobre institucionalización de la sociología en la Argentina y en América Latina. Lo hace atendiendo al papel del exiliado español Francisco Ayala como mediador en los procesos de recepción y circulación internacional de las ideas, y como agente clave en la consolidación de la sociología como disciplina científica, desde su llegada en 1939 hasta su partida a Puerto Rico en 1950. En este último sentido, constituye un aporte valioso en sintonía con los trabajos de Alejandro Blanco sobre el papel de Gino Germani en Argentina, o los de Luiz Carlos Fernandes sobre Florestan Fernandes en Brasil. Al mismo tiempo, es posible pensar la investigación de Escobar en una plataforma más amplia, en diálogo con el estudio de otros procesos de consolidación disciplinar, como el de Miranda Lida (2019) en torno al rol de Amado Alonso en relación con la filología, el de Alejandra Mailhe (2018) sobre José Imbelloni y la profesionalización de la antropología, o el de Clara Ruvituso (2007, 2015), Lucía Belloro (2015, 2020) y Carla Galfione (2019, 2021 y 2022) sobre distintos agentes,

instituciones y revistas que colaboran en la profesionalización de la filosofía.

Un mérito de Escobar consiste en la equilibrada conjugación de dos enfoques teóricos metodológicos: la sociología de la cultura, en la medida en que considera los factores políticos, sociales y materiales que condicionan los posicionamientos políticos y sociológicos de Ayala en el campo intelectual argentino (sobre todo a partir de las herramientas conceptuales de la teoría de Pierre Bourdieu, 1992 y 2002), y de la historia de las ideas, entendida como análisis del discurso, desde perspectivas afines a las de Marc Angenot (1989) y Raymond Williams (1977). Aprovechando las herramientas conceptuales de ambos enfoques, el autor realiza un análisis riguroso, en el que se destaca el modo en que los estudios de diversas dimensiones de la práctica intelectual de Ayala se iluminan recíprocamente.

En el primer capítulo, Escobar reconstruye el estado de la sociología regional antes de la llegada de Ayala a la Argentina, considerando los vínculos intelectuales previos de esta figura y su relación con mediadores claves para su inserción en el campo local. Para llevar a cabo esta tarea, apela a la sociología de los intelectuales, realizando una minuciosa reconstrucción del

itinerario vital e intelectual de Ayala, abarcando no solo su período de permanencia en la Argentina, sino también su etapa formativa previa. Esto le permite tensionar los perfiles intelectuales asumidos por el joven español, y exaltar elementos que explican aspectos escasamente visitados por la bibliografía crítica, atendiendo a su papel como sociólogo, centrándose para ello en variables claves como las referidas al grupo familiar, los espacios de formación y el universo laboral en que se desempeña. En este sentido, Escobar pone en diálogo acertadamente el caso particular con las coyunturas políticas atravesadas por Ayala, reconociendo situaciones en las que se modifican la práctica intelectual, los tipos de autopercepción e incluso las estrategias de autolegitimación. Es destacable el trabajo de archivo para la reconstrucción del itinerario personal, pues entre otros elementos consultados (en la Fundación Francisco Ayala de Granada), el autor tiene en cuenta la correspondencia del español, además de sus colaboraciones en diarios y revistas, y sus trabajos inéditos.

En el capítulo II, la trayectoria intelectual es analizada en diálogo con consideraciones sobre el entramado institucional al que se incorpora Ayala al arribar al país. En este punto, resulta

interesante cómo el estudio de este caso le permite a Escobar iluminar los antecedentes de la institucionalización de la sociología en Buenos Aires (incluyendo la creación del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires y su *Boletín del Instituto de Sociología*), así como también atender a los espacios y a experiencias extracéntricos menos considerados hasta el momento, como el desempeño de Ayala en la Universidad Nacional del Litoral. Esta última conceptualizada como “hija de la Reforma”, debido a la proximidad de su fundación respecto del reformismo universitario y al perfil heredado de dicha experiencia. Al considerar procesos de profesionalización más allá de Buenos Aires, Escobar logra tensionar las hipótesis según las cuales dicha modernización se produce después del primer peronismo, demostrando que hay casas de altos estudios en las provincias en condiciones de asumir esta labor, pues entre otras cosas cuentan con un escenario favorable para la inserción de figuras extranjeras –como Ayala–, capaces de activar procesos de profesionalización disciplinar.

En este capítulo se revela otro punto fuerte del trabajo de Escobar, al centrarse en los discursos vigentes en torno a la sociología en los espacios institucionales por los que transita Ayala. Aunque no explicita el uso del modelo teórico de Angenot (1989), es posible pensar que, en su análisis, la propia sociología se convierte en un “ideologema”, en un concepto en disputa entre diferentes tradiciones que pugnan por la imposición de un

sentido hegemónico. Desde la tradición liberal, Ayala pone en tensión los modos en que algunos agentes del sector católico –como Gustavo Martínez Zuviría, José María Rosa y Jordán Bruno Genta– y/o del sector positivista –como José Oliva– promueven una mirada transhistórica de la sociología, o la consideran una “ciencia pura”. En esta confrontación de tradiciones se debate entonces la definición disciplinaria, poniéndose en juego variables metodológicas, constelaciones conceptuales y distintos niveles de funcionalidad social. Frente a las tradiciones católicas y positivistas, Ayala refuerza una línea que destaca el vínculo entre teoría y práctica sociológica, desde una perspectiva histórica de la disciplina siempre comprendida contextualmente.

Al mismo tiempo, Escobar subraya las condiciones que hacen posible este debate, analizando situaciones concretas de la escena institucional en las que Ayala interviene, como la cátedra de Sociología en la Universidad Nacional del Litoral, la *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, los cursos sobre investigación sociológica, la promoción de la sociología alemana (destacándose autores como Ferdinand Tönnies, Max Weber y Hans Freyer), y la construcción de un grupo de estudios preocupado por temas y enfoques afines, que configuran una incipiente escuela sociológica en la región. En este sentido, resulta novedoso el estudio de agentes hasta ahora desatendidos por la bibliografía crítica, como Marta Samatán, Ítalo Argentino Luder

y Ángela Romera Vera, quienes colaboran con Ayala en la construcción de un “nosotros”, respondiendo a la delimitación disciplinaria impulsada por Ayala, y que en conjunto hacen frente a los nacionalismos católicos vigentes.

Siguiendo una adaptación del modelo teórico de Bourdieu para pensar campos periféricos (desde una perspectiva comparable a la de Ana Teresa Martínez, 2007 y 2011), en el final del segundo capítulo Escobar retoma la tensión entre autobiografía e historia (un tema abordado en otros momentos del libro), para mostrar cómo el propio Ayala reconstruye su salida de la provincia, al tiempo que sumerge este relato en un análisis sociohistórico que ayuda a explicar este hecho en el contexto del triunfo de los intelectuales nacionalistas gracias al golpe de Estado de 1943.

El último capítulo se centra en la trayectoria de Ayala como editor y traductor, un aporte central del libro si se tiene en cuenta que los trabajos sobre profesionalización de los campos intelectuales a menudo se limitan a la escena institucional: al abordar también el mundo editorial, Escobar logra demostrar que existen diversos modos de definir la disciplina, y descubre los vínculos que se despliegan en esta área, acompañando la profesionalización de la sociología. En particular, el autor explora los lazos de Ayala con figuras claves de la élite porteña (como Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, Guillermo de Torre y Gonzalo Losada) y con sus proyectos editoriales (*Sur*, *La Nación*,

Losada y Americalee, entre otros). En estos espacios, los exiliados cuentan con un capital cultural (que incluye desde la educación primaria en los senos familiares de los que proceden –que en algunos casos promueven tempranamente el manejo de lenguas extranjeras– hasta las formaciones en instituciones prestigiosas pertenecientes a los centros culturales y los libros publicados de forma previa a su arribo), gracias a lo cual intervienen eficazmente en la consolidación de campos intelectuales como el sociológico, todavía débiles en el contexto argentino y/o latinoamericano. En esta dirección, el trabajo de traducción desplegado por Ayala permite construir un *corpus* renovador de la sociología, que colabora con el proceso de diferenciación, especialización y modernización disciplinaria. Así, Escobar realiza un excelente trabajo de interpretación de las fuentes, atendiendo al modo en que Ayala selecciona autores (como Georges Gurvitch, Gisèle Freund, Morris Ginsberg, Robert M. McIver, Hans Freyer, Ferdinand Tönnies y Wilhelm Pinder entre otros), e

interviene en la traducción de obras para publicar.

El último capítulo también se centra en las intervenciones extraacadémicas de Ayala y en su vínculo con el sociólogo español (exiliado en México) José Medina Echavarría. El análisis de ambas trayectorias, y sobre todo del papel de estas figuras como editores (en el primer caso con la dirección de la Biblioteca Sociológica de la editorial Losada, y en el segundo con la dirección de la Sección de Obras de Sociología del Fondo de Cultura Económica) permite profundizar en la hipótesis ya planteada previamente por Juan Jesús Morales Martín (2014), según la cual entre México y la Argentina se forja, en esta etapa y en el campo incipiente de la sociología, un verdadero “corredor de ideas”. En este sentido, Escobar analiza el modo en que la solidaridad entre exiliados –que traccionan conjuntamente en favor de la profesionalización de la sociología– se expresa en la promoción recíproca y complementaria de la labor editorial (por ejemplo, mediante las notas publicadas por Ayala en *La Nación*, promoviendo la colección dirigida por Medina Echevarría,

para interpelar a un lectorado más amplio que el estrictamente académico). Además, resulta interesante el modo en que Escobar analiza comparativamente las intervenciones de Ayala en espacios académicos y extraacadémicos, advirtiendo que en ambos casos el pensador español promueve la disciplina.

En síntesis, el trabajo de Escobar resulta un aporte muy valioso para la sociología de los intelectuales en el marco del exilio latinoamericano, en la medida en que demuestra la potencia de los intelectuales exiliados en la construcción de campos disciplinarios periféricos. En este sentido, resulta central la perspectiva sociohistórica puesta en marcha para el análisis de este caso, poniendo en juego numerosas variables y conjugando el estudio de las trayectorias tanto en las instituciones como en el mundo editorial, para demostrar la importancia de las acciones llevadas a cabo por este tipo de agentes en un proceso de consolidación disciplinar.

Paula Jimena Sosa
CONICET / Universidad
Nacional de La Plata

María Teresa Gramuglio,
La construcción de la imagen y otros estudios literarios,
Paraná, EDUNER, 2023, 576 páginas.

Hace exactamente una década, el mismo año en el que puso término a su actividad como docente e investigadora de la Universidad Nacional de Rosario, María Teresa Gramuglio publicaba, por iniciativa de la Editorial Municipal de Rosario, su primer libro: *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Se había resistido a hacerlo de todos los modos posibles con una convicción de otro tiempo, del tiempo en el que el sentido de la actualidad y el rumbo de nuestras disciplinas se dirimían en el ágora acalorada de las revistas culturales y el libro se reservaba a la ilusión de ideas originales y perdurables. Hasta ese momento, Gramuglio había dado a conocer sus artículos en forma paulatina, sobre todo en la revista *Punto de vista*: una escuela crítica, estricta e insuperable para quienes nos formamos en las décadas de 1980 y 1990. Gramuglio siguió resistiéndose a la idea de que compiláramos sus escritos en volumen, incluso cuando *Nacionalismo y cosmopolitismo* estaba listo: “Nunca creí necesario reunir mis artículos en libros”, escribió en el Prefacio, para sorpresa de sus editores. Responsabilizaba de la decisión a los interlocutores que, sin llegar a persuadirla del todo, le habíamos insistido para que lo hiciera y habíamos contribuido a ese propósito. La única condición que debíamos

respetar era la de la unidad temática: la congruencia interna fue un requisito innegociable. Ejercía sobre sí el *prurito anti rejunte* que su atención severa le había escuchado a Juan José Saer en 1984, cuando preparaban juntos la antología que los transformaría a ambos. *Juan José Saer por Juan José Saer* resultó una primera señal consagratoria para el escritor y el certificado de adelantada saeriana para Gramuglio. Lo cierto es que en 2013 fue ese *prurito anti rejunte* de cautelosa estirpe saeriana el que decidió que los ensayos sobre Saer no integraran *Nacionalismo y cosmopolitismo*, aun cuando hubiesen tenido legítimo derecho, dado que el “lugar de Saer” se localizaba para Gramuglio en el cruce entre “vanguardismo, cosmopolitismo y nacionalismo”.

Si retomo ahora esta circunstancia anecdótica –que mencioné en una ocasión en que Martín Prieto me invitó a presentar *El lugar de Saer. Una poética de la narración*, el segundo libro de Gramuglio, un libro que ella tampoco proyectó sino que la Editorial Municipal de Rosario le propuso y armó en 2017 a partir de una idea de Alberto Giordano–, es porque *La construcción de la imagen y otros estudios literarios*, el tercer libro de Gramuglio, el más ambicioso, el más extenso, el que recorre un período de publicación más amplio, desde

1980 a 2017, el que cumple una vez más con la regla de no haber sido concebido por su autora sino, en este caso, por Nora Avaro, muestra, en su variedad y abundancia, lo que ninguno de los otros había dejado en claro todavía: que nunca corrimos el riesgo de que un libro de Gramuglio se pareciera a un cajón de sastre. La primera impresión que produce la lectura de *La construcción de la imagen y otros estudios literarios*, editado con un cuidado admirable en la colección Aura de la Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos (EDUNER), a cargo temporario de Avaro, es que la obra de Gramuglio, elaborada parsimoniosamente, a un ritmo continuo y con una exigencia crítica indeclinable, *el tiempo largo de la escritura*, se articuló desde el comienzo sobre dos o tres preocupaciones medulares, conectadas entre sí y solo identificables *a posteriori*, en el recorrido transversal por una producción que no se agota con la aparición de este libro. Son estas preocupaciones, centros móviles y porosos, más que líneas directrices, las que convocan y orientan la atención de Gramuglio hacia los escritores, las obras y los problemas de los que se ocupa y son, a su vez, los análisis escrupulosos que realiza de ellos, auténticas disecciones argumentativas, los que contribuyen a perfilarlas y

enunciarlas con una nitidez y una precisión cada vez mayores. Me refiero a su inclinación hacia una perspectiva histórica de la literatura, a su interés persistente en los problemas propios de las historias literarias y, en inmediata relación con esto, a sus inquietudes sobre el vínculo, complejo y elusivo, entre estética y política y a sus reflexiones en torno a las “imágenes de escritor”, categoría que acuña en el célebre ensayo que le da nombre a este libro. Pero también aludo aquí a su preocupación sostenida por un enfoque comparatista de la literatura, un enfoque, consecuente con sus intereses historiográficos, puesto a prueba en su enseñanza de las literaturas argentina y europeas, así como también en sus investigaciones sobre el realismo y sobre los lazos entre nacionalismo y cosmopolitismo en nuestra cultura. La escritura de Gramuglio, un ejercicio que atraviesa más de cincuenta años, si contamos desde su iniciación a mediados de los años 1960 en la revista *Setecientosmonos*, se consolida en torno a esta serie de cuestiones que, además de distinguirla, se constituyen, entre otros motivos, gracias a su trabajo, en prioridades de la crítica literaria y cultural argentina del último tercio del siglo XX y comienzos del XXI.

Como si hubiese existido un plan previo y calculado de publicación de su obra, Gramuglio llega a la *summa* crítica luego de dos volúmenes temáticos específicos y dos compilaciones importantes: la antología sobre Saer que

mencioné arriba y *El imperio realista*, volumen 6 de la *Historia crítica de la literatura argentina*. La idea y la arquitectura de *La construcción de la imagen*, también la colección que lo recibe, tienden al compendio y la totalidad. Se trata, según lo informa el catálogo de EDUNER, de una colección destinada a autoras y autores contemporáneos que cuentan con una obra madura, ya consolidada. El prólogo de Nora Catelli, una interlocutora indispensable para la autora, conocedora impar de las razones y el estilo de esta obra, ratifica desde el título, “Las lecciones de Gramuglio”, el espíritu concluyente de esta compilación. Dividido en seis secciones de extensión variable y unidad evidente, reunidas bajo distintas cláusulas reconocibles de Gramuglio y separadas entre sí con carbonillas de Eduardo Favario, un amigo de su juventud vanguardista, el libro se cierra con un apartado autobiográfico, “Acá estoy, estos son los míos...”, compuesto a partir de una serie de entrevistas. Toda la edición es de un esmero notable. El índice traza un recorrido de lectura, meditado y opcional, que va desde los ensayos sobre narradores y poetas del siglo XX argentino (Marechal, Borges, Mastronardi, Ortiz) en los que Gramuglio explora las posibilidades de su noción de “imagen de escritor”, hasta los dedicados a algunos de los escritores europeos, en particular, franceses (Maupassant, Zola, Rimbaud) que integran la biblioteca transatlántica con la que lee desde siempre. El ensayo sobre Maupassant es, en términos

cronológicos, el primero del volumen. Se percibe a lo largo de estas casi seiscientas páginas la *soltura* con que Gramuglio recurre a las lecturas, literarias, teóricas e historiográficas, europeas y norteamericanas, para plantear y perfilar sus argumentos, así como también la *autoridad* con que disputa a representantes conspicuos de esas culturas centrales, Pierre Bourdieu, Andreas Huyssen, por ejemplo, sus interpretaciones de las novelas de Flaubert, en particular, y de la tradición literaria europea en general. Como escribió Beatriz Sarlo y *La construcción de la imagen* refrenda: “María Teresa es una *enrucijada* excepcional de nacionalismo, criollismo y cosmopolitismo”. Al examinar los artículos de esta primera sección del libro, Catelli suma a ese rasgo conocido una impronta peculiar, todavía inadvertida en la escritura de Gramuglio: “una suerte de temeridad oblicua en la elección de sus objetos, elección que en apariencia – solo en apariencia– se presenta como ecuánime o, al menos, no confrontativa”. Los escritos sobre Ortiz y Mastronardi, así como también, aunque de otra manera, sus estudios sobre Marechal y Gálvez, fueron, advierte Catelli, “sacudidas inesperadas” a los hábitos lectores de su generación. Son textos, sigue Catelli, que se ocupan de autores reconocidos, aunque ausentes del escrutinio sistemático en el momento en el que ella interviene. Los *destiempos de Gramuglio*: una extemporaneidad que la muestra *renuente* a la “demanda académica de renovación incesante” y *soberana* en el derecho a insistir en sus

preocupaciones para discutir con su presente a partir de ellas.

“Historias de la literatura argentina” y “Estética y política” son las secciones programáticas de *La construcción de la imagen y otros estudios literarios*. Ambas reúnen varios de los artículos más propositivos (y citados) de Gramuglio, que son también aquellos en los que, con una lucidez extraordinaria y un estilo polémico atenuado (aunque a veces, no tanto), sienta posiciones categóricas que enriquecen los debates críticos. Cito solo dos ejemplos memorables cuyo alcance y eficacia, pienso ahora, parecen renovarse a propósito de nuestros activismos contemporáneos, a pesar de los innumerables cambios suscitados desde entonces. En 1986, a poco de la reapertura democrática en nuestro país, cuando los esfuerzos críticos apuntan a restablecer los lazos entre literatura y sociedad, entre literatura y política, Gramuglio advierte, apelando al recuerdo de una experiencia colectiva que la tuvo entre sus protagonistas, sobre las consecuencias dramáticas que pueden derivarse de una versión simplificada de esos vínculos: “[...] la mayoría de los artistas plásticos que hicieron *Tucumán arde* dejaron, momentánea o definitivamente, de pintar. Se podría decir que este dato revela una de las formas más extremas que puede adoptar la relación entre estética y política, que consiste en la absorción de la práctica estética por la función política”. Unos años después, en 1992, cuando el auge internacional del posmodernismo solivianta nuestras discusiones, Gramuglio calibra el optimismo progresista

con que *Después de la gran división*, el libro de Huyssen, anuncia la buena nueva: “En el cambio de paradigma que definiría a la posmodernidad lo que cambia, podríamos decir, es la relación entre los términos, pero no los términos mismos con que se considera que el modernismo definió la cuestión” (p. 424). Y agrega, unas páginas más adelante: “Si desde el punto de vista estético los intercambios y préstamos entre el gran arte y la cultura de masas han producido y producen resultados artísticos y políticos excelentes, no es menos cierto que también generan hojarasca conformista como la catarata de kitsch que ahogó al romanticismo. Y, lo que es aún menos estimulante, tienden a confundir la cultura con el espectáculo, incurriendo en todas las formas posibles de manipulación: institucional, comercial y política” (p. 437). En los artículos de estos apartados, aunque no solo en ellos, pervive ese perfil de “francotiradora” con que Gramuglio se identificó alguna vez.

Las secciones centrales de *La construcción de la imagen y otros estudios literarios*, “El rigor de la crítica” y “Genealogía de lo nuevo”, dan cuenta de Gramuglio, lectora del presente, de los distintos presentes, simultáneos y sucesivos, en los que intervino y de las interlocuciones que la ayudaron a conceptualizarlos. Empiezo comentando “Genealogía de lo nuevo” por pura conveniencia retórica. Con excepción del cálido texto sobre Hugo Padeletti, escrito para la presentación de sus poemas reunidos y publicado luego en la revista *Crisis*, esta

sección reúne las contribuciones sobre literatura argentina, en general sobre novela argentina (la excepción del texto sobre Padeletti es doble en este sentido), que la autora fue dando a conocer en *Punto de vista*. Congruente con la inclinación de Gramuglio hacia las continuidades, la sección pone de manifiesto su perspicacia para percibir y proponer series convincentes (las novelas escritas en el exilio, pero sobre la patria, las novelas de la dictadura militar, los nuevos narradores o los narradores de la posdictadura) y su sutileza para examinarlas atendiendo a las particularidades de las obras que las integran. En el ensayo que le da título, el apartado encuentra formulada la precaución, de ánimo adorniano, desde la que lee Gramuglio. “Tal vez lo nuevo hoy, en el arte, para demostrarse efectivamente como tal, requiera, paradójicamente, más que la celebración inmediata, la sanción del tiempo bajo la forma de aquello nuevo que por su fuerza es capaz de generar”. Me interesa recordar en este sentido que aquí se incluye la reseña temprana que Gramuglio dedica a *Ema, la cautiva*, de César Aira.

“El rigor de la crítica” es quizás el segmento más entrañable del libro, en tanto nuclea los escritos que la autora dedica a la obra de sus colegas próximos, a sus compañeros y pares, pero también a sus mayores y maestros: Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Aníbal Ford, Eduardo Romano, entre los primeros, Juan Carlos Portantiero, Adolfo Prieto, Susana Zanetti, entre los

segundos. El conjunto ofrece, desde la óptica punzante de Gramuglio, una vista general y diacrónica de los principales asuntos y debates que atraviesan el pensamiento crítico argentino entre comienzos de la década de 1980 y la actualidad: la relación literatura y sociedad, la relectura de las vanguardias de 1960, el lugar constitutivo del otro en la cultura argentina, las tensiones entre alta cultura y cultura popular y masiva, las formas del realismo, el desplazamiento desde una concepción de la literatura como práctica potencialmente crítica y liberadora hacia una crítica de la literatura como institución de control, el comparatismo como método para el estudio de las literaturas argentina y latinoamericanas. De la cuestión comparatista, se ocupa el ensayo que Gramuglio escribe en homenaje a Zanetti, en 2017, el último del libro en términos cronológicos. Es un texto singular, por las conclusiones a las que llega, pero también, y sobre todo, por los gestos argumentativos y afectivos que despliega al enunciarlas. A partir de la lectura de un *corpus* breve,

nueve artículos de Zanetti, organizados en torno al célebre ensayo sobre religaciones, Gramuglio extiende la turbulenta conversación que ambas mantuvieron durante años. Su admiración hacia ella, hacia sus distintas actividades y hacia la ambición y la solvencia de investigaciones no disminuye con el registro de las asperezas y las críticas demoledoras de Zanetti ni de las escaramuzas y encontronazos que se suscitaron entre ambas. Gramuglio lamenta que Zanetti se rehusara a las posibilidades de sus hipótesis comparatistas y desestimara los instrumentos que este método podría ofrecerle al estudio de la literatura latinoamericana. A cambio de esa intransigencia, y quizás como un modo de repararla, el ejercicio de relectura que propone de sus textos, convierte a Zanetti en una precursora del comparatismo latinoamericano. Cito a Gramuglio: “En nuestras frecuentes discusiones, Zanetti se resistía a mis propuestas sobre el comparatismo y hasta decía desconfiar de él, pero, a mi modo de ver, esta

investigación formidable que es su trabajo sobre religaciones resulta un claro exponente de comparatismo, aun cuando se lo piense implícito o no asumido como tal”. Con esta conclusión, Gramuglio gana la pulseada, pero preserva para la amiga el lugar del magisterio. Como si, muerta Susana, María Teresa encontrara la forma de no quedarse con la última palabra, incluso teniéndola, y le dijera: “la razón estaba de mi lado, entre otros motivos, porque tus textos me la habían enseñado”. Además de su sensibilidad crítica y de su nobleza intelectual, este ensayo pone en escena, con un cuidado particular, ese uso discreto y oscilatorio de la primera persona que Catelli detecta y contabiliza entre las lecciones de Gramuglio: un uso tenue y precavido, un “yo”, un “nosotros” que, a su vez, no deja de hacerse visible, de modo insistente y, en ocasiones, tajante.

Judith Podlubne
Universidad Nacional
de Rosario / CONICET

Laura Ehrlich,

La reinención del peronismo (1955-1965),

Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2022, 312 páginas.

La supervivencia del peronismo durante los años del exilio de su principal líder es un tema fascinante para la historia intelectual. Después del derrocamiento de Juan Domingo Perón en la autodenominada Revolución Libertadora de 1955 y la consecuente persecución y proscripción de su movimiento, en un contexto en el que estaba prohibido hacer referencia al expresidente, ¿qué significaba seguir hablando del peronismo? ¿Cómo se sostenía y se reinventaba la identidad peronista durante los tumultuosos cambios políticos que seguirían? Estos años fueron cruciales para el movimiento político más influyente de la historia argentina, además de tener clara relevancia para el estudio comparativo del populismo y el nacionalismo latinoamericano. Si bien este significativo período ha sido tratado en destacadas obras de historia política y social, los debates recientes sobre el peronismo después de 1955 han prestado menos atención a sus dinámicas intelectuales.¹

¹ Véase, entre otros, Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Julio C. Melón Pirro, *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

El nuevo libro de Laura Ehrlich contribuye a llenar esta laguna historiográfica con un análisis riguroso de individuos, periódicos y manifestaciones hasta ahora poco conocidos, los cuales aportaron a la redefinición del peronismo entre 1955 y 1965. Su periodización, que corresponde a lo que los historiadores Julio Melón Pirro y Darío Pulfer llaman la “segunda época” del peronismo, ayuda a desenredar las tendencias históricas de esa primera década de sus consecuencias posteriores. Efectivamente, Ehrlich identifica una limitación en la historiografía existente, que tiende a “proyectar hacia atrás” la categoría de izquierda peronista, buscando los orígenes del peronismo revolucionario de los setenta en los años previos (p. 16). En cambio, *La reinención del peronismo* propone un enfoque menos teleológico, llevando a su autora a resaltar la influencia del nacionalismo de derecha y del catolicismo sobre las ideas, el lenguaje y las prácticas peronistas hasta 1965. Hasta cierto punto, su marco teórico implica concebir la problemática de otra manera; no se trata solamente de la supervivencia del peronismo sino también de la “recomposición” del nacionalismo (p. 65).

Ehrlich comparte el interés del historiador pionero Daniel James en cómo la memoria de

ciertas vivencias fundamentales moldeaba la identidad peronista. Sin embargo, mientras James pone énfasis en la lucha de clase, Ehrlich hace más hincapié en los efectos de la persecución política y la inhibición electoral, iluminando los “marcos ideológicos, discursos e imágenes” que los peronistas emplearon para “procesar” esa experiencia (p. 15). Sus principales fuentes primarias son periodísticas, tanto diarios nacionales y regionales como publicaciones partidarias de menor tirada, que el peronista John William Cooke llamó “diaritos peronistas”, la mayoría consultadas en las hemerotecas de la Biblioteca Nacional y del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI). También hace uso de recortes periodísticos de varios archivos argentinos, testimonios publicados y algunas entrevistas conducidas por la propia autora.

El libro no solo indaga sobre las complejas relaciones entre memoria e identidad, sino que también resalta la necesidad de distinguir entre la realidad histórica y los recuerdos posteriores de una heroica resistencia peronista. Su lectura antiteleológica es particularmente reveladora para los años 1955 a 1956, cuando los periódicos *Palabra Argentina*, *El 45* y *El Descamisado* “apelaron a lemas y símbolos de la tradición

peronista con el propósito de reintegrarlos a otras tradiciones, dando por supuesto que el peronismo era una experiencia concluida, perteneciente al pasado” (p. 68). Según Ehrlich, fue solo a partir de 1957 que “el peronismo pudo ser rearticulado como alternativa de futuro” (p. 77). En ese año aparecieron nuevas publicaciones como *Línea Dura*, *Norte*, *Rebeldía* y *Soberanía*. La distribución de los “diaritos” se realizaba a través de redes clandestinas y en algunos casos en kioscos comerciales. Se estima que las tiradas de estas publicaciones fluctuaban entre 10 y 50 mil ejemplares, con múltiples lectores para cada copia. La mayoría de sus editores eran individuos con antecedentes peronistas y nacionalistas, una característica que los diferencia de otros sectores del peronismo en la misma época. El libro define a este conjunto de editores como intelectuales en el sentido amplio de la palabra y analiza sus diferentes estrategias de producción intelectual.

Ehrlich respalda sus argumentos sobre la influencia perdurable del nacionalismo y la experiencia transformativa de la proscripción con un estudio fascinante de los rituales conmemorativos peronistas. En 1957, el director de *Palabra Argentina*, Alejandro Olmos, organizó una marcha de silencio en homenaje a las víctimas de los fusilamientos ilegales llevados a cabo después de la frustrada rebelión de los generales Juan José Valle y Raúl Tanco en junio de 1956. En el segundo aniversario de los fusilamientos, en 1958, Perón reivindicó a los “mártires

de junio” en un texto publicado en *Línea Dura*, convirtiendo el 9 de junio en una fecha importante para el calendario peronista, junto con el 17 de octubre, la fecha fundacional del peronismo, y el 26 de julio, el aniversario del fallecimiento de Eva Perón. Ehrlich describe los eventos conmemorativos anuales en estas tres fechas, identificándolos como “oportunidades de confraternización, de visibilización y confrontación pública de los peronistas con otros sectores del escenario político (y también entre sí)” (p. 111). A través de su participación en misas, marchas y momentos de silencio, los peronistas recordaron a sus héroes caídos, se reconocían entre sí y “reinventaron una identidad lacerada” (p. 125). El énfasis en este aspecto de sufrimiento distingue este análisis de otros estudios recientes de rituales, mientras fortalece su tesis sobre la importancia de la proscripción.²

La reinención del peronismo nos permite plantearnos preguntas intrigantes sobre las dimensiones geográficas de la identidad peronista que merecen ser más investigadas. Si bien el libro se enfoca en la ciudad de Buenos Aires, donde

² Anabella Gorza, “Los homenajes a Eva Perón como prácticas de memoria en tiempos de la Resistencia peronista (1955-1963)”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, n° 1, abril de 2016, disponible en: <<http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAv16n1a07>>; Ezequiel Adamovsky y Esteban Buch, *La marchita, el escudo y el bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner*, Buenos Aires, Planeta, 2016.

se editaban la mayoría de las publicaciones analizadas, Ehrlich presenta evidencia fragmentaria de que algunos “diaritos” llegaban a zonas más lejanas. Por ejemplo, *Soberanía*, editado por Nora Lagos en Rosario, contenía una columna con cartas supuestamente escritas por sus lectores, en donde una “humilde mujer” chaqueña declaró acerca de su entusiasmo al conseguir el diario (p. 62). Además de reflexionar sobre el alcance geográfico de los periódicos, Ehrlich también está atenta a los orígenes de sus editores, dos de los cuales provenían de familias acomodadas del interior: Alejandro Olmos, de Tucumán, y el sacerdote jesuita Hernán Benítez, de Tulumba, Córdoba. En ambos casos, sus conexiones con el interior aportaron a “su legitimación como voceros *populares*” (p. 81). Sería interesante saber más de la circulación y recepción de la prensa peronista en distintas regiones del país y con diferentes tipos de público, aunque semejante estudio implicaría recurrir a otros métodos y archivos.

El análisis de rituales conmemorativos también tiene implicaciones sugestivas para la conceptualización de las relaciones entre Buenos Aires y el interior en la redefinición del peronismo. En 1958 y 1959, cuando el gobierno impidió la realización de grandes actos peronistas en Capital Federal, hubo concentraciones con millares de peronistas en Rosario, Córdoba y Tucumán. Estos eventos afirmaron y alimentaron la popularidad del peronismo en esas ciudades, mientras la cobertura

periodística de estos señalaba la importancia del interior para la supervivencia del peronismo. Ehrlich los ve como una señal de la creciente importancia del norte y de Córdoba en “el mapa político nacional”, fenómenos que se harían más evidentes a fines de los sesenta (p. 173). Aunque no sea el enfoque del libro, sus astutas observaciones sobre la geografía del peronismo subrayan la posible utilidad de investigaciones más elaboradas sobre intelectuales y eventos conmemorativos en otras provincias, asimismo sobre el cambiante rol cultural de distintos imaginarios del interior en las articulaciones nacionales de la identidad peronista.

A lo largo del libro, los métodos de historia intelectual

ayudan a la autora a distinguir entre las posiciones tácticas de los peronistas y su contenido ideológico. Por consiguiente, hace notar la influencia del nacionalismo católico en el “sentido misional” de los jóvenes peronistas de Gran Buenos Aires que empezaron a organizarse como tales entre 1957 y 1958 (p. 206). Asimismo, el concepto peronista de intransigencia tuvo sus raíces nacionalistas, fortalecidas por la experiencia de la proscripción. Durante la primera mitad de los sesenta, las disputas entre peronistas tenían más que ver con tácticas que con ideología. “Estar en la línea dura” implicaba reclamar el retorno de Perón y negarse a participar en el sistema político actual, posiciones no

necesariamente asociadas con los principios socialistas. Según Ehrlich, la identificación de la línea dura como una izquierda peronista fue un invento de los gobiernos antiperonistas con la colaboración de ciertos sectores de la izquierda partidaria, luego reforzado por la memoria de otra generación de peronistas, aquellos realmente de izquierda en términos ideológicos, y finalmente por los historiadores. Es un argumento novedoso que debería generar mucho interés y debate entre académicos y militantes. El peronismo no para de reinventarse y revisar su historia.

Christine Mathias
King's College London

Marcelo Casals,
*Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena
y la dictadura militar*,
Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2023, 374 páginas.

Este libro de Marcelo Casals marcará la discusión que se desarrollará durante y después del año en que se conmemora el 50 aniversario del golpe de Estado chileno. Esta contribución al debate historiográfico sobre la Unidad Popular de Salvador Allende (1970-1973) y el régimen militar (1973-1990) es crucial porque ofrece una mirada nueva y muy oportuna sobre el período. Casals analiza los años 1970 y 1980 chilenos a través de una de sus dimensiones centrales: el apoyo de la clase media a la contrarrevolución a Allende, y luego a la dictadura. Actor central de la desestabilización política de la UP y de la consolidación del régimen militar, la clase media chilena no había sido sistemáticamente estudiada hasta ahora.

Investigador del CIDOC y profesor de la Universidad Finis Terrae, Casals es un historiador a la vez de lo político y lo social. La aproximación adoptada en este libro lleva la impronta de su formación en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, reflejada –entre otros– en la riqueza de su discusión historiográfica chilena y en la solidez metodológica a la hora de analizar una gran variedad de archivos, muchos de ellos inéditos (en particular, los archivos de colegios

profesionales). Esta investigación también se inscribe en la filiación intelectual de Steve Stern, su director de tesis en la University of Wisconsin-Madison, y destacado pensador del Chile reciente y su historia sociopolítica. Este libro es, de hecho, una versión revisada y aumentada de la tesis doctoral de Casals. Las numerosas colaboraciones internacionales de Casals y sus estancias de investigación fuera de Chile ayudan a explicar el carácter internacionalizado de la bibliografía que el autor cita. Forma parte de una nueva generación de historiadores e historadoras quienes piensan y escriben la historia de Chile integrándola en un marco histórico e historiográfico mucho más amplio que el nacional.

El libro consta de una introducción, una conclusión y seis capítulos. La Introducción presenta y justifica histórica e historiográficamente el enfoque del libro en la clase media. Dialoga en particular con la producción de las ciencias sociales sobre las dictaduras, así como con la historia social de la clase media, tema sobre el cual volveremos luego. En el centro de su relato se encuentran las organizaciones mesocráticas, en particular los gremios profesionales que van de los dueños de camiones y comerciantes a los colegios de

abogados y médicos, además de las organizaciones sociales como la masonería o el Rotary. El libro explora cómo, durante los años 1970 y 1980, la clase media se posicionó ante “el conflictivo ciclo chileno de revolución-contrarrevolución”.

El primer capítulo se centra en la presidencia de Allende. Acostumbrada a ser motor de la modernización, portadora de los valores de progreso, trabajo y orden, la clase media chilena estaba, hasta 1970, acostumbrada a ser destinataria principal de las políticas públicas y contaba con gran capacidad de negociación con el poder político. Casals muestra cómo, después de unos primeros meses de relativo apoyo a la Unidad Popular (o al menos, de aceptación expectante), la posición de la clase media y las organizaciones sociales que la representaban cambió, terminando ella por apoyar el golpe de Estado. Esto se debió a las prioridades del gobierno de izquierda –que colocó en el centro de su política a los sectores populares en vez de a los medios–; a declaraciones y medidas de la UP que fueron vividas por las organizaciones mesocráticas como agresiones simbólicas o económicas, y a la propia radicalización de la clase media que la llevó a identificarse con la contrarrevolución. Casals demuestra que, lejos de ser un sector social manipulado por la

burguesía o por los militares, la clase media realizó su propia “contrarrevolución desde abajo” ayudando a derrocar a la UP. El segundo capítulo se centra en los tres primeros años del régimen militar, para demostrar que se produjo una inmediata “sincronización” (p. 90) de las organizaciones sociales mesocráticas con la dictadura. Estas organizaciones y sus miembros no solo participaron, sino que también impulsaron activamente la realización de rituales públicos que celebraron los primeros aniversarios del golpe militar de 1973. En estos rituales, se rememoraba el trauma que había constituido para los sectores mesocráticos la UP, a la vez que se revivía la pasión política contrarrevolucionaria de 1970-1973 y se expresaba el “orgullo” por el “cambio de gobierno”. Los sectores mesocráticos, afirma Casals, vivieron el golpe como una salvación y como un triunfo propio, sintiéndose protagonistas de la contrarrevolución de los años 1971-1973. Casals señala también la importancia del lenguaje como formador de las identidades colectivas, y como medio de resemantización del pasado reciente. Así, durante los tres primeros años de la dictadura, los sectores mesocráticos forjaron un “léxico de la normalidad” que describía a la UP como un período antidemocrático, y la dictadura como la vuelta a la democracia y el orden, negando así la realidad represiva del régimen y resemantizando los conceptos de democracia y dictadura.

El tercer capítulo analiza la colaboración de las organizaciones mesocráticas

con el régimen militar más allá de lo simbólico. Es particularmente interesante la movilización de sus amplias redes internacionales con el fin de contrarrestar la campaña de denuncia de las violaciones a los derechos humanos. La campaña mesocrática no tuvo éxito, pero ilustra el rol activo de la clase media como colaboradora de la dictadura. A ello remite la palabra “colaboracionismo” que figura en el título del libro.

Los años 1973-1976 son también la luna de miel entre el régimen militar y las organizaciones mesocráticas: el corporativismo militar ibañista, deseo de preservar un Estado social y protector de los sectores medios, no había sido aún desplazado por los economistas neoliberales. Es justamente en esta transición desde el Estado hacia el mercado que se centra el capítulo 4. Enfocado en la segunda mitad de los años 1970, estudia cómo las relaciones entre los gremios de clase media y el régimen militar se modifican tras la marginación de los ibañistas y la implementación de la política económica monetarista de los Chicago Boys. Esta política ataca directamente las condiciones materiales de vida de la clase media, que pierde al mismo tiempo su capacidad de negociación con el Estado y su acceso al gobierno militar. Y, sin embargo, constata Casals, el giro en la política del régimen no produce, al menos no de inmediato, un distanciamiento entre la clase media y el régimen militar. Esto se explica por el recuerdo del trauma de la UP, y sobre todo por el acentuado anticomunismo de

los sectores mesocráticos y su persistente adhesión ideológica al régimen militar. Cabe además señalar que, durante este mismo período, el consumo de la clase media crece. El acceso al crédito y el endeudamiento, en paralelo con la importación masiva de bienes de consumo, crean la ilusión del acceso a un estatuto social más elevado.

Los capítulos 5 y 6 se enfocan en la creciente distanciamiento entre la clase media y el régimen militar. Casals muestra cómo ciertos sectores mantienen su lealtad al régimen, mientras que la mayoría de la clase media adhiere progresivamente a la “oposición moral”. La oposición pasa por la emergencia del paradigma de los derechos humanos. Casals recuerda así que en la defensa de los derechos humanos no solo participaron sectores persistentemente democráticos, sino también quienes inicialmente apoyaron al régimen militar. El cambio “más bien solapado” en la posición de la clase media fue producto de la crisis económica de inicios de los años 1980: de la progresiva toma de conciencia de la violencia del Estado, y de la emergencia de una intelectualidad mesocrática, cuyos medios de expresión eran las ONG y las revistas de oposición. El capítulo 6 estudia el definitivo divorcio entre la clase media y el régimen militar, dedicándole un largo análisis a la Asamblea de la Civilidad, esa asociación multigremial en donde predominaba la Democracia Cristiana. La conclusión resume y resalta con eficacia los principales aportes del libro.

El libro de Marcelo Casals se centra en la clase media, término utilizado en singular y no en plural por dos razones. La primera es que el objeto de estudio central es la *clase media organizada*. La segunda razón es que Casals busca romper con una comprensión de la clase social como una realidad objetiva forjada por las condiciones materiales de su existencia. El autor quiere entender cómo esta identidad se forja y quiénes son los actores individuales y colectivos que contribuyen en darle sentido. Al contrario de lo que tendió a hacer la nueva historia política que, al romper con la definición económica de clase social, insistió en la dominación de lo político sobre lo económico y lo social, Marcelo Casals toma en consideración un amplio abanico de procesos, factores y condiciones que producen la identidad de clase media o que la redefinen. En esta historia participan instituciones del Estado, partidos, organizaciones sociales, pero también las condiciones materiales juegan un rol, como por ejemplo el consumo o la pérdida de acceso al mismo. La asociación entre lo político y lo económico no es obligatoria. Casals señala el interesante fenómeno de disociación de los dos planos a fines de los años 1970. A pesar del deterioro de las condiciones económicas de quienes se identifican con la clase media,

no surge automática ni consensualmente el cuestionamiento del poder militar. La historia de la clase media que escribe Casals es también una historia de su autorrepresentación, de sus valores, así como de los conflictos en torno al sentido a atribuir a esta identidad y, desde ese punto de vista, es una historia cultural, intelectual y conceptual.

Al finalizar la lectura de este libro y al comprobar el interés y pertinencia del enfoque del autor, el lector se pregunta cómo el rol político de la clase media chilena durante la UP y la dictadura ha podido escapar a la atención de la historiografía. Tal vez la explicación resida en la resistencia de la comunidad historiadora a adentrarse en la “experiencia social del autoritarismo”, que no deja de ser perturbadora. Casals piensa el período a partir de quienes no fueron víctimas de la represión estatal, pero que celebraron la instauración de la dictadura sin participar en el ejercicio del poder y sin beneficiarse de su política económica. Lo que explora Casals son las “zonas grises” de la sociedad chilena bajo el autoritarismo militar, a menudo dejadas fuera del campo de la visión historiográfica y colectiva. Casals menciona, por ejemplo, las peticiones que las organizaciones mesocráticas le dirigen a la Junta antes del

primer año del golpe sugiriendo o pidiendo que la fecha sea celebrada. O las donaciones en Temuco de unos dos mil anillos de matrimonio entregados durante este primer tiempo de entusiasmo contrarrevolucionario para ayudar a la Junta a luchar contra la crisis económica y la hiperinflación. Las escenas de júbilo de ciudadanos comunes y corrientes descritas aquí han quedado fuera de la memoria colectiva dominante. Esta última ha tendido a pensar la sociedad chilena bajo la dictadura dividiéndola entre resistentes y/o víctimas por una parte y, por otra, en represores vinculados al poder militar. Al contrario, la pregunta que se plantea aquí es la del alcance y el rol político de quienes adhirieron masivamente al proyecto político de la dictadura sin tener participación directa en el ejercicio del poder. Más allá del aporte de Casals a la historiografía chilena, una de las fortalezas de este texto es que ofrece claves teóricas y metodológicas para pensar la historia del autoritarismo y sus condiciones sociales de posibilidad más allá de su específico marco temporal y geográfico del Chile de los años 1970-1980.

Eugenia Palieraki
CY Gergy Paris Université

Ana Sánchez Trolliet,

Te devora la ciudad. Itinerarios urbanos y figuraciones espaciales en el rock de Buenos Aires,

Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2022, 346 páginas.

Te devora la ciudad propone un recorrido dinámico de la ciudad de Buenos Aires a partir de la “cultura rock”, que nació a mediados de la década de 1960 asociada a sectores juveniles, y que dio forma a “estilos de vida” y a modos de relacionarse con el espacio urbano. El trabajo de Ana Sánchez Trolliet es una reelaboración de su tesis doctoral en Ciencias Sociales defendida en la Universidad de Buenos Aires, y de sus exploraciones como estudiante de la maestría en Historia y Cultura de la Arquitectura y de la Ciudad en la Universidad Torcuato Di Tella.

El libro abarca un extenso período iniciado a mediados de la década de 1960 y finalizado hacia 2004, que estuvo atravesado por procesos de transnacionalización vinculados a la modernización, el consumo de masas, la emergencia de la juventud como actor político, social y cultural; la irrupción de la violencia política y el terrorismo de Estado; la transición a la democracia, los años de neoliberalismo conservador de la década del noventa, y la precarización de las condiciones socioeconómicas. El trabajo da cuenta de la interrelación de estos procesos con los de configuración, cambios y continuidades que desarrolló la cultura rock, a la que entiende como un “estilo de vida” que dio forma a modos de “obrar,

pensar y sentir”, y de “representarse, comprenderse y posicionarse en relación con la ciudad y con la sociedad” (p. 19). La geografía en la que se desarrolló esa cultura, que incluyó a la ciudad de Buenos Aires y al área metropolitana, es analizada en su dinámica de cambio, atendiendo a aspectos políticos, socioeconómicos, culturales, urbanísticos y arquitectónicos. El espacio de los alrededores de Plaza Miserere, en el barrio de Balvanera, condensa ese devenir múltiple, como señala la autora, desde el mítico bar La Perla de mediados de los años sesenta, hasta el trágico incendio de República Cromañón, lugar de recitales en el que murieron 194 personas en 2004.

El trabajo, sostenido en un estado del arte rico y diverso, y en múltiples fuentes, aporta a las investigaciones sociohistóricas que contemplan las interrelaciones entre las ciudades y la construcción de identidades, y muestra a Buenos Aires como factor condicionante de las posibilidades de producción y circulación del rock “nacional”. También es un aporte a las investigaciones que incorporan dimensiones sonoras y musicales para pensar el espacio, y se inscribe dentro de los estudios de historia social y cultural, entendiendo el rock como género musical y como

“conjunto de prácticas y valores” (p. 25). Además, contribuye significativamente a la historia reciente al reconstruir dimensiones vinculadas con las juventudes, la vida cotidiana, las artes, el género y la sexualidad.

El libro se estructura en dos partes, intermediadas por un excurso, y un epílogo. La primera, dividida en dos capítulos, recorre el período 1965-1970. El excurso avanza sobre la década de 1970. La segunda parte, dividida en dos capítulos, recorre los años setenta y ochenta. El epílogo transita el paso entre milenios.

En el primer capítulo, la autora analiza la ciudad de Buenos Aires como espacio privilegiado para la emergencia de la primera generación de jóvenes rockeros, dadas las condiciones materiales y de circulación de productos culturales que brindaba. El espacio de la “pensión” en el centro porteño es interpretado como lugar de convivencia de esa juventud de distintas procedencias geográficas y condiciones de clase, en el que se ensayó un estilo de vida comunitario (p. 41) y se buscó forjar una identidad. El tránsito y apropiación del espacio urbano por estos jóvenes es trabajado a partir de la idea de “naufragio”, y la autora destaca el carácter generizado de los recorridos por parques, bares y lugares de escucha musical. En

su abordaje interrelaciona las vanguardias culturales y artísticas asociadas a los procesos de modernización en la zona del centro porteño, donde se produjo el cruce de los jóvenes rockeros con intelectuales, artistas y estudiantes; la formación y expansión por los barrios de una nueva identidad atravesada por la música y la difusión del hippismo; la represión policial, las tensiones de clase dentro del público, y la preocupación por el consumo de drogas. Sánchez Trolliet juega con distintas escalas del espacio urbano y metropolitano al referir a los recitales (realizados en salas, clubes de barrio, teatros y espacios al aire libre) y, hacia 1970, identifica un cierre de ciclo, en un contexto de represión y politización crecientes, en el que algunos músicos emigraron y en el que las bandas de la primera generación del rock local se desintegraron, confrontaron con la industria discográfica o se alejaron a espacios suburbanos.

En el segundo capítulo, la autora reconstruye cómo el “beat” local ofreció un nuevo sonido de y sobre Buenos Aires (p. 98). Para ello, hilvana referentes, libros, revistas juveniles y de interés general, discos, y proyectos urbanísticos no ejecutados, que colaboraron en el proceso de difusión del hippismo, la psicodelia, el *flower power* y la contracultura en Buenos Aires. En este sentido, Sánchez Trolliet destaca la paradoja del rock local que se presentaba como “nuevo sonido” de la ciudad, a la vez que la rechazaba presentándola como caótica, cargada de hastío, consumo y represión policial, e idealizaba

el espacio natural promoviendo un discurso ecologista. También, marca la existencia de exploraciones sonoras y estéticas de Buenos Aires asociadas a los suburbios portuarios e industriales del sur de la ciudad, y al blues.

En el Excurso, Sánchez Trolliet revisa la denominación de “nacional” que, desde 1970, comenzaron a utilizar los productores musicales de rock, cuando plantearon a este género como elemento identitario de la cultura del país (p. 158). La autora analiza la alteridad entre la revalorización de las producciones culturales de las provincias, el *boom* folclórico y su politización, y la “propuesta de cosmopolitismo nacional” (p. 160) de los jóvenes rockeros porteños asociados a la clase media urbana. Para la primera mitad de la década de 1970, y a partir de diversas fuentes, recorre las distintas líneas de experimentación del rock, las condiciones de clase de músicos y públicos, las tensiones en torno del concepto de “popular”, y las distancias y acercamientos de los sectores politizados al universo del rock, que se vieron definitivamente truncados con el incremento de la espiral represiva contra las experiencias militantes.

En el tercer capítulo, se centra en los espacios en que se desarrollaban los recitales de bandas rockeras nacionales e internacionales durante la última dictadura y la transición democrática, recorriendo la masificación del rock local con la guerra de Malvinas, su “politización” desde la transición, y los debates en torno de los modos de habitar el espacio público en los nuevos tiempos democráticos.

En este sentido, analiza el lugar que los parques y plazas de la ciudad de Buenos Aires tuvieron para la cultura rock de los años setenta y ochenta, señalando los límites de las experiencias comunitarias, los cambios en esos espacios que se impulsieron con la intendencia del brigadier Cacciatore, y su resignificación como lugares cívicos, políticos y de experimentación artística en la transición a la democracia. La autora analiza la organización de festivales al aire libre por el gobierno constitucional de los años ochenta, que los consideró como un recurso para la construcción de una “convivencia democrática” (p. 242), y la configuración de un circuito *under* en el centro y norte de la ciudad, asociado a sectores contraculturales. Dedicó particular atención a la experiencia de la represión policial que vivenciaron los jóvenes rockeros, y que habilitó alianzas con sectores como las disidencias sexogenéricas.

En el cuarto capítulo, Sánchez Trolliet aborda las figuraciones sobre el ámbito doméstico y la vida cotidiana urbana en los años transicionales. Analiza los cambios en las imágenes sobre la ciudad en canciones y tapas de discos en tiempos de la última dictadura, la transición democrática, y la crisis política y socioeconómica de 1987, que implicaron el pasaje de la idea del terror, a la de la calle como lugar a “reconquistar” para vivir en libertad y democracia, a la de la urbe como sitio de furia, exclusión económica y desintegración social. En función del repliegue hacia el ámbito doméstico durante la

última dictadura, problematiza la existencia de narrativas rockeras que lo asociaron al amor y la tranquilidad, y de otras que lo vincularon al encierro, la angustia y la opresión familiar, lo que se figuraba en los espacios del “departamento” y la “habitación juvenil”. Se destacan los análisis sobre los lugares de la “cocina”, asociada a la irrupción de las mujeres en la escena rockera, y del “baño”, vinculado a quienes reivindicaban un carácter marginal y el consumo de drogas en el contexto de la emergencia de las “tribus urbanas”. La autora aborda, también, el creciente “denuncialismo” en las canciones con las que los músicos manifestaron su compromiso con la democracia y hablaron de la ciudad.

En el epílogo, Sanchez Trolliet reconstruye el proceso de “conurbanización” de la cultura rock en los años noventa, analizando el “rock chabón”, asociado a los procesos de precarización y pobreza que vivenciaban los jóvenes de sectores medios-bajos y bajos del Gran Buenos Aires, y a los “sónicos” de zona sur vinculados a sectores medios. A partir de una serie de cartografías de locales de

recitales que funcionaron entre los años sesenta y los 2000 en el espacio urbano y metropolitano de Buenos Aires, la autora identifica, en los años noventa, la conformación de nuevos itinerarios que partían de la periferia a la ciudad. A la vez, analiza el emplazamiento de los sitios para recitales en zonas relegadas de los procesos de transformación de la ciudad asociados al mercado inmobiliario y de “privatización de lo público” (p. 332). Sánchez Trolliet marca que la precariedad de las condiciones edilicias de los sitios de recitales que acompañó el deterioro generalizado de las infraestructuras urbanas se desnaturalizó a partir del incendio de República de Cromañón, lo que modificó sustancialmente el circuito de estos sitios, la organización de festivales multitudinarios, y la propia cultura rockera. El santuario improvisado que se construyó colectivamente junto con Cromañón es pensado por la autora como clave interpretativa para reflexionar sobre las representaciones del conurbano y las marcas de los recorridos entre periferia y centro realizados por la cultura rock.

El trabajo de Ana Sánchez Trolliet resulta un aporte significativo en el abordaje de

una historia de la ciudad de Buenos Aires, a la que contempla dinámica y tridimensionalmente, en sus múltiples actores, parques, edificaciones, identidades y modos de habitar y transitar el espacio. A la vez, realiza un recorrido por los procesos centrales de la historia reciente en términos políticos, económicos, sociales y culturales, atendiendo al lugar social ocupado –y atribuido– a un sector importante de la juventud urbana y metropolitana identificada con la cultura rock. Ese lugar, es problematizado en sus cambios, al igual que las percepciones identitarias que los y las jóvenes tuvieron sobre sí mismos en los distintos momentos. Su lectura, después de los años de quietismo impuestos por la pandemia, brinda un aire de movimiento que permite dimensionar las densidades presentes al momento de transitar la ciudad, y habilita preguntas sobre los modos en que las juventudes actuales habitan y significan los espacios públicos y privados.

Fedra López Perea
CONICET / Universidad
Nacional de San Martín

Otras voces, otros ámbitos

La sección “Otras voces, otros ámbitos” está dedicada a reseñas de libros en lenguas no habladas en las Américas y en Europa Occidental, es decir, en cualquier lengua de uso corriente en África y Asia, fuera del español, el inglés, el francés, el italiano o el alemán. Tiene un doble objetivo: por un lado, familiarizar a lectores/as de América Latina con debates de historia intelectual en árabe, ruso (para Asia central), chino, japonés u otras lenguas de los mundos académicos africanos y asiáticos; por el otro, sugerir libros para la traducción al español. Con este propósito, nuestra idea es contactar a especialistas de área o investigadores/as locales y solicitarles reseñas de libros que hayan tenido un cierto peso en los medios académicos e

intelectuales de cada región. Dado que esos debates tienen sus propias temporalidades, y que los libros más nuevos no son necesariamente los más representativos, se reseñarán libros aparecidos en las últimas dos décadas.

Aunque los desarrollos más recientes en historia intelectual han subrayado la importancia de extender la escala de observación para analizar acontecimientos centrales de la historia moderna y contemporánea, gran parte de esta producción científica no ha logrado estar a la altura de su promesa de desprovincialización. Es cierto que esta producción logró desligar sus objetos de estudio de antiguos reflejos eurocéntricos, y que supo deshacerse de una retórica

deductiva en la reconstrucción de los contextos, pero en muchos casos ha quedado prisionera de debates marcados por barreras lingüísticas. Esta sección busca contribuir entonces a reducir esta brecha entre diferentes espacios del debate académico y a acercar la historiografía latinoamericana a los desarrollos del campo en otras regiones del planeta. No se trata de reivindicar el “sur global”, dado que el “norte” forma parte de la ecuación. Se trata simplemente de diseñar un mapa más preciso de la producción científica en el siglo XXI.

La sección es organizada por Pablo A. Blitstein (École des Hautes Études en Sciences Sociales).

M. M. Kalburgi,

Marga: samsodhana prabandhagala samkalana ಮಾರ್ಗ: ಸಂಶೋಧನ ಪಠಬಂಧಗಳ ಸಂಕಲನ [Marga: Una colección de artículos de investigación], Bangalore, Sapna Book House, 2010-2019, 8 volúmenes.

Mallesappa Madivalappa Kalburgi (1938-2015) fue un reputado estudioso del desarrollo histórico de la esfera literaria y lingüística del kannada o canarés, lengua dravídica hablada por más de 50 millones de personas en la provincia de Karnataka, en el sur de la India. La obra, titulada *Marga*, es una recopilación de más de 4000 páginas de 633 artículos académicos que Kalburgi elaboró a lo largo de cinco décadas de investigación sobre la historia, la epigrafía y la cultura del kannada. El autor ofrece un análisis de la aparición de múltiples formas de lenguajes literarios, al tiempo que los sitúa dentro de las contiendas políticas y las realidades sociales de la región en el segundo milenio. Asimismo, Kalburgi hace una incursión en los efectos de la modernidad colonial en las literaturas vernáculas de la India y en cómo el impulso modernista dio forma a nuevos géneros literarios en el siglo XX.

Kalburgi, que enseñó en importantes universidades y más tarde fue vicerrector de la Universidad Kannada de Hampi, fue un intelectual público que cuestionó la sabiduría convencional y las opiniones conservadoras de la esfera pública india, que veneran las tradiciones literarias y religiosas en lugar de examinarlas críticamente. A finales de la década de 1980,

sus trabajos de investigación sobre las alegorías sexuales en las prácticas lingayats (una secta sivaíta surgida hacia el siglo XII en el norte de Karnataka) provocaron la ira de los líderes espirituales de las órdenes monásticas de esta secta, que siguen ejerciendo una influencia sustancial entre sus seguidores. No solo lo amenazaron, sino que acabaron obligándolo a retractarse de sus opiniones, lo que él mismo calificó de “muerte intelectual”. Casi tres décadas después, el 30 de agosto de 2015, fue asesinado por desconocidos que le dispararon en el umbral de su propia casa. Como sus ensayos ponían en tela de juicio los dogmas religiosos basados en las castas, y se habían pronunciado implacablemente contra los segmentos conservadores de la sociedad (por ejemplo, contra el hindutva, la ideología hindú de derecha conservadora seguida por el partido gobernante) que impiden un enfoque crítico del pasado cultural y religioso del subcontinente indio, muchos se sintieron amenazados por él y lo denunciaron públicamente. Su asesinato se produjo en este contexto.

El título de los ensayos de Kalburgi, *Marga*, que significa “camino” o “senda”, evoca la primera obra existente en kannada, el *Kavirajamarga* (“Camino del rey de los poetas”), atribuido a Srivijaya

de la corte de los gobernantes Rashtrakuta (c. 850). En la tradición literaria kannada, la idea de *marga* “camino” se opone a *desa* o *desi* (“país”). El “camino” representa el mundo normativo de la alta cultura literaria (marcada por una profunda influencia de la lengua clásica, el sánscrito y su poética), mientras que el “país” se refiere a la pluralidad de formas dialectales en las que el uso humano del lenguaje produce expresiones literarias que se desvían de la norma textual. Jugando con esta distinción, el título de la obra explora cómo la norma se formó a través de tensiones, contradicciones y transgresiones que dieron lugar a lenguajes literarios controvertidos en el pasado del kannada. Esta dicotomía está profundamente arraigada en la autoconciencia de los poetas kannada premodernos, que o bien adoptaron el “camino” como lengua cortesana estándar bajo el patrocinio real, o bien la desafiaron utilizando variedades locales procedentes de las tradiciones bárdicas de la región.

Cada volumen se centra en un conjunto particular de temas que el autor abordó en distintos intervalos. Los dos primeros volúmenes tratan de material literario y epigráfico del kannada temprano y medieval (siglos VI-XVII). El volumen 3, titulado *Cintana*

(“Reflexiones”), amplía su análisis hacia retratos de poetas, esbozos y viñetas de episodios concretos de la poesía, así como métodos paleográficos en el estudio de manuscritos. Los volúmenes 4 y 5 contienen ensayos sobre cuestiones relativas a la periodización en la historia literaria, así como sobre los primeros intentos orientalistas de interpretar la producción literaria canaresa. Los volúmenes siguientes se centran en el período moderno bajo la influencia de las literaturas occidentales.

Los ensayos históricos de Kalburgi examinan la formación de reinos regionales y la aparición de movimientos sectarios dentro del hinduismo. El autor recorre los primeros siglos del antiguo kannada como un espacio de experimentaciones, sin perder de vista en ningún momento su contexto histórico. Los primeros volúmenes se centran en la historia literaria temprana de los siglos IX al XII, dominada por poetas de la corte que servían bajo el patrocinio real y componían proclamas y poesía de alabanza a los reyes en kannada antiguo. Kalburgi interpreta el amplio corpus de material epigráfico como declaraciones políticas de poder que hicieron posible la estandarización de la norma literaria (*marga* o “camino”). Durante este período, el estilo mixto prosa-verso del *campu* fue el dominante. Sus artículos ilustran la resonancia que las obras anteriores tuvieron en los poetas posteriores. En particular, los poetas volvieron a contar la famosa epopeya bélica india *Mahabharata* en diferentes versiones, destacando a veces su importancia ritual-

legal (*dharma*) sobre las acciones humanas, el trágico fracaso de sus antihéroes y, en ocasiones, comparando a sus reyes mecenas con las figuras mitológicas heroicas.

El principal aporte de Kalburgi reside en el estudio de la literatura *vacana* (siglos XII-XIV). *Vacana* es literalmente “discurso” o “acto de habla” y se transformó en el nombre de un estilo de verso corto memorizable gracias a las obras de Basavanna (1134-1196) y Akka Mahadevi (1130-1160), considerados los santos fundadores del lingayatismo o movimiento virasaiva, que sigue siendo influyente hasta hoy. Esta secta surgió como contestación al orden social de castas y adoptó el lenguaje hablado como vehículo de expresión literaria en lugar de limitarse a las culturas cortesanas que habían dominado la región hasta entonces. La mayor parte de la erudición moderna sobre la literatura *vacana*, que siguió siendo popular hasta bien entrado el siglo XVI, tiende a ofrecer un relato literario-histórico lineal basado en hagiografías. Kalburgi, que también inició una serie de publicaciones que dieron lugar a su edición crítica, recopila ensayos breves que exploran el prisma psicológico de los poetas de la tradición *vacana*. Aborda alegorías sobre el deseo sexual y la atracción erótica entre los miembros de esta secta. Por ejemplo, se supone que Akka Mahadevi se despojó de sus ropas y pasó el resto de su vida cubriendo su cuerpo con sus largas trenzas. Kalburgi examinó sus experimentos con la desnudez y la exhibición de los genitales femeninos como

un cuestionamiento del lugar de la “vergüenza” en la cultura medieval. Dado que muchos de estos poetas son venerados en la India actual como santos, los escritos de Kalburgi lo enfrentaron a sectores de la esfera pública que no estaban dispuestos a aceptar la exploración de temas delicados como la desnudez.

Los últimos volúmenes se centran en el período moderno y en la influencia de las literaturas occidentales. El auge del modernismo vernáculo en las lenguas indias comenzó con la burguesía bengalí educada en Inglaterra a finales del siglo XIX, especialmente con las obras del premio Nobel Rabindranath Tagore. Siguiendo el modelo de la novela, el teatro y la poesía en verso libre bengalíes, escritores de otras lenguas como el canarés, el maratí, el télugu y el tamil empezaron a experimentar desafiando géneros convencionales que parecían arcaicos en una época en la que las experiencias subjetivas del individuo, las reformas sociales contra la ortodoxia religiosa y las cuestiones de comunidad política se hacían cada vez más acuciantes bajo el dominio colonial. A principios del siglo XX, poetas canareses como M. Govinda Pai y B. M. Srikantiah iniciaron la literatura del “nuevo nacimiento” (*navodaya*) que más tarde dio lugar al modernismo (*navya*). A partir de finales de los años 50, dominaron los escritos progresistas (*pragatisila*) influidos por el marxismo. Más tarde, el movimiento de “revuelta” (*bandaya*) entre los años 60 y 80 exigió una crítica radical de los impulsos

modernistas heredados de la literatura europea que habían marginado la voz subalterna.

Kalburgi, que interactuó con autores subalternistas y modernistas a lo largo de su carrera como profesor, editor y autor, no perteneció, sin embargo, a ninguno de los bandos antagónicos. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, que eran a la vez autores y críticos, él seguía siendo uno de los pocos críticos literarios que también era historiador. Kalburgi experimenta con el género popular de la escritura moderna en kannada: el ensayo (*prabandha*). Ya sean esbozos biográficos de sus contemporáneos, los que tratan de las influencias entre los poetas medievales o las narraciones recurrentes en las tradiciones bárdicas y folclóricas de la región, sus ensayos experimentan con distintas formas de crítica literaria (*vimarse*) y desempeñan un papel fundamental en su obra.

Los escritos de Kalburgi también reflejan el final de una fase de la escritura literaria en India. Desde finales del siglo XIX hasta la década de 1980, los estudiosos regionales habían escrito sus obras en las lenguas

vernáculos. Durante los movimientos nacionalistas por la independencia y en el contexto posindependentista a partir de 1947, los autores indios adoptaron conscientemente las lenguas locales para crear un lenguaje intelectual inspirado en las tradiciones de escritura tanto europeas (en inglés, francés, alemán, griego antiguo y latín) como indias. Este período también fue testigo del crecimiento de las universidades regionales como centros de aprendizaje, debates y publicación. Esta tendencia ha decaído en las últimas décadas debido a la escolarización en inglés y a la educación universitaria, que es el principal medio de movilidad ascendente en la sociedad india. La creciente tendencia hacia la producción de conocimiento en inglés, que comenzó como lengua colonial de poder, pero se democratizó como lengua india con una audiencia global, ha marginado la esfera vernácula. De ahí que hoy en día sean pocos los estudiosos que pueden alcanzar el reconocimiento de Kalburgi mientras trabajan dentro de su región lingüística.

De este modo, Kalburgi fue uno de los últimos intelectuales

públicos que, aunque arraigado en un idioma regional, podía trascender los límites de la lengua y escribir para un público nacional. Escribió para revistas literarias y periódicos y era conocido más allá de su región. Esa visibilidad le costó cara y pagó el precio con su vida. El asesinato de Kalburgi, que forma parte de una oleada de asesinatos de intelectuales y periodistas en la última década, refleja los crecientes límites de lo que se puede y, muy a menudo, no se puede decir o se ha silenciado en la esfera pública india contemporánea. Esto ha obligado cada vez más a los académicos indios a autocensurarse como único medio de supervivencia. El fallecimiento de Kalburgi refleja el paso de una época, pero también la amenaza oscura del autoritarismo, que ha imposibilitado la libertad de expresión y amenaza los derechos políticos y sociales en la India.

Naveen Kanalu
École des Hautes Études
en Sciences Sociales

Traducción del francés
de Pablo Blitstein

Amnon Raz-Krakotzkin,

Toda'at Mishnah, Toda'at Mikra. Tsefat ve-ha-tarbut ha-tzionit וְיִקְצוּקֵרֶק-זֶר וְנִמְאָה
תודות הנשמ תעדוּת אַרְקָמ תוּבְרַתְהוּ תַפְצ. [Conciencia de Mishná, conciencia bíblica.
Safed y la cultura sionista],
Tel Aviv, Van Leer Institute Press & Hakibbutz Hameuchad Publishing House, 2022.

Escrito en hebreo y dirigido principalmente a israelíes, este libro se inscribe en los debates sobre la modernidad, la secularización y el mundo poscolonial, y puede interesar a historiadores de otras sociedades que presentan impasses afines o similares a los existentes hoy en Israel. El autor, Amnon Raz-Krakotzkin, es profesor del Departamento de Historia de Israel en la Universidad Ben Gurion de Beer-Sheva. Se distingue, entre otras cosas, por su reflexión sobre el sentido de la actividad historiográfica en la realidad contemporánea de Israel y Palestina. El libro es el resultado de muchos años de estudio, como se afirma al final de la Introducción, y como demuestra el sutil uso de una extensa bibliografía de fuentes primarias y secundarias. Se publicó en 2022, es decir, antes de la crisis que estalló en enero de 2023 tras la organización del último Gobierno de Netanyahu. Pero se nutre de profundas reflexiones sobre las fallas históricas que condujeron a la crisis, a saber, la desintegración de la sociedad y de las instituciones democráticas.

El enfoque es a la vez crítico y reparador: partiendo de una historización del discurso sionista, propone tanto una crítica ideológica como una

reconceptualización de la historia judía. Basándose en los trabajos de Dmitry Shumsky, demuestra que antes del colapso del Imperio otomano figuras destacadas como David Ben-Gurion no contemplaban un Estado soberano, sino más bien la autonomía judía en Palestina en el marco de un orden imperial. Según el autor, este sionismo no estatal estaba en continuidad con la tradición rabinica formada en Safed en el siglo xvi.

Fue en la Safed del siglo xvi donde tuvo lugar el surgimiento de la modernidad judía, o la vertiente judía de la modernidad. Los rabinos que se reunieron en esta ciudad galilea, en su mayoría sobrevivientes de las expulsiones ibéricas, hicieron realidad la manera judía, rabinica, de volver al pasado “clásico” para pensar el presente y construir el futuro. Permitieron a los judíos de su tiempo concebir, en la teoría y en la práctica, su lugar en la “especie humana” (*ha-min ha-enoushi*) –para citar a la figura central de este círculo, el rabino Yosef Caro, que en 1565 publicó su obra monumental *Shulkhan Arukh* (“Mesa puesta”). Su producción literaria sustentó y fundó el lenguaje simbólico que definiría el judaísmo en los siglos venideros.

El sionismo tal como lo conocemos (con sus dos ramas principales: la “socialista” y la “revisionista”), que culminó con la creación del Estado de Israel, fue concebido después de la Primera Guerra Mundial. Como ya había demostrado el autor, su ideología se basaba en un acto de negación: “la negación del exilio” (*shlilat ha-galut*), una frase que se encuentra en los discursos sionistas antes y después de la fundación del Estado. Esto no significa que los ideólogos e historiadores sionistas ignoraran la historia de los judíos durante el llamado período exílico, sino que negaban la relevancia del conocimiento desarrollado por los judíos durante ese tiempo (es decir, desde la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70) a menos que apoyara el proyecto soberanista.

En la jerga sionista, el adjetivo “exílico” significaba algo o alguien reaccionario y decadente, ya que iba en contra del proyecto de establecer un Estado soberano. Pero si Safed, en el siglo xvi, representa la modernidad judía, es más bien el sionismo, que corta con ella, lo que sería decadencia. El autor retoma aquí la idea de que la negación del exilio preparó, o estructuró, otras negaciones de la conciencia sionista, y especialmente la de la Nakba

palestina. Se trata, pues, de una falla original cuyos efectos devastadores pueden verse claramente hoy en día.

Hay que recordar que la región entre el río Jordán y el mar Mediterráneo está poblada por dos grupos más o menos iguales en número: judíos y árabes. Los primeros tienen más derechos que los segundos, sobre todo cuando se trata de los territorios ocupados por Israel en 1967. Esta desigualdad de derechos alimenta la violencia: la de la resistencia y la más devastadora e invasiva del Estado y sus fuerzas del orden. Esta realidad es tolerada por una parte significativa de la población judía de Israel. Además, los discursos que apoyan la injusticia se basan en la tradición rabínica y difunden ideas sobre la superioridad moral, metafísica o biológica de los judíos.

Sin embargo, como muestra este libro, la “gran narración” en la que se cuentan estas ficciones no procede del Talmud (entre otras cosas, porque el Talmud es una conversación, un lugar de encuentro de muchas voces y narraciones), sino de la Biblia. Como en otras situaciones coloniales, los sionistas se basaron en la narrativa bíblica, especialmente en la parte de la conquista israelita de la tierra de Canaán. Los ideólogos sionistas fomentaron la identificación de los judíos con el pueblo conquistador, es decir, con los vencedores de esta historia. Lo hicieron sin la mediación de la conversación

rabínica. La situación actual se deriva de este estado de cosas: al apartar a los judíos de su conocimiento histórico, de su modernidad, el sionismo ha acabado por producir ciudadanos ignorantes de la realidad, que no pueden establecer la conexión entre la ocupación y la violencia estatal, por un lado, y la violencia palestina, por el otro; ciudadanos que reducen a “antisemitismo” cualquier resistencia (árabe, judía o de otro tipo) a las tendencias imperialistas y autoritarias del Estado de Israel.

En la Introducción y la Conclusión, el autor cita el texto testamentario de Walter Benjamin, *Tesis sobre el concepto de historia*. En este texto, Benjamin rechaza el método promovido por Fustel de Coulanges, que recomienda “al historiador que quiera revivir una época [...] que olvide todo lo que ocurrió después”. Este método de “empatía”, que “nace de la pereza del corazón”, solo reproduce la historia de los vencedores, la refuerza y la fomenta. El historiador del judaísmo, que sostiene, con Benjamin, que “el sujeto del conocimiento histórico es la clase combatiente, la propia clase oprimida” debe tener en cuenta el orden injusto en Israel y Palestina y que es mantenido por un Estado judío.

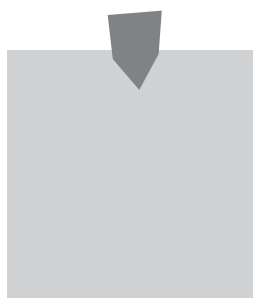
El hecho de que los partidos fascistas en el parlamento israelí en los últimos años se llamen “El Hogar Judío” o “Fuerza Judía”, que los

milicianos de sus cortejos lleven kipá y reciten las oraciones antes de lanzar sus ataques, que las persecuciones, expropiaciones y otras violencias sean justificadas por rabinos, ¿no está ligado a una supresión de la pluralidad de las tradiciones judías y rabínicas? ¿Cuál es el valor del conocimiento rabínico transgeneracional si puede apoyarse y justificar tales actos? ¿Cuál es la verdad de sus relatos, tradiciones, costumbres e historias? Cualquiera que se tome en serio estas preguntas debería leer este libro. En el pasado, Raz-Krakotzkin ya cuestionó la ruptura, descrita por Yosef Hayim Yerushalmi en su libro *Zakhor* (1982), entre los dos tipos de discurso judío sobre el pasado: el discurso historiográfico, por un lado, y el discurso rabínico, por el otro. A través de su crítica al sionismo, el fenómeno político más importante de la historia judía contemporánea, el autor parece buscar una auténtica palabra judía que se guíe por la verdad y se oriente hacia la justicia. Para el historiador judío que soy, la lectura de este libro solo puede ser informativa e inspiradora a la vez.

Ron Naiweld
Centre National de la
Recherche Scientifique /
Centre de Recherches
Historiques

Traducción del francés
de Pablo Blitstein

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 27 / 2023

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

Ingrid Simson y Guillermo Zermeno Padilla (eds.), *La historiografía en tiempos globales*, Berlín, Edition Tranvía, 2020, 322 páginas

La historiografía en tiempos globales reflexiona sobre la escritura de la historia en un presente globalizado. Por globalización, los editores refieren al proceso de creciente interconexión iniciado en la segunda mitad del siglo XX, que remite a lo espacial y simultáneo más que a lo secuencial y cronológico.

Abre la obra un conjunto de tentativas teóricas y metodológicas sobre el tiempo, el espacio y las formas de representación histórica, presentado en textos de Reinhart Koselleck, François Hartog, Karl Schlögel y Hans Ulrich Gumbrecht. La segunda parte reflexiona sobre cómo la globalización y los enfoques globales han influenciado la historiografía a partir de la inflexión epistemológica de la década de 1960. Siguen dos miradas críticas que, desde la antropología, proponen escribir historias que consideran el perspectivismo amerindio y la cosmohistoria. La última sección presenta propuestas historiográficas que atienden al carácter simultáneo y descentralizado de la perspectiva global.

La historia en tiempos globales es una polifonía diacrónica de estudiosos preocupados por la reinención de la historia, marcadamente moderna, antropocéntrica, secuencial y antiliteraria. Llama a abandonar esas condiciones de la consolidación de la

disciplina, que para la comprensión de un mundo globalizado son más obstáculos que habilitadoras. En su lugar, se llama a una historia que retrate paisajes sincrónicos, interconectados y heterogéneos.

Estudiantes y especialistas encontrarán en la obra elementos para reflexionar sobre la teoría, la metodología y las técnicas de la historia global. Quien se aproxime a la obra debe dejarse seducir hacia una crítica de la historia de signo moderno; debe asumir la tardanza de la historia en reconocer el impacto del mundo globalizado en su práctica.

Gloria Maritza
Gómez Revuelta
COLMEX

Robert Darnton,
Un magno tour literario por Francia. El mundo de los libros en vísperas de la Revolución francesa, México, Fondo de Cultura Económica, traducción de Mario A. Zamudio Vega, 2022, 606 páginas.

Este libro de Darnton fue publicado por primera vez en inglés en el año 2018 por la Oxford University Press; en 2022, Fondo de Cultura Económica nos presenta esta traducción sumamente útil para indagar sobre las formas de circulación de los libros y de la vida cultural, política y, sobre todo, comercial del Antiguo Régimen de la Francia de los años 1769 a 1789. Para ello, el autor investiga el fenómeno de la “vivencia de la literatura”, es decir, las conexiones entre los libreros, agentes y demás figuras que realizaron el puente de unión y sentido entre los lectores ávidos de obras y las casas editoriales encargadas de imprimir esos libros. Lo particular y fascinante de la investigación de Darnton es que nos muestra la dimensión del comercio del libro en las provincias de Francia, ya que estas “consumían la gran mayoría de los libros” que recibían de París, pero “con mayor frecuencia llenaban sus estantes con obras producidas fuera de Francia” (p. 10).

Darnton nos revela así hechos sobre la circulación y el consumo de los libros. En primer lugar, que los altos costos del papel y las fuertes trabas del mundo burocrático-comercial parisino habilitaban una forma paralela de comercio de libros pirateados de casas

editoriales fronterizas. En segundo lugar, que este sistema de distribución que fue parcialmente clandestino, en especial en las zonas fronterizas de Francia, se organizó y requirió de las arterias comerciales ordinarias en donde los intermediarios ejercían su oficio, foco central del libro.

Para ello, recupera los datos que otorga el fastuoso archivo de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel, centrándose en el diario de viaje y la correspondencia del viajante de comercio de esta casa editorial, Jean-François Favarger. Esta geografía viviente le permite a Darnton dar luz sobre la red de personas y el sistema de recorridos. Cada capítulo hace foco en una provincia de Francia (a veces, más de una) y en sus conexiones fronterizas o internas con otros espacios comerciales, cada uno de ellos representado por un agente cultural y comercial determinado.

Como si fuera el relato de los recorridos del agua o de afluentes inexorables e imparables, el autor nos coloca en primer plano los cauces del mundo editorial y del libro en el Antiguo Régimen, previos al partaguas de la Revolución francesa. Esta exploración e indagación nos muestra que, si bien los libros no hicieron la revolución, ciertamente llevaron, con su comercio y circulación, a generar fisuras en el orden restrictivo del Antiguo Régimen francés.

Mariana Rosetti
UBA / CONICET

Pascal Ory,
Qu'est-ce qu'une nation?
Une histoire mondiale,
París, Gallimard, "Bibliothèque
des histoires", 2020, 464
páginas.

Pese a que solemos identificar la historia cultural francesa con un momento *annaliste* emancipado de la historia de las mentalidades y, en particular, con una "historia cultural de lo social" (Roger Chartier), atenta a las prácticas, la materialidad y los usos de objetos impresos, existe en Francia otra corriente historiográfica de idéntico nombre, pero que dista mucho de aquella. Surgida en los años 1980, esta historia cultural se ha mostrado más atenta al mundo contemporáneo, a una historia política en la línea de René Rémond, más amable con las mentalidades, la cultura de las élites y los conceptos históricos; de hecho, fue sintetizada con cierto aire conciliador por el autor del libro aquí reseñado como una "historia social de las representaciones". El *Dictionnaire d'histoire culturelle de la France contemporaine* (2010) dirigido por Delporte, Mollier y Sirinelli es su máxima expresión. A falta de una seria tradición de historia de las ideas en Francia –tal como denunció con justa acritud Marc Angenot en *L'Histoire des idées* (2014)–, esta "historia cultural" haría las veces de lo que, entre nosotros (pero no en Cambridge), se denomina "historia intelectual", aunque los historiadores franceses eviten este urticante adjetivo tan anglosajón. En este sentido, este nuevo libro de Pascal Ory, un estado del arte con ánimo global de la idea de

"nación", funciona como una pieza representativa de esta corriente. Bajo la sombra de Ernest Renan (desde el guiño del título hasta el uso como epígrafes de pasajes de su célebre texto de 1882) y tras discutir la trilogía canónica de Gellner, Hobsbawm y Anderson, el autor esboza la cartografía de los caminos que tomó el concepto y, para ello, divide su obra en tres grandes secciones: "Una invención democrática", "Una construcción poética" y "Un recurso político". Según Ory, la nación es un "sujeto dinámico" y nace cuando "*un pueblo se convierte en el Pueblo*"; se establece como tal entre Lutero y Sièyes y, por caso, resulta de "una experiencia histórica que produce una identidad cultural, pero que, en su camino, se cruza con la gran invención política de la modernidad: la soberanía popular". En una época como la nuestra, en que la globalización parece dar indicios de retirada, esta obra se aviene a interpelar una "historia *mondiale*" de la idea de nación que más bien persigue aminorar la vehemencia con que las historias globales y transnacionales pretendieron (y aún pretenden) hegemonizar toda investigación. Con todo, *Qu'est-ce qu'une nation?* no pretende ser original, sino una suerte de prestación intelectual para un público francés muy sensible a la idea de nación como "universal". Un recorrido enciclopédico provechoso que el autor reconstruye con elegancia y que permitió situar esta problemática, nuevamente, en el espacio público.

Andrés G. Freijomil
UNGS

Pierre Bourdieu,
*Microcosmes. Théorie
des champs*,
París, Raisons d’agir, edición
establecida y presentada por
Jérôme Bourdieu y Franck
Poupeau, 2021, 694 páginas.

Hacia los años 1990, el derrotero de Pierre Bourdieu pareció tomar un rumbo de intervención pública cada vez más intensa. Aunque el volumen *Interventions, 1961-2001* (aumentado en 2022) demostró que esta iniciativa databa de varias décadas atrás, es indudable que el contexto de *Sobre la televisión* o *Contrafuegos* –fines de los años 1990– fue un momento álgido ante los efectos que la globalización neoliberal estaba ocasionando: Bourdieu creó por entonces la editorial Liber-Raisons d’Agir, nombre que provenía de la revista que fundó en 1989 y también del de un grupo de investigadores concebido como “intelectual colectivo” –frente al “intelectual total” sartreano o el “intelectual específico” foucaultiano–, surgido tras la gran huelga de 1995 contra el Plan Juppé. El objetivo de la editorial consistía en ofrecer libros de ciencias sociales, baratos y de bolsillo, con análisis que la “censura mediática” solía invisibilizar, sobre todo, al indagar los medios de comunicación. Tras casi treinta años de aquella gesta, Raisons d’Agir, si bien conserva su militancia bourdesiana, ha dejado de ser una editorial tan accesible y algunos de sus nuevos lanzamientos ya no son de bolsillo. Tal es el caso del imponente *Microcosmes*, el conjunto de textos sobre la

medular noción de “campo” que Bourdieu fue esparciendo y reelaborando en libros y revistas durante cuarenta años (desde 1966, es decir, desde el clásico artículo “Campo intelectual y proyecto creador”) y que pergeñó como libro desde los años 1980 pero que, tras década y media de *work in progress*, debió interrumpir. Los editores se han propuesto “refabricar” ese proyecto, incorporando notas inéditas, esbozos del autor y un cúmulo de textos ya publicados. Allí, Bourdieu se proponía anudar la dispersión y una “síntesis provisoria que permitiese demostrar la fuerza operativa y la coherencia teórica” de los “campos” o “microcosmos”, cada uno de los cuales (religioso, político, literario, científico, entre otros) funciona como un sistema relativamente autónomo y jerarquizado de relaciones objetivas donde su posición se veía determinada por la estructura distributiva de los capitales en juego y cuyo control permitía acceder a privilegios que son específicos para cada campo. Tal es la definición básica. Empero, el plan de la obra ponía el acento en los grados de institucionalización que cada campo establecía con los restantes, de allí sus diferencias fundantes. En suma, tal y como ha sido editada, se trata de la obra más “teórica” de Bourdieu, siempre y cuando asumamos la teoría como subsumida a la lógica de la prueba y tal como fue construida la “teoría de los campos”: sin apriorismos y persiguiendo los dictados del trabajo empírico.

Andrés G. Freijomil
UNGS

Richard Bourke y Quentin Skinner,
History in the Humanities and Social Sciences,
Londres, Cambridge University Press, 2022, 416 páginas.

Este volumen interdisciplinar explora la relación de la historia con un amplio rango de disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales, como economía, ciencia política, teoría política, relaciones internacionales, sociología, filosofía, derecho, literatura y antropología. Su preocupación no está en estudiar las relaciones entre disciplinas, o cómo la disciplina histórica se vincula con otras ciencias; más bien explora cuál es el rol del conocimiento histórico en estas.

En este camino, los trabajos que componen esta compilación buscan dar cuenta de qué significa examinar un tema históricamente, cómo el cultivo de la comprensión histórica puede enriquecer y mejorar –sin ubicarse como un faro– una serie de disciplinas científicas sociales y humanísticas. Es así que los autores repasan desde distintas perspectivas y disciplinas cómo el anacronismo y el uso de esquemas muchas veces descontextualizados son algunos de los problemas que se mencionan no solo como “no usos” de la historia, sino también como malos usos.

History in the Humanities and Social Sciences invita a reconocer los aportes de la comprensión histórica y del tipo de preguntas que esta fórmula para el conocimiento en general y, si en algunos casos se critica el poco uso de la historia también se celebra el

valor de adoptar la perspectiva histórica, sobre todo en la literatura. Si bien algunas de estas cuestiones no son nuevas, el volumen invita a una productiva y renovada reflexión, con algunos capítulos que seguro se convertirán en referencias importantes en el campo de la nueva historia de las ideas.

Martina Garategaray
UNQ / CONICET

Gisèle Sapiro,
¿Se puede separar la obra del autor? Censura, cancelación y derecho al error, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2022, 190 páginas.

¿Cómo se regulan los vínculos establecidos entre la “moral de la obra” y la “moral del autor” bajo regímenes de producción cultural históricamente situados? ¿Bajo cuáles argumentos se “cancelan” autores consagrados? ¿Cómo se revisan los “cánones” de la producción cultural a la luz de las obras impugnadas? Estas son algunas de las preguntas que sugiere este ensayo de Sapiro que actualiza una temática ya explorada en libros como *Lés écrivains et la politique en France. De l’affaire Dreyfus à la guerre d’Algérie* de 2018 o *La responsabilité de l’écrivain. Litterature, droit et morale en France (XIX-XX siècle)* de 2011. Sapiro explora los argumentos y las tomas de posición de diferentes agentes del mundo cultural en las polémicas abiertas por la reprobación de actitudes privadas o de compromisos públicos de autores/as cuya producción es factible de ser “descartada”.

En la primera parte, Sapiro presenta las formas que adquiere el lazo entre obra y autor para mostrar los procedimientos de unificación que buscan dotar de una especial “coherencia” al proyecto creador de todo autor, en donde intervienen desde editores hasta traductores. La débil frontera entre autor y personaje le permite analizar los casos en los que la “escritura de sí” y formas de la autoficción han disparado fuertes debates sobre los límites de lo aceptable públicamente. Asimismo, la

atención a la recepción de algunas obras cuyos efectos violentos desbordarían la “intención original” del autor sugiere que el estudio de la producción intelectual y/o artística debe incluir las transformaciones históricas de los esquemas de percepción. La segunda parte, “Autores escandalosos”, ofrece un sofisticado conjunto de indagaciones sobre las polémicas en torno a Roman Polanski y Gabriel Matzneff, dos casos de impunidad machista amparados en posiciones de poder y en la “libertad artística”, o las variaciones en torno a compromisos “comprometedores” del pasado como en Günter Grass o Paul de Man, las revelaciones sobre Heidegger o las recientes “celebraciones” nacionalistas de Charles Maurras.

A través de Foucault y Bourdieu, Sapiro indaga sobre las nociones de “autor” y de “obra” para mostrar el grado variable de relativa autonomía entre ambas, de la completa identificación a la escisión total, y la necesidad de inscribir las estrategias de autor y creación en el horizonte sociohistórico del campo de producción cultural. Así, antes que la expansión de la “cancel culture”, es necesario, de acuerdo con Sapiro, comprender la sociogénesis de los/as autores/as y los efectos de las obras, para abrir un debate público informado y responsable sobre las producciones simbólicas que afectan derechos humanos y promueven violencias de cualquier tipo.

Ezequiel Grisendi
UNC

A. James McAdams y Anthony P. Monta (eds.), *Global 1968. Cultural revolutions in Europe and Latin America*, Indiana, University of Notre Dame, 2021, 518 páginas.

En 2018, a 50 años del 68, se llevó a cabo en la Universidad de Notre Dame un coloquio que sirvió de base a este libro para pensar en clave global los acontecimientos de ese momento bisagra. A la luz del concepto “revolución cultural”, en cuanto clave interpretativa, esta obra recorre desde las transformaciones en las relaciones de género, la protesta estudiantil y generacional, y los cambios del catolicismo posconciliar y su impacto europeo y latinoamericano, hasta el rechazo a las normas establecidas en las costumbres, las prácticas culturales y la conducta social evidentes en una amplia gama de manifestaciones culturales. Otro de los aportes es una mirada a escala global que atraviesa múltiples geografías, de la Europa occidental a la comunista como si el muro de Berlín no estuviera ahí, así como también diversos escenarios latinoamericanos (entre otros casos, se destacan las experiencias de México, Chile y la Argentina). El libro se completa con los testimonios de participantes del *Zeitgeist* del 68 como el cineasta Volker Schlöndorff o el politólogo Ignacio Walker, quienes ofrecen una mirada retrospectiva, tan crítica como ecuaníme, en contrapunto con la intervención de Daniel Cohn-Bendit en su libro *Forget 68*, publicado en el 40° aniversario. Además, *Global 1968* cuenta con un destacado abanico de autores como Eric

Zolov, Massimo De Giuseppe, Valeria Manzano, Vania Markarian y Michael Seidman, entre otros.

La propuesta, refrescante y ambiciosa, dialoga tanto con la historia global tan en boga como con la preocupación por reponer la contingencia de ciertos momentos cruciales (por ejemplo, con el trabajo de Erez Manela, *The Wilsonian Moment*). Hasta aquí, pues, nos topamos con una obra que aspira a convertirse en una referencia. Entre otras novedades, también destaca el descentramiento de los Estados Unidos en el 68, quizás uno de los lugares comunes más visibles en los cientos de productos de las industrias culturales que abordan el período, comenzando por la ya clásica *Forrest Gump*. En efecto, la lupa se corre hacia Europa (oriental y occidental) y América Latina. Sin embargo y a pesar de que el año 1968 se abrió con la ofensiva del Tet, la presencia de Asia es bastante tangencial en el libro, en especial, si la comparamos con la Iglesia católica cuya centralidad en el argumento corre el riesgo de cierto eurocentrismo en desmedro de, por ejemplo, el maoísmo y su entusiasta recepción en Occidente, que aparecen solo lateralmente. Por último, cabe advertir una cierta tensión entre lo global y lo nacional: un importante número de capítulos conserva la mirada atenta a los casos locales que la historia global ha venido a poner en cuestión en lugar de detenerse en las transferencias o la circulación transnacional de experiencias, ideas, prácticas y valores.

Miranda Lida
UDESA / CONICET

Francisco Foot Hardman, *A ideologia paulista e os eternos modernistas*, San Pablo, UNESP, 2022, 270 páginas.

En coincidencia con las conmemoraciones del centenario de la Semana de Arte Moderno de San Pablo en 1922, Francisco Foot Hardman reúne en este volumen un conjunto de ensayos críticos sobre el movimiento modernista, la vanguardia estético-literaria que desde ese acontecimiento se instaló en el centro de los debates sobre la cultura brasilera. No puede decirse que la iniciativa sea oportunista: los textos agrupados fueron elaborados en un extenso lapso de tiempo, que se remonta en algún caso hasta treinta años atrás. Concebidos para distintos eventos y circunstancias, los escritos reunidos revelan un prolongado asedio a aspectos y figuras del modernismo y de otras estaciones de la tradición intelectual y literaria brasilera de la República Velha y los inicios de la era varguista, un afán persistente que se abre hacia una heterogeneidad de objetos y registros. El volumen se propone anudar esa diversidad subrayando una de las constantes en la producción del autor: la voluntad por interrogar críticamente el relato canónico sobre la centralidad del movimiento liderado por Oswald de Andrade y Mário de Andrade. Tal relato canónico habría traído aparejado una doble oclusión, espacial y temporal: de un lado, reforzando la hegemonía cultural de San Pablo sobre el conjunto del país, a expensas de

escritores y formaciones intelectuales de otras regiones (un fenómeno aludido por el autor bajo la fórmula de “ideología de los eternos modernistas”); de otro, colocando a 1922 como un parteaguas que tendió a oscurecer las contribuciones de una saga anterior de intelectuales al proyecto de una modernidad a la brasilera. Así, en varios de los ensayos Foot Hardman ubica a autores dispares como Euclides da Cunha, Raul Pompeia, Graça Aranha, João do Rio o el líder del movimiento obrero nordestino Manuel Querino, como nombres conectados a una constelación de “antiguos modernistas”. Otros ensayos acometen lo que el autor llama “mistificaciones” relativas a las figuras de la Semana del 22, considerando algunas de sus derivas político-culturales. Mientras que el programa antropofágico gozó de una pleitesía que acabó dando una imagen autocomplaciente del poderío del constructo nacional-popular brasilero, en “Adeus, Macunaíma!” Foot Hardman examina otro mito adormecedor, el de las supuestas virtudes asociadas al “héroe sin ningún carácter” del clásico de Mário de Andrade. En suma, aun cuando puedan advertirse algunos efectos de sobreactuación en sus perspectivas críticas, los ensayos elegantes y razonados de Foot Hardman convocan a un saludable examen de los lugares consagrados en la historia intelectual y cultural del continente.

Martin Bergel
UNQ / UNSAM / CONICET

Beatriz Colombi (coord.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2021, 556 páginas.

El *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*, coordinado por Beatriz Colombi, cumple una doble función: primero, la de seleccionar e historizar estos lenguajes conceptuales con criterios específicos; luego, la de reflexionar sobre los usos de dichos términos en la cotidianidad académica. La reflexión sobre los términos no atañe entonces solo a quienes los acuñaron, sino que también refleja a quienes firman las distintas entradas. Por lo tanto, este no es solo un diccionario que describe y piensa usos de distintos términos, sino que, a su vez, también los usa.

Si bien elaboradas por distintas personas, las entradas comparten un criterio común: un contexto de aparición del término, su presencia desde entonces, su uso actual y una indagación de corte teórico. Sin embargo, ya desde la reconstrucción de cada contexto de acción comienza el *uso* que cada autor hace de su término. Así, resignificaciones de términos previos como “Calibán” comparten con los distintos ¿neo?logismos que entran en este diccionario no tanto el requerimiento de una definición como el de una interpretación tan histórica como hermenéutica. Quizás sea por eso extensible a todo el *Diccionario* la categoría de “concepto-metáfora” (retomada en más de una entrada) para

hacer evidente que cada inspección de un término en sus usos implica un trabajo complejo entre estos dos dominios, separados y juntos.

Es extensible, asimismo, al *uso* que el mismo *Diccionario* hace de sus términos. En el juego entre concepto y metáfora se cifra la potencia rizomática que este libro propicia, ya evidenciado por Colombi en su Introducción al presentar los términos en grupos siempre intersectados. Uno de los grandes aciertos de este proyecto es ese mismo: el género que lo organiza propone una religación de términos tan ajustada como estimulante y así, cada vez que se menciona a uno ajeno a la entrada de turno, se indica: “(v.)”. De hecho, muchos de los términos definidos surgieron y funcionan tramando redes y series –trabajo canónico en el campo–, e.g. “religación”. También se destaca la presencia de términos que designan ciertos períodos que, vinculados entre sí, quedan recontextualizados en un *algo* más amplio. Podría ser que las distintas articulaciones teóricas tendidas entre términos (como “transculturación”) sean los principios ordenadores de ese *algo*.

Podría ser también que el *Diccionario* mismo sea aquel *algo*: el total vale, por sí mismo, como una entrada más grande a la biblioteca latinoamericanista. La magnitud del proyecto –en extensión, en trabajo crítico y en calidad de autores/as– desafia el corte sincrónico que implica su género al proponerse así como bibliografía ineludible para el uso de mañana.

Juan Abadi
UBA

Mariana Moraes Medina,
*Turistas intelectuales: viaje,
política y utopía en María Rosa
Oliver y Ezequiel Martínez
Estrada*,
México, Universidad Nacional
Autónoma de México, 2020,
308 páginas.

Inserto en la tradición de los estudios sobre literatura de viajes, este libro se detiene en una de sus modalidades particulares: el viaje político. Una forma de viaje activada por cuestiones ideológicas que la autora estima una fuente relevante para la historia de los intelectuales en tanto permite examinar “la evolución de la función, los dilemas, las representaciones y la relación del intelectual con el poder” (p. 11). El estudio de Moraes Medina, resultado de su tesis doctoral realizada en la Universidad de Navarra, busca contribuir a ese campo de estudios desde el mirador latinoamericano –más específicamente, argentino– a partir de la indagación sobre los viajes, y sus relatos, de María Rosa Oliver y Ezequiel Martínez Estrada a los Estados Unidos, la Unión Soviética, China, Suiza o Cuba, según corresponda. Figuras claves de *Sur*, la revista intelectual fundada y dirigida por Victoria Ocampo, ambos escritores representan para la autora una tipología particular de viajeros que contiene pero excede a la vez aquella de los “viajeros intelectuales” formulada por Beatriz Colombi. Para definirla, Moraes Medina acuña el concepto de “turistas intelectuales”, en razón tanto de las condiciones de realización de las experiencias de viaje analizadas en su libro como de

lo expresado luego en los testimonios de estas figuras que dotan a sus travesías de elementos específicos.

El libro se estructura en tres secciones: la primera presenta las condiciones de posibilidad de la emergencia del viaje ideológico en Oliver y Martínez Estrada –las tradiciones viajeras sobre las cuales se imprimieron sus viajes políticos, así como la politización del campo cultural argentino entre los años treinta y sesenta que los motorizaron– y, en un segundo momento, se detiene en una “breve historia de la taxonomía viajera”. Allí, Moraes Medina enfatiza la necesidad de incluir dentro de la categoría de “turismo ideológico” no solo a los viajes de izquierda realizados hacia los países del Este, sino también a aquellos que tuvieron lugar dentro del Occidente capitalista y que respondieron, de la misma manera, a motivaciones políticas. Las siguientes dos secciones se concentran, cada una, en una de las figuras retratadas, María Rosa Oliver y Ezequiel Martínez Estrada. Sus obras y trayectorias, sus desplazamientos ideológicos, sus ilusiones y desencantos, sus utopías y compromisos políticos, sus desencuentros y polémicas intelectuales, sus consideraciones sobre el fenómeno peronista, su vinculación con el pueblo y su reflexión sobre el papel del intelectual en la sociedad son solo algunas de las muy productivas cuestiones tematizadas en el libro a partir del análisis de los viajes realizados por estos “turistas intelectuales” en sus recorridos por Oriente y Occidente.

Silvina Cormick
UNQ / UBA

Valeria Snitcofsky,
*Historia de las villas en la
ciudad de Buenos Aires. De los
orígenes hasta nuestros días*,
Buenos Aires, Tejido Urbano,
2022, 328 páginas.

Este libro aborda el problema de la informalidad urbana en un extenso período que se inicia a finales del siglo XIX, cuando aún no se empleaba el término *villa* para designarla, hasta el inicio de la pandemia de coronavirus. Snitcofsky propone un enfoque novedoso porque combina el análisis de la materialidad, la forma y el lugar que ocuparon las *villas* en la ciudad con la preocupación por cómo se organizaron sus habitantes. La autora reconstruye la organización social surgida en las *villas* para enfrentar las políticas de erradicaciones y proponer soluciones habitacionales participativas entre 1958 y 1983. Analiza rigurosamente las formas de negociación, confrontación y resistencia que los movimientos *villeros* establecieron con el Estado y sus agentes.

En este recorrido, se propone abordar cómo ha sido nombrada la informalidad urbana en la Argentina y busca historizar el concepto *villa*. Desde la primera *villa* del país, que fue conocida como Villa Desocupación en 1933, el término fue popularizado en la década de 1950 por Bernardo Verbitsky (pp. 58-65) como *villa miseria* hasta que la palabra *villas* se consolidó como concepto general, cuando el Estado empezó a intervenir más sistemáticamente sobre la informalidad urbana.

Otro aspecto novedoso del libro es que la autora cuestiona

las periodizaciones tradicionales, complejizando las explicaciones existentes acerca de los orígenes de las *villas* en Buenos Aires. Snitcofsky propone una interpretación original sobre la relación entre el mundo del trabajo y el territorio, temas que la bibliografía ha abordado de manera separada, y señala los profundos vasos comunicantes que existieron entre las fábricas y las *villas*. El aprendizaje de la resistencia de los delegados gremiales de las fábricas muchas veces surgió en las *villas*, que funcionaron como un núcleo primario de integración social, con sólidas formas de organización política y con identidades arraigadas que se habían retroalimentado con aquellas adquiridas en los ámbitos laborales (p. 284).

A finales del siglo XX, el surgimiento espontáneo de las ollas populares dio lugar en las villas a los comedores comunitarios que estuvieron subsidiados por el Estado. Se inició así una nueva etapa en la historia política de las *villas*, marcada por la dependencia de las organizaciones locales de los subsidios estatales para su funcionamiento, proclives al clientelismo político.

El libro es un aporte significativo para el campo de la historia social urbana de la Argentina. Se trata, en definitiva, de una propuesta analítica que da cuenta de la renovación historiográfica de los últimos tiempos y nos invita a interrogar los problemas de la informalidad urbana desde una perspectiva social.

Gabriela Gomes
UNGS / CONICET

Andrea Matallana,
Nelson Rockefeller y la diplomacia del arte en América Latina,
Buenos Aires, EUDEBA, 2021,
228 páginas.

Este libro indaga en un conjunto de emprendimientos propagandísticos y estratégicos que Nelson Rockefeller y un grupo de intelectuales de su entorno perfilaron con el propósito de acercar posiciones diplomáticas entre los Estados Unidos y sus vecinos en el contexto conflictivo de principios de la década de 1940.

La autora considera que Rockefeller construyó una política de diplomacia cultural que utilizó el arte “como vehículo” para “crear una imagen del arte norteamericano en los países del sur, y buscó erigirse en agente de la representación del arte latinoamericano en Estados Unidos” (p. 16).

A partir de una exhaustiva revisión de la bibliografía disponible, Matallana dibuja un retrato fidedigno de la trayectoria de una figura tan controvertida como fue la de Nelson Rockefeller y su larga y versátil relación con América Latina. Para la autora, en el marco de la política de Buena Vecindad del presidente Roosevelt, Estados Unidos utilizó diversas tácticas para fortalecer las relaciones hemisféricas, que se tradujeron en acciones culturales de circulación de libros, folletos, imágenes, ideas, producciones artísticas, radiofónicas y cinematográficas que convirtieron a la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos (OCIAA) en una

“usina ideológica” del “imperio informal” estadounidense en la región.

El primer dispositivo usado por los Estados Unidos para acercar posiciones con la región fue lo que Matallana denomina “Exhibir”. Así, la autora repasa las diversas instancias de circulación de obras artísticas que finalmente cristalizaron en la Exposición Latinoamericana de Bellas Artes y Arte Aplicada del museo de Riverside.

El segundo dispositivo fue la “recolección” de obras de artistas plásticos latinoamericanos. Para esta tarea Rockefeller designó a Lincoln Kirstein, quien realizó un largo viaje por América Latina para reunir obras de arte con el objetivo de exponerlas en el Museo de Artes Modernas de Nueva York (MOMA).

Además de la original tesis, otros dos aspectos son relevantes en el libro. En primer lugar, la escala que aborda; en lugar de limitarse a un caso nacional, Matallana analiza la región en su conjunto, lo que permite la comparación entre diversos países. Esta perspectiva además brinda observaciones sobre algunas dinámicas transnacionales de los intercambios culturales entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos. En segundo lugar, es destacable la diversidad de fuentes y documentos analizados, los cuales están detallados en varios anexos.

Fernando Quesada
UNCuyo / CONICET

María Cristina Tortti y Mora González Canosa (dirs.); Juan Alberto Bozza (coord.), *La nueva izquierda en la historia reciente. Debates conceptuales y análisis de experiencias*, Rosario, Prohistoria, 2021, 316 páginas.

Uno de los campos más dinámicos del mundo académico argentino es, sin dudas, el campo de estudios sobre historia reciente. En efecto, con una gran renovación generacional y luego de sortear los escollos que oponían quienes afirmaban que la historia solo podía hacerse sobre el pasado y cuando más remoto mejor, en los últimos años tanto historiadores como sociólogos/as han prolijado un cúmulo de investigaciones que posibilitó el conocimiento de diferentes zonas antes poco exploradas sobre la Argentina. El libro que aquí comentamos se inscribe en esa saga con una obra fundamental.

Fruto de un trabajo señero comandado por una de las figuras más importantes que ha dado la sociología en la Universidad Nacional de La Plata (María Cristina Tortti), es el esfuerzo más profundo y sistemático que se ha llevado a cabo sobre la nueva izquierda y, a la vez, es la contestación más rotunda y seria, por informada, que ha tenido la mirada demonizadora y fetichizada de los años 60.

Es un trabajo profundo que busca tener, en términos de Bourdieu, una precisa vigilancia epistemológica, que vuelve sobre el objeto denominado por ellos “nueva izquierda” para interrogarlo, para mirarlo con diferentes

prismas, y quizás lo que es más importante, para preguntarse si está bien o mal el modo en que lo están haciendo, el modo en que lo que están pensando. Por eso a lo largo del texto y sobre todo en las introducciones uno puede encontrarse con la advertencia que afirma que los términos son flexibles, que el acercamiento es exploratorio. Ese recaudo muestra bien el tono en el que se inscribe el trabajo; allí la indagación científica, siempre precaria por definición, cobra toda su dimensión y notoriedad.

Con una presentación a cargo de su coordinador Juan Alberto Bozza, el libro consta de diez trabajos. Algunos se concentran en la cuestión teórica y conceptual del problema, otros en la nueva izquierda a la luz del contexto internacional, más específicamente, en el contexto de la Guerra Fría y su repercusión regional. Otros exploran miradas sobre los estudios de caso y cierran el libro las miradas de algunos protagonistas de los 60 y 70 sobre la nueva izquierda una vez terminado el ciclo. Así, esta obra constituye una contribución central al debate sobre el pasado reciente. Como dijimos más arriba, la más seria y sistemática que se encuentre hasta el momento.

José María Casco
UNSM / CONICET

Bernd Rother, *Global Social Democracy. Willy Brandt and the Socialist International in Latin America*, Londres, Lexington Books, 2022, 414 páginas.

Nunca antes y nunca después el socialismo democrático tuvo tanta influencia como bajo Willy Brandt. Esta premisa de Rother funciona como faro de este libro que se propone explorar, de un modo minucioso, los avatares de la Internacional Socialista (IS) en América Latina.

Entre 1976 y 1983 las actividades de la Internacional se globalizaron y se expandieron a “nuevos jugadores” en un proceso de ruptura con el tradicional eurocentrismo. *Global Social Democracy* da cuenta de los primeros contactos entre los socialdemócratas europeos y los reformistas latinoamericanos, cómo se dieron los vínculos y el paso de la Alianza para la Paz y el Progreso a la Conferencia de Caracas. Repasa la creación, no exenta de dificultades y tensiones, del Comité para América Latina y el Caribe, y revisa lo que denomina los “desafíos latinoamericanos” en tres capítulos que titula: “Nicaragua”, “El Salvador” e “Islas Malvinas / Falklands”.

Lejos de las miradas que enfatizan la exportación de un modelo bajo la égida del imperialismo cultural, el libro de Rother demuestra que si bien hubo un contexto particular sobre el que se montó el interés de la socialdemocracia internacional en América Latina, también hubo interés por parte de los latinoamericanos en esa

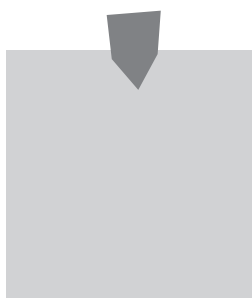
cooperación. Una cooperación que en el transcurso de esos años no estuvo exenta de cuestionamientos. La incorporación de nuevos miembros hizo repensar cuán elástica podía ser, cuánto a la izquierda o a la derecha podía “estirarse”. Esto generó un interesante debate en la Internacional entre aquellos que defendían la identidad programática y aquellos que fomentaban, como Brandt, la elasticidad de la cooperación. Estas preguntas dominaron la agenda de la Internacional y ocasionaron todo tipo de disputas.

Ya para fines de los ochenta, Rother muestra muy bien, gracias al acceso a una multiplicidad de archivos europeos y latinoamericanos, cómo la Internacional pasó de ser una red de partidos políticos a una red de personalidades. Y así puede afirmar que no solo la socialdemocracia se globalizó en esos años, sino que la propia Internacional puede ser pensada entonces como un intento por construir una sociedad global.

Global Social Democracy se convierte así en un libro necesario que no solo llena un vacío en torno a una figura tan importante y tan poco trabajada como la de Willy Brandt –y en torno a la presencia de la Internacional Socialista en años tan decisivos para América Latina como fueron los de los golpes de Estado, las revoluciones y las democratizaciones–, sino también de la propia historia reciente latinoamericana.

Martina Garategaray
UNQ / CONICET

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 27 / 2023

José Murilo de Carvalho (1939-2023)

Zé Murilo, como lo llamaban sus amigos, fue, sin lugar a duda, uno de los más importantes historiadores brasileños. Nació en 1939 en Andrelândia (pueblo del interior de Minas Gerais, hoy rebautizado Piedade do Rio Grande), inició sus estudios en el seminario de Barbacena para luego cursar Ciencias Sociales en la Universidade Federal de Minas Gerais. En sus años de formación universitaria se aproximó a grupos resistentes a la dictadura militar, ligados a la izquierda católica y al Instituto Superior de Estudos Brasileiros (ISEB), importante núcleo de pensamiento social en los años 1950 y 1960. Fue en ese contexto turbulento de avance del régimen militar que Murilo obtuvo una beca de la Fundación Ford para seguir con sus estudios de posgrado en la Stanford University. Allí hizo su maestría y doctorado, y entró en contacto con figuras fundamentales de la ciencia política norteamericana. Su tesis doctoral permanece como una de las más gravitantes interpretaciones sobre la formación del Estado brasileño y de los cuadros dirigentes de la élite imperial. Fue publicada en Brasil en dos partes: *A Construção da Ordem y Teatro de Sombras*, más tarde reunificadas en un único volumen, como había sido concebida originalmente. Su actuación en los Estados Unidos abarcó también una fundamental reflexión sobre el papel de las Fuerzas Armadas en la política brasileña, temática de gran importancia en el contexto de la dictadura que había llevado a los militares al poder de una manera inédita. Por invitación de Boris Fausto, que había asumido la dirección de la Historia General de la Civilización Brasileña, sucediendo a Sergio Buarque de Holanda en la organización de los volúmenes posteriores al período colonial e imperial, Murilo publicó un primer capítulo

sobre las Fuerzas Armadas en la Primera República.

Tras retornar a Brasil en los años setenta, se incorporó al plantel de profesores del Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ), sumándose a un grupo destacado de intelectuales como Wanderley Guilherme dos Santos, Edmundo Campos Coelho, Guillermo O'Donnell, César Guimarães, Elisa Reis y Carlos Hasenbalg, entre otros. En momentos en que las universidades públicas sufrían el ataque de los gobiernos militares, el IUPERJ fue una isla de reflexión, el gran centro de excelencia de ciencias sociales en la ciudad que había dejado de ser la capital del país. En esa institución, Zé Murilo cumplió un papel importante como director de tesis de maestría y doctorado sobre diferentes temas vinculados a la historia y la política brasileña.

También se sumó a los cuadros del Centro de Investigación y Documentación en Historia Contemporánea del Brasil (CPDOC), creado en la Fundación Getulio Vargas por Celina Vargas do Amaral Peixoto. El CPDOC ha sido, desde entonces, un espacio de custodia de valiosos archivos personales de políticos brasileños del siglo XX, incluyendo el del propio Getulio Vargas, que gobernó Brasil desde 1930 a 1945 y desde 1950 a 1954. En ese centro, Murilo pudo dar continuidad a sus estudios sobre las Fuerzas Armadas, publicando varios artículos que compiló en el volumen *Forças Armadas e Política no Brasil* (2005). Esa actuación académica intercalaba las múltiples actividades en Río de Janeiro (siguiendo una práctica habitual de pluriempleo que en Brasil se extendió hasta comienzos de este siglo) con estancias en universidades extranjeras como Oxford y Princeton.

A inicios de la década de 1980, José Murilo empezó a trabajar también en la Fundación

Casa de Ruy Barbosa, dentro del área de Historia, liderando un equipo de investigadores congregados alrededor de un proyecto sobre la ciudad de Río de Janeiro en los primeros años de la República. El grupo se organizaba en tres líneas de investigación y a su cargo quedó una de ellas sobre la cuestión de la ciudadanía. En el seno de ese proyecto surgieron las obras de Eduardo Silva (sobre las quejas populares publicados en la prensa carioca), de Sílvia Damásio (sobre las estadísticas del período republicano) y mi libro sobre la relación entre los ciudadanos y los hombres uniformados en las calles de la capital. Y nacieron también los dos libros que Murilo dedicó a las prácticas de ciudadanía y al imaginario republicano en Río de Janeiro: *Os Bestializados* (1987) y *A Formação das Almas* (1990), este último traducido al español por la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes. En esas obras, de gran influencia en los debates sobre la política republicana, especialmente sobre las formas de participación ciudadana y los imaginarios republicanos, Zé Murilo se alejaba de la sociología política norteamericana que había marcado sus primeros trabajos, aproximándose a historiadores franceses como Maurice Agulhon y Raoul Girardet. El giro historiográfico tuvo como efecto adicional la expansión de lo que se convertiría en una marca distintiva de sus trabajos, la calidad literaria de su prosa, que lo llevaría a ser elegido, en 2004, miembro de la tradicional Academia Brasileña de Letras, en cuya sede fue velado hace unos días.

Su frondosa obra tuvo otras inflexiones notables, como la compilación *Pontos e Bordados. Escritos de História e Política* (1998) y el libro *Cidadania no Brasil: O Longo Caminho* (2001), originalmente publicado en español por Fondo de Cultura Económica. Al igual que en sus estudios sobre las Fuerzas Armadas, en esta zona de su obra amplió el abanico de discusiones a un período más extenso. Partiendo de la obra de Victor Nunes Leal, a quien admi-

raba, sobre la relación entre “coronelismo”, voto y clientelismo político, redefinió ese campo de estudios sobre las dimensiones del poder local en la historiografía brasileña.

En 1996 se convirtió en profesor titular de Historia de Brasil en la Universidade Federal do Rio de Janeiro, donde ejerció la docencia hasta jubilarse en 2009, cuando fue nombrado profesor emérito de esa casa de estudios. Así continuó su actuación como formador de discípulos, con un papel importante en la dirección de alumnos de grado y posgrado. De alguna manera, sus años como profesor e investigador de esa universidad, en la que luego de la experiencia de la Casa Ruy Barbosa también lo pude acompañar, fueron signados por un retorno a su tema original de la historia del Brasil imperial.

En los últimos años creó un Centro de Estudios del Ochocientos, espacio en el que vieron luz ensayos de gran valor interpretativo y comparativo que aún aguardan traducción para el público hispanohablante. Incansable, participó de la organización de los panfletos de la independencia brasileña, en extensos cuatro volúmenes, además de publicar una biografía del emperador Don Pedro II, que fue un éxito de ventas. Produjo libros sobre el radicalismo al final del Imperio y sobre el joven cearense Jovita Feitosa, que intentó ingresar al ejército brasileño en la Guerra del Paraguay. En ningún momento dejó de escribir y de publicar, aunque demostrara en los últimos tiempos decepción por los rumbos del país.

Notable escritor, dueño de una rara erudición, José Murilo de Carvalho deja su gigantesca obra como un legado que deberá ser leído por mucho tiempo dentro y fuera del Brasil. Y en tiempos turbulentos, la ausencia de su voz se sentirá como un vacío.

Marcos Luiz Bretas

Universidade Federal do Rio de Janeiro
Río de Janeiro, agosto de 2023
Traducción de Diego Galeano

Daniel Roche (1935-2023)

Imaginemos por un momento que, tras hojear una historia apócrifa de la historiografía occidental en castellano, descubrimos un curioso capítulo consagrado a un tipo de recepción de obras históricas muy poco transitado: una serie de autores cuyos trabajos, por una decisión editorial tal vez no muy difícil de rastrear, jamás (o apenas) fueron traducidos a nuestra lengua. Pese a que, naturalmente, los políglotas y los círculos de expertos pudiesen haber accedido a ellos en lengua original, resulta innegable el efecto lacunar que descubre una comunidad más vasta de historiadores tras advertir, por primera vez y con cierta alarma, la existencia de ilustres clásicos que han quedado fuera de su canon normativo. Surge así un nuevo panteón de historiografías ignotas que nos apremia a cartografiar de nuevo un imaginario bibliográfico que creíamos más estable y acabado. Desde luego, hay obras en aquel repertorio cuyo destierro en castellano resultaría un tanto comprensible: ningún editor sensato hubiera osado traducir las agobiantes ocho mil páginas de historia serial que Pierre y Huguette Chaunu titularon *Seville et l'Atlantique* (1955-1960), así como tampoco nadie intentó, en el siglo XIX, ofrecer una versión española de los doce tomos que componen la infinita *A History of Greece* (1846-1856) de George Grote. Más allá, entonces, de tales perezas más o menos razonables, ¿qué clasificación podría regir aquel canon inexistente? Arrojemos solo tres categorías.

En principio, una serie de historiadores bien conocidos, pero cuyos grandes clásicos perduran a media luz. El caso de Michel Vovelle es ejemplar. Pese a que circulan en castellano tres de sus trabajos sobre la Revolución francesa y una compilación de ensayos un tanto más teóricos, sus dos obras maestras,

Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle (1973) y, sobre todo, *La Mort et l'Occident* (1983), continúan bajo el velo de la referencia oblicua. Pero también podríamos incluir aquí *Settecento riformatore* (1969-1990) de Franco Venturi, los extraordinarios cinco volúmenes sobre la Ilustración italiana (y, a partir del tomo III, europea) de los cuales el Instituto Mora de México solo alcanzó a traducir el primero (y cuya versión, cabe aclarar, apenas ha circulado), o *Le Pain et le cirque* (1976) de Paul Veyne, el asombroso experimento de sociología histórica sobre el evergetismo en la antigua Roma y hasta, quizá, *The Great Divergence* (2000), una obra clave de Kenneth Pomeranz que reactualiza el desajuste histórico entre China y Occidente. En segundo lugar, se situarían aquellas obras cuyos autores han sido traducidos de un modo casi fortuito: tan solo mencionemos los dos volúmenes titulados *La Chrétienté et l'idée de croisade* que Alphonse Dupront publicó junto con Paul Alphandéry en 1954 y que aparecieron por única vez en castellano cuatro años más tarde, debido solamente a que Henri Berr había tenido el olfato suficiente como para incluirlos en la célebre *L'Évolution de l'humanité*, la colección que UTEHA de México traduciría casi por completo. Finalmente, una tercera categoría podría incluir a aquellos historiadores que solo resultan relativamente familiares porque quienes sí fueron traducidos los han citado como autoridades litigantes. Keith Thomas es un nombre que apenas se libró de cierto olvido en castellano tras algunas alusiones de E. P. Thompson a *Religion and the Decline of Magic* (1971), una obra cumbre de antropología histórica sobre las creencias populares en los siglos XVII y XVIII en Inglaterra. Precisamente, es entre la se-

gunda y la tercera categoría en donde deberíamos situar al historiador francés Daniel Roche cuya obra discurre como un fantasma a través de un puñado de traducciones en las que su presencia se quiere casi accidental y, sobre todo, a fuerza de cita solariega en las voces de Maurice Agulhon, Roger Chartier o Robert Darnton, referencias que le aseguran, al menos, una piadosa existencia entre nosotros. Sin embargo, esta imagen espectral difiere drásticamente no solo de la formidable renovación que produjo su obra en la historiografía francesa, sino también de la enorme impronta que dejó en varias generaciones de historiadores, entre ellos los más traducidos a nuestra lengua. Intentemos componer, entonces, un acápite posible para aquel capítulo.

Reconocido por una erudición de antiguo *savant* al servicio de una *nouvelle histoire* propia de la tercera generación de *Annales*, Daniel Roche siempre prefirió destinar su tiempo tanto a la producción de obras compactas y contundentes como a la discreta formación de jóvenes historiadores. Tras la muerte de su esposa en 2009, la historiadora del arte Fanette Roche-Pézard, especialista en el futurismo italiano, la vida de Roche sufrió un duro golpe y, paulatinamente, fue aislándose en su enorme biblioteca personal donde tan solo se limitaba a recibir a antiguos estudiantes. Fue allí donde murió, serenamente, el 19 de febrero de 2023. Podría decirse que partió con el mismo sosiego con que vivió. Lejos de haberse propuesto la construcción de un perfil público con miras consagradoras que rebasara las puertas del campo académico, Roche trazó una dehesa pedagógica muy comedida: “Soy profesor antes que historiador”, había afirmado. También su obra se fue asentando con esa misma quietud hasta convertirse, finalmente, en una referencia insoslayable para la historia del siglo XVIII francés. En este sentido, forma parte de una generación de historiadores como Franco Venturi, J. G. A. Pocock, Peter Gay, Rudolf Vierhaus, Do-

rinda Outram, Jonathan Israel, Bronisław Baczko, Javier Fernández Sebastián o Anthony Pagden (entre tantos otros), quienes, a partir de diferentes puntos de mira, buscaron salvar del oprobio el retrato lineal, inmutable y, sobre todo, negativo que, desde el Romanticismo, la *Dialéctica* frankfurtiana y el posestructuralismo, se venía endosando a la Ilustración como movimiento intelectual. Si bien un punto de partida posible para esta empresa de reparación podría situarse en 1975 con el Fourth International Congress on the Enlightenment que tuvo lugar en la Universidad de Yale e, inclusive, antes, con *La filosofía de la Ilustración* de Ernst Cassirer (1932) o tras el desvío habermasiano de sus maestros, fue a partir de los años 1980 cuando la historiografía comenzó a revertir efectivamente tópicos muy instalados. Fue así como el ejercicio de la razón, la idea de felicidad o la ideología del progreso dieron paso a una concepción más dinámica y flexible del movimiento ilustrado que logró alojar, por ejemplo, las prácticas culturales de las élites y del pueblo llano, o bien, tras la implosión de la “filosofía” entendida en términos experimentales, morales o especulativos, la emergencia de una nueva economía de saberes.

La Ilustración también perderá su tradicional destello como cuerpo preparatorio para el desenlace francés de 1789, lectura que recodificaba y se articulaba con toda la historiografía encolumnada y en marcha rumbo al Bicentenario de la Revolución. Con semejante mudanza, la temporalidad y la topografía, inevitablemente, también debían trastocarse. Ante todo, comenzará a hablarse de un siglo XVIII “largo”: recuperando la vieja interpretación de Paul Hazard sobre la “crisis de la conciencia europea” (1935), el movimiento comenzaría a fines del siglo XVII y se extendería hasta los primeros años del siglo XIX, asegurando, de este modo, menos rupturas y más continuidades junto con una periodización segmentada al interior de una larga duración

secular. Como diría Pocock con relación a Gibbon, tuvieron lugar, en realidad, “varias Ilustraciones”. Esta pluralidad también se extenderá a un plano continental en el cual, si bien la Ilustración francesa seguiría funcionando como modelo, perderá su tradicional supremacía sobre las diferencias nacionales y solo representará un caso más. Así, este plano de universalidad, circulación de bienes culturales y prácticas de sociabilidad entre naciones tenderá a diversificar el movimiento hacia el exterior, pero también hacia el interior. Con su primera obra publicada, *Le Siècle des Lumières en province* (1978), Daniel Roche contribuyó a romper con esa hegemonía. Junto con la indagación del acostumbrado eje parisino, también trazará la geografía de la cultura cortesana a escala nacional a partir de la expansión de las academias durante el siglo XVIII, instituciones que dejaron de ser entendidas –tal como sostenía Daniel Mornet en 1925– como un simple movimiento de “ideas” para convertirse en un escenario donde la sociabilidad y la cooperación entre las élites provinciales conformaba una nueva cultura política. Y Roche no solo trataba de involucrar los localismos e integrar aquellas instituciones y prácticas diseminadas a un conjunto más vasto, sino también de syndicar la historia social clásica (siempre presente en su obra en términos de configuraciones y orígenes estamentales) con una historia cultural de la que ha sido pionero y para la cual bosquejó los primeros lineamientos empíricos. Con todo, siempre asumió este tipo de experimentación historiográfica con cierta timidez y un “complejo de autodidacta”, bien refrendado por una formación que, en principio, fue más bien sinuosa y poco previsible.

Daniel Roche nació en París en 1935 y procedía de una familia tradicional de clase media alejada del mundo académico. Tras haber cursado sus estudios primarios en Neuilly, pasó luego al Collège Vauban en Courbevoie y al Lycée Chaptal de París donde obtuvo un

título que lo calificaba como tornero-fresador. No obstante, en aquel bachillerato técnico solo cumplió un primer tramo: impulsado por sus profesores de historia, este virtual operario pasó en 1954 con toda naturalidad a la Facultad de Letras de la Universidad de París-Sorbona. Allí comenzó a preparar su ingreso a la École normale supérieure (ENS) de Saint-Cloud donde, finalmente, cursó entre 1956 y 1960 sus estudios de Historia y Geografía mientras ejercía como profesor ayudante y aprendía a montar a caballo en el picadero de los bosques de Boulogne como parte de las actividades deportivas que exigía la ENS. Fue en aquellos años como *normalien* cuando conoció a unos jóvenes Jacques Le Goff y Pierre Goubert quienes reforzaron aún más el consejo de sus viejos profesores y lo llevaron, definitivamente, por el camino de la historia. Tal es así que, en 1958 y a instancias de este último, tomó contacto con Ernest Labrousse para que dirigiera su diploma de estudios superiores en la ENS, título que consiguió en 1960. Fue en aquel año cuando publicó, junto con Michel Vovelle, su primer artículo, “Bourgeois, rentiers, propriétaires: éléments pour la définition d’une catégorie sociale à la fin du XVIII^e siècle”, trabajo que ambos habían preparado como parte del proyecto labrousiano: un amplio estudio sobre las burguesías occidentales como marco de ruptura para comprender los fenómenos revolucionarios. Mientras tanto, también oficiaba como profesor de nivel secundario en el Liceo de Châlons-sur-Marne y comenzaba a indagar los archivos parisinos bajo la tutela de un joven François Furet quien, además, lo instruiría en la lectura de Tocqueville y Marx. Su carrera académica fue adquiriendo, así, una dirección cada vez más clara y encauzada. Luego, se convertirá en profesor asistente en la ENS entre 1962 y 1969, año en que ingresa como investigador al Centre national de la recherche scientifique hasta 1973. Durante un lustro, se desempeñará como profesor en la

Universidad de París VII para, finalmente, pasar a la Sorbona hasta 1999, año en que es elegido profesor en el Collège de France (hasta su jubilación en 2005) en la cátedra titulada –como no podía ser de otro modo– Histoire de la France des Lumières. Tal ha sido la imperturbable trayectoria institucional de quien siempre comprendió la sociabilidad académica como un gesto de urbanidad y gratificación intelectual, pero también como una base de operaciones desde la cual producir una obra que suscitaría, casi inadvertidamente, varias revoluciones sigilosas en los cimientos de la historiografía francesa.

La primera de estas revoluciones la forjaría con el propio Furet y con Alphonse Dupront –a la sazón, su director de tesis doctoral– con quienes Roche emprendería una de las investigaciones colectivas más perdurables de la segunda posguerra. Con los dos volúmenes de *Livre et société dans la France du XVIII^e siècle*, publicados en 1965 y en 1970, se iniciaba una renovación de carácter enteramente interdisciplinar y cuantitativa en la que el libro dejaba de ser el objeto sacralizado de la tradición literaria y del individualismo romántico para convertirse en una mercancía impresa. Se trataba de una investigación colectiva que también incluyó algunos elementos de semántica histórica cual protohistoria conceptual. Lo mismo cabría decir sobre el sintagma “cultura popular”, un concepto que reorientó la historia socioeconómica estructural de corte marxista y labrousiana de la modernidad temprana hacia una lógica de agencias y prácticas en la que los actores sociales cobraban un nuevo protagonismo. Así, en 1981, Roche regresa a su ciudad de origen y publica *Le Peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIII^e siècle*, en el que investiga la vida cotidiana en sus más nimios detalles a partir de una fuente poco explorada: las sucesiones por causa de muerte. De allí surgiría un universo desconocido de objetos y comportamientos, desde los usos de la cama y

los armarios y las prácticas alimenticias, hasta la existencia de tapices baratos colgados en las paredes como decoración y calefacción. Nos encontramos, en realidad, ante lo que Roche definió, con más evocación que filiación braudeliana, como historia de la “cultura material”, contemporánea de la microhistoria y proclive a la misma reducción de la escala de análisis, aunque, en su caso, deberíamos sumar una precoz incursión en la “historia de las cosas”. Pero Roche también se hará de un Menocchio. Un año después, publicará una suerte de desprendimiento nominal de *Le Peuple de Paris* en el que abordará la vida de Jacques-Louis Ménétra, un vidriero parisino del siglo XVIII cuyo diario personal incluye observaciones escritas entre dos épocas, pre y posrevolucionaria (Ménétra se jactaba de jugar a las damas con Rousseau en un café mientras este, con indolencia, fingía ignorar el tumulto ocasionado por el gentío que se amontonaba para verlo en primera fila). Tal es la “historia desde abajo” sociocultural de un artesano que hacía de su libre pensamiento y su individualidad un hecho sin prejuicios.

Ahora bien, será en el segundo volumen –subtitulado sintomáticamente *Culture et société*– de la obra que publicó con su viejo amigo Pierre Goubert en 1984, *Les Français et l'Ancien Régime*, donde Roche hará un primer alto para sistematizar y sintetizar toda la herencia *annaliste*: una “historia de los modelos culturales, de las ideas y de las mentalidades” con el fin de descubrir “las apropiaciones sociales de las estructuras mentales y los valores culturales”, observando tanto las fracturas como la historia inmóvil. Esta evidente fluctuación entre lo estructural y lo agencial –cual dispositivo virtuoso– lo seguirá guiando, con una exquisita impunidad y sofisticación, por todo el entramado sociocultural. Tal es lo que ocurre con los artículos reunidos bajo el título *Les Républicains des lettres. Gens de culture et Lumières au XVIII^e siècle* (1988) donde parte nuevamente hacia el extrarradio parisino: la

dimensión cuantitativa de los listados, catálogos y registros de academias y bibliotecas son leídos a la luz de una fluidez simbólica que le permite, tras un riguroso trabajo empírico, desmentir aquel clásico duelo entre la burguesía ilustrada y la aristocracia feudal, puesto que la “gente de cultura” provincial estaba conformada, en realidad, por nobles terratenientes y eran miembros de las más altas profesiones burocráticas del Estado. Un año después, Roche vuelve a la “cultura material”, pero de la mano de una historia de la indumentaria con *La Culture des apparences. Une histoire du vêtement, xvii^e-xviii^e siècles* (1989) para demostrar de qué modo la historia del consumo de los objetos materiales interactúa siempre con la materialidad de las ideas: el *fluir* de la moda conlleva necesariamente nuevas prácticas intelectuales, de allí que, tres décadas antes de la Revolución, toda esta cultura de las apariencias promoviese una prensa femenina que buscaba la igualdad social tras la falsa banalidad de los espejos y perfumes. Por detrás de un escrupuloso código prerrevolucionario de recatos y colores, emergía un lema no oficial: “*liberté, égalité, frivolité*”. Pese a que su ritmo de producción y publicación nunca cejó, han sido dos grandes investigaciones las que coronarán el derrotero de Roche. La primera de ellas, publicada antes de que Ulrich Raulff diese a conocer su extraordinaria *Adiós al caballo* (2017), corresponde a una trilogía sobre el orden ecuestre en Occidente (2008-2015) que se extiende del siglo xvi al siglo xix.¹ La segunda es un tra-

¹ La trilogía fue publicada por Fayard. El primer volumen llevó por título *La Culture équestre de l'Occident xv^e-xix^e siècle. L'ombre du cheval. Tomo I: Le cheval moteur* (2008), y los siguientes, el título general *Histoire de la culture équestre, xvi^e-xix^e siècle*. El segundo volu-

tado de un millar de páginas: todo lo que el lector sea capaz de imaginar con relación a las prácticas de desplazamiento y utilidad de los viajes, lo encontrará, sin dudas, en *Humeurs vagabondes* (2011), una obra que parece combinar el realismo artesanal de aquel operario que nunca llegó a practicar su oficio con un colosal idealismo, propio del *normalien* erudito en que, finalmente, se había convertido.²

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento

men se subtitula *La Gloire et la puissance* (2011) y el tercero *Connaissance et passion* (2015).

² Las escasas traducciones al castellano que el lector encontrará de los trabajos de Daniel Roche nunca tuvieron el expreso objetivo de difundir su nombre, sino que su publicación más bien ha respondido al fruto del azar editorial. A este respecto, han circulado tempranamente un capítulo escrito junto con Roger Chartier titulado “El libro. Un cambio de perspectiva” para el tercer volumen de la célebre trilogía dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia iii. Nuevos temas* (Barcelona, Laia, 1980 [1974]); un brevísimo artículo de divulgación (“¿Hacen la revolución los libros?”), *Cuadernos de Historia*, vol. 16, n° 3, 1985; más tarde, una obra colectiva editada por Roche en colaboración con Vincenzo Ferrone y publicada por primera vez en italiano en 1997, titulada en castellano *Diccionario histórico de la Ilustración* (Madrid, Alianza, 1998), y, finalmente, dos artículos científicos: “Una declinación de las Luces” (en J.-P. Rioux y J.-F. Sirinelli [eds.], *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999) y “La cultura material a través de la historia de la indumentaria” (en H. de Gortari y G. Zermeño [dirs.], *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000). A estos trabajos, cabe sumar dos entrevistas importantes: la primera fue realizada por Maria Lúcia G. Pallares-Burke (en *La nueva historia. Nueve entrevistas*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2005 [publicada originalmente en portugués en el año 2000]), y la segunda a cargo de Alejandro y Fabián Herrero en 1998 (incluida en *La cocina del historiador. Reflexiones sobre la historia de la cultura europea*, Banfield, Ediciones de la UNLa, 2002).

Sobre la revista

Prismas. Revista de Historia Intelectual es un anuario que se publica ininterrumpidamente desde 1997, actualmente en formato papel y digital, incorporando la publicación continua de artículos aprobados.

La revista busca contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual, entendida en sentido amplio. Asimismo, da cuenta en sus diferentes secciones de debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de esta, y de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición *on-line* es de frecuencia semestral (cada volumen impreso se desdobra en dos números *on-line*).

Convocatoria para la publicación de artículos

Prismas convoca a investigadores para que envíen trabajos de investigación originales en idioma español dentro del campo de la historia intelectual y cultural, para su publicación en la sección "Artículos" de los próximos números.

Presentación de trabajos para la sección "Artículos"

La sección "Artículos" se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación consta de los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Consejo de Dirección de *Prismas* en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados *ad hoc* por el Consejo de Dirección. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores el resultado.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo resúmenes, notas al pie y bibliografía).
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Para ver las normas de estilo y enviar manuscritos de artículos dirigirse a:
<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/about/submissions>

Presentación de trabajos para la sección "Lecturas"

La sección "Lecturas" se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección "Reseñas"

La sección "Reseñas" se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 12.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

Envío de manuscritos

La revista *Prismas* recibe propuestas en: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>
Contacto: prismas@unq.edu.ar

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ:
<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/index>

La revista está incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas y Scielo, e indexada en Latindex catálogo 2.0, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI) y el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ)